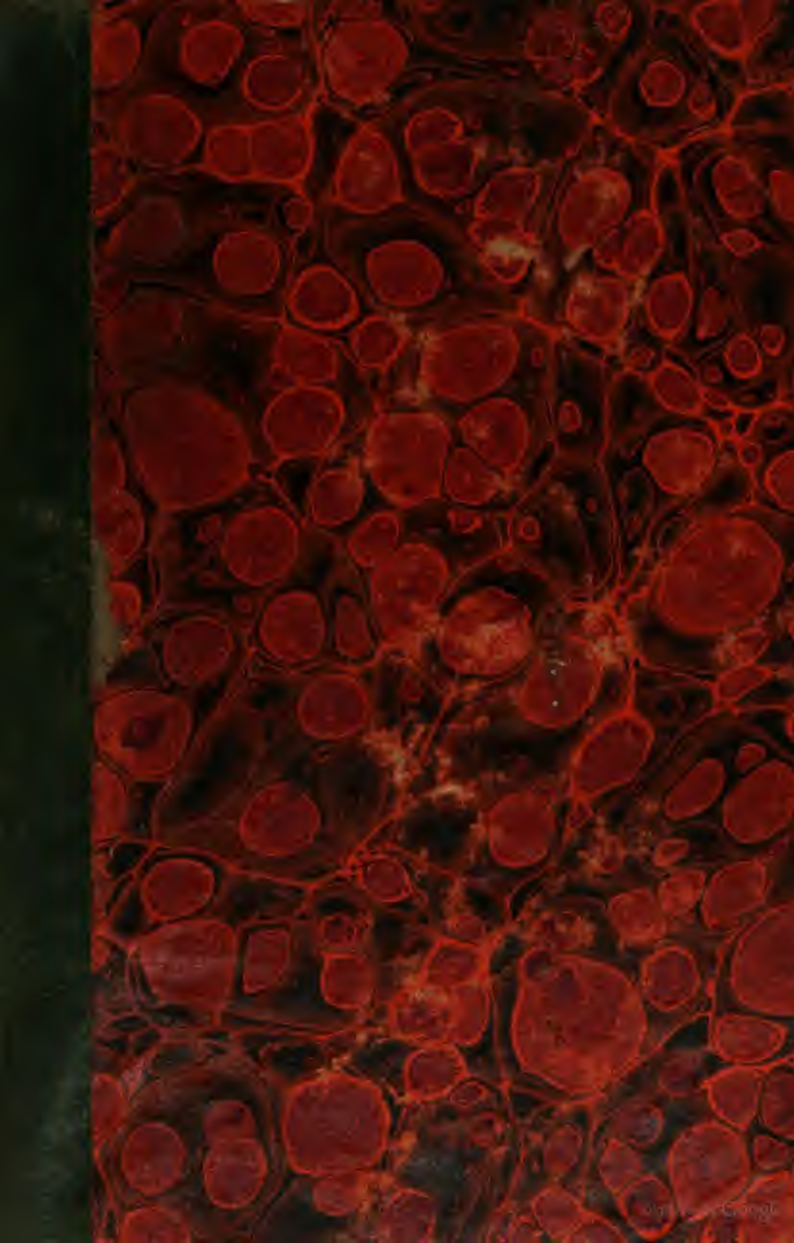




ENSAYO
CRONOLOGICO
PARA LA HISTORIA GENERAL
DE LA
FLORIDA.

Contiene los descubrimientos y principales sucesos acaecidos en este gran Reino á los españoles, franceses, suecos, dinamarqueses, ingleses, y otras naciones entre sì, y con los indios; cuyas costumbres, genios, idolatria, gobierno, batallas y astucias se refieren; y los viages de algunos capitanes y pilotos por el mar del Norte á buscar paso á Oriente, ó union de aquella tierra con Asia, desde el año 1512 que descubrió la Florida Juan Ponce de Leon *hasta el de 1722.*

ESCRITO

POR D. GABRIEL DE CARDENAS Y CANO.

NUEVA EDICION.

TOMO VIII.

MADRID: 1829.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, núm. 14.

APROBACION

DEL M. R. P. M. FR. FRANCISCO MONTIEL DE FUENTE NOVILLA, del órden de nuesta señora del Carmen de antigua y regular observancia, calificador de la suprema, examinador sinodal del arzobispado de Toledo, Prior que ha sido del real convento de Madrid, y provincial de esta Provincia de las dos castillas de dicho órden.

El libro intitulado Ensayo cronológico á la historia general de las provincias de la Florida, *que el señor doctor don Cristobal Damasio, inquisidor ordinario, y vicario general de la audiencia arzobispal de esta Corte y Villa de Madrid y su partido, compuesto por el laborioso estudio de don Gabriel de Cárdenas, me manda ver y examinar, he leido con atencion gustosa; y despues de haberle leido y examinado con el cuidado que me ha sido posible, le he hallado ajustado á la dignidad del asunto, á la verdad de materia, y á la conveniencia del estilo; tres condiciones en que se cifra la dificultad y alabanza de una elegante historia. El asunto es tan digno, que no ha sido poco el esfuerzo del autor en emprenderle; pues aunque el Inca Garcilaso de la Vega escribió por testigos de vista la verdad en la jornada de Hernando de Soto, los muchos que han escrito de la Florida han puesto su historia en notable confusion.*

Es el argumento de este cronológico ensayo los gloriosos triunfos y victorias ilustres que en la conquista de las vastas provincias de la Florida, á costa de insoportables trabajos, é innumerables fatigas, han conseguido los españoles en su bárbaro continente; has-

ta introducir en ellas la ley Evangélica, y dilatar la santa Fé Católica; tegiendo, como dijo Claudiano, de las flores que ha recogido el autor del campo de muchos curiosos libros, y manuscritos papeles (que cita en la introduccion de esta obra) una florida corona para la católica monarquía de España: Colligens quasi in unam coronam, germen floridum, quot per librorum campos passim fuerant ante dispersum.

Hasta los émulos de la grandeza de España confiesan (aunque no sé si voluntarios) el verdadero valor de los españoles; pues con su nativo esfuerzo han conquistado la mayor parte de ambos mundos. Platon y Aristóteles llamaron á los españoles gente belicosa, y tan estimadores del valor, que erigian tantas columnas á los vencedores como el número de los vencidos; por lo cual Latino Pacato confesó á España madre fecunda de fortísimos soldados y espertísimos capitanes.

Estos y otros epitectos, que se han merecido los españoles con su ánimo generoso y fervoroso celo de la dilatacion del Evangelio en varias partes del mundo, manifiesta con mas clara evidencia este ensayo cronológico en las conquistas de la Florida; y aunque el discreto Inca, y muchos y graves historiadores hubieran empleado sus talentos, y dilatado sus plumas en referir las heróicas acciones de los capitanes ilustres conquistadores, y pudieran haber dado abundante copia de materiales para esta obra, no quitarán, antes aumentarán, el juicioso afan y trabajoso estudio del autor de esta cronología, de inquirirlos, conferirlos y ordenarlos, ajustar los cómputos, y acrisolar las verdades, poniéndolos con toda claridad en los meses, años, y reinados que á cada uno pertenece, que es todo lo que pide una crítica cronología: como no impiden los padres antecesores la gloria que los hijos se merecieron cavando y trabajando despues en las mismas posesiones, heredades, que es lo que dijo Ruperto: Quis recte indignetur, eo quod in eadem posesione post unum,

aut duos puteos, quos foderunt patres præcedentes proprio fodient, labore filij succedentes.

El motivo principal, entre otros, que tiene el autor de esta obra para haber aplicado su desvelo y erudicion á esta cronologia, digna del mayor aprecio, es advertir las equivocaciones y confusiones con que los autores han escrito el descubrimiento y conquista de la Florida; equivocando las tierras, y confundiendo costas, pueblos, rios y poblaciones con muchos y diversos nombres que han inventado sus antojos, solo por oscurecer las glorias de los españoles; lo que consigue el autor con claridad admirable, como dice todo el cuerpo de esta esquisita y discreta obra; pues por la claridad con que quita tanta confusion es digna de la mayor estimacion y aprecio. Sentir es del angel maestro, con otros santos padres, que el sol que puso el Artífice supremo, el cuarto de la creacion en el cielo, es la misma luz que produjo el primer dia del mundo: cuando la colocó en el cielo, la llamó con el título de Luminar grande, Luminare majus, *epitecto que no dió á la luz primera, aunque era la misma; y la razon de diferencia está en que el primer dia estaba como sepultada en tinieblas y sombras, que ocasionaban confusiones; el cuarto dia, sacándola de entre las confusas sombras, y de las tinieblas, la dispuso de suerte que pudiesen registrar sus rayos con distincion y claridad, y que se pudiesen ver y registrar las divisiones que habia hecho de la tierra y de las aguas, que antes estaban entre sí confusas; y dice que este cuerpo luminoso en estas circuntancias es muy grande y escelente obra:* Luminare majus; *porque es obra digna del mayor aprecio la que con toda distincion y claridad destierra y quita las sombras de la oscura confusion.*

Los autores estrangeros, ó embidiosos de las glorias de España, que en todo han procurado oscurecerlas, ó ambiciosos de la grandeza, y honra de los generosos capitanes (de quien hace mencion esta historia),

que dando vuelta con sus armas á todo el globo del mundo han llenado de victorias á las católicas banderas, ó por querer tener la gloria de que otros fueron los primeros conquistadores, han introducido en esta historia tantas confusiones, que han precisado al autor de esta cronología aplicar su desvelo para aclarar las demarcaciones de la Florida, restituyéndole sus nombres propios para mayor claridad, y á los españoles lo que justamente es suyo; dando clara y distinta noticia de las poblaciones, cabos, rios, puertos y bahías que encierra su continente: trabajo digno del mayor aplauso y de la mayor estimacion, ya que se le debe dar muchas gracias por su grande zelo.

En la verdad y fé de esta relacion cronológica, que es la segunda parte de la censura, ninguno, por mas atento y escrupuloso que sea, hallará en que tropezar, ni en que recelarse; porque aunque á algunos les ha parecido dificil ajustar la cronología de los tiempos pasados, examinar los tiempos en que reinaron los reyes, y reducir á cómputos seguros los años y los sucesos, el autor de este Ensayo cronológico, *á costa de juiciosos desvelos y laborioso estudio, lo hace facil y claro: haciendo relacion sumaria de los puntos y sucesos principales, y aun de las circunstancias de la historia y conquista de la Florida, con orden de años continuados, sin interrupcion, notados por los cómputos de los tiempos, reyes y reinados en que se conquistaron aquellas bárbaras provincias; apoyando las noticias que escribe con testimonios puntuales de autores antiguos y modernos de mas segura fé; y con grande erudicion y trabajo infatigable comprende y resuelve los mas oscuros é intrincados puntos de esta historia, manifestando muchos sucesos que, ó el descuido ó la malicia habia sepultado; poniendo cada suceso en el tiempo y año que sucedió, y los varones ilustres: siguiendo en todo el método de la mas perfecta cronología con todas las puntualidades que pide la mas exacta historia, que segun*

el príncipe de la elocuencia, son una rigorosa computacion de tiempos, un proponer las verdades sin disfraces, un dar vida á la memoria con el conocimiento de lo pasado, y aun instruir á los presentes con los ejemplares que precedieron. Historia est testis temporum, Lux veritatis, Vita memoriæ, Magistra vitæ, Nuntia vetustatis.

Ultimamente, pasando á la conveniencia del estilo, es escelente el que se halla en esta cronológica historia; y si el estilo (que es como el ropage ó vestidura de la materia de que se trata y escribe) debe acomodarse á la dignidad y propiedades de ella para vestirla y adornarla, ninguno mas propio, acomodado y conveniente á la materia de este libro que el que usa el autor en su escritura: es puro, claro y suave: las voces esplicativas; y en esta parte merece el autor particular alabanza, pues en la pureza, claridad y suavidad puede competir con los mas aventajados en nuestra hispánica lengüa; y concluyo con decir, que mi parecer es el que dió el gran Padre san Agustin en la remision de un libro muy de su aprecio, diciendo: que nada se podia esplicar con mas brevedad, nada atender con mas gusto, nada concebirse de mas noble asunto, ni ser finalmente mas fructuoso: Hoc videlicet opere, nec dici brevius, nec audiri lætius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest. *Por todo lo cual, es muy digno el autor de que se le conceda la licencia que pide y desea para que salga esta obra á la pública luz; y porque no contiene cosa alguna que se oponga á nuestra santa fé católica y buenas y laudables costumbres: así lo siento:* Salvo meliori, &c. *En este real convento de nuestra señora y madre de Dios del Carmen de antigua y regular observancia de Madrid en* 6 *de Junio de* 1723.=M. Fr. Francisco Montiel de Fuente-Novilla.

CENSURA

Del R. P. M. Fr. Pablo Yáñez de Avilés, Lector de teología y predicador general jubilado del orden de san Bernardo, examinador sinodal del arzobispado de Toledo, y coronista del rey don Felipe v, y de sus reinos de España y de las Indias.

M. P. S.

De órden de V. A. he leido este Ensayo cronológico á la historia de la Florida, *dividido en* decadas, *y distinguido en* Anales, *compuesto por don Gabriel de Cárdenas, digno de mayor fama que su nombre, aun por sola la composicion de este libro: es el Tito-Libio de las Indias, aun en la narracion por* decadas, *y es el Lucio-Floro de sus mismas decadas en el epítome de sus narraciones. Dijera de nuestro autor aquel grande varon del sacro orden senatorio, y despues del orden sacro benedictino, lo que de arbogasto:* Par ducibus antiquis, lingua, manuque; quorum dextera solebat non minus tractare, quam gladium*: igual á los capitanes generales antiguos, cuya diestra mano acostumbraba á manejar la pluma con no menor acierto que la espada, ó á tratar de la guerra no menos en el campo de batalla que en el campo de la historia; pero es mayor esta arena, porque es empresa impresa de agua, peregrina relacion naval de duplicado valor, en que la mano del autor empuña tambien el remo para dirigir al rumbo al modo que dice Polívio: que emulando los romanos á los cartagineses desde la primera guerra púnica, prepararon armada marítima; y puestas con orden sillas en la arena, teniendo un maes-*

tro en medio, estendian y encogian los brazos, batiendo ó moviendo el polvo con los remos; aprendiendo la arte de la navegacion y ensayándose á las batallas de mar: Subsellijs in arena, per ordinem positis, remiges insidentes ad vocem præcipientis, qui in medio eorum erat, omnes una protendere brachia, ac reducere remosque per arenam movere pariter docebantur. Ensayo *de tierra, que les coronó de yedras por muchas victorias y conquistas:* Et nautæ læti imposuere coronas. *Y no sé si diga que conviene el nombre latino* Palmula, *que se dá al cabo ó empuñadura del remo, como el nombre* Enchiridion, *que tiene en lengua griega la misma empuñadura ó cabo en el presente asunto mejor que en la comun accepcion, segun Rosino; pues la mano del autor se corona con su misma palma en este* Enchiridion, *ó libro manual; mas para no faltar á la propiedad de las embarcaciones, llámese su pluma remo maestro de las canoas, y piraguas allá en la Florida; y dígase que es gobernalle justo de naves y galeones desde nuestra seca España:* Ut clavum rectum teneam navemque gubernem, *como cantó Ennio.*

No cabe representacion mas viva que este Ensayo, *que pone á la vista sin antecojo amargas distancias y peligrosas profundidades del occeano, é incognitas provincias del nuevo orbe; ni se podrán añadir energías, aunque se puntualicen hazañas; ni se podrán ilustrar mas sus periodos, aunque se estiendan sus tiempos, porque es* teatro *de tan preciosos avisos,* foro *de tan justos consejos, que en las mismas mutaciones que refiere, es lo menos la sabia perspectiva de acercar los males, para aplicarlos los medicamentos y retratar á voz los bienes para despertar los descuidos, ni aun es lo mas presentar una caja de custodia de todas las preciosidades de la Florida, que es sabiduría mas preciosa que toda la indiana para que se precavan piraterías y usurpaciones; siendo lo principal que se intiman: de modo que haciendo intuitivas especies y no-*

ticias tan estractas, no solo se conocen, sino se comprenden, y se imprimen para que no desaparezcan. Llamára yo al autor á nombre patente palinuro de nuestro rey Felipe V y de sus reinos, ó piloto de la nave de su monarquía en los dos orbes, mejor que al gobernador de la nave de Eneas; pues aunque este tuvo propicio á Neptuno, no mereció tanto favor de agua su sueño; y nuestro autor matritense solo al descuido, solo con un ocio, dirige á nadar el occeano; y á no anonadar el nuevo Mundo; y aun á que se eleve al cielo. Y bien sé yo que aunque ahora no se proclame esta historia por ser del tiempo presente, se proclamará el autor en el futuro.

Nam tua sinitime longe, lateque per Urbes
Prodigijs acti cœlestibus ossa piabunt:
Et statuent tumulum, et tumulo solennia mittent
Æternumque locus Palinuri nomen habebit..

Dividió Polivio la historia en gustosa y necesaria; gustosa á los que no ignoran sus noticias ó tienen semejantes esperiencias, necesaria á los que careciendo de esperiencias y noticias necesitan de instruirse en casos, para remediar daños ó continuar progresos. Y segun esta division cierta, esta historia de la Florida, aun siendo del tiempo presente, es la mas necesaria, porque la distancia del sitio hace pretericion de tiempo, y la ignorancia casi comun de geofrafía y náutica, junta con la falta de advertencia de los sucesos de las Indias, de que no se estudian mas que las llegadas de flotas, causa que sus casos contemporáneos se desconozcan mas que los mas antiguos: y suponiendo nuestra España que la nueva de suyo es fructuosa y suya, no se aplica á sus cultivos y ni imagina los robos. Mas ya nuestro autor en esta obra, que como la mas sagrada fuerte sabiduría es nave tan preciosa de aviso, como consejera del distante comercio, y de autor

tan erudito como Dion Crisóstomo en la version de Jano Grutero, decia que necesitaban los reyes en los mayores negocios: Eruditis enim opus habent Reges maximis in rebus, ut sibi sint á consilijs: *publicando lo hecho y desecho de la Florida con pluma tan puntual como util, calladamente grita que nuestra España se engaña en lo que supone, y que la Florida se deshoja ó se desfruta. Los mitileneses, ó de metelin, teniendo el imperio del mar, refiere Eliano que imponian á los desertores y rebeldes la pena de que no se enseñasen letras algunas á sus hijos, porque aunque es grandísima desgracia vivir ignorante vida, era mayor en isleños, que habiendo de vivir en el mar, no habian de saber aun la arte de la navegacion; quedando por marítimos esclavos, sujetos solamente á preceptos del piloto de la nave, ó á golpes del cómitre de la galera. Y si esta ignorancia era justo castigo de la desercion y deslealtad, véase qué premiable y qué gloriosa será una sabia obra en que por fino, leal, celo de la monarquía española se avisa la conservacion de los dominios transmarinos demas que del de la Florida:* Quum maris imperium tenerent mitilenenses, socijs qui desciscebant, hanc penam imposuerunt, ut liberos suos non docerent litteras, neque artes liberales: omnium suppliciorum hoc gravissimum judicantes, in inscitia, et ignorantia artium liberalium vitam transigere: *dijo Eliano.*

Cantó con elegancia Tibullo, que los logros habian abierto los mares penetrables á solos los vientos, guiando fijas estrellas, naves inconstantes:

Lucra petituros freta perque, patentia ventis.
Ducunt instabiles sidera certa rates.

Y mordia con envidia el estrangero menos navegante, y acaso mas codicioso, que solo los españoles, por mayor avaricia, se habian atrevido á mas agua. Por otra

parte, otros se alaban que fueron primeros peces racionales sin cebo codicioso de pescadores; ni falta alguno como el Asertor Gálgico, *que dijese en el siglo próximo pasado que España no tenia en el nuevo orbe otros dominios que de caminos y desiertos*: Non nisi invia, et deserta loca. *Mas ya están manifiestas sus intenciones por sus contradicciones, que son de embídia de tan clara como cristalina y cristiana gloría; no solamente de avaricia por deseo de adquirir de los indios, sino de robar y usurpar á los católicos españoles. Ya frecuentan los estrangeros nuestras Indias como á España; y ya tratan á los españoles como á indios. Pero el dolo mayor de la avaricia estrangera, y de su codicia tirana, consiste en que pinta improbables sus usurpaciones, delineando pruebas falsas, que las representen conquistas justas. Hasta ahora valian por leyes jurídicas las cartas geográficas; mas ya, como advierte nuestro autor, no valen estas cartas aun para conocer en bosquejo á las Indias. Ni es solamente la Florida la confusa y ofuscada con diversos nombres, para que el mapa no la pruebe de sus dueños, sino que la misma ofuscacion y confusion se ha padecido y padece en las demas Indias occidentales y orientales; porque aun la India portuguesa se delinea mas lata que la que fue repartida. Este es el capital dolo para hacer propiedad y pertenencia á la injusticia, mudar nombres á los mares, rios, bahías, cabos, puertos, provincias, para habitar los descaminos y poblar los desiertos. Por la altura del polo se roba á España el suelo, y á todos vientos es traida España á todas plagas, y plagas de estrago, hasta que se aniquile nuestro reino. No prueben, pues, geógrafos algunos aunque sus cartas se dediquen á nuestros reyes, como las De-Fer y Juan Baptista Nolin, y menos las de ingleses, que aunque náuticos, no valen para fieles medidores.*

Pruebe la descripcion histórica del autor del Ensayo de la Florida; y si algun crítico arguye á la

historia de muy clara, estímela por muy clara, muy provechosa, y oiga en su abono á Polibio: Etenim, quo pacto quispiam vel illata sibi, aut patriæ injuria, socios, atque adjutores ad eam propulsandam invenerit. Vel novis rebus studens, alios in sententiam suam traxerit. Vel prospere cedentibus cunctis, suorum animos recte confirmaverit. Nisi ut singula, quæ á majoribus nostris gesta sint, cognitum, perspectumque habuerit. Ita enim in rebus præsentibus paratus semper, atque instructus ea loqui atque agere poterit, quibus, et consilia cunctorum intelligantur, et veritas omnibus patefiat. *¿Cómo sin claridad ha de ocurrirse á la injuria hecha al particular á la patria, en comun, á los compañeros, á los auxiliadores? ó cómo se han de alentar los ánimos á proseguir los prósperos sucesos? Dogma cierto á todo viso, y en el caso de nuestras Indias, irrefragable por todas las circunstancias. Por tanto, no hallo en este libro cláusula que no sea conforme á nuestra santa fé católica, apostólica, romana, y á las reglas morales, y á las reales sanciones: antes me parece todo muy útil al servicio de su Magestad y de todo el reino: Así lo siento,* Salvo meliori, &c. *En este monasterio de santa Ana, órden de nuestro padre san Bernardo de Madrid en 26 de mayo de 1723.=*
Fr. Pablo Yañez de Avilés.



INTRODUCCION

AL ENSAYO CRONOLÓGICO

PARA LA HISTORIA GENERAL

DE LA FLORIDA.

Llenó el *Inca Garcilaso de la Vega* el asunto de la *historia*, á que dedicó su pluma, sin que nadie pueda adelantar la perfeccion y pureza que contiene: el tiempo ha originado dos motivos para que todos se animen á engrandecerla. Uno, ver empezado á cumplir, aunque perezosamente, el eficaz deseo que tuvo de su conquista: causa que le movió á escribir, como refiere él mismo en el *lib.* 6, *cap.* 21. Otro, que penetradas y conocidas (cuanto estuvo de parte del atrevimiento de los hombres) las regiones que generalmente describe, han ocasionado al mayor desvelo y erudicion incurrir á cada paso en las equivocaciones de las tierras y costas de la *Florida*, que autorizan los mapas las cartas de marcar, las relaciones y libros inadvertidamente notados, y descuidadamente escritos; pues aun el que tratára de escribir de estas regiones, hallándose en ellas, no se veria libre de

la confusion con que ofenden el conocimiento individual: tantos y tan diversos nombres como han puesto á aquellas provincias, costas, cabos, pueblos y rios los que han navegado ácia aquella parte septentrional de las Indias; porque le sería preciso acomodarse á la idea de cada escritor, que derramada con nuevas voces en su nacion hace plausibles sus invenciones; pretendiendo de este modo ser solos los que siguieron á los primeros, y únicos los que aprendieron de otros; propagando su fama con el descuido de los españoles, queriendo ofuscar con vocablos recientes los sitios conocidos, que antiguamente tuvieron nombres impuestos por los españoles, primeros descubridores y posecdores: ya olvidados, por que los franceses, ingleses, holandeses, dinamarqueses, suecos y noruegos, han dado los nombres que les ha parecido, á los mares y regiones donde han llegado, ó imaginado llegar; de suerte, que sin gran reflexion, es dificil entender de qué tierras, islas, cabos, rios y esteros se habla, y mas cuando esta verbal distincion se vé trasladada en las cartas y en las historias, que causa el gran daño que observó *Herrera* en la *historia general de las Indias, decad.* 1, *lib.* 5, *cap.* 5, y despues *Juan Bunon*, en las *notas á la introduccion de la geografía de Cluverio, lib.* 6, *cap.* 12, *fol.* 504. *Cum Hispani alia, et galli alia hisce locis indiderunt, nomina magna reperitur in tabulis geograficis discrepancia*: esperimentando, como desconocidas, provincias, islas, puertos de tierra firme notorios por mudar los nombres: de cuya confusion nacen tantos errores como perdicion de gentes y navíos.

Reconoció el *Inca* el primer motivo mencionándole en el *últim. cap.* del *lib.* 6 de su *historia*, en algunas entradas que por diferentes partes emprendieron los españoles en la *Florida*, numerando los que murieron en ella hasta el año de 1568; pero retirado en Córdoba, le faltaron las noticias de los grandes casos que en aquel pais sucedieron algunos años antes, y despues de la famosa entrada de *Hernando de Soto*, como lo de-

clara él mismo, *lib.* 1, *cap.* 4; y no es de maravillar, porque habiendo solicitado tantos años despues, como hasta hoy han pasado (aunque en el breve tiempo que duró esta impresion), individuales noticias de los sucesos de aquel dilatado continente, solo se ha podido averiguar el desaliño de nuestra nacion, y ser máxima cierta que cuida de obrar las hazañas, y no de escribirlas.

El breve resumen anual que se sigue se quedára en pensamiento, si casualmente no hubiera caido en nuestro poder algunos papeles, y otros en el de *don Juan Isidro Yañez Fajardo*, caballero del órden de Calatrava, gentil hombre de la boca de su magestad, de su consejo, y secretario con ejercicio de decretos en la secretaría del despacho universal de hacienda, y regidor de Madrid, á quien debe mucho la curiosa solicitud de las memorias españolas: porque buscar en los estrangeros noticias de los hechos españoles en las Indias occidentales, es perder el tiempo, pues solo tratan de robar con la tierra la fama de los que debieran venerar, sino respetosos, agradecidos.

Aun con nuestro desvelo y otros auxilios, ha salido tan defectuoso, que solo puede servir de avisar brevísimamente á las grandes plumas lo que llegó á nuestra noticia: procurando reducir los sucesos hasta nuestros dias á los años en que se produjeron, para que ya que no se puedan conservar ó publicar las hazañas de muchos esforzados caballeros, á lo menos no perezca la memoria de sus nombres, ni el de nuestros amigos podrá ser estimulado al perezoso descuido, que lastima con el olvido nuestros héroes, para que si la mas cuerda diligencia emprendiere delinearlas, halle concisamente algunos sucesos, despues de la entrada en la *Florida*, del famoso capitan *Hernando de Soto*, pues aunque en las conquistas de *don Tristán de Luna*, del *adelantado Pedro Menendez*, y en los adversos casos de *Roberto Cavelier de la Sala*, vá mas estendida esta sencilla

relacion, por haber hallado muy poco impreso en nuestro idioma, no entendemos escribir historia, sino manifestar la pública conveniencia que se seguiria de escribirla: por lo cual no usamos mas adorno en las noticias que darlas á entender: no sabemos si se habrá logrado.

No hemos podido conseguir ver la jornada que *Pedro Menendez* hizo, con las particularidades que en ella pasaron, y la descripcion y calidades de la *Florida*, que tuvo en su poder el insigne *Gonzalo de Yllescas*, escrita por el maestro *Bartolomé Barrientos*, catedrático y profesor de la lengua latina en Salamanca, de que hace mencion en la vida de *Pio IV*, Pontífice, 232 *fol.* 344 y 345, afirmando la habia visto, y remitiéndose á ella cuando saliese á luz.

El nombre antiguo de esta region fue *Cautio*, tierra famosa entre los indios circunvecinos, que segun la opinion mas cierta, vinieron de ella á poblar las islas de la *Española*, *Cuba*, *San Juan de Boriquen*, *Jamaica* y otras; y volvieron á ella los de la *isla de Cuba* antes que los españoles dominasen esta *isla*, á buscar un rio ó fuente que decian remozaba: asentaron un pueblo en la *Florida*, cuya generacion aun dura: los demas indios comarcanos registraron gran parte de ella, bañándose en todos los rios y arroyos, y aun en las lagunas y pantanos, para esperimentar la apetecida virtud, tan creida como incierta. Nuestro amigo el Rmo. P. *Bartolomé Alcazar* (que con gran desconsuelo de la república de las letras murió el dia 14 de enero del año de 1721) en su *Crono-Historia* dice (despues de *Cornelio Uvifliet* y *Teodoro Bry*, que se llamó *Jaguaza*; pero tenemos por sin duda, que ni estos nombres ni otros que la daban los indios, comprendian el continente, sino una provincia ú otras, hasta que *Juan Ponce de Leon*, su primer descubridor, le dió el nombre universal de *Florida*, como refiere el *Inca*, *lib.* 1, *cap.* 2.

Fue su descubrimiento el domingo de pascua de resurreccion, que se llama de *Flores*, por caer siempre en primavera, como se dirá adelante: pero aun la gloria del descubrimiento intentan usurpar á *Juan Ponce Urbano Calvetón, Jacobo Augusto Thuano* y otros, atribuyéndosela á *Sebastian Gaboto*, veneciano, el cual fue muy familiar de *Pedro Martir de Angleria*, y trató con él muchas veces del viage que habia hecho á Indias, como afirma él mismo, *decada* 3, *cap.* 6; y es quien podrá manifestar la verdad de este suceso.

Juan Baptista Rhamusio, que escribia año de 1550 y siguientes, refiere en el *Discurso sobre el tercer volúmen de sus navegaciones*, *fol.* 4, que navegó *Gaboto* á nueva Francia á espensas d. *Enrique VII*, rey de Inglaterra, y llegó hasta sesenta y siete grados y medio de latitud al Norte, encontrando siempre mar abierto y navegable, imaginando descubrir camino al gran *Catay*; pero en medio de sus ideas se rebeló su gente, y le precisó á volverse: en el discurso sobre la *tierra del labrador, fol.* 417, dice que á costa de *Enrique VII* descubrió la tierra de bacallaos, llegando al grado sesenta y siete, desde donde le hizo retirar el frio. *Tuhano, lib.* 48 de las *historias* de su tiempo, dice: *primum in eam indicarum regionem venisse.*

Francisco Bacon, baron de Verulamio, que escribió muchos años despues la *historia* de *Enrique VII*, pone mas dilatadamente esta empresa, como suceso que pertenecia á su historia: refiere que emulando á *Cristobal Colon Sebastian Gaboto*, veneciano, sábio en la comosgrafía y náutica, conjeturó que á la parte septentrional de las Indias occidentales habia muchas tierras, hasta entonces no conocidas, las cuales descubriria él, fundado en mas firmes conjeturas que *Colon*: instó á *Enrique VII* para que le patrocinase, asegurando hallaría una *isla* abundante de riquezas y mercaderias; y persuadido el *rey de Inglaterra* de su eficacia, le dió una nave prevenida de lo necesario, y los

mercaderes de Londres dispusieron tres, cargadas de cosas de poco precio y peso, para rescatar con los indios. Navegando *Gaboto* al Occidente, cuarta al Norte sobre el lado septentrional, llegó hasta la *tierra del labrador* en sesenta y siete grados y medio de latitud, hallando siempre mar abierto y navegable, como *Gaboto* decia despues de su vuelta, trayendo la carta de su navegacion.

Esta tierra del *labrador* era tan poco conocida aun de los que se preciaban de inteligentes, viviendo *Gaboto*, que el *bachiller Martin Fernandez de Enciso* en la *suma de la geografía* que escribió para *Cárlos V* siendo príncipe, impresa en Sevilla año de 1519, se dá á entender con estas palabras: *Está en cincuenta* y *siete grados: está al Norueste de Galicia y Leste Oeste con Escocia; tiene el Oeste la tierra de los bacallaos, que es tierra de grandes pesquerías y larga: están los bacallaos al Oeste de Galicia.*

Hoy se considera la tierra de bacallaos al Mediodia del *rio Canadá* ó *san Lorenzo*, pais muy dilatado á que llaman los franceses *Canadá septentrional*, en frente de las islas de *Fermingan*; al Oriente la *Bahía de Hudson*, y al Norte el *estrecho* del mismo nombre, estendiéndose despues del grado cincuenta y dos y treinta minutos, hasta el sesenta y tres de latitud. Sus habitadores son indios bravos, llamados *Esquímós*, poco valientes, perezosisimos é irreducibles á razon, y al parecer, incapaces de deponer su vestialidad, solo admiten al comercio de pieles á los estrangeros, viniendo en canoas de pieles de *Lobos marinos*, en tanto número algunas veces, que si los comerciantes se descuidan, suelen llevarse los navichuelos en que van los franceses de *Quebec*, los ingleses y otras naciones á rescatar pieles, reparten entre sí las mercaderías que roban, despues de dar muerte á la gente; y son tan aficionados á saltear en el mar, que de noche, en grandes chalupas, tan ligesas como el viento, en que caben treinta ó cuarenta

indios, se llevan los barcos que pueden. Y este es riesgo contínuo de los que pescan bacallao en el *mar chico del Norte* y de los españoles de *Pontochova*, que unos y otros los persiguen con barcos luengos; pero nó escarmientan, porque son tantos, que pueden poner treinta mil indios de guerra.

El suceso de *Gaboto*, aunque á distinto fin, y en distinto año, bien que con la confusion y falta de verdad de su tenebrosa *Historia de Inglaterra*, ó *apología* (por hablar propiamente), de las maldades de los herejes, refiere *Larrey*, trasladando mal á *Bacon*, y acreditándose con *Gerónimo Bençon*, dice que en la primavera del año de 1496 salió *Gaboto* con tres bageles, prevenidos de todo por *Enrique VII*; que su intencion era navegar siempre al nort noruoste, hasta llegar á la altura del *Catay*, que unos dicen es provincia de la gran *Tartaria*, y otros del norte de la *China*; y que reconociendo habia hecho su viage al Norte, y luego al Este, que era derrota contraria á la imaginada, volvió sobre el ecuador ó línea equinocial, y aportó á una *isla* que llaman *Florida* los españoles, donde habiendo estado algun tiempo, no pudiendo alargarse mas por falta de bastimentos, se volvió á Inglaterra.

Pedro Martir de Anglería, dice corrió la orilla de la tierra de bacallaos; y añade *que no faltan castellanos que nieguen haber sido descubridor de esta tierra, consintiendo solo en que hiciese viage á Occidente.*

Verdaderamente en este viage nada hay cierto. La nave que dice *Bacon* armó á *Gaboto Enrique VII*, y que son tres en *Larrey*; informado *Pedro Martir* del mismo *Gaboto*, dice en sus *decadas* que las compró con su propio caudal, y lo repite el *sumario de las Indias occidentales*, que está en *Rhamusio*; y añade *Herrera*, *decada* 1, *lib* 6, *cap* 16, sobre la primera opinion. *Otros dicen que armó á su costa*, y que iba por saber qué tierras eran las Indias; y para poblar llevó 300 hombres, lo cual dá á entender *Juan Federico Bernardo* en la

recopilacion de los viages al Norte en el *discurso preliminar* al *tom.* 1, *fol.* 5, donde dice que incitado *Gaboto* de los descubrimientos, dispuso dos bageles, partió de Inglaterra, y navegó hasta el grado 55 de latitud al norte; y pone esta navegacion el año de 1513 errando el puerto de donde salió, y quién le envió y dónde fue.

El año de este viage tampoco está ajustado: *Bacon* le pone año de 14, del reinado de *Enrique VII*, que corresponde al año de 1498. Y parece concuerda con él *Pedro Martir*, que escribiendo el año de 1524 el *cap.* 2 de la *decada* 7, dice haria 26 años que halló *Gaboto* esta tierra, y en el *sumario* referido la dió el nombre de bacallaos, por la abundancia de este pescado (que llamaban asi los indios), que habia en aquel mar en tanto número, que impide la navegacion, pero no afirma fuese el mismo año.

Nicolás de Fer asegura que los bancos en que van á pescar bacallaos ó merluza (que los franceses llaman *morues*, ó *mollues* verdes), todos los años desde abril hasta julio los descubrió *Gaboto* con la *isla de Terranova* por *Enrique VII*, año de 1495. El autor del *discurso* referido que precede á la *recopilacion de los viages al norte*, *fol.* 19, dice que *Juan y Sebastian Gaboto* y otros venecianos partieron el mismo año de 1497 de Inglaterra de órden de *Enrique VII*, y que á su vuelta dieron relacion de algunos paises situados al nordoveste, y trajeron cuatro indios; lo mas comun es que el año de 1496 fue este viage, como lo pone el autor del *mapa* dedicado á *Ricardo Hakluito*, que imprimió las *decadas de Pedro Martir*; pero esto basta para que no conste el año.

La tierra tampoco consta, atendida la descripcion de la del *labrador* referida y la latitud donde dice *Bacon* llegó *Gaboto* (á quien llama *Gabato*). Todas pueden ser fáciles equivocaciones de que desde el principio hubiera desengañado la carta náutica que refiere *Bacon de Verulamio* trajo á Inglaterra, la cual no manifestó,

ni aun parece que su navegacion fue de la aprobacion de los ingleses, si él la comunicó, con que no iban muy descaminados los castellanos que negaban el descubrimiento, y menos si como dice *Antonio de Herrera, decada 1, lib. 1, cap.* 3. Antes que *don Cristobal Colón* descubriese las Indias, dijo en el *Puerto de Santa Maria* un marinero que navegando á *Irlanda* vió la tierra que imaginaban otros ser *Tartaria*, que daba vuelta por Occidente, la *cual despues ha parecido ser los bacallaos, y que no pudieron llegar á ella por los terribles vientos*; y que Pedro de Velasco Gallego, dijo: *Que navegando á Irlanda se metió tanto al Norte, que vió tierra hácia el Poniente de aquella isla.*

Pero el crédito que *Pedro Martir de Angleria* se ha grangeado, no solo por su erudicion y desvelo, sino por los informes que logró al tiempo de escribir, hallándose consejero de Indias, ó destinado para los negocios de ellas tratando continuamente con los descubridores y conquistadores, y especialmente con *Gaboto*, merece hacer estimacion de su dictamen (dado que algunas cosas que le contaron hayan despues aparecido inciertas), no hace creible que teniendo tan estrecha comunicacion *Gaboto* con él, habiéndole menester tanto para adelantar su fortuna, dejase de enseñarle la carta de su navegacion, instruyéndole de modo que manifestase la verdad para que no la dejase en duda, añadiendo: *No faltan castellanos que nieguen, etc.* Por lo ménos si hubiese tenido por hablilla de la envidia esta negacion, la advirtiera para cumplir con la sinceridad.

Que este viage tuviese notable incertidumbre se infiere de lo que *Bacon* y *Larrey* dan á entender, pues no era prudencia del *rey de Inglaterra* preferir á *Bartolomé Colón* teniendo esperimentado á *Sebastian Gaboto*, registrada por él la mayor parte del camino; porque si trajera informes ciertos de aquellas tierras y cielo, que decia hubieran persuadido á *Enrique* (que no desperdiciaba nada), á nueva empresa; pero no solo quedó

contento de la primera, sino disgustado: y *Gaboto* de la misma suerte, ó porque el *rey* despreció lo que prometia, ó porque no la tuvo *Gaboto* por medio para medrar; y aunque conservó siempre la fama de cosmografo, no se hizo caso de él en *Inglaterra*, hasta que el *rey de España*, por el mes de setiembre de 1512, entendiendo de algunos cosmografos que habia algun estrecho á la parte de la tierra de los bacallaos y otro á Occidente, escribió á *Milord Ulibi*, capitan general de Inglaterra, le enviase *á Gaboto*, lo cual ejecutó luego como cosa que le importaba poco. El *rey* le dió título de capitan, y le mandó residir en Sevilla; hasta que el año de 1518, que le nombró piloto mayor; pero nunca intentó ni propuso proseguir el descubrimiento empezado.

Aunque para su estimacion era bastante el crédito de cosmografo que conservaba en Sevilla, cayó mucho de él en el viage que hizo por el estrecho de *Magallanes* á las *Malucas* el año de 1526, en el cual, segun la opinion de los mas pláticos de mar (que afirma *Herrera*), no se gobernó como marinero de esperiencia, ni aun como capitan; y *Diego García*, marinero insigne, fue de parecer que *Sebastian Gaboto* no supo tomar el rumbo de esta navegacion; porque aunque era gran cosmografo no era buen marinero: dejó esta empresa porque la gente no le quiso seguir temiendo ser mal gobernada en el estrecho: despues perpetuó su nombre en la fortaleza de *Sancti Espiritus*, que se llamó de *Sebastian Gaboto*, en el rio *Parana* ó de la *plata*, ó de *Solís* (por haberle descubierto *Juan de Solís* año de 1515): de donde volvió á *España* con hartos trabajos el de 1530.

Bacon quiere disimular el ningun caso que de *Gaboto* se hizo en *Inglaterra* vuelto ya de su viage, afirmando que el *rey de Portugal* envió á *Bartolomé Colon* á tratar de la conquista de las Indias Orientales y Occidentales por no poder abrazar ambas empresas, y que le hizo prisionero un pirata, lo cual estorbó ejecu-

tar el concierto premeditado, y concluye: *Que por divina Providencia quedaron entonces reservadas á la Corona de Castilla las Indias Occidentales.* Y aunque ofrece volver á tratar de esta materia, ó no hubo que decir, ó se le olvidó este viage á *Inglaterra* de *Bartolomé*, que fue antes del descubrimiento de las Indias, y le envió su hermano *don Cristobal*, como refiere el P. *Gerónimo Román*, *lib.* 1 de la *Republica de las Indias Occidentales.*

Larrey, mas resuelto y con menos juicio, haciendo reflexion sobre lo que dejaba escrito, propone que segun aquella relacion serán los ingleses los primeros descubridores de la *Florida*, y tendrán derecho á ella antes que los españoles, y prosigue: *Que hallando Gaboto embarazada á Inglaterra con las turbaciones de Perkino, y otras sediciones, se vino á España, donde fue bien recibido de los reyes católicos, y le dieron bageles para volver á las Indias.* Y despues, refiriendo lo que Bacon espresa, dice: *Que el intermedio del viage de Bartolomé Colón y su prision, Cristobal conquistó para España, lo que debia conquistar su hermano para Inglaterra; y que descubrió el dia de Pascua Florida la tierra, á quien llamó Florida* (Moreri dice debe el nombre al *Adelantado Hernando de Soto*), *por esta razon. Otros dicen* (añade al márgen), *que fue Juan Ponce, del reino de Leon, quien la descubrió* y luego afirma que descubrió *Colón* la *isla de Cuba*, la *española* ó *santo Domingo*; y al márgen pone que las habia descubierto los años de 1492, 1493, y que el de 1498 penetró mas y corrió la parte del istmo de Panamá. La poca reflexion en escribir causa la multitud de equivocaciones que padece *Larrey*: menos tiempo se gastára en conocerlas que en advertirlas.

Pero volviendo á nuestro intento es novedad hacer descubridor á *Colón* de la *Florida*, como arrepentido de haber dado á *Gaboto* esta gloria. Repite lo mismo en la infelice y escandalosa vida de *Enrique VIII*, diciendo

que 30 años despues de la *Florida*, donde *don Cristobal Colón* empezó á establecer el dominio español, se conquistó *Méjico* desde el año de 1518 hasta el de 1521, sin tener mas fundamento que la voluntaria conjetura de que *Colón* pudo verla habiendo descubierto á 11 de octubre de 1592 (á 13 dice el *P. Fr. Gerónimo Román en la Republica de las Indias Occidentales*), la *Isla de Guanahani*, á quien llamó *san Salvador*, y no el año de 1494 como dice *Cristobal Besoldo, de incrementis Imp. cap.* 4.

Está *Guanahani*, situada en 25 grados y 40 minutos de latitud entre *Cuba* y la *tierra* de la *Florida*, como dice el *P. Vasconcelos* en la *Historia del Brasil*, *Francisco Sansovino*, en la 5. *parte*, que añadió á la *Silva de varia leccion*, *de Pedro Mejia*, *cap.* 1, *y otros* y es una de las *Islas Lucayas*, que desde la *española* están sembradas en el mar hasta la costa de la *Florida*, desviadas algo de *Cuba* ó *Fernandina*; pero no consta viese *Colón* á la *Florida*, y menos que la reconociese, nombrase, ni estableciese en ella el dominio español; pues si fuera así no omitiera alegarlo á *don Diego Colón*, su hijo, en el pleito que siguió con el fiscal sobre este descubrimiento: lo cual quedará advertido para manifestar la malicia de la *nota* que pone al margen. *Otros dicen que fue Juan Ponce, del reino de Leon, quien la descubrió*, como que desprecia y tiene por indigna de que se incluya la verdad en el volumen, aunque dá á entender que no la ignora, sino que no la quiere decir, ó la pretende ofuscar.

Notado esto de paso, mas creible es que no haber mandado continuar sus descubrimientos á *Gaboto* en Inglaterra fue no persuadirse *Enrique VII* á las promesas segundas, engañado en las primeras, ni saber *Gaboto* esplicarlas despues de vistas, y si llegó al grado 68 segun presumia, y vió la tierra de *bacallaos* seria la *isla de Terranova*, adyadente á la *Florida*; porque en el tiempo que se pone este descubrimiento no habia

isla conocida entre los españoles con el nombre de *Florida*. Antiguamente sospecharon algunos era la *isla* donde envió *Diego Velazquez* dos caravelas en socorro de otras naves que habian ido á cautivar indios, de las cuales quisieron apoderarse 500, como poco antes hicieron 300 indios con otra caravela en el *Puerto de Carenas* (que hoy es la *Habana*); y aun parece que el descuido conservó en algunos esta opinion, como se deja entender de *Francisco Sansovino* en la 5 *parte*, que añadió á la *Silva de varia leccion*, *cap.* 7 *y* 8. *Gil Gonzalez de Avila*, en su *teatro de la iglesia catedral de Cuba*, *fol.* 275. Otros conocieron ser tierra firme, y de este parecer fue siempre *Anton de Alaminos*, piloto que fue con *Juan Ponce*, el cual, habiendo llegado á ella con *Francisco Fernandez de Córdoba*, año de 1417, del modo que cuenta *Bernal Diaz del Castillo* en su *historia de Nueva España*, *cap.* 6, aseguró este dictamen; y el año de 1519 afirma *Pedro Martir de Angleria*, *decada* 5, *cap.* 1, que *Francisco Garay* gobernador de *Jamáica*, conoció ser tierra firme, y aunque sucedió muchos años despues del viage de *Gaboto*, es bastante para que se crea que con el nombre *Florida* que *Juan Ponce de Leon* impuso á este continente empezó la disputa si era ó no tierra firme; que no fue bien decidida hasta que volvió á poblarla: por esto no se atrevió á afirmarlo el *bachiller Martin Fernandez de Enciso* en la *suma de la geografía*.

Da á entender lo referido cuán vaga é inciertamente habla *Larrey*, impío enemigo de la religion católica, y de los que procuran mantener su pureza. Así procede en otras cosas de mayor importancia sin regla ni razon, y no lo será detenernos mas con él: la verdad pende de lo que antes que ninguno dejó escrito *Pedro Martir de Angleria*. Su duda está calificada con la falta de claridad en el viage de *Gaboto*; pero como nuestro intento no es quitar la gloria á quien la mereciere, si *Gaboto* vió la *Florida* navegando la vuelta de *Islandia*,

sobre el *cabo de la tierra del Labrador* hasta ponerse en sesenta y ocho grados, corriendo la costa por entre inmensos hielos, como refiere *Herrera*, se volvió sin conocimiento de la tierra, ni hacer mas esperiencia que de las calamidades que padeció. Pero *Juan Ponce de Leon*, honrado y noble caballero, que trabajó tanto en la conquista y pacificacion de la *isla española* en la guerra de *Niguey*, y en la reducion y poblacion de la *isla del Boriquen*, ó *san Juan de Puerto Rico*, descubrió la tierra de la *Florida*, y volvió á conquistarla y reducirla en nombre del *rey* con derecho legítimo á su conquista, y tomó en su real nombre posesion del continente cuando ya no se dudaba que fuese tierra firme.

La empresa fue infeliz, pero el valor no está sujeto á que deslustre la fortuna la fama de las acciones grandes. ¿Qué motivo es la desgracia para que habiendo perdido vida y hacienda en el descubrimiento y conquista, se le usurpe tambien la gloria de haber procurado estender la religion y el imperio? Cuando aun la misma tierra clama por su justicia teniendo su nombre el *Cabo* de *Cárlos* mudado en *Cabo de Juan Ponce de Leon*, ni para que se censure tan ingratamente á *Francisco Lopez de Gomara* en su *historia general de Indias* por algunos estrangeros, mas con envidioso aborrecimiento que con solícito deseo de la verdad, pero lo mismo les sucede con otros descubridores, de que refiere alguna parte *Fr. Buenaventura de Salinas* en el *memorial de las historias del Perú*, *discurso* 3, *cap. 4*.

Tampoco se huyó la comprension del *Inca* del segundo motivo: pues en la breve descripcion que hace de la *Florida* (que con tantos nombres puestos á cada parte han procurado confundir los estraños), da tan dilatados térmidos á esta region que han tenido todos provincias en que acomodar, adulandoulos nombres de sus favorecedores, sus patrias, villas, y aun los suyos, sin

inquirir los impuestos por los primeros que las conocieron, ni cuidar de reintegrar los que ellos mismos habian aprobado, mudándolos, segun en las cortes se mudaban, los favorecidos y los poderosos.

Ya fuera tolerable esta vanidad, si dejaran unos y otros como hizo *Fr. Cristiano Le Clerq*, que llamó dos *Floridas* lo que poseían los españoles, y ocupaban los franceses, ingleses y holandeses; de otro modo *Antonio de Herrera*, en la *descripcion de las Indias*, *cap.* 8, quiso distinguir entre *Florida* propiamente *tomada* ó *conocida*, ó con mayor estension *ignorada*. Pero ya aun el nombre empieza á desterrar la adulacion maliciosa de la memoria de los hombres, confirmándolo quién se intitula *geografo del Rey nuestro señor*, pues en el mapa que *Nicolás de Fer* estampó el año de 1718, llama *Lusiana* á todo el pais y á la *punta* ó *cabo* á que estrechan algunos la *Florida*, que sale enfrente de la *isla Fernandina* ó *Cuba* (que es la provincia de *Tequesta*); llama *peninsula* de la *Lusiana*, demarcándola como provincia francesa. De suerte, que las poblaciones de los españoles las deja como habitaciones de estrangeros, haciendo facilmente con la pluma uno, lo que no han logrado con las armas tantos. Qué mucho, si *don Sebastian de Oviedo* en su *índice del mundo conocido*, dice que es la *Florida* una parte de la *Nueva Francia* ó de *Canadá*, siendo esta provincia parte de la *Florida*.

El que no tuviese noticia de este nuevo nombre, y viere escritas en el mapa referido con tanto cuidado, á *Francia Occidental*, *Canadá*, *Acadia*, *Gaspesia*, *la tierra de los indios Esquimós*, *de los Hurones*, *Iroqueses*, y de los *Ilineses*; la *Virginia*, *Marin Lande*, *Pensilvania*, *Nueva Gersey*, *la isla de Terranova* y otras, sin hallar la *Florida*, imaginára se ha sumergido, y que son fábulas las historias de ella.

Poco costará al mas torpe, señalando como *Nicolás Fer*, ilustrar las provincias con los nombres de las

nuestras ó con los de nuestros héroes, ó los héroes con los de nuestras provincias; pero siendo agenas como la tierra de la *Florida*, tendria el nombre la duracion de la violencia ó de la vida del imponedor.

No es facil adivinar la razon de este intento, por que apenas nombra provincia de las que *Juan Laet*, *Cornelio Uvifliet* y otros, describen en sus mapas é historias: sin duda con la novedad quiso dar estimacion á su trabajo, aunque arrepentido ó mejor aconsejado, acompañó á la *Lusiana* en el mapa menor que delineó con la *Florida*, restituyendo este nombre á *Tequesta* y sus confinantes; pero el que ignorase la invencion del de *Lusiana*, y que en él comprende la *Florida* con parte del *Nuevo Méjico*, no tendrá utilidad en esta declaracion.

Luis Moreri, en su *gran diccionario histórico*, que mancharon sus *adicionadores* de sacrilegios y herrores indignos, estrechó la *Florida* sobre la *Ensenada Mejicana*, diciendo que los españoles la hacen mayor por que incluyen en ella la *Virginia* y *Nueva Francia*; pone la opinion de algunos que sintieron no comprender aquel nombre mas que la provincia de *Tequesta* (que llama *Tegeste*) que mira al Mediodia y hace costa para formar la *Ensenada* y *canal de Bahama*; despues la coloca entre *Nueva Francia*, *Virginia* y *Mégico*; y aunque es mas tolerable estrecharla que desvanecerla, si hubiera visto la carta geográfica de *Gerónimo de Chaves* en *Abrahum Ortelio*, siendo tan antigua, hallára mayores distancias. Hasta la *Virginia* reconoció el *adelantado Pedro Menendez*, y su sobrino *Pedro Menendez Marquez* la describió, segun lo que ha llegado á nuestra noticia, en un pedazo de la *descripcion* que hizo: esto y otras cosas semejantes es razon se eviten para volver á nuestro propósito.

El *Inca* no señala confines a la *Florida* hácia el Norte, porque los ignoró como los demás, ni hasta hoy se ha podido saber dónde llega, como lo afirmó nuestro

amigo *don Juan de Villa Gutierre* en la *historia de la conquista y reducion de Yzta, lib.* 1, *cap.* 3; tampoco al Norte se le conocen á Europa, sobre lo cual dice *don Sebastian de Oviedo* en el *índice del mundo conocido, fol.* 1,14: Los antiguos cosmografos no dieron confines á Europa hácia el septentrion; pero comprendieron todas estas estremidades septentrionales en el nombre de *montes hiperboreos* (aunque despues se ha conocido que no los hay de ningun género), ó en el mar helado, que se puede entender desde el *Golfo de san Nicolás* á otra parte mas cercana del desaguadero del rio *Oby* hasta el mar que está sobre la *Noruega* y *Finckmarchia* y hácia las *islas de Frisland* é *Island*, y de este lado se avecina Europa al Polo, y no se acerca á ninguna tierra considerable, solo se conocen algunas islas mal pobladas, como son la *Nueva Zembla* y *Niebland*.

El *P. Auril, de la Compañía de Jesus, en sus viages á diferentes estados de Europa y Asia, emprendidos para hallar nuevo camino á la China por tierra*, conjetura que la *punta ó cabo septemtrional* de aquel dilatado continente no está lejos de una isla situada á la boca de un gran rio, llamado *Cauvoina*, en el *Mar Elado*, de donde presume fueron á *tierra firme* los primeros habitadores, pues los que quedaron en la *isla* conservan las mismas costumbres de los que fueron: comen, bailan y se pintan en la misma forma, aunque *Bunon* en las *notas á Claverio, lib.* 3, *cap.* 26, *númer.* 4, afirma que *Groenlandia* (que significa *Tierra Verde*, llamada así por el moho que cria el suelo que parece yerba), se separa de la *Estotilandia* por el *estrecho de Davis*; y añade *Mallet* (sacándolo de la relacion de *Groenlandia* de *la Peyrere*), en el *lib.* 3 de su *descripcion del Orve*, que habiendo salido del *Sund Golske Lindeño, almirante de Dinamarca*, con armada, separó sus navios una tempestad el año de 1605, y con dos arribó un *capitan inglés* á lo último de la tierra de *Groenlandia*, que corresponde al Occidente del *cabo de Fa-*

ruvel; entró en el *Golfo de Davis*, y costeando la parte Oriental y Occidental de sus tierras descubrió buenos paises, muy hermosos y verdes, á los cuales puso nombres *dinamarqueses*; saltó en tierra para coger algunos indios; logró prender cuatro, que trayéndolos á embarcar los *dinamarqueses*, fue tanto lo que se enfureció uno, que no hubo medio de sosegarle; y viendo que los otros tres iban poniéndose del mismo modo, le dieron muerte á arcabuzazos para que temiesen los demás, que espantados de la ruina de su compañero, pudieron embarcarlos y traerlos alegres á *Dinamarca*; con que si la tierra opuesta á la parte Occidental de *Groenlandia* es la costa del *Golfo de Davis*, *Bunon* dirá bien; pues no solo al Occidente de *Groenlandia* está el *Estrecho de Davis*, sino grandes *islas*, cuyos nombres se ignoran, siendo la mas notable *Cumberland*, y pudiera conjeturarse que atravesando el *Estrecho* habian poblado aquella tierra los *Groenlandeses*: aunque *Olao Uvormio* imaginaba que los *Sklenguingres*, habitadores de *Uvestrebug*, en *Groenlandia*, habian venido de las *Indias Occidentales* á poblarla como refiere *la Peyrere* al fin de su *relacion de Groenlandia*. Cotejando los moradores de los paises que quieren miren á las *Indias* con los que habitan hácia las partes de *Europa* que se han traido á *Dinamarca*, parece dimanan de una nacion: son de malas figuras y de entendimientos tan torpes, que hasta ahora ninguno ha podido aprender la lengua *dinamarquesa*. Andan vestidos de pieles, son muy amigos de caza, comen crudas las carnes y pescados; sus armas son arcos y flechas con puntas de espinas de peces, adoran al sol y tienen otras costumbres semejantes á los de *Estotilandia* que ponen al Norte de las *Indias Occidentales*, y dicen descubrió año 1390 *Antonio Zen*, veneciano, y *Nicolás*, su hermano, que saliendo de *Gibraltar* para ir á *Flandes* ó *Inglaterra*, los arrojaron las tempestades en el *Mar Elado* hácia *Islandia* ó *Groenlandia*, y que la reconoció *Juan Scolve*;

polaco, que murió en el mar; la cual con *Spitzberga*, *Nueva Dinamarca*, *Groenlandia*, y otras provincias desconocidas é impenetrables, se llama *Tierra Artica* (por estar cerca del *Polo* de este nombre): alguna parte de ellas, conocida ó mas vulgarizada despues del descubrimiento de las *Indias*, porque *Martin Fernandez de Enciso* en la *suma de la Geografía*, refiriendo á *Islandia* y á otras pequeñas *islas* de que está rodeada, solo dice: *Por esta parte del septentrion no hay en estos tiempos* (año de 1519), *noticia de que haya mas provincias.*

La Peyrere en la *relacion de Groenlandia*, *cap.* 3, intenta acreditar de incierto que *Groenlandia* sea continente de *Tartaria* (la cual segun escribe *Vincencio*, *Histórico*, referido por *Francisco Sansovino* en la *parte* 4 de la *Silva de varia leccion*, añadida á *Pedro Mejia*, *cap.* 23, se junta con el norte dándola por límites al Océano), porque los pilotos mas hábiles no pudiendo navegar por los hielos de la *nueva Zembla*, solo han llegado á *Spitzberga*, á la cual tienen los *dinamarqueses* por parte de la *Groenlandia* (donde los *vascos* y *holandeses* hacen la pesca de las ballenas llegando por el mes de julio y volviendo á su tierra á mediado de agosto), en setenta y ocho grados de altura, á donde envió el mayordomo mayor del *rey de Dinamarca* á un español criado suyo, llamado *Leonino*, el cual dió vista á tierra sin hallar mas que empinadas y agudas montañas de hielo: vió algunos venados, osos blancos acuáticos y terrestres que pasaban corriendo, muchos pájaros de mar (que de tierra no habia ninguno), los cuales decia tener el canto muy suave: descubrió algunos prados, pero con la yerba tan corta, que apenas salia de la tierra, que toda es compuesta de piedrecillas pequeñas (ó arena muy gruesa), entre las cuales y la yerba crece un moho como el que crian en *España* los árboles de que se mantienen y engordan los venados. Al pais hace inhabitable el frio porque no se vé

el sol en cuatro méses, y aun es mayor cuando el sol es mas claro: el hielo tiene mas grueso que ochenta brazas, y en algunas partes está helado hasta el centro del mar tan claro como vidrio; y aun parece que á *Leonino* se le metió en los huesos, que poco despues que llegó á *Dinamarca* trayendo algunos venados vivos y aves de mar muertas, murió curtido de frio.

Por lo cual no determina *la Peyrere* que sea ó no *continente* de *Asia* ó *Tartaria*; pues la distancia de nuestro mar á los mares helados no saben si estarán derretidos los hielos; la ignorancia de derroteros, la falta de socorro y de reparo en aquellos desiertos, se oponen á los deseos de los que intentan navegarlos. Ni tampoco consta que la tierra de Jeso, que está mas arriba del *Japon*, hácia Oriente, donde se forma el estrecho de Saugar de diez á doce leguas; ó segun otros, *Istmo*, se una al *Japon* y las *Indias Occidentales*; aunque *don Sebastian de Oviedo* en el *índice del mundo conocido, fol.* 72, dice: que por mayor se sabe ser una grandísima estension de tierra desde la *Asia* hasta las *Indias Occidentales*, ó que las separa verosimilmente el *Estrecho de Anian*.

Tambien duda *la Peyrere* si es continente de las *Indias Occidentales*, y solo trae la relacion del viage de *Juan Munch*, que (que como se dirá año de 1619), envió por el *rey de Dinamarca* á descubrir por el mar del Norte paso á las *Indias Orientales*, con dos naves. Llegó al *cabo de Farubél* (que en *dinamarqués* significa *á Dios*, como si doblándole se pasára á otro mundo), en sesenta grados; de allí tomó la derrota de Oveste al Norte, y entró en el *Estrecho de Hudson*, que llamó *Estrecho cristiano* del nombre de su *rey*.

Quieren algunos que llegasen *Antonio Zen* y *Nicolás*, su hermano, á *Groenlandia* ó *Islandia*, sino á *Freeslanda* ó *Fresilanda*, que es el pais que está mas de sesenta grados al Oveste de Europa, lleno de montañas cubiertas de nieve, las costas guarnecidas de

hielos fluctuantes que la hacen inaccesibles; pero los naturales que han encontrado acaso los navegantes son tan parecidos á los *groenlandeses* en talles, caras y costumbres, que han tenido muchos por continente de *Groenlandia* la tierra en cuya costa naufragaron *Antonio* y *Nicolas Zen*, su hermano, que decian ser los habitadores buenos cristianos, muy honestos, gobernados por un gran señor, que se llamaba *Zicgmay*, y otras cosas no creibles que refiere *Hakluito*.

Por ser esto conjetural, pues aun se ignora si es isla ó muchas islas juntas *Groenlandia*, no se puede averiguar si estas provincias ú otras llegan á unirse con la *Florida*, ó dónde va á parar el continente de esta: y así el *P. Acosta* en la *historia Natural y Moral de las Indias*, *lib*, 13, *cap.* 12, dice: *Que la tierra de la Florida corre tanto al Norte que no se sabe su término*, y lo mismo asegura *don Juan de Solórzano* en sus libros del *derecho y gobierno de las Indias*, y en la *política*, *lib.* 1, *cap.* 4.

Prosigue el *P. Acosta* que el *adelantado Pedro Menendez* afirmaba (mucho tiempo despues que *Pedro Martin de Agleria*, *decad*, 3, *cap.* 6, y en nuestros dias *Villagutierre*, *lib.* 1, *cap.* 2, y *otros*), ser cosa cierta haber *Estrecho* al Norte de la *Florida*, que el *rey* le habia mandado descubrir, y lo prueba con haberse visto en el mar del Norte pedazos de navíos que usan los *chinos*, que era preciso viniesen por mar; y decia que en una Bahía grande que habia en la *Florida*, que entraba trescientas leguas la tierra á dentro, habia *ballenas* á ciertos tiempos, que era fuerza viniesen de otro mar, y otras razones; y que de este *Estrecho* tuvo noticia *Francisco Draque* cuando pasó por el *Sur* á la *costa de Nueva España*, y aun se pensaba que el año de 1587 (que era en el que escribia), hubiesen entrado corsarios ingleses en él, y robasen junto á las *Californias* un navío que venia de *Filipinas* muy rico. *Antonio de Herrera* dice: *Algunos pensaron que el*

continente de la *Florida* al Norte llegaba al mar germánico.

Esto motivó à *Cornelio Uvifliet* á tener por cierto que los indios que presentó el rey de los *suevos* à *Q. Metello Celer*, siendo proconsul de *Francia*, eran de la *tiera del Labrador*, *Estotilandia* ó sus *vecindades*, y no de las últimas partes de Oriente y Occidente: que arribaron á aquellas costas impelidos de las tempestades, entendiendo así á *Cornelio Nepote*; pero no es fàcil esforzar su congetura, pues no consta en qué libro, ni con qué palabras lo dijese *Cornelio Nepote* (que murió en tiempo de *Augusto Cesar*, y fue gran amigo de *Ciceron*) como afirma *Andrés Escoto* en la *recopilacion de sus fracmentos* que están despues de la *Edicion* de *Juan Enrique Boeclero.*

Plinio en el *lib.* 2 de su *historia natural*, *cap.* 67, despues de haber dicho que *Eudoso* huyendo del *rey Latiro* salió por el *Seno Arábigo* (como mas largamente cuenta y censura *Strabon*, *lib.* 2), y llegó á *Cadiz* (donde supo su historia *Posidonio*, segun refiere *Casaubono* en los *comment. de Strabon*, *fol.* 51), afirma que mucho antes que él habia navegado *Celio Antipatro* desde *España* á *Etiopia.* Y prosigue así: *idem Nepos d. septentrionali circuito, tradit Q. Metello Celer C. Afrani* (*Sabellico* enmienda *Africani*) *in consulatu collegæ, sed tum Galliæ Proconsuli, indos á Rege Suevorum, dono datos, qui ex India comercii causa navigantes tempestatibus essent, in Germania abrrepti.* Y *Pomponio Mela*, de *Situ Orvis*, *lib.* 2, á quien hace hablar *castellano*, tan bien como él habló *latin*, (despues de *Luis Tribaldos de Toledo*, coronista mayor de las Indias, *lib.* 3, *cap.* 5, *fol.* 73), el erudito *don José Antonio de Salas*, *cap.* 6, dice así: *Cornelio Nepote, cuya autoridad por ser mas moderno ha de ser mas bien informada noticia, tambien lo enseña y añade por testimonio á Q. Metello Celer, y dice haber el referido que cuando fue proconsul de las Gallias le presentó*

unos indios el rey de Suevia, *y que inquiriendo de ellos de dónde hubiesen venido á aquellos climas, supo como arrebatados desde su mar Indico, con la violencia de una tempestad, despues que hubieron vagado por los mares intermedios, últimamente habian arribado á las costas de Germánia*: ambos sienten que venian de la India; y no conociendo ellos otra que la que describen, debe entenderse de la *Oriental*, donde pone el suceso *don Juan de Solorzano*: *de Inr. Indiar. lib.* 1, *cap.* 5, *númer.* 9; y *lib.* 1, *cap.* 2, *númer.* 28, refiriendo al *P. Acosta, Fr. Gregorio García* y otros, sino es que quiera entenderse que á las regiones no conocidas ó remotas llamásen tambien Indias los *antiguos*, como de las *occidentales* dijo el *P. Gaspar Sanchez* en su *com.* sobre Isaías, cap. 2, núm. 19, que con otros refiere *Solorzano de Iur. Indiar. lib.* 1, *cap.* 4, *núm.* 2.

Pero quede en *Uvifliet* la fé de esta conjetura que adelantó mas *Juan Huighen de Linschooten* en el *Proemio* de su primer viaje por el Norte; pues dice tiene por posible el paso de las *Indias Orientales* al mar del Norte, y que lo mismo juzgaron los *antiguos*, entre los cuales *Cornelio Nepote, Plinio, &c., parece que justifican lo que yo adelanto en cuanto á la posibilidad de navegar por el Norte del Catay y de la China á Europa. Hablan de algunos indios que habiendo dado vuelta al Norte fueron arrojados á las costas de Noruega, donde sus bageles dieron al través. Paréceme seguro que estas gentes no pudieron caer en nuestro mar sino por el Uveigatz, lo cual conforma con lo que hemos descubierto, en que nos ha parecido que la mar cerca de Uveigatz no es golfo como muchos creen, sino parte del Océano, porque aquel estrecho se comunica con la China*: en que adelanta mas que los *commentadores de Cornelio Nepote Pedro Lanfon de Blumenfelde, Martin Kempio, Jorge Gaspar Kirchmaiero, Vosio, Boeclero* y *otros. Pero Isaac Vosio*, en las *observaciones á Pomponio Mela, lib.* 3, *cap.* 5, que

es el mismo lugar citado, juzga que los que llaman indios eran ingleses verdaderos, y que su arribada fue á los *Betos* ó *Batavos* ó *Flamencos*, los cuales ofrecieron á *Q. Metello* estos ingleses pintados como indios, cuya nacion no era conocida, y él los creyó, como cualquiera, viendo á uno embijado creerá serlo, y mas si otros lo afirman.

Hablando *Herrera* de la *California*, dice que por esta parte la tierra no es muy larga, porque la mar la ciñe con un espaciosísimo seno ó ancon que hace la vuelta del Norte, de tanta grandeza, que algunos piensan que llega tan cerca de los *Bacallaos*, que por allí hay *estrecho* para salir á la otra mar cerca de las *islas* de *Irlanda* y *Inglaterra*; pero esta es opinion imaginada; y refiriendo al *Inca*, sigue su opinion *don Juan de Solorzano, lib. 1, cap. 7, númer.* 46 del *derecho de las Indias*, y en la *política*, aun habiendo hablado en particular de *Canadá* y *Apalache*; pero el *doctor Solís de Meras* en el *memorial de las jornadas del adelantado Pedro Menendez*, la termina diciendo: *Que la tierra de la Florida, desde Panuco hasta Terranova, corre á lo largo de la marina, con muchas islas y cayos* 1300 *leguas.*

Al Mediodia dá por límites de esta region el *Inca*, al *mar Océano* y la *isla Fernandina* ó *Cuba* que está enfrente de la punta de tierra que sale al *golfo mejicano.*

A Levante pone la *tierra de Bacallaos*: de suerte, que en la *costa oriental* que vá inclinándose al Norte, pasada la *provincia de san Agustin*, están la *Carolina, santa Elena, Virginia, Pensilvania, Nuevo Gersey, Nueva Yorck* (antes *Nueva Holanda*) *Nueva Inglaterra* y *Acadia*, hasta el *golfo de san Lorenzo* (que deja *isla* á *Terranova*), y desde él inclinándose al Norte y siguiendo su rumbo está la *bahía* de los *indios* llamados *Esquimós Pequeños*; y aislando la *tierra de los Grandes Esquimós* y la del *Labrador* ó de *Corte real*

que tambien llaman los ingleses *Nueva Bretaña* y los *dinamarqueses Estotilandia* (que dicen es pais fertil, especialmente de oro); de una parte la abraza el *estrecho de Hudson* y de la otra la *bahia*; pero los españoles solo poblaron el *Cabo de santa Elena*, sin que desde él hasta *Estotilandia* haya habido poblacion suya: adviértelo *Herrera* en la *descripcion de las Indias, cap.* 8, *fol.* 20.

Al Poniente dá el *Inca* por término las *siete ciudades* (que nunca se hallaron), en que incluye ambas riberas del rio de la *Palizada*, que los franceses llaman *Colber*, *san Luis*, y ya *Misisipí* como los indios y todos los *geógrafos*; si se cree á *Moreri*, comprenden en *Nueva España* las provincias que hay desde el *istmo* de *Panamá* á la *Florida*, unida al *Nuevo Méjico*; con que si *Cluverio* en su *introduccion* á la *geografía*, confiesa *lib.* 6, *cap.* 13, que la *Florida* está entre *Virginia* y *Nueva España*, cuanto *Roberto de la Sala* afanó era parte de una ó otra provincia, y ambas de los españoles que las habian registrado: y así cuando aquel soldado llegó (huyendo de la gente de *Luis de Bonilla*, muerto por *Omaña*), á *don Juan de Oñate*, *adelantado* del *Nuevo Mejico*, hallándose en el pueblo de *san Juan de los Caballeros*, dijo: *Que riberas de un rio le dejaba tan ancho y caudaloso, que tenia una cumplida legua, y que distaba seiscientas largas millas* de san Juan: como refiere el capitan *Gaspar de Villagra* en su *historia del Nuevo Méjico, cant.* 16, que prosigue así: *Y díjonos en esto que Cobado* (Omaña), *de la noticia grande que tenia de muchas poblaciones abundosas de gran suma de oro, se iba entrando la tierra mas adentro, y que pensaba pasar con ciertas balsas aquel rio por entender que estaba bien poblado, respecto de los humos, que visibles de aquesta banda, todos descubrian. Tambien nos dió noticia habian pasado por un pueblo tan grande, que estuvieron un dia y medio en solo atravesarle.* Y en el *cant.* 1

pone en 33 grados de latitud y 270 de longitud, distante 200 leguas largas del *Seno mejicano* y *mar del Norte* al *Nuevo Méjico*; y aun en la solemne posesion que en 30 de abril de 1598 tomó en nombre del rey *don Juan de Oñate* del rio del Norte, refirió tomarla por las demas tierras, pueblos, ciudades, villas, castillos y casas fuertes y llanas que estaban fundadas en dichos reinos y provincias de la *Nueva Méjico*, y las á ella circunvecinas y comarcanas.

Lo cual califica lo referido, y que la tiera que por sus muchas y buenas poblaciones llamó el *Inca siete ciudades* es el *Nuevo Méjico*: así se llamaba ya cuando escribia el *P. Acosta, lib. 13, cap. 25. Tampoco se sabe &c. el fin y término de la Florida* (dice), *ni que tanto se estienda al Occidente. Poco ha que se ha descubierto una gran tierra que llaman el Nuevo Méjico, donde dicen hay mucha gente y hablan lengua mejicana &c. Herrera* (hablando de los *Chichimecas*), dice: *Y es cosa cierta ser lo mas de ello septentrional, inhabitable por muy frio, porque metiéndose debajo del Norte se aparta del sol: y dentro en lo habitable de esta, &c. caen las provincias de la Florida, Cibola y Leguastera, el Nuevo Méjico y otras muchas que ni se han visto ni se le saben los nombres por estar muy distantes de esto, que llaman Chichimecas, y estas provincias son á la parte del Norte,* &c.

Así consideró el *Inca* la *Florida*, y siempre la han tenido por tan dilatado pais los españoles, que no la dieron términos (*Acosta, lib.* 3, *cap. último*), aun antes que de este modo la conociese *Pedro Menendez*, su *adelantado*, en cuya gobernacion se concluyó todo lo que hay desde el rio de *Panuco* hasta la *Punta de* Bacallaos que está en 48 grados y medio, y desde allí hasta 73 grados al Norte, como dice *Herrera* en el referido *cap.* 8 en que se comprende cuanto ocupan los estraños.

Y se confirma del pleito que litigó el adelantado

sobre que se le pagasen las demasías de los gastos que hizo en la conquista: fundaba el fiscal la libertad de la hacienda real contra esta obligacion en que no habia cumplido lo capitulado por no haber conquistado toda la *Florida*. *Porque* (decia), *que su obligacion era á toda la tierra, y solo habia conquistado algunos fuertes, y parte de ella en los tres años que capituló, ni aun entonces estaba conquistada; pues lo conquistado era corta parte respecto de lo no conquistado; y la obligacion del adelantado era haber conquistado la tierra de la Florida, en que se incluía lo universal de las provincias de ella; porque todas, aunque diversas, son una misma Florida: con que era preciso haberla conquistado toda, y no contentarse con los fuertes de san Agustin y san Mateo, y las tierras juntas que es una porcion pequeña, y mas si se considera el concepto del rey, que en el cap.* 20 *del asiento le concedió* 25 *leguas en cuadro en lo que descubriese y poblase, lo cual supone conquista muy estendida*, &c. Y es cierto que de toda ella tuvo mas noticia *Pedro Menendez* que los que registraron su *continente* 100 años despues, y que aquella gran *bahía* que decia no parece podia ser por la distancia que figuraba la de la *Magdalena*, sino otra mas remota y dilatada.

El *Hidalgo de Yelves*, que escribió la relacion de la jornada de *Hernando de Soto*, no describe mas que las distancias y rumbos de algunas provincias que anduvo en el *cap.* 44, en que trae algunas singularidades de las frutas, aves y animales de la *Florida*, por lo cual no se ha mencionado, y no obtante el *traductor francés* se inclina á que sea la *Florida* lo que anduvo *Hernando de Soto* solamente: pues dice en el fin de la prefacion: *Esta historia no debe considerarse solamente cómo curiosa sino como obra de que puede sacarse mucha instruccion para gobernarse en semejantes espediciones, y aun para el conocimiento de las provin-*

cias que rodean la Florida, que los franceses han descubierto poco ha de órden del rey cristianísimo.

Pero la instante porfia de los estraños, empeñados en disminuir la *Florida*, han conseguido que nuestros modernos sin estas consideraciones sigan sus invenciones soñadas y repetidas en tantos libros y mapas acaso por no hallar otros; porque despues del *maestro Fr. Alonso de la Vera-Cruz* y *Francisco de Gomara*, á quien dice sigue *Torquemada* en la *monarquía indiana*, *lib.* 1, *cap.* 6, que describieron la provincia desde la punta de la *tierra de Bacallaos* hasta el rio de *Panuco* (que *Juan de Laet* quiere sea su mayor estension.) Apenas ha tocado español alguno, escepto *Herrera*, este asunto, con que se han visto precisados á seguir descuidadamente los estrangeros como se vé en *don Sebastian de Oviedo* en su *índice del mundo conocido* desde el *fol.* 126 hasta 131; en *don Francisco Aferden* en el *Epítome* de *Atlas* en *otros*, y el último el *P. Fr. Andrés de Quiles Galindo*, del Orden de N. P. S. Francisco, procurador general de las provincias de *Indias*, en el *memorial* que dice escribió de órden del *conde de Frigiliana*, siendo presidente del *Consejo de Indias*, *númer.* 20 hasta 46 que en el 27 divide la *Florida* en cuatro provincias: *Panuco*, *Avavares*, *Albardeos* y *Tegasta* (y aun de estas *Fr. Honorato Philopono* pone fuera de ella á *Albardeos*, *Avavares* en la *navegacion al Nuevo Mundo* de los *monjes de san Benito*, *fol.* 64), con que sacando á *Panuco*, que es confinante, queda reducida la dilatadísima region de la *Florida* á estrechísimos límites, que solo fuera tolerable si dijese era lo actualmente poseido por los españoles; pues lo que el nombre comprende y debiera poseer, es lo que antes describió el *Inca*, que pudieran haber registrado los españoles, como en varias partes lo hicieron, si el demonio, advirtiendo que su malicia sola no bastaba á impedir el reconocimiento, y con él la entrada del santo Evangelio en aqualla region, no hubiese sopla-

do los asquerosos humos de la heregía, no solo en las *islas* (que refiere el *P. Manuel Rodriguez* en el *compendio historial* que está al fin de su *historia* del *Marañon* y *Amazonas*, *año de* 1684), sino en las *costas* de *Oriente* y Norte de la *Florida*, para que dejando ciegos y maliciosos á aquellos miserables indios (que muchos viven sin ley, sin Dios, sin habitacion ni cabeza), quedase en tinieblas como sufocada la luz y como ahogada la semilla de la palabra de Dios entre su escandalosa cizaña: la cual crece con lástima universal, comunicando á la beleidad natural y obstinacion bárbara de los indios armas de fuego y acero que animen su atrevimiento, y que poco á poco vayan dificultando mas su conversion, verificándose el temor del *Inca*, *lib.* 6, *cap.* 9 de su *Florida*.

Y si el cristianísimo rey de Francia *Luis XIV*, no hubiera reducido la administracion de la tierra (que al *Norte* ocupan los franceses), á su corona el año de 1663, la religion católica faltára en *Canadá*: pues los de las compañías de mercaderes enviaban algunos hereges por cabos, factores y gobernadores, que daban bastante molestia á los celosísimos *PP. de la Compañía de Jesus* y á los *recoletos de san Francisco*, que tanto han procurado y solicitado la reduccion de aquellos indios, aunque con poco fruto. De uno y otro se lastiman desconsoladamente los *PP. Cárlos Chaulmer* en su *América cristiana*, *Francisco José Bresani* y *F. Cristiano Le Clerq*, en sus *historias* de las *misiones*, á cuyas quejas y las de otros aplicó pronto y eficaz remedio el cristianísimo monarca, gran defensor de la pureza de la religion, é inexorable cuchillo de los hereges. Pero confianza en Dios; llegará tiempo en que las provincias de aquellas regiones infestadas empiecen á ver la salud, y aquellos miserables indios, que ya tienen demonios y hombres por enemigos de su salvacion, perciban alguna centella que descubra las astucias de unos y la codicia de otros, fijando por divina misericordia aque-

lla gentilidad el descuidado genio que la obliga á oirlo todo, aprobarlo todo, y no creer nada: cuyo motivo sin otros bastaba para la dificultad de la conversion, y para calificar la verdad de la máxima del famoso capitan *Hernando de Soto*, que decia que primero era pacificar los indios que convertirlos, pues el temor poco á poco se convertiría en respeto, y el abandono de sí mismos en reflexion de hombres, que es el consejo mismo que despues de tantas esperiencias dan los misioneros apostólicos, y otros que han reconocido el débil entendimiento de los indios, cada dia mas libres y mas ostinados en el licencioso modo de su condicion y costumbres: porque ya tienen armas y aliados que los defiendan, sin cuya destruccion es casi imposible, segun el discurso humano, que admitan voluntarios el suave yugo de la religion católica, que aun sin este auxilio tiene por engaño creerlo el *doct. Cervantes*, catedrático de *Méjico* en la *coronica* de las *Indias, lib.* 3, en el *cap. del segundo reencuentro que Cortés tuvo con los Tlaxcaltecas y de la Celada que le pusieron* &c. diciendo: *En nuestros dias se han engañado muchos frailes, creyendo que sin gente de guerra que les guardase las espaldas podian convertir los indios y hales acontecido al revés; porque despues de haberles dado muchas voces, y tratado con mucha blandura y amor, han recibido cruelmente la muerte de sus manos.*

El individual conocimiento de estas regiones, sus particulares costumbres, sucesos y menos sus poseedores y usurpadores, no puede resultar de ninguna reflexion general; por lo cual, donde ha parecido estar mejor se han estendido algunas particularidades que especificarlas todas era salir de los límites en que debe incluirse nuestro intento: y así, para que se comprenda universalmente algun indicio de lo mucho que habia que decir, se referirán ordenada y brevemente noticias que inciten á apurar lo que aprendiere el deseo, las cuales hallará el curioso con mayor estension

en los autores que fuera de los informes, cartas y otros papeles procurados á este fin (no sin gran desvelo), han franqueado los sucesos, y dado motivo á este corto empeño: son los siguientes los mas principales.

Antonio de Herrera, historia general de los hechos de los castellanos en las *islas* y *Tierra Firme* del *mar Océano*, 4, t. f. y la *historia general del mundo*, que comprende el reinado del rey *don Felipe II*, el prudente, 3 t. f.

Pedro Martir de Anglería, milanés, primer abad de *Jamaica*, y coronista del rey de *Novo Orbe*, *decada VIII*, 1 t. 8, impreso en París año de 1587, y el *sumario* de las *cosas de las Indias*, que deducido de ellas pone al principio del 3 tomo de sus navegaciones *Juan Baptista Ramusio*.

El discurso de un *capitan francés* sobre la navegacion á las *Tierras Nuevas* de las *Indias Occidentales*, en el mismo tomo de *Ramusio*, *fol.* 423, y la primera y segunda relacion de los viages de *Jacobo Cartier* á la *nueva Francia* desde el *fol.* 435 hasta el fin, impreso año de 1550 en *Venecia*.

Historia natural y general de las *Indias* de *Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdés*, 1 t. f. impresa en Sevilla año de 1535, segunda vez en *Valladolid* año de 1547, y la *segunda parte* año de 1557.

Diego Muñoz Camargo, descripcion de *Tlascala* M. S.

Historia de la *Florida*, escrita por *don Pedro Fernandez del Pulgar*, canónigo magistral de la santa iglesia catedral de Palencia, coronista mayor de las *Indias* por la magestad del rey *Cárlos II* nuestro Señor, original en folio, en la cual están copiados de su mano.

La relacion y comentarios del gobernador *Alvar Nuñez Cabeza de Vaca*, para la espedicion de *Panfilo de Narvaez* á la *Florida*, que está impresa en *Valladolid* año de 1555 en 4.

Relacion de los viajes que los españoles han hecho

á las costas del *Seno mejicano* y la *Florida* desde el año de 1685 hasta el de 1693, con una nueva descripcion de sus costas.

Don Cárlos de Sigüenza y Góngora, cosmógrafo del *rey nuestro Señor*, catedrático de Matemáticas en la universidad de *Méjico*. Descripcion de la *bahía de santa María de Galve*, (antes *Panzacola*), de la *Movila* y *rio* de la *Palizada ó Misisipi*, en la *costa septentrional* del *Seno mejicano*, á que fue llevado por el escelentísimo señor *don Andrés de Pes*, gobernador del real consejo de Indias, y secretario del despacho universal de la Marina, siendo almirante de la armada de Barlovento M. S. que despues hemos visto impresa en folio.

La descripcion de la *Lusiana*, de *Luis Hennepin*, que fue recoleto de san Francisco, traducida de *italiano* en *Español*, que se imprimió en *francés* primero año de 1983 en París.

El mismo *Pulgar*, historia general de las *Indias Occidentales*, *decad. IX, X y XI*, que continúa la de *Antonio de Herrera*, desde el año de 1555, es compendio de todas las historias de las *Indias Occidentales*, desde su primer descubrimiento, 4 t. f. originales. El primero y segundo contienen los sucesos desde el año de 1555 hasta el de 1564, el tercero comprende desde el año de 1565, hasta el de 1574. Y el cuarto desde 1575 hasta 1584, aunque de ellos está sacado por el mismo autor todo lo principal que pertenece á la *Florida*, y pasado á su historia.

El mismo, historia verdadera de la conquista de la *Nueva España* por *don Fernando Cortés*, cuyos heróicos hechos, adecuadamente se describen hasta su muerte: vindícanse los hechos de los españoles de las calumnias de los estrangeros, 2 t. f. M. S. orig. que todos están en la librería del señor *don Adrés Gonzalez de Barcia*, de los consejos de Castilla y guerra.

Relacion de un *Pais* que nuevamente se ha des-

cubierto en la *América septentrional*, y que saca á luz en castellano el sargento general de batalla *don Sebastian Fernandez de Medrano*, que es resumen de la segunda impresion de *Hennepin* dedicada al príncipe de Orange *Guillermo*, 1 t. 12 en Bruselas año de 1699.

Historia del *Nuevo Méjico*, escrita por el lic. *don Juan de Villagutierre*, relator del consejo de Indias, en folio, que original está en la librería del señor *don Gerónimo Pardo*, del consejo de Castilla, y la historia de la conquista de la provincia de *Ytza*, reduccion y progresos del *Lacandon* y otras naciones de indios bárbaros entre *Guatemala* y *Yucatán*, impresa año de 1701 en Madrid f. 169.

El *Rmo. P. Bortolomé de Alcazar*, de la Compañía de Jesus en la Crono-Historia de la provincia de *Toledo*, de la misma Compañía, impresa en Madrid año de 1710.

Historia de *Toledo* por el *P. Gerónimo Román de la Higuera*, de la Compañía de Jesus, tomo 9, M. S.

Situacion del presidio de *santa María de Galve*, escrita por su gobernador el coronel *don Juan Pedro Matamoros*. Original.

Diario de lo acaecido en las pérdidas y restauracion del presidio de *santa María de Galve*. Prision y libertad de los españoles desde el dia 14 de mayo de 1719 hasta 3 de julio de 1720, escrito por el mismo *don Juan Pedro*, orig.

Relacion de la espedicion hecha por los franceses, en el puerto y presidios de *santa María de Galve* (ó *Panzacola*) y restauracion por las armas de España, y el reñido combate que últimamente tuvieron estas con una escuadra de guerra del *rey cristianísimo*, escrita por *don Alfonso Carrascosa de la Torre* á instancia del señor *don Juan Francisco Bernegasi*, del consejo de Hacienda, y superintendente general de la renta del tabaco, M. S.

Diario de lo que pasó en el viaje que hizo el alferez *don Juan García de la Orta* desde el presidio de *santa María de Galve* á los pueblos de Caveta, y otros indios infieles el año de 1718 M. S.

Cartas y papeles del archivo de *Pedro Menendez de Aviles*, general de la armada de guarda de Indias, adelantado y capitan general de la tierra de la *Florida* é *isla de Cuba.*

Alegaciones, resúmenes y memoriales que en hecho y en derecho escribieron el lic. *Duarte Navarro* y *don Diego Gonzalez de Contreras*, *don Gerónimo Camargo* y los *fiscales del consejo de Indias*, los licenciados *Gamboa, Alonso Perez de Salazar* y *otros* en los muchos y dilatados pleitos que por mas de 50 años siguieron en el consejo de Indias la muger é hijos y llamados al mayorazgo del adelantado, manuscritos y impresos.

Memorial que hizo el *doct. Solís de Meras*, y se halló entre sus papeles de todas las jornadas y sucesos del *adelantado Pedro Menendez de Aviles*, su cuñado, y de la conquista de la *Florida*, cómo fueron ganados los fuertes y la armada francesa, y degollados *Juan Ribao*, general del rey de *Francia* con toda su gente y allanados y sujetados los indios caciques de aquellas provincias, plantando en ellas la santa fé católica, que la iba sacando en limpio dicho *doct. Solís*, como quiera que le acompañó en la jornada que hizo á la *Florida* cuando la ganó &c., que está original en el archivo referido: y su copia y los demás espresados en la libreria del señor *don Andrés Gonzalez de Barcia.*

Don Tirso de Aviles, canónigo de la santa iglesia catedral de *Oviedo*, sumario de linages y armas, recopilado de varios autores, con anotaciones suyas M. S.

El *Baron de la Hontán*, nuevos viajes á la *América septentrional*, 1 t. 12, Haya 1704.

El *mismo*, memorias de la *América septentrional*,

con un diccionario breve de la lengua de los indios 1 t. 12, Haya 1715.

Fr. Cristiano Le Clerq, establecimiento de la fé, en la *Nueva Francia*, que contiene la historia de las poblaciones de franceses y descubrimientos hechos hasta los tiempos presentes, 2 t. 12, 1691.

El *mismo*, nueva rélacion de la *Gaspesia*, que contiene los ritos y ceremonias de aquellos indios, 1 t. 12, París 1692.

Estado presente de las islas y territorios que los ingleses tienen en la *América*; esto es, de *Jamayca, Barbuda, san Cristobal, Meeis, Antego, san Vicente, santo Domingo, Nuevo Jersei, Pensilvania, Monserrate*, la *Anguila*, las *Bermudas ó islas de Sumer*, la *Carolina*, la *Virgivia, Marilande, Tabago*; y las *Nuevas York, Inglaterra* y *Foundland*, 1 t. 12, Amsterdám 1687.

Jornal, ó diario histórico del último viaje que *Roberto Cavelier de la Sala* hizo al *golfo de Méjico* para hallar la boca del rio *Misisipi*, que ahora se llama de *san Luis*, y que atraviesa la *Lusaina*, por *Monsieur Jutel*, compañero en su viaje, y puesto en órden por *Monsieur de Michet*, 1 t. 12, París 1713.

Nueva relacion de la *Carolina*, escrita por un *gentil-hombre francés*, que ha dos años llegó á Europa de este *pais*, en que trata del viage que necesitó hacer para caminar seguramente, y estado en que halló aquella provincia, 1 t. 12, Haya 1686.

Carta del *P. Cárlos Lalemando*, de la compañía de Jesus (que tiene por supuesta el *P. Le Clerq*), superior de la mision de *Canadá*, escrita en 1 de agosto de 1626, está en el t. 13 del *mercurio francés*, impreso en París en 8, año de 1629.

P. Juan de Orleans, historia de las revoluciones de *Inglaterra* hasta el año de 1691, 3 t. 12.

Eduardo, conde de *Clarendon*, chanciller de Oxford, historia de la rebelion y guerras de *Inglaterra*

despues del año de 1641 hasta que fue restituido á la corona *Cárlos II* su rey, 6 t. 12, Haya 1704 hasta 1713.

Larrey, consejero del *marqués de Bramdemburg*, historia de *Inglaterra*, *Escocia* é *Irlanda*; 4 t. f. Roterdám 1697 hasta 1731:

Monsieur Vanel epitome nuevo de la historia general de *Inglalerra*, *Escocia* é *Irlanda*, 4 t. 12, París 1689.

Breve relacion de algunas misiones de los *PP. de la Compañía de Jesus* en la *Nueva Francia*, por el *P. Francisco José Bresani*, dedicada al *cardenal de Lugo*: impresa en *Macerata* año de 1653.

Theodoro Bry, su América en once partes, en que está traducida en *latin* la relacion de *Jacobo Morqueto*, los viajes de *Francisco Draque*, y otras, pertenecientes á las *Indias Occidentales* al *Norte*.

Levino Apolonio, de la navegacion de los *franceses* á la *Florida*, y su esterminio por los *españoles*, que se imprimió separada año de 1568 y 1583.

Felipe Cluverio, introduccion á la geografía universal, con notas de *Juan Bunon*, enmendada por *Juan Federico Hekelio*, 1 t. 4: Guelferbiti 1687.

Rodulfo Botereo, comentarios de las cosas de *Francia*, *lib.* 11.

Juan Cluverio, epitome de las historias del mundo hasta el año de 1665.

Lucas de Linda, descripcion del Orbe y de todas sus repúblicas, *lib.* 12.

P. Juan Biselio, de la Compañía de Jesus, *Argonauticon americanorum*, ó historia de los peligros de *Pedro de Victoria* y sus *compañeros*, traducida en *latin* del *castellano*, *lib.* 13 y 15.

Juan de Laet, descripcion de la India *lib.* 4, ó historia del Nuevo Mundo.

P. Felipe Briet de la Compañía de Jesus, anales del Mundo, tom. 7.

Fr. Juan de Torquemada, monarquía indiana, impresa en *Sevilla* año de 1615.

Fr. Agustin de Betancur, teatro mejicano, descripcion breve de los sucesos ejemplares, históricos, políticos, militares y religiosos del Nuevo Mundo Occidental de las Indias, y la coronica de la provincia del santo Evangelio de *Méjico*, 4 parte del teatro mejicano de los sucesos religiosos, 2 t. f. impresos en *Méjico* año de 1697 y 1698.

Don Antonio de Leon Pinedo, biblioteca Occidental, 1 t. 4, Madrid 1629.

Cédulas y provisiones reales al *marqués de Guadalcazar*; informes y despachos que hizo siendo virey de *Méjico* 3 t. M. S. fol.

Luis Cabrera de Córdoba, don Felipe II rey de España.

Juan Esquemelio, franceés, historia de los piratas de la América, que tradujo en español *Alonso de Buenamoyson*, médico en *Amsterdám*, 1 t. 4, Amsterdám 1681.

El *P. Antonio Perez de Rivas*, de la Compañía de Jesus, historia de *Cinaloa*.

Juan Diaz de la Calle, memorial informatorio al rey nuestro Señor en 4, Madrid 1645, y otro en folio impreso año de 1648, y corre despues del teatro eclesiástico de las Indias de *Gil Gonzalez de Avila*.

Fr. Alonso Fernandez, dominico, historia de nuestros tiempos, 1 t. f. Toledo 1611.

Don Fr. Agustin de Padilla Dávila, dominico y obispo que fue de santo Domingo, historia de la fundacion y discurso de la provincia de *Méjico*, en Madrid año de 1596, impresa despues en Valladolid año de 1634 con el título de *Varia historia de Nueva España y la Florida*.

Fr. Antonio Remesal, del Orden de predicadores. Historia de la provincia de *S. Vicente de Ochiapa* y *Guatemala*, de la órden de santo Domingo en f. Madrid 1619.

Fr. Pedro Simon, del Orden de san Francisco. Primera parte de las noticias historiales de las conquistas de *Tierra Firme* en las *Indias Occidentales.*

Noticias generales de los descubrimientos, conquistas de las islas y Tierra firme del mar Océano, y hechos de los castellanos en ellas, sacados de los cuatro tomos de las decadas de *Herrera*, dedicado á *don Juan de Santelices y Guevara*, 1 t. f. M. S.

El *lic. Juan Castellanos*, elegias de varones ilustres, impresas en Madrid año de 1589.

Don Juan Ferro Nachado, presbítero, visitador general de las provincias de la *Florida*, memorial en derecho al rey sobre la visita y otras cosas: y la respuesta del *P. Fr. Francisco de Ayeta*, custodio de la provincia del santo Evangelio, y procurador general de todas las de las Indias, en fol. impreso en Madrid año de 1690.

Cédulas y provisiones reales de las Indias, impresas en 4 tom. en Madrid año de 1596, y varios informes y consultas de diferentes ministros sobre las cosas de la *Florida*.

La nueva recopilacion, leyes de las Indias, 4 tom. f.

Cornelio Uvifliet, descripcionis Ptolomaicæ Argumentum, sive Occidentis noticia brevi commentario ilustrata et auta, 11 f. Duaci 1603 y traducido en castellano, M. S. en fol.

Recopilacion de los viajes al Norte que contiene diversas memorias utilísimas al comercio y á la navegacion, 4 t. 12. impresos en Amsterdám desde el año de 1715 hasta 1718 en que se incluyen las relaciones de *Irlandia* y *Groenlandia* que escribió *La Peyrere* á *Mote Le Vayer*: la relacion de *Terranova*: carta de *De-Lisle* à *Casini*, sobre la boca del rio *Misisipí* ó de la *Palizada*; y los viajes de *Juan Huyghen de Linschoten* al Norte por el estrecho de *Nasau* ó *Uveigatz* hasta la boca del rio *Oby*.

Diario de un viaje á *Spitzberga* y *Groenlandia* des-

de 15 de abril hasta 21 de agosto de 1671 del capitan *Juan Uvood* de *Guillermo Flavves* y otros.

Francisco Sansovino, traduccion de la *Silva de varia leccion* de *Pedro Megia*, impresa en Venecia año de 1560 en la 5 parte que añade.

Jorge Hennio, *Arca de Noe*, impresa en *Gorinchemo* año de 1677 en 12.

El *Genio Vagante*, biblioteca curiosa de mas de 100 relaciones de viajes, impreso en Parma año de 1691.

Urbano Calveton, *Novi Orbis historiæ i. e. rerum ab Hispanis, in India Occidentali hactenus gestarum enarratio*, Leon de Francia 1660, 8.

Ultimos descubrimientos en la *América septentrional* por *Roberto Cavelier de la Sàla*, publicados por el *caballero Tonti*, gobernador del fuerte de *san Luis*, en los indios *ilineses*, París 1697 en 8.

Cheureau, historia del mundo en la 2 parte, impresa en París en 8 año de 1686.

El *doct. Cervantes*, catedrático de la universidad de Méjico, en la coronica de las Indias. M. S.

Historia de la conquista de la *Florida* por los españoles bajo el mando de *Hernando de Soto*, escrita en *portugués* por un hidalgo de *Yelves*, traducida en *francés* por M. D. C. 1 t. 12 París 1685.

Gaspár de Villagra, historia del *Nuevo Méjico*; 1 t. 8 Madrid 1610.

Fr. Prudencio de Sandoval, Juan Ochoa de la Salde, Bernal Diaz del Castillo, Francisco Lopez de Gomara, Gil Gonzalez de Avila, P. Joseph de Acosta, don Juan de Solorzano Pereira, Fr. Antonio Calancha, P. Alonso de Ovalle, P. Diego de Avendaño, Fr. Diego de Cogolludo, Francisco Caro de Torres, el *Atlas abreviado, don Sebastian de Oviedo, Luis Tribaldos de Toledo, Bartolomé Marisoto, Sebastian Munstero, Jacobo Augusto Thueno, Natal Comite, Márcos Lascarbot*, los *PP. Felipe Alegambe, y Matias Tamiero, Abraham Gol-*

nitz, Pedro Apiano, Francisco Hernandez, *Hackluito, Sanson*, y otros de que se hará mencion donde fuere necesario; y antes de empezar el resumen acordarémos que los mas seguros historiadores ponen el descubriento de la *Florida* por *Juan Ponce de Leon*, en el año de 1512. Otros mezclan el de su infeliz jornada con el de su descubrimiento. Otros le ponen algun tiempo antes como *Bernal Diaz del Castillo* que en el *cap.* 6 de su *historia* de la *Nueva España* refiere que el piloto *Antonio de Alaminos* aseguraba que el sitio de la *Florida* donde arribó con *Francisco Fernandez de Córdoba*, era el mismo en que habian dado guerra á *Juan Ponce de Leon* los indios 10 ó 12 años antes, que corresponde al año de 1505 ó al de 1507, porque *Anton de Alaminos* parece que arribó á la *Florida* el año de 1517 con *Francisco Fernandez*; lo cual acredita de incierta esta relacion si el piloto no habia ido antes con *Juan Ponce* á aquella tierra, de que no consta, porque aunque *Juan Ponce de Leon* fue de los primeros conquistadores de la *isla española*: (*Oviedo*, historia general *lib.* 16, *cap.* 13) donde pasó con *don Cristobal Colon* por capitan de infantería el año de 1493 no salió de aquella isla á reconocer ni conquistar la *Florida*, ni fue á la de *Boriquen* hasta el año de 1508 siendo teniente de *Nicolás de Obando*, caballero del orden de Alcántara y comendador de Lares que habia pasado por gobernador de la *española* año de 1502 segun *Herrera, decada I, lib.* 4, *cap.* 11, y *lib.* 5, *cap.* 1, *Gomara*, historia de las Indios *part.* 1, *fol.* 23, el cual le concedió licencia para ir á la *isla de Boriquen*, que despues se llamó de *san Juan de Puerto Rico*, y la redujo, pacificó y pobló quedando por gobernador de ella, en cuyo empleo estaba el año de 1510, en el cual ponen *Luis Moreri* y *Fr. Francisco de Ayeta* contra *don Juan Ferro*, *núm.* 112 (citando á *Remesal*) este descubrimiento; pero no pudo ser, porque aquel año tuvo bastante que hacer en la *isla*, cuyos naturales se rebelaron, trayendo para mante-

ner su rebelion los *caribes* de las islas comarcanas antes enemigos suyos; pero los persiguió hasta reducirlos con gran desvelo y trabajo, ayudando á los españoles el perro llamado *Becerrillo* (al cual temian mas que á cincuenta hombres armados, los indios, y aun á otros perros mas que á 100, *Herrera dec. I, lib.* 4 *cap.* 11); y temiendo *Juan Ponce* ser depuesto de su gobierno por malos informes que injustamente dieron contra él *Juan Ceron* y *Miguel Diaz*, hallándose muy rico dispuso la jornada á la *Florida*, de cuya tierra habia gran fama entre los indios; el mismo año descubierta ya la tierra la puso el nombre; y dudando si era *isla*, se volvió á la de *san Juan de Puerto Rico*. El año de 1513 ya estaba en España à sus pretensiones, cuyas acciones manifiestan estar mentirosa la impresion de *Bernal Diaz* ó haber oido mal la relacion de *Alaminos* si este tenia buena memoria.

Menos fundamento tienen los que se persuaden á que muchos años antes, descubierta por los españoles la *Canadá* por no haber visto en ella sino árboles, la pusieron este nombre como si dijeran: *tierra que ha nada,* porque este nombre es el natural de la provincia; y alguno que supo de ella ó la vió de lejos jugó como dicen del vocablo de cuya alusion no se necesita para saber (como dice *Gomara* en la historia de Indias *parte* 1, *fol.* 20): *Que todas las indias han descubierto españoles ; salvo lo que Colon descubrió.* Con que no asiste razon á los franceses que figuran que desde el año de 1504 hasta el de 1534 reinando *Luis XII*, que murió año de 1514, y *Francisco I* descubrieron la *Nueva Francia* sus capitanes *Tomás Aubert*, *Juan Verrazzano* y *Jacobo Cartier*: porque antes del año de 1512 ninguno aportó al continente ni parece tuvo sospecha de él; otro que *Gaspar de Corte Real* y su hermano, portugueses, que el año de 1500 (despues de los castellanos segun *Gomara*) navegaron aquel mar dejando su nombre en las islas que están á la boca del golfo

cuadrado. *Gomara* en la *parte* 1, *cap.* de la *tierra del Labrador Torquemada, Monarch. Indiana lib.* 1, *capitulo* 6, ó como dice *Bunon* en las notas á *Cluverio* á tierra contigua á la *Ensenada* del rio *Canadá*, ó *san Lorenzo*, sita en mas de 50 grados al Norte; y asombrados de las continuas nieves y escesivos hielos, se volvieron desde el rio que llamaron *Nevado*, habiendo embarcado 60 indios para testigos de su ánimo, pues dicen que subió hasta 70 grados de latitud, y desgraciadamente se perdió en el mar.

Y aunque los franceses dejaron la navegacion algunos tiempos, como observó *don Juan de Solorzano de Iur. indiar. lib.* 1, *cap.* 6, *núm.* 21, quisieron despues sin conocerlas poner á todas las Indias Occidentales el nombre de *Francia Antártica*, por pretender repugnando al conocimiento y esperiencia de los hombres, haber tenido parte en sus primeros descubrimientos con una armada que llevó *Nicolás Duran de Villagagnon*, caballero del Orden de san Juan, natural de *Provins*, que habiendo servido al maximo emperador *Cárlos V*, fue herido en la jornada de Argel que escribió, y por algunos disgustos apostató, dejando la religion católica, y se pasó al almirante Gaspar de Coligni, con quien comunicó hacer una poblacion en las Indias Meridionales para refugio de los hereges. Dispúsole tres bageles en que se embarcó *Villagagnon* á fin de diciembre de 1555 con gran número de hugonotes y calvinistas; llegó al rio *Janeiro*, fabricó un fuerte en una isla que llamó *Coligni*, desde la cual envió por socorro los dos bageles, y volvieron tres con todo lo que pedia y gran multitud de hereges, y entre ellos los malvados *Pedro Richer* y *Guillermo Cartier*, que empezaron á predicar tan desatinadas y escandalosas proposiciones que *Nicolás Durán* quiso examinarlas; y no hallando nada firme ni sólido en los herrores en que estaba sumerjido, abjuró la heregia y á su ejemplo otros muchos, convencidos por él. Enojados los here-

ges quisieron resistir con las armas su obtinacion quitándole la obediencia que le debian, pero los desbarató facilmente, precisàndolos á embarcarse en un bagel mal dispuesto. El Almirante *Coligni*, sabiendo su reduccion al gremio de la iglesia católica no le envió mas socorros; y no pudiendo resistir á indios y portugueses, desamparó el fuerte y se retiró á Francia, donde escribió año de 1568 contra el *Calvinismo* el libro de *Consecratione Mistico Sacrificio et duplici Crhisti oblatione adversus Vanium Lutherologiæ profesorem: de judaici pascatis implemento, adversus colvinologos: de poculo sanguinis Cristi et introitu in santa sanctorum interioru Velaminis adversum Bezam* &c., impreso en París año de 1569, que dedicó á los cardenales de Lorena, á Oton, obispo de Augusta y á Bartolomé Fai, del parlamento.

Y siendo tantos años despues de este viaje, los de *Verrazzano* y *Cartier* como se verá adelante, estando ya legítimamente autorizado el nombre de *Indias Occidentales* ó *Nuevo Mundo*, fue ridículo llamarlas *Francia Antártica*, para que pereciese este inútil antojo con sus inventores: y tambien debiera perecer el de *América*, que sin razon impuso *Americo Vespucio* (cuyos fraudes descubre *Herrera, decad. I, lib.* 4 *capítulo* 2 y 3) mercader Florentin: el cual hasta el año de 1497 que pasó á *Tierra Firme* con el capitan *Alonso de Ojeda* yendo por piloto mayor *Juan de la Cosa*, vizcaino, no vió las Indias ni tuvo mas noticia de ellas que la comunicada por *don Cristobal Colon*, á quien intentó usurpar la gloria del descubrimiento de la tierra de *Paria*, quitando de las cartas que dispuso el nombre de la *Boca de Drago* segun refiere *Herrera* en el *lib.* 4, *cap.* 2, *decad. I*; y con mas estension no dejando duda (como no debe haberla en esta maliciosa imposicion ó impostura) el *P. Fr. Pedro Simon* en la *primera noticia de la conquista de Tierra Firme, cap.* 6, 7 y 8.

Pero puede tanto la aprension de los hombres en los herrores divulgados, que no bastan repetidas diligencias para desvanecerla; antes suele la evidencia fortalecer la obstinacion y hacer cerrar los ojos á la verdad, cegándolos el golpe de luces que debiera ilustrarlos: de que manifiesta evidente prueba este suceso; porque sabiendo todos cuàn injustamente se llaman *América* las *Indias Occidentales*, usan de él aun los mas eruditos estrangeros, repitiéndole tantas veces que hacen facil y disculpable el descuido de los propios que los siguen sin reflexion, ocupados en otros asuntos, como puede verse en *Rodrigo Mendez de Silva, catálogo real fol.* 300 en *Fr. José de Sigüenza*, 3 *parte* de la *coronica de san Geronimo, lib.* 1, *cap.* 25, en la historia de España de nuestro amigo el *doct. don Juan Ferreras*, gran teólogo é historiador, siglo 15 año de 1492, *fol.* 334, (que salió á luz estándose imprimiendo esta *Introduccion*) dice: *Americo Vespucio, Florentin de Nacion* (*ó como otros quieren, un piloto español, que unos quieren fuese andaluz, otros vizcaino y otros portugués*) *fue el primer descubridor.* Lo peor es, que aunque tratáran todos de olvidar esta invencion que solo puede servir á fábulas, cada instante la acuerdan tantos libros, cuyas frentes mancha el nombre de América, sin que tengan los autores otro motivo para usarle, (porque ninguno ignora el error) que parecerles mas especial y comprensivo, como en otra ocasion se dirá mas dilatadamente.

Los viajes de los *noruegos*, *dinamarqueses*, *ingleses*, *suecos*, *holandeses*, *bretones* y otros fueron despues de haber participado al mundo los *españoles* la noticia del descubrimiento de las *Indias Occidentales* y el católico deseo de la propagacion del santo Evangelio; pues apenas acabaron de creerlo, cuando envidiosa, y porfiadamente aquellas naciones se introdujéron en la tierra que no las pertenecia, arrastradas de su insaciable codicia, acompañada de la heregia que no

pudierón impedir los religiosos desvelos y escesivos gastos de nuestros católicos monarcas, que ha mas de dos siglos que están lidiando poderosamente para estinguirla, posponiendo á la pureza de la religion la conveniencia que suele producir al estado la multitud de gente; pues el año de 1501 prohibieron pasar á las *Indias* los sospechosos en la fé, ó que no fuesen cristianos viejos (que rigorosamente hizo observar *Nicolás de Ovando Gomara*, *part.* 1 de la *historia general f.* 18). El año de 1502 y 1506 mandaron que fuesen echados de las Indias todos los recien convertidos moriscos y esclavos berveriscos, castigando en varias ocasiones los hereges que aportaron á ellas: en conformidad del voto que hicieron los reyes católicos *don Fernando* y *doña Isabel* de quitar la idolatría y las bárbaras costumbres en todas las tierras de las Indias (como refieren los historiadores, especialmente *Herrera*, *Gomara*, *part.* 1, *fol.* 12, *Fr. Gerónimo Román*, *lib.* 1, *cap.* 1, de la *república de las Indias Occidentales*) que fuera inútil si permitieran subrogar mayor y mas delincuente idolatría, introducida por los que no merecen el nombre de cristianos. *Tertuliano de prescripcionibus adversus hæreses: nemo sapiens est nisi fidelis, nemo mayor, nemo cristianus: nemo autem christianus nisi qui ad finem usque perseveraverit* &c. *¿Qui ergo nec sibi sunt cristiani cuanto magis novis?* &c. *quia non est cristianus* &c. Y con mas claridad san Gerónimo *contra Luciferianos, seu in altercacione Luciferiani et Orthodoxi, dice:* Orthodoxus. *Ego plus inquit interrogo, utrum ne omnes hæretici christiani sint?* Luciferianus *dixit: Quem hæreticum dixeris, christianum negasti:* Ortodox. *dixit: omnes ergo hæretici christiani non sunt.* Lucifer *dixit: Jam superius audisti.* Orthodox. *dixit: si christi non sunt, diavoli sunt.* L. *Nemo dubitat.* O. *dixit: Si autem diaboli sunt, nihil refert heretici sint an gentiles.* L. *d. Non refello.* O. *d. igitur fixum inter nos habemus, de hæretico sic locuendum sicut de gentili.*

L. d. plané fixum. O. d. Quare nunc ut libet quonian inter nos constat hæreticos gentiles esse. L. d. quod interrogatio mea cogere volebat expressum, est hæreticos christianos non esse &c. Beierlinck V hæresis, tom. 4, *fol.* 3, dice: *Ac deteriores idolatris facit Ireneus: imo Iudæis et demonibus S. Ambrosius serm.* 42 *et lib.* 3, *de fide.*

Y si como confiesan *Bacon* y *Larrey*, reservó la Providencia divina las Indias á España, pues *no tenia Dios guardada esta empresa para otros, menos que los reyes de Castilla, Fr. Pedro Simon* en su *noticia primera* de las cosas de *Tierra Firme, cap.* 14, *núm.* 2, *Herrera, decad. I, lib.* 1, *cap.* 9, fue para confusion de los rebeldes á su iglesia, en la cual entró inumerable gentío por las puertas que salieron ellos fáciles, viciosos inobedientes y obstinados á precipitarse escandalosos en el profundo mar de las desventuras.

DECADA PRIMERA.

SUMARIO.

Juan Ponce de Leon descubre la Florida, pónela nombre, y toma posesion de ella por el rey. Reconoce su costa, y despues de algunos trances con los indios, viene á la corte y consigue el adelantamiento de la isla de Bimini y la Florida, su poblacion y conquista. Previénese, y se le hacen otros encargos. La desgracia que sucedió á los suyos en la isla de Guancane le retira algunos años en la de Boriquen ó san Juan de Puerto-Rico. Vuelve á la Florida, derrótanle los indios, y herido se retira á la isla de Cuba, y muere. Rescata Diego Miruelo, piloto, algun oro y plata en la Florida. y se vuelve á Cuba, de que es electo primer obispo don Fr. Bernardino de Mesa. Francisco Fernandez de Córdoba arriba á la Florida, y lo que sucedió á los suyos con los indios haciendo aguada. Francisco Garay reconoce ser tierra firme la Florida. Quiere un navío ingles comerciar en la isla de san Juan de Puerto-Rico. Lucas Vazquez de Ayllon arriba con tempestad á la provincia de Chicora en la Florida. Recíbenle bien los indios, y prende 130 engañosamente. Trae á España á Francisco, indio, primer cristiano de la Florida. Dá noticias de las provincias de Chicora, Duharbe y otras, y se le concede su poblacion y conquista. Estraña invencion de un indio lucayo para escaparse con su muger de la isla Española.

Año de 1512.

Juan Ponce de Leon armó á su costa tres navíos en el puerto de san German, de la isla de Borriquen, ó san Juan de Puerto-Rico, y se hizo á la vela el jueves 3 de marzo; y habiendo llegado á la isla de Guanhani, corrió por el norueste hasta

el domingo de Pascua Florida, que fué á 27 del mismo mes, en que vió tierra, y la puso el nombre FLORIDA, no solo por el dia en que la descubrió, sino por la apacible y hermosa vista de sus arboledas. No reconociendo puerto, pasó adelante, y á principios de abril tomó tierra, y el dia 8 posesion en nombre del rey, de la Florida. Los indios lucayos decian se llamaba Caucio, y que era isla; pero Juan Ponce, por algunas señales, dudó en esto; y pareciéndole no era buen sitio el que habia ocupado, se volvió á la mar, navegó adelante, y volvio á tomar tierra, donde los indios le recibieron de guerra, tan intrépidos y furiosos, que nunca pudo apaciguarlos, aunque los sufrió muchos atrevimientos, y entre ellos haber herido dos castellanos; á los cuales, y los demas volvió á embarcar con gran trabajo, reconoció la costa, hasta doblar el cabo de la Florida, que llamó de Corrientes, y dió fondo cerca de un pueblo de indios, que se llamaba Abayoa; despues navegó por entre varias islas, y los indios de Cárlos vinieron á él en canoas, y dieron muerte á un español de dos flechazos; pero con brevedad los retiró, y llegó á la isla de Guntao, desde donde envió á la Habana á Juan Perez de Ortubia con Anton de Alaminos, piloto (que fue el primero que se atrevió á navegar el canal de Bahama); y habiéndose hecho á la vela á mediado de octubre, llegó á la isla de san Juan de Puerto-Rico Juan Ponce, muy contento por lo bien que le habia parecido la tierra, y quedar persuadido á tener gran fortuna con este descubrimiento.

Año de 1513.

Juan Ponce de Leon informó de la calidad de

la tierra que habia descubierto al rey y á sus ministros, y ofreció poblar la isla de Bimini y la Florida; y habiendo capitulado lo que pareció conveniente, se le concedió el adelantamiento de la isla de Bimini y la Florida, con calidad que empezase dentro de un año á poblarla con 300 hombres, é hiciese el descubrimiento dentro de tres. Ayudó mucho al buen efecto de su pretension don Pedro Nuñez de Guzman, hermano de Ramiro Nuñez de Guzman, señor de Toral, á quien habia servido.

Año de 1514.

Prorogóse á Juan Ponce de Leon el año capitulado para poblar la Florida; porque reconociendo su gran esperiencia y talentos, le nombró el rey por capitan general de tres navíos que mandó armar contra los indios caribes, cuyos insultos eran tan grandes, que habian hecho temer la despoblacion de la isla de san Juan de Puerto-Rico ó Boriquen. Tambien fue nombrado por repartidor de indios con Sancho Velazquez, y por juez de residencia contra Cristobal de Mendoza y los demas oficiales reales de aquella isla, á la cual se concedieron los mismos privilegios que á la española, y especialmente que no pudiese entrar en ella quien no fuese natural de Castilla, ni factores, ni mercaderías de otra parte, aunque fuesen en nombre de castellanos.

Y por correr gran priesa el viage á Indias, mandó el rey á Juan Ponce partiese luego á Sevilla para zarpar á las brisas de enero, encargándole repetidas veces requiriese de paz á los caribes; y que no admitiéndola, hiciese guerra antes á los de las islas, y despues á los de tierra firme.

Año de 1515.

Por el mes de mayo se hizo á la vela Juan Ponce á sosegar los caribes, y pasar luego á la conquista de la Florida, y con próspero viage llegó á la isla de Guancane, que se llama de Guadalupe, donde echó alguna gente en tierra á tomar agua y leña; y salieron tambien mugeres que lavasen la ropa con soldados de guarda. Los caribes habitadores de ella, que estaban sobre aviso, habiendo reconocido antes que las naves daban fondo, embistieron á los que estaban en tierra, con temeraria pujanza, y dieron muerte á la mayor parte, cautivando todas las mugeres. Juan Ponce recogió los que pudieron volver á tomar los bateles, y navegó á San Juan de Boriquen á prevenir lo que juzgó le faltaba para volver á castigar los indios, y envió al capitan Zúñiga contra los caribes de tierra firme.

Año de 1516.

Diego Miruelo, piloto, salió de Cuba en un navío, y enderezando el viage á la Florida, rescató de los indios alguna porcion de oro, y sin hacer mas averiguacion ni reconocimiento, habiéndosele acabado las bujerías de vidrio y de acero que llevaba para tratar con los indios, se volvió á Cuba, donde se estendió la fama de la riqueza de aquella tierra, y en las islas cercanas; y se encendió el deseo en muchos de gozarlas.

Fue electo primer obispo de Cuba y otras islas, comprendiendo la Florida Fr. Bernardino de Mesa, dominico, natural de Toledo.

Año de 1517.

Habiendo salido de la ciudad de san Cristobal de la Habana Francisco Fernandez de Córdoba, (persona muy noble y rica, y que gozaba repartimiento de indios en Cuba) á 8 de febrero, persuadido de algunos que habian militado en los descubrimientos de nuevas tierras, y especialmente en el Darien, donde habian padecido grandes hambres y trabajos con 110 soldados, y entre ellos Bernal Diaz del Castillo, Alonso Gonzalez, clerigo, Bernardino Yñiguez ó Nuñez, natural de Santo Domingo, fue muy maltratado de los indios donde aportó el dia 17 de febrero, y queriendo volverse á Cuba, perdida alguna gente, y herida toda menos un soldado que se llamaba Berrio, y recogido un poco de oro, le sobrevino un viento norte tan recio, que puso en gran riesgo el navío. Hubiera naufragado si no lo estorbase la diligencia de los marineros, con los cuales trató Anton de Alaminos, piloto principal, atravesar á la Florida, para repararse y hacer agua, y llevar menos proceloso, mas seguro, y breve viage á Cuba. Llegaron al mismo sitio donde antes habia estado con Juan Ponce de Leon, y saltaron en tierra 20 soldados de los menos heridos, y entre ellos Bernal Diaz, Berrio y Alaminos, el cual advirtió á sus compañeros la presteza con que los indios cargaron á Juan Ponce en aquel mismo parage, que es cerca de un estero de la mar.

Pusieron de centinelas á Berrio y otro soldado, y los demas tomaron el agua, y estando para embarcarse, vino un centinela corriendo, clamando arma, arma, y casi á un tiempo llegaron muchos indios vestidos de pieles con arcos, flechas, lanzas

y otras armas á modo de espadas, y acometieron á los españoles, hiriendo seis, y entre ellos á Bernal Diaz en un brazo; otros en canoas, al mismo tiempo, embistieron el batél con tanta furia, que no obstante la resistencia grande de los marineros (heridos ya cuatro, y Alaminos en la garganta), se le llevaban. Resistieron los españoles á los indios de tierra: viendo que tenian mas fortuna los de las canoas, fueron á socorrerlos, y los españoles á restaurar el batel que se llevaban, el cual les hicieron dejar con gran trabajo, y con el agua hasta la cinta, dando muerte á veinte y dos indios, y prendiendo á tres que murieron poco despues: volvieron á buscar á Berrio, cuyas voces habian motivado al otro centinela á dar el aviso, pero no hallaron sino vestigios de habérsele llevado vivo los indios.

Trajeron el agua á la nave, y un soldado bebió tanta, que se hinchó y murió. Volvieron la proa á la Habana, y tocó la nave en unas isletas, de que se lastimó tanto, que por la mucha agua que hacía tuvieron grandes sustos hasta llegar á la Habana; dieron aviso á Diego Velazquez, gobernador de Cuba, que los recibió con mucho agasajo, y el capitan Francisco Fernandez de Córdoba se fue á su encomienda, donde murió de las heridas diez dias despues.

Año de 1518.

Anton de Alaminos dió relacion muy puntual de todo lo que habia visto en las costas de Nueva-España y la Florida, á Francisco de Garay, gobernador de Jamayca, hombre muy poderoso y rico, y le persuadió pidiese al rey el adelantamiento del

rio de san Pedro y san Pablo en el Nuevo-Méjico, y lo que descubriese al Norte, asegurándole grandes tierras y riquezas. Garay, dando crédito á Alaminos, dicen algunos que fue con tres caravelas á la Florida, con las cuales corrió la costa y reconoció ser tierra firme unida á Nueva-España; y que dos veces que saltó en tierra le hicieron los indios volver á embarcar, y prosiguió su navegacion hasta entrar en el rio Panuco (que tomó este nombre con la provincia del cacique que la dominaba); y asegurado de la verdad del piloto, envió á España á Juan de Torralva, su criado, á pedir el adelantamiento y gobernacion de la tierra que habia registrado. Atribuyen al baron de Leri los franceses el descubrimiento de Canadá, y que intentó poblar la isla arenosa, que está delante del rio de san Lorenzo; pero los holandeses pretenden haber sido los primeros descubridores: igual es la lid y la falta de verdad en los competidores.

Año de 1519.

Llega á la isla de san Juan de Boriquen un navío ingles de 250 toneladas, cuyos marineros referian haberse armado en Inglaterra dos naves para buscar las tierras del gran Can, y que siguiendo prósperamente su navegacion, sobrevino una tempestad tan grande, que los arrojó á un mar helado que tenia muchas islas de hielo; y viéndose perdidos, mudaron la derrota apaciguada la tormenta, y (fingian) que salieron á otro mar tan caliente, que hervía como caldera de agua puesta al fuego; y porque temieron que el calor derritiese la brea, vinieron á reconocer la tierra de Bacallaos, donde hallaron mas de 50 naves castellanas, portuguesas y francesas pescando. Decian

que habian querido tomar lengua saltando en tierra, y los indios los habian hecho volver á embarcar por fuerza, dando muerte al piloto, que era piamontes, por cuya falta se habian hecho á la vela y costeado el rio de Chicora, desde el cual atravesaron á la isla de san Juan con muchas cosas de rescate, y desde allí fueron á la española, cuyo gobernador no quiso dmitirlos á comerciar, y volvieron á san Juan logrando rescatar algun estaño en el puerto de san Sebastian; y viendo la poca utilidad que allí tenian desaparecieron. Sintióse mucho en España que aquellos gobernadores dejasen escapar este navío, que se tuvo por de corsarios, y dió mucho que pensar, por que hasta entonces ningun navío ingles habia llegado á aquellas islas.

Año de 1520.

Lucas Vazques de Ayllon, natural de Toledo, (que habia ido el año de 1506 á santo Domingo con el comendador de Lares, Nicolas de Ovando, que se hizo despues alcalde mayor de la Concepcion y otras villas, y le dio 400 indios de repartimiento) oidor de la real audiencia de santo Domingo, gran letrado y muy rico, hizo compañía con seis vecinos de aquella isla, y llevando por piloto á Diego Miruelo, salió con dos navíos á buscar indios caribes (que estaban declarados por enemigos), para que trabajasen en las minas á las islas Lucayas, y halló algunas despobladas, y otras que parecia lo estaban.

Una tempestad le arrojó á la parte oriental de la Florida, donde reparado, empezó á reconocer aquellas tierras. Llegó á la provincia de Chicora y de allí á la de Duharhe, cuyos indios eran muy

blancos, y tenian los cabellos muy largos. Cerca de ella vieron á Xapida, donde se crian perlas. Estaban debajo del dominio de un cacique llamado Datha, el cual y su muger eran gigantes hechos con artificio, porque como refería el mismo Lucas de Ayllon cuando están mamando los que han de reinar, los indios maestros de este arte ablandan como cera los huesos del niño, con emplastos de ciertas yerbas, y los estienden hasta que dejan el niño como muerto, alimentando á la ama que le cria con comidas muy sustanciosas, y ella dá el pecho al niño en parte abrigada. Despues de algunos dias vuelven los maestros á estender los huesos del niño, y á hacer lo mismo con el ama, hasta que queda dispuesto el príncipe, segun su arte, para crecer mas que los otros conforme á la esperiencia que los indios tienen. Otros dicen (de oidas á los mismos indios), que se criaban tan altos porque los daban comidas tan eficaces y yerbas tan raras, que los hacian crecer y engordar.

Este Datha era rey de las provincias referidas y de las de Ytha, Xumunaumbe y Tihie, las cuales y otras muchas corrieron los españoles, y entre ellas nombraba Lucas Vazquez á Arambe, Xuacaya, Tamceca, Cohoth y Paor, cuyos indios son muy tostados. Tambien llegaron á la provincia de Yncignavin, ádonde les contaron aquellos indios que en cierto tiempo habian aportado á ella unas gentes que tenian cola (Polidoro Virgilio refiere que á los ingleses del condado de Kent, que cortaron por irrision la del caballo en que iba santo Tomás Cantuariense, les nació cola semejante, que se perpetuó en sus descendientes), de una cuarta de largo, flexible, que les estorbaba tanto que para sentar-

se agugereaban los asientos: que el pellejo era muy áspero y como escamoso, y que comian solo peces crudos; y habiendo éstos muerto se acabó esta nacion, y la verdad del caso con ella.

Desembarcó en varias partes, y especialmente en Chicora, donde está el Cabo de santa Elena, á quien pusieron este nombre, por haberle descubierto en su dia: los indios que andaban en la costa estaban confusos, mirando, como asombrados, los navíos creyendo eran nuevos monstruos que abortaba el mar; pero al ver que se acercaban los bateles á tierra huyeron con gran pavor. Algunos españoles saltaron en tierra, y los siguieron para tomar lengua, y solo pudieron coger un indio y una india, á los cuales acariciaron mucho todos; y vestidos, se volvieron á los suyos muy contentos, y divulgaron entre los indios que eran hombres los que los habian espantado y la liberalidad que usaban. Envió Datha, su cacique, cincuenta indios cargados de frutos de la tierra, que recibieron los españoles con gran regocijo y agasajo. Vino despues Datha acompañado de innumerables indios, y estuvieron muy familiares algunos dias con los españoles, dándoles en abundancia de los mantenimientos de la tierra, hasta que acordándose del fin de su navegacion, Lucas Vazquez, por algun mal consejo, dejó entrar en los navíos hasta 130 indios y se hizo á la vela con ellos á la española, causando gran desconsuelo é indignacion á los que quedaban en la playa. En el viaje encontraron un indio lucayo en el mar, el cual, para escaparse de santo Domingo, habia cortado el tronco de un árbol que llaman Juruma, y labrando de él una viga, proveyéndose de maiz y agua en calabazas, con su muger y otro

amigo navegaba; recogiéronlos en el navío, admirados de su resolucion, y los volvieron á la española, trayendo con ellos la viga por testigo de tan raro Batél. Dieron fondo en la ciudad de santo Domingo los que iban en la una nave, porque la otra se perdió: y en la isla pareció muy mal la astucia de que habian usado los españoles, y los indios no sirvieron de nada, por que casi todos murieron de enojo y tristeza.

Año de 1521.

Juan Ponce de Leon, adelantado de Bimini, que habia estado retirado desde el mal suceso de Guadalupe en su casa, en la isla de san Juan de Boriquen ó de Puerto-Rico, volvió á la Florida á certificarse mas de que era tierra firme, con dos navíos bien armados y peltrechados. En la navegacion padeció trabajos intolerables con su gente. Desembarcó con ánimo de poblar; pero los indios le resistieron furiosos y crueles, dando muerte á muchos de los suyos, y á él le hirieron malamente en un muslo; cuyo fracaso le precisó á retirarse á la isla de cuba, donde murió dentro de pocos dias con gran lástima de los que conocian su valor y honra.

Y en su sepulcro se puso este epitafio.

Mole sub hac fortis requiescunt osa LEONIS.
Qui vicit factis nomina magna suis.

Volvióle en español el lic. Juan de Castellanos así:

Aqueste lugar estrecho
Es sepulcro del varon,
Que en el nombre fue Leon,
Y mucho mas en el hecho.

Antonio de Herrera comprueba esta cronología con las cartas del mismo Juan Ponce, escritas al emperador Cárlos V, al cardenal Adriano y otros, este mismo año (*decad.* 3, *lib.* 1, *cap.* 14.) Dejó Juan Ponce dos hijos: don Luis, á quien en premio de sus servicios dió el emperador el adelantamiento y las demas mercedes que gozaba su padre, y doña Isabel Ponce, que casó despues con el lic. Antonio Gama, visitador de la isla de san Juan, y fenecido su empleo, se quedó por vecino de ella, cuidando del gran dote que recibió.

En el mismo tiempo vino á España á pretender la conquista y poblacion de las provincias de Chicora y de Duharhe Lucas Vazquez de Ayllon. Trajo consigo un indio, natural de Chicora, que instruido en los misterios de nuestra santa fé católica, se habia bautizado y llamado Francisco; era de buen ingenio, y aprendia la lengua española sin dificultad.

Lucas Vazquez dió noticia, lo mas individuamente que pudo, de las tierras que habia visto, su situacion, frutos, idolatría, genios, festividades y costumbres, á los ministros reales; y esta ocasion le introdujo con Pedro Martir de Angleria que asistia al consejo de Indias, y tuvo particular amistad con él, y de su relacion y de la de don Alvaro de Castro, dean de la villa de la Concepcion, en la isla española, vicario eclesiástico, é inquisidor en ella, escribió parte de sus decadas.

Hízole el rey las mercedes que podia con la de hábito de Santiago. Y en el asiento que celebró para esta conquista se puso por condicion, entre otras, una que decia: Otrosi, nos suplicasteis que pues los indios no se pueden con buena conciencia

encomendar ni dar por repartimiento para que sirvan personalmente; y se ha visto por esperiencia que de esto se han ocasionado muchos daños y asolamiento de los indios y despoblacion de la tierra en las islas y poblaciones que se han hecho, mandase que en la dicha tierra no hubiese repartimientos de indios, ni sean apremiados á que sirvan en servicio personal, sino fuere de su grado y voluntad, y pagándoselo, como se hace con los otros nuestros vasallos libres y la gente de trabajo en estos reinos: mando que así se cumpla, y que vos tengais de ello, y del buen tratamiento de los indios, mucho cuidado.

Y con la mayor presteza que pudo se volvió á embarcar á la isla de santo Domingo, llevándose al indio Francisco, y muchos españoles que le siguieron, movidos tanto de la novedad como de la riqueza de la tierra que iba á conquistar.



DECADA SEGUNDA

SUMARIO.

La conquista de la provincia de Chicora se proroga por un año á Lucas Vazques de Ayllón, y envia desde la Española dos navíos con gente á poblarla: vuélvense con algun oro rescatado. Sale á la conquista con tres bajeles; no puede atinar Diego Miruelo, piloto, á la tierra: enloquece y muere. Desembarca Lucas Vazquez en la Florida, Recíbenle los indios con finjida paz. Dan muerte á muchos de sus soldados, y él se retira á la Española con grandes trabajos y muere, y un hijo suyo, á quien se concedió la misma conquista. Francisco Garay, yendo á poblar á Panuco, arriba con tempestad á las costas de la Florida; qué le sucedió hasta su fallecimiento en Méjico. Viaje á Canadá de Juan Verrazano y su muerte. Presas que hizo Juan Florentin, y su castigo en el puerto del Pico. Esteban Gomez busca camino entre la Florida y tierra de bacallaos para Oriente, y no le halla. Dá el rey la conquista de una tierra muy rica, cerca de la de Bacallaos á Nicolás Don, sin efecto. Panfilo de Narvaez, nombrado adelantado de las provincias que hay desde el rio de las Palmas hasta la costa Oriental de la Florida, llega á la Española, llevando á Fr. Juan Suarez por comisario de aquel distrito. Tempestad increible que padeció su armada en la Española. Rehácela, y desembarca en la Florida. La guerra de los indios y sus grandes calamidades le obligan á dejar la tierra y cómo. Arranca de la costa una tempestad la barca en que estaba Panfilo de Narvaez, y se pierde con él y no parece mas. Sucesos notables y lastimosos de sus compañeros. La mayor parte muere de hambre. Cómo se libraron de esta calamidad Alvar Nuñez Cabeza de Vaca y otros. Prodigiosas curas que hicieron en los indios. Oficio que Alvar Nuñez tomó entre los indios charrucos.

Año de 1522.

Habiendo llegado con próspero viaje á la isla de santo Domingo Lucas Vazquez de Ayllon, no

pudo disponer la conquista ideada en el tiempo que habia creido, no siendo el menor estorvo la residencia que fue á tomar á los oficiales de justicia de la isla de san Juan de Puerto Rico, y como habia capitulado que dentro de un año armaría para hacer el descubrimiento y poblacion de una tierra que estaba de 35 á 37 grados Norte Sur, que llamaba Chicora, pidió prorogacion de otro año para cumplir lo ofrecido, y se le concedió. Esta dilacion apresuró el efecto de su jornada, porque no bastando su caudal á perfeccionarla, se valió del de sus amigos, con grandes esperanzas de enriquecer brevemente.

Año de 1523.

Queriendo pasar á poblar á Panuco Francisco de Garay, gobernador de Jamayca, se hizo á la vela en esta isla á fin de junio con trece navíos, ochocientos cuarenta hombres y ciento treinta y seis caballos; y habiendo dado fondo en Xagua, puerto de la isla de Cuba, salió de él para seguir su derrota, de la cual le desvió una borrasca tan horrible, que turbó los marineros y subió con la armada hasta la costa de la Florida. Entró en el rio de las Palmas, en el cual dió fondo dia de Santiago apóstol y patron de España. Envió capitanes á reconocer la tierra, que volvieron muy disgustados diciendo mal de ella; y lo mismo decian por su relacion todos los de la armada; y aunque Francisco de Garay instó mucho á que poblasen allí, por lo menos hasta reconocer la tierra mejor, no pudo lograr su intento, y resolvió salir de allí, nombrando antes oficiales y ministros para una villa que se habia de poblar donde mejor les

pareciese, y llamarse Garayana; y teniendo desconfianza de los suyos los tomó juramento de que le seguirian. Dispuso que los navios fuesen costeando hasta el rio Panuco, y él fue por tierra con algunos soldados. De los navíos se perdieron dos, y los once se entregaron á Hernan Cortés, que ya tenia poblada la provincia de Panuco: á Garay se le amotinaron sus soldados, y viéndose perdido, convidado de Hernan Cortés pasó á Méjico, donde tratando de volver á poblar al rio de las Palmas, murió.

Año de 1524.

Juan Verrazano Florentin, corsario de Francia, costeó la tierra Oriental de la Florida por mas de setecientas leguas. Habiendo salido á 17 de enero del escollo inhabitable de la isla de la Madera, llegó á la boca del rio Canadá ó san Lorenzo notando las tierra, sus gentes y costumbres, como se dice que él mismo lo escribió á Francisco I, rey de Francia, desde Diepa en 8 de junio, cuya relacion resumió Antonio de Herrera: lo cual deja acreditada su vuelta á Francia, aunque algunos dicen no volvió por haber muerto en el camino; y otros, que saltando en tierra se le comieron los indios el año siguiente. Sino volvió á la Florida despues no es facil concordarlos. La verdad es que en este tiempo infestaba nuestros mares Juan Florentin, pirata frances, que se hizo famoso por haber tomado el año de 1521 el navío en que enviaba Hernan cortés al emperador Cárlos V un presente de oro, plata y otras cosas preciosas á cargo de Alanso de Avila, al cual llevó preso (y habiendo logrado su libertad fue tiempo adelante con Fran-

cisco Montejo á la conquista de Yucatán por tesorero real, manteniéndole la encomienda que tenia en Nueva-España), y otro navío que venia á España de la isla de santo Domingo muy interesado, con los cuales y otros se volvió á Francia muy rico, é hizo grandes presentes al rey Francisco y á los de su corte, que quedó admirada de ver tanta riqueza.

Volvió á salir al mar muy honrado, favorecido y con mayores fuerzas y prevenciones; hizo grandes daños é innumerables presas, y retirándose á Francia con ellas, le acometieron cerca de Canaria, este año, cuatro navíos vizcainos, y le tomaron sus naves y cuanto en ellas llevaba, trayéndole á Sevilla prisionero con otros: desde allí los enviaron á Madrid; pero clamando los interesados, y ofendidos contra su tiranía por justicia, se hizo de él y de otros capitanes en el puerto del Pico, ahorcándolos como piratas, enemigos públicos de las gentes.

Lucas Vazquez de Ayllon armó dos navíos en santo Domingo, y los envió á la Florida que ya tenia averiguado era tierra firme, para que poblasen y avisasen lo que descubriesen; y habiéndose vuelto trayendo algunas piezas de oro, plata y perlas, se resolvió él mismo á ir en demanda de su provincia de Chicora, haciendo aderezar los dos navíos que habian llegado poco antes y otro que compró al piloto Diego Miruelo.

Salió con grandes esperanzas de ser presto rico, llevando al mismo Miruelo por piloto mayor, el cual jamás pudo atinar con la provincia de Chicora que buscaba, de lo cual se entristeció tanto que enloqueció y murió.

Lucas Vazquez tomó tierra donde le pareció ser

mas fértil y á propósito para sus intentos; y los indíos, fingiendo paz, le recibieron con muchas caricias y halagos, y andaban tan prontos en el servicio de los españoles, y en presentarles cuanto tenian, que Lucas Vazquez se creyó dueño del pais, y que gozaba pacífico toda seguridad: por lo cual envió 200 hombres á reconocer un pueblo (distante una jornada de la costa). En él festejaron cuatro dias á los españoles, y ya que les pareció estaban asegurados, los dieron muerte á todos de noche, estando dormidos, sin que pudiese escapar ninguno á dar la noticia á los compañeros, ni aun la hubieran tenido en algunos dias si los mismos indios, con deseo de acabarlos, no llegaran á embestir furiosamente á la gente que habia quedado con los navíos, á los cuales se recogieron con gran trabajo los españoles, y se hicieron á la vela, padeciendo muchas calamidades y disgustos hasta llegar á la isla española. Algunos traen el año siguiente el suceso de esta desventura, y dicen que Lucas Vazquez fue uno de los que murieron á manos de los indios.

Año de 1525.

Esteban Gomez, piloto, que habia salido de la Coruña á buscar nuevo camino entre la Florida y Tierra de Bacallaos para el Catay, navegó en una caravela diez meses, pero no le halló. Vió muchas tierras amenas y fértiles: en una de ellas saltó y prendió algunos indios, con que, para testimonio de su viage, entró en la Coruña.

Pidió la conquista de Chicora un hijo de Lucas Vazquez, y el rey se la concedió como á su padre,

pero no habiendo podido disponer la jornada, murió de melancolía en la Española.

Año de 1526

Nicolás Don, natural de Bretaña, en Francia, ofreció hacer el descubrimiento de una tierra muy fértil y rica que habia visto, arrojado á ella con una tempestad, navegando á la de Bacallaos, y el rey le concedió esta merced, cuyo efecto se desvaneció.

Panfilo de Narvaez hizó asiento con el rey de descubrir y pacificar las tierras que habia desde el rio de las palmas hasta la costa oriental de la Florida, obligándose á poblar toda la costa de una mar á otra, y que descubriria lo que habia que descubrir por aquella parte, y se le mandó despachar título de adelantado de todo aquel distrito.

A 17 de noviembre se despachó cédula real reprimiendo los escesos que se cometian contra los indios, herrándolos por esclavos en la Florida ó tierra Nueva, en las islas de Barlovento, y en la provincia de Pànuco y otras.

Año de 1527.

A 17 de Junio salió de san Lucar Panfilo de Narvaez, gobernador adelantado y capitan general de las provincias, desde el rio de las Palmas hasta la Florida, á conquistar y pacificar la Tierra Firme con cinco bajeles y 600 hombres, en que iba Fr. Juan Suarez por obispo de aquel distrito; y habiendo llegado á la española, se le quedaron en ella 180 personas, cuyo daño y el que causó una tempestad horrible que no tuvo semejante, de que escaparon cuatro navíos del adelantado, reparó en la isla de Cuba (donde estaba ya á 5 de noviembre)

tomando nueva gente y bastimentos, y por piloto á Diego Miruelo (sobrino del que murió en el viage de Lucas Vazquez) que habia ido con Francisco Garay al rio de las Palmas.

Año de 1528.

Llegó Panfilo de Narvaez á la Florida, y dió fondo con los cuatro navíos en la bahía que llamó de Santa Cruz: á 4 del mes de abril salto en tierra y tomó posesion de ella en nombre del rey el dia 16 con la mayor solemnidad. Desembarcaron con él 300 hombres y 42 caballos, tan mal tratados de las tempestades y trabajos del viage, que estaban inútiles. Entró la tierra adentro, y dejó por su teniente y gobernador de los navíos á Carballo, natural de Cuenca, con órden de buscar puerto, pero á breve tiempo dió al través uno en la costa brava, y con los otros tres prosiguió el descubrimiento encargado, que nunca pudo conseguir: por lo cual se volvió, y cinco leguas mas abajo de la bahía de Santa Cruz halló el que descubrieron los de tierra. Anduvo con los tres navíos en que habia cien hombres y diez mugeres casadas, y otro que vino de la Habana, y un bergantin que habia ido á ella por bastimentos cerca de un año, sin hallar rastro del adelantado ni de los que salieron con él, y creyendo hubiese perecido, se hizo á la vela el año siguiente, y aportó á Nueva-España con grandes riesgos y calamidades.

Panfilo de Narvaez tomó el camino de Apalache y no hallando el oro, plata y riquezas de que le habian informado los indios, sino muchos reencuentros y desventuras de hambre, sed y desnudez, se fue con su gente á la bahía de caballos, que decian los

marineros distaba de la de santa cruz 280 leguas. Allí fatigado de los malos sucesos que tuvo en esta jornada porque la ferocidad de los indios dió muerte á mucha gente, y al resto de ella hizo padecer grandes miserias, mandó hacer cinco barcas grandes. En una se embarcó el adelantado con 49. Hombres; dió otras dos á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca y al contador Alonso Henriquez con el mismo número de gente. Al capitan Alonso del Castillo, y Andres Dorantes mandó embarcar en otra con 48, y con 47 en otra á los capitanes Tellez y Peñalosa.

Hiciéronse todos á la mar á 20 de setiembre, y á breve tiempo dividieron las barcas los vientos tempestuosos y contrarios á sus designios. Alvar Nuñez arribó con la suya á una isla que llamó Mal-Hado, que tenia cinco leguas de largo y media de ancho; y poco despues se le juntaron los capitanes Tellez y Peñalosa con la gente de otra barca que habia arribado á legua y media de distancia: juntáronse de ambas 80 hombres; murieron presto los mas de hambre, desnudéz y frio, quedando quince vivos, cuyos nombres ó apellidos conservó á la memoria Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, nieto de Pedro Vera, el que ganó á Canaria en la relacion de este viage.

Andrés Dorantes, natural de Gibraltar, Diego Dorantes, el asturiano, clerigo: Diego de Vuelva, Valdivieso, Estrada, Chaves, Gutierrez, Francisco de Leon, Benitez, Alonso del Castillo, Maldonado, natural de Salamanca. Gerónimo de Alanis, Lope de Oviedo y Esteban Negro, natural de Azamor, ciudad de la provincia de Ducalca, en el reino de Marruecos, á la boca del rio Omiravi, plaza de Portugal, desde el año de 1508 que dejó el de 1540.

La barca en que iba el contador Alonso Henriquez, con quien se habian enbarcado los religiosos, dió al través en la costa, y la gente fue siguiéndola á lo largo hasta encontrar la barca del adelantado, en que pasaron á la orilla ó puerta, y todos saltaron en tierra. Panfilo de Narvaez no quiso salir y se quedó en la barca con un maestre y un page enfermo, y á media noche se levantó tan recia y furiosa tempestad, que sacó al mar la barca que iba desproveida de agua y bastimentos; y jamás se supo de ella ni pareció mas el adelantado ni los que iban con él. La esterilidad de la tierra, y el hambre de los que en ella habian saltado, los precisó á pasar de la otra parte; de un ancón hicieron balsas en que con gran trabajo lograron la tierra que deseaban; caminaron por ella algun tiempo, no hallándola mejor ni mas fértil que la que habian dejado; y llegando muy cansados á la punta de un monte hallaron agua, leña y cangrejos y mariscos, no en tanta abundancia que pudiesen repararlos ni aun mantenerlos, porque la hambre y el frio ocasionaron tanta flaqueza y debilidad en todos, que empezaron á morir sin encontrar remedio en sus compañeros que cada instante esperaban la misma infelicidad; y creciendo la necesidad, imposibilitados de caminar para vivir algun rato mas, hacian tasajos de los cadáveres y se los comian, y de este modo fueron pereciendo todos; el último fue Soto-Mayor, hermano de Vasco Porcallo de Figueroa, con el cual hizo lo mismo que habia hecho con los demás Hernando Esquivél, natural de Badajoz, el cual solo huyó de aquel parage desdichado, pero no mejoró de fortuna, antes, despues de innumerables trabajos, le dieron muerte los indios en otra parte.

Año de 1529.

La isla de Mal-Hado, refugio de estos náufragos españoles, era tan inculta y estéril que padecieron gran hambre en ella los españoles. Mandáronles los indios que les curasen las enfermedades; y ellos, que no entendian el arte ni tenian disposicion para ejecutar lo que habian oido, se escusaron, siendo el principal recelo que si algun indio moria de la enfermedad, arriesgaban todos sus vidas, teniendo por cierto que este era pretesto para acabarlos. Los indios, viendo su resistencia, los quitaron la poca comida que habia, con lo cual creció el hambre tanto, que hubo español que en tres dias no comió; y considerando todos que les sucederia lo mismo que temian, curando ó no curando; y aun con mas brevedad y mayores ansias, se encomendaron muy de veras á Dios; y fiados en su divina misericordia, se resolvieron á curar los indios enfermos: santiguábanlos en el nombre dulcísimo de Jesus, y rezaban un Padre nuestro y ave María, rogando humildemente á Dios tuviese piedad de ellos: los indios sanaban con mas admiracion de los cristianos que de los indios: los cuales, agradecidos, los procuraban toda la comida que podian, así empezaron á restablecer sus fuerzas sin dejar de dar gracias á Dios por tan grandes beneficios.

Año de 1530.

Los indios que tenian á Andres Dorantes y Alonso del Castillo en la isla de Mal-Hado, de diferente en lengua y nacion á los demas que habia en ella, los pasaron á tierra firme para buscar hostiones y otras cosas semejantes con que mantenerse; y por el

mes de abril los volvieron á la isla; en ella recogieron todos los españoles que habia, y se hallaron 14 (porque habian llevado antes á Francisco de Leon á tierra firme); y movidos los indios de los beneficios que habian recibido en su salud, ó queriendo aliviarse de la obligacion que tenian, como agradecidos, de sustentarlos, mandaron á un indio los pasase á tierra firme en una canoa para que se fuesen donde quisiesen.

El indio dejó en tierra á Alonso del Castillo, Andrés Dorantes, Estrada, Tostado, Gutierrez, Asturiano, clerigo, Chabes, Benitez, y Diego de Ulloa, porque Alvar Nuñez, Lope de Oviedo y Gerónimo de Alanis quedaron muy enfermos en la isla.

Luego que salieron á tierra los españoles encontraron á Francisco de Leon, y se fueron todos caminando á lo largo de la costa, manteniéndose del marisco y raices que hallaban, echando menos algunas veces la escasez de la isla de Mal-Hado.

Año de 1531.

Convalecido Alvar Nuñez, los indios de Mal-Hado dieron en perseguirle y maltratarle, de suerte, que no pudo sufrirlos, huyóse á Tierra Firme, y halló algun alivio entre los indios charrucos, donde se hizo mercader de conchillas y otras cosas de la tierra, que trocaba por comida; y con este ejercicio logró andar libremente cuarenta y cincuenta leguas de la costa.

DECADA TERCERA.

SUMARIO.

Alvar Nuñez Cabeza de Baca espera recoger los enfermos en la isla de Mal-Hado: júntasele Lope de Oviedo y huyen los dos de ella. Oviedo se vuelve: halla Alvar Nuñez otros dos cristianos. Con ellos se pasa á los indios abaraes, de cuya tierra van á la de los malicones, cíbolas, tayos y de otras muchas naciones muy festejados y acompañados de los indios. Qué procuraban enseñarles. Salen despues de mucho tiempo los españoles á la nueva Méjico. Reducen algunos pueblos rebeldes. Su viage á Méjico. Cómo los recibió el virey don Antonio de Mendoza y el marques del Valle. El virey hace enseñar la doctrida cristiana á los indios que salieron de la Florida. Intenta vuelvan á ella Alvar Nuñez y Andres Dorantes, y se vienen á España. Emprende la jornada de la Florida por tierra, y envia delante á Juan de Zaldivar: su viage por la nueva Galicia. Vuelve á Compostela, informa mal de la tierra al virey, quien nombra á Francisco Vazquez Coronado para esta empresa. Coronado llega á Quivira: engaño que padecieron los suyos con el cacique Tartaráx. Vuélvese á nueva Galicia, siente el virey su resolucion, y mas porque don Fernando de Alarcón, que habia ido por mar, no halló noticias de él. Dos religiosos Franciscos y otros que no siguieron á Coronado van á Quivira y son muertos por los indios, escepto un portugues, que por Panuco se volvió á Méjico. Hernando de Soto adelantado de la Florida va á su conquista y poblacion. Diego Maldonado y Gomez Arias no hallan noticias de él habiendo corrido las costas de la ensenada de Méjico hasta la tierra de Bacallaos. Jacobo Cartier, frances, navega á Canadá; da vista á la costa donde ahora está Quebec, reconócela, descríbela, y vuelve á Francia, trayendo á Taignoagni y Domagaya, hijos del cacique de Canadá Donacona. Repite el viage, y con grandes tempestades llega y es bien recibido de Donacona, contra cuya voluntad va á reconocer la provincia de Hochelagá; es bien recibido de los indios, y vuelve muy contento á Canadá. Idolatría y costumbres de sus indios, y su uso del tabaco de humo. Enferme-

dad terrible y asquerosa que padecieron los franceses, y cómo se curaron con el árbol ameda. Adereza Cartier dos navíos. Trae preso á Francia á Donacona. Otra vez vuelve á Canadá y fabrica un fuerte en la ribera del río de Canadá ó san Lorenzo, y restitúyese á su patria, y por qué.

Año de 1532.

Nunca queria apartarse Alvar Nuñez de la vista de Mal-Hado, esperando que saliesen á Tierra Firme Lope de Oviedo y Gerónimo de Alanis, que habian quedado en la isla muy enfermos; por lo cual continuaba en tratar y comerciar con los indios, en cuyo ejercicio le halló Lope de Oviedo á los principios del invierno, y le contó la muerte de Gerónimo de Alanis, y trataron los dos, en llegando la primavera, de probar á escaparse de la tierra.

Año de 1533.

Alvar Nuñez y Lope de Oviedo, poniendo en ejecucion lo que tenian discurrido, salieron á un ancon, que creyeron era el del Espíritu Santo: y habiendo estado en compañía de los indios algunos dias para inquirir noticias de la tierra y de los españoles, supieron de ellos haber muerto á Diego Dorantes, Diego de Buelva, y á Valdivieso, porque se habian pasado de una choza á otra, y que lo mismo habian hecho con Hernando Esquivél y Mendez, por el agüero que habian tenido de un sueño.

A Lope de Oviedo le pareció imposible la fuga, y que procurarla solo era apresurar la muerte: por lo cual se volvió con los indios que le habian acompañado no obstante la instancia de Alvar Nuñez, el cual quedó muy desconsolado de esta resolucion; pero dos dias despues llegaron al sitio donde estaba

Andres Dorantes y Alonso del Castillo con los indios que los tenian, alegráronse mucho de verse, y trataron de huirse los tres, pero no tuvo efecto, porque habiendo reñido los indios sobre una muger, se retiraron los que traian á Dorantes y Castillo llevándoselos: y Alvar Nuñez quedó en el mismo desconsuelo que antes, aunque no sin esperanza de que al año siguiente volverian.

Año de 1534.

No salió vana la esperanza de Alvar Nuñez, porque habiendo vuelto al parage donde se hallaban Dorantes y Castillo prosiguieron los tres en ejecutar su deseo, y concertaron dia y sitio para huirse de aquella tierra; los indios que traian consigo á Dorantes y Castillo los dividieron otra vez, pero no mudaron de propósito, antes fijos en él, siendo el dia señalado el de luna llena á primero de setiembre esperó Alvar Nuñez Cabeza de Baca hasta el dia 13 que llegó al sitio señalado Alonso del Castillo, trayendo consigo á Esteban el negro, y el dia 14 vino Dorantes; y juntos todos, con el mayor recato y velocidad que pudieron, entraron en los indios avaraes, y estuvieron con ellos mas de ocho meses muy estimados y regalados, porque obraban infinitos milagros, dando en el nombre de Dios salud á los indios enfermos prodigiosamente.

Jacobo Cartier, piloto frances, se hizo á la vela á 20 de abril en Samalo en dos bajeles de á 60 toneladas con 140 hombres; á 10 de mayo llegó al Cabo de Buenavista, que está en 28 grados de latitud, y vió la tierra, donde despues se fundó la villa de Quebéc en 43 grados y doce minutos de latitud. Reconoció los cabos, costas y orillas al norte y al

sur, y la boca del rio Canadá ó de san Lorenzo tan puntualmente, que aun hoy se sirven los franceses de su descripcion, y conservan la mayor parte de nombres que puso. Rescató de los indios algunas pieles, y trajo á Francia dos hijos del cacique de Canadá que se llamaban Taiguoagni y Domagaya, y se volvió al puerto de donde habia salido á 5 de setiembre.

Año de 1535.

Alvar Nuñez y sus compañeros, con gran sentimiento de los indios avaraes, pasaron á otros llamados malicones, cibolas, tayos, y de otras infinitas naciones. De una en otra provincia los iba acompañando multitud innumerable de indios admirados de la virtud de los forasteros, aclamándolos hijos del sol, pues en ellos hallaban el remedio de sus dolencias; ofrecíanles cuanto tenian, y muchas veces era tanta la confusion que causaba la multitud, que se veían embarazados con ella, y procuraban despedirla; pero los indios reusaban ausentarse. Notaron varias costumbres; procuraron darlos á entender un solo Dios, criador de cielo y tierra, de quien venian todos los bienes, y mandaban á los indios que á nadie hiciesen mal ni tomasen lo ageno, y otras cosas semejantes que los indios oían con tanto gusto como descuido, embebecidos en las maravillas que veían obrar por virtud superior que no comprendian.

Felipe Chabot, almirante de Francia, supo el viaje de Jácobo Cartier, é informado de su reconocimiento, deseoso de las grandes cosas que los indios que trajo á Francia contaban, resolvió armar tres navíos, uno de 120 toneladas, llamado la Hermina, en que se embarcaron Cartier, capitan, Tomás Fro-

mondo, maestre, Claudio de Ponte Braind, hijo del señor de Montcevel, Cárlos de la Pomeraye, Juan Pollet, y otros con los indios canadinos; otro de 60 toneladas, llamado la Hermina menor, de que iba por capitan Mace Saloberte, y otro llamado Hemeiillon de 40 toneladas, que llevaba por capitan á Guillermo el Breton y Santiago Meingare.

Hízoce Cartier á la vela en Samalo, miércoles 19 de mayo, y envestidos sus tres navíos de grandes tempestades, se dividieron sin que volviesen á verse en el viaje.

A 7 de julio llegó á la isla de los Pájaros (en 49 grados y 40 minutos de latitud); de allí pasó á un puerto blanco arenoso, que está en el golfo que llaman de los Castillos, donde esperó las otras dos naves con bastante desconfianza de que llegasen.

A 26 de julio muy maltratadas de los vientos, con grandes trabajos de la gente, se le juntaron, y teniendo ya prevenida la derrota que se habia de seguir, compusieron á toda prisa las naves recien llegadas, y entraron todas por el rio Saguenai á la provincia de Canadá. Fue bien recibido Cartier de su cacique, que los indios llamaban Aguihanna, cuyo nombre propio era Donacona.

El cual vino á visitar á Cartier dando muchas muestras de alegría, manifestándole en un largo razonamiento que hizo grandes demostraciones del afecto que le tenia, en cuya confirmacion le presentó tres niños: el mayor de ocho años, los cuales recibió Cartier con agrado; y habiéndole respondido, le regaló con muchas cuentas de vidrio y algunas hachas, cuchillos y espejos, de que quedó muy contento, y no menos los indios.

Determinó Cartier pasar á la provincia de Ho-

chelaga, desde la cual, segun le habian informado los indios de Canadá, habia una legua de camino hasta una tierra en que se cogia canela y clavo, y habian ofrecido guiarle á ella Taignoagni y Domagaya, exagerando su riqueza, por lo cual habian tenido los franceses gran cuidado de ellos en Francia y en el viaje; pero Taignoagni se escusó de su promesa, y persuadió al cacique Donacona el daño que se les ocasionaba de la determinacion de Cartier.

Procuraron los indios con el mayor esfuerzo disuadirle este intento, ponderándole el inmenso frio de la region á donde queria pasar, la crueldad y ferocidad de sus moradores, y las grandes dificultades del camino; pero los franceses tenian determinado su viaje, porque Domagaya habia ofrecido guiarlos en conformidad de lo que habia prometido. Por lo cual los hallaban los indios mas rueltos á su viaje, cuando mas procuraban detenerlos.

Y reconociendo que no bastaban cuantos medios humanos habian puesto á retraerles de su empresa, y que se iban preparando á empezarla, recurrieron á un ídolo, que tenian por Dios, llamado Cudragni, teniendo por muy seguro que si él mandaba á los franceses no fuesen á Hochelaga no se atreverian á quebrantar su precepto; para esto dispusieron que tres indios se tiñesen de negro, y se cubriesen las cabezas de pieles muy feas, y sobre ellas cuernos muy largos, y vistiesen las espaldas de pieles de perro blancas y negras, haciendo las mas horribles figuras que pudieron.

Con estos adornos, y otros semejantes, salieron atravesando el rio de la una márgen á otra cerca de las naves, como que no reparaban en ellas. El indio que iba en medio daba grandes gritos y ha-

cia tales gestos, que causaron gran risa en los franceses, y dudando el fin á que se dirigia. Vieron que al llegar á la ribera opuesta del rio, Donacona y los indios, que estaban en ella, cogieron los enmascarados con grandes gritos, y se metieron en un bosque cercano, donde daban tan grandes voces y ahullidos, que se oian en las naves. No faltó quien creyese que los indios intentaban guerra, y los franceses entraron en algun cuidado.

Pero despues de media hora que duró la estruendosa gritería en el bosque, salieron á la ribera corriendo asustados Taignoagni y Domagaya diciendo: Jesus, Jesus, María, Jacobo Cartier. Este creyendo que le llamaban, les pregunto ¿ qué tenian? nada bueno, respondieron ambos sobresaltados; porque los tres ministros de dios que viste pasar, venian de su parte á decir á Donacona y á este pueblo que si teníais atrevimiento de pasar á Hochelaga, pereceríais todos al hielo y á la nieve. Prosiguieron con otras amenazas hasta que vieron que era burla en los franceses lo que ellos habian imaginado asombro.

Cartier les dijo que perdiesen el miedo que traian, que los ministros de su dios no sabian lo que se decian; que ellos no temian al frio ni las crueldades de que estaban vestidas las amenazas, porque Jesus les libraría de todo, y que nunca habian estado mas confiados en tener buen viage que ahora, que su dios le contradecia, porque era el diablo, y no podia decir verdad.

Preguntáronle los dos indios ¿si se lo habia dicho Jesus? á que respondió Cartier que no; pero que los sacerdotes que traia hablaban con él todos los dias, y sabian que habian de hacerles muy buen

tiempo, que no tenian que dudar en ello. Volviéronse á emboscar los indios, y á breve rato salieron con los demas muy alegres, y habiendo ahullado y gritado tres veces desatinadamente, se pusieron á cantar, y despues dijeron Taignoagni y Domagaya á Cartier que Donacona no queria que fuesen con él por no quebrantar lo que su dios les mandaba; que se fuese solo que allá vería lo que le sucedia.

Navegó Cartier á 19 de setiembre el rio adelante viendo paises muy hermosos con muchos árboles y parras (cargadas de racimos de uvas) enlazadas á ellos, y á una y otra banda innumerables casas de pescadores que venian á la nave muy quietos, y les regalaba haciendo que volvieran muy contentos; y estando en Ochelay, á veinte y cinco leguas de Canadá, vino á visitar á Cartier el cacique de un país dilatado para avisarle de un gran peligro que habia mas adelante en el rio. Presentóle dos hijos suyos, y solo recibió una niña de ocho años, y le regaló con muchas cosillas de rescate, dándole muchas gracias del aviso que le habia dado, y le envió muy contento.

Prosiguió por el rio su navegacion descubriendo amenísimas riberas en que habia inumerables encinas, nogales, olmos, cedros, fresnos y otros árboles muy hermosos. Vió tambien grullas, cisnes, abutardas, gansos blancos y negros, patos, ánades y otras aves de agua, y en los árboles perdices, faisanes, mirlas, tórtolas, palomas, ruiseñores, solitarios, luganos y otra infinidad de pájaros. Y el dia 28 de setiembre llegaron á una laguna de seis brazas de fondo y seis leguas de largo, que parecia el principio del rio. Echó las lan-

chas y hallaron cuatro ó cinco brazos del rio que viene de la provincia de Hochelaga, los cuales formaban otras tantas islas: en una hallaron cinco indios á quien no causaron novedad, antes uno, viendo que queria saltar en tierra, tomó en brazos á Cartier como si fuese una criatura, y le puso en ella, donde los alagaron y regalaron, y les dijeron que á una luna de camino, por un rio que corria á norueste, estaba una tierra donde no habia nieve ni hielo aunque sus habitadores andaban vestidos de pieles y hacian guerra continua, y que se criaban en ella naranjas, almendras, nueces, bellotas y otras frutas; y á lo que pudo entender Cartier por las señales é indicios, le pareció sería cerca de la Florida aquel país, y dejando el navío con la mayor seguridad que pudieron, se entraron en los bateles y llegaron á la provincia de Hochelaga á 19 de octubre. Salieron á tierra encontrando en el camino muchos indios muy alegres que los traían bastimentos, y ellos los regalaban con cuchillos, tijeras, cuentas de vidrio y cosas semejantes.

Llegando cerca del pueblo principal de Hochelaga, que está á treinta leguas de la isla de la Asuncion, salieron de tropel diez y nueve indios de todas edades y sexos, y muchos con los niños en los brazos para que los tocase Cartier. Hiciéronle muchas caricias y bailes delante de él; y viendo que llegaba la noche se volvió al batel sin que en toda ella dejasen la orilla los indios, repitiendo á grandes voces: Aguice, que significa salud y alegría.

Volvió á saltar en tierra al dia siguiente para llegar al pueblo con alguna gente (como el dia an-

tes); la demas, para seguridad de la barca, quedó en ella. Reconoció que el país era fértil con hermosas encinas, cuyo fruto tenia poblado el suelo. Habiendo caminado legua y media llegó á ellos un indio principal con otros muchos que le acompañaban, y dieron á los franceses la bienvenida y los regalaron, y prosiguiendo el camino, á breve trecho hallaron los campos cultivados y sembrados de maiz. Entraron en Hochelaga, donde fueron recibidos con mucho regocijo, y los llevaron á una plaza cuadrada que estaba en medio del pueblo. Luego vino el cacique, que se llamaba Apovagna, que sería de cincuenta años de edad, con gran acompañamiento de indios; traía la cabeza rodeada de pieles que parecian de erizo. Sentóse en una gran piel de ciervo, é hizo sentar á Cartier junto á sí; saludóle por señas dándoselas de buena acogida, y le mostró los brazos y las piernas encogidas de perlesía para que se las tocase, y habiéndolo hecho, se quitó el adorno de la cabeza y le regaló con él, y inmediatamente llegaron á Cartier muchos indios cojos, ciegos y viejos para que los tocase. Cartier, no sabiendo que hacerse, leyó el Evangelio de san Juan y despues la Pasion de Cristo nuestro Señor, y cuantos gestos y acciones hacía al leer, tantas imitaban los indios imaginando sanarian mas presto.

Apartó despues los hombres de las mugeres, y los dió cuchillos y cuentas de vidrio, y á los muchachos, que tambien habia separado, sortijas y *Agnus Dei* de estaño; lo cual causó á todos sumo regocijo, que manifestaron con gritos y músicas de sus instrumentos; y haciéndosele tarde se despidió de Apovagna; entonces las mugeres se pusie-

ron delante de él con mucho pescado, fréjoles y otras legumbres cocidas sin sal, por lo cual no las recibió, y por no saber si eran buenas. Dió las gracias escusándose con no tener necesidad de comida.

Salieron los franceses del pueblo de Hochelaga, á quien pusieron por nombre Monte-Real (y hoy se llama Villa-María, en cuarenta y cinco grados y algunos minutos de latitud), muy contentos de que estos indios fuesen tan aficionados á la agricultura, y que se estuviesen tan quietos en su pais sin andar vagando como los de Canadá y Saguenay. Descubríase desde Monte-Real hermoso pais, al parecer dilatado, llano, ameno y muy propio para cultivado; y no lejos al Norte se veía una cordillera que corria desde Levante, á Poniente y al Mediodia otra. Aquí vieron el rio de diversa forma que tenia donde se habian quedado las barcas, y reconocieron una caida ó salto de agua tan impetuosa y dilatada, que aun no podia percibirla la vista. Los indios les dieron á entender que mas adelante habia otras tres caidas de agua: informóse Cartier de los metales de aquella tierra y se volvió á su barca. Despues se averiguó ser esta tierra isla de catorce leguas de largo y cinco de ancho, y aun ahora nó está poblada la parte del Norte.

Vuelto á su batel Cartier y sus compañeros, llegaron lunes 4 de noviembre á su nave y partió á Canadá al dia siguiente, donde llegó el dia 11, y halló que los suyos habian hecho un fortinillo de estacas para estar con alguna mas conveniencia en tierra.

Luego vino al fuerte Donacona con Taignoagni y Domagaya y otros indios principales, á dár

á Cartier la enhorabuena de su llegada, convidándole para que fuese al pueblo de Estacadona, donde tenia su residencia, aunque antes de él habia otros que se llamaban Ayraste, Estarnatán. Taylla y Escitadin ofrecióle tantas cosas, y persuadióle con tantas instancias, que se resolvió el dia 13 á pasar al pueblo que distaba una legua del fuerte, pero bien prevenido de gente armada, porque no estaba muy asegurado de los indios.

Apenas dió vista al pueblo cuando salieron dos hileras de indios, una de hombres y otra de mugeres con mucha algazara y grita á recibirle; á ellos los dió cuchillos y á ellas sortijas de estaño y vidrio. Entró en el pueblo con este acompañamiento, cuyas casas, á uso de la tierra, estaban bien proveídas; vió cinco pellejos de hombres, tan adobados y estirados, que parecian pergaminos, y preguntó á Donacona: ¿que de quién eran? Respondióle que de sus enemigos los tudamanes, indios cuyos pueblos estaban al Mediodia, con los cuales tenia guerra perpetua.

Informóse Cartier de las otras costumbres de la tierra, y vió que vivian en comun, vestidos bien miserablemente de pieles, y en invierno andaban calzados. Supo se casaban con dos ó tres mugeres, las cuales en muriendo el marido se pintaban las caras de negro y no se volvian á casar. Prostituyen en pública casa á las doncellas hasta que las sacan los que han de ser sus maridos. Labran la tierra con un palo como media espada, que llaman ofici, y las mugeres trabajan en ella mas que los hombres. Tienen melones, cohombros, fréjoles y calabazas; resisten mucho al frio, pues en las mayores nieves venian á las naves desnudos; iban á cazar osos,

ciervos, gamos, liebres, zorras y otros animales, cuya carne y la de los pescados comen secándola un poco antes al humo sin cocerla.

Lo que mas estimaban era una yerba que secan al sol y la traen al cuello en un saquillo de cuero, y á todas horas hacen polvo de ella y la ponen en el estremo de un cuernecillo largo y hueco hecho de piedra ó de palo, y encima un ascua, y por el otro chupan atrayendo á la boca el humo, el cual echan por boca y narices que parecen chimeneas, y con esto dicen andan calientes y jamas sin provision de este polvo. Llamaban á su dios Cudruagni, con el cual consultaban los sucesos de las sementeras y de la nacion, y era señal de estar enojado si les llenaba los ojos de arena. Háblales muchas veces, y habiéndoles advertido los franceses quién era Dios y algunas cosas de la religion, manifestándoles que aquel ídolo era el demonio, fácilmente se persuadieron, y á toda priesa querian bautizarse, especialmente el cacique Donacona y los demas indios que habian ido con los franceses: y fue tanta la instancia, que precisaron á Cartier á decirles que no llevaba prevenciones de bautizar; que volveria á francia y traería todo lo necesario para cumplir su deseo; y habiéndose regalado recíprocamente y hecho los indios grandes fiestas, se volvieron los franceses al puerto y al fuerte.

Empezaron á reparar los navíos, y deshicieron uno para componer los otros dos. Sobrevino entonces una terrible enfermedad en los indios del pueblo de Estadacon. Prohibieron los franceses que viniesen al fuerte, y á los navíos, tomando cuantas providencias supieron para que no se

les pegase la enfermedad, que despues se conoció con el nombre de escobuto.

Año de 1536.

No impidieron todas las cautelas y cuidado de Cartier y los suyos que se introdujese la enfermedad de los indios entre ellos, con tan grande rigor, que á mediado de febrero ya no habia diez hombres sanos. Era tan asquerosa y feroz, que los tenia en el mayor desconsuelo, y por menos conocida, mas notable; porque se debilitaban de modo que no podian tenerse en pie; hinchábanseles las piernas, y los nervios se les encogian, quedando unos enfermos mas negros que la pez, y otros con pintas acardenaladas. Iba subiendo el maligno humor despues de algunos dias por las espaldas hasta el cuello y la cabeza; podríase la boca, cayéndoseles hasta las raices de los dientes y muelas, causando tan grande hediondez que apestaba el aire. Usaron para templar tanto mal cuantos remedios pudieron, y ninguno aprovechó; y así, acudieron á implorar el ausilio divino con oraciones, encomendándose muy deberas á nuestra Señora la Vírgen María, haciendo voto Cartier despues de haber oido Misa, si volvia á Francia, de visitar la imágen de nuestra Señora de Roe.

El mismo dia que hizo el voto murió Felipe de Rojamón, mozo de veinte y dos años, de esta pestilente y enojosa enfermedad; y por si descubrian algun remedio viendo interiormente el daño, le abrieron y hallaron el corazon muy blanco, rodeado de agua de color de datil, re-

tirada sobre él toda la sangre que negra y podrida saltó al tiempo de abrirle; el bazo estaba como si le hubieran estregado en una piedra berroqueña; el pulmon negro y solo el hígado estaba bueno, y para hacer la averiguacion posible abrieron tambien un muslo, que fuera estaba negro, y dentro hallaron la carne buena. Pero nada les anunció esta anatomía para su resguardo, porque todos, escepto tres, padecian tan grandes ansias y dolores, que aun les faltaba ánimo para quejarse. A Cartier le afligia tanto la desventura de los suyos, como el temor de que sabiéndolo los indios diesen sobre ellos y los acabasen: porque habia dias que el cacique Donacona no parecia, y estaban persuadidos á que juntaba gente contra ellos; y cuando venian indios al fuerte ó á la nave, salia Cartier á ellos, dejando á distancia que no los divisasen bien, dos ó tres, y les decia que los demas estaban muy ocupados en aderezar las naves para el largo viaje que habia de hacer; y que estando en tierra de amigos no tenian á qué salir: y porque los indios no imaginasen que habian muerto ó ausentádose, dejaba orden á los enfermos cuando salia de que diesen los que pudiesen grandes golpes, y con esto se retiraban los indios por no embarazarles.

A este trabajo se añadia el sumo frio del pais, porque desde mediado de abril habia dos brazas de alto de hielo y una vara de nieve: el rio se veía helado desde el puerto de Santa Cruz, donde estaban hasta Hochelaga ó Monte Real; y este rigor grande de tiempo, unido á la falta de remedio para la enfermedad, dejó solo cincuenta franceses vivos, esperando la muerte por

instantes, maldiciendo tierra que tan grandes lástimas ocasionaba.

Pero Dios quiso socorrerlos en la mayor necesidad y desamparo; porque saliendo Cartier pocos dias despues del Fuerte vió á Domagaya (que habia padecido la misma enfermedad) bueno, y le preguntó, haciéndole muchos halagos, celebrando su salud, ¿de qué remedio habia usado para restaurarla? El indio, sin recatarse le respondió que habia bebido el zumo de un árbol que se cria en Canadá. Cartier le pidió que se le enseñase porque un criado suyo estaba malo desde que estuvo en el pueblo, al cual queria mucho, y se holgaría de que sanase. Domagaya envió dos indios á buscar el árbol, los cuales volvieron presto con diez ó doce ramos de él; tomólos Cartier, y se fue al Fuerte á hacer la esperiencia, y la halló con tan prodigioso efecto que en breves dias sanaron todos los enfermos, no quedándoles otro desconsuelo que estar en aquella tierra.

Llaman los indios al árbol Amada, y su uso para esta enfermedad es quitarle la corteza y las hojas y cocerlo todo, y el agua del cocimiento se toma cada tercer dia; y es tan poderoso remedio que ninguno la bebe cuatro veces que no quede sano. Los franceses dieron infinitas gracias á Dios por este prodigio, y procuraron á gran priesa salir de tierra que tan mal les habia tratado.

A 22 de abril, habiendo avisado el dia antes con Domagaya, quiso venir el cacique Donacona acompañado de tantos indios, que Cartier desconfió de su amistad; y para prevenir cualquier riesgo envió á Guillermo Poleto antes que saliese de su pueblo el cacique á darle la bienvenida y llevarle un regalo: fingió estar enfermo Donacona, y

pasó Guillermo á la casa de Taignoagni, donde halló tanta gente que no le daban lugar á moverse. No le dejó el indio pasar á otras casas y le salió acompañando del pueblo hácia las naves hasta la mitad del camino, allí le dijo: que gustaria mucho Donacona de que le llevase á Francia otro cacique llamado Agona, y que haría cuanto Cartier quisiese; con lo cual se volvió al pueblo. Guillermo dió cuenta á Cartier de lo que habia visto y oido al indio, causándole gran cuidado la multitud de indios que se habia juntado, y no habèr recibido su mensagero Donacona.

Pero valiéndose para su seguridad de lo que Taignoagni previno en cuanto á llevar á Francia al cacique, pensó el modo de vengarse de Donacona, de Taignoagni, Domagaya y otros principales indios; y poniéndose de un acuerdo con los suyos resolvió volver á enviar á Guillermo, avisando llevaría al cacique, á tiempo que Taignoagni entró á hablarle pidiendo se llevase al cacique, que era hombre que le sería muy útil porque toda su vida habia andadopor mar y tierra, y tenia grandes y esquisitas noticias de los paises Occidentales; que sabia dónde habia rubíes y otras muchas riquezas, porque habia estado en una tierra donde los hombres eran blancos y vestian de las mismas telas que los franceses, y en otra donde no comian las gentes, evacuando solo por la orina, y en otra donde solo tienen una pierna; y refirió tanta multitud de fábulas, que conociendo Cartier que les importaba mas que él habia considerado llevar al cacique Agona, respondió al indio: que no se atrevia á llevarle porque le castigarian en Francia, donde solo podia llevar dos ó tres muchachos que no supiesen nada de cuanto decia. Pa-

recióle mudar de dictámen porque Domagaya le reveló que Taignoaigni habia hablado mal de él á Donacona.

Quedó Taignoagni en volver el dia siguiente, y en tanto mandó Cartier erigir una cruz de treinta y cinco pies de alto con las armas de Francia y el nombre de su rey, teniendo pronto cuanto se necesitaba para hacerse á la vela en logrando la idea que tenia. Vinieron al mediodia muchos indios diciendo que Donacona y los demas indios venian. Salió á recibirlos Cartier del fuerte y los convidó á beber en las naves, y viendo algun recelo en los indios, mandó á los soldados prendiesen á Donacona, Domagaya, Thain y Gouhanna, principales indios, y fueron llevados á las naves: los demas indios, viendo preso su señor, huyeron, y los presos fueron puestos en guarda en las naves. Aquella noche volvieron los indios á la ribera dando disformes ahullidos y gritos descompasados llamando á Gouhanna como para hablar con él; no quiso Cartier consentir que saliese, y antes les hizo señas la mañana del dia siguiente de que le habian ahorcado. Al mediodia volvió una gran tropa de indios é indias llamando á Donacona con los mismos gritos y señales.

Cartier, que ya estaba prevenido para partir, permitió al cacique se dejase ver y los hablase, como lo hizo, diciéndoles no tuviesen cuidado de que se hubiese embarcado, que iba á visitar al rey de Francia para contarle lo que habia visto en Saguenay, y que dentro de diez ó doce lunas volveria con muy grandes regalos, y así que se sosegasen. Los indios dieron tres alharidos como que se alegraban de lo que habian oido, y volvió á proseguir Donacona en hablarlos dilatadamente muchas cosas, de que solo se entendieron algunas pa-

labras por falta de intérprete. Mandó despues le trajesen bastimentos para el viage, y los indios enviaron una canoa cargada de maíz, carne, peces y legumbres con cuatro mugeres, y á vista de todos el dia 6 de mayo, que era sábado, en los dos navíos que habia aderezado dejando el otro perdido, empezaron á navegar hasta la isla que llamó de Orleans, distante doce leguas del puerto de Santa Cruz; y desde ella pasó á otra, cuyo nombre era Noseriero, donde por la furia de las corrientes, que no podian vencerse sin gran riesgo, estuvo hasta el dia 16. Allí vinieron algunos indios vasallos de Donacona, que se admiraron cuando supieron que le llevaban á Francia; pero habiéndoles asegurado el cacique que dentro de doce lunas volveria, y que Cartier y sus compañeros le trataban muy bien, los dieron muchas gracias los indios y regalaron al Cacique con tres fardos de pieles y un cuchillo de cobre muy grande que traian de Saguenay, y á Cartier le dieron un collar de porcelana, y él los regaló con cuentas de vidrio y cuchillos.

Dejó esta isla el mismo dia y navegó quince leguas hasta otra que llamaron de las liebres, por las muchas que los franceses vieron; saltaron en tierra, y en poco tiempo cazaron algunas. Vuelto Cartier á las naves, le hizo volver un recio temporal hácia la isla de Noseriero, donde estuvo hasta el dia 21 que entró un poco de viento y llegó hasta Honguedo, paso que aun no se habia penetrado. De allí atravesó al cabo del prado que es al principio del puerto de Calor; y navegando continuamente tomó las islas de Baion, que están en 47 grados y medio de latitud; y habiéndolas dejado le fue preciso volver á ellas, y estuvo allí hasta 1.º de junio que salió y dió en el Cabo que llamó

de Lorena, en 45 grados y medio al Sur ó Mediodia; y sobre esta tierra vieron el Cabo de san Polo en 45 grados y 4.º al Sur.

El dia de Pascua del Espíritu Santo, que fue á 4 de junio, tuvo noticia de la costa de la Tierra Nueva á veinte y dos leguas del Cabo; y porque era contrario el viento llegó á un puerto que llamó del Espíritu Santo, donde estuvo toda la Pascua, y navegó despues á lo largo de la Costa hasta la isla de san Pedro, donde halló algunas naves francesas y Bretonas pescando bacalao, y salió de ella à 16 y llegó al Cabo de Ras; y en Puerto Rosoño hizo agua y leña. Volvió á hacerse á la vela el dia 10, y á 6 de julio, sin contraste ni peligro considerable, entró en Sanmalo con los indios, que venian muy contentos con la esperanza de volver muy ricos y muy presto á Canadá; pero los franceses traían ánimo muy contrario, ó por el espanto que habian cobrado á la enfermedad, ó por el temor de las nieves y hielos que habian esperimentado, ó por las muertes lastimosas de sus compañeros que habian visto, ó por venir despues de tantos trabajos sin oro ni plata ni otras riquezas, gastadas las que llevaron y perdida la esperanza de las que habian de traer. Luego que llegaron al puerto, empezaron á publicar sus trabajos; y Cartier, mas que ninguno, asegurando ser tierra inhabitable para los de Europa, porque cuando no hubiera las enfermedades contagiosas que habian sufrido, el frio era intolerable, como manifestaba la poca gente con que volvia, viéndose precisado á desamparar la tierra y perder una nave, porque si se hubieran mantenido quince dias mas en ella no hubiera vuelto ninguno.

Despues de nueve años de trabajos y calamida-

des que pasaron Alvar Nuñes, Alonso del Castillo, Andres Dorantes y Esteban el negro, caminando sin saber dónde, salieron de la Florida á la Nueva Méjico; fueron bien recibidos los españoles; redujeron algunos pueblos de indios á que bajasen á habitar en los llanos dejando las sierras en que estaban alzados; y huidos, estuvieron descansando hasta 15 de mayo en la villa de san Miguel. De allí fueron á Compostela, donde Nuño de Guzman, su gobernador, los recibió bien y dió de vestir; pero ellos no podian sufrir ya los vestidos; y á largas jornadas, con admiracion de todos los que miraban tan estraños y portentosos hombres, entraron en Méjico acompañándolos mas de treinta indios de las provincias por donde habian pasado el dia 23 de julio. El virey don Antonio de Mendoza y el marques del Valle, don Hernando Cortes, conquistador de aquel imperio, recibieron á los cuatro españoles con gran placer y regocijo, y todos con mayor admiracion que la que habian causado á los cristianos que por los caminos salian á verlos; habiendo caminado desde que entraron en la Florida mas de dos mil leguas por tierra y agua; y á no haberlos guardado Dios con la especialísima Providencia de tantos y tan repetidos milagros, hubieran perecido como todos los demas que fueron con Panfilo de Narvaez; cuya armada y gente tuvo el mas miserable y desastrado fin de cuantas han pasado á las conquistas de Indias.

El virey don Antonio de Mendoza intentó, como siempre, adelantar el servicio de Dios y del rey por medio de tan prodigiosos hombres, y les propuso volviesen con alguna gente por donde habian venido á reducir indios bárbaros. Alvar Nuñez se escusó por tener dispuesto su viaje á España: á

Castillo y Esteban no les pareció esponerse á nuevos riesgos; solo Andres Dorantes concertó con el virey entrar con cincuenta hombres en la Florida; pero este trato no tuvo efecto, y se vino á España en compañía de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca.

Año de 1537.

Llegaron Alvar Nuñez Cabeza de Vaca y Andres Dorantes á 9 de agosto á la ciudad de Lisboa en compañía de la armada de Portugal (de que era capitan Diego de Silvera) que los libró de caer en manos de un corsario frances.

En Méjico procuró el virey don Antonio de Mendoza que á los indios que salieron de la Florida con Alvar Nuñez y sus compañeros, se les enseñase la doctrina cristiana para recibir el santo bautismo, cuyo encargo, aunque de poca edad, tomó por su cuenta Diego Muñoz Camargo, y le perfeccionó en breve tiempo.

Año de 1538.

Hernando de Soto se embarcó en san Lúcar á 6 de abril á poblar y pacificar la Florida, en la armada que describe el Inca Garciláso en su Florida y los demas referidos en la introduccion.

Año de 1539.

Don Antonio de Mendoza, virey de Nueva-España, empezó á hacer prevenciones por mar y tierra para entrar en la Florida, y aun él mismo estaba resuelto á hacer por sí esta jornada. Vino á España el D. Fr. Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa.

Año de 1540.

Para que tuviese mejor efecto la jornada que pre-

paraba el virey don Antonio de Mendoza envió á Juan de Zaldivar con treinta caballos bien prevenidos á penetrar la tierra hasta la Florida, señalándole término para volver. Atravesó Zaldivar la nueva Galicia y prosigió el camino la tierra adentro muchas leguas, y solo halló poblaciones de indios pobres y rudos, y grandes despoblados: por lo cual habiéndose cumplido el tiempo que llevaba, se volvió á Compostela, donde ya habia llegado el virey con Francisco Vazquez Coronado ó de Cornado; y aunque el mal informe que le dió Zaldivar era bastante á suspender cualquier determinacion, hizo apercebir el ejército en la ciudad de san Miguel de Culiacan para la entrada, y le envió á cargo de Coronado, el cual sin detenerse marchó cuatro jornadas hasta el rio Patahan ó Petatlan: y tres mas adelante encontró el rio Cinaloa sin hallar quien se le opusiese hasta el valle de Sonora, donde los indios le recibieron de guerra. Tuvo algunos reencuentros con ellos en que perecieron algunos españoles á las flechas herboladas, cuyas heridas no sabian curarse.

A largas jornadas llegó al rio ó arroyo de Nexpa, sobre cuya márgen caminó dos jornadas, y dejándole á la mano derecha dió con un rio muy hondo el dia 24 de junio, que corria por una cañada, en la cual se halló yerba abundantemente para los caballos; y le llamó san Juan, por haber llegado al rio en su dia. Dos despues hallaron otro que llamaron de las balsas, y fueron caminando adelante hasta el arroyo del Pinar con grande hambre; porque acabado el maíz y las demas provisiones, se vieron precisados los españoles á comer yerbas; y persuadiéndose á que prosiguiendo el camino derecho creceria la necesidad, torcieron al Nordeste casi, y dieron con otro rio que llamaron Bermejo, donde

hallaron dos indios de Cibola y los de la tierra los recibieron de guerra, tan obstinados é irreducibles, que fue preciso valerse de las armas para domarlos. Tomaron por fuerza el pueblo de Aacus y otros cuatro; y á esta provincia, que está en treinta y siete grados y medio de latitud, llamó nueva Granada. Sosegó Coronado aquellos indios, y prosiguió el viaje hasta el pueblo llamado Alcuco, de donde envió al capitan García de Cárdenas con su compañía hasta la orilla del mar, y él entró en el pueblo de Tiguero, que está á la ribera de un rio mediano que corre de Noroeste á Sudueste que parece va á desembocar en el mar del norte.

Halló ser muy pobladaaquella tierra, aunque no rica: diéronle en ella noticia de las provincias de Axa y Quivira, donde le aseguraron los indios habia un gran cacique que se llamaba Tartadax, que era barbudo. Contaban muchas grandezas de él y de la tierra. Pasaron en busca de ella, pero no la hallaron con la brevedad que imaginaban, porque los indios estaban de guerra, y tan terribles y obstinados, que los de un pueblo solo se defendieron cuarenta y cinco dias en él, costando á los españoles grande trabajo ganarle, con admiracion del valor y temeridad de los indios.

Anduvieron despues cuatro jornadas, y llegaron al pueblo que se llamaba Cicuy, y sin detenerse en él, volvieron á salir con gran deseo de llegar á la provincia, en cuya demanda iban; pero los indios guías los hicieron errar el camino trayéndolos diez dias vagando, hasta que descubierto el error y la malicia por otro indio, tomaron el camino y anduvieron por él veinte dias siempre por tierra llana y arenisca. Vieron allí gran multitud de vacas ó cíbolas, y hallaron un indio barbado, el cual los dijo que ha-

bia visto en aquella tierra cuatro hombres como ellos; imaginaron hablaria de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca y sus compañeros. Y no teniendo los españoles por conveniente pasar mas adelante se volvieron al pueblo de Cicuy.

Desde allí salió Francisco Vazquez Coronado á descubrir y reconocer mas tierra con veinte y nueve caballos, y caminando treinta dias siempre al norte llegó al rio grande á fin de agosto, y le puso por nombre san Pedro y san Pablo. Tres jornadas mas adelante pasado el rio le dieron los indios noticia de la provincia de Araal: y de otras cosas que le dijeron conjeturó que por allí habia cristianos de los que fueron á la Florida con Panfilo de Narvaez. Despachó al indio guía con una carta para los que hallase, pero fue en vano, porque no encontró á quien dar la carta, y se la volvió á Coronado, el cual prosiguió en su descubrimiento hallando tierras muy pobladas y amenas con muchos rios y uno mayor que el de san Pedro y san Pablo, y con poblaciones muy grandes.

Finalmente, llegó á la provincia Quivira, y los indios le informaron que adelante no habia mas provincia que la de Araal. Envió á llamar á Tartadax, el cual vino con grande acompañamiento de indios desnudos sin corresponder el fausto al concepto que le habian hecho formar los indios. Recibiole con muchas demostraciones de afecto y venebolencia, y mandó levantar una cruz con una inscripcion que decia haber llegado hasta allí. Los soldados sintieron el engaño de los indios porque la mayor riqueza del Tartadax era una plancha de cobre que traía al pecho, pero disimularon. No le pareció á Coronado pasar mas adelante temiendo el rigor del invierno, y se volvieron al ejército que

estaba junto á Cicuy y halló el rio cercano helado, y á pesar de muchos de sus soldados que querian poblar en aquella tierra segun la orden del virey, se volvió con su ejército á la nueva Galicia caminando ciento y treinte leguas menos por ser el camino mas derecho.

No quisieron seguirle Fr. Juan de Padilla y Fr. Luis de Escalona, del Orden de san Francisco, movidos del ansioso celo de no dejar perder aquellas gentes, creyendo podrian hacer algun fruto espiritual en ellas; y viendo su determinacion, se quedaron, acompañándolos Andres Docampo, portugués, tres negros y algunos indios de Méjico y Mechoacán. Y dando principio á su santa empresa Fr. Juan y Fr. Luis, resolvieron ir á Quivira, donde sin oirlos, padecieron cruel muerte con los negros, y los demás que se quedaron con ellos, á manos de los indios. Docampo se libró, y padeciendo grandes trabajos, salió á Panuco y llegó á Méjico, donde ya estaba un indio de Mechoacán, que escapó por otro camino de aquella tragedia.

Sintió el virey la resolucion de Coronado, porque dejó sin efecto sus buenos deseos, y mas cuando supo que don Fernando de Alarcon, que habia ido por mar á abrigar esta empresa, llegando cuatro grados mas allá, que Francisco de Ulloa (por no hallar noticia cierta de Francisco Vazquez Coronado) era vuelto á Nueva España, habiendo visto muchas naciones y padecido grandes trabajos en buscarle.

Año de 1541.

Cuando Hernando de Soto andaba mas vivamente registrando las provincias de la Florida, Ro-

berbal, frances, natural del pais de Vimieux, á quien el rey de Francia habia nombrado por su teniente general, se hizo á la vela con cinco navios, en que iba Jacobo Cartier por piloto mayor: que aunque se resistió al viaje, manteniéndose en no volver á pais que tanto le habia maltratado, movido de las conveniencias que le ofrecieron, se resolvió á mudar de propósito.

Con próspero viento, y sin accidente notable, llegó Roberbal hasta entrar en el rio de Cañada ó san Lorenzo; y en una de sus riberas hizo un fuerte que sirviese para defensa del frio del invierno, y de las invasiones que los indios intentasen; y dejando la gente con seguridad bastante, á su parecer, se volvió á Francia por socorro, quedando Cartier por capitan.

Diego Maldonado y Gomez Arias, capitanes de Hernando de Soto, volvieron á buscarle corriendo las costas de la ensenada mejicana y la Oriental de la Florida, hasta cerca de la tierra de Bacallaos, y no hallando noticia de él, se volvieron á la Habana con gran desconsuelo.



DECADA CUARTA.

SUMARIO.

Los escesivos frios y la continuada guerra de los indios hacen desamparar á los franceses á Canadá. Vuelven á ella instados de Roberbal que venía con socorro desde cerca de Terranova. Reconoce Roberbal el Saguenay y otros rios que entran en el de san Lorenzo, y envia un piloto español á descubrir paso á las Indias Orientales, el cual halla otro entre Terranova y la tierra del Norte. Dá en Francia noticia de sus descubrimientos Roberbal; y volviendo á Canadá con gran socorro, perece con un hermano suyo y cuanto llevaba. La tardanza del socorro hace á los franceses desamparar la Canadá. Don Antonio de Mendoza, virey de Nueva España, persuade á los soldados de Hernando de Soto nueva jornada á la Florida, y los ayuda para que se mantengan. Dá lo necesario para la conquista espiritual de la Florida á Fr. Luis Cancer de Barbastro, el cual se embarca en la Habana con otros religiosos dominicos, llevando á Magdalena, india, á la Florida. Llega á la bahía del Espíritu Santo, y viene á los navíos Juan Muñoz, page de Hernando de Soto. Dán muerte los indios á Fr. Luis y otros; y los demás se retiran á la Habana. Gran junta en España sobre el gobierno y conservacion de las Indias. Julian de Samano y Juan de Samano pretenden la conquista de la Florida, y se les niega. Fr. Andrés de Olmos llega á los confines de la Florida, en cuya costa dá al través una nave muy rica, y despues otras tres. Su gente se salva, y queda esclava de los indios, los cuales sacrifican la mayor parte al demonio.

Año de 1542.

Pasaron el invierno con grandes frios los franceses, confirmando todos la imposibilidad de poblar tierra tan destemplada, y para mayor desazon

contínuamente los traían los indios con las armas en la mano, no dejándolos sosegar sus rebatos contínuos. No pudiendo Cartier sufrir tanta desventura, por no empeñarse mas en la guerra que habia de hacerlos perecer, propuso á la gente abandonar el sitio y volverse á Francia, manifestándodoles que sobre la incomodidad de la habitacion cada dia esponian su vida á las flechas de los indios. Y apenas oyeron todos la propuesta, cuando de comun acuerdo desampararon la tierra, embarcándose en las naves que Roberbal les habia dejado.

Salieron del rio al mar, y no lejos de la isla de Terranova encontraron á Roberbal que volvia de Francia con el socorro mayor que habia podido juntar; el cual, considerando perdidos los afanes y trabajos de sus dos viajes, los persuadió á que volviesen á ocupar el sitio que habian dejado con ofertas, premios y amenazas de parte del rey, á las cuales no pudieron los franceses resistir, y dejando el rumbo á su patria, siguieron á Roberbal. Volvió á entrar en el rio de Canadá, é invernó en el mismo sitio que antes ocupó, con ánimo de poblar y reconocer la tierra en abriendo el tiempo.

Siete meses navegaron los capitanes de Hernando de Soto buscándole, sin hallar noticiá de él; y muy desconsolados se volvieron á la Habana.

Año de 1543.

El virey don Antonio de Mendoza, prosiguiendo con inalterable celo el real servicio, intentó persuadir á los soldados de Hernando de Soto, que salieron de la Florida con Luis de Moscoso, Alva-

rado (que algunos dicen llegó á Panuco en 10 de septiembre), volviesen á su conquista ofreciéndolos cuanto tuviesen por necesario; y para que esperasen la disposicion de la jornada dió á muchos rentas, ayudas de costa, cargos y oficios con que pudieran mantenerse decentes, pero no tuvieron efecto sus buenos deseos, sucediendo lo que dejó escrito el Inca al fin de su libro 6. De que se colige el ningun fundamento que tuvo Remesal para decir: lib. 8, cap. 26 de su historia de la provincia de san Vicente: "muriose tambien toda la gente que llevó consigo Hernando de Soto, sino cuál ó cuál que se escapó por los montes huyendo de las flechas ó juntándose con los indios y haciéndose á sus costumbres".

Reberbal, empeñado cada dia mas en conseguir el fin de su empresa, hizo algunos viajes por el rio Saguenay y otros, que desembocan en el de Canadá; y mandó á un piloto muy esperto, llamado Alonso (gallego ó portugues), que fuese hácia la tierra del Labrador á descubrir paso á las Indias Orientales: dióle un navío bien prevenido de todo lo necesario, y él volvió á Francia por socorro y á dar cuenta de las nuevas poblaciones que habia hecho, y tratar de su conservacion y aumento, donde llegó con feliz viaje, y fue despachado como propuso.

El piloto Alonso anduvo muchos dias buscando el paso que se le habia encargado; pero nunca pudo dar con él; solo descubrió el que hay entre la isla de Terranova, y la gran tierra del Norte, por 52 grados de latitud; con lo cual se volvió al fuerte del rio de Canadá y refirió á Cartier lo que habia visto.

Año de 1544.

Julian de Samano, hermano del secretario Juan de Samano y Pedro de Ahumada, sabiendo abundaban las tierras de la Florida, especialmente en perlas y en pieles finas, sabiendo la estimacion que de uno y otro hacian los mejicanos, informados de los motivos de malograrse la conquista de Hernando de Soto[1], y congeturando que pacificada la tierra se descubririan minas de oro, plata y otros metales, pidieron la conquista de la Florida; y aunque prometieron usar bien de las facultades que se le diesen, venciendo los reparos que entonces tenian gran valimiento en la corte sobre el tratamiento de los indios, se tuvo por conveniente negarles su pretension.

Fr. Andrés de Olmos, religioso del Orden de san Francisco, despues de haber corrido las mas distantes provincias de la Nueva-España, predicando y haciendo muchas conversiones, pasó á Panuco y á Tampico, y llegó hasta los chichimecas bravos de los confines de la Florida mas de cuatrocientas leguas al Norte; recogió los que pudo, y poblólos en el pueblo de Tamaolipa, y se volvió á Méjico.

Año de 1545.

Una nave que venia de Nueva-España naufragó en la costa de la Florida, salvándose la gente, que fue presa de los indios; tomaron las mercaderías y plata, y uno de los naufragos se libertó veinte años despues, acogiéndose á Juan Ribao: otros sacó de la esclavitud poco despues el adelantado Pedro Menendez de Avilés. Los demás, como hasta doscientas personas, sacrificaron al demonio los indios.

Año de 1546.

Fr. Luis Cancer de Barbastro, natural de Zaragoza, del Orden de santo Domingo, insigne misionero, que habia ido desde la Vera-Paz á Méjico con el Vicario provincial de Guatemala y Chiapa, Fr. Tomás Casillas, oyó á muchos de los que habian salido de la Florida con Luis de Moscoso, el innumerable gentío de aquella region, la barbaridad de sus costumbres y la diversidad de sus genios, y pareciéndole fácil su conversion por los ejemplares que le contaban, encendido en fervoroso celo del aumento de la religion católica, comunicó al P. Fr. Gregorio Beteta, de su Orden, varon prudentísimo (y que habia procurado con Fr. Juan García entrar en la Florida por tierra sabiendo era continente de la Nueva Galicia, aunque ignorando el camino), cuanto deseaba emprender la espiritual conquista de aquel dilatado reino. Fr. Gregorio, ardiendo en el mismo fervor, no solo por las razones que Fr. Luis le dijo, sino por lo que habia comprendido de la docilidad de los indios, en la esperiencia de los que siguieron á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, que aun duraban algunos ya cristianos en aquella ciudad, aprobó su buen propósito y dispusieron ambos el modo de entrar á la conversion de aquellas gentes. Comunicáronle despues á otros religiosos graves, y todos resolvieron que Fr. Luis viniese á España por no fiar diligencia, que tanto importaba, de procuradores.

Año de 1547.

Salió de Méjico Fr. Luis Cancer á la primera ocasion que hubo, y se embarcó en San Juan de

Ulua al principio de este año en el navío en que volvía á España don Fr. Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, Fr. Rodrigo de Ladrada, su compañero, y Fr. Jordán de Piamonte. Llegaron á Sevilla y de allí á la Corte (que estaba en Valladolid) á principios de abril, donde no le fue dificultoso conseguir cuanto deseaba, informado el consejo de Indias y el príncipe don Felipe de su santa determinacion, la cual favorecia mucho el obispo de Chiapa y los demás compañeros, con los cuales comunicó muchas veces el modo de ejecutar sus deseos; y todos tuvieron por feliz el éxito de la espedicion. Diéronle despachos para que el virrey de Méjico don Antonio de Mendoza, le proveyese de cuanto necesitase para la empresa espiritual que intentaba; y tambien llevó real cédula despachada en Alcalá de Henares á 28 de diciembre y cometida al lic. Alonso Lopez Cerrato, (hombre de valor, letras, prudencia, rectitud, constancia y celo al culto de Dios, que habiendo servido treinta años en la audiencia de santo Domingo, pasó á ser presidente de la audiencia de los confines) mandándole enviase á Méjico con brevedad los indios que habia sacado de la Florida, la gente del adelantado Hernando de Soto que estaban esparcidos en la provincia de Guatemala, tomándoselos á cualesquier personas que por cualquier título los tuviesen para que se entregasen á Fr. Luis y á los demas religiosos que volvian á la Florida.

Año de 1548.

Embarcóse con los despachos que habia alcanzado Fr. Luis en Sevilla. Llegó con felicidad y presteza maravillosa á san Juan de Ulua, y de allí á Méjico, donde fue bien recibido de todos, especial-

mente de Fr. Gregorio Beteta y del virrey; el cual sin dilacion mandó dar á Fr. Luis y sus compañeros lo que pidiesen para la jornada. No llevó indio alguno de la Florida; pues aunque el licenciado Cerrato procuró la libertad de los de Guatemala y Chiapa, ó no los habia, ó no eran esclavos como se informó al emperador; pues voluntariamente habian dejado su tierra por venirse á Nueva-España con los españoles; y así Cerrato, luego que llegó á la ciudad de Gracias á Dios, no hallando esclavos de la Florida, cumplió con los de la cédula con gran cuidado y rectitud.

Año de 1549.

Salió de Méjico el P. Fr. Luis con órdenes muy eficaces del virrey para los gobernadores de la Vera-Cruz y la Habana acompañándole Fr. Gregorio de Teta, Fr. Diego de Peñalosa (que otros llaman Tolosa), Fr. Juan García y un donado llamado Fuentes; y en la Vera-Cruz se embarcó en un navío de alto bordo de que era piloto Juan de Arana. Dió fondo sin contraste en la Habana, cuyo gobernador le proveyó de todo lo que pidió, y bien prevenido se hizo á la vela á la Florida llevando una india cristiana llamada Magdalena, natural de la misma tierra; á la cual llegó la víspera de la Ascension, y pocos dias despues informados de los indios que hallaron en la costa á la bahía del Espíritu Santo. Aquí desembarcó Fr. Diego de Peñalosa con Fuentes, y entrando la tierra adentro los dieron muerte los indios. Vino al navío un castellano llamado Juan Muñoz (que habia sido page ó soldado de Hernando de Soto. Otros dicen que era de una flota que se perdió catorce años antes en aquella costa), huido de el indio que tenia por dueño, pero venia tan desfigurado, que si no hablara

español le hubieran tenido por indio. Díjoles que los indios habian muerto al P. Fr. Diego y á Fuentes, y que tenian vivo un marinero que se habia echado al agua. Fr. Luis y los demas disimularon esta atrocidad de los indios, hasta que reconvenidos con ella se turbaron, y queriendo saltar en tierra Fr. Luis, conociendo Juan Muñoz la mala intencion de los indios, le aconsejó no dejase el navío porque sería muerto infructuosamente como los otros, y Fr. Gregorio instaba en lo mismo. Nada bastó á disuadir su fervor, y echándose al agua salió á tierra, y delante de todos le dieron cruel muerte los indios, los cuales muy ufanos despues los enseñaban los hábitos á los del navío. Con lo cual se hicieron á la vela para la Habana á 28 de junio; y estorbándolos el tiempo entraron en san Juan de Ulua á 19 de julio dejándose á Magdalena entre los bárbaros.

Tres naos que venian de Nueva-España dieron al traves en la costa de la Florida salvando las vidas para mayores trabajos la mayor parte de la gente.

Roberbal fomentaba la poblacion del rio de san Lorenzo poniendo su diligencia cuantos medios eran posibles para adelantarla. Habia ido varias veces á Francia y traido socorros felizmente. Ahora que volvia á Canadá con uno muy crecido, imaginando afianzar la perpetuidad de las poblaciones de los franceses, se perdió. Créese que naufragó, aunque hasta ahora no se ha sabido dónde, ni tenido mas noticia de él ni de otro hermano suyo, y mucha gente que llevaba; y conjeturando este suceso los franceses que estaban sin gusto en las poblaciones porque esperaron mucho tiempo socorros y no venian ningunos, viéndose perecer desampararon otra vez la tierra con grande presteza y regocijo.

Año de 1550.

Luego que supo en España el mal suceso de la espedicion de Fr. Luis Cancer, Maximiliano rey de Bohemia, hijo del emperador Ferdinando que la gobernaba por estar ausente Cárlos V. en Bruselas con el príncipe don Felipe su hijo, mandó hacer una gran junta sobre las cosas de las indias, viendo con el ejemplar fortalecida la opinion de los que no admitian sin la seguridad de las armas la predicacion, y mas cuando iba mostrando la esperiencia que los hereges intentaban poblar en aquellas partes donde era necesario estar armada la religion para defenderse de sus enemigos, y asegurar aquella viña inculta de la cizaña diabólica que iban sembrando, y asegurarse de la beleidad de los indios que á quien mas les regalaba atendian y respetaban mas. Tratóse muchos dias del remedio á los daños que por todos se exageraban llenando de escándalo los oidos examinando lo que don Fr. Bartolomé de las Casas proponia, sin escarmentar en tan lastimosas desgracias que causaban sus vehementes y celosas instancias. Contra ellas escribió (entre otros varones ilustres) el gran cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, elegantísimamente desendiendo los derechos del rey, desvaneciendo muchos cargos que se intentaban á los conquistadores y pobladores. Aprobaron sus escritos cuantos sin pasion los vieron, y entre ellos los mas doctos de su tiempo, especialmente Francisco de Guevara, Francisco de Montalvo, Alvaro de Moscoso, Fr. Diego de Victoria, dominico, don Fernando de Valdes, arzobispo de Sevilla, Pedro Ortiz, y Fr. Pedro de Soto, confesor del rey, que ignorando todos el motivo, amonestó á Juan Ginés no diese tan presto como

convenia á luz el libro que habia escrito. Despues escribió la apología contra don Antonio Ramirez, obispo de Segovia, con lo cual muchos ministros perdieron la mala impresion que les tenia turbado el entendimiento y viciada la voluntad, y aconsejaron al rey asegurados de su derecho los medios convientes á la conversion y alivio de los indios, y á embarazar la presa á los lobos del Norte: conociendo que los delitos no podian acabarse si duraban los hombres, y se tomaron providencias tan arregladas como publica la paz que en el gobierno de las Indias hubo en adelante.

Año de 1551.

Los mares se llenaron de piratas franceses con ocasion de la guerra declarada á Francia en Bruselas á 26 de setiembre; ni las costas de España ni las de las Indias estaban seguras de sus repetidos insultos, y para prevenir remedio oportuno envió el emperador á España al príncipe don Felipe su hijo.

DECADA QUINTA.

SUMARIO.

Don Luis de Velasco, virrey de Nueva-España, quita el servicio personal de los indios. Piérdese la flota en las costas de la Florida, y muere toda la gente, despues de increibles trabajos, á la crueldad de los indios, escepto Fr. Marcos de Mena, que se salvó milagrosamente en Tampico y Fr. Juan Ferrer que desapareció. Angel de Villafañe busca las riquezas de la flota y recoge á Francisco Vazquez. Francisco de Ibarra reconoce trescientas leguas mas allá de Cinaloa, y halla minas y funda pueblos. Don Luis de Velasco insta á la conquista de la Florida, y el rey le comete la disposicion de todo. Armada que juntó, de que envió por general á don Tristán de Luna y Arellano, el cual desembarcó en la Florida. Una tempestad desvarata toda la armada dejando en gran necesidad la gente. Don Tristán envia á reconocer la tierra. Pueblos que encontraron hasta la provincia de Coza. Su guerra con los indios napoches, y cómo la ayudaron los españoles. Don Tristan llega al pueblo de Santa Cruz de Nanipacna. Vuélvese al puerto. Quiere pasar á Coza, y se amotina Juan Ceron y otros: cómo sosegó esta discordia Fr. Domingo de la Anunciacion. Llega Angel de Villafañe con socorro á la Florida. Don Tristan quiere proseguir la conquista, déjale la mayor parte de su gente, y se va á la Habana, y el virrey de Nueva-España llama á don Tristan de Luna.

Año de 1552.

Don Luis de Velasco, virrey de Nueva España quitó el servicio personal de los indios dejándolos en la libre voluntad que á los españoles, y dispone enviar á España la flota tan rica como convenia á los grandes gastos y empeños que el emperador hacía en la defensa de la religion católica y de sus reinos.

Año de 1553.

Prevenida la flota de Nueva-España salieron de Méjico muchas personas para volverse á España, y entre ellos Fr. Diego de la Cruz, prior que habia sido del convento de la Puebla de los Angeles y difinidor, Fr. Hernando Mendez, natural de Méjico y Fr. Juan Ferrer, natural de Valencia, con Fr. Juan y Fr. Marcos de Mena, legos todos del Orden de santo Domingo; y antes de partir de Méjico pronosticó Fr. Juan (que era de la familia de san Vicente Ferrer, deudo muy cercano de Fr. Vicente Ferrer, que murió en el convento de Cobán el año de 1555) el mal suceso de este viaje, con estas palabras: *¡Ay de los que vamos á España! Porque ni nosotros ni la flota llegaremos allá; los mas pereceremos, y los que quedaren esperimentarán intolerables trabajos; de que al fin morirán casi todos, y yo quedaré escondido en ciertos lugares remotos, y viviré algunos años con entera salud. Pero ahora importa mi viaje para que se cumpla la voluntad de Dios.*

Embarcados todos, se hizo á la vela el general con la flota que iba cargada riquísimamente de plata, oro, y otras preciosidades y mercaderías, con mas de mil personas, soldados, pasageros, mercaderes, mugeres y niños. Llegó á la Habana con próspero viento; detúvose en aquel puerto el tiempo necesario en prevenir algunas cosas, y volvió á zarpar con gran alegría de todos.

Aun no habian perdido de vista la tierra, cuando las corrientes de la canal de Bahama sacaron la flota del viaje, y horriblemente el viento inclinó los bajeles á la costa de la Florida; y no bastando á detenerlos fuerzas ni esperiencias humanas, chocaron con las rocas y se hicieron pedazos con suerte tan

desgraciada, que hay quien diga se salvó un navío pequeño solamente, que llevó la infausta noticia á la Vera-Cruz; y otro, que destrozado llegó á España casi milagrosamente, aunque es cierto que á Sevilla llegaron tres, y entre ellos un corsista que partia la ganancia con san Francisco.

De las mil personas que iban, salieron á tierra mas de trescientas asidas á las tablas de los navíos ó á las cajas de las mercaderías, y en la brilla del mar se mantuvieron seis dias con el bastimento de las naves que vomitaba el mar, consolándose unos á otros con tan grande calamidad.

No habia pueblos en aquella costa, ni descubrieron los españoles indios hasta el séptimo dia que se manifestaron como ciento, que parecian chichimecas; mostráronse de paz disimuladamente, pues apenas vieron ocupados en comer á los cristianos derrotados, cuando los envistieron furiosamente. Fue castigada su malicia por algunos españoles que habian librado sus espadas, con las cuales y con dos ballestas que la resaca echó fuera del mar, los hicieron retirar, y por huir del riesgo que padecerian alborotada aquella tierra (habitada de gente tan bárbara que no tenia casas, pueblos, sementeras, vestidos ni mas que la figura racional), que no era menos que el de la mar, tomaron el camino de Panuco juzgando estaba muy cerca; y apenas empezaron á caminar, cuando los cien indios dispararon sobre ellos muchas flechas, con tanto atrevimiento, que no bastando á suspender su arrojo buenas palabras mandó el general que con las dos ballestas les resistiesen, con lo cual los indios se apartaron de modo que sin el peligro pudieron andar los españoles cinco dias. Así llegaron á rio Bravo, ó rio del norte, el cual pasaron en balsas, no atreviéndose los indios á es-

torbarlos por miedo de las dos ballestas.

Este socorro en tanta desventura, con el cual sin duda llegáran libres á tierra de cristianos desvarató la inadvertencia de un clérigo, que echando mano á la balsa en que las ballestas iban para arrojar al rio un fardillo que le embarazaba, tomó el de las ballestas, y las dejó caer en el rio, lo cual causó grande sentimiento en todos, porque apénas los indios (que siempre aunque á distancia los seguian) reconocieron la falta de estas armas cuando se atrevieron á llegar á los españoles, y flecharlos haciendo poco caso de las espadas. Dieron muerte á muchos juntándose á cada jornada mayor número. Prendieron dos españoles y los desnudaron, y sin hacerlos otro mal, los enviaron con sus compañeros, con lo cual, creyendo los demas que los perseguian por los vestidos los dejaron todos. Algunos que quisieron resistirse pagaron con la vida la resistencia. Llegaron desnudos al rio de las Palmas, donde acabaron de morir las mugeres y los niños no pudiendo contrastar sus débiles fuerzas trabajos tan escesivos. Entre las mugeres murió la de don Juan Ponce de Leon, encomendero de Tecuna, que venia desterrada á España.

Pasaron el rio con gran fatiga, y al salir de él vieron que los indios aun los perseguian; el hambre que llevaban era tan grande que algunos se caian muertos de necesidad.

Procurando algun alivio á la miserable tropa se apartaron de ella en este rio Fr. Diego de la Cruz y Fr. Hernando Mendez á buscar poblacion de indios de los que no hacen mal á los que van sin armas. Subieron por el rio arriba, y á breve tiempo murió Fr. Diego de las heridas en un arenal del mismo rio de las Palmas. Habia sido vecino de la Españo-

la, y aun cómplice en algunos desafueros hechos á los indios; mas en la religion fue su virtud muy conocida, aunque no tuvo efecto su llegada á España, cuyo viage tanto le contradijeron sus compañeros. Prosiguió el suyo Fr. Hernando, y mas adelante halló escondido á Francisco Vazquez, natural de Villanueva de Barcarrota, persona de quien se hacia gran estimacion en Méjico, que le acompañó, y encontraron ambos una negra desnuda que se fue con ellos, y los servia de grande socorro porque buscaba yerbas para que comiesen, y así se mantuvieron cuarenta dias en un montecillo. De este alivio les privaron los indios que á la negra dieron muerte; pasados algunos dias sin hallar remedio, murió tambien Fr. Hernando, al cual enterró Francisco Vazquez; el cual viendo cierta la ruina de los que habian salido con la flota, se volvió al sitio donde se habia perdido por el mismo camino que habia traido hasta en contrar á Fr. Hernando.

No tuvo mejor salida el mismo intento que ejecutó Fr. Juan Ferrer llevando consigo á Fr. Juan y á Fr. Marcos de Mena y dos marineros, los cuales en una canoa, que casualmente hallaron, subieron por el rio de las Palmas y encontraron dos ballenas, que luego que los sintieron se volvieron al mar; pero no habiendo hallado nada de cuanto llevaban ideado en beneficio de sus compañeros, se volvieron y saltaron otra vez en tierra, donde estaban muchos de los españoles muertos y otros heridos secos de sed; ayudáronlos en lo que pudieron, hasta la media noche que los dejaron, y á gran priesa siguieron á los que iban adelante y los alcanzaron el mismo dia, y en su compañía caminaron veinte dias mas por la playa comiendo solo algunas raices y marisco.

Así llegaron á otro rio que algunos llaman de

Tamipa, en que corren juntos Sauceda y el de las Nassas en el nuevo reino de Leon, y en él vieron venir en canoas los indios que habian faltado aquellos dias por haber ido á prevenirse de flechas. Los españoles, porque no los descubriesen tan porfiados enemigos, se escondieron entre unas yerbas muy altas, persuadiéndose á que no viéndolos se retirarian los indios dejándolos llegar á Tampico, que ya no estaba lejos. Pero las yerbas en que se ocultaron estaban pobladas de hormigas, tan feroces y malignas, que se los comian á bocados, y eran tan venenosas sus picadas que se quemaban vivos; de suerte que por no pasar tormento tan escesivo se echaron al agua para refrescar la quemazon de las nuevas heridas.

Esta resolucion, que solo puede escusarla de temeraria la necesidad, abrevió la vida á los mas porque los indios vinieron luego en sus canoas disparando tantas flechas sobre ellos que acabaron la vida de la mayor parte: á Fr. Juan de Mena le dieron un flechazo por las espaldas, de que murió antes de caminar un cuarto de legua: á Fr. Marcos le dieron siete flechazos, uno penosísimo en la garganta, y Fr. Juan Ferrer desapareció en este conflicto, que no se ha sabido mas de él, ni se cumplió lo que proféticamente dijo á la salida de Méjico, como á la letra se admira lo demas.

Viendo los indios tendidos por el campo sus enemigos saltaron en tierra á bailar y celebrar su victoria, teniendo cuidado si rebullia alguno para acabarle de matar, y muy alegres de su triunfo siguieron á los que habian escapado para lograr enteramente su victoria.

Cuando Fr. Marcos, que estaba como muerto, conoció haber cesado el ruido de los indios, se es-

forzó á sacarse las flechas, lo cual logró á costa de grandes dolores; siguió á los españoles que habian quedado que pasaron aquel rio con indecible trabajo, y con mayor Fr. Marcos, pues en la ribera opuesta quedó tan debilitado, que creyeron todos moriria brevemente; y no pudiendo dar paso, ni los demas llevarle, porque aun solos y desnudos parecia milagro moverse, determinaron enterrarle en la arena á la orilla del rio, dejándole la cara fuera para que respirase el poco tiempo que viviese, y prosiguieron su camino; pero antes de llegar al rio de Panuco los envistieron los indios otra vez con tanta furia y rigor, que no dejaron vivo alguno; volviéndose muy alegres á sus tierras de ver conseguido su intento.

Fr. Marcos, enterrado á la ribera del Tanipa, se durmió, y confortado con el sueño y el calor de la arena, se halló de modo que pudo seguir á sus compañeros; hallólos muertos y fuese por la orilla del mar llevando podridas ya, y llenas de gusanos las heridas hasta el rio de Panuco (que nace en un monte cerca de la nueva Vizcaya, y desemboca en la ensenada de Méjico, cerca de Cabo Blanco) donde vió una canoa con dos indios bien vestidos sin armas, á los cuales hizo señas por no poder hablar; vinieron los indios muy prontos, envolviéronle en una manta de algodon, y le llevaron á la canoa donde tenian hecha una cama de heno, en que le echaron y dieron de comer.

En tres horas navegando contra la corriente trece leguas, dieron vista á Tampico ó Panuco, pueblo de españoles, y sacándole en tierra le pusieron en ella en la misma manta, diciéndole: Tampico, Tampico, y no hablaron mas palabra. Fuese al pueblo teniendo por ángeles á los dos indios; y cuando se sintió mejor, volvió á Méjico contando tan-

tas desgracias é infortunios sucedidas en tan breve tiempo, aunque sin especialidad los refiere el obispo Padilla.

Año de 1554.

Angel de Villafañe fue de orden del virrey de Nueva-España á la costa de la Florida al sitio donde naufragó la flota á bucar las riquezas sumergidas, de las cuales recogió alguna porcion, y á Francisco Vazquez que estuvo escondido en la costa desde que se apartó de Fr. Hernando Mendez en el rio de las palmas, cuya muerte referia y la de Fr. Diego de la Cruz, que le habia contado el mismo Fr. Hernando, y se volvió á Méjico muy contento, dando muchas gracias á Dios por la libertad de tantos peligros.

Al mismo tiempo fue por tierra Francisco de Ibarra de orden del virrey ácia la Florida desde la provincia de los Zacatecas: llegó á la de Topia y Cinaloa, en la cual fundó el pueblo de san Juan de Cinaloa; y en la de Chimicha el de san Sebastian, y pasó trescientas leguas adelante reconociendo aquel gran continente; y habiendo hallado muchas minas de oro y plata, grandes rios, tierras muy fértiles de frutas y caza, se volvió á Cinaloa por llevar poca gente y muy fatigada de tan largo camino.

Año de 1555.

Pareció al invictísimo emperador Cárlos V que gozaba Europa algun sosiego, habiendo ajustado treguas con Francia en 5 de febrero, las cuales hicieron retirar muchos corsarios, que infestaban los mares de España y de las Indias; pero duró poco la quietud por la guerra que ocasionó Paulo VI que anunciaron con universal espanto de las gentes

dos ejércitos que se vieron pelear en el aire en Custrino, ciudad de la nueva Marca, con tanto estruendo, que oyeron todos el ruido y los gritos de la batalla; vieronse tambien dos hombres armados que habiéndose encontrado en la plaza del mismo lugar se dieron las manos y desaparecieron dando grandes ahullidos; y teniendo determinado el emperador dejar sus estados considerando que siempre tendria un grande embarazo que estorbase tan santa y tan insigne resolucion, renunció en el príncipe don Felipe II, su hijo (que habia llegado á Calés á 4 de setiembre), los estados de Flandes el dia 25 de noviembre, y pocos dias despues los reinos de España y Italia, las Indias y sus islas, y el imperio en don Fernando, su hijo; reservando para sí algunas alhajas de corto valor y doscientos mil florines para retirarse á España donde creía mejorar de salud, y tratar de adquirir la verdadera gloria en la muerte que habia conseguido perecedera en la vida.

Año de 1556.

A 28 de marzo levantó en Valladolid el príncipe don Cárlos el pendon real por el rey don Felipe su padre. Siguieron la aclamacion las demas ciudades. Habíase estendido tanto en Méjico la fama de la grandeza, abundancia y riqueza de la Florida, que el virrey, el obispo de Cuba (de cuya diócesi es la Florida) don Fernando de Urango, natural de Azpeitia, escribieron á España la grande utilidad que se seguiria de su poblacion al aumento de la religion y del reino; y juntas estas noticias á otras, motivaron que se escapase á discurrir el modo de su conquista y reduccion.

Año de 1557.

Reconociendo el consejo de Indias las esperiencias que en el gobierno de Nueva-España tenia don Luis de Velasco su virrey, y el deseo de que se aumentase la religion y el estado, propuso al rey don Felipe II que se cometiese á su cuidadoso celo la poblacion y conquista de la Florida, pues la gran hambre y peste que Sevilla y su tierra padecian hacia precisa, cuando no fuera tan segura, esta confianza. El rey se conformó, y mandó despachar órdenes para que la ejecutase prontamente, encargando á Fr. Domingo de santa María, provincial de la Orden de santo Domingo en Méjico, eligiese religiosos para esta espedicion.

En 10 de abril mandó el rey que los indios no pagasen diezmos como se establecia en el Sínodo mejicano de 1655.

Año de 1558.

Don Luis de Velasco, sin perder tiempo ni omitir trabajo, habiendo recibido las órdenes del rey y del consejo, dispuso una armada de trece bageles, bastecida de todo lo necesario para poblar la Florida. Recogió cuantos soldados pudo de los que habian estado en ella militando ó arrojados por las tempestades en sus costas, y conservados por los indios, especialmente algunos á quien conservaron los de la provincia de Coza, cuya tierra se les hizo riquisima y contaban cosas maravillosas de ella que despues no se hallaron. Estas noticias y las de otras provincias, cuya memoria se conservaba desde que las esparcieron los soldados de Panfilo de Narvaez y Hernando de Soto, infundió gran ánimo en todos para esta empresa, y dió el virrey las órdenes mas

estrechas para que la armada estuviese á punto en la Vera-Cruz al principio del Verano.

Año de 1559.

Hecha la mayor prevencion que permitió la brevedad del tiempo para la poblacion y conquista de la Florida, nombró el virrey por capitan general de la armada y de la Florida á don Tristan de Luna y Arellano (hijo del mariscal don Cárlos de Luna, señor de las villas de Borobia y Siria, en Aragon, gobernador que fue de Yucatán hasta el año de 1612), y á Juan Ceron por maestre de campo, seis capitanes de caballos y seis de infantería: el ejército era de mil y quinientos soldados. Iban con ellos Fr. Pedro de Feria, natural de Feria (que despues fue obispo de Chiapa); por vicario provincial de la Florida Fr. Domingo de la Anunciacion, que en el siglo se llamó don Juan de Paz, natural de Fuente Ovejuna; Fr. Domingo de Salazar, Fr. Juan Mazuelas, Fr. Domingo de Santo Domingo y Fr. Bartolomé Mateos, que habia sido artillero de Gonzalo Pizarro, y trayéndole á España preso huyó y tomó el hábito en Méjico. Todos religiosos del sagrado Orden de Predicadores, y sugetos de gran celo á la conversion de los indios.

Seis de los capitanes nombrados habian estado en la provincia de Coza, y cuando lograron su libertad, se vinieron á Nueva-España con ellos algunos indios de la Florida, que con otros volvian en su compañía á esta jornada.

Salió de Méjico con gran lucimiento este ejército, mandándole el virrey don Luis de Velasco como capitan general. Llegó por sus marchas regulares á la Vera-Cruz, y antes de embarcarse hizo á todos el virrey una plática muy eficaz y elegante,

delineándoles la empresa á que se destinaban, el modo de conseguirla y los efectos que resultarían de ella al servicio de Dios y del rey; con la cual cobraron mas ánimo confirmándose en las buenas esperanzas que llevaban los soldados. Embarcáronse á su vista con sumo regocijo y repetidas salvas; y con alguna travesía de viento y corrientes, que sobrepujaron despues de haber navegado un mes, dieron fondo y tomaron tierra el dia 14 de Agosto en un puerto que llamaron santa María, el cual tenia una bahía muy buena. Despachó luego don Tristán aviso dando cuenta al virrey de lo que habia sucedido y de la bondad de la tierra, y dió órden para que fuesen algunos soldados á reconocerla por la orilla y otros por el rio: tambien previno dos navíos de aviso que trajesen á España la noticia; y para venir con ellos nombró á Fr. Bartolomé Mateos, que habia sido artillero de Gonzalo Pizarro, y trayéndole preso á España escapó á Méjico, donde tomó el hábito é hizo vida ejemplar. Pero el dia 20 se levantó tan grande borrasca, que sin hallar remedio se perdió toda la armada, haciendo los huracanes pedazos todos los navíos hasta el en que estaba para hacerse á la vela con Fr. Bartolomé, que se ahogó con todos los que iban con él: despues recogiendo las reliquias del estrago, encontraron una caravela en un arcabuco, á mas distancia que un tiro de vala de la orilla del mar, que parecia la habian puesto á mano con toda su carga, y del bastimento que en ella hallaron empezaron á comer.

No asustó á don Tristán calamidad tan grande, dando á entender á todos que no era estorbo á la empresa, porque el virrey enviaría muy prontos y repetidos socorros para suplir la pérdida. En esto

llegaron los que envió á reconocer el pais con la noticia de su esterilidad y falta de gente; y para no perder tiempo, mandó el general al sargento mayor que con cuatro compañías fuese á descubrir la tierra mas adelante, y él se quedó con el resto de su gente cerca del puerto, sin hallar modo de participar al virrey la ruina padecida, porque no se descuidase con la próspera noticia que de su desembarco tenia, entendiendo duraba el vastimento que para mas de un año habia embarcado.

El sargento mayor entró la tierra adentro con las cuatro compañías, y anduvo cuarenta dias por tierra despoblada é inculta, hasta que un gran rio le impidió seguir la derrota que llevaba; por lo cuál fue marchando por su ribera, y á breve tiempo descubrió un pueblo de indios desamparado de los moradores, y aunque muy maltratado, estaba bien proveido de maiz, frisoles y otros frutos de la tierra: registraron las casas y no hallaron indio alguno. Salieron al campo á buscarlos, y dieron con algunos, á los cuales llamaron, halagaron y regalaron con cintas y cuentas de vidrio, y aunque estaban sobresaltados no procuraron huir.

Los españoles por medio de un indio intérprete, los preguntaron qué provincia era aquella, cómo se llamaba y el pueblo, y por qué le habian desamparado, qué tierra habia adelante y quién eran sus habitadores; respondieron los indios que aquel pueblo se llamaba Nanipacna; que habia sido muy grande y poblado, y que otros hombres semejantes á ellos le habian destruido y hecho huir los moradores, escepto algunos que para recojer la cosecha se habian quedado; y no quisieron por instancias, ruegos ni dádivas, decir otra cosa. Envió el sargento mayor á un capitan con la mitad de

la gente que tenia á reconocer la tierra, y él se fue por otra parte. Ninguno halló mas poblacion sino grandes soledades y desiertos, que los desconsolaron mucho; con lo cual se volvieron al pueblo de Nanipacna, y despachó el sargento mayor al general diez y seis soldados á dar cuenta de lo que habia sucedido.

Don Tristan de Luna y su gente (que serían en todos hasta mil personas) viendo la dilacion del sargento mayor, persuadidos á que los habian muerto los indios, estaban resueltos á no esperar mas en el puerto, donde padecian hambre y necesidad escesiva por haberse consumido todos los bastimentos. Preveníanse ya para entrar en la tierra adentro, cuando llegaron los diez y seis soldados del sargento mayor; y oyendo habia maiz y otros frutos en Nanipacna, determinaron apresurar su viaje al pueblo; y unos por tierra y otros por el rio, llegaron todos, aunque con grandes trabajos, á él. Púsole don Tristan por nombre Santa Cruz de Nanipacna; pero como era tanta la gente, en pocos dias acabaron con el maiz, frisoles y demas provision que halló en él el sargento mayor; y empezó tan gran hambre en el real, que el principal alimento de los soldados eran bellotas, tan amargas que no podian comerlas sino molidas y echadas por mucho tiempo en agua salada, y despues en agua dulce, con lo cual perdian algo lo amargo, pero siempre quedaban desagradables al gusto.

Las mugeres y niños no podian comerlas de ningun modo, y se veían precisados á vagar por los campos cercanos al pueblo á buscar hojas y tallos de árboles, de que aun no tenian la abundancia que necesitaban.

Era tan grande el desconsuelo de todos, viéndose perdidos y cercanos á la muerte sin hallar modo de salir del riesgo, que se disponian con los religiosos frecuentemente á dejar esta vida; y en tanto desamparo tuvo el general noticia de la provincia de Coza, la cual celebraron con mucha alegría los que habian estado en ella, asegurando á los demas muchas felicidades si llegaban á ocuparla.

Año de 1560.

Don Tristán de Luna volvió á enviar al sarjento mayor con seis capitanes y doscientos soldados á que descubriesen camino á la provincia de Coza: fueron con ellos Fr. Domingo de Salazar y Fr. Domingo de la Anunciacion. Tomaron muy contentos el encargo, porque no podian tolerar mayores trabajos peregrinando que estándose en el real.

Engañóles la esperanza, pues tomando el camino derecho al Norte, fue la hambre que padecieron tan terrible que llegaron á comer las correas que llevaban y los cueros en que estaban aforradas las rodelas, porque aun no hallaban cortezas y hojas de árboles. Murieron algunos españoles de necesidad y aspereza de los mantenimientos, y otros avenenados de las yerbas que sin conocimiento comian. Procuraban adelantar el viaje cada dia con mayor desconsuelo por no encontrar indios ni rastro de ellos, ni era facil que tan presto los hallasen, porque la provincia que buscaban estaba mas de doscientas leguas de Santa Cruz de Nanipacna, ni se atrevian á volver al real por no esperimentar semejante ó mayor miseria, y no dar tan mala noticia á los que habian quedado en el pueblo.

Hambrientos y causados entraron por el mes

de junio en un bosque de castaños y nogales abundantes de fruta madura, en la cual templaron su necesidad, dando gracias á Dios por el socorro: y cargando las que pudieron, volvieron con gran ánimo á su viaje, que prosiguieron; hasta que á cincuenta dias de camino desde Santa Cruz descubrieron unas casillas de indios á la ribera de un rio que llaman ellos Olibahali, y mas adelante reconocieron algunos pueblos pequeños, con cuya vista se les olvidaron las fatigas y desazones padecidas.

No quisieron entrar en los pueblos por no inquietar los indios, y se alojaron á distancia de ellos haciendo barracas enramadas: enviaron intérpretes que los acariciaron y regalaron, y trajeron algun bastimento. Los indios, reconociendo agasajo de los españoles, empezaron á venir á ellos trayendo maiz, legumbres y frutas, y llevaban ropas y abalorios. Asegurábanlos muchas veces los intérpretes que los españoles no iban á hacerlos mal, sino cuanto bien deseasen, y que lo esperimentarian; pero los indios creian poco estas palabras, cuya desconfianza, la pobreza de la tierra y la necesidad de todos, que estaban casi desnudos y descalzos, causaba gran tristeza á los españoles.

Habian hecho una capilla de ramas para decir misa; el dia de san Juan, hallándose celebrando este santo sacrificio Fr. Domingo de la Anunciacion, despues de haber consagrado, sin que nadie lo viese, subió hasta el borde del cáliz un gusano feísimo, caido sin duda de la enramada; estaba puesto de suerte que era casi imposible apartarle sin evidente riesgo de caer dentro del cáliz, de lo cual se turbaron todos los circumstantes que temian fuese venenoso: hizo oracion á Dios Fr. Domin-

go para que no permitiese cayese en las especies sacramentales, y luego se desprendió del cáliz muerto sobre el Ara.

Túvose por milagro este suceso, y predicó Fr. Domingo con gran utilidad de muchos, infundiéndoles ánimo, constancia y conformidad en los trabajos con la voluntad de Dios.

Los indios de Olibahali se cansaban ya de huéspedes tan cercanos á sus casas, y no sabian cómo despedirlos ni tenian fuerza para arrojarlos; por lo cual, despues de varias consultas que entre ellos hubo, determinaron fingir una embajada como que los llamaban los de la provincia de Coza, en cuya demanda habian dicho que iban: ejecutáronlo con gran arte, haciendo que un idio, no conocido de los españoles, acompañados de otros de la tierra con una caña en la mano, adornada de plumas muy hermosas en el estremo superior, señales de embajador; les dijese lo que deseaban los caciques y principales; que llegasen presto á su provincia de Coza para tratar con ellos cosas de suma importancia. Los españoles creyeron luego el fingimiento, é hicieron muchas caricias al embajador, el cual se ofreció á guiarlos. Siguiéronle todos, y á la primer jornada desapareció, logrando los indios sacarlos de su tierra que era lo que deseaban. Conocieron el engaño, y aunque algunos querian volver á Olibahali, convinieron con los demas en proseguir el camino, y en pocos dias llegaron á la provincia de Coza, cuyo pueblo principal trendria treinta casas; habia otros siete en su comarca de corta poblacion: la tierra por no estar cultivada no parecia tan fértil como era y habian publicado en Méjico; porque como decian que los indios habian huido de los primeros espa-

ñoles, dió causa la falta de gente á que se fuese su fertilidad acabando; pero esto no era verdad, pues cuando estuvieron allí los españoles no los hicieron mal alguno ni tenian motivo para huirse, porque el mismo cacique los ofreció tierra para que poblasen. Recibieron á los españoles los indios con mucho agrado, dándoles maiz para sí y para los caballos, lo cual tomaban con gran cuidado de evitar cualquier esceso por no causar algun enojo á los indios. Así estuvieron algunos dias, hasta que sabiendo los españoles que los de Coza tenian guerra con los indios napochies, cuyos pueblos estaban adelante, se ofrecieron á ayudarlos para tenerlos con este auxilio mas contentos. Los indios agradecieron esta oferta, y con gran obsequio y solicitud mantuvieron mas de tres meses á trescientos españoles, acudiendo con lo que daba el pais; y aunque Fr. Domingo de la Anunciacion y su compañero procuraban mezclar algunas cosas de la enseñanza de la religion con ocasion del trato, los indios nada adelantaron; porque ellos solo procuraban quedar vengados de sus enemigos con el socorro que en su defensa tenian.

Informáronse de lo que habian hecho los españoles en aquella tierra, y el padre Fr. Domingo de la Anunciacion preguntó á los indios por Falco Herrado, soldado de baja suerte, que se quedó voluntariamente en Coza cuando Hernando de Soto pasó por ella, y por un negro llamado Robles, que le dejó enfermo Hernando de Soto, y supo que vivieron once ó doce años entre aquellos indios haciéndoles muy buen tratamiento, y que ocho ó nueve años antes habian muerto de enfermedad, con que poco aprovechó el rastro, cuya memoria deseaba el Inca en su Florida, lib. 3, cap. 23.

Empezaron los indios cozas á prevenir lo necesario para la guerra contra los napochies: tuvieron junta, y despues los principales con el cacique hablaron al sargento mayor, dándole muchas gracias porque volvia por la honra de sus amigos, pidiéndole encarecidamente él y los suyos perdonase lo mal que eran servidos, porque esto lo causaba la pobreza á que (siendo antes muy abundantes de todo) los tenian reducidos los napochies, que habian asolado su comarca con las repetidas victorias que habian logrado en la injusta guerra que mantenian traidores, para eximirse de pagar á Coza el tributo que siempre habian pagado, y usurpar la obediencia debida á su cacique: que las victorias los hacian mas rebeldes é inobedientes repitiendo mayores agravios todos los dias sin que pudiesen castigarlos; que ahora esperaban reducir su temeridad é insolencia con el favor de los españoles, y mas siendo tan amigos de que se hiciese justicia. Volvió á decir el cacique con grande instancia esto mismo. Despues de haberlos consolado el sargento mayor, comunicó con sus soldados el modo, y se determinó fuesen con ellos dos capitanes con cincuenta hombres de á pie y de á caballo, y que al cacique se le diese un caballo que llevase un negro del diestro para ir á esta guerra. Al dia siguiente aparecieron formados á su modo ocho escuadrones de indios de guerra que serian trescientos con arcos y flechas, grandes penachos de plumas en las cabezas ofreciendo increibles hazañas á los de sus pueblos que los miraban contentos y regocijados creyendo que ya estaban bien vengados de todos sus enemigos.

A otro dia ocho indios principales con gran velocidad atravesaron corriendo el real de los españoles y los escuadrones de los indios hasta llegar al ca-

cique, al cual, dando grandes ahullidos y gritos desatinados cogieron en hombros y le llevaron á un tablado de nueve pies de alto distante de allí mas de trescientos pasos, y le pusieron en la escalera quedándose abajo los indios sentados mirándole: subió el cacique solo al tablado y se paseó por él con mucha gravedad; luego le dieron un abanico ó mosqueador de plumas muy hermosas, y le asestó tres ó cuatro veces á la provincia de los napochies con la misma accion que se hace cuando se toma la altura en la mar; despues le dieron unos granillos de simiente como de hecho, los cuales metió en la boca y volvió á apuntar con el mosqueador á los napochies y sacó los granillos quebrantados con los dientes, y los esparció cuanto mas pudo, diciendo á sus capitanes que lo estaban mirando: *amigos, consoláos, que nuestra jornada tendrá próspero suceso, y nuestros enemigos quedarán vencidos, y sus fuerzas tan quebrantadas como estos granos que he desecho en mi boca.* Todo el ejército dió un grande alarido que envolvia la deprecacion de que así fuese. Con lo cual bajó del tablado, subió en el caballo guiándole el negro, y empezó á marchar á la guerra que habia declarado á los napochies con esta ceremonia que no dió poca risa á los españoles.

La misma noche á las diez oyeron en el campo de los indios (que estaba alojado á la ribera del rio) tan disforme ruido y gritería, que se pusieron en arma; y habiéndose acercado algunos españoles para saber la causa, reconocieron era una exortacion que para el dia siguiente hácia el cacique á sus principales indios, proponiéndoles la venganza de los enemigos, y que no volverian á su tierra sin lograrla á su satisfaccion, lo cual juraban con grandes gritos los capitanes al cacique, y despues los solda-

dos á los capitanes, y en esto pasaron aquella noche, quedándose sin cenar los españoles y los indios persuadidos, los unos á que llevaban bastimento los otros, y así marcharon, hallándose al amanecer del dia siguiente junto á un gran rio distante dos leguas del primer pueblo de los napochies; y advirtiendo el cacique sería mejor cogerlos descuidados, rogó al cabo de los cincuenta hombres que iban con él suspendiese tocar al *Ave María*. Volvieron á hacerle sus vasallos allí otro juramento como el de la noche antecedente, quedando con este acto mas feroces y resueltos á vengarse de cuantos encontrasen, asegurados por sus espías de que los napochies estaban descuidados y traían en prendas de su descuido mazorcas de maíz, calabazas y frisoles que habian cogido en sus huertos.

El cacique Coza, que imaginaba tenia sus enemigos dentro del pueblo, fue disponiendo sus gentes de modo que ninguno escapase cuando le sintiesen. Con esta prevencion entró en el pueblo, que poco antes habian desamparado á gran priesa los napochies, pues en algunas partes encontraron la comida puesta á la lumbre, y hallaron maíz, frisoles, muchas pieles, ollas de manteca de oso y de venados, de que es abundantísima aquella provincia y sirve á sus moradores de vestirse y tener carne.

El cacique de Coza y sus indios sintieron en estremo la fuga de los enemigos que dilataba la venganza que á su parecer tenian en la mano, pero mayor pesar recibieron cuando llegaron á la plaza que estaba en medio del pueblo, donde habia un palo fijado en que se castigaban los enemigos y malhechores, lleno de cabelleras unidas al pellejo del casco de indios cozas; porque entre estas naciones es costumbre desollar el casco y colgar el pellejo con

los cabellos en el lugar del suplicio en señal de castigo y de trofeo. Fue tan grande el llanto y el alarido de los indios, que aturdian á los españoles, y envueltos en furor despues de haber cortado con una hacha el palo, y recogido aquellos miserables despojos para enterrarlos con supersticiones notables, se esparcieron como locos por el pueblo, y en una casa hallaron un indio forastero que por enfermo no habia podido huir, y sin que bastase Fr. Domingo de la Anunciacion á templarlos le dieron tantos golpes que le dejaron por muerto, y aunque procuró el religioso reducirle no pudo, y murió gentil. Otros pusieron fuego al pueblo; los españoles procuraron impedirlo porque no se quemase el bastimento, y no pudieron lograrlo hasta que el cabo dijo al cacique que aquello era hacer la guerra á los españoles, pues los quemaba la comida; que si no apagaba el fuego empezado se volveria y les dejaria, con cuya amenaza, bien á su pesar, mandó á los indios le apagasen. Aquella noche celebraron los indios su victoria con muchos bailes y cantares tocando flautas (que causaban horror mas que armonía) desconcertada.

Envió el cacique á Coza mucho maíz de lo que habia en el pueblo para que no faltase que comer á los españoles y para que viesen sus vasallos los buenos principios del valor y fortuna de su empresa: luego solicitó se siguiese el alcance dejando en aquel pueblo guarnicion de españoles é indios, y salieron con gran priesa sin hallar rastro de enemigos ni aun en los montes, donde pensaron los cozas que se habian escondido, y preguntando los españoles al cacique dónde habrian huido, respondió que el temor de los auxiliares los habian hecho dejar los montes y esconderse en Ochechiton, que significa la

gran agua. Creyeron los españoles que hablaban del mar: pero averiguando despues, se coligió llamar así los indios al gran rio del Espíritu Santo. Caminaron hácia el y descubrieron otro pueblo en la ribera tambien desamparado de los indios, pero proveido de maíz, frisoles, y otras cosas: solo vieron los españoles dos indios que parecian centinelas en una como azotea á la ribera, y habiendo corrido á ellos con los caballos se dejaron caer por una barranca y pasaron el rio á nado; hallaron en el sitio donde estaban las flechas el arco y un cuero que parecía aljava, que no pudo llevar con la priesa uno de ellos.

Los napochies huidos, y otros que se les habian juntado, se burlaban de los de Coza de la otra parte del rio, diciéndoles muchas injurias y haciéndoles grandes amenazas, persuadidos á que no podian pasarle; pero sabiendo los cozas el vado se le enseñaron á los españoles: empezaron á pasarle dando á los infantes el agua á los pechos, y á los caballos á las sillas. Miraban esto los napochies prosiguiendo en su grita sin darles cuidado la resolucion, hasta que un español disparando un arcabuz con dos balas en medio del rio dió muerte á unos de ellos; y fue tanto su asombro, que recogiendo el cadáver huyeron con gran velocidad hasta ponerse de la otra parte de otro gran brazo del mismo rio. Los cozas salieron del primer vado siguiendo á los que huían con mucha ligereza; y viendo los napochies que intentaban pasar aquel brazo de rio como el primero, dieron voces pidiendo paz y ofreciendo pagarles los antiguos tributos, con lo cual templaron los de Coza la indignacion que llevaban, y concertados con los napochies fueron todos á la obediencia al cacique de Coza que se habia quedado de la otra parte del rio con el P. Fr. Domingo de la Anuncia-

cion y otros españoles. El cacique los recibió con magestad; oyó sus disculpas, que las dieron como mejor supieron echando la culpa de su error á los malos consejeros: pidieron perdon, ofreciendo en adelante ser muy fieles; y despues de haberlos reprendido ásperamente el cacique, los perdonó, diciéndolos: que usaba con ellos de tanta piedad y clemencia porque les españoles habian intercedido por ellos Ofrecieron pagar tributo tres veces cada año á los cozas de castañas, nueces, y otras frutas en reconocimiento de superioridad y mayoría, con lo cuál se feneció aquella guerra con pocas muertes.

Volvieron los españoles y los indios al primer pueblo de los napochies donde descansaron tres dias. Pasáronse de allí á Coza; hallaron buenos á los españoles, aunque sin abundancia de bastimento; y pareciéndolos que bastaba el reconocimiento de la tierra, y que adelantaban poco en hallarla á propósito para poblar, trataron de volverse á Nanipacna, pero algunos soldados advirtieron que volverse todos á hacer un camino de sesenta dias, estando entre indios amigos, que procuraban mantenerlos, era desacierto si el capitan general sabiendo los que les habia pasado resolviese venir; por lo cual el sargento mayor eligió un capitan y doce soldados que fuesen á ver al general con relacion puntual de los sucesos.

El general, con quien habian quedado ochocientas personas, resolvió, con acuerdo de sus capitanes, volverse al puerto, teniendo por muertos á los que habian ido á descubrir la provincia de Coza, pues en tan dilatado tiempo no sabian de ellos; y viendo que morian algunos de los que con él estaban de hambre y otros iban enfermando y por si volvia alguno de los de Coza enterráron al pie de un árbol una

olla en que metieron una carta que referia el camino que llevaban y el motivo, y en el árbol pusieron una cédula escrita con estas palabras: *cuba aquí debajo*. Con lo cual caminaron bien desconsolados al puerto, donde llegaron con increibles trabajos y necesidades.

Estando en él, pidió Fr. Pedro de Feria al general licencia para ir á la Habana con sus compañeros á procurar socorro, y que desde allí pasarian á Nueva-España á lo mismo. Diósela, y mandó aprestar dos barcos, en que se embarcaron con él Fr. Juan de Mazuelos, Fr. Domingo de Santo Domingo, y algunos seglares huyendo la hambre con ánimo de ver si podian socorrer á los demas; y dudando el padre Feria que hubiesen muerto los Padres Salazar y Anunciacion, dejó en una caja con ropa para ellos un poco de harina para que si volviesen hiciesen hostias. Escribió el general don Tristan de Luna al virrey don Luis de Velasco remitiéndose en todo al Padre Feria. Con lo cual se embarcaron y en breves dias llegaron; pero no hallando en la Habana disposicion de lo que pedian les fletó el gobenador un navío, en que pasaron á la Vera-Cruz y de allí á Méjico.

En doce dias anduvieron los soldados que venian de Coza lo que habian caminado los doscientos en sesenta, y al fin de ellos dieron vista al pueblo de Nanipacna: dispararon primero y segundo tiro y no los respondieron, con lo cual empezaron á discurrir si los habrian muerto ó marchado á otra parte; pero cuando reconocieron mas cerca algunos barriles derechos, y ahorcado un español de un árbol, se persuadieron á que habia traicion en los indios, aunque no parecia ninguno. Retiráronse á un cerrillo, donde pasaron la noche, hasta que por la

mañana se resolvieron á entrar en el pueblo y luego vieron la cédula que el general habia mandado escribir: sacaron la olla, leyeron la carta, y se alegraron de que estuviesen vivos, y sin mas dilacion empezaron á caminar á toda priesa las cuarenta leguas que habia desde Nanipacna al puerto, donde llegaron en tres dias, y fueron recibidos con contento escesivo de todos celebrando viviesen los compañeros.

Dieron las cartas al general, y esparcieron entre los demas lo que contenian, exagerando las hambres que habian pasado cuando iban por la esterilidad y despoblacion del país, y la pobreza de la provincia de Coza, lo cual causó en el ejército general descontento, y empezaron muchos á disputar ser conveniente dejar aquella tierra. Apadrinólos el maese de campo Juan Ceron y otros capitanes; de suerte que cuando el general los llamó para manifestarles que su ánimo era seguir la empresa y pasar á Coza, reprobó su dictámen el maese de campo, á quien siguieron muchos. El general reprendió á los que desacreditaban la tierra, diciendo que desampararla era por huir los trabajos y volverse á Méjico, y otras palabras acerca de su flojedad y negligencia que no les agradaron, y concluyó de este modo: *Si vuelvo á Méjico desmintiendo á los que han asegurado al virrey ser la provincia de Coza fertilísima, han de pedirme testimonios de su esterilidad, y he de darlos ó perder mi honra: ¿bastará para mantenerla referirme á estas cartas que la ponen mas inculta que pobre, y á los soldados que han venido que varian segun el genio de cada uno? Yo mesmo quiero ir á Coza á desengañarme para poder desengañar á todos, y saber la causa de la mudanza ó del engaño que han esparcido; ¿quién ha de persuadirse á que se queden allá los españoles siendo tan miserable como la pintan?* Entonces el ca-

pitan, que habia venido con los soldados, que ya le tenian ganado y prevenido el maese de campo y los amotinados, dijo: *Señor: tan miserable está la provincia de Coza que no bastará á mantener los doscientos españoles si el despojo de la guerra de los napochies no hubiera abierto camino á la abundancia de maíz, frisoles y manteca de osos. Antes de él para mantenernos se juntó el maíz de toda la comarca, y no era bastante, porque los cozas y nosotros padecimos grandes hambres; parte de la esterilidad puede atribuirse á su despoblacion, porque en cincuenta leguas no hay poblacion considerable: cuantas se descubren son tan cortas, que mas parecen chozas derramadas que pueblos. En esto se conoce que es la provincia de Coza tan alabada en Nueva-España, sin otro motivo que estar distante; y tengo por cierto que si se resuelve vaya el ejército á ella (que lo dificultoso del camino es imposible de vencer) perecerán todos.*

Satisfizo el general al soldado ó á los que le habian persuadido, diciendo: *que si no estuvieran mejor que ellos los doscientos hombres que se hallaban en Coza, no se quedaran esperándolos, y que cuando Coza estuviese desproveida pasarian á los napochies que era (segun la relacion que hacia) abundante de frutos, y no estando bien en ella buscarian otra mejor, y hasta hallarla era fuerza padecer grandes trabajos y que era de ánimos viles temerlos cuando imaginándolos mayores se habian determinado á padecerlos.*

Con esto mandó que todos se aprestasen al viage, y él empezó á disponerse; pero Juan Ceron, y los descontentos que habian cobrado miedo á la tierra y se acordaban de las delicias de Méjico, reconocieron que con la gente que habia en Coza y pocos que le siguiesen, podia el general salir con la empresa que habia manifestado; y determinados á deslucirle, despacharon luego (sin su noticia) á los

soldados que habian venido, llamando á los capitanes que estaban en Coza. El general sintió mucho este desorden, y mandó echar bando paraque todos estuviesen prontos á marchar al primer aviso á la provincia de Coza; pero los amotinados, que era la mayor parte del ejército que allí se hallaba, se burlaron del bando; y habiendo llamado á algunos para persuadirles, no solo se escusaron, pero le trataron con poca reverencia y respeto, abandonando con la obediencia la honra propia y servicio del rey.

Los doce soldados llegaron á Coza sin incomodidad, y dijeron al sargento mayor y á su gente que los llamaba el general en vista de lo que le habian escrito, y que era preciso se viniesen con ellos luego porque el ejército andaba revuelto: ejecutáronlo así con gran sentimiento de los indios, que los acompañaron dos ó tres jornadas, llorando con grandes muestras de afecto, pero no á la religion: pues solo una india moribunda pidió el bautismo, que le ministró el Padre Salazar. A principios de noviembre llegaron al puerto despues de haber estado siete meses en este descubrimiento.

Los PP. Salazar y Anunciacion sintieron la ausencia de los compañeros, y mas las disensiones entre el general y el maese de campo; y aunque pasaron cuantos oficios pudieron para concordarlos no lograron reducirlos. Habia echado bando el general para que ninguno desertase, y habiéndolo intentado dos soldados, los condenó á muerte, y aunque el Padre Anunciacion instó por su perdon no le consiguió, porque era conveniente su castigo. Fue á cuidar de los reos persuadiéndolos á que se encomendasen á nuestra Señora rezando el rosario: el uno, que estaba quejoso del general como ingrato á los beneficios que le debia, omitió esta devocion,

el otro le rezó aquella noche con devotísimo anhelo, y el P. Anunciacion le acompañó con mucho fervor. Fue tanto el efecto de la oracion, que el dia siguiente madrugó el general y dió orden para que no ajusticiasen al que habia rezado el rosario, muriendo el otro que se daba por tan ofendido.

Cada dia era menos el respeto que los amotinados tenian al general, en que entraba buen número de los que poco antes habian venido de Coza; de lo cual irritado fulminó proceso contra todos, y dió sentencia declarándolos por traidores con pena de muerte y confiscacion, y por cómplices á los que hablasen y comunicasen con los sentenciados.

Esto último bastó para que acabase el ejército de amotinarse, porque la mayor parte estaba comprendida en la sentencia, y no pudo ponerla en ejecucion el general por faltarle poder y defender obstinadamente los revoltosos su delito.

Habiendo llegado á Méjico con Fr. Pedro de Feria y sus compañeros la noticia de la provincia de Coza, tan aplaudida de Españoles é indios, dudaban los ministros creerla, no pudiendo persuadirse á que estuviese reducida al miserable estado que decian, y menos cuando el primer aviso despachado por don Tristan de Luna, alabando el puerto que habia tomado, y la fertilidad de la tierra habia hecho que todos confirmasen el concepto de la abundancia que habian formado tantos años antes; pero no pudiendo dejar de creer el virrey al P. Fr. Pedro de Feria (sugeto muy venerable, que despues fue provincial de su religion y obispo de Chiapa) despachó al capitan Biedma con dos naves que se hallaron prontas, y el socorro que brevemente pudo juntar á don Tristan y su gente que llegó á tiempo

que remedió la gran necesidad que padecian.

Año de 1561.

No cesaban las disensiones entre el general don Tristan de Luna y su maese de campo Juan Ceron, antes crecian, sin querer conocer éste y sus parciales la inobediencia en que habian incurrido con el pretesto de utilidad pública, ni aquel advertir que su teson irritaba los ánimos delincuentes no teniendo poder para reprimirlos: acumulábanse recíprocamente cargos falsos ó verdaderos, depositándolos en los corazones para cuando hubiese ocasion de manifestarlos y defenderlos: eran continuas las murmuraciones de lo que ejecutaban el general y el maese de campo por sus parciales; y como llegaba á la noticia de ambos lo que sus apasionados oian, y muchas cosas que inventaban, fue tanto el ódio entre los dos bandos, que si no hubiera sido por la constancia y reserva que con el general se portó, y la prudencia y gran juicio de los Padres Salazar y Anunciacion, favorecidos de la sinceridad de algunos bien intencionados, incluidos en las dos parcialidades, hubieran venido á las manos varias veces.

Decia el Padre Salazar al general que aunque fuese justificada su sentencia debia revocarla y procurar satisfacer á los que se daban por agraviados en sus operaciones, y que bastaba manifestarlo así para que todos juntos confiriesen el medio proporcionado á que despues de tantos trabajos no volviesen á Nueva-España, unos con nota de obstinados y otros de rebeldes, y que era honra suya que la tuviesen todos sus soldados, los cuales deseaban los recibiese en su amparo, pero no que los espusiese al riesgo de perder inutilmente las vidas. Otras cosas exageró con ánimo de templar la cólera del general, el cual

respondia que no estaba ya en su mano revocar lo ejecutado sin herir la autoridad de la justicia y el honor del rey; que perdida la empresa por culpa del maese de campo y los que se unian á él, si dispensaba en lo que no podia, dirian en Méjico que él mismo habia tenido la culpa del mal suceso y de dejar burlada sin motivo la esperanza concebida por el virrey, é infructífero el gasto hecho para aquella poblacion, lo cual manchaba su reputacion y su valor; y que pues hasta allí habian esperado órdenes de Méjico, no era razon atropellar las resoluciones, ni mostrar temor á los súbditos en traje de concordia para hacerlos mas atrevidos, y que el primer acto para tratarla era disponer que obedeciesen todos, sin el cual no mudaria su determinacion por no dejar al mundo tan mal ejemplo.

En esto se gastaron cinco meses sin adelantar nada en el sosiego de los debates y desazones del ejército, por lo cual el P. Anunciacion, temiendo mayor daño si el fuego prendia en la materia dispuesta por alguna casualidad, acudió por remedio á Dios rogando fervorosísimamente por la quietud y paz de aquellos ánimos opuestos; y sabiendo que el general era hombre de buena conciencia y muy cristiano, discurrió un medio con que compungirle, fiado en la misericordia de Dios; pues aunque tenia razon en mantener la autoridad real y de la justicia, no estaba aquella gente en estado de que fuese útil ni aun necesario emplear tanto rigor en los que si hubieran esperimentado alguna templanza pudiera ser que desistieran de su inobediencia. Encargó al P. Salazar encomendase á Dios el medio que tenia discurrido para que tuviese efecto.

El domingo de Ramos se confesó, é hizo oracion á Dios por la paz; y habiendo concurrido el

general, el maese de campo y los demas del ejército á celebrar la solemnidad de tan gran dia, empezó á decir misa el P. Anunciacion, y antes de consumir la santa hostia llamó al general: llegóse á él prestamente, y no sin alteracion temiendo alguna novedad, y tomando entonces la santa hostia consagrada en las manos, dijo en alta voz: *¿Creeis que es el verdadero cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que vino del cielo á la tierra á redimirnos del poder del pecado y del demonio, esta santa hostia que tengo en mis indignas manos? Si creo*, respondió el general, espantado del suceso sin saber á qué se dirigia: Fr. Domingo prosiguió: *¿Creeis que este mismo Señor ha de venir á juzgar vivos y muertos para premiar los buenos, y castigar los malos? Si creo*, volvió á responder el general; y pareciéndole al Padre Anunciacion habia conseguido enternecerle, prosiguió sin detenerse: *Pues si creeis como tan fiel y verdadero cristiano la real presencia del Supremo juez de todos en esta santa hostia, ¿cómo sin temor de que ha de juzgarnos permitis tantos males, tantos pecados como en ofensa suya sentimos y lloramos cinco meses ha? A vos, como á superior, toca remediarlos y leer en vuestro corazon si tiene el ódio parte en la indignacion vuestra, disfrazado con el celo de la justicia, que para distinguirlo basta el menor rayo de la divina luz que teneis delante. Veis padecer igualmente los inocentes, y los que teneis por culpados, y quereis mezclar el castigo de unos con la injusticia que arrojais sobre los otros. ¿Qué razon podreis dar de vos en el tremendo dia del juicio, si contra vos aborreceis la paz y nos la usurpais á todos, habiéndose humanado Dios para dársela á los hombres? ¿Quereis privarlos de esta felicidad fortaleciendo los ardides del demonio, padre de la discordia?* Dijo otras razones llenas de espíritu y doctrina, persuadiéndole á la concordia

ofreciéndole el premio de ella y el castigo de lo contrario con palabras tan eficaces, que apenas se volvió al altar con la hostia Fr. Domingo, cuando se levantó el general, y enternecido se retiró á oir lo que faltaba de la misa. Acabado el Santo sacrificio se levantó en pie, y en voz alta dijo, mirando á los que estaban en la iglesia: *caballeros, yo no he intentado ofender á ninguno desde que salí de Méjico, solo he procurado, á mi parecer, fundado en él otros que saben mas que yo, cumplir la obligacion en que el rey me ha puesto. Pero si en las disensiones presentes he tenido porticular culpa, pido perdon de todo corazon á todos del mal que por malicia ó ignorancia mia le hubiere causado, y perdono á cuantos me hubiesen ofendido.* No le dejaron proseguir, porque luego que oyeron las primeras palabras, el maese de campo y los demas capitanes y cabos que estaban allí, se pusieron de rodillas suplicándole con grandes instancias y ruegos que los perdonase, y él los perdonó y abrazó, quedando tan conformes entre sí como cuando salieron de Méjico.

Y sin perder tiempo, admirados de que con tanta facilidad hubiese reconciliado tan grandes enemistades Fr. Domingo, con el favor de Dios, empezaron todos á tratar del remedio de todos; pero estaban tan aniquililados, hambrientos, desnudos y enfermos que no acertaban á discurrirle, aunque estuvieron platicando sobre él todo el lunes siguiente.

Acudió la misericordia de Dios entonces á proveerles de lo necesario, pues el martes Santo vieron en el puerto á Angel de Villafañe que iba por gobernador de la Florida nombrado por el virrey don Luis de Velasco, que sabia ya todo lo sucedido; el cual llevaba consigo á Fr. Juan de Contreras, y un lego que se llamaba Fr. Mateo de la Madre de Dios y á Fr Gregorio Beteta, que volviendo á España

habiendo renunciado el obispado de Cartagena encontró á Angel de Villafañe en la Vera-Cruz ó san Juan de Ulua que se hacía á la vela á la Florida; y como era esta tierra la que siempre tuvo deseo de convertir, se embarcó con él muy contento creyendo habia llegado ya el ejercicio de su celo. Fue el socorro tan grande que todos sintieron el mayor alivio con él; y lo que maravilla es que habiendo tardado cuatro meses en el viage sin poder tomar puerto, luego que cesó la discordia le entró buen viento, con el cual surgió en él felizmente; llevaba instruccion del virrey para llegar á la punta de santa Elena y registrar la costa oriental, mas no tuvo efecto.

Mayor maravilla fue la que sucedió á los PP. Salazar y Anunciacion, que luego que llegaron de Coza empezaron á gastar en hostias y poleadas para los enfermos, que eran muchos, la poca harina que el P. Feria les habia dejado, y no se acabó hasta que llegó Angel de Villafañe con Fr. Juan y Fr. Mateo, los cuales traían algunos regalos para el P. Salazar y P. Anunciacion, enviados por Fr. Pedro de la Peña, provincial de la Orden de santo Domingo en Méjico, no pudiendo persuadirse á que eran muertos, segun conjeturaba el P. Feria y otros.

Fr. Gregoria Beteta oyó á sus compañeros ser ficcion el gentío que se decia de aquellas tierras, y que eran tan pocos los indios, que aun no podian sustentar los religiosos, con que sosegó el fervor viéndole por entonces inútil.

Entre todos los capitanes hubo varias juntas sobre lo que se habia de hacer: don Tristán de Luna y otros se mantuvieron conformes en que se siguiese la empresa; Baltasar Sotelo y Mateo Sanz decian que sería muy conveniente penetrar la tierra

para hallar camino seguro por Nueva-Méjico á Nueva-España; y todos los demas fueron de parecer que hasta mejor ocasion se dejase uno y otro: este dictamen prevaleció y se puso en ejecucion viendo Angel de Villafañe la gente hambrienta y la tierra despoblada. Embarcáronse todos y se retiraron á la Habana, escepto don Tristán que con algunos de los que le siguieron se quedó en ella escribiendo al virrey el motivo de la desgracia, aquella accion, y el modo con que podia hacerse feliz; pero informado de la dificultad que tenia lo que proponia don Tristan de Luna, le mandó volverse á Nueva-España, lo cual ofreció, aunque con gran desconsuelo; y el P. Salazar y Fr. Mateo, se embarcó y se hizo á la vela á la Habana, desde donde pasó á Méjico.

DECADA SESTA

SUMARIO.

Juan Ribaut ó Ribao, va á la Florida de orden del almirante de Francia Gaspar Coligni. Reconoce algunos rios. Deja fortificándose á Alberto Ribao, su hermano, con veinte y seis hombres, y vuelve por socorro á Francia: no puede lograrlo por hallarla alborotada con la guerra de los Hugonotes. Alberto es muerto por los suyos, y elegido Nicolás Barri, desampara la tierra. Hambre cruel que padeció en una calma con su gente. Llévales un navío ingles á Francia é Inglaterra. Renato Laudonier vuelve á la Florida y edifica á Charlefort. Visitas á los caciques y reconocimiento de sus tierras. Envia á Timagoa, Otina, Apalache y otras provincias, y á Francia la muestra del oro y plata, y noticias de sus descubrimientos. Resuelve dejar la Florida, y le socorre Juan de Havequins, ingles. Quema á Charlefor sabiendo que los españoles se prevenian. Llega Juan Ribao con siete navíos por general; es bien recibido de los caciques. Indignacion de Renato. Pedro Menendez de Avilés, preso en Sevilla con su hermano Bartolomé, huye á la Corte. Su nobleza y hazañas prodigiosas. Casualidad de capitular la conquista de la Florida. Armada que llevó, aumentada para echar los hugonotes de ella. Tormenta desecha que hizo arrivar á Esteban de las Alas con la escuadra de Asturias y Vizcaya á Xaguana, y al adelantado Pedro Menendez á la Española. Va á san Juan de Puerto Rico con parte de la armada, y resuelve zarpar á la Florida. Da vista á cuatro naos francesas, y los suyos quieren retirarse: redúcelos á llegar á las naves que fueron embestidas bien. Desembarca en san Agustin, envia el Galeon san Pelayo á la Habana, y se alzan con él quince hereges y se le llevan á Dinamarca. Determina Ribao seguir al adelantado. Brinda á la victoria, sale al mar, da vista á san Agustin, arroja una tempestad á los navíos franceses contra los escollos y se salva la gente. Hambres y trabajos que padecieron. Renato se queda en Charlefor con doscientos cuarenta hombres. Llega por tierra el adelanta-

do, toma el fuerte, y huyen muchos franceses á los indios diciendo mal de los españoles. Renato con otros escapa por el rio, llega á Londres y á la Rochela. En Bois es mal recibido el rey de Francia. Santiago Ribao huye del puerto de Charlefort, cuyo nombre muda en el de san Mateo, y el adelantado vuelve á san Agustin con treinta y cinco hombres. Castigos que hizo en los luteranos, y reduccion de veinte. Viajes repetidos á Carlos, Tequesta, Timagoa, Orista, Guale, Otina, Macoya y otras provincias y poblaciones que hizo. Cartas de san Pio V y del rey al adelantado. Motines contra los gobernadores de los fuertes de san Agustin, san Mateo, san Felipe y santa Lucía, y atrevimientos de los soldados. San Francisco de Borja envia á los PP. Pedro Martinez y Juan Rogél, y al hermano Francisco de Villa-Real; y martirio del P. Pedro Martinez. Reconoce el adelantado los presidios de la Florida. Fortifica santo Domingo, la Habana y otros puertos. Envia á Juan Pardo á penetrar hasta Nueva-España. Treinta hombres con dos religiosos dominicos que iban á la bahía de santa María se vienen á España. Vuelve á la Florida el adelantado y hace guerra al cacique Saturiba. Embárcase á España, y da vista á los Azores en diez y siete dias. Pasa á Bivero y Aviles: viene á la Corte con seis indios. Satisface á todas las calumnias. Virtudes del árbol sasafras y de las cuentas de santa Elena. Domingo Gurgio, hugonote da sobre los fuertes de la Florida, y ahorca algunos españoles, y por qué: vuelve á Francia y es buscado para entregarle como quebrantador de la paz. Vuelve á la Florida el adelantado con gran socorro y diez padres de la compañía. Funda un seminario en la Habana. Lo que le sucedió en las provincias de la Florida. El P. Juan Baptista Segura va á la provincia de Axacan con otros de la compañía, engañados de don Luis, hermano del cacique: dánles cruel muerte. Va el hermano Vicente Gonzales á saber el estado de esta mision: quieren engañarle los indios vestidos con las ropas de los mártires: y conociendo la maldad se vuelve á santa Elena, trayéndose dos indias.

Año de 1562.

Fr. Gregorio Beteta se volvió á España, y murió en su provincia de Toledo por diciembre; y

si no se logró (dice el P. Dávila Padilla) *su deseo en descubrir la tierra de la Florida, le satisfizo Dios el suyo y de todos, descubriéndole el cielo florido de frutos que goza de gloria.*

A 2 de febrero salió del puerto y villa de Diepa Juan Ribaut ó Ribao, natural de ella, con dos navíos bien proveidos de víveres, municiones y soldados hugonotes, y entre ellos Renato Laudonier á ocupar la Florida. Envióle el almirante Gaspar de Coligni (que ya habia vuelto á su libertad despues que fue preso el año de 1557 en la batalla de san Quintin) cabeza y protector de los hereges de Francia; el cual tuvo noticias tan agradables de la Florida, que motivaron su codicia á despachar á Ribao con patentes en nombre de su rey, contra quien estaba rebelado. De la una nave iba por capitan el mismo Ribao, y de la otra Juan Lucas. Ignoró esta espedicion el rey de Francia, que no es creible permitiese usurpar los dominios del rey, al mismo tiempo que le estaba ayudando con tropas españolas é italianas, y con su autoridad y dinero á sujetar los hereges que alborotaban su reino. Y aunque Herrera dice que la reina madre consentia en que saliesen estas gentes del reino porque hubiese menos perturbadores; y que se le hallaron patentes del rey á Ribao en otra jornada semejante, es mas cierto que ni la reina pudo impedir esta invasion que trataba de hacerse en la Florida, ni el rey, su hijo, concedió tales patentes; pues aunque se hallaron en el nombre real, eran dadas por el almirante, á cuya disposicion estaba entonces Diepa; y se habian aumentado en ella tanto los hereges naturales y estraños, que pocos dias despues, queriendo los gobernadores puestos por el rey de Francia refrenar los

desórdenes que ocasionaban con su maldita secta, los dieron muerte traidoramente; y como no pudieron la reina madre y su hijo impedir maldad tan grande, ni castigarla tan poco aunque quisieran, estorbáran al almirante dar á Ribao los navíos y patentes para la usurpacion que intentaba.

El almirante estaba unido al príncipe de Condé y al duque de Roán, acérrimos defensores de la heregía y de los hereges, resueltos á acabar con los católicos de Francia; pero no pudiendo resistirlos, pidieron socorro á Isabel de Inglaterra entregándola á Havra de Gracia en odio de su patria, perjuicio del rey, y deshonor de la verdadera religion de los mayores; y ella les ofreció socorro de seis mil hombres y cienmil escudos, y envió á Adriano Poluingo con su armada á Havra de Gracia, donde (á pesar de los pocos católicos que habia, que sufrieron muchas injurias de los hereges, no pudiendo resistir la traicion) fue recibido con grandes fiestas y regocijos, y admitido despues por gobernador el conde de Bervick: accion tan malvada, que si el rey de Francia no hubiera reducido al príncipe de Condé á que desamparase tan escandalosa union, fuera muy dificultoso echar de Francia los ingleses, y mas habiendo publicado estos un manifiesto sobre la reintegracion de Normandía; pero el haberse desengañado el príncipe de Condé, dió motivo á que pocos años despues se viesen los ingleses precisados á desamparar el puerto, llevando á Inglaterra una peste, de que murieron mas de veinte mil personas en Londres.

Juan Ribao despues de dos meses de navegacion, llegó al Cabo, que llamó francés, en treinta grados poco mas ó menos de la línea equinoccial: prosiguió el viaje al norte por la costa de él, y lle-

gó á un rio que llamó Delfin, porque vió nadar muchos en su boca. Y á primero de mayo entró por otro rio á quien dió este nombre (que despues se llamó de san Mateo), reconociendo sus riberas; y en una, ambicioso de perpetuar su nombre, levantó una columna con las armas reales de Francia sin que los indios se lo impidiesen por haberle recibido de paz: en la otra ribera tambien le hicieron buen acogimiento los indios, y notó habia en ella muchas moreras blancas y negras, y que se criaban muchos gusanos de seda sin cuidarlos. De este rio pasaron á otro que llamaron Secuana, distante catorce leguas del rio Mayo, y despues al que llamaron Senona. Reconocieron la boca de otros seis rios, á los cuales pusieron por nombres Ligeris, Charianton, Garumna, Geronda, Bellúm y rio Grande, sin tener otra semejanza con estos rios, los que tienen aquellos nombres que llevar agua.

Intentaron buscar el rio Jordán, á quien se habia puesto este nombre por el de un marinero de los que fueron con Lucas Vazquez de Ayllon; pero violentados de una tempestad, se dividieron los navíos y suspendieron este designio. Arribaron á otro rio, á quien llamaron Bellabuer: allí se volvieron á juntar las dos naves que la tempestad dividió, y supieron que cerca estaba otro rio mayor que los que habian visto: fueron á él, y echaron las anclas, dándole nombre de Puerto Real.

Dijeron que este rio estaba en treinta y dos grados al Norte: el pais que se descubria por ambas riberas era muy ameno de bosques, llenos de altas encinas, cedros, lentiscos y otros árboles; de muchos animales fieros, varias especies de aves, y entre ellas perdices y gallipavos. El rio (que

abundaba de peces, y mas de los que llaman los normandos sallicoques, tan grandes como camarones): sale al mar con tres leguas de boca, entre dos cabos, dividiéndose en dos brazos, el de mano derecha cae hácia el Océano, y el de la izquierda al Norte, y forma una isla apacible y abundante, que cria estraños animales.

Subieron dos leguas por el rio y surgieron, y en los bateles prosiguieron el mismo rumbo hasta ocho. Los indios huyeron al verlos, y teniéndose los franceses por seguros, saltaron en tierra y hallaron en un asador un lobo cervál, medio crudo; por lo cual llamaron á aquel sitio Cabo del Lobo.

Vueltos á sus bateles, navegaron á la tercer division que hacía el rio, y los indios huyeron como antes; pero llamados por señas volvieron algunos, y depuesto el asombro con los halagos, recibieron á los franceses bien y los regalaron con pieles de venados curtidas, cestas de palma y algunas piedras preciosas.

Mas adelante encontraron otro rio que llamaron Liborne, el cual formaba dividido una amena isla; el cacique de aquella tierra envió luego dos indios á saber quién eran y qué buscaban, y habiéndose dado á entender lo mejor que pudieron, poco á poco fueron perdiendo el recelo los indios, y asistieron con frutos de la tierra á los franceses, regalándolos estos lo mejor que podian. Preguntábanles qué tierras habia mas adelante, á que respondieron los indios que mas arriba hácia el Norte habia un cacique muy poderoso llamado Chicola, que tenia un pueblo muy numeroso: contaron de él muchas maravillas, asegurándolo tanto, que lo hicieron creer á muchos;

y á veinte y seis de ellos que con la esperanza de la utilidad de la buena tierra que juzgaron haber adquirido, resolvieron quedarse á invernar en ella; á los cuales, para que estuviesen con mas comodidad, precediendo consejo de Renato Laudonier y de Sola, que sabia de arquitectura, les hizo Ribao edificar un fuerte pequeño en triángulo sobre el mar á la otra parte del rio, y le puso por nombre la Carolina, por llamarse Cárlos el rey de Francia: dió el gobierno de él y de los que se quedabán á Alberto Ribao, al cual y á los soldados animó mucho y ofreció socorros prontos, con que quedaron muy contentos y en ánimo de descubrir el reino de Chicora, que despues se llamó santa Elena, que tantos años antes habia visto y hollado (aunque sin ventura) Lucas Vazquez de Ayllon.

Teniendo á su parecer Ribao por buen principio de su empresa lo referido, se hizo á la vela con Renato, y á pocas leguas hácia el Norte dieron en un rio que llamaron Bajo, porque su boca solo tenia una braza de hondo de agua; y pareciéndole que habia cumplido entonces con el encargo de Coligni, sin buscar mas el rio Jordán, se volvió á Diepa con felicísimo viaje, y entró en el puerto á 20 de julio; pero en Francia solo halló sediciones, tumultos, sacrilegios y desventuras, ocasionadas por los hugonotes, que tanto afligieron y molestaron á aquel cristianísimo reino; de modo que ni el almirante pudo acudir á Ribao con lo necesario para que volviese á la empresa, embarazado en otras mayores, aunque mas infames, ni Ribao proseguir lo empezado; porque á fin de setiembre entraron en Diepa y Roan tres mil ingleses de guarnicion, y él y su gente aumentaron el número de los hereges.

La derrota y descubrimiento de la costa oriental de la Florida que en el viaje de Ribao se ha referido, y que mas dilatadamente cuentan algunos franceses, está muy confusa; porque algunos de los rios á que pusieron nombre no son sino brazos de agua, que entran del mar media legua mas ó menos á tierra; por lo cual adelante se pondrá el reconocimiento individual de esta costa mas grados adelante.

Año de 1563.

El rey cumpliendo la promesa de su padre el emperador, ofreció solemnemente á todos los reinos, provincias, tierras é islas de las indias occidentales (empeñando su fé y palabra real por sí y sus herederos y sucesores) no enagenarlos de la corona real, de que se despachó real cédula con fuerza de ley y pragmática sancion, como si fuera hecha en cortes generales del reino.

Alberto Ribao, que habia quedado en la Carolina con los veinte y seis franceses, empleó su desvelo en fortificarla y ponerla en defensa, recogiendo mantenimientos, y procurando con buena maña la amistad de los caciques cercanos, para informarse (comunicándolos) de las provincias distantes y sus calidades. Fue á ver al cacique Andusta que le recibió bien, y recíprocamente se regalaron; lo mismo ejecutó con los caciques Mayon, Hopa ú Horan y Estalemen, comfinantes de su pueblo, con los cuales hizo amistad y le asistieron en cuanto pudieron; pero la carestía de la tierra impedia á los indios dar el bastimento necesario por no tenerle para sí, llegando á tanto estremo la hambre, que los franceses comian yerbas y raices, de que aun no tenian abundancia, ni sabian qué discurrir para

mantenerse hasta que llegasen los socorros, ni era facil dejar la tierra por faltarles navíos.

En este conflicto, lastimados los indios de lo que padecian, dijeron á Alberto que á distancia de veinte y cinco leguas al Sur estaban las tierras de dos hermanos caciques que se llamaban Ovaden y Convexin, muy abundantes de maíz y otros bastimentos porque habian tenido buenas cosechas; envió Alberto cuatro soldados en un batel con una embajada y algunas cosas de rescate á Ovaden, el cual los recibió con gran humanidad y respeto.

Admiraron los franceses las colgaduras de pluma que tenia la casa del cacique, su cortesanía y liberalidad. Llenólos la embarcacion de maíz y frisoles, y volvieron muy contentos al fuerte; duró poco esta abundancia, porque inmediatamente á su llegada se quemó la casa del bastimento tan prestamente que solo pudieron salvar un poco de maíz, y aunque los caciques Andusta y Mayon y sus indios volvieron á labrarla en un dia, no pudieron acudirle con bastimentos; y para no verse en la necesidad que antes, envió Alberto en el mismo batel algunos soldados con otra embajada y cosillas de rescate á Convexin, hermano de Ovaden, de quien fueron recibidos en la misma forma y les dió el bastimento que pidieron, y cristal, perlas y algunos pedazos de plata, sobre que hicieron diversas preguntas al cacique, el cual respondió se sacaba de unos montes que estaban á diez dias de camino de su provincia.

Fue suma la alegría de los franceses en haber descubierto plata, y volviendo á la Carolina muy contentos hallaron haber muerto violentamente traidores, á Alberto, sus soldados, amotinándose contra él, porque decian era muy rigoroso, ó porque no

trataba de volverse á Francia; y un criado suyo, viendo la desgracia de su amo, porque no ejecutasen en él semejante crueldad se huyó á los indios, donde se casó con la hija de un cacique.

Eligieron en lugar de Alberto á Nicolás Barri, quien considerando que se iban acabando los bastimentos, y los socorros de Francia dilatando, trató de desamparar la tierra con todos los suyos. Fabricó un navío: Andusta dió lo necesario para cuerdas y otras cosas; y puesta en él la artillería se embarcaron para volver á Francia, quedando agasajado Andusta y otros caciques; pero apenas habian navegado la tercera parte del camino, cuando sobrevino una calma que duró veinte dias, padeciendo tan grande hambre, que comieron las correas y cueros sin perdonar el alimento mas inmundo, llegando hasta dar muerte á Lacher su compañero (que habia desterrado Alberto por alborotador) para comérsele. Y prosiguiendo este trabajo con muerte de algunos condujo parte de los que quedaron un ingles á la playa de Francia, y llevó otros á Inglaterra, porque sabia que la reina Isabel trataba de enviar gente á la espedicion de la Florida.

Año de 1564.

No escarmentaron Gaspar Coligni y los hugonotes con el mal suceso de Ribao, antes sabiendo cuanto se aumentaba Sevilla con el tráfico de las indias y lo que enriquecian á España sus tesoros, se encendieron mas en la ambicion y deseo de conquistar la Florida, queriendo dar á Nuevo-Mundo inocente nueva secta maliciosa. A este fin mandó Coligni á Renato Laudoniers (mejor marinero que soldado) que habia ido antes con Ribao, volviese á la empresa con tres navíos, uno de ciento veinte

toneladas, otro de ciento, y otro de sesenta, llevando por su teniente á Ottigni, y á Francisco Le Caille por subalterno, y por pilotos á Miguel y Tomás Le Vaseur, á los cuales se arrimó Jacobo Le Moine. Todos hereges hugonotes; los cuales con gran confianza en la esperiencia de la tierra se hicieron á la vela á 22 de abril en el puerto ó Havrá de Gracia.

Llegaron á 5 de mayo á la isla de Tenerife: hicieron allí aguada y navegaron á la domimica poblada de caribes con buen viento. Saltó Renato en tierra con algunos soldados para tomar bastimentos; pero los indios dieron sobre ellos con tanta furia que hirieron muchos y los precisaron á embarcarse con mucha priesa, poco bastimento y un hombre menos.

Pasaron á las islas de los santos la rotunda y la anegada, y sin detenerse en ellas, entraron en el rio Mayo á 20 de junio (ó segun Le Moine, jueves 12, puede ser que varíen en el estilo de contar siguiendo uno la correccion Gregoriana y otro no), y dieron fondo en el que llamaron Puerto Real: las riberas estaban pobladas de indios de paz dándoles con señas y bailes la bienvenida. Poco tiempo despues de su llegada envió Poraconusi, Saturiba ó Saturioba (que ambos nombres tenia el cacique de aquella tierra) un embajador con ciento veinte indios muy bien dispuestos, adornados de grandes plumages las cabezas, de collares de conchas las gargantas, y con manillas de dientes de peces ceñidos con unas cuentas de plata largas y redondas y piedras preciosas atadas á las piernas, colgando de ellas cascabeles de oro, plata y azofar para hacer mas estruendosa su embajada.

Hizoseles á los franceses la tierra muy rica lue-

go que los vieron, y habiendo dicho los indios su embajada que se reducia á darlos la bienvenida y avisarlos que su cacique venia á ver al capitan, empezaron á hacer una choza de ramos en un cerrillo para que se alojase, y con maravillosa brevedad la concluyeron, y le avisaron de todo.

Dos horas despues se dejó ver Saturiba con dos hijos suyos: delante traía cincuenta indios con bastones, á quien seguian veinte músicos que tocaban sin arte, pero con mucha fuerza, flautas como caños de órgano, cuyo sonido era muy desconcertado y desagradable. Venia despues el cacique muy serio con dos indios á los lados, uno hechizero, y otro que parecia maestro de ceremonias, consejero: de este modo entró en la choza que le tenian prevenida los suyos, y se sentó con mucha gravedad. Sus hijos entraron con él y mas de ochocientos indios que traía con arcos y flechas quedaron fuera como en guarda de la choza.

Era el cacique tan viejo que decian pasaba de ciento cincuenta años de edad, y tenia cuatro nietos, muy poderoso en aquella tierra y superior de otros treinta caciques, y entre ellos el de Potanou, Nustaquan y Onacheccum, cuyas tierras estaban á las faldas de los montes de Apalache. El hijo mayor se llamaba Athoreo, era bien dispuesto y de buena cara, y estaba casado con su madre (ciega barbaridad que usaban), de quien tenia hijos hermosísimos.

Miró Saturiba los pocos franceses que habia, y mandó á sus indios llamasen al capitan y principales. Vinieron luego con algunos soldados Renato, Ottigni, y Le Caille; y hechas las ceremonias á uso del pais se sentaron con él y les hizo un largo razonamiento, de que solo entendieron haberlos pregun-

tado quién era, á qué venian á su tierra y no á otra, porque Le Caille habia aprendido algo de la lenguà cuando vino con Ribao. Y reconociendo que la principal respuesta era dar cuenta de sí, procuró satisfacer al cacique respondiendo eran enviados á sus tierras por un príncipe mas soberano, mas alto, de mejor y mas noble naturaleza que el sol, señor de tantos reyes y príncipes que le hacian tan poderoso que dominaba todo el Occidente y era protector y defensor de todos los hombres del mundo; y que teniendo noticia allá en su remotísimo imperio de la bondad, valor, y liberalidad suya les habia mandado que sin temer los riesgos que ocasionaban las distancias viniesen á tratar con él paz, confederacion y amistad, para enviarle grandes y esquisitos regalos de cosas tan preciosas y estrañas, que se admiraria de ver algunas que le traían.

Agradó á Saturiba la respuesta manifestando su alegría en el semblante, pareciéndole era mayor cacique de lo que pensaba, pues en tan remotos climas solicitaban tenerle contento. Dióles gracias por su venida, y á entender que él era amigo de su rey mucho tiempo antes; y para calificar la amistad los enseñó la columna que Ribao levantó, la cual estaba adornada de flores, ramos de laurel y otros árboles. Mandó regalarlos con maíz y frutas del pais. Athoreo dió á Renato una plancha de plata, y los franceses recompensaron su galantería dándoles cuchillos y tijeras, espejos y otras cosas de rescate, y ratificaron la paz que Saturiba dijo tenia hecha, ofreciendo recíprocamente ambos ser amigos de sus amigos, y enemigos de sus enemigos, y de los amigos de ellos en todas ocasiones, lo cual celebraron con estruendosos gritos los indios.

Hechos los regalos, asegurada la confederacion,

quedando todos contentos salió Saturiba de su choza á ver el campo de los franceses: causáronle gran admiracion las armas de acero y mayor las de fuego; estúvolas mirando despacio y muy confuso: vió despues el foso que hacian los franceses en su alojamiento, y con gran cuidado midió la anchura y preguntó: que para que sacaban tierra fuera de él, y diciéndole que para hacer casas y defenderse de la inclemencia del tiempo, se asombró, no alcanzando cómo trabaría edificios la tierra sola; manifestólos el deseo que tenia de verlas acabadas, y los franceses le dijeron que presto tendria este gusto y veria una cosa maravillosa si hubiese gente que les ayudase, pero que por ser pocos tardarian mucho tiempo. Saturiba, que quisiera que estuvieran ya acabadas porque no creía que sirviese para fabricar casas la tierra, mandó á quinientos indios que los ayudasen, y se volvió á su pueblo muy satisfecho de los huéspedes.

Quedaron muy gustosos los franceses, y mas que todos Renato, con la plancha que le habia dado Athoreo, regocijándose de ver comprobadas con tan buen testigo las esperanzas que traía afirmándose en saciar algun dia su codicia. Prosiguió en hacer su pueblezuelo, y despues con algunos en un batel subió por el rio (dejando en el real la guarda necesaria), á pagar la visita al cacique reconociendo las tierras que habia á una y otra ribera: los indios le trataron bien y dieron noticia de la provincia de Timagoa que tenia guerra con Saturiba, donde habia (segun decian los indios) mucha plata.

Recibióle Saturiba con gran regocijo: volviéronse á regalar como antes: Renato ofreció ayudarle hasta vengarle de sus enemigos, y despedidos los franceses con otras promesas, pasaron los rios (que

llamaron Secuana y Sonona), donde los recibió de paz el cacique de aquella provincia, y dió á Renato algunas planchas de plata; y pareciéndoles era conveniente dejar á Puerto Real, y poblar mas abajo en el rio Mayo ó de san Mateo, porque era mas fértil de mantenimientos el sitio que destinaban, y mas facil sacar el oro y plata de las provincias vecinas, que juzgaban muy ricas, se volvieron y llegaron al real el dia 30 de julio.

No se descuidaron en la formacion del nuevo pueblo discurrido, que al punto empezaron á trabajar: hicieron las casas bajas porque los aires recios y continuos que reinan en aquellas costas no las derribasen: el horno pusieron fuera de la cerca para evitar los incendios: dispusieron con la mayor fortaleza que pudieron la poblacion por resguardarse de la aspereza del tiempo y defenderse de los indios si mudasen, como acostumbraban, la voluntad que mostraban; todos creian que en breve tiempo volverian riquísimos á Francia, platicando todo el dia sobre esto y ensalzando las buenas muestras de la plata.

Acabado el fuerte, que llamaron Charlefort, reconoció Renato que los indios no traían bastimentos con la frecuencia que antes, y discurrió que cada dia traerian menos; y previniéndose contra la hambre, hizo reconocer todos los que tenia, que no eran tantos como juzgaba: mandó se repartiesen en raciones muy moderadas de comida á los soldados, con un cuartillo de cerveza aguada. Algunos indios procuraban asistirlos, mas eran pocos los bastimentos para la necesidad que padecian, escepto los que sabian cazar con escopeta que lo pasaban mejor con la caza, de que era abundante la tierra.

Tambien mandó Renato hacer dos barcos para

navegar los rios y playas, cuya disposicion dejó al cuidado de Juan de la Haya, que entendia bien de fabricar navíos, y los concluyó brevemente; en uno envió á su teniente Ottigni con Francisco Le Caille, Tomás Le Vaseur y otros el rio arriba á que averiguasen lo que habian dicho de la provincia Timagoa.

A pocos dias de su navegacion entró Ottigni en Timagoa, donde los indios le recibieron de paz, aunque no tan placenteros como otros; procuró agasajarlos y regalarlos, y les pidió oro y plata, respondiéronle que en su tierra no la habia, pero que le guiarian á otra muy abundante de estos metales. Ottigni como los vió rescatados no se atrevió á fiar de ellos, y quiso volverse con la noticia al fuerte; y pareciendo á un soldado de los que iban que no era razon salir de la provincia sin averiguar la verdad, ofreció á Ottigni ir con las guías y volver dentro de cierto tiempo informado de todo; estimó Ottigni su valor y resolucion, y le fió á los indios encargándosele mucho, y partió el soldado con ellos al reconocimiento.

Quedó esperando el teniente, muy bien tratado de los indios, pero sin descuidarse en su seguridad. Pasó el dia señalado á la vuelta del soldado, y como no venia no quiso ir á buscarle, fiándose ya mas de muchos enemigos, y el mayor Saturiba: estendieron cuanto pudieron estas noticias viendo que los franceses gustaban de oirlas, y los regalos que daban, con lo cual trayéndose el soldado (que habia rescatado cinco libras de oro á costa de algunas cuentecillas de vidrio) se volvió Vasur á Ottigni, el cual creyendo haber cumplido su encargo, se embarcó en el rio de san Mateo para dar razon de todo á su capitan.

los indios porque habia templado su recelo la sinceridad y afecto con que le trataban. Entró dos millas por la tierra siguiendo al soldado hasta que le alcanzó con muy poco oro. Reconvino á los indios que le acompañaban con la incertitumbre de lo que habian asegurado; no tuvieron que responder mas de que guiarian al soldado á la tierra de un cacique llamado Mayra, que tenia mucho oro y plata; y pareciéndole estaban de buena fé los indios, dejó al soldado que prosiguiese su viage, y él se volvió al sitio donde estaba antes.

Esperó quince dias sin tener noticia cierta del soldado, y dándole cuidado la tardanza envió por él con algunos franceses al capitan Vasur. Partió luego, informándose por los caminos de la derrota que llevaba, y de otras cosas de la tierra, notando y observando las que habia, y al fin averiguó que el soldado estaba con un cacique llamado Mollava, vasallo de otro gran cacique, cuyo nombre era Olata Otina (que quiero decir señor de muchos señores); encaminóse allá, y sabido por Mollava salió á recibirle de paz.

Hizo Vasur grandes ofrecimientos al cacique, y le regaló con un cuchillo, un espejo, y sortijas de estaño: informóse de Otina y de sus tierras cuanto pudo: todos los indios aseguraron conformes la abundancia de oro y plata de la provincia de Timagoa, y que Otina era gran señor que habitaba una provincia muy fértil y hermosa, superior á otras y á sus caciques, que se llamaban Chadeca, Chililo, Echonobio, Enacapen, Calanio, Anachatagua, Uvitaque, Aequeya y Mocozo; todos muy principales señores, y otros inferiores, que llenaban el número de cuarenta (algunos dicen menos), los cuales tenian gran cantidad de aquellos metales que buscaban y

Renato esperaba el efecto del descubrimiento á que habia enviado sin saber por los indios mas del parage donde su teniente se hallaba; á cuyo tiempo Marracon, cacique que habitaba á diez leguas del fuerte hácia el Sur, envió dos indios principales á darle la bienvenida y á entender que los dos caciques Onachaqueca y Matheaca tenian dos hombres barbados. Conoció Renato serian cristianos, y luego envió indios á estos caciques y á otros comarcanos pidiéndoles los hombres barbados que tuviesen en sus tierras; que los satisfaria abundantemente, dándoles cuanto quisiesen, enviándoles desde luego la muestra en algunos abalorios y espejos: respondió á los embajadores de Marracon que luego que se desembarazase de algunos negocios que le detenian en su pueblo iria á visitarle, con lo cual, y algunos regalos, volvieron muy contentos á su pais.

Pocos dias despues vinieron los indios mensageros con dos cristianos que enviaban los caciques Onachaqueca y Matheaca, desnudos al modo de los indios, cubiertos de bello y tan largo el pelo que les daba por las rodillas: ambos dijeron ser españoles, y creyendo Renato tener en ellos cuanto podia desear para saber noticias de la tierra, los mandó dar de vestir y de comer, y luego se cortaron el pelo y le guardaron en una sábana para que diese testimonio en España de las miserias y trabajos de su cautiverio; pero ellos estaban ya tan acostumbrados á la bárbara vida de los indios, que al principio estrañaron el vestido y la comida.

Uno entre el cabello traía oculto poco menos de media libra de oro, que dió á Renato, agradeciéndole su liberalidad y el empeño que habia hecho en sacarlos del poder de los indios. Preguntó-

les despues la causa de sus trabajos, y uno de ellos le satisfizo diciendo: que quince años antes se habian perdido tres naves que venian á España de Méjico, dando contra los escollos de los mártires, salvándose la mayor parte de la gente, y los dos entre ella: que el cacique de Cárlos, señor de la provincia que estaba doce ó catorce leguas distante del cabo de la Florida, hácia el Mediodia, habia cogido en la costa la mayor parte de los despojos del naufragio, y en su tierra vivian tres ó cuatro mugeres de las que se salvaron de la tormenta, casadas y con hijos. Refirió tambien que Carlos era el mayor cacique y el mas poderoso que él habia visto, agil, valiente, de buena presencia, y tenia mucho oro y plata, pero escondido en una cueva que él y su compañero sabian donde estaba: advirtiendo á Renato que si fuese ó enviase cien arcabuceros traerían todo lo que estaba guardado, y mucho mas que podrian sacar de los naturales, que sin duda estaban muy ricos; porque todos los indios é indias en sus bailes y fiestas traían pendientes del cuello y de los ceñidores planchas de oro y plata, y algunos tantas, que no podian menearse; pero no sabia que tuviesen minas, antes imaginaba que la parte mayor de este tesoro procedia de los frecuentes naufragios, en aquella infelice costa, y lo demás lo adquirian con el trato y comercio de los caciques vecinos: añadió, que veneraban á su cacique del mismo modo que á Dios otras naciones, porque estaban creyendo que causaba la abundancia de las cosechas, y él lo publicaba así; y para confirmarlos en esta creencia, se retiraba á tiempos determinados á una casa fuera de poblado con dos ó tres personas de su confianza, donde hacia varias hechicerías que no sabia cómo

eran; porque si alguno se acercaba á reconocerlas curioso luego era muerto: y cuando las mieses estaban sazonadas y en estado de recogerlas, sacrificaba un español al demonio; y este era el motivo de cuidar mucho de los que naufragaban porque no faltase víctima. Dijo otras cosas (que se dirán despues) de las costumbres y de los indios, y el tratamiento que le habian hecho hasta llegar á poder de Matheaca.

El otro español aseguró ser cierta la relacion de su compañero, y que él habia sido muy estimado del cacique Carlos, pues le confiaba muchas cosas que recataba de sus mas favorecidos vasallos, viendo la buena cuenta que daba de lo que le encargaba: que le envió muchas veces al cacique Oathxacua, su amigo fidelísimo, que estaba distante de la provincia Carlos cinco dias de camino, y habia ocho años que le habia mandado se estuviese con él, en cuyo tiempo le trataron bien: que la provincia de Oathxacua estaba de esta parte del cabo ó promontorio de la Florida hácia el Norte en veinte y ocho grados, y confinaba con el Cabo de Cañaberal; y habia notado que en medio del camino de Carlos á Oathxacua habia una laguna de agua dulce, que llamaban Sarrope los indios, y enmedio de ella una isla de cinco cuartos de legua, muy abundante de frutos, especialmente de dátiles, en la cual tenian gran comercio los indios; y el mas grueso y apetecido fruto era una raiz de que hacian harina para amasar pan, que sustentaba aquellas gentes quince leguas en contorno; aunque era entre los indios tanta su estimacion, que ella sola hacía ricos á los vecinos de aquella isla de cuanto producian las provincias cercanas.

Estas noticias, y las que trajeron poco despues

á Ottigni y Vasur, pareció conveniente á Renato se publicasen en Francia con las muestras del oro y plata para incitar al socorro. Hizo prevenir navíos con las órdenes é instrucciones necesarias, que se hicieron á la vela entrado agosto.

Tres meses despues supo Saturiba que Renato, por medio de sus soldados, trataba con Otina; y aunque lo reputó por falta de fidelidad á lo tratado, disimuló; envió cuatro indios principales con mucho acompañamiento al fuerte á confirmar la confederacion hecha de ser amigos de los amigos, y enemigo de los enemigos. Recibiólos bien Renato, y habiendo dado con gran solemnidad su embajada, concluyeron pidiendo ayudase á Saturiba en la guerra contra Timagoa su enemigo.

Renato, á quien importaba mas la amistad de aquellos caciques que la de Saturiba, por ser mas á propósito para lograr sus intentos, viendo que si dejaba de solicitar y conservar la buena correspondencia con ellos no podian los franceses pasar á los montes de Apalache, donde creía estaba el origen y la abundancia de la plata y el oro que hasta allí habian visto, porque la mayor parte del camino habia de ser por tierras de Timagoa y Otina, de los cuales era la mayor cantidad, y las conveniencias de esta amistad las habia ponderado mucho Roque Ferrier que estaba con Otina.

Respondió á los embajadores que entonces no le era posible dar socorro, porque habia enviado á Francia los navíos con la mayor parte de la gente, y armas para que viniesen otras, pero que de allí á dos meses le socorrería; de suerte que sus enemigos escarmentasen de una vez.

Con esta respuesta volvieron los embajadores bien descontentos, y oida por Saturiba estrañó la

flojedad de ella, que no correspondía al afecto que mostró Renato cuando le vió; por lo cual teniendo ya prevenidas sus gentes para la guerra, quiso él mismo oirla temiendo la hubiesen los suyos entendido mal. A este efecto vino al fuerte con mayor autoridad que antes, y mas número de indios de guerra. Luego que Renato le descubrió, sospechando mal de tanto aparato, mandó á Francisco Le Caille á recibirle, y participarle que no podia entrar en el fuerte con tanta gente, y que si queria ver al capitan entrase con veinte indios dejando fuera los demás. Saturiba, admirado de ver el fuerte, estrañó la orden á Le Caille y replicó; pero viendo que no consentia de otra forma su entrada, por sincerarse contra la sospecha (bien á su pesar), se redujo á dejar fuera la gente de guerra y entrar con los veinte indios, mandando á sus capitanes lo que tuvo por conveniente para su seguridad.

Entró por el pueblo con la misma gravedad que traía por el camino; y Renato por autorizar la funcion mandó tocar las cajas y trompetas, y que hiciesen salva algunas piezas de bronce: los indios que le acompañaban, espantados del ruido y la novedad, huyeron por diferentes partes, saliéndose algunos del fuerte pensando que el cielo caía sobre ellos. Saturiba prosiguió su camino con serenidad hasta donde estaba Renato, el cual le recibió agradablemente, y todos los que estaban con él manifestaron escesos de alegría con muchas acciones de sumo respeto, de que el cacique quedó muy asegurado, y se sentó con Renato al uso de la tierra. Propuso Saturiba la causa de su venida, acordó la confederacion y los beneficios que en virtud de ella disfrutaban Renato y los suyos. Ponderó las intolerables ofensas que Timagoa y sus enemigos ejecu-

taban y que ya atribuían á miedo sufrirlas. Describió el ejército que tenia pronto para vengarlas; los caciques que le ayudaban; la prevencion de bastimentos; y concluyó con la importancia de la empresa, no solo para la restauracion de su honor, sino para la seguridad de sus amigos, y que no ayudándole quebrantaría la confederacion; cuyo principal artículo era defenderle como amigo, y ofender á sus enemigos; pues escusándose en la ocasion de cumplirle, burlaba el ánimo de sus vasallos haciéndole perder tantas prevenciones.

Renato procuró satisfacer su queja con lo respondido á sus embajadores, y añadió: que si estuviera avisado antes de sus intentos no hubiera enviado á Francia la gente: que la dilacion que pedia no era tan durable que pudiesen los enemigos crecer mucho ni descrecer el ejército prevenido, pues podria entretenerle hasta que volviesen sus soldados: que si llegase antes, luego se pondria en campaña á vengar sus injurias; asegurándole por cierto quedaria satisfecho enteramente de sus enemigos; y aunque entonces considerase alguna pérdida de tiempo se restauraría con la victoria, que sería cierta yendo él en su ejército.

No replicó Saturiba ni mostró mal semblante: despidióse de Renato, que le salió acompañando hasta fuera del fuerte; y el cacique con los suyos fue á su ejército, el cual ocupaba una llanura muy dilatada: los indios estaban adornados de plumajes con sus arcos y flechas; y los caciques, vasallos y confederados que no habian ido acompañando á Saturiba, salieron á recibirle, y se sentaron haciendo un círculo muy grande, en medio del cual quedó Saturiba, y sin hacer caso de Renato empezó las ceremonias de romper la guerra determinada. Mandó

encender una hoguera á su lado izquierdo, y al derecho pusieron dos vasos llenos de agua.

Movió despues los ojos mirando á todos y haciendo muchas braburas y gestos, mostrándose muy indignado; dijo algunas palabras atropelladas y confusas que no se percibian, solo al fin de cada periodo daba un ahullido desatinado, el cual repetian todos los caciques y capitanes que estaban en el círculo, y despues todos los indios haciendo mucho ruido con las armas puestas sobre las rodillas.

Hecha esta ceremonia se levantó el cacique, tomó una hortera y la llenó del agua que estaba en uno de los vasos, y con ella en la mano hizo una profundísima reverencia al sol, á quien pidió la victoria de sus enemigos, y que permitiese que de la misma suerte que él vertía aquella agua, consagrada á su deidad, viese verter la sangre de sus enemigos, y diciendo esto arrojó con cuanta fuerza pudo la agua por lo alto, que cayó encima de sus soldados, diciéndoles al caer: *Deseo que hagais con la sangre de vuestros enemigos lo mismo que yo he hecho con esta agua.* Tomó despues el otro vaso y echó el agua que tenia en la hoguera, diciendo: *así estinguireis á vuestros enemigos reservando sus cueros para trofeo nuestro.*

Concluidas estas ceremonias se levantaron todos, y empezaron á marchar sin orden, como acostumbran, á su espedicion; y con tanta priesa que hallaron á los Timagoas desprevenidos, en los cuales hicieron gran destruccion, quemando el pueblo principal, dando muerte á muchos, y trayéndose prisionero el cacique y otros.

Sabida esta victoria por Renato tuvo gran disgusto, temiendo que ensoberbecido el cacique con

el buen suceso viniese contra él en venganza de no haberle querido ayudar; pero disimulando el sentimiento le envió la enhorabuena, y pidió dos de los indios principales prisioneros; Saturiba se los negó, por lo cual se valió de otros medios hasta que tuvo maña de quitárselos, pareciéndole importaban mucho para sus ideas.

Los dos indios agradecieron la libertad, y los envió á su cacique Olata Otina, acompañados del alferez de Arlac, el cual llevó algunos regalos, y entre ellos un retrato del rey de Francia, muy bien industriado de todo lo que había de hacer, y dejar prevenido á Roque Ferrier que estaba con aquel cacique.

Salió Arlac con los dos prisioneros á 10 de setiembre de Charlefort, y habiendo caminado ochenta leguas, descansó en un pueblo llamado Masarcuam; y avisando antes llegó al pueblo de Otina: recibióle el cacique con muchas demostraciones de amor, é hizo grande estimacion de los regalos de Renato: trató amistad y confederacion con repetidas promesas (aunque duró poco menos de un año), y se volvió muy agasajado Arlac.

Otina envió embajadores poco tiempo despues á Renato pidiéndole socorro contra un cacique enemigo suyo que se llamaba Potanou, regalándole con algunas cosas de la tierra, y Renato se le dió queriendo hacer mas comun el camino por donde se habia de ir hasta los montes donde estaba la plata y el oro. Envió á su teniente Ottigni con veinte y cinco arcabuceros, que habiendo llegado notó eran mas bárbaros estos indios que los de Saturiba, muy aficionados á hechicerías, y usaban notables ceremonias para todo.

Otina recibió al teniente con cuantas señas de

estimacion pudo; y con el gozo de parecerle tenia asegurada la victoria de sus enemigos, le regaló y festejó, y todos los indios con el mayor desvelo; y porque no se perdiese tiempo en confianza de hallar descuidados sus enemigos salió luego en su busca: llevaba en un escuadron bien formado su ejército, y en el centro iba el cacique teñido de color rojo, las dos alas se componian de indios que marchaban delante como corredores, teñidos tambien de colores, muy ágiles y diligentes, los cuales sin verlos conocen si hay enemigos como los perros de caza. En lugar de atambores (que no usaban) iban en el ejército otros indios como pregoneros que avisaban á gritos las órdenes al ejército, supliendo las señas que dan las cajas en las funciones militares. Tuvieron este dia buen camino, y los franceses iban alegres imaginando tener ya en la mano el oro y plata de los montes de Apalache.

Llegada la noche plantaron su real, dividiéndose todo el ejército de diez en diez: el cacique se alojó solo en medio, y á diez pasos de distancia le rodeaban cien indios, divididos en diez partes, y á otros diez pasos doscientos; y así iban creciendo hasta los últimos, que era alojamiento muy hermoso á la vista: los franceses se pusieron á parte teniendo mucho cuidado.

El dia siguiente se levantó el campo para proseguir su marcha, pero á breve rato empezaron los franceses á sentir lo áspero y dificultoso del camino que era preciso pasar una ciénaga llena de zarzas y espinas tan agudas, que los rompian el calzado, y los herian de modo, que como no esperimentados en semejantes trabajos tuvieron por imposible marchar adelante, é hicieron alto. A esto se juntaba

el gran calor que los quebrantaba las fuerzas. Sabiendo Otina la desazon y disgusto de sus auxiliares, y la suspension que hacian, mandó á los indios los pasasen la ciénaga y los demas sitios ásperos en hombros, con lo cual escusaron este trabajo.

De este modo llegaron á los términos de la tierra enemiga, donde Otina hizo parar todo el ejército para celebrar las ceremonias acostumbradas en semejantes ocasiones: mandó luego á un hechicero que llevaba consigo declarase el estado en que se hallaban los enemigos, y las fuerzas que tenian. El hechicero era un viejo horrible que tendria mas de ciento veinte años: púsose en medio del ejército y mandó le trajesen la rodela de Ottigni; púsola en el suelo, y alrededor de ella hizo un círculo como de cinco pasos de diámetro, y dibujó dentro varios caracteres en que se puso de rodillas, y poco á poco se fue levantando hasta quedar sentado en los calcañales sin tocar la tierra por ninguna parte sino con las puntas de los pies; estuvo así mas de un cuarto de hora hablando entre sí, y haciendo muchos visages y gestos; luego empezó á mudar el semblante en tan horrenda figura, que parecia habia perdido la racional; era tan grande la agitacion que traía dentro de sí, que sonaban los huesos como si se los quebráran; hacía otras acciones tan estrañas que no era posible fingirlas ni dejar de ser operaciones diabólicas, á que estaba tan atenta aquella simple gentilidad que no pestañeaba, y los franceses no dejaban de estar recelosos, y mas Ottigni, en cuya rodela caían los conjuros.

Fue restituyéndose á su ser el hechicero, y salió del círculo tan fatigado y atónito, que no podia respirar: reparose algo, y dijo al cacique el número de que se componia el ejército contrario, y el sitio

donde le estaba esperando; era tan ventajoso, y los enemigos tantos, que resolvió Otina, amedrantado, volverse; y empezando á dar órden de retirarse, la impidió el teniente Ottigni: Otina quiso proseguir en su intento, y muy alterado le dijo el teniente mandase proseguir el camino empezado hasta dar sobre sus enemigos; y que si hacía lo contrario, le tendría por hombre vil y sin valor, y lo publicaría entre sus enemigos y en todo el mundo, y rompería la confederacion hecha con él; pues aquello era burlar y menospreciar á un rey tan grande como el de Francia, cuyas armas traía por auxiliares.

Temió el cacique el enojo del teniente, y mandó proseguir la marcha hasta que dió vista á los enemigos; pero con'ando poco en los suyos, que estaban del mismo ánimo que su señor, dispuso con el teniente que fuese adelante con los veinte y cinco arcabuceros, los cuales llevaron el peso de la batalla, en que pelearon muy bien los indios de Otina y vencieron; aunque recelosos de algun desmán no quisieron seguir el alcance, porque estos indios cesan en su guerra en huyendo sus enemigos, y aunque pierda mucha masgente, el que queda en el campo es el vencedor.

Sobre seguir el alcance tuvo el teniente otra disputa con el cacique, mas nunca pudo reducirle á su dictamen; y escarmentado de las flechas de los indios, y de que si Otina los hubiera desamparado perecieran, ó con gran trabajo se libráran, trató de volverse con él al pueblo: desollaron los indios las cabezas, brazos y piernas de los enemigos, cortándoles el casco, y haciendo otras crueldades en los cadáveres; cuyos despojos por señal de triunfo llevaron á su tierra.

Curaron á los franceses heridos, y llegaron los indios á su pueblo muy gozosos con la victoria: para celebrarla pusieron muchas estacas largas en una plaza hincadas en el suelo, y en ellas clavaron los despojos que traían: despues se sentaron alrededor con sus mugeres, y un hechicero empezó á echar muchas y muy estrañas maldiciones á los enemigos. Estaban en lo último de la plaza tres indios de rodillas: á cada maldicion que echaba el brujo daba uno con una maza que tenia en una piedra llana, que tenia delante, con ambas manos, y los dos que tenian en las manos dos calabazas huecas llenas de piedras pequeñas las tocaban como sonajas aplaudiendo cada golpe, y luego cantaban y bailaban todos engrandeciendo su victoria y el ánimo y valor que tuvieron en la batalla, y diciendo mil faltas de los enemigos: así aplauden siempre sus victorias. Allí estuvo pocos dias Ottigni descansando; y con los suyos se volvió al fuerte, todos muy agasajados de los indios, dejando á Roque Ferrier como Renato les habia mandado para que procurase sacar el oro y plata de los indios, de que quedó Otina muy encargado.

Viendo Renato que le faltaban noticias y socorros de Francia, pues aunque habia llegado poco antes un navío venia tan mal proveído, que dió poco alivio á los soldados. Determina (despues de haber enviado á su teniente á Otina) volver la nave recien llegada á Francia: sabiendo esta resolucion le pidieron licencia de venirse en ella muchos, y entre ellos Marillac, el cual ofreció á Renato (si le daba licencia de embarcarse) revelarle muchos secretos que importaban á su vida y honra; pero con calidad que hasta estar embarcado no se diese por entendido, porque no podria remediar su daño;

concedióle la licencia, y él le entregó los papeles en que le daba las noticias ofrecidas, y se embarcó.

Otro frances, que se llamaba Gievre, tuvo aviso el mismo dia de que Marillac le dejaba enredado con Renato con el pretesto de haber informado contra él al almirante Coligni en orden á que no habia traido los bastimentos necesarios para la empresa por quedarse con cinco mil francos que recibió para proveer la armada; causa de haber padecido tanta miseria los soldados, y á que por no gastar no habia querido traer ningun predicante herege luterano, y que se valia en su gobierno de hombres ruines y viles despreciando los que tenian valor y nobleza: por lo cual Gievre se procuró esconder; y algunos que supieron el motivo de su retiro empezaron á murmurar de Renato persuadiéndose á que era verdad lo que decian informaba á Coligni Gievre. Primero se vinieron seis, los cuales juntaron hasta treinta de los mas astutos, y con ellos se incluyó uno muy ruin á quien hacía Renato mucha honra. En el fuerte se hablaba contra el capitan sobre estas y otras cosas semejantes; pero se ignoraba la conjuracion que se iba fomentando. La cual tomó mas vigor porque Rupell, á quien tenian por hechicero, aseguraba á los soldados que de la otra parte del rio habia muchas minas de oro y plata, y que Renato no queria enviarlos allá porque no enriqueciesen, esperando ocasion de tomarlo todo para sí y para sus amigos, á los cuales habia enviado á los caciques cercanos á Otina y otras partes para que quedasen ricos; y que siendo ellos hombres tan honrados no les fiaba ningun comercio ni dejaba que saliesen del fuerte donde estaban hambrientos y desnudos.

Poco á poco fueron los revoltosos atrayendo á

su parecer sin declarar su resolucion, á la mayor parte del ejército, hasta que estando con Francisco Le Caille muchos amotinados le pidieron diese la queja en nombre de todos sobre lo que murmuraban á Renato: quiso escusarse, y se la pusieron por escrito en la mano, y hubo de tomarla á su pesar. Reducíase á lo referido y con grandes clamores á que por no haber predicantes hereges padecian gran falta de doctrina.

Le Caille conoció el motin, y se fue luego á ver á Renato que estaba con su teniente Ottigni: trataron todos del remedio, y Le Caille le aconsejó se defendiese de lo que le imputaban hablando á los soldados que sus amigos procurarian templarlos para que se fuesen sosegando y tuviesen tranquilidad.

El domingo siguiente mandó que toda la gente se formase en la plaza del fuerte porque queria hablarla; salió antes de mediodia con Ottigni de su casa y ya los halló á todos dispuestos para oirle; pero Ottigni, que habia tratado con los principales conjurados (fingiéndose uno de ellos) dar la queja en nombre de todo el ejército, habló antes protestando á Renato la obediencia debida como á superior, y que no saldrian de ella jamas; pero que no podian dejar de representarle que enteramente se faltaba á cuanto en Francia se les habia ofrecido, y que los bastimentos se iban acabando, y los indios retirándose de traerlos por no haber ya mercaderías ni rescates con que recompensarlos, viéndose precisados á quitarlos por fuerza los bastimentos ó á injuriarlos si lo resistian: que de esta violencia tampoco podian usar ya, pues huidos los indios solo esperaban perecer malogrando el descuido lo que no habian podido tantos trabajos; y que siendo preciso buscar modo de mantenerse debia enviarse

por bastimento á Nueva-España la nave que estaba para partir, para que, ó comprados, ó de otra cualquier forma los trajese, y que á esto se hallaba resuelto el ejército, porque no habia razon para que dejase cada uno de cuidar de su vida ya que nadie miraba por la de todos.

Renato se irritó tanto de la proposicion, que estuvo por volverse sin responderla; pero considerando que si callaba tomaria la conjuracion mas cuerpo, porque no presumiesen consentia con el silencio los falsos é injustos cargos que le acumulaba su gente, guardando para mejor ocasion el castigo del motin, disimuló, respondiendo con mucha resolucion que no debia dar razon de sus operaciones á sus súbdidos, ni ellos tomar en sí el cuidado de mantenerse, pues hasta entonces no habian faltado los bastimentos necesarios, ni faltarian en adelante, porque habia ocurrido su desvelo á cualquier fracaso que pudiese suceder, y aun tenia algunas casas llenas de mercaderías y rescates, y los indios vendrian á darles bastimentos siempre que los necesitasen: que de las injurias que los hacian, ocasion de su retiro, ellos tenian la culpa, pues faltaba causa para ellas estando bastecidos de mayores raciones que permitia la tierra, y la escasez y tardanza de los socorros de Francia, donde para tomar esta provision gastó mucho mas de lo que le habian dado: que cuando hubiese necesidad era muy arreglado enviar por socorro á Nueva-España, porque los gobernadores de los puertos con la noticia de tener ocupadas aquellas tierras franceses, vendrian á echarlos de ellas y lo lograrian mas facilmente cuanto mas discordias y menos paciencia hubiese entre ellos, dejando en prisiones á los que fuesen á buscarlos; y este era solo el medio

que habia de hacer verdad el vano temor de perecer todos; que pues la mayor abundancia sería mejor, desde luego daria los dos barcos que estaban empezados para que los señalase, anduviesen en ellos cincuenta leguas de la costa adquiriendo el bastimento que hallasen, porque solo deseaba la conveniencia mayor y que nada faltase de cuanto apetecian. Le Caille, Ottigni. Arlac y otros empezaron á publicar entre los soldados el celo de Renato, y que era falso cuanto decian habia hecho, con lo cual se sosegó aquel dia el motin, y Renato se volvió á su casa con gran pesadumbre del suceso imaginando remedio al gran daño que le amenazaba.

Tomaron los conjurados la palabra á Renato, sacaron su orden, y dieron priesa á Juan de la Haya para que acabase los navíos: ocupaban en ellos á los que no sabian el fin que llevaban los del motin, y que estaban muy disgustados de no haber ido á rescatar plata y oro á los caciques, de cuyas tierras veían traer á los otros, no solo oro y plata, sino algunas piedras preciosas que entregaban á Renato, el cual decia que todos participarian de la riqueza que se recogiese, pero no llegaba nunca á repartirla.

Juntábanse á estos otros que no podian sufrir que el capitan se dejase gobernar por la gente mas ruin, y especialmente la gran confianza que hacia de Roque Ferrier, á cuyo arbitrio estaba el rescate de Otina; y aunque conocian que para este efecto era mas hábil que todos y mas útil que ninguno, porque sabia mejor la tierra y habia hecho que los franceses fuesen admitidos en las provincias enemigas á este cacique, sospechaban que Roque iba en su perjuicio de acuerdo con Renato: y como estas quejas comunmente no eran remediadas, que-

rian achacar su poca firmeza á la falta de bastimentos, y daban priesa á la fábrica de las naves.

El teniente se disculpó con Renato de haberle hablado en la plaza asegurándole su amistad, y que lo ejecutó porque no hablase otro con irreverencia, y ambos con Le Caille, Arlac y otros, empezaron á tratar el modo de sosegar la gente, echando á Gievre la culpa del motin.

A este tiempo llegó al fuerte Roque Ferrier que habia alcanzado pocos dias antes licencia de Renato para venir á cumunicarle algunos negocios y saber la resolucion que se habia de tomar en ellos. Informóle tener averiguado que todo el oro y plata que habia enviado era de los montes de Apalache, adquirido en la guerra contra los caciques Potanou, Nateaqua, Oustata, los cuales impedian á Otina sujetar aquellos montes, y á él reconocerlos despacio: trajo un pedazo de piedra, que dijo ser de ellos, que tenia bastante oro y algun bronce: que aunque habia convidado á Otina con la gente para conquistarlos, no se habia atrevido á hacerles guerra por lo fragoso de la tierra y ser muy valientes los indios; por lo cual procuró amistad con los caciques enemigos de Otina, y la tenia en tan buen estado, que no dudaba conseguirla y llegar á poca costa á reconocer los montes de Apalache para saber por la esperiencia la verdad: que deseaba descansar algunos dias en el fuerte, y á Renato le pidió enviase otro, que él le instruiria en lo que debia hacer, de modo que no se malograse lo trabajado. Renato agradeció sus buenos servicios, tomó el oro y plata que traía, y no quiso nombrar otro; antes le mandó volver luego á Otina, y que estando los negocios mas adelantados tomaria resolucion sobre darle sucesor si convenia.

Tambien se supo en el fuerte por relacion de los indios la muerte de Pedro Ambie que habia sido page de Coligni, al cual habia dado licencia Renato de ir á rescatar donde le pareciese. Él salió cargado de mercaderías con su arcabuz: anduvo contratando con los indios algunos dias con tanta maña y habilidad, que le cobraron tanto cariño que traían al fuerte con gran cuidado las cartas que les daba en que avisaba á Renato y otros amigos la fortuna que tenia en su comercio, que causaba bastante envidia á los que estaban en él.

Llegó á una isla que forma el rio, y los indios le llevaron al cacique que se llamaba Adelano, y á breve tiempo le cobró tanto cariño, que le dió una hija suya por muger, autorizándose con este casamiento entre los isleños, de suerte que cuando el cacique se ausentaba quedaba por dueño absoluto de todo, y si estaba presente no se hacia nada sin tratarlo antes con él.

Pedro solo tenia cuidado de enriquecer haciando á los indios que le trajesen oro y plata, y como no hallaban la que queria los maltrataba de obra y de palabra, con que poco á poco vinieron á perder el afecto que le tenian, y estuvieron resueltos algunos principales á matarle para librarse de tan pesada carga; mas nunca se atrevieron á ejecutarlo por el amor que el cacique le tenia, esperando ocasion en que vengar las injurias padecidas y disimulándolas con otras que cada dia aumentaban el aborrecimiento.

Habiendo recogido cuanta riqueza pudo Pedro de Ambie, y viendo que ya los indios no le traían cosa de importancia, determinó volverse al fuerte con ella, para lo cual pidió licencia al cacique persuadiéndole á que se la diese las ofertas de las

grandes riquezas con que volveria presto; de modo que no se atrevió á negarla. Previno una canoa muy buena Pedro, en la cual puso todo el oro y plata, y piedras que habia recogido, y mandó á dos indios le trajesen por el rio al fuerte; metióse en la canoa, y así como perdieron de vista al cacique y su hija, y otros que salieron con él hasta la ribera, se acordó uno de los indios de unos palos que le habia dado Pedro, el cual le dejó descuidar y le partió la cabeza con un hacha, y huyó con el otro indio, contentos ambos de haber salido con tan buena ocasion vengados y ricos.

Los amotinados iban estrechando sus discursos trazando el modo de levantarse con el fuerte y cuanto habia en él. Uno de ellos era Fornux, gran hipócrita y embustero, y mas avariento que ninguno, aunque con disimulacion; este dijo á los treinta que estaban de acuerdo que si esperaban mas era su muerte evidente, porque, ó Renato habia de descubrir la trama y justiciarlos, ó habian de morir de hambre, pues en nada se ponia remedio; y y así, que se adelantasen por lo menos á conservar la vida: respondiéronle los conjurados que pensase lo que se habia de hacer, porque le elegian por su capitan, y ejecutarian cuanto pudiesen por salvar las vidas. Fornux se escusó del cargo, pero no pudo resistir á las instancias que le hicieron, solo consiguió que eligiesen por capitanes tambien á un genoves que se llamaba Esteban, un gascon llamado Le Seiñur, y á otro frances llamado La Cruz, y trataron el modo de apoderarse del fuerte. Salieron á reducir oficiales á su partido asegurándoles que todos estaban de un acuerdo, y que se perderia el que quisiese ser singular y oponerse al bien comun de que trataban. Estas razones y el descontento de al-

gunos motivaron á firmar un papel que les enseñaban; pero no se atrevieron á llegar á Ottigni Le Caille y Arlac, porque siendo tan amigos de Renato temieron su resistencia, y que declarasen la conjuracion.

Pareciéndoles que ya tenian cuanto necesitaban para sus designios, pocos dias despues á la media noche Fornux tomó la casa de Renato con veinte arcabuceros, y llegando á su cama en que estaba enfermo, le puso una carabina á la cara diciéndole muchos oprobios, y por fuerza le hizo mal vestir, y echándole cadenas llevar preso á la nave que estaba en el puerto: apoderose de cuanto tenia en casa, y de las llaves de los almacenes, que era lo que él mas deseaba: La Cruz tomó la casa de su teniente Ottigni, pero le trató con mas piedad, porque solo le quitó las armas y le dejó sobre palabra de no salir de ella antes de amanecer, y lo mismo hizo Esteban el genoves con Arlac.

Le Seiñur fue con otros soldados en casa de Francisco Le Caille, el cual habia escapado poco antes con sus hermanos, porque le avisó Jacobo Le Moine la conjuracion: lleváronse todas las armas, y desarmaron tambien á los soldados que no quisieron firmar la conjuracion.

Fornux sin perder tiempo formó una patente en nombre de Renato y se la hizo firmar: en ella se referia le mandaba pasar á Nueva-España á proveerse de bastimentos en los dos navichuelos que estaban ya prontos á navegar ocupados por los del motin. El dia 8 de diciembre salieron del puerto los amotinados, llevando por pilotos á Miguel Vaseur y á Trencant, publicando con el despacho fingido iban á Nueva-España por bastimentos; pero como gente sin ley y sin rey ejecutaron es-

candalosas maldades en los navegantes españoles, y grandes latrocinios y robos en sus haciendas.

Luego que partieron, dió el aviso á Le Caille, que estaba escondido en los montes, un hermano suyo: dejó su retiro y vino al fuerte, donde empezó á juntar la gente que andaba separada y confusa, y animándola repartieron las armas que no pudieron llevar los rebeldes; hizo salir á Ottigni y á Arlac de sus casas, y fueron por Renato á la nave donde estaba preso: quitáronle las cadenas, y le trajeron al fuerte con gran regocijo suyo de verle tan presto libre de tiranía que temió mas dilatada; y para asegurarse de los soldados que habian dado cuerpo al motin, tomó juramento á todos de que en adelante le serían fieles, y no le desobedecerían como antes. Los primeros que juraron fueron su teniente Ottigni, su alferez Arlac, Francisco Le Caille, y sus hermanos, que eran los que habian aconsejado esta ceremonia en la restitucion que hicieron de Renato á su empleo; con lo cual confirmó en sus ejercicios á todos los oficiales, suponiéndolos engañados por los sediciosos, y empezó á recoger las reliquias que dejó para mantenerse hasta que llegasen socorros de Francia.

Las continuas turbaciones de Renato y sus soldados, y la falta de predicantes hereges, hicieron olvidar el cuidado que llevaban de sembrar entre los indios el veneno de su diabólica secta; y para que en mas quietud no tuviese lugar á estenderse su malicia, dispuso la divina Providencia que los españoles se animasen á la conquista y poblacion de la Florida, por una casualidad bien estraña cuando menos se pensaba en conseguir esta empresa.

Habian estado muchos dias presos en las atara-

zanas de Sevilla Pedro Menendez de Avilés, caballero del orden de Santiago, comendador de Santa Cruz de la Zarza, general de la flota, y su hermano Bartolomé Menendez, sobre diferentes cargos que falsa é injustamente los imputaban; y aunque voluntariamente se habia presentado el general, luego que vió preso á su hermano, fueron acusados con mucha indignacion y sutileza por el licenciado Venegas, fiscal de la casa de la contratacion, valido de cinco sumarias informaciones que en España y en las Indias habian hecho los émulos y algunos castigados por el general; y haciendo grave la causa la calidad de los reos, no quisieron los jueces darles libertad, aunque ofrecieron la fianza mas abonada de aquella ciudad. Los letrados que los defendian creyeron se les concediese esta gracia por la poca fé que merecian informaciones semejantes, y la ninguna sustancia que tenian, pero se vieron precisados á responder á los cargos. Dieron por ratificados los testigos renunciando los términos de sus defensas; mas el fiscal engañado ó empeñado en molestarles pidió término ultramarino para justificar su acusacion, y se le concedió.

Pedro Menendez, que deseaba solo la brevedad en la determinacion, viéndola frustrada volvió á pedir soltura en fiado, y tambien se le negó, sin considerar los grandes daños que se le originaban de la detencion, ni reparar en los gastos de oficio, que escedieron de dos mil ducados.

Despues de largo tiempo se concluyó la causa, y porque no hacian caso los jueces de las instancias de Pedro Menendez y su hermano, sacaron primera y segunda cédula real para que determinasen luego.

Corridos los jueces de que no correspondiese

el estruendo con que se habia fulminado este proceso, á lo que resultaba de él, dieron sentencia remitiendo autos y presos al real consejo de Indias dando seis mil ducados de fianza, antes de venir á la corte con un alguacil y dos guardas. Consintieron esta resolucion, imaginando que al dia siguiente cumpliendo con la fianza saldrian de la prision: mas no fue así, porque con el pretesto de trasladar los autos, los detuvieron mas de dos meses, y luego les añadieron nuevos guardas porque el fiscal de la casa de la contratacion y el del consejo de Indias habian apelado de la sentencia.

Escandalizaron á aquella ciudad estas acciones, y especialmente á los letrados y á otras personas doctas y religiosas, que conocieron descubierta la pasion en las repetidas inútiles diligencias que se habian hecho para maltratar la fama de un hombre tan insigne como Pedro Menendez, á quien se habian fiado los mayores intereses de la hacienda y vida real, sin que en el dilatado tiempo que habia servido se hubiese oido de él ni de su hermano la mas leve queja: solo el fiscal Venegas, mal instruido, hallaba delitos en él cuando esperaba los premios tantas veces ofrecidos por el rey.

Aconsejáronle quebrantase la prision dejando en ella á su hermano, y se viniese á presentar al consejo, y le precisaron en conciencia á ejecutarlo viendo que la envidia y el odio le causaban daños, de que nunca podria convalecer; y bien instruido de todo lo que habia de hacer, llegó en brevísimo tiempo á Madrid; fue al dia siguiente á palacio, y estando en uno de los corredores, le vió el rey y le envió á llamar con un ayuda de cámara: escusose Pedro Menendez, respondiéndole: *No se atrevia á hablar con su majestad, porque viniendo á presentarse*

al consejo de Indias era de su obligacion parecer en él antes y ver á los que le componian, porque no tuviesen á fuga su venida, y á desatencion haberse atrevido á ver á su magestad. El rey tuvo á bien su escusa.

Siendo Pedro Menendez de Avilés el que mas empleó su celo, valor, esperiencia, industria y hacienda en la conquista y poblacion de la Florida, y á quien los estrangeros hieren temerariamente llamándole cruel y falto de fé y palabra, es preciso aunque se estravíe algo la razon de esta obra, dar noticia de su calidad, hazañas y servicios para que vaya enterado en los años siguientes de héroe tan principal el que leyere; y cuando sea digresion impertinente debe perdonarse por la gran falta de noticias que hay en nuestras historias de este célebre capitan, á quien se debe lo que hoy poseen en la Florida los españoles.

Fue Pedro Menendez natural de la villa de Avilés, descendiente de la casa de doña Paya, una de las mas antiguas de Asturias, palacio de sus antiguos reyes (hoy se llama su sitio monte del rey) de donde los llevaban á enterrar á las villas de Pravia y Avilés, distantes la primera una legua y la segunda dos de aquel palacio.

Sus padres fueron Juan Alonso de Avilés, que sirvió en la guerra de Granada á los reyes católicos y doña María de Arango, y tuvo diez y nueve hermanos: heredó la casa de santa Paya y su distrito, de la cual descienden unidas con su familia muy cercanas las de Casaos, Avilés, Valdés, Menendez, Arango, Bustio, Vígil y otras nobilísimas.

Quedó niño cuando murió su padre, y por haberse casado segunda vez su madre, le llevó para educarle un pariente suyo, con quien estuvo hasta edad de ocho años, que dejó su tierra sin saberlo

nadie. Buscáronle por todas partes seis meses, y al fin le hallaron en Valladolid, y le volvieron á casa del pariente que le criaba, siempre con recelo de que se escapase otra vez por la estraña viveza é inteligencia que mostraba: para impedir esta ausencia le capitularon con doña María de Solís, parienta suya dentro del cuarto grado, que tenia diez años de edad.

No le detuvieron las nuevas obligaciones, porque sabiendo pocos años despues que salia armada contra los corsarios franceses se metió en ella, y anduvo dos años viendo y observando cuanto hacian en el navío, con tanta atencion y aprovechamiento, que pasado este tiempo le pareció podia mandar un bagel. Volvió á su tierra á vender parte de su hacienda, con la cual fabricó un patache para ir á Corso, y aunque su muger, hermanas y parientes le persuadieron con grandes instancias dejase viage tan peligroso, solo consiguieron que convencidos de sus razones se embarcasen con él muchos parientes, con los cuales logró las mas altas y escelentes aventuras que hasta hoy se han oido en calidad, brabeza y arte; y porque referirlas todas era dilatar este paréntesis mas de lo que permite la licencia tomada, se entenderán por algunas las demas.

Estando surto pocos dias despues de haber salido al mar en un puerto de Galicia en compañía de dos pateches de la armada real, pasaron por delante tres barcos que llevaban una novia á su esposo con mas de sesenta personas, parientes y amigos: salióles al encuentro una gran nave francesa que no pudo llegar á ellos por haberlo impedido una calma; pero tres zabras que venian en su compañía á remo y vela apresaron los tres barcos con cuanto llevaban dentro. Lastimado Pedro Menen-

dez de esta desgracia, rogó á los capitanes de los dos pataches que estaban con él saliesen juntos á librar la presa; y aunque les dió muy buenas razones, le salieron inútiles, porque la nave que tenian á la vista los aterrorizaba, pues aunque pudiesen acometer las zabras que se habian puesto con la presa á una legua de ella, si le entraba algun viento eran perdidos.

No pudiendo Pedro Menendez persuadirlos, se resolvió á hacer solo lo que no podian los tres; y fiado en la ligereza de su patache, en cincuenta soldados que traía, y en la razon que llevaba, salió del puerto á remo y vela tocando pífaros y tambores, desplegando los gallardetes como si fuese toda la armada real. Los franceses no se movieron, y llegando de esta forma donde lo pudieron oir les dijo que dejasen la presa, pena de ser todos ahorcados. Tuviéronle por loco, y le respondieron que fuese por ella. Entonces fingiendo miedo (y podia tenerle, porque las zabras eran mayores y de mas gente cada una que su patache) volvió la proa, y empezó á huir con tanta furia como habia venido. Los franceses teniéndole por nueva presa, le siguieron mas de una legua con dos zabras (dejando la otra en guarda de la presa). La mas ligera se adelantó media legua de la otra, y cuando llegaba al patache volvió sobre ella Pedro Menendez con tanta resolucion, que atónitos los franceses se entregaron sin gran dificultad: aprisionólos y repartió su gente en ella, y navegó hácia la que se habia quedado atras, á la cual apresó con mas facilidad, y fue con las tres hácia la presa. Reconociendo la zabra que la guardaba el mal suceso de los compañeros, y que la nave no podia socorrerla por haber calma, dejó la presa, y huyó tan velozmente,

que no la pudo alcanzar el patache aunque lo procuró, con lo cual se volvió al puerto con las dos zabras y tres barcos, y dejando asombrados á todos los que lloraron su peligro vieron conseguido su ardid.

Estas y otras hazañas semejantes le dieron tal crédito, que al año siguiente le mandó el emperador Maximiliano, que gobernaba entonces á España, ir contra Juan Alfonso el portugues (que los españoles llamaban el frances) corsario que habia apresado junto al Cabo de san Vicente diez ó doce navíos vizcainos, cargados de hierro, herrage, y otras mercaderías de valor. Apenas recibió la orden, cuando fue derecho á la costa de Bretaña y hasta la Rochela: restauró cinco de los navíos apresados, y entrando por uno junto á la cadena de la Rochela donde estaba surto, peleó con Juan Alfonso, á quien hirió, y cuando quiso salir de donde habia entrado no pudo por tener contrarios viento y marea; mandóle la justicia del puerto salir á tierra: ejecutólo; enseñó su comision, y manifestó la razon de haber quitado aquellas presas que se habian hecho quebrantando la paz, pero la justicia no quiso entregárselas: depositólas para que acudiesen los interesados á pedirlas; y no pudiendo hacer otra cosa, pidió testimonios: uno envió al emperador Cárlos V, que estaba en Flandes, y otro trajo consigo. Murió Juan Alfonso de las heridas, y causó tanta indignacion á Antonio Alfonso, su hijo, que heredó con su hacienda el arte de robar de su padre, que envió á desafiar á Pedro Menendez avisándole saldria al mar pasados dos meses; y así lo hizo, que con tres navíos muy buenos navegó hácia las Indias, á donde tenia noticias iba Pedro Menendez. Fue á esperarle á Tenerife: allí abordó á dos navíos para apresarlos, pero le hizo pedazos una bala

de los castillos echando despues el navío á fondo, y poco despues tomó los otros dos Pedro Menendez.

Dióle Carlos V despues comision para perseguir los corsarios, concediéndole cuanto en sus navíos tomase, menos lo que fuese de contrabando, que mandó se repartiese segun la ley: despachóle título; y fueron tan notables, felices y repetidos los sucesos que tuvo en este empleo, que él rey Felipe II le nombró capitan general de las flotas de Indias y su consejero, para que desde la Coruña fuese sirviéndole á Inglaterra cuando se casó con la reina María; lo cual ejecutó con gran satisfaccion del rey. El dia siguiente al real casamiento fue despachado á España al príncipe y princesa con el aviso y orden de que pasase á Sevilla á servir su empleo de capitan general de la carrera de Indias.

Supo habia en el puerto dos zabras de Laredo, que venian de Flandes cargadas de mercaderías; embarcóse en una, navegando con próspero viento hasta cuatro leguas del puerto de Laredo; allí impensadamente le abordaron dos navíos de piratas, y cobraron tan gran miedo sus marineros, que desampararon el timon considerándose perdidos: Pedro Menendez le tomó luego, y dispuso un baluarte de colchones, y con seis arcabuceros que llevaba cerca de sí se defendió, dando muerte á algunos de los enemigos que estaban al descubierto: llegó la noche, y temiendo los piratas mayor defensa suspendieron su intento; con lo cual libre de este peligro llegó á Laredo, y sin descansar partió á Valladolid á dar los pliegos á los príncipes, que le favorecieron mucho: y sin detenerse fue á Sevilla, donde en breve tiempo dispuso su viaje á Indias, llevando setenta naos mercantiles y seis de armada, con instruccion de que si á 1 de setiembre de 1556

no hubiese partido de la Habana, invernase en ella hasta el mes de febrero de 1557; pero sabiendo la gran falta de dinero que tenia España, y las guerras y necesidades del rey, no se detuvo el tiempo que se le ordenó en Nueva-España; antes volvió á Cadiz á 12 de setiembre de 56 con tanta presteza que nadie pudo presumir semejante viaje, y trajo registrados y por registrar siete millones, y otro en cochinilla, azucares, cueros y otras mercaderías; y cuando llegó á Sevilla estaban armando cuatro naos, y levantando gente para que fuesen á las islas de los Azores y volviesen escoltándole; cuyos gastos, y los que su armada habia de hacer invernando en la Habana, cesaron con su venida.

A 26 de febrero de 1557 volvió á ser nombrado general de la flota; pero creciendo el daño de los corsarios en las costas de España, faltando quien pudiese remediarle, le mandó el rey en 22 de marzo fuese á perseguirlos, lo cual ejecutó en el mes de, abril con tanta presteza y fortuna, que dejó libres las costas de las infamias que cometian. Hallándose por mayo en Laredo descansando, le nombró el rey á dos de junio por capitan general para que fuese á Flandes con la armada de su cargo (escoltando veinte y cuatro navíos de lanas) á llevar un socorro de mil quinientos soldados y un millon y doscientos mil ducados. Y aunque cuando se le entregó el despacho (que fue á 8 de junio) estaban los cuatro navíos, de los ocho que la componian, con su almirante Alvar Sanchez, su hermano, en Galicia por bastimentos de orden del proveedor general don Diego de Mendoza: sabiendo que don Luis de Carbajal se detenia en la Coruña, con mucho dinero en su armada sin viento para navegar, y que el rey estaba en In-

glaterra desairado, se resolvió á hacerse á la vela el dia 9 de junio con las cuatro naos que allí habia, cargando en ellas la infantería y dinero referido; y escoltando los navíos de lanas encontró la escuadra de Pie de Palo, famoso corsario, que constaba de ocho navíos corsarios, á los cuales hizo huir usando notables ardides, menos uno que hechó á fondo. Siguió su viaje, llegó en quince dias á Dobra, desembarcó en Cales el dinero é infantería, y los navíos de lana se fueron á Gelanda; y á esta buena ventura de Pedro Menendez puede atribuirse la victoria de san Quintin.

El año de 1558 salió de Valladolid, y en dos zabras (que son bageles muy pequeños) se puso en Amberes en quince dias contados desde que salió de Valladolid, navegando en invierno aquellos mares que aun en verano se tuviera por temeridad en tan pequeños bageles y de tan poca firmeza, porque fueron los primeros que halló en Laredo quitándoselos á unos pescadores de Castro.

Volvió el rey á enviarle á España para que llevase socorro, y el consejo le ordonó fuese con seis zabras y cuatro navíos de su cargo para resguardo: cuando llegó á Laredo halló que los proveedores don Lope de Valenzuela y Juan Martinez de Recalde sin su orden habian enviado las dos zabras á san Sebastian por bastimentos de que estaban faltos los otros cuatro navíos de su armada; y advirtiendo que el viento era próspero para el viaje, y contrario para los corsarios de san Juan de Luz y otros franceses, se hizo á la vela en Laredo con las cuatro zabras solas, y á los nueve dias estaba en Amberes, dejando burlados á los corsarios, que poco despues salieron al mar creyendo que no habia partido á esperar el socorro con individua

noticia de todo lo que llevaba. Volvió á mandarle el rey se viniese á España al primer buen tiempo con las cuatro zabras y dos navíos de la armada de don Luis de Carbajal, y que llevase en ellas á Flandes al arzobispo de Toledo, al conde de Sarria, al regente Figueroa, á don Diego de Mendoza y otros caballeros. Fue á Gelanda, donde tuvo noticia le esperaba en el camino una gruesa armada francesa, por miedo de la cual no se atrevian á salir los navíos mercantiles de vasallos del rey de aquellos puertos ni de los de Inglaterra: él los juntó todos, que eran veinte y siete, aunque se habia dado orden para que no trajesen mas que seis, que estaban en Gelanda, y salió del puerto con ellos; y aunque pudiera con gran brevedad hacer su viaje con las cuatro zabras y los dos galeones, fue aguardando á los navíos mercantiles, y entre Ugente y Soringas le salió al encuentro el almirante de Normandía con doce galeones muy grandes y un patache: aseguró á todos los que iban con él del riesgo, y usó de tantos ardides y astucias militares contra los franceses, ya envistiendo, ya retirándose, que no se atrevieron á envestirle, y le dejaron libre el paso: y aunque pudiera haber llegado en tres dias á Laredo, volvió á arribar á Inglaterra por no desamparar á los navíos mercantiles, y entró con todos en Laredo sin que se perdiese un alfiler. Algunas de estas cosas ejecutó contra las instrucciones que se le daban, pareciéndole que contravenirlas era mayor servicio del rey; y confiado en su esperiencia y su fortuna, se atrevia á esponer su cabeza al riesgo de perderla si salian mal.

Anduvo mas de dos meses en compañía del almirante de Inglaterra, general de la armada de aquel reino, con la suya escoltando los señores ca-

balleros y soldados que pasaban á Calés desde Dobra, hasta que se le dió orden de asegurar el paso entre Ugente y Sorlingas á la armada de España, en que llevaba el príncipe de Evoli un gran socorro á Flandes: lo mismo se mandó al almirante de Inglaterra y á don Luis de Carbajal, general de la armada del Océano, porque se tenia noticia que los franceses prevenian grandes armamentos para ocuparle y tomar el socorro.

Estando guardándole las tres armadas se levantó tan recia tempestad, que don Luis y el almirante no creyeron poderse mantener, y don Luis arribó á Inglaterra con su armada: mas Pedro Menendez reconociendo que si el príncipe de Evoli habia salido de Laredo pasaría dentro de tres ó cuatro dias por entre Ugente y Sorlingas, procuró reparar á la tormenta con su armada: los ingleses le rogaron arribase con ellos á Inglaterra como lo habia hecho don Luis: respondióles que aunque se perdiese no podia dejar de cumplir la orden del rey; porque si la armada de España venia navegando llegaría muy presto; instaron á que enviase á lo menos un navío suyo para que arribase con ellos, porque la reina María daría mas crédito á su capitan por el gran concepto que tenia hecho de Pedro Menendez desde que hizo la escolta entre Dobra y Calés, y en la costa de Bolonia tantos daños á los franceses, con gran terror suyo, que no osaban salir de sus puertos; lo cual y la estrechez y amistad que habia tomado con sus vasallos, le causaban la gran estimacion en que la reina le tenia.

Dióles Pedro Menendez el navío peor dispuesto, y se quedó solo con ocho bageles, en que entraba la capitana y la almiranta, dos galeones de qui-

nientas toneladas; todos navíos muy ligeros y bien armados. A los ocho dias descubrió una vela cerca de Ugente, y mandó al capitan Diego de Isla, natural de Quejo, junto á Laredo, hombre muy esperto en el mar y valiente corsario, fuese á reconocerla, y él subió á la gabia, desde donde á las dos horas divisó mas de ochenta velas, que le parecieron muchas para ser la armada de España, porque tenia noticia sería de treinta velas: persuadióse á que eran navíos franceses que volvian de Terranova (de la pesca de bacallao y merluza), resolvió acometerlas; y dando las órdenes necesarias para que ninguno se le escapase, vió que se adelantaba un patache, de que era capitan Diego Flores de Valdés, al cual conoció luegó: llegó á la capitana, y dijo á Pedro Menendez era la armada del príncipe de Evoli la que miraba, de que venía por capitan general don Diego de Mendoza, que habia sido embajador en Roma, y por almirante Alvar Sanchez de Valdés, su hermano. Pedro Menendez llegó á un navío grande, y supo iba en él don Diego de Acevedo por coronel de seis mil hombres; preguntó por la capitana que se habia adelantado una legua, y la alcanzó en breve tiempo, dejándose atrás las ochenta naves. Saltó en un batel con doce gentiles hombres para subir á la capitana, donde fue bien recibido de don Diego de Mendoza, y el príncipe de Evoli y otros señores que los acompañaban, y el príncipe le pidió fuese con él.

Al dia siguiente vieron la costa de Inglaterra, y por la tarde el puerto de Artamua, donde el príncipe previno á Pedro Menendez habia de salir á tierra en una de dos zabras que traía, y que enviase la otra á las naves por si alguno de aque-

llos caballeros queria salir con él. Acompañáronle muchos para ver á la reina María y á Londres. El príncipe se despidió de la reina brevemente por ir á Flandes á dar cuenta á su magestad del estado del socorro. Aquella noche se quedó Pedro Menendez en tierra, porque no pudo volver en sus zabras á la armada que estaba surta á una legua del puerto, en parage bien peligroso y amenazado de tormenta. Fue derecho al dia siguiente á la capitana de don Diego de Mendoza, y le advirtió ser preciso tomar el puerto ó hacerse á lo largo al mar, porque queria entrar tormenta y viento de travesía, y que si no se ejecutaba luego uno ú otro temia que toda la armada se perdiese. Consultólo don Diego con sus pilotos, y le respondieron no corria priesa hasta el dia siguiente: mas Pedro Menendez dió tan eficaces razones de su dictamen, que convenció á don Diego de Mendoza, y consiguió orden para levar las anclas de su armada, quedando él en mandar lo mismo. Dióse tanta priesa Pedro Menendez, que empezó á navegar á la media hora; y cuando se movió la armada de don Diego estaba ya mas de dos leguas distante de tierra. Pedro Menendez viendo que eran mas de las cuatro de la tarde, y que don Diego se quedaba entre tierra, y que si cargaba la tempestad de noche se perdia sin remedio, vino á popa, y persuadió á don Diego mandase cargar velas antes que entrase la noche, y se metiese en Artamua, que distaría tres ó cuatro leguas de allí: don Diego mandó se ejecutase así: pudo llegar al puerto Pedro Menendez media hora antes, y se quedó á retaguardia por guardar respeto á la capitana; la cual, cuando fue á entrar en Artamua, halló echada la cadena al puerto, amainó las velas y surgió; pero imitándola las naves que venian de-

trás, como la marea iba hácia adentro y venteaba ya muy recio la travesía, se hacían pedazos unas naves con otras en aquella estrechura, rompiéndose las entenas, árboles y baupreses, sin que las amarras pudiesen resistir la violencia del temporal; en tanto peligro era la mayor afliccion de todos venir la noche (que ya tocaban al *Ave María*) y crecer la cerrazón y viento, de suerte que no habia medio para salvarse, porque aunque envió don Diego recado al alcaide de la fortaleza para que alargase la cadena nunca quiso responder.

Pedro Menendez surgió tambien con su armada á lo largo de las naves de don Diego, de modo que no hacían ni sentian daño de las demás; y viendo que si la noche cerraba no escaparia navío ni persona, saltó en tierra con cincuenta arcabuceros; fue al castillo, y viendo que no le abrían batió con una viga gruesa la puerta poniendo diez arcabuceros de puntería por si alguno salia arriba á resistirle: derribó la puerta, entró dentro, y no halló á nadie: registró el castillo, dió con un cabo fuerte cerrado con puertas de hierro, donde estaba el cabrestante y el ingenio con que se largaba la cadena del puerto, pero era impenetrable; por lo cual envió orden á su armada para que cortase cables y echase todas las velas que el tiempo dejase, que era ya mucho, y entrase á fuerza en el puerto, porque ya no habia otro remedio que aventurarse; en tanto procuró con unas palancas desguarnecer las puertas de hierro, al tiempo que su capitan venía á envestir á la cadena como él lo habia mandado. Acabó de romper la puerta, y entrando dentro sacó un machete acerado que traía en la cinta, y cortó una gruesa y fuerte guindaleta de cáñamo, y corrió sin daño la capitana, y trás

ella entró en el puerto toda la armada en salvamento, aunque por ser la tormenta tan horrible se perdieron dentro del puerto (que era muy bueno) seis naves inglesas que estaban en él, y dos de la armada y otras dos que se quedaron surtas á media legua de la cadena, (por no saber que estaba rota) en que se perdieron cuatrocientos hombres y mucha hacienda; y á no ser por la gran diligencia de don Diego de Mendoza y Pedro Menendez, todas hubieran perecido igualmente en cuatro riesgos que en doce horas padecieron; uno en quedar surtas donde estaban, otro en hacerse al mar sin arribar á Artamua, otro si no se rompe la cadena, y otro dentro del puerto, donde la aseguró Pedro Menendez, andando sin sosegar con los bateles, marineros y pilotos toda la noche amarrando y socorriendo á los bageles.

Al dia siguiente, reconociendo don Diego de Mendoza y don Diego de Acevedo que aquella felicidad se debia á Pedro Menendez, no cesaban de abrazarle, ni toda la gente de aplaudirle y celebrarle con los mayores estremos, repitiendo que si no fuese por su destreza y diligencia hubieran perecido y llorado España la mayor pérdida, porque iba allí la flor de su caballería y un socorro de gran importancia para el rey, de infantería y dinero.

Mandó luego don Diego de Mendoza que se reparase la armada; pero habiendo llegado cuatro dias despues don Luis de Carbajal, se la entregó don Diego segun la orden que tenia, y partió por tierra á Londres y de allí á Flandes: Pedro Menendez fue á Laredo, donde tuvo gran pesar de la muerte del capitan Diego de Isla, á quien envió á reconocer el navío primero que descubrió junto á Ugente, que era de un frances corsario, á quien

quitó dos presas que llevaba Isla; mas retirándose con ellas á Laredo, porque el viento le impidió seguir la armada, á dos leguas del puerto dió en tres galeazas de san Juan de Luz que le abordaron, y queriendo resistirlas le dieron muerte y á muchos soldados suyos.

Mediado octubre de 1558 mandó á Pedro Menendez la princesa de Portugal, que era gobernadora de estos reinos, fuese en posta á Valladolid, y que allí aumentase diez naos á su armada y dosmil hombres para conducir á Flandes á la reina María, que habia de quedar por gobernadora de aquellos estados; pero dejando sin efecto esta prevencion la muerte de la reina, mandó la princesa (ajustándose ya la paz con Francia) despedir la armada, y á Pedro Menendez que fuese á Flandes con dos zabras á llevar unos pliegos de importancia, y al doctor Velasco, del consejo y cámara.

Luego que llegó á Bruselas le eligió el rey en mayo de 1559 por general de la armada, en que habia de volver á España (y á su hermano Alvar Sanchez hizo capitan general de la carrera de Indias), á donde le despachó con las órdenes necesarias: atravesó á Francia por tierra con su hijo don Juan Menendez y Sebastian de Estrada, y en siete dias se puso en Fuente-Rabía sin que le conociese nadie.

Despachó las cartas á la princesa, y él fue por todos los puertos de las costas recojiendo bageles, soldados y marineros: acabó en Bilbao una galera hechiza para traer al rey, y á 10 de julio estaba ya de vuelta en el puerto de Ramua con cincuenta navíos bien prevenidos de todo: envió al rey, que estaba en Hault, doce capitanes que habia elegido para su consejo, que llegaron el dia 12, cosa mara-

villosa; y que la corte no acababa de entender cómo hubiese sido, ni creyó que pudiera volver á tiempo; por lo cual los ministros habian embargado todas las urcas y elegido la mas á propósito para su magestad: dijo al rey era mejor la que traía destinada para su real persona, refiriendo la calidad de ella: envió el rey á Monsieur Dobaque, flamenco, á que la reconociese, el cual volvió alabándola mucho, con que dió el rey orden á Pedro Menendez para que á 15 de agosto tuviese pronta la armada (compuesta de ochenta velas) como capitan general. A 26 de agosto se embarcó el rey y la corte: al dia siguiente los pilotos representaron al rey era el viento contrario, y que no debia hacerse á la vela, sino volver á saltar en tierra: Pedro Menendez respondió á los motivos en que se fundàban, y dió seguras razones de que á las diez del dia haría buen tiempo, y proseguiría por ocho ó diez dias la bonanza como demostraba el sol: quedó el rey convencido y asegurado viendo cumplido el pronóstico en la primer parte: hízose á la vela, y se adelantó con seis naves y seis zabras de Pedro Menendez, tanto que la familia real le aconsejó llegase á España y dejase las urcas que venían detrás: persuadióle Pedro Menendez á que no convenia hacerlo así ni adelantarse hasta salir del canal de Ugente y Sorlingas, pues navegando entre costas de Francia é Inglaterra, si arreciase el viento era preciso tomar el primer puerto que hallasen, del cual no podian apoderarse sino con toda la armada, antes necesitarian de pedir licencia á los gobernadores, que no se la darian, y era perderlo todo por adelantar un dia; el rey mandó navegase toda la armada junta: gobernóla Pedro Menendez con grande prudencia, valiéndose de los bordos cuando el viento era contrario, y así des-

envocó la canal de Ugente y Sorlingas, pero luego conoció que el sol demostraba vientos muy recios y tormentosos, aunque no pudo conjeturar de qué parte ventearían: y dijo al rey que ya podia adelantarse si quería, pues estaba fuera de las costas de Francia é Inglaterra; respondióle el rey hiciese lo que le pareciese mejor en todo, pues venía á su cargo: murmuraban mucho los criados de la casa real de que si esto no se hubiese hecho antes que ya se hallarían cerca de España.

No pudo conjeturar Pedro Menendez de qué parte vendría el viento; dió cuenta al rey, tuvo consejo sobre el parage donde habia de desembarcar, y discordaron todos los pilotos; pues aunque supieron que el rey se inclinaba á Santander, unos fueron de sentir que fuese á la Coruña y otros á Bilbao, Laredo ó san Sebastian. Informóse el rey de los fundamentos de la diversidad, y halló que no concluían: preguntó á Pedro Menendez dónde iria derecho, respondió, diciendo que debia agradecer á aquellos consejeros el amor, ya que no el fundamento de su dictamen, porque cada uno queria honrar con la persona real su patria, y que no habia de faltar á la suya: por lo cual era de parecer que su magestad fuese derecho á la punta de Gijón, en Asturias, donde hay un buen surgidero que llaman las Torres. Rióse el rey y los demas, creyendo que lo decia por gracia, y mandole diese su parecer: volvió á decir que no se podia hacer otra cosa, porque desde aquella punta habia cuarenta leguas á la Coruña y otras tantas á Laredo: que si el viento faltase Nordeste navegaría á la Coruña; y si Vendabal (como temia), á Santander ó Laredo; y si hubiese bonanza desembarcaría en las Zabras en el surgidero é iría por

tierra á Leon y Oviedo á ver aquellos templos que no habia visto, y sus criados podrian tomar tierra en Gijón ó Avilés.

Todos aprobaron el dictamen, y el rey y la corte quedaron tan satisfechos, que prosiguieron su navegacion como habia dicho. Al tercer dia descubrieron las peñas de Gijón donde iban derechos; pero cargó tan recio Vendabal, que no pudieron tomar tierra, y torcieron á Laredo. A tres leguas del puerto conoció Pedro Menendez queria entrar de repente gran tormenta, y suplicó al rey se embarcase con él en el batel que traía por popa de su galeaza para pasar al puerto. El rey lo hizo así con veinte criados que llevaba allí, y aunque mar y viento eran contrarios, se metieron al abrigo de los montes que llaman Santóña, y á lo largo de ellos fueron navegando hasta Laredo, donde tomaron tierra el dia de Nuestra Señora de setiembre á las nueve de la mañana. Salió todo el pueblo, los regidores con palio, y fue su magestad á la iglesia; oyó misa, y con él Pedro Menendez, el cual se volvió al mar y metió los navíos en el puerto; creyendo no tardaria la gran borrasca que temia, echó á su galeaza siete anclas, y la dejó muy bien amarrada hasta el anochecer, que la hizo traer cinco ó seis varas hácia tierra: sacó de ella ciento cincuenta cofres del rey, y su recámara entera, sin dormir en toda la noche él ni muchos marineros que le ayudaban.

Mandóle llamar el rey á las ocho de la mañana; respondió que ya iba, y se detuvo mas de una hora. Volvió el rey á mandarle saltase en tierra, y detuvo al criado en el navío mas de media hora, hasta haber desembarcado en el muelle, y entregado á los criados (á quien pertenecia) cuanto el rey llevaba en la galeaza. Ejecutado esto, fue á saber

lo que mandaba el rey, que estaba bien disgustado de su tardanza. Preguntóle que en qué se habia detenido: respondió, que en dar orden de descargar su recámara. Volvió á preguntarle que cuántos dias serían menester para el desembarco, y habiéndole dicho que ya estaba entregada toda á los criados que debian tenerla, se holgó el rey mucho, y le preguntó por el tiempo y las urcas. En cuanto al tiempo, respondió, no tardaria seis horas la mayor tormenta que su magestad habria visto, y que no dudaba que las urcas habian arribado á las costas de Francia, porque las que se quedaron atras el segundo dia de navegacion (despues de haber resuelto ir á Asturias y que venian derechas á Laredo) no pudieron tomar tierra de España con Vendabal. Fue cierto que arribaron á Francia, y llegaron cuarenta dias despues á España; y lo mismo le hubiera sucedido al rey si intenta venir derecho á Laredo, San Sebastian, ó Bilbao.

Acabando de comer este mismo dia Pedro Menendez, don Diego de Mendoza y otros, salieron á una ventana que caía al mar. Don Diego dijo que antes de veinte y cuatro horas empezaria gran tempestad. Pedro Menendez replicó que antes de cuatro horas. Estando porfiando sobre esto como dos horas, de repente entró tan gran viento y marea que las naos que estaban en el puerto se desamarraron y dieron sobre la galeaza, que como estaba tan bien amarrada sostuvo algunas. Perdióse una galeaza nueva de Martin de Ortánez con toda la recámara del conde de Chinchon, y la nao imperial en que tres años antes habia venido el rey á Laredo; y si los cables de la galeaza de Pedro Menendez se quiebran, se pierden todas las que habia en el puerto.

No admiró menos el rey la terribilidad de la tormenta que el conocimiento de Pedro Menendez; y estando en Colindres, media legua de Laredo, en casa de Pedro de Hoyos, fue Pedro Menendez á pedirle la orden que habia de guardar antes que partiese á Valladolid, y desde allí á Toledo á las Cortes.

Así que el rey le vió, le dijo: *Mucha merced nos ha hecho Dios Nuestro Señor en habernos dejado desembarcar antes de la tormenta: ¿qué os parece? y respondió Pedro Menendez: Señor, ha muchos meses que en España hacen continuas oraciones por V. M. suplicando á Dios nuestro Señor le trajese á sus reinos en salvamento, y en este tiempo no han podido los demonios hacer mal: mas como cesaron con la llegada felizmente de V. M. las oraciones, se soltaron é hicieron el que pudieron.* Mandóle el rey se quedase allí á despedir la armada y recibir el resto de ella cuando llegase, y que en concluyendo con todo fuese á Toledo, donde le haria merced, porque aunque quiso el rey hacerla correspondiente á su gran servicio, se dijo entonces que Gutierre, Lopez de Padilla y otros ministros le aconsejaron no le premiase porque sabian de sus parientes queria retirarse á su tierra: diabólica especie de hacer mal á los que sirven bien.

Pedro Menendez quedó confuso de esta escasez pobre, empeñado, sin muchos hermanos deudos y amigos que habian muerto ayudándole á servir; y de la desazon que sintió, y los trabajos incesantes padecidos, le dieron cuartanas, que le duraron veinte meses, mas no por esto dejó de cumplir lo que se le habia mandado. Concluido todo, fue á Toledo á dar cuenta; mas apenas los del consejo de Indias supieron su llegada cuando consultaron al rey le

mandase ir con la flota de Nueva-España y Tierra firme en que habia de pasar al Perú el conde de Nieva, el Lic. Muñatones y otros; pues aunque por muerte de Alvar Sanchez estaba nombrado Pedro Sanchez de Menesa, vecino de Fuente-Rabía éste iria por Almirante, porque el nombramiento de general se le habia dado en caso de hallarse ausente Pedro Menendez.

El rey, luego que llegó á su presencia Pedro Menendez, le mandó ir por general de aquella flota y armamento. Representóle Pedro Menendez estar enfermo y ser preciso curarse; que los aires de su tierra le habian dicho desterrarian las cuartanas, pues no lo habian conseguido tantos remedios como habia hecho, y pidió licencia á su magestad para ir á ver á su muger, y casa de que estaba ausente muchos años habia. El rey le mandó obedeciese, pues la enfermedad que tenia no era peligrosa, y que á vuelta del viaje le haria merced por sus servicios, que eran muy señalados; con lo cual no pudiendo escusarse mas, hizo aquella jornada á las Indias, y estaba de vuelta en España á 11 de julio de 1560.

Otras hazañas y casos tan singulares, que parecen increibles, acreditaron á Pedro Menendez de ser el mayor hombre de su tiempo; pero no bastó el aplauso tan comun como verdadero á librarle de la saña de la envidia; pues habiéndole mandado volver á las Indias con la flota año 1561, llegó á España cargado de riquezas y émulos, que dieron causa á la prision en que íbamos hablando, habiendo cumplido en esta ocasion mejor que en las demas. Para desenredarse da la calumnia visitó á los del consejo de Indias, y se presentó en él donde se le mandó prender, porque no dejó arbi-

trio mas piadoso el estruendo de su causa. Sufrió con gran paciencia este segundo desden de la fortuna; pero no quiso dar mas defensa por sí ni su hermano que la dada en Sevilla, ni añadir mas autos y papeles. En fin, salió sentenciado en vista y revista en mil ducados de vellon por la culpa que resultaba de los autos sin decir cuál era, y Bartolomé su hermano multado en doscientos ducados.

El rey, que estaba bien informado del modo de servir Pedro Menendez, y del proceder de los jueces primeros de la causa, sintió la sentencia del consejo, y le hizo llamar; y perdonándole la mitad de la multa, le mandó volviese á servir de general de la carrera de Indias con sus hermanos y deudos como antes, de lo cual se tendria por bien servido y le haria mercedes dignas de sus buenos servicios y la demostracion que correspondia al agravio que se le habia hecho: porque estaba muy enterado de que habia sido acusado falsamente, en lo cual estaba muy cierto. Pedro Menendez le besó la mano por la merced que le hacia con tan honrosas espresiones, diciendo era la mayor que podia merecer á su real piedad el amor y fidelidad con que habia procurado servirle; y que esperaba deberle aliviase la gran afliccion y sentimiento en que estaba; pues hallándose con solo un hijo, que era gentil-hombre de su real casa, viniendo por general de una flota de Nueva-España le entró una tormenta junto á la isla Bermuda cerca de la Florida, y desapareció la nave en que venia, que naturalmente habria naufragado, salvándose su hijo y otros amigos, criados y soldados suyos, que venian con él en la referida tierra; á donde estarian esclavos como otros náufragos, que la prision padecida mas de dos años habia impedido ir á buscarlos, pero ahora que estaba

libre, si su magestad le daba licencia, determinaba aunque fuese pidiendo limosna entre sus deudos, armar dos pataches y salir á reconocer aquella isla y la Florida, costeándola toda si fuese necesario, saltando en tierra para preguntar por señas á los indios si habia entre ellos algunos hombres con barbas ó en alguna isla cercana, porque hasta hacer esta diligencia no le parecia cumplia con su conciencia ni con el amor que tenia á su hijo, deudos y amigos; que hallándolos ó no si su magestad se lo permitiese se volveria á su casa, que en diez y ocho años no habia visto, para acabar sus dias en servicio de Dios. El rey tuvo lástima y compasion de sus trabajos, y le consoló diciendo: que á todo daria providencia, y mandaria se le socorriese, y que al dia siguiente volviese á verle para saber su última resolucion.

Vino Pedro Menendez á palacio, y luego que llegó á presencia del rey le dijo sentia sus trabajos y desconsuelos, y tenia resuelto darle lo necesario para ir en busca de su hijo; pero que acabada esta diligencia habia de registrar toda la costa de la Florida, descubriendo sus ensenadas puertos y bagíos que en ella habia, demarcándolos puntualmente para ponerlos en las cartas de marear, y hacerlos públicos entre los navegantes, pues la causa de haberse perdido muchas naves, gentes y riquezas que iban y venian á las indias, y aun las armadas reales que habian ido á la poblacion y conquista de aquella tierra, tenia por cierto procedian de ignorar el secreto de la costa. Entonces Pedro Menendez, que en nada menos habia pensado que en la poblacion y conquista de la Florida, le dijo al rey con voz muy entera: *Pluviese á Dios, Señor, que V. M. entendiese lo que se sirve mandarme como conviene al ser-*

vicio de Dios y de V. M., porque no hay negocio de mayor importancia en todo el reino, ni otro que tenga mayor nenecesidad de remedio en tiempo que tantos hereges manchan la religion católica y las buenas costumbres que profesaron sus mayores con sus inobedientes, impios y escandalosos errores en Flandes, Inglaterra, y Alemania, provincias las mas cercanas á la Florida, tierra tan dilatada, de tan buena altura y temple para todos mantenimentos, que precisamente si se poblase habian de hallarse en ella cosas escelentes. Y cuando no se hallase nada, Señor, está llena de millones de indios salvages sin fé ni ley, totalmente desalumbrados de la verdad de la religion, lo cual basta para que V. M. se considere obligado en conciencia á poblarla y reducirla, y enseñarlos el verdadero camino de la salvacion y plantar el santo Evangelio en ella, pues con esta calidad ha tantos años que á los señores reyes de Castilla concedieron los sumos Pontífices aquellas tierras. Es tanta la lástima y dolor que me causa aquella multitud de indios infelices y desamparados, que ninguna empresa tomaré á mi cargo de cuantas armadas, oficios, y dignidades pueda V. M. darme en sus reinos como la poblacion y conquista de aquellas estendidas regiones.

El rey le oyó con escesivo contento, manifestándole en el semblante y en las palabras que holgaria mucho de que tomase aquella espedicion á su cargo, y capitular con él. Volvió á besar la mano al rey por la nueva é impensada merced, y se salió muy alegre, porque aun recelaba (sin fundamento) hubiese formado algun siniestro concepto de su obrar, como algunos ministros le decian, por haber creido á los malsines que tanto mal habian dicho de él, y deseaba con nuevo mérito restituirse en la reputacion que con tantos trabajos, peligros, gastos, y muertes de su hijo, hermanos, deu-

dos, amigos y criados, habia adquirido.

Uno de sus mayores pesares era ver á los capitanes y gente que le habian seguido, y servido al rey pobres y necesitados sin poderlos remediar: porque él se hallaba de la misma suerte, y así no le parecia dificil ninguna empresa la mas ardua, y menos la conquista de la Florida, que era tan del servicio de Dios y del rey, y bien general de estos reinos; y esperaba saliendo con ella el galardon de sus servicios, y á lo menos (decia) no le podia faltar lo mas, que era el de Dios y su favor, pues su principal motivo era ensalzar su santo nombre.

Pidió á sus deudos y amigos cuanto pudiesen darle para esta empresa, y ellos reconociendo su importancia le ayudaron, no solo con sus haciendas, sino con las de sus amigos, y el que mas se señaló fue Pedro del Castillo, vecino y regidor de Cádiz que gastó cuanto tenia, y buscó veinte mil ducados, en que quedó empeñado.

Presentó su asiento en el consejo de Indias despues de ajustado con los ministros que se destinaron á este efecto, y se dió cuenta de todo al rey, el cual le aprobó.

Año de 1565.

Fue muy ventajoso á la Hacienda real el asiento (de que en 20 de marzo se despachó real cédula ante Francisco de Eraso). Capitulóse que en el mes de mayo tendria aprestadas en Cádiz ó en el puerto de Santa María seis chalupas y cuatro zabras con armas, municiones y quinientos hombres, cien labradores, marineros, y los demas oficiales y gente de guerra, y llevaria bastimentos para dichos quinientos hombres por un año, que se habia de

contar despues de embarcados: *Todo ello á su costa y mision, sin que su majestad ni los reyes que despues vinieren sean obligados á le pagar ni satisfacer cosa alguna de ello mas de lo que por esta capitulacion fuese concedido.*

Que llevaria el galeon san Pelayo proveido de todo lo necesario. Que dentro de tres años habia de haber conquistado y tomado posesion de la tierra de la Florida descubriendo toda su costa para ver y calar los puertos y corrientes, rocas, bagíos y ensenadas que hubiese en dicha costa, haciéndolos demarcar y señalar lo mas precisamente que pudiese por sus alturas y derrotas *para que se sepa y entienda el secreto de la costa y puertos de ella*, haciendo demarcacion y descripcion de todo, y que en el espresado tiempo habia de meter quinientos hombres para poblarla, los cien casados y de los demas la mayor parte labradores y oficiales para que mas facilmente se cultivase la tierra, y que llevaria doce religiosos y cuatro padres de la Compañía de Jesus: que en el mismo tiempo habia de meter en la Florida cien caballos y yeguas, doscientas terneras, cuatrocientos puercos, cuatrocientas ovejas, y algunas cabras, y todos los demas ganados mayores y menores que le pareciese, y quinientos esclavos (para que se le daria licencia libre de derechos), la tercera parte hembras para su servicio y el de la gente que llevaba, y edificar, poblar y cultivar, con mas facilidad la Florida, plantar cañas, hacer ingenios de azucar, dándole facultad para señalar y repartir tierra á los pobladores; y que en caso de ponerse real audiencia en aquella tierra se le daria la vara de alguacil mayor de ella.

Que poblaria dos ó tres pueblos de á cien vecinos, y en cada uno fabricaria un fuerte segun la

calidad de la tierra, y que la conquista y pacificacion la haria con mucha prudencia y cristiandad.

Concedióle su magestad, empeñando su real palabra, que pudiese navegar con seis chalupas y cuatro zabras juntas ó divididas en flota, ó fuera de ella desde la Florida á Cuba, la Española y San Juan de Puerto Rico, y venir de allí á España sin pagar derechos, y enviarlas á cualquier parte de las Indias cargadas de víveres y bastimentos á la ida y vuelta de cualesquier mercaderías, escepto oro, plata y piedras preciosas; y que por seis años pudiese traer dos galeones de quinientas á seiscientas toneladas, y dos pataches de ciento cincuenta, á doscientas, cediendo lo que tomase con ellos en su utilidad.

Dióle título de adelantado perpetuo de la Florida con las mismas preeminencias y calidades que gozan los de Castilla, y veinte y cinco leguas en cuadro (las que escogiese) de lo descubierto y poblado, con un lugar ó dos, y título de marques de dichos lugares para sí y sus herederos: ser gobernador y capitan general de la Florida con dos mil ducados de salario, y despues de sus dias el hijo ó yerno que escogiese, que dicha cantidad habia de pagarse de los frutos y rentas de la tierra.

Tambien le concedió una parte de quince de todas las rentas, minas, oro, plata, perlas y frutos, que tocasen á su magestad, y dos pesquerías, una de perlas y otra de pescados: y en 22 de marzo se le despachó título real de capitan general de la armada de la conquista de la Florida.

En este intermedio se tuvo noticia de que los hugonotes de Francia habian poblado y fortificádose en la Florida tres años antes, y que les iba de nuevo socorro considerable, y aunque vagas en la

cantidad las noticias, ciertas en el hecho, por lo cual le mandó el rey que luego viniese á la corte, que iba á Asturias y Vizcaya á convocar amigos y parientes, personas de confianza para seguridad de la empresa. Obedeció al punto dejando en Asturias á Esteban de las Alas por general de aquella gente y navíos, y á Pedro Menendez Marquez, su sobrino, por almirante, con orden de que navegasen á Canarias donde se juntaria con ellos.

Previno el rey la defensa, advirtiendo ser fuera de lo capitulado con el adelantado, las mayores fuerzas que debia llevar la armada de la conquista, y le dió despachos para que en las Indias se le diesen doscientos caballos y cuatrocientos infantes, pagados por cuatro meses, tres naves de armada, artillería, municiones y bastimentos, y todo lo demás que pidiese y hubiese menester para echar á los luteranos de la Florida; pero el adelantado conocia que esto era mucha dilacion, y que tendrían los franceses lugar, no solo de ser socorridos, sino de hacer amistades con los indios, y de fortificarse; porque teniendo á los indios por amigos y á los franceses que los industriasen para pelear, no llevaba gente ni disposicion bastante para desembarcar ni hechar de la tierra á los luteranos, lo cual dijo el adelantado al rey, por abril en la mejorada, y en Madrid á los presidentes de Castilla y de Indias, pidiendo se le diesen dos galeras y dos galeotas de las del cargo de don Alvaro Bazan, para que con sus zabras y pataches se adelantase á la Florida, y pudiese llegar antes que el socorro de los franceses; y si hubiesen llegado, entraría en el puerto mas cercano al suyo (que por requerir poca agua sus navíos podia facilmente hacerlo), y allí se fortificaria, procurando hacer la guerra á los

enemigos, y atraer á los caciques á su devocion; y cuando llegase la caballería por la primavera del año siguiente se haria dueño de la campaña y del puerto; porque ya sabia que su fuerte estaba dos leguas el rio adentro; y tomado el puerto ni los podian socorrer los franceses ni comunicarlos los indios, y se entregarían de hambre; que de este modo iba la guerra con toda buena disciplina y orden, y dejarían presto la tierra sin infestarla con su malvada secta; pero no pudo conseguir nada: porque aunque á todos convencia la razon del adelantado, se temia al turco sobre Malta, y no se podian desmembrar las galeras y galeotas de la armada. Considerando el rey lo que importaba la brevedad, mandó en la Mejorada, por su consejo de estado y guerra, se diesen al adelantado quinientos hombres bastecidos y pagados con navíos de armada á costa de la real hacienda, para que con este socorro y la gente que habia de tomar en Indias pudiese ejecutar sus designios.

Iba despacio poner corrientes los bajeles que el rey mandaba añadir, y aun la gente; por lo cual Pedro Menendez, que siempre imaginó estaba en la celeridad la fortuna de esta empresa, despachó tres mensageros á partes diferentes, y dió orden á Francisco de Reinoso, hombre de armas de su magestad, de que llevase á Cadiz la mas gente que pudiese: y haciéndosele cada dia un año, se estrechó con Francisco de Eraso; y entre otras instancias que hizo, le dijo que de la dilacion de su jornada á la Florida era muy deservido el rey, y que sin malograr la empresa, no debia detenerse á esperar los navíos, bastimentos y gentes mandados prevenir, porque aun no sabian los ministros dónde los hallarían: que él tenia un galeon que era

la mejor alaja que habia en la mar, muy ligero, artillado y puesto en punto de guerra: que aunque los mercaderes de Sevilla le daban veinte y cinco mil ducados porque fuese fletado á nombre de Dios, perdería aquel interés, y recogería en él cuanta gente pudiese como se enviase orden á los oficiales de Sevilla para que le basteciesen de todo lo que necesitase, y él se iria luego á Cadiz, donde su magestad le podia enviar los despachos que habia de darle en Valladolid; lo cual pareció tan bien al rey, informado de Francisco de Eraso, que dió priesa al viaje para que todo lo dispusiese como habia dicho. Nombró oficiales de la hacienda real el adelantado, todas personas muy principales, y entre ellos Hernando de Miranda, factor, de que dió cuenta al rey y aprobó las elecciones, porque no puede irse á conquistar y poblar tierras nuevas sin llevarlos, y su nombramiento toca al general.

En 5 de mayo escribió de orden del rey, Francisco de Eraso, levantase mas gente; y se dió la conveniente por los oficiales de la casa de la contratacion el mismo dia; con lo cual se abrieron las atarazanas reales, y se dió á Pedro Menendez artillería y municiones de guerra y boca; y aunque mandó su magestad se le diesen quinientos hombres, no tuvo efecto: solo se pusieron de cuenta del rey doscientos noventa y nueve soldados, que llevaron el sueldo de doscientos hombres repartido, y noventa y cinco marineros con el piloto mayor, y todo lo demas qne tuvo por necesario; porque la misma noticia le habia hecho disponer mayor aparato que el de su obligacion.

Llegó de Italia á Sevilla Juan de san Vicente con un camarada suyo, llamado Francisco Perez, naturales ambos de Medina del Campo: traían car-

tas de Luis de Quintanilla, grande amigo del adelantado, en que le aseguraba ser muy buen soldado san Vicente, pidiendo le honrase y favoreciese en lo que pudiese, porque tenia en Italia un hermano capitan que servia con gran crédito; y como era la primer cosa que su amigo le pedia, creyendo que el valor del ahijado corresponderia al de su hermano, de quien tenia mucha noticia el adelantado, le hizo capitan, y al camarada su alferez.

Llevó á esta conquista dos mil seiscientas cuarenta y seis personas en treinta y cuatro bajeles, y entre ellos cuatro muy grandes, prevenidos de mucho mas que habia capitulado: antes de salir de la bahía de Cadiz quiso hacer reseña de la gente que allí se habia embarcado; pero el factor Francisco Duarte (sin orden del rey, porque aunque se la pidió el adelantado no la enseñó), quiso entrometerse en ella diciendo le tocaba; y porfió tanto, que porque no se gastase en disputas en tierra el tiempo próspero que para su navegacion hacía en la mar, consintió en la jurisdiccion que el factor no tenia; representando al rey que conforme al título é instruccion que llevaba no podian los oficiales de la casa de la contratacion de Sevilla entrometerse en ninguna cosa sin real cédula particular; y que hallándose en san Lucar con la armada de la guarda de las Indias para hacerse á la vela, queriendo hacer alarde de la gente de mar y guerra, y socorrerla conforme á su instruccion por ante los oficiales reales, el factor Francisco Duarte le habia requerido se juntase con él, y los demas oficiales, y pidiéndole la orden no la manifestó; y que por ser el viento próspero y que no cesase el real servicio, teniendo por cierto reprendería su magestad este desorden, y para adelante lo mandaría

remediar, se habia juntado con él en su casa, dondo se hizo el alarde; y suplicaba á su magestad mandase á los referidos oficiales no se entrometan en ninguna cosa de esta armada, ni visita de ella sin real cédula particular; pues podrá concederla cuando fuese del real servicio: *porque* (añadió) *la gente de dicha armada anda y andará con grandísimo descontento si los oficiales de la contracion hubiesen de ser sus jueces; y por este mismo caso, temo que la armada se deshaga, si entendieren tener otros jueces mas que el consejo de Indias.*

Hízose el alarde, y la armada se componia de un galeon, fletado de cuenta de su magestad de novecientas noventa y seis toneladas, y diez naos en que iban novecientas noventa y cinco personas de mar y guerra, cuatro clerigos seculares con licencias para confesar, y ciento diez y siete oficiales, cerrageros, molineros, plateros, curtidores, tundidores y otros, con toda la artillería necesaria para batir fuertes y defenderse. Toda la gente iba de cuenta del adelantado, escepto doscientos noventa y nueve soldados y noventa y cinco marineros con el piloto mayor.

El galeon de san Pelayo, que era la capitana, con el adelantado y trescientos diez y siete soldados; los dosciensos noventa y nueve de cuenta del rey, cuatro cañones salvages con la demas artillería y provisiones compradas por Pedro del Castillo, vecino y regidor de Cadiz. La chalupa la Magdalena de setenta y cinco toneladas. Las chalupas de san Miguel, san Andrés, maestre Ganzalo Bayon de cien toneladas; y la Concepcion que llevó noventa y seis hombres. Todas tres de setenta toneladas. La galera llamada Victoria con diez y siete bancos. El vergantin la Esperanza de once bancos.

La carabela san Antonio de ciento cincuenta toneladas, llevó ciento catorce soldados. La carabela la Concepcion, cargada de bastimentos que solo llegó hasta Canarias. La carabela del maestre Juan Ginete. La de nuestra señora de las Virtudes, maestre Hernando Rodriguez, vecino de Cadiz. El navío Espíritu Santo, de cincuenta y cinco toneladas, maestre Alonso Menendez Marquez; y el de nuestra Señora del Rosario, maestre Pedro Suarez Carvayo; y otros cinco, cuyos nombres se han perdido, que en todos hacian diez y nueve, que los demas se estaban previniendo en Asturias y Vizcaya. El sueldo empezó á correr á la gente desde 22 de mayo.

Y habiéndose hecho á la vela en la bahía de Cadiz en 29 de junio, que dilataron la partida los avisos y prevencion contra los hugonotes, se levantó tan gran tormenta que la volvió á tierra, con gran sentimiento del adelantado por la tardanza: recogió mas gente en Cadiz, y abonanzando el tiempo, salió otra vez y llegó felizmente á Canarias, donde volvió á hacer alarde de la gente que llevaba, que no pudo hacer en Cadiz por haberse ausentado el factor Francisco Duarte, y se halló con mil quinientas cuatro personas, no mendigas y soeces, y para que bastaban cincuenta franceses, como dice Jacobo Le Moine, sino de los principales caballeros de Asturias, Galicia y Vizcaya, y que no se atreverían á esperarlos mil.

Dos dias despues de haber partido llegó á la bahía de Cadiz el capitan Luna con noventa hombres, y requirió al factor Francisco Duarte le diese navío en que pasar á la Florida: escusose, y le envió á Pedro del Castillo, el cual le fletó una

carabela con bastimentos y todo lo necesario, y se embarcó con sesenta y siete personas sin los marineros.

Al mismo tiempo que el adelantado prevenia en Andalucía cuanto discurría conveniente al servicio de su magestad y al lucimiento de tan gran general, Esteban de las Alas, su teniente, embarcó doscientas cincuenta y siete personas de mar y guerra en tres navíos cargados de armas y municiones para la misma conquista, en el puerto de Avilés y en el de Gijón á 25 de mayo, á cargo de Pedro Menendez Marquez, sobrino del adelantado y almirante de esta armada (que tambien fue contador de su magestad en la Florida) se hicieron á la vela dos navíos de bastimentos, municiones, armas y jarcias con setenta y ocho personas. Entre la gente que se embarcó en Asturias fueron once frailes de san Francisco, presbíteros, y un lego, un fraile de la Merced, un clérigo, y ocho de la Compañía de Jesus, y los mas no llegaron por las tempestades. De Santander y otras partes de Vizcaya salieron á la mesma empresa muchos bajeles cargados de bastimentos y municiones. De manera, que á esta jornada escediendo el celo del adelantado á su obligacion, llevó tantas personas que no tuvo necesidad de los quinientos negros, ni sacó la licencia real para ellos; pues la voz de destruir los hereges, poblados en tierra del rey, arrastraba la gente á embarcarse, de manera que si hubiera habido disposicion pudiera haber conducido cuanta hubiera querido: llevó dos mil seiscientas cuarenta y seis personas, y entre ellas veinte y seis vecinos casados, con sus familias, gastando el adelantado en menos de catorce meses cerca de un millon de ducados, porque toda la armada fue á su costa, escepto un

navío y doscientos noventa y nueve soldados de cuenta del rey: cosa por cierto increible, si no estuviese justificado el gasto con documentos auténticos; y mas siendo los sueldos entonces tan cortos, que á los oficiales de mar se les daban cada mes seis ducados, á los marineros cuatro, á los grumetes mil maravedis, á los pajes dos ducados, al piloto veinte y cuatro ducados, á los artilleros cinco ducados, á los otros maestres nueve ducados, á los capitanes cuarenta ducados, á los alfereces quince, y ocho á los sargentos; y á los cabos de escuadra, pífaros y tambores seis ducados, á los furrieles tres ducados, á las picas secas tres ducados, y á los arcabuceros y cosoletes cuatro ducados al mes, y de socorro á los cabos de escuadra cuatro ducados, y á los soldados dos. Llevó cédulas reales para que en las Indias se le diese lo que pidiese, pero no fueron cumplidas.

Habiéndose hecho á la vela en Canarias, á poco tiempo entró un recio temporal y se apartó la capitana con un patache de la armada, sin poderla dar mas vista, y al dia siguiente se volvió á tierra una chalupa porque hacía mucha agua y no pudo ser socorrida. De las otras naves que iban á cargo de Esteban de las Alas no se supo el rumbo: solo cinco naves navegaron juntas; y á 20 de julio las envistió tan gran borrasca, que fue necesario aligerarlas y echar al mar lo mejor de la carga. Luis de Cabrera dice llegaron á la isla Española, y á 9 de Agosto á san Juan de Puerto Rico, donde ya esperaban la capitana y al patache que se habian apartado con el temporal: allí tomó el adelantado cuarenta y tres hombres que estaban prevenidos, como habia tomado en la Española las provisiones que necesitaba; y sabiendo

que Juan Ribao iba delante, y que habia apresado un navío de aviso que iba á islas, determinó seguirle, aunque el adelantado se hallaba con poco menos de la tercera parte de su gente y armada, ignorando si el resto se habria perdido con la tempestad, ni si llegarian los navíos de Asturias y Vizcaya; advirtiendo que la gente que estaba con él eran personas de gran confianza y valor; no obstante, que muchos de los soldados no eran espertos, llamó á consejo á todos los capitanes y les propuso que aquella jornada no la habia tomado á su cargo por interés ni vanidad, sino por la honra de Dios, que parecia empezaba ya á manifestar sus piedades; pues para que se conociese visiblemente su mano, habia permitido que la poderosa armada que salió de Tenerife llegase tan menoscabada cerca de la Florida, para que le atribuyesen la gloria de cualquiera accion famosa que se lograse: que confiando en la voluntad Divina, tenia por muy conveniente que desde allí se hiciesen á la vela á la Florida, sin esperar ni buscar mas socorros; pues si lograban hallar el paraje donde los Luteranos estaban poblados tenia por sin duda la victoria, cogiéndolos descuidados, y mas si el socorro no habia llegado; porque de esperar toda la armada en las islas de Barlovento se seguiría el inconveniente de que se publicase su llegada, y tuviesen lugar los enemigos de hacerse tan fuertes que fuesen insuperables; cuyos recelos se desvanecian yendo prontamente á buscarlos; pues cuando los hallasen fortificados y con abundantes socorros, si no pudiesen tomar tierra cerca por reconocer algun riesgo grande, volverían las proas á la Española y á Cuba, donde reforzados con la gente, bastimentos y municiones que fuesen llegando podrian discurrir

lo que se habia de hacer; aunque él tenia por cierto que habiéndose juntado allí tan valientes y honrados caballeros, eran bastantes para intentar cosas mar arduas, y en esta no podian perder nada, pues cuando volviesen á los puertos referidos habrian ganado mucha honra y sabido el camino para acometer con los demas á los enemigos. Pidióles diesen su parecer, que él seguiría el mas conveniente y razonable.

El maese de campo don Pedro de Valdés, su yerno, dijo le parecia bien lo que proponia el adelantado, y que cuanto se dilataba el viaje era perjudicar la resolucion. Siguiéronle otros, pero el capitan Juan de San Vicente y algunos que traían intencion de quedarse en la Española para pasar al Perú ó Nueva-España y dejar esta empresa, replicaron ser mejor esperar á saber el suceso de la armada y las fuerzas de los enemigos, para proporcionar con ellas las prevenciones que debian hacerse para conseguir el mayor lucimiento en empresa de tanta importancia; con lo cual empezaron á altercar unos con otros, y vinieron á resolver conformes que se siguiese el dictamen del adelantado; el cual, muy alegre de esta resolucion, porque siempre creyó que la felicidad de esta jornada estaba en la presteza, les dió gracias, é hizo recorrer los bajeles con gran cuidado.

Mandó entregar las armas á los capitanes que estaban con él para que las repartiesen entre sus soldados, con orden de que las tuviesen listas y limpias, y que cada soldado tirase tres tiros cada dia, el último con bala á un blanco que dentro del galeon san Pelayo se puso, para que los no ejercitados, que era la mayor parte, perdiesen el miedo á los arcabuces, y se adiestrasen en tirar, dando

premios al que acertaba mejor, y que se dijese la doctrina cristiana y se rezasen las letanías y otras oraciones, pidiendo á Dios victoria de los hereges.

Con esta orden y mucho recato fueron navegando, dejando el viaje regular, y entró el adelantado por una canal la vuelta del Norte, hasta que el dia de san Agustin, 28 de agosto, descubrieron tierra de la Florida, de que todos recibieron gran contento, y se cantó el *Te Deum laudamus* con grande solemnidad; pero como no sabian dónde estaban fortificados los luteranos, si al Norte ó al Sur de donde se hallaban, anduvieron afligidos y suspensos cuatro dias á lo largo de la costa navegando de dia y surgiendo de noche.

Al quinto dia vió el adelantado indios en la costa, y envió á tierra á su maese de campo con veinte arcabuceros porque no se espantasen los indios viendo mas gente: los indios se opusieron con sus arcos y flechas; pero como el maese de campo se iba acercando á ellos se iban retirando; y temiendo alguna emboscada no los siguió: mas reparando que habia sido inútil su trabajo sino llevaba noticía de los luteranos, y que se volvia con la misma confusion al mar que habia salido á tierra, dejando la armada en el mismo riesgo de perderse con alguna tormenta en costa no conocida, mandó á un soldado (reo de muerte) dejase las armas y fuese á los indios con algunas cosillas de rescate, y averiguase lo que pudiese, asegurándole si salia bien la vida. El soldado fue á los indios y le recibieron bien, y por señas les aseguró que eran amigos todos los que venian con él, y deseaban regalarlos, y los enviaban para muestra aquellas cosas: creyeron los indios lo que le entendieron, y se fueron acercando donde estaba el maese de campo, y hacién-

dolos señas para que dijesen dónde estaban los franceses, las entendieron respondiendo estarían veinte leguas de allí al Norte, y preguntaron por el capitan: el maese de campo los dió á entender estaban en las naves, y que viniesen á verle: mas no se atrevieron los indios, haciendo señas de que viniese á tierra que le aguardarían.

Volviose á la capitana con su gente el maese de campo, y luego que el adelantado supo el suceso, deseando ver los indios que le esperaban, y apurar las noticias de los franceses, en ocho bateles, saltó en tierra con cincuenta arcabuceros. Fueron hácia él los indios que pusieron los arcos y flechas en el suelo, cantando, y levantando las manos al cielo á modo de adoracion. El adelantado los halagó y repartió entre ellos muchas cosillas de rescate, y les mandó dar de comer dulces; y habiéndole dicho lo mismo que á su maese de campo, en cuanto á los franceses, dejándolos muy contentos se volvió á embarcar, y fue navegando la vuelta del Norte á lo largo de la costa; y ocho leguas de allí descubrió un buen puerto con una hermosa ribera, á quien llamó San Agustin, por haber descubierto en su dia aquella tierra.

Restablecido en su gobierno Renato, procuró adquirir bastimentos para templar á algunos de los soldados que por vergüenza propia habian dejado de seguir á los amotinados y rebeldes; y despues de tantas calamidades le llegaron dos nuevas de gran gusto; una que envió con Glotaut Roque Ferrier, que estaba en las tierras de los tres caciques enemigos de Otina, diciendo: que uno de ellos (que era rey tan poderoso que siempre tenia cuatro mil hombres de guerra, y muy aficionado á los cristianos) enviaba á confederarse con él perpetuamente

asegurándole que si enviaba cien escopeteros se haria señor de los montes de Apalache, para que de ellos sacasen oro y plata, y que Ferrier habia ofrecido solicitar este socorro; y para comprobacion de lo que importaba la amistad de este cacique y de los otros dos, envió á Renato unas planchas de oro y plata, como platos medianos, que servian á los indios de peto y espaldar en la guerra, y una porcion considerable de oro sin acrisolar mezclado con muy buena plata, muchos arcos cubiertos de pieles muy ricas, y algunas saetas con la punta de oro, colgaduras vistosísimas de pluma mezclada con juncos, todas de diversos colores, tramadas con gran arte y sutileza, con que le habian regalado aquellos tres caciques para que enviase parte de ello á Renato, quien respondió á Glotaut que hasta que viniesen socorros de Francia no podia dar gente alguna; pues la que tenia era poca, y los indios no andaban con la fineza que primero, ni podia fiarse de ellos, porque demás del retiro que esperimentaba parece esperaban á que se disminuyese mas para dar sobre él: lo cual habian advertido los dos españoles que entendian mas que nadie de las trazas de aquellas gentes, y le mandó se volviese, llevando á Ferrier algunos paños gruesos, crespos, hoces, sierras y otras cosas de poca importancia, para que tuviese contentos á aquellos caciques, esperanzándolos con la respuesta y con el socorro.

Volvióse Glotaut á Ferrier, el cual cada dia estrechaba mas la amistad de los caciques, y la confirmaron mucho cuando vieron los regalos que venian del fuerte, deseando por instantes el caso de que llegasen los franceses, haciendo mucha jactancia de las alhajas que les habian enviado, de que tu-

vieron tan grande envidia el cacique Otina y sus vasallos, y cobraron tal aborrecimiento á Ferrier que le llamaban Timova, que quiere decir enemigo, y fueron tan grandes las amenazas que le hicieron, que cuando volvió al fuerte no se atrevió á pasar por Otina, y tomó otros caminos para salir al rio Mayo sin tocar en sus dominios.

La otra noticia fue haber llegado dos embajadores del cacique Saturiba, en el principio del año, con un regalo de bastimentos y otras cosas, solicitando mandase retirar á los franceses que estaban en Otina, porque queria hacerle guerra, ofendido de muchas sinrazones, asegurándole que por solo su respeto habia suspendido acometerle y destruirle. Al mismo tiempo llegaron embajadores de otros caciques confederados de Saturiba con la misma embajada, exagerando las maldades de sus enemigos, y procurando persuadir á Renato no debia abrigarles manteniendo allí su gente; pues fiados en ella injuriaban á los demas.

Renato procuró templarlos con buenas palabras, disminuyendo las sinrazones é injuria que inventaban ó padecian, aconsejándoles tuviesen paz, y diciéndoles los males que de lo contrario se seguirían; que él procuraria que Otina los diese satisfaccion de modo que quedasen sin queja, y otras cosas semejantes. Y habiendo despachado varios mensages á los caciques, se convinieron, al parecer, en lo que Renato hiciese; de lo cual quedó muy contento porque en el intermedio podrian venir socorros de los hugonotes de Francia. Este gusto manifestó á los españoles: los cuales, como tan esperimentados, le dijeron que en los indios habia novedad; porque haber venido con tan grande empeño, y haberse reducido tan presto á su dic-

tamen siendo muy indóciles y fieros, argüía quererle engañar; aconsejáronle no se fiase en nada de ellos, porque su disimulacion era suma, y cuando menos lo esperase acabarían con él y toda su gente.

Envió luego á Vaseur á observar la playa del Norte, habiendo acabado ya las dos naves con orden de que llegase hasta el rio y pueblo de Andusta, donde el año de 1562 habian tomado los franceses bastimento, y en señal de amistad le regaló con dos vestidos, algunas hoces y cuchillos.

Vaseur llevándose consigo á Aymon, persuadiéndose á que Andusta le conociese, por haber venido antes con Ribao, llegó con felicidad á su pueblo, donde fue recibido del cacique con mucho regocijo; y luego mandó llenasen la embarcacion en que habia ido, de maíz, frisoles y otras legumbres, dos ciervos, y dos pieles curtidas y pintadas, y algunas perlas, aunque de poco valor, porque estaban horadadas con fuego, y ofreció á Vaseur mucho maíz para la cosecha venidera, y que dijese á Renato que si queria poblar en su tierra se viniese luego á ella. Con lo cual se despidió Vaseur, y al tiempo que llegó al fuerte con el bastimento que traía, halló remediada la hambre que padecían los franceses, con multitud de palomas que habían acudido al fuerte; y aunque mataban todos los dias mas de doscientas, duraron siete semanas; que en algunas islas van á tiempos las palomas; concurren en tan gran cantidad que dan alimento á los vecinos por algun tiempo, y especialmente en la Tortuga, donde en pasando su tiempo amargan, y se enflaquecen tanto que no se pueden comer.

Pero nada bastaba á sosegar el temor de la falta de alimentos; y para evitarla mandó aprestar las dos naves recien fabricadas con soldados y ma-

rineros, para que llevasen un regalo á la viuda del cacique Yovocara, cuya provincia distaría doce leguas al Norte del pueblo de los franceses. Fueron recibidos con mucho agrado los mensageros, y quedando muy gustosa del regalo la cacica, les dió en recompensa muchas cargas de maízy bellotas, y algunos cestillos de hojas de Casina; con lo cual volvieron muy contentos y aficionados á la cacica que decian era hermosísima; y la tenian en tanta veneracion sus vasallos, que casi siempre la traían en hombros.

Descargadas las dos naves en el puerto, volvió á enviarlas Renato el rio arriba; y habiendo navegado ocho ó diez leguas, desembarcaron los soldados en la provincia de Matheaca, donde vieron un lago grande que por mas diligencias que hicieron subiéndose en los árboles mas altos, nunca pudieron descubrir la orilla opuesta, y se volvieron por la provincia de Chilili reconociendo en el viaje la isla Edelano que forma el rio; la cual, aunque no tiene mas de una legua de largo y ancho, era la mas fértil de frutos y poblada de gente que hasta entonces habian visto.

Pasaron despues á la provincia de Enecuaque, habiéndoles sido preciso para llegar á ella atravesar un camino que tendria trescientos pasos de largo y quince de ancho, con árboles de una y otra vanda, tan grandes y tan hermosos, que formaban un arco que parecia bóveda hecha por arte. De allí navegaron á la provincia de Patochica y luego á Chioya; y dejando en un brazo del rio las naves con la guarda conveniente, saltaron en tierra para ver á Otina; el cual los recibió muy bien, y les rogó dejasen con él algunos hombres, siendo tantas las instancias que hizo, que fue preciso dejar á Glo-

taut y cinco hombres; con lo cual volvieron á sus naves, y despues al fuerte con pocos bastimentos.

Glotaut estuvo dos meses con Otina, y se vino al fuerte al fin de ellos, dando esperanzas al cacique de que volverían con mas gente. Fue bien recibido de Renato, á quien refirió las especialidades de aquella provincia y lo que habia observado en ella, y que era su confinante otro cacique llamado Oustaca, señor de una provincia de este nombre, tan poderoso, que solo de su pueblo podia sacar cuatro mil indios de guerra, y que uniéndose con él era facil confederarse con los demas caciques; y que nada podia ser de mas conveniencia, porque tenia guerra con el cacique de Apalache, y sabia los caminos de los montes donde aseguraba haber muchas minas de plata y oro, y que bajaba de ellos un arroyo á su provincia que tenia oro entre las arenas, que como los indios no lo conocian creían ser bronce muy rico y plata.

Estas noticias y otras dieron tanto gusto á Renato, que determinó, si venian socorros de Francia, mudar el pueblo y habitacion á la ribera de otro rio mas cercano á los montes de Apalache, aunque no por eso dejaba de proseguir sus disposiciones para hacerse á la vela si los socorros tardasen.

Los rebelados, que habian ido á la Nueva-España con la patente que hicieron firmar á Renato, navegando hasta la isla de Cuba, apresaron algunas naves españolas bien proveidas de cazabe, aceite y vino; y dejando las suyas, pasaron en las apresadas á saquear diferentes lugares de la isla, y despues tomaron una nave de carga muy rica, y en ella al gobernador de la Habana y tres hijos suyos, el cual trató luego de su rescate; y no solo le pidie-

ron los piratas oro y plata, sino monos y papagayos y otras cosas, en que parecia hacian burla de los españoles; pero todo se lo concedió el gobernador: y ajustado el precio, pidió licencia para que uno de sus hijos fuese á la Habana por el rescate y llevase una carta que habia escrito; la cual leyeron sin hallar en ella cosa perjudicial, y no entendieron la instruccion que dió al hijo para que no hiciese nada de cuanto contenia, sino que despachase caballos ligeros á todos los puertos de la isla de Cuba para que enviasen socorro. Fue muy veloz el viaje del hijo, y mas la diligencia de la muger del gobernador; pues á la mañana siguiente embistieron á los piratas dos naves españolas bien prevenidas de artillería de bronce y una fragata, y viéndose cercados quedaron asombrados; pero veinte y seis escaparon en un navío pequeño peleando. Los demas del navío donde el gobernador estaba preso, escepto cinco ó seis de los piratas que murieron en la refriega, fueron puestos en prisiones en la isla y otros traidos á Castilla y Portugal. Este fue el principio de la injuria que (dice Thuano con menos necedad que malicia) se hizo temerariamente, y que despues vengaron los españoles en Renato y Ribao.

Entre los que escaparon iba Fornux, Esteban y La Cruz con el piloto Trenchan; y no sabiendo que derrota tomar por no llevar bastimento, resolvieron entre los cuatro (ignorándolo los demas) volverse á la Florida, y con este propósito llegaron al rio Mayo, y empezaron á juntar bastimentos con ánimo de volverse á Francia; pero apenas los divisó un indio cuando dió cuenta á Renato, el cual reconociendo eran los franceses huidos, quiso mandarles viniesen á la poblacion perdonados. Le

Caille le advirtió que este era motivo para que se huyesen, y le pidió veinte escopeteros para ir á traerlos. Metióse con ellos en un navío tan pequeño, que la nave de los huidos no receló de dejarle acercar, creyendo iba sin gente armada porque solo se dejaban ver dos soldados y Le Caille, el cual estando á bordo, con gran presteza se echó con las armas dentro del navío de los piratas con los demas, y los quitaron las armas, aprisionaron, y requirieron fuesen al pueblo de los franceses; y aunque desde el principio conocieron el riesgo de su vida, les fue preciso rendirse por no morir mas presto. Fulminóseles proceso, y fueron condenados á horca, aunque por intercesion de los cabos se ejecutó solo en tres, arcabuceándolos: á los demas quitó Renato los empleos.

Hasta aquí no habia faltado que comer á los franceses, porque fuera del maíz y frutas, traían los indios pescados, cachorrillos de osos, ciervos, gallipavos, y llevaban en pago cuentas de vidrio, cuchillos, navajas, espejos y peines con que podian esperarse los socorros que imaginaban (sin fundamento) vendrian de Francia. Pero despues que los piratas fueron castigados por otros mas poderosos, se retiraron los indios cercanos y remotos de traer bastimentos, y no se hallaban en cuatro leguas en contorno del fuerte; antes se alzaron contra ellos los indios y los hacian guerra, matando los que se desviaban cruelmente enojados de que no les remuneraban lo que traían; porque cuando salian á buscar que comer los franceses no bastaba que los miserables indios dejasen lo que tenian, sino que los azotaban cruelmente y les quemaban las casas, con que se malquistaron tanto con los indios, que vinieron á padecer tan gran hambre, y quedar tan fla-

cos, que solo tenian pegado á los huesos el pellejo. Y reconociendo ser imposible mantenerse allí, resolvieron volverse á Francia en la tercera nave que habian traido, deshauciados ya de socorro despues de diez y ocho meses que habian venido. Los carpinteros empezaron á aderezarla, y los soldados fueron por la playa á traer los bastimentos que pudiesen.

Estando prevenido esto, y despedidos de los indios para volver presto, llegó al fuerte Juan Havekins, ingles, á 3 de agosto de 1565 con cuatro naves, una cargada de vituallas, y ofreció su ayuda á Renato. Viendo tan miserables á los franceses vendiólos una de sus naves, habas y algunos toneles de arina, de que se hizo bizcocho, y se le dieron en prendas algunos cañones de bronce, con lo cual respiraron y resolvieron quemar el fuerte porque tenian noticia de que los españoles se prevenian contra ellos, la cual los confirmó el ingles.

Tres semanas estuvieron esperando viento favorable Renato y sus franceses para hacerse á la vela prevenidos de todo, cuando vieron delante de sí una armada compuesta de siete naos francesas, de que venia por capitan Juan Ribao trayendo en ellos (segun Natal Comite) gente condenada á muerte, galeras y presidio. Habia salido de Diepa á 28 de mayo (20 dice Herrera, y Chalus 26) y tardó tanto porque le sobrevino una gran tormenta que le forzó á arribar á Uvigth (isla de dos millas que divide de Inglaterra el estrecho de Solwent). Salió de allí á pocos dias, y con penosísimo viaje dieron vista á la Florida el dia 4 recogiendo en la costa un español, que les dijo habia naufragado veinte años antes, de el cual supieron que estaban poblados los franceses cincuenta leguas al norte

Venia Ribao á suceder á Renato en el empleo para que prosiguiese lo que habia empezado; porque fueron tan grandes las quejas que á Coligni dieron los émulos de Renato, que llevó el pirata inglés y los que vinieron con Marillac, que tuvo por conveniente volver á enviar á Ribao; el cual traía setecientos hombres de guerra y mar, y algunas mugeres para adelantar la poblacion, muchos caballos, vacas, puercos, y otros animales, y muchas semillas, pertrechos y armas.

Renato, reconocido el encargo que traía Ribao, se indignó estremadamente, porque cuando esperaba el premio de sus trabajos le hacía el almirante de Francia tan gran desaire, pero fue preciso disimular el enojo por verse sin fuerza y desconfiar de los que estaban con él, y mas cuando vió la alegría de su gente al ver la armada: procuró hacer á Ribao (á su pesar) gran recibimiento, y le dejó el mando.

Los indios, aunque estaban ya cansados de los franceses porque habian llegado al estremo de verse maltratar de ellos y quitarlos cuanto tenian, ó con hambre ó codicia, sabiendo la venida de Ribao enviaron sus embajadores con maíz y otras frutas de la tierra; y despues vinieron á visitar los caciques Homoloa, Seravata, Almasani, Malica y otros de los mas cercanos, con los cuales habló Ribao largamente sobre la plata y oro que Renato habia recogido, regalándolos con algunas bugerías de poco valor: y agradeciendo el buen alojamiento que habian hecho á sus hermanos, ofrecióles muchas cosas mayores, y acabar con todos sus enemigos; y ellos prometieron guiarle á los montes de Apalache, de los cuales se sacaba la Sieroa, (así llamaban el oro ó el metal resplandeciente); y en estas confe

rencias estaba Ribao muy contento y entretenido, creyendo que habia traido pocos bageles para cargar oro; porque como los indios conocian que le daban gusto en referirlo aumentaban cuanto podian la riqueza y la abundancia. El enojo de Renato y sus amigos no les daba lugar á advertirle se fortificase contra los accidentes que podian sobrevenir, y Ribao en nada menos pensaba ni aun end isponer el viaje de Renato á Francia para que se defendiese.

Navegó el adelantado despues de haber puesto nombre al puerto de san Agustin sin descubrir seña de los franceses todo aquel dia; y al siguiente por la tarde avistó cuatro galeones grandes que estaban surtos: luego presumió era allí el fuerte, y que les habia llegado socorro; por lo cual juntó consejo y le comunicó sus conjeturas como evidentes. Pidió á todos dijesen su parecer, pues veían cuán inferiores se hallaban en fuerzas á los enemigos, y sin detenerse mucho convino la mayor parte en que el adelantado se volviese á la española con los cinco bageles que traía, á juntarse con los que la tempestad habia apartado en el viaje, y otros seis de Vizcaya y Asturias, que esperarian ya en aquella isla segun la orden que dejó en Canarias, y con todos pasase á Puerto Rico, Cuba y otras partes á recoger gente, caballos, armas y municiones para volver el mes de marzo siguiente á la Florida, y envestir á los franceses tan poderoso que no pudiesen resistirle.

Esta resolucion dió mucho disgusto y recelo á al adelantado, porque ya le habia descubierto el enemigo, pues enviando Ribao tres naves el rio arriba reconocieron estaba tomada la boca. El viento habia calmado, el sol mostraba bonanza, cuatro de sus navíos habian quedado sin mástiles de gavia y otros árboles en la tormenta pasada; de cuyas con-

sideraciones y otras colegía que si al retirarse le seguian los franceses era perdido, porque tenia entendido que demas de venir bien artilladas y dispuestas sus naves traían algunas de remo; por lo cual respondió al dictamen de los capitanes diciendo que los franceses no podian esperarle tan presto en aquellas costas ni estar prevenidos contra él; que habrian echado la gente en tierra y estarian entonces descargando los bastimentos, pues por ser tan grandes aquellos cuatro navíos no habian podido entrar en el puerto cargados, y si los tomaban fuera de él, cuando quisiesen retirarse se hallarian sin armada para impedírselo los franceses, por lo cual le parecia que el mas sano consejo era envestirlos y volverse al puerto de san Agustin, y fortificarse en él y despachar los navíos á la española para que avisasen á las naves que faltaban viniesen con la infantería, caballería, víveres y municiones por el mes de marzo siguiente; y juntándose todos en san Agustin podrian ir por mar y tierra á tomarles el fuerte y el puerto, y hacerse dueños de la campaña con la caballería, prohibiendo á los franceses la comunicacion con los indios, pues no podian venirles socorros de Francia tan brevemente, y así podia hacérseles la guerra en breve tiempo sin peligro de su armada, ni descrédito suyo ni de su gente.

Habiéndole oido los capitanes, mudaron de parecer aprobando su consejo; pero antes de determinarse hicieron oracion á Dios suplicándole les favoreciese en tan arriesgada empresa, y les diese victoria de sus enemigos si era su santo servicio; y habiendo dicho el adelantado que determinaba acometer la armada francesa, convinieron todos los capitanes: dió la orden convéniente á Diego Flores de Valdés, su almirante, y mandó que un pa-

tache no se quitase de á bordo de su capitana. Fueron navegando con la mejor disposicion que se pudo hasta estar tres leguas de los franceses, que vino el viento á calma, y empezó una gran lluvia, con muchos truenos y relámpagos, que duraron hasta las nueve de la noche, á cuya hora quedó el cielo sereno y claro; pero bien conoció el adelantado que hasta cerca de la media noche no podia llegar á los navíos franceses, y que si los aferraba se esponia al riesgo, y mayor de noche, de que le quemasen, aunque fuese á costa de sus navíos, cuya gente podia saltar en tierra en los bateles y esquifes que traían por popa, pues la tenian por suya; y así determinó surgir por las proas enemigas, de suerte que dando fondo con las anclas, y largando cables, quedasen las popas de sus navíos sobre las proas de los franceses para abordarles al amanecer, que no podian ser socorridos de los navíos que estaban dentro del puerto porque la barra era larga, y mala la noche, y al amanecer la mar era baja sin llenar hasta el mediodia, con que no podian hacer operacion alguna los enemigos.

Consultó á sus capitanes, haciéndolos venir á bordo, esta resolucion; y no solo la aprobaron, pero dieron priesa á ejecutarla, y así prosiguieron su navegacion hasta las once y media de la noche, que llegando cerca de la armada francesa se vió inunda de balas que incesantemente disparaba la artillería de las naves enemigas; pero aunque muchas pasaron por entre los mástiles y jarcias, y otras dieron en los navíos españoles, no hicieron daño. El adelantado mandó no se disparase, y que todos los soldados se echasen para que no los hiriesen, pues iban á surgir y no á abordar; y sin hacer caso de la artillería, cuyo fuego era mayor cada instante, pasó á

lo largo de la capitana enemiga, que en el mástil mayor traía una bandera que lo demostraba así; y un estandarte real arbolado estaba junta á las otras naves que tenian sus banderas y gallardetes, y en un mástil del trinquete tenia bandera de almiranta. Surgió el adelantado como habia pensado con la proa á tierra, é hizo largar los cables, y quedó la popa de su navío entre las proas de la capitana y almiranta de Francia distantes una pica de sus navíos.

Mandó tocar trompetas saludando á los enemigos, que correspondieron, y acabadas las salvas habló el adelantado desde su capitana á la de Francia con mucha cortesía, diciéndoles: *señores ¿de adónde es ésta armada?* respondió un frances solo que de Francia. El adelantado replicó: *¿pues qué hace aquí?* respondió el mismo frances: traer infantería, artillería y bastimento para un fuerte que el rey de Francia tiene en esta tierra y otros muchos que ha de hacer. *¿y sois católicos, ó luteranos?* volvió á preguntar el adelantado, y respondieron muchos: *somos luteranos de la nueva religion, y nuestro general es Juan Ribao.* Inmediatamente le preguntaron quién era, y de quién era la armada que traía, y el adelantado respondió: *Pedro Menendez os lo pregunta, general de esta armada del rey de España don Felipe II que viene á esta tierra á ahorcar y degollar todos los luteranos que hallare en ella y en el mar;* segun la instruccion que trae de mi rey, que es tan precisa, que me priva de la facultad de perdonarlos, y la cumpliré en todo como lo vereis luego que amanezca, que entraré en vuestros navíos, y si hallare algun católico le haré buen tratamiento, pero el que fuere herege morirá.

No le dejaron proseguir los hereges porque luego levantaron todos gran algazara, diciendo mu-

chas palabras desvergonzadas y deshonestas contra él y quien le enviaba: y que si era valiente no esperase al dia: *ven ahora y veras cómo vuelves*; decian repitiendo las injurias y desatinos tantas veces que se encolerizó el adelantado, de modo que mandó tocar al arma y largar el cable para abordarlos: y porque tardaron en ejecutarlo los marineros, saltó de la puente abajo para que despachasen, aunque no pudieron hacerlo tan presto porque estaba guarnecido con el cabrestante.

Los franceses, que vieron iba de veras, cortaron á toda priesa los cables, guindaron las velas, y echaron á huir: lo mismo hizo el adelantado para seguirlos, y con el patache que llevaba á bordo y su capitana fue tras dos naves la vuelta del norte, y su almiranta siguió las otras dos con los tres navíos restantes la vuelta del Sur: mas luego que empezó á amanecer le avisó el adelantado volviese al puerto que él haria lo mismo, por si le podia ganar y si no, se irian á san Agustin (que habian llamado delfin los franceses) como estaba resuelto. Siguieron cinco ó seis leguas á los navíos franceses disparando su artillería, y no pudo alcanzarlos, y á las diez del dia estaban de vuelta con sus cinco navíos sobre el puerto de los franceses, habiéndoles quitado un batel grande que llevaba por la popa la capitana, y le dejó por huir mejor. Quiso entrar por el rio Mayo el adelantado, pero vió dentro cinco navíos surtos y dos bandas de infantería á la punta de la barra disparando mucha artillería; y hallando tan mala disposicion mandó cargar de velas su capitana y los demas bageles, y se fue al puerto de san Agustin, que distaba de allí doce leguas; porque si entonces procurára tomar el puerto y se detenia, podrian volver los cuatro navíos que habian huido y coger-

le en medio sin que pudiese escapar por mar ni tierra.

Ribao habia reconocido el riesgo avisado por Coseto ó Corcete, piloto; y no atreviéndose por sí á resolver lo que habia de ejecutar, juntó consejo en casa de Renato, que estaba enfermo, en que concurrieron los mas principales de su armada y del fuerte, y entre ellos Ottigni, Grangeo, Samariano, Vestio, Jonville y otros, que todos fueron de parecer que se defendiese Charlefort restaurando el descuido que habian tenido con la priesa de repararle y ponerle en estado de defensa, porque las tempestades en el mar acabarian con la armada y con ellos, y aun los españoles podrian envestirla, y trabajadas las naves de viage tan largo y peligroso como habian tenido apodararse de ella y arruinarlos. Ribao, que no habia hecho caso de la venida de Pedro Menendez, aunque en una postdata se la avisaba Coligni ponderando el riesgo mayor por mas impensado y menos creido, reconoció que no podian los franceses dejar de esperimentarle si el valor no habria camino para librarse de él; y concluyó diciendo le parecia se envistiese á la armada española que se hallaria tan mal tratada como la suya. Siguieron su dictámen los mas esforzados.

Tomó el adelantado puerto sin contraste alguno la víspera de la Natividad de Nuestra Señora de setiembre, y luego mandó desembarcar á los capitanes Andres Lopez Patiño y Juan de san Vicente con treinta hombres para que en amaneciendo, el dia siguiente fuesen á reconocer la tierra, y elegir el sitio que les pareciese mas fuerte para hacer una trinchera en tanto que con mas cuidado se registraba parage donde hacer un fuerte. Salió á

tierra el adelantado cerca de mediodia el siguiente, y halló muchos indios que le estaban esperando con la noticia que los primeros que habian hablado les dieron: hízoles señas de mucho afecto, y luego mandó decir misa solemne de Nuestra Señora, y repitió solemnemente el acto de tomar posesion de aquel continente en nombre del rey, y recibió juramento á sus capitanes y oficiales de que le servirian con la fidelidad y lealtad que siempre. Comió é hizo dar de comer á los indios, y luego que se acabó la comida fue á ver los puestos, reconocidos por los capitanes Patiño y san Vicente, y se volvió á embarcar porque temia que la armada francesa fuese contra él dentro de cuatro dias, y le tomase la suya: y así con consejo de los capitanes determinó se sacase de ella en tres dias todo cuanto se pudiese. Tanta la diligencia puso que habiendo legua y media de donde estaban surtas las naves al desembarcadero sacó la gente, artillería, municiones, y parte del bastimento en dos dias y medio; y por tener noticia que el dia siguiente habian de amanecer sobre él los franceses, no quiso descargar mas porque temia le tomasen el Galeon san Pelayo desbaratando el buen efecto que habia logrado: dejó en el galeon un teniente y algunos soldados, y quince luteranos (que traía presos para enviarlos á la Inquisicion de Sevilla en habiendo ocasion) los cuales habian servido en la infantería; y mandó al teniente y al capitan de otra nao grande navegar á media noche prontamente á la isla española.

A 10 de setiembre se hicieron á la vela los franceses en busca de la armada española despues de haber brindado dos pipas de vino á la victoria que presumian, burlándose de sus enemigos, diciendo: brindo á la cabeza de Pedro Menendez y á los

marranos españoles que con él estan, que los castigaremos colgándolos de las entenas porque no vuelvan á buscarnos á esta tierra, y decian tantos desatinos que algunos lo sentian. Renato se quedó en el fuerte con doscientos cuarenta hombres procurando reparar la cerca.

Mandó el adelantado se diese á libra de bizcocho por racion, que era muy buena en conquista, y algunas veces carne, y otras garbanzos y pescado con aceite y vinagre; y tomando la voz por todos el capitan Juan de san Vicente y su alferez Francisco Perez, dijeron era poco. El adelantado procuró dar razones de lo contrario; los soldados empezaron á levantar el grito siguiendo al capitan y su alferez; por lo cual, y para evitar el alboroto, mandó se diese libra y cuarteron, y desde entonces quedó muy desconfiado de este capitan y su alferez.

Metió luego el adelantado en una chalupa de cien toneladas ciento cincuenta soldados, y él se entró en la barca que habia tomado á los franceses, y fue á surgir con ambas sobre la barra en dos brazas de agua; pero al amanecer se apareció la armada francesa en el mismo sitio que las dos naves españolas se habian hecho á la vela: ya habian navegado cuatro ó cinco leguas sin ser descubiertos, y luego vino una nave francesa con tres chalupas á apresar al adelantado: viéndose en tan evidente riesgo, acudió á Dios y á María Santísima con oraciones para que los librase de él, porque no tenian humano remedio, y estaban ya muy cerca los franceses; y haciendo faenas estrañas entró por encima de los bagíos en la barra á salvamento, y los franceses se quedaron esperando la llena del mar para entrar en la barra mas de dos horas.

Estando sereno el mar y claro el sol entró un vien-

to norte tan recio y contrario para ir á Charlefort que no pudieron allí subsistir mas tiempo: empezó un gran aguacero que parecia vertia el mar por las gavias; y tras él vino una borrasca tan furiosa y desecha que temieron ser sumergidos; y habiendo trabajado cinco dias (despues de otros cinco) en buscar la armada española, cuando imaginaron que abonanzase el tiempo dobló su furia la tempestad, de suerte que todos hubieran perecido si el sumo trabajo no preservase á las naves de su destrozo y á los bastimentos de que se perdiesen. Solo el capitan Grangeo, que subió á un mástil, cayó en el mar, y se ahogó sin poder ser socorrido.

Ya habia vuelto á los suyos el adelantado, y reconociendo el viento y la tormenta discurrió ser ocasion de hacer una grande y bizarra accion: mandó decir misa del Espíritu Santo para que le alumbrase y á los demas en lo que intentaba: juntó despues consejo, que fue el primero que hizo en tierra de la Florida, en que asistieron todos los capitanes, á los cuales propuso era tan gran cargo y obligacion la que sobre sí tenian, que no se admiraria de que siendo por el servicio del rey solo, espantados de los trabajos dejasen la empresa, pero siendo por el de Dios principalmente, malaventurado sería el que la desamparase. Pidiólos encarecidamente no los desmayase el poco bastimento que tenian, ni estar aislados en aquella tierra y con tantos enemigos, sino que animasen á oficiales y soldados, de modo que aun entre los que no pudiesen disimularla no se conociese sospecha de flaqueza. Todos ofrecieron hacer cuanto pudiesen: y pareciendo al adelantado estaban constantes, les dijo: *señores y hermanos, una ocasion tenemos delante, que si usamos de ella hará feliz nuestro empeño: ó discurro, y cualquie-*

ra naturalmente puede conocerlo, que la armada francesa que ha cuatro dias huyó de mí, y ahora viene á buscarme, se ha fortalecido con la mejor gente de la guarnicion de su castillo, al cual ni á su puerto no pueden volver en muchos dias segun del semblante del tiempo se colige; y pues todos son luteranos (como sabiamos antes de salir de España por los bandos que Juan Ribao echó en la Frontera antes de embarcarse, para que so pena de la vida, ningun católico entrase en su armada ni llevasen libros católicos, y ellos mismos lo aseguraron la noche que huyeron) la guerra se les debe hacer á sangre y fuego, no solo por las órdenes que tenemos, sino porque nos buscan con resolucion de acabar con nosotros para que no plantemos el Santo Evangelio en estas regiones, y publicar su abominable y desatinada secta entre los indios; con que cuanto mas prontamente los castiguemos se hará el servicio de Dios y del rey mas presto, y cumpliremos con nuestra conciencia y encargo.

Para lograr esto, debemos elegir quinientos soldados arcabuceros y piqueros (y que lleven en las mochilas comida para ocho dias) divididos en diez compañías, cada uno con su bandera y capitan, é ir con ellos por tierra á reconocer la que tienen poblada los enemigos y su fuerte, que aunque nadie sabe el camino yo os sabré guiar con dos leguas de diferencia con una aguja de marear; y donde no le hubiere llevaremos hachas para abrirle; demas que tengo conmigo un frances que ha estado mas de un año en el fuerte, y dice conoce la tierra dos leguas alrededor del fuerte. Si llegamos sin ser descubiertos puede ser que dando sobre él á la alborada se le ganemos, echando en él veinte escalas á costa de cincuenta soldados; si nos descubrieren, nos formaremos á la salida del bosque (que nos aseguran está un cuarto de legua de la poblacion) plantando las diez banderas, y enviaremos un

trompeta para que dejen el fuerte y la tierra, y se vuelvan á la suya, ofreciéndoles navíos y bastimentos para el viage. Ellos han de imaginar que es mayor el ejército que llevamos, y puede ser que se rindan: y si no lo hicieren, por lo menos lograremos que este invierno nos dejen quietos y seguros en este sitio, y saber el camino para volver á echarlos por fuerza la primavera siguiente. Hubo largas disputas entre los capitanes sobre esta proposicion, pero quedó aprobada por mayor parte de votos: y mandó el adelantado que al tercer dia oyesen todos misa para marchar luego; y al maese de campo y sargento mayor que luego escogiesen la gente que habia de ir, y la proveyese bien de pólvora, mecha y plomo, para hacer balas y perdigones. Dejó al cargo de su hermano Bartolomé Menendez la gente y lo demas que quedaba en tierra, y al almirante por capitan de la artillería y general de los tres navíos que tenia.

Al instante se esparció por el campo la determinacion que se habia tomado, y murmuraban de ella sin recato aun los soldados que el primer dia quedaron muy contentos, que ya al siguiente estaban desmayados y poco gustosos, por lo cual los capitanes Juan de san Vicente, Francisco Recalde y Diego de Maya se encargaron de decir que mudase consejo el adelantado. Supo este la trama luego, y convidó á comer á los capitanes y muchos caballeros que iban con él: y habiendo comido lo mas espléndidamente que pudo, se quejó de que se hubiese revelado lo que habia pasado en el consejo: que pudiera castigar á los que habian faltado al secreto que debian guardar, mas los perdonaba, aunque en adelante culpas muy leves tendrian castigos muy graves. Que de la murmuracion de la jornada resultaba el desmayo que los soldados te-

nian, lo cual atribuía al capitan y alferez que los habian quebrantado el ánimo, pues veía otros que cumplian con su obligacion limpiando sus armas, tomando su provision influidos por el valor de sus capitanes, y que no obstante estar resuelta la jornada, si tenian por conveniente se mudase de dictamen se lo dijesen, que él solo deseaba lo mejor para su gente, y les advertia que si en saliendo de allí se hablaba nada de lo que habia pasado castigaria severamente al que lo hiciese; que si fuese capitan le quitaria la compañía sin admitirle nunca á consejo. Todos dijeron se guardase lo acordado, pues aunque hubiese algunos de dictamen contrario estaban conformes en ejecutarlo. Mandó el adelantado que luego viniesen con las mochilas para que las proveyese Diego de Montes, tenedor de bastimentos, y que se previniesen para oir misa al amanecer del dia siguiente y marchar, y les dió licencia para ir á prevenir lo conveniente.

Estuvieron prontos el dia señalado todos al son de trompetas, pífaros y tambores: juntáronse á oir misa, menos Juan de san Vicente que dijo le dolia el vientre y una pierna; y aunque algunos amigos le persuadieron viniese, dijo: *voto á Dios, que aguardo cuándo vienen nuevas de que todos los nuestros estan degollados para que los que aquí quedamos nos embarquemos en estos tres navíos y nos vamos á las Indias, que no es razon muramos todos como bestias.*

Habiendo oido misa, marcharon en ordenanza: iban delante veinte vizcainos y asturianos con el capitan Martin de Ochoa, capitan de gran fidelidad y valor, con hachas para abrir camino donde no le hubiese: llegaron entonces dos indios que dijeron habian estado en el fuerte de los franceses seis dias antes, que les parecieron ángeles, porque les advir-

tieron el principio de la marcha. Dejó al maese de campo y al sargento mayor el adelantado para que fuesen en la retaguardia, y él iba con Martin de Ochoa; y cuando hallaba sitio conveniente que tuviese agua hacía alto, y esperaba toda la gente, que en descansando volvia á marchar. De este modo llegó á los cuatro dias á media legua de Charlefort, y porque llovia mucho, y hacia gran tempestad, se llegó á menos de un cuarto de legua del fuerte cubierto de un pinar: el sitio era muy malo y cenagoso, pero acordó alojarse allí, y volvió á buscar la retaguardia porque no perdiese el camino.

A las diez de la noche acabó de llegar la gente muy mojada, porque las aguas habian sido muchas en los cuatro dias: habian pasado ciénagas que les daba el agua á la cinta, y aquella noche fue tan grande la lluvia, que traían echada á perder la pólvora, mecha y bizcocho, y venian desesperados maldiciendo á quien los traía, y á ellos que así venian. Decian grandes desvergüenza contra el adelantado de modo que las oyese: y Fernan Perez, alférez del capitan san Vicente, dijo en voz alta: *¿cómo nos trae vendidos este asturiano corito que no sabe de guerra de tierra mas que un jumento? Qué, voto que si fuera de mi consejo, el dia que salió de san Agustin á este maldito viaje se le habia de haber dado el pago que ahora ha de llevar*

Disimulaba oir los desatinos que decian, y no se atrevia á juntar consejo para proseguir ni para volver, porque andaban muy inquietos los capitanes y soldados. Estando firme en su resolucion, dos horas antes de amanecer hizo llamar al maese de campo y capitanes, á los cuales dijo que en toda la noche habia dejado de pedir á Dios, y á su Madre santísima, le favoreciese, inspirándole lo que

haria mas conveniente á su santo servicio, y se persuadia á que lo mismo habrian hecho todos: *Ved ahora, señores* (prosiguió), *¿qué determinacion tomaremos hallándonos cansados, perdidos, sin municiones, ni comida, ni esperanza de remediarnos?* Algunos respondieron muy prontos: *que para qué era gastar el tiempo en dar pareceres sino retirarse luego á san Agustin comiendo palmitos, pues dilatándolo era hacer mayor el trabajo.* El adelantado les dijo le parecia muy bien, y que les rogaba le oyesen una razon sin disgustarse, no para que se ejecutase lo que digese, sino lo mejor, pues como hasta allí habian seguido su dictamen ahora queria seguir el de sus amigos y compañeros. Estas palabras del adelantado, y el modo de decirlas, templaron la cólera de los cabos, é hicieron que respondiesen mas atentos: *digá V. S. lo que fuere servido, que oiremos sus razones con mucho gusto, y daremos nuestros pareceres. Señores* (prosiguió el adelantado), *estando tan cerca del fuerte de los enemigos este bosque, creo que debemos ir á probar ventura, y ejecutar lo que traemos resuelto; y si no pudiéramos tomarle salimos del recelo de que vengan á buscarnos á la entrada del bosque, porque cuando enviemos el trompeta para que se rindan, estaremos formados, arboladas las banderas, y la gente á punto como para pelear; y no solo no saldrán, pero se cerrarán mas, y entonces nos retiraremos formados hasta la entrada del bosque, y no sabiendo la gente que somos, ni siendo facil conocerla por la mucha espesura, nos tendrán respeto y miedo. Si ahora nos volvemos desordenadamente, ó por los indios, ó por otros accidentes que les comunicará el dia, seremos mañana descubiertos, y perderemos la reputacion, pues no osamos ponernos delante. Aventurándonos, logramos honra perdiendo ó ganando el fuerte: retirándonos, la perdemos para siem-*

pre, y faltamos ignominiosamente á nuestra obligacion, y presentamos á estos hereges la tierra y la victoria para que se burlen de nosotros. El maese de campo, sargento mayor, y otros capitanes convencidos del discurso, sin dejarle acabar, dijeron que se ejecutase en la forma que al adelantado pareciese: y aunque se opusieron algunos, los redujeron facilmente los demas; y estando conformes todos, mandó el adelantado se hincasen de rodillas, y rogasen á Dios devotamente les librase del riesgo que por su honor acometian, y les diese victoria. Acabada la oracion, señaló el adelantado los capitanes que habian de ir en la vanguardia y retaguardia, instruyéndoles en el modo y sitios por donde cada uno habia de acometer y ocupar, encargándolos animasen cuanto pudiesen á sus soldados, y él fue delante con el frances, que llevaba atadas las manos atras; pero como la noche era tan oscura, y el agua y tempestad no cesaba, perdieron el camino por ser una senda muy angosta; de modo que muchos se volvian, por lo cual mandó hacer alto el adelantado, y que ninguno se moviese hasta el dia, para que faltaria media hora, y él con otros se quedó en una ciénaga que daba el agua sobre la rodilla.

Amaneció, y el frances conoció la tierra, y el sitio era donde estaba el fuerte, con lo cual empezó á marchar el adelantado, mandando á todos que pena de la vida le siguiesen, y llegando á un cerrillo, dijo el frances que detras estaba el fuerte á tres tiros de arcabuz en lo mas bajo batiéndole el agua. El adelantado entregó á Castañeda el frances: subió á lo alto, y vió el rio y unas casas, pero no pudo ver el fuerte aunque estaba junto á ellas, y volviose á Castañeda, con quien ya estaban el maese de campo y Ochoa, y les dijo queria bajar hasta unas casas

que estaban detras del cerro para ver la fortaleza y su gente; porque como ya habia salido el sol no podian envestirle sin reconocerle. No lo permitió el maese de campo diciendo le tocaba á él, y fue solo con Ochoa hasta cerca de las casas donde descubrieronel fuerte, y volviendo con la noticia hallaron dos sendas, dejaron la que habian llevado tomando la otra. Conoció el maese de campo el error, habiendo hallado en ella un árbol caido, y volvió la cara á decírselo á Ochóa que venia detras; y como volvieron para buscar la senda, quedó delante y los descubrió la centinela que imaginó eran franceses, pero al reconocerlos los estrañó. Preguntó *quién va*; respondió Ochoa: *Francia.* Confirmóse la centinela en que eran de su nacion, y se fue acercando. Ochoa hizo lo mismo; mas viendo que no eran franceses se paró. Ochoa cerró con él, y con la espada envainada le dió una cuchillada en la cabeza, aunque le hirió poco, porque la centinela rebatió el golpe con su espada: y llegando el maese de campo á este tiempo le dió una estocada, de que le derribó hácia tras dando gritos: el maese de campo le puso la espada sobre el pecho amenazándole de muerte sino callaba. Atáronle, y le llevaron al adelantado, el cual habiendo oido las voces creyó daban muerte al maese de campo; y hallándose con el sargento mayor Francisco de Recalde, Diego de Maya y Andres Lopez Patiño, con sus banderas y gente sin poderse contener, dijo: *Santiago, á ellos, Dios ayuda, victoria, degollados son los franceses, el maese de campo está dentro del fuerte, y le ha ganado*: con lo cual fueron todos corriendo por la senda sin orden, y el adelantado se estuvo quedo repitiendo lo que habia dicho muchas veces, teniendo ya por cierto que el maese de campo

habia llevado mucha gente, y le habia ganado.

Era tanta la alegría de los soldados, y su ligereza tanta, que en breve dieron con el maese de campo y Ochoa; el cual se adelantó á pedir las albricias al adelantado de traer presa la centinela: pero conociendo el maese de campo el estado en que la gente se hallaba, mató la centinela; y en altas voces dijo á los que venian: *Hermanos, haced como yo, que Dios es con nosotros;* y volvió corriendo hácia el fuerte, y hallando dos franceses en camisa, dió muerte á uno, y á otro Andres Lopez Patiño. Los del arrabal, que vieron esta tragedia, empezaron á dar gritos: y para saber la causa abrió el postigo de la puerta principal un frances que apenas le divisó el maese de campo, cuando acometió con él y le mató, y entró en el fuerte, y tras él los mas ligeros.

Los franceses, asombrados del estruendo, unos vestidos y otros en camisa se asomaban á las puertas de las casas á ver qué era aquello; pero todos eran muertos, aunque hasta sesenta mas avisados escaparon echándose por las murallas.

Luego entraron las banderas del sargento mayor y Diego Maya, que arbolaron Rodrigo Troche y Pedro Valdés Herrera con dos caballeros, tan á un tiempo, que no se pudo averiguar cuál fue antes: pusiéronse las trompetas junto á ellas tocando victoria; y al tropel de gente española que llegó abrieron la puerta, y yendo á sus cuarteles no dejaron frances á vida. El adelantado, oyendo los gritos dejó á Castañeda en su lugar para recoger la gente que no habia llegado, que sería la mitad, y fue á hallarse en aquel peligro. Llegó al fuerte corriendo, y como vió que sus soldados no perdonaban á ningun frances hizo pregonar: *Que pena de la vida nadie hiriese ni*

matase muger, muchacho ni mozo de quince años abajo: por lo cual, se salvaron setenta personas; los demas fueron muertos. Renato con una criada suya escapó, y se juntó á veinte y seis ó treinta soldados, que antes se habian echado por la muralla huyendo; y dándoles en algunas partes el agua mas arriba de la cintura pudieron tomar una embarcacion de las que estaban en el rio, en que se volvieron á Francia, haciéndose á la vela á 25 de setiembre sin saber el fin del suceso de su poblacion, ni el paradero de Ribao: y navegando con viento próspero, á cincuenta leguas encontraron una nave española que los dió caza; pero al beneficio de una tempestad se libraron de este peligro: y huyendo de dar en las costas de España, llegó al canal de san Jorge; desembarcaron en Inglaterra, y Renato fue á Bristol por tierra, y de allí á Londres, donde Pedro Fogio, embajador del rey de Francia, le prestó dinero, con que llegó á la Rochela (que Larrey llama baluarte de la heregía comparando su obstinada ceguedad, que hasta el año de 1628 no pudieron sojuzgar sus reyes con el valor de Roma y Cartago). De allí partió á París, y pasó á Bois á informar al rey de la fatalidad de que venia huyendo, pero fue mal recibido; lo que acreditó no haberle enviado ni á los demas que estaban en la Florida. Los otros franceses huidos unos se fueron á los indios, de cuyo poder sacó diez despues el adelantado, y los envió á Francia, y de ellos supo el destino de Renato; y otros se juntaron en un cerro, desde el cual veían el saco del fuerte. Hallábase entre ellos Nicolás Chalus, que por ser mal carpintero habia tomado oficio de predicante, y Juan Morges, en cuyo nombre salió escrita esta sorpresa. Parecióles á algunos rendirse á los españoles, porque consideraron que de otro modo habian de

perecer todos á la hambre, á los indios, ó á las fieras. Chalus se opuso con otros hereges exagerando la crueldad de los españoles, y mas contra ellos, y los arrastró su persuasion á que buscasen camino para salvarse en las naves. Solo seis se dieron al adelantado.

Dejando el fuerte en buena orden, salió el adelantado á reconocer las casas que estaban pegadas á la muralla, donde llegó el capitan de su guarda Francisco de Castañeda, que se estuvo en el sitio donde le dejó el adelantado, esperando á que pasase toda la gente hasta entonces: traía al frances con las manos atadas como se le habia entregado; el cual le dijo, señalando una casa grande, que aquella la llamaban la granja los franceses, y estaba llena de paños, lienzos, municiones y rescates. Puso seis soldados de guarda en ella el adelantado, y pasó á la marina, en la cual habia tres naves bien artilladas y dispuestas. Mandó tocar una trompeta y tremolar un lienzo blanco, diciendo á los de las naves viniesen á tierra con el batel. Respondieron que no querian, y no quisieron, aunque el adelantado les aseguró podian venir, sobre palabra que les dió, de no ofenderlos; por lo cual hizo asestar desde el fuerte cuatro piezas de bronce con ánimo de echarlos á fondo; pero como no tenia pólvora, anduvo buscándola, y no la hallára tan presto si una francesa no le mostrára dos barriles, en que habria un quintal, y hasta veinte balas en casa de un bombardero. Cargaron las piezas, y antes de dispararlas volvió el adelantado á enviar á las naves el mismo recado que antes: respondieron pasaría el batel para que fuese á ellas alguno y saber lo que intentaban. El adelantado hizo desatar á Juan Francisco (que así se llamaba el frances), y envió á decir con él al

comandante escogiese la nave que quisiese, y el bastimento necesario para los que estaban en las tres, y los mozos y mugeres que se habian salvado en el fuerte, y se fuesen á Francia, que él les daria pasaporte para que en todas partes los tratasen bien y diesen lo que necesitasen; pero que habian de ir sin artillería y municiones de guerra, y que si no lo hacian así, los echaría á fondo, y á los que escapasen del mar mandaria que los degollasen. En tanto que llevaba el frances este mensage, el sargento mayor repartió á los soldados un barril de pólvora. Volvió á breve rato el frances, diciendo al adelantado que el capitan de aquellos navios era Santiago Ribao, hijo de Juan Ribao, que habia venido por órden del rey cristianísimo á traer gente y bastimentos para aquel fuerte, como virrey y capitan general de aquella tierra en que no habia cometido delito, sino cumplido con su obligacion; y que si el adelantado queria hacerle guerra, él se la haria de modo que le pesase. Diciendo esto, dió fuego á una pieza Diego de Maya, habiendo hecho antes la puntería á una nave nueva que estaba á tiro, y dió el golpe á la lumbre del agua, con tanto acierto, que los franceses creyeron se anegaban, y no se atrevian á dar á la bomba porque quedaban descubiertos á la artillería y arcabuces; y escapando por un lado de la nave se entraron en el batel y en los de las otras naves que habian venido al socorro, y se salvó en ellas la gente, y la nave desembarazada fue á fondo; con lo cual cortaron las otras las proizas, y se dejaron llevar de la corriente hasta donde les pareció que no alcanzaba la artillería: alli surgieron, aunque bien seguras estaban mas cerca, porque el adelantado no tenia ánimo de gastar la pólvora sino á tiros muy ciertos, pues

no habia hallado mas que los dos barriles, y no sabia lo que le podia suceder. En todo este tiempo no cesó el agua ni el viento, que era tan terrible, que todos se admiraban de tenerse en pie; mas los soldados con el gusto de la victoria y del saco ni se acordaban de los trabajos de la marcha ni del que estaban padeciendo; y fue necesario que el adelantado, casi por fuerza, los hiciese alojar en las casas fuera del fuerte, dándoles camisas, vestidos, y muy cumplidas raciones de pan, vino, manteca y tocino, de que habia provision abundante, y se acostó al mediodia citando á las cuatro de la tarde á los oficiales para consejo.

A esta hora se volvió á vestir, y concurrieron todos los capitanes, á los cuales ponderó el milagro que la clemencia Divina habia hecho por defender su causa con tanto afecto y devocion, que lloraba. Propúsoles se hiciese reseña de la gente porque le parecia faltaba alguna, y que con parte de ella se iria á san Agustin dentro de dos dias, porque la armada francesa no diese sobre aquel puerto, que era mejor le ocupase, y pusiese en defensa; pues debia de una vez arrojar á los luteranos de aquella tierra. Mudó el nombre del fuerte que era Charlefort ó Carolina en el de san Mateo, por haberse ganado á 21 de setiembre, en que la Iglesia celebra la fiesta de este santo Evangelista. Todos aprobaron lo que proponia; y luego nombró á su sargento mayor Gonzalo de Villarroel por gobernador de aquel fuerte y la tierra; gran soldado, de mucho juicio, y entera confianza: ofreció dejarle trescientos hombres; á Rodrigo Montes hizo tenedor de bastimentos, y mandó se le entregasen todos los que se habian hallado; al maese de campo envió á hacer lista de la gente, todo lo cual pareció muy bien á

los capitanes. Tambien resolvieron se quitasen las armas de Francia y las del almirante Coligni, que estaban encima de la puerta principal de la fortaleza, aunque cuando iban á ejecutarlo ya un soldado enojado de que estuviesen apareadas las armas de un rey tan cristianísimo con las de tan grande herege, las habia derribado. Pusieron en su lugar las de España con una cruz de Caravaca encima de la corona, pintado todo muy bien por unos flamencos que iban allí: y si hubieran de referirse todas las cosas que el dia que se ganó el fuerte sucedieron era necesario mucho mas tiempo para leerlas que hubo para ejecutarlas.

El dia 22, despues de haber oido misa el adelantado, mandó poner dos cruces en sitios eminentes, y destinó sitio para fabricar iglesia con la madera que tenian aserrada los hereges para hacer un navío; luego le trajeron las listas de gente y bastimentos, y dió orden á Gonzalo de Villarroel del modo con que lo habia de gastar. Aun no habia cuatrocientos hombres, que los demas ó se habian vuelto á san Agustin maldiciendo la empresa ó perdido ó cansado, y no faltó quien medroso huyese del riesgo. Dió á Gonzalo de Villarroel los trescientos soldados, y ordenó fuesen con él los cien restantes con los capitanes Medrano, Alvarado y Patiño, pero estos le representaron que ni ellos ni su gente podian caminar aunque quisiesen; y habiendo oido sus razones los mandó el adelantado descansar, y que fuesen á san Agustin cuando pudiesen. Viéndose sin gente salió por los alojamientos á ver si algun soldado queria seguirle, porque tenia por muy dañoso detenerse mas tiempo. Juntó hasta treinta y cinco, á los cuales mandó proveer de lo necesario.

El maese de campo salió á las nueve del dia, de

su orden con los capitanes Diego de Maya, Martin de Ochoa, y cincuenta soldados hácia donde estaban surtas las dos naves francesas; llevó la gente repartida por el bosque porque presumió que los franceses huidos iban derechos á ellos. Metiéndose por el monte á buscar los bateles halló hasta veinte franceses, que aunque los llamó no quisieron esperar; y porque no podia alcanzarlos suplieron las balas su pereza dándoles muerte, y porque anochecia se volvió al fuerte.

Juntó el adelantado á sus capitanes para decirlos que el dia siguiente partiria á san Agustin, desde donde despacharía dos navíos para que apresasen las dos naves antes que se hiciesen á la vela, y que despues fortificasen con la artillería á san Mateo, y estuviesen á lerta por si la armada francesa volvia, pues la gente de ella con los indios amigos habian de procurar apoderarse del fuerte y vengarse; y si tardaba, les dió orden para que uno de los navíos fuese á la isla Española á llevar las mugeres y franceses mozos, que se habian salvado al tiempo de tomar el fuerte, para que la audiencia los hiciese llevar á Sevilla, y de allí los pasasen á Francia, y que volviese con el galeon san Pelayo cargado de bastimentos á aquel puerto: y quedando todos muy conformes con esta resolucion fueron á descansar, que bien lo habian menester.

Ejecutó su viage el adelantado el dia siguiente, llevando consigo á Francisco de Castañeda, capitan de su guarda, con treinta y cinco soldados, dejando muy encargado á los capitanes Medrano, Patiño y Alvarado que cuanto antes le siguiesen; y al maese de campo y otros capitanes que hasta tener nueva orden no se ausentasen del fuerte. Caminó dos leguas por el monte que habia venido, y media legua mas

allá halló tanta agua que daba por la rodilla: creyó salir de ella presto, pero á cada paso iba creciendo, de manera que le fue preciso volver atras sin que por esto se librase del agua, pues cada instante se aumentaba la lluvia y crecian los arroyos; y como la tierra estaba cubierta, perdió el camino sin que pudiesen hallar sitio en qué hacer alto, y lumbre para pasar la noche. No podian subir á los árboles por ser tan limpios, altos y derechos, que era necesaria gran habilidad para treparlos, la cual faltaba á la mayor parte de los que iban con él; y viéndose perdidos y sin poder descansar, mandó á un soldado muy suelto y ligero subiese á un árbol para ver hácia dónde descubria raso; fue inútil esta diligencia, pues no pudo ver mas que agua, y hacia tan oscuro que no conoció la carrera del sol: mandóle el adelantado se estuviese allí hasta mas tarde, quedándose al pie del árbol con los que le seguian, siendo mayor este trabajo solo que todos los que habian padecido á la ida.

Conoció el soldado el parage donde iba á ponerse el sol, y se le señaló al adelantado, el cual luego discurrió la parte por donde habia de salir del monte que estaba lleno de árboles, aunque muy ralos y limpios; pero el suelo tenia tanta agua, que para pasar los charcos mas hondos era menester cortar los árboles para que sirviesen de puente; al fin salieron á un rio muy hondo y angosto, que se acordó el adelantado haberle pasado cuando iba al fuerte, aunque no por aquel sitio, y para pasarle cortaron los árboles de la ribera donde estaban, y echándolos sobre el rio le pasaron sobre ellos con tan gran trabajo que dos soldados estuvieron para ahogarse, y se salvaron milagrosamente. Volvió el soldado á subir en otro árbol, y descubrió tierra

enjuta; y habiendo salido á ella, conocieron ser la misma parte por donde habian pasado, y tomaron la senda á san Agustin, haciendo antes grandes fuegos y lumbres para enjugarse; mas apenas empezaron á marchar, cuando volvió á llover de nuevo; y considerando que si se detenian sería mayor el daño, procuraron adelantar el viage despreciando esta incomodidad. Una legua antes de llegar á san Agustin pidió el soldado, que habia descubierto tierra, licencia al adelantado para ir á llevar las buenas noticias al lugar, y se la dió: halló muy desconsolados á todos sus moradores, porque segun las noticias que los desertores habian traido, tenian por perdido al adelantado y á los demas que no se habian vuelto; y la falta de comida y municiones no les daba lugar á creer otra cosa; pero con el soldado se regocijaron, y salieron en procesion cuatro clérigos, llevando la cruz con toda la gente cantando el *Te Deum laudamus*, dando mil alabanzas á Dios por tan gran victoria, y al adelantado muchos aplausos por tan no esperada hazaña. Entró en san Agustin como en triunfo habiendo tardado tres dias desde san Mateo sin haber tenido un instante de alivio él ni sus compañeros; pero la victoria les ensalzó el ánimo para sufrir tanta calamidad.

Contó el adelantado todo lo que habia sucedido á su hermano y á los demas; y sin descansar, hizo prevenir los dos navíos que habian de ir a san Mateo; pero teniendo aviso de que las dos naves francesas habian partido ya de la barra, solo envió uno cargado de artillería y municiones para que ejecutasen lo que dejaba resuelto.

Ocho dias despues de haber ocupado á los hugonotes el fuerte se quemó lastimosamente, con mucha hacienda y bastimentos, empezando el fuego

por la casa del capitan Francisco de Recalde; y aunque él dijo que un criado descuidándose con una vela, que se cayó de un palo en que la puso, causó el incendio, siempre se tuvo sospecha contra el capitan, el cual estaba muy desconforme con Gonzalo de Villarroel, sargento mayor; é inmediatamente empezaron los soldados á alborotarse, diciendo que pues no habia bastimentos se arrasase el fuerte; y si fuesen á Méjico ó Lima en el navío, que con la artillería habia enviado el adelantado, siendo así que se salvaron mas de cien pipas de arina y otras cosas: y como el maese de campo y Gonzalo de Villarroel tenian por amigos los mas principales de los soldados no se atrevian á levantar la voz con los tumultuarios algunos capitanes, ni sabian tampoco del adelantado y sus sucesos.

Juan Ribao y los franceses iban ya tan desalentados por las repetidas faenas que para redimir las naves del naufragio que tenian por evidente no eran bastantes las fuerzas ya rendidas con el continuo trabajo, no solo de los marineros sino de los capitanes y soldados que acudian á cuanto se les mandaba, y veían conveniente; sin tener mas privilegio de descansar el general que el Grumete ni podian salir á mar ancho donde correr al reparo de la instabilidad de las aguas la desecha borrasca; porque parece que Dios no queria dejasen de llevar en la Florida el castigo de sus maldades.

Hasta el mes de octubre duró la tormenta, en que tambien padeció la armada de Pedro Menendez algun daño, no obstante haberla previsto y puesto sus naves en la mayor seguridad. Despues de innumerables trabajos y fatigas, dieron las naves de los franceses contra unos escollos á mas de cincuenta leguas de Charlefort, salvándose la mayor par-

te de la gente y perdiendo cuanto llevaban.

En tierra, aunque no tan estruendoso, fue mayor el peligro de los franceses, porque no tenian mas bastimento que yerbas y raices, ni mas agua que la que esprimian de cieno: tan pálidos y flacos estaban todos del cansancio y de la escesiva hambre, que era lástima verlos tan desfigurados haciendo ya esfuerzos solamente por conservar la vida. Entre tantos trabajos hallaron un esquife, y creyendo podrian avisar en él sus fatalidades y desventuras á los que habian quedado en la Carolina, (de cuyo suceso infeliz nada sabian) le previnieron como mejor pudieron, y enviaron en él aviso á Tomas Vaseur, y otros doce ó diez y ocho compañeros, entre los cuales iban Vicente Simon, Miguel Guibor, y un yerno suyo; los cuales entrando en el puerto tuvieron noticia por los indios amigos, de que era tomado el fuerte; y luego llegó un frances que les contó todo el suceso, y en lugar de volver con estas noticias infaustas, se fueron á Orista ó Santa Elena, porque tenian por amigos aquellos indios.

Hallábase el adelantado con gran cuidado del galeon san Pelayo, cuyo paradero no sabia; y no pudiendo persuadirse á que se hubiese perdido segun el rumbo llevaba, encargó á Francisco Ginovés (que en su patache Espíritu Santo llevó á la Española las francesas y mozos que se habian salvado en el fuerte de san Mateo) que si le hallase en algun puerto cargase su patache del bastimento que en él habia; pero aunque habiendo dejado á los franceses en la Española, le buscó en sus puertos y Baracoa, y despues en Cuba, donde reparó su patache, y fue á puerto de Plata á cargar de bastimento para los fuertes de la Florida, en ninguna parte halló noticia del navío.

Causó gran pesar en el adelantado este suceso, y despachó á Gonzalo Bayon en el patache san Andres de cien toneladas á ver si habia llegado á aquellos puertos; pero se volvió de la misma suerte que Francisco Ginovés cargado de bastimento á la Florida. Envió el vergantin san Mateo con Juan Rodriguez de Isla, su maestre, á hacer la misma diligencia en todos los puertos; pero en ninguno halló rastro de galeon, con lo cual cargó de carne y cazave en Santiago de Cuba, y lo llevó á la Florida. Otras muchas diligencias hizo, pero ninguna tuvo efecto, porque despues de muchos dias se supo que los quince luteranos que iban presos en el galeon, ayudados de algunos marineros levantiscos, y de otros estrangeros, á breve tiempo de navegacion se alzaron con el navío, y dieron muerte al teniente que iba mandando á los oficiales, deudos del adelantado, y á los demas soldados católicos que iban en él, amigos y criados del adelantado, y vinieron á parar á las costas de Dinamarca.

En el modo de acabar el adelantado con los hereges en la Florida, cuentan los estrangeros tales ficciones (y tan confusas porque no distinguen los sucesos) que han hecho incurrrir á los sinceros y piadosos en los mismos errores que inventan como se verá despues. Aun no estan conformes en el capitan que hizo la justicia de los hereges; unos le llaman Villemando, otros Pedro Claudio; siendo desde entonces notorio que fue el adelantado.

Dicen que habiendo echado la gente en tierra el adelantado por la una orilla del rio vieron su gente desde la otra los franceses que estaban perdidos, y los pidieron paz y las vidas; y que otorgándoselas Pedro Menendez envió por ellos á cinco españoles para que los trajesen; que pasó Juan Ribao el pri-

mero con treinta hombres, y despues de treinta en treinta los demas, á los cuales como iban llegando, iban atando los españoles las manos atras de dos en dos, y que de este modo los metieron en el fuerte que habian hecho: que Ottigni temia estas prevenciones, y el adelantado le dijo no temiese, que en llegando al pueblo se vería lo que se habia de hacer con ellos, y se guardaria lo que se capitulase; que despues apartó el adelantado treinta menestrales concediéndoles las vidas; y á los demas á sangre fria, faltando á su palabra, los hizo matar. Aquí exageran la crueldad del adelantado y la falta de fé, de modo que espanta la disolucion en fingir: uno dice que Ribao fue hecho cuartos y puestos en los caminos de Charlefort; otros que le cortaron la cabeza, y el casco se envió á Sevilla como en triunfo; otro que le desollaron vivo, y le pasaron el corazon de una puñalada: Thuano hace á este castigo execrable maldad; y para autorizarla, dice lo supieron los franceses por relacion de un marinero (será el barbero que abajo se menciona) que cayó entre trescientos cuatro muertos, y teniéndole por cadáver, escapó de noche: y libre se lo contó á Morges, como si los franceses que habian perdonado los españoles fuesen ciegos ni mudos; y lo mismo puede decirse á Natal Comite, lib. 16, que refiere que la noticia de la palabra dada por Pedro Menendez, y el juramento que les hizo de guardarles las vidas, á que faltó, la trajó á Francia Cristobal Breton Aquitano, que no fiándose de los españoles se echó al rio por no caer en sus manos, y vió el castigo desde la ribera opuesta.

Dicen tambien que el adelantado presumió el parage donde los habia arrojado la tempestad cuando le vino noticia de que querian fortificarse, con

la cual partió del fuerte de San Agustin á 28 de octubre con tres pataches (que habia tomado á los franceses) la vuelta del canal de Bahama al Cabo del Cañaveral, llevando doscientos setenta hombres de mar y guerra para desbaratar los franceses que escaparon con Ribao de las naos que dieron al traves y estaban fortificándose, haciendo un fuerte y un barco para pedir socorro á Francia por la via de Terranova.

Con estas calumnias, repetidas en tantas partes han procurado manchar la fama del adelantado exegerándolas los hereges, y siguiéndolas los católicos, pues aun el Padre Felipe Briert en la brevedad de sus anales dice les dió muerte contra la fé que les habia dado, siendo todo una ficcion; porque el adelantado no dió palabra ni quiso darla de guardarles las vidas, aunque se la pagaban muy bien; ni en el suceso de Charlefort hubo mas de lo que se ha referido, y así lo cuenta el doctor Solís de las Meras, hermano de doña María de Solís, muger del adelantado, que se halló presente, el cual prosiguiendo en los castigos de los hereges, y en el modo de ejecutarle, dice así:

Él se ocupó (habla del adelantado) *en fortificarse allí* (en san Agustin) *lo mejor que pudo, para aguardar la armada francesa si allí viniese; é otro dia siguiente llegaron unos indios, é por señas le dijeron que cuatro leguas de allí estaban muchos cristianos no pudiendo pasar un brazo de mar, aunque estrecho, que es una ria que está dentro de una barra; porque para llegar á san Agustin le habian de pasar forzosamente: el adelantado tomó luego consigo cuarenta soldados aquella tarde, y fue despues de la media noche cerca de aquel brazo de mar donde hizo alto á la mañana, dejando sus soldados enboscados; de sobre un árbol descubrió lo que*

habia: vido mucha gente de la otra vanda del rio y las vanderas; y para impedirles que no pasasen llegóse tan cerca el adelantado que los pudiese contar, para que pensasen que habia mucha gente; y como fueron descubiertos, luego se pasó un hombre á nado, era frances, é dijo: que la gente que allí estaba eran todos franceses que se habian perdido con tormenta, é toda la gente habia escapado. Preguntóle el adelantado qué franceses eran, dijo que doscientas personas, capitanes é gente de Juan Ribao, virrey é capitan general de aquella tierra por el rey de Francia. Preguntóle si eran católicos ó luteranos; dijo: que todos eran luteranos de nueva religion, aunque esto ya lo sabia el adelantado, que ellos lo habian dicho cuando encontró su armada, é las mugeres y mozos, á quien dió la vida cuando ganó el fuerte, se lo habian dicho tambien; é les halló dentro del fuerte seis cofres llenos de libros, encuadernados é dorado todos de la nueva secta; é que no decian misa, é que se les predicaba cada tarde su secta luterana: los cuales libros mandó quemar sin dejar ninguno. Preguntóle el adelantado que á qué venia, dijo que el capitan de ellos le enviaba á ver qué gente era. Díjole el adelantado si queria volver, respondió que sí: mas queria saber qué gente era: este hablaba muy claro, porque era gascon, de san Juan de Luz. Entonces le dijo el adelantado que dijese á su capitan que era el virrey y capitan general de aquella tierra, por el rey don Felipe, é que se llamaba Pedro Menendez, é que estaba alli con algunos soldados, á reconocer qué gentes eran ellos; porque habian tenido aviso el dia antes que estaban alli y llegaban á aquella hora: el frances se fue con la embajada, é volvió luego diciendo: que le diesen seguranza á su capitan é á otros cuatro gentiles hombres que querian venir á verse con él, é que les prestasen un batel que alli tenia el adelantado, que habia llegado entonces por el rio con bas-

timento, é respondió al frances que dijese á su capitan que podia venir seguramente debajo de su palabra; é luego envió por ellos con el batel é vinieron. El adelantado los recibió muy bien con hasta diez personas, é á los demas mandó estar un poco apartados entre unas matas para que pudiesen descubrir á todos, de manera que pensasen los franceses que habia mas gente. Dijo uno de estos franceses que él era capitan de aquella gente, é que con tormenta se habian perdido cuatro galeones y otras chalupas del rey de Francia en término de veinte leguas una de otra, é que ellos eran la gente de la una nao, é que querian que los favoreciese con aquel batel en aquel brazo de mar, y otro que está cuatro leguas de allí (que era el de san Agustin); que se querian ir á un fuerte que tenian veinte leguas de allí. Este era el que el adelantado les ganó. Preguntole el adelantado si eran católicos ó luteranos. Dijo que todos eran de la nueva religion. Entonces les dijo el adelantado, señores: vuestro fuerte es ganado, é la gente de él degollada, sino son las mugeres é mozos de quince años abajo; é para que sepais cierto que es ansi, entre algunos soldados que aquí están hay muchas cosas, y hay dos franceses, que yo traje conmigo, que dijeron eran católicos: sentaos aquí, é comereis, é yo os enviaré los dos franceses, é las cosas que aquellos soldados han tomado del fuerte, para que os satisfagais. *El adelantado lo hizo así, mandándoles dar de comer; é les envió dos franceses é muchas cosas que los soldados habian ganado en el fuerte, para que las viesen; é retiróse á comer con su gente, é de allí á una hora, ya que vió que los franceses habian comido, fue á donde estaban, é díjoles* si estaban ciertos de lo que les habia dicho. *Dijeron que sí; que le pedian por merced que les diese navíos é matalotage con que se pudiesen ir á Francia. Respondióles el adelantado que lo hiciera de buena gana si ellos fueran*

catolicos ó tuviera navíos para ello; mas no los tenia, porque los dos enviáralos á san Mateo, el uno con la artillería, é á que llevasen las francesas é mozos á Santo Domingo é á buscar bastimento; el otro habia de ir de aviso á su magestad con lo sucedido hasta entonces en aquellas partes. El capitan frances le respondió que otorgase á todos la vida, é que se estarian con él hasta que hubiese navíos para Francia; pues no tenian guerra, é los reyes de España é Francia eran hermanos y amigos. El adelantado le respondió que era la verdad, é que á los católicos é amigos él los favorecia entendiendo que servia á entrambos reyes en ello; mas que por ser ellos de la nueva secta, los tenia por enemigos, é tenia con ellos guerra á sangre é fuego; é que ésta la haria con toda crueldad á los que hallase en aquella mar é tierra, donde era virrey é capitan general por su rey; é que iba á plantar el santo Evangelio en aquella tierra para que fuesen alumbrados los indios, é viniesen al conocimiento de la santa fe católica de Jesucristo nuestro señor como lo dice é canta la santa iglesia romana; é que si ellos quieren entregarle las vanderas é las armas, é ponerse en su misericordia, lo pueden hacer para que él haga de ellos lo que Dios le diere de gracia, ó que hagan lo que quisieren, que otras treguas ni amistades no habian de hacer con él; y aunque el capitan francés replicó, no se pudo acabar otra cosa con el adelantado. Partióse para su gente el frances en el batel en que habia venido, diciendo que él iba á decir lo que pasaba, é acordar lo que debian hacer; é que dentro de dos horas volveria con la respuesta. El adelantado les dijo que hiciese lo que mejor les pareciese, y que él aguardaría. Pasadas dos horas, volvió este mismo capitan francés con los mismos que primero, é dijo al adelantado que allí estaba mucha gente noble, que le darian cincuentamil ducados de talla porque otorgase á todos la vida. El adelantado respondió que aunque

él era pobre soldado que no quería hacer aquella flaqueza porque no le notasen de codicioso; que cuando hubiese de ser liberal y misericordioso habia de ser sin interes. Volvió á porfiar en esto el capitan francés: desengañóle el adelantado que si la tierra se juntára con el cielo no habia de hacer otra cosa mas de lo que le tenia dicho. É ansí volvió el capitan francés adonde estaba su gente, é dijo al adelantado que con lo que acordasen volveria luego, é volvió dentro de media hora, é metió en el batel las banderas, é hasta setenta arcabuces, é veinte pistoletes, é cantidad de espadas é rodelas, é algunas celadas é petos, é vínose adonde el adelantado estaba, é dijo que todos aquellos franceses se rendian á su misericordia, é entrególe las banderas y las armas. Entonces mandó el adelantado entrar veinte soldados en el batel é que trajesen los franceses de diez en diez. El rio era estrecho é facil de pasar, é mandó á Diego Flores de Valdés, almirante de la armada, recibiese las banderas é armas, é anduviese en el batel, á hacer pasar los franceses, é que no les hiciesen mal tratamiento los soldados, é apartóse el adelantado de la marina como dos tiros de arcabuz, detras de un medano de arena entre unas matas, donde la gente que en el batel venia, que pasaba los franceses, no lo podia ver. Entonces dijo al capitan francés é otros ocho franceses que con él estaban: Señores, yo tengo poca gente, é no muy conocida, é vosotros sois muchos, é andando sueltos fácil cosa os sería satisfaceros de nosotros por la gente que os degollamos cuando ganamos el fuerte; é ansí es menester que con las manos atras amarradas marcheis de aquí á cuatro leguas, donde yo tengo mi real. *Respondieron los franceses que se hiciese ansí; é con los cordones de las mechas de los soldados les amarraba las manos muy bien atras; é los diez que venian en el batel no veian á estos que amarraban las manos hasta*

dar con ellos; porque convino hacerse así á causa que los franceses que no habian pasado el rio no lo entendiesen é se escandalizasen; y así ataron doscientos ocho franceses, á los cuales preguntó el adelantado si habia entre ellos algunos católicos que se quisiesen confesar: ocho de ellos dijeron que lo eran; sacólos de allí é metiólos en el batel para que los llevasen por el rio de san Agustin; y los otros respondieron que ellos eran de la nueva religion, é que se tenian por muy buenos cristianos, é que esta era su luz é no otra. El adelantado mandó marchar con ellos, habiéndoles primero dado de comer é beber, cuando llegaban los diez, antes que los amarrase: lo cual se hacia antes que los otros diez viniesen; é dijo á un capitan de los suyos que marchase con ellos en la vanguardia, é que á un tiro de ballesta de allí hallaria una raya, que él haria con una gineta que llevaba en la mano, que era en un arenal por donde habian de caminar al fuerte de san Agustin, que los degollasen á todos; é mandó al que iba en la retaguardia hiciese lo mismo; é ansí se hizo dejándolos allí todos muertos, é se volvió aquella noche al amanecer al fuerte de san Agustin, porque era ya puesto el sol cuando estos murieron.

Otro dia siguiente que el adelantado llegó á san Agustin, vinieron los mismos indios que de antes, é dijeron que muchos mas cristianos estaban de aquella parte del rio donde los otros. El adelantado entendió que este debia de ser Juan Ribao, general de los luteranos en la mar y en la tierra, á quien ellos llamaban virrey de aquella tierra por el rey de Francia. Luego fue con ciento cincuenta soldados bien en órden, é llegó alojar donde la primera vez á media noche é al alba. Púsose junto del rio con su gente tendida, é como aclaró el dia, vido dos tiros de arcabuz de la otra vanda del rio mucha gente, é una balsa hecha para pasar la gente á la parte donde el adelantado estaba. É luego los franceses como vieron

al adelantado é su gente, tocaron arma, é desplegaron un estandarte real é dos vanderas de campaña tocando pífaros é atambores con muy buena orden, é representaron la batalla al adelantado, el cual habia mandado á su gente que se sentase é almorzase, é que no se hiciese ninguna demonstracion de alteracion; é paseábase por la marina con su almirante é otros dos capitanes, no haciendo caso de la alteracion y demonstracion de batalla de los franceses; de tal manera que ellos se debieron de correr, y en su ordenanza como estaban hicieron alto, dejando de tocar los pífaros é atambores; y con un clarin que tocaron enarbolaron un paño blanco de paz. El adelantado llamó luego con otro clarin que traia muy bueno, é sacó de la faltriquera un pañizuelo, y empezó á campear con él á manera de paz. Un frances se metió en la balsa, y á voces altas dijo que pasásemos allá: por mandado del adelantado se le respondió que pues tenian balsa viniesen ellos á donde él estaba, pues que los llamaba si querian algo. Respondió el de la balsa que era mala de pasar porque la corriente iba grande: que le enviasen una canoa que allí estaba de unos indios. El adelantado dijo que viniese á nado por ella debajo de su palabra. Un frances marinero vino luego, y no consintió el adelantado que le hablase. Mandóle que tomase la canoa, y se fuese, é dijese á su capitan que pues le llamaba, si le queria alguna cosa se lo enviase á decir. Vino luego este marinero con un gentil-hombre, el cual dijo que él era sargento mayor de Juan Ribao, virrey é capitan general de aquella tierra por el rey de Francia, é le enviaba á decir que él se habia perdido con una armada con tormenta en la mar, é que tenia allí como trescientos cincuenta franceses, que le convenia irse á un fuerte que tenia veinte leguas de allí, que le diese favor de bateles para pasar aquel rio é otro que estaba de allí á cuatro leguas, é que deseaba saber si eran españoles, é que capitan traian.

El adelantado le respondió que españoles eran, é que el capitan que tenian era el mismo con quien hablaban que se llamaba Pedro Menendez, que dijese á su general que el fuerte que decia tenia veinte leguas de allí, él se lo habia ganado é degollado sus franceses é aun otros que habian venido de la armada perdida, porque se habian mal gobernado; é fuese paseando hácia donde estaban muertos, é monstróselos, é que ansí no tenia para que pasar el rio á su fuerte. El sargento con gran semblante, sin hacer demonstracion de tener pena de lo que el adelantado habia dicho, dijo al adelantado si le haria merced de enviar un gentil-hombre de los suyos á decir aquello á su general para que se tratase aseguranza, porque su gente venia cansada, y el adelantado le pasase á ver en un batel que allí tenia, y el adelantado le respondió: hermano, andad con Dios, é dan la respuesta que vos dan; y si vuestro general quisiere venir á hablar conmigo, yo le doy mi palabra que puede venir é volver seguro con hasta cuatro ó seis compañeros que traiga consigo ó los del su consejo, para que tome el que mas le convenga. É ansí se partió este gentil-hombre frances con este recado. Dentro de media hora volvió á aceptar la aseguranza que el adelantado le habia dado, y á pedir el batel, el cual el adelantado no le quiso dar, enviándole á decir que se le podian tomar, é que pasase en la canoa, que era segura, pues el rio era estrecho; é ansí se volvió con este recado el gentil-hombre. É luego vino el Juan Ribao, á quien el adelantado recibió muy bien con otros ocho gentiles-hombres que con él vinieron, todos muy bien tratados, de muy buenas personas é autoridades, é les hizo dar colacion de cierto barril de conserva é de beber, é que les darian de comer si lo quisiesen. El Juan Ribao respondió con mucha humildad agradeciendo el buen recibimiento que se les hizo, é dijo que para alegrar los espíritus que estaban tristes por las

nuevas que le habian dado de la muerte de sus compañeros, querian desayunarse con la conserva é vino, é que por entonces no querian otra comida, é ansí lo hicieron. El Juan Ribao dijo que aquellos compañeros suyos que allí estaban muertos, è los vió que estaban cerca, pudieron ser engañados, y que èl no lo queria ser. Entonces mandó á los soldados que alli estaban se llegasen cada uno con lo que tenia del fuerte; é fueron tantas las cosas que vió, que tuvo por cierto que era verdad, aunque ya él sabia aquellas nuevas, é no las podia creer porque entre ellos estaba un frances barbero de los que el adelantado habia mandado degollar con los demas que habian quedado por muertos entre los otros, que de la primera cuchillada que le dieron se dejó caer haciéndose muerto, é cuando él alli llegára se pasára á nado para él; y aquel barbero tenia por cierto los habia engañado el adelantado, diciendo que el fuerte era ganado no lo siendo; é ansí lo tenia él hasta entonces por cierto. El adelantado dijo que para que lo creyese mejor é satisfaciese, hablase á parte con dos franceses que alli estaban, que se hallaron presentes, para satisfacerse mejor, é ansi lo hizo; é luego se vino el Juan Ribao para el adelantado, é le dijo que él estaba cierto que todo lo que le habia dicho era verdad, y que lo que de él acontecia pudiera acontecer al adelantado; é pues sus reyes eran hermanos é tan grandes amigos, hiciese el adelantado con él como tal amigo, dándole navíos é bastimentos con que se fuese á Francia. El adelantado le respondió lo que á los primeros franceses, de que hizo hacer justicia; é dando é tomando con él, no pudo acabar otra cosa el Juan Ribao con el adelantado. Entonces el Juan Ribao le dijo que queria dar cuenta á su gente, porque habia entre ella mucha noble, é le volveria é enviaria respuesta de lo que acordase hacer. Dentro de tres horas volvió el Juan Ribao en la canoa, é dijo que habia diferentes pareceres

entre su gente; que unos se querian rendir á su misericordia é otros no. El adelantado le respondió que no se le daba ninguna cosa que viniesen todos ó parte ó ninninguno de ellos; que hiciesen lo que mejor les estuviese, pues tenian libertad para ello. El Juan Ribao dijo al adelantado que la mitad de ellos se querian poner á su misericordia, é pagarian de talla mas de cienmil ducados, é la otra mitad podian pagar mas porque habia entre ellos personas ricas é de mucha renta que pretendian hacer estados en aquella tierra. Respondióle el adelantado: Mucho me pesa se pierda tan buena talla é presa, que harta necesidad tengo de ese socorro para ayuda de la conquista é poblacion que desta tierra, en nombre de mi rey, es á mi cargo como plantar en ella el santo Evangelio. *El Juan Ribao usó aquí de buen ardid, si le valiera; porque le pareció que el adelantado, con la codicia del dinero que todos le darian, no mataría á él ni á los que á él se viniesen á su misericordia, pareciéndole que con no los matar los unos, é los otros por concierto que el Juan Ribao haria con él, valdría al adelantado mas de doscientosmil ducados; y dijo al adelantado que él se volvería con la respuesta á su gente, que porque era tarde le pedia por merced se detuviese allí hasta el dia siguiente que volveria con la resolucion que acordase. El adelantado dijo que si aguardaría: é fuese á su gente que ya era á puesta del sol: y á la mañana volvió en la canoa y entregó al adelantado dos estándartes reales, uno del rey de Francia y otro del almirante, é las banderas de compañía é una espada, daga é celada dorada muy buena, é una rodela é un pistolete é un sello que tenía que el almirante de Francia le habia dado para sellar las provisiones é títulos que diese. É dijo el adelantado que hasta ciento cincuenta personas de las trescientas cincuenta que habia querian venir á su misericordia, é que las*

demas se habian retirado aquella noche, é fuese el batel por los que querian venir é por sus armas. El adelantado proveyó al capitan Diego Flores de Valdes, almirante de la armada, que los hiciese traer como á los demas de diez en diez, é llevando el adelantado á Juan Ribao detras del medano de la arena entre las matas, donde los demas les hizo amarrar las manos atras á él é á todos como á los demas, diciéndoles que habian de caminar cuatro leguas por tierra, é de noche, que no se sufria ir sueltos. Y estando amarrados todos, dijo: si eran católicos ó luteranos, é si habia alguno que se quisiese confesar. *El Juan Ribao respondió:* que él é todos cuantos allí estaban eran de la nueva religion; *y empezó á decir el salmo de* Domine memento mei: *y acabado dijo: que de tierra eran, y que en tierra se habian de volver; é veinte años mas ó menos todo era una cuenta: que hiciese el adelantado de ellos lo que quisiese; é mandando el adelantado los matasen, con la misma orden, é en la misma raya, mandó que se hiciese de todos lo que de los otros. Solo sacó á los pífaros, atambores é trompetas, y á otros cuatro que dijeron eran católicos, que eran en todos diez y seis personas; todos los demas fueron degollados. É fuese aquella noche á san Agustin, á donde algunas personas le notaron de cruel; otras, que lo habia hecho como muy buen capitan; y que cuando fuesen católicos, si él no hiciera la justicia que hizo de ellos, por los pocos bastimentos que el adelantado tenia, perecerian los unos é los otros de hambre, é los franceses nos degolláran á nosotros porque eran mas.*

Y dentro de veinte dias que estos fueron degollados, vinieron indios al adelantado, y le dijeron por señas que á ocho dias de camino de allí para la parte del Sur, dentro de la canal de Bahama al Cañaveral, muchos hombres, hermanos de los que el adelantado habia manda-

do matar, hacian un fuerte é un navío; luego sospechó el adelantado lo que podia ser que de la madera, artillería, é bastimentos é municiones de la armada francesa que se perdió, los franceses que se retiraban se fortificaban é hacian bajel para enviar á Francia á pedir socorro; y despachó luego de san Agustin á san Mateo diez soldados, dando aviso de todo, y de cómo queria ir, para que le viniese de la gente que allí estaba cumplimiento de ciento cincuenta soldados con los treinta y cinco que trajo de allí cuando se ganó el fuerte, é se volvió á san Agustin; y luego los envió el maestre de campo con el capitan Juan Velez de Medrano y Andres Lopez Patiño, y llegaron á san Agustin á 23 de octubre; é á los 26 por la mañana, habiendo oido misa el adelantado, se partió por la costa con trescientos hombres é con tres bajeles por la mar con las armas é bastimentos; é no caminaban mas los bajeles que la gente andaba por tierra, que á donde quiera que alojaban de noche allí surgian los bajeles porque era todo arena é costa limpia.

El adelantado llevó en los tres bajeles bastimento para cuarenta dias, é los trescientos hombres; é la racion de un dia duraba dos; é les prometió procuraria hacer en todo el bien general de todos, aunque corriese peligros é trabajos: que esperaba que la bondad y misericordia de Dios le habia de ayudar en todo para salir con tan santa é buena empresa; é ansí se despidió de ellos, quedando los mas de ellos llorando porque era muy amado de todos, temido, querido y respetado.

Lo que en este camino el adelantado andaba á pie era cosa que admiraba á todos, porque no llevaba ningun caballo; é al tercero dia no acabaron de llegar cincuenta soldados que dejaba en la retaguardia, con muchos cansados que no podian caminar. Dos soldados de los mas recios que allí venian, de edad de veinte y cin-

co á treinta años cada uno, que habian sido de los primeros que entraron en el fuerte de san Mateo cuando se les ganó á los franceses, que marchaban en la vanguardia con el adelantado, de vergüenza, visto lo que él caminaba, por no le dejar, esforzábanse mas de lo que era razon; é yendo andando, dijo el uno de ellos contra el otro compañero: Yo me quiero sentar un poco, que voy muy cansado; *é sin entenderlo el adelantado, quedaron sentados estos dos, é dentro de un cuarto de hora, sin levantarse de allí, dió el alma á Dios. El otro se esforzó á caminar tras el adelantado; é despareció una noche, que nunca jamas le vieron, porque marchaba toda la gente dende las dos de media noche por un arenal al luengo de la marina hasta salido el sol, y entonces hacia alto, é acudian los soldados por las zabanas adentro á comer palmitos é icacos, y cogian algunos para llevar: estábanse allí dos horas, é marchaban hasta las once é las doce del dia; entonces descansaban hasta las dos despues de mediodia, é volvian á caminar hasta que el sol se queria poner; é no habia dia que no se caminase de ocho leguas arriba; cosa que admiraba á todos por tan mal camino como eran aquellos arenales, é sin comida caminar tanto.*

Y llegó caminando buenas jornadas dia de todos los Santos al alba, á dar sobre el fuerte que los franceses hacian, que unos indios le guiaban, é por tierra que marchaba con los soldados, y los tres bajeles por la mar que los llevaba á su cargo el capitan Diego de Maya; y como fueron descubiertos del fuerte, los franceses que dentro estaban se huyeron al monte todos sin quedar ninguno; y el adelantado les envió una trompeta, segurándoles la vida; que se volviesen y se les haria el mesmo tratamiento que á los españoles. Viniéronse al adelantado como ciento cincuenta; y el capitan de ellos con otros veinte le envió á decir que antes queria ser comido de los

indios que rendido de los españoles. El adelantado recibió muy bien esta gente, y la hizo buen tratamiento: puso fuego al fuerte, que era de madera, y arrasóle é quemó el navío que se estaba haciendo, é soterró la artillería porque no la podian llevar los bajeles.

Estas son las mismas palabras del doctor Solís de Meras, en el memorial que hizo de todas las jornadas del adelantado y de la conquista de la Florida, escritas en el mismo tiempo sin abreviar su contesto ni mudar su estilo, cuya autoridad sola basta para convencer la calumniosa y malévola opinion de los émulos del adelantado y de la nacion española cuando no sobrára la aprobacion del rey y del Papa.

La causa de esta derrota y castigo de los hugonotes atribuye Thuano á los primeros ministros del rey de Francia que supone dieron aviso de la salida de Ribao para que el adelantado le fuese siguiendo y desbaratase: ¡malicia ignorante y poco considerada! Pues aunque diesen la noticia, llegó despues de estar en España, ajustado el asiento de la poblacion y conquista por el adelantado; el cual si hubiera salido antes con la prevencion que tenia hecha para este efecto, hubiera llegado con mas poder, y desecho con mayor facilidad á los franceses que en san Mateo estaban esperando viento para hácerse á la vela.

Quedó muy sentido el capitan Juan de san Vicente de la partida del adelantado, á quien tenian desazonado sus desaciertos, y especialmente el de haberse quedado en san Agustin, y no ser partícipe en la victoria solo para él triste y desagradable; y ya que no podia vengarse del adelantado procuraba deslucir sus acciones y que se perdiese la tierra, siendo así que nadie debia mas al adelantado que

este hombre ingrato y poco fiel; y su alferez Francisco Perez, á quien sin mas méritos que la recomendacion de un amigo habia conferido los empleos que merecian tantos.

A los cinco dias que el adelantado se hizo á la vela empezó á mover secretamente alteraciones y motines en los fuertes escribiendo en primero de noviembre á los amigos que tenia en san Mateo el modo de desamparar aquella tierra, sin mas fundamento que su ódio nacido de saber todos su poco valor; pero como muchos soldados cuando se embarcaron en España á esta jornada tenian trazado quedarse en la Española ó Cuba, y pasarse al Perú ó á Nueva-España, y no sucedió este caso, porque sin aportar á aquellas islas fueron derechos á la Florida; estaban muy descontentos, y aplaudian sus infames ideas.

Las primeras voces que esparcieron los que intentaban la sublevacion era la falta de bastimento, los trabajos continuos, la desventura de la tierra que poco á poco fueron debilitando el ánimo de los que no tenian mucho, y alborotando los soldados de los fuertes, tomando y destruyendo los víveres que llevó á san Agustin el adelantado, que bien distribuidos desde el principio hubieran durado sin escasez hasta fin de marzo siguiente; porque el adelantado disminuyó mucho la gente de aquel fuerte poniendo trescientos soldados en san Mateo, dejando en el Cañaveral ó fuerte de santa Lucía doscientos con el capitan Juan Velez de Medrano, la gente de mar y los demas soldados que llevó consigo el adelantado y la que trajo á España Diego Flores en el aviso; y para que durase mas el bastimento la tierra tenia abundancia de pescado muy bueno, ostras, cangrejos, palmitos y mucho aceite, que ha-

bia desembarcado en san Agustin: trabajos hasta entonces no los habian esperimentado, aunque dieron causa á ellos, y de la calidad de la tierra ningun conocimiento tenian; pero como los principales les persuadieron, y los soldados estaban desanimados, facilmente atrajeron á sí tantos que dieron sumo cuidado á sus gobernadores.

Los indios de toda aquella tierra estaban espantados de la justicia ejecutada por el adelantado; porque la noticia se esparció entre ellos luego, que en aquellas provincias las grandes novedades corren de cacique en cacique con mayor brevedad que en Europa se divulgan con los correos, de lo cual resultó cobrarle con gran respeto y temor.

Habia elegido el adelantado justicia y regimiento en san Agustin, y dejado á su hermano Bartolomé Menendez por alcalde, el cual siempre habia sido gobernador. Tuvo el primer cabildo con los oficiales del ayuntamiento que eran los capitanes: acordóse que de las sentencias que diesen los alcaldes y regidores se otorgase la apelacion al maese de campo, á quien nombró por su teniente general segun la facultad real que tenia, y que del bastimento que hubiese en el almacen, y del que viniese de los navíos de socorro, se diese la racion que pareciese conveniente. Tambien trazó el fuerte que se habia de fabricar, y dejó repartido el trabajo por escuadras igualmente en todos los que quedaban, señalándoles tres horas por la mañana, y tres por la tarde; y la misma instruccion que dejó en san Agustin envió á san Mateo á Gonzalo de Villarroel, habiendo antes despachado á Diego Flores de Valdés á dar noticia al rey de lo que hasta allí habia sucedido segun se contenia en sus instrucciones en el navío (de que era maestre Domingo Fernandez)

que despues se perdió y mandó el rey pagársele.

Todo lo referido ejecutó el adelantado antes de partir al Cabo del Cañaveral contra los franceses, á quien perdonó las vidas, llevando consigo ciento cincuenta, á los cuales se daba igual racion que al adelantado, y á los demas soldados, sentando á su mesa á los que eran mas nobles y haciéndolos cuantos favores pudieran esperar de sus paisanos.

De este modo marchó la vuelta del sur al largo de la mar, y los tres navíos fueron á buscar un rio y puerto que estaba quince leguas de allí por si podia dejar alojada su gente con algun cacique, é ir por la canal de Bahama dentro á la isla de Cuba por bastimentos. Llegaron á 4 de noviembre al rio y puerto que se llamaba Is, porque este era el nombre del cacique y provincia. Recibió de paz al adelantado esperándole el cacique y sus indios en sus casas, que los demas pueblos que hallaba todos huian á los montes. Holgóse mucho el adelantado de esta novedad, y mandó á los soldados, con grandes penas, no hiciesen á los indios daño alguno ni tomasen nada de sus casas. Regaló al cacique con espejos, cuchillos, tijeras, cascabeles, y otras cosas semejantes; y en cuatro dias que estuvo en Is entró por un rio á reconocer un sitio que el cacique le dijo era bueno poblar, pero no le gustó al adelantado aunque navegó hasta un puerto pequeño distante quince leguas de allí. Volvióse donde estaban los suyos, y empezó á faltar el bastimento, de suerte que un soldado vendió una libra de bizcocho por veinte y cinco reales, porque los indios no tenian mas que pescado y Icacos y palmitos, y en poca abundancia, y como á consumir la provision que traia el adelantado se habian añadido los ciento cincuenta franceses, temieron los

soldados una gran hambre; y le rogaron fuese á Cuba con dos navíos, aunque por ser ya mediado noviembre era muy peligrosa la navegacion, á traer bastimentos y socorrer á san Agustin y san Mateo.

El adelantado escogió para el viaje cincuenta marineros y soldados y veinte franceses, aunque le daban gran pesadumbre dos cosas: una, la mala disposicion en que dejaba sus soldados; y otra, que hasta entonces jamas habia salido ningun bajel por la canal de Bahama á la isla de Cuba, aunque lo habian intentado muchos; porque vá la corriente la vuelta del Norte muy recia, y él habia de navegar la vuelta del Sur, y la corriente contraria le habia de dar por la proa. Pasó luego su gente en los bajeles á un parage que decian los indios que era muy bueno, abundante de pescado, palmitos y Icacos, y la dejó á cargo del capitan Juan Velez de Medrano, esforzándola y consolándola mucho. El cacique y sus hijos lloraban porque se ausentaba, que les parecia perdian los regalos que les habia de hacer, y á sus indios é indias principales: y dejándole encargados á sus soldados, que de su orden hicieron allí un fuerte que se llamó santa Lucía, se hizo á la vela con próspero viento con el capitan Diego de Maya que iba en otro bajel; y navegando á lo largo de la costa y tierra de la Florida halló su aguja quebrada, y prosiguió el viaje sin embargo: pero al atravesar á la isla de Cuba entró una gran tormenta, y escarceo de mar; y pareciéndole que no iba bien gobernado el navío, quitó el timon al que le llevaba, y gobernó hasta cerca de la mañana, que se le entregó á un frances, muy buen marinero, que le regía muy bien; y aunque previno á Diego de Maya templase las velas, porque no se apartase de él, que iba delante al amanecer de la segunda no-

che le perdió de vista, y pasó el adelantado el puerto de la Habana sin reconocerle; de suerte que con tempestad y contra las corrientes anduvo en dos dias cien leguas que hay hasta la Habana, lo cual causó gran admiracion á todos los que entendian de navegacion, porque era comun sentir de los pilotos que con galeras esquifadas al remo no podian romperse las corrientes.

A las diez del dia reconoció el adelantado el puerto de Bahía Honda; quince leguas mas adelante de la Habana vió un barco y fue tras él, pero halló ser de los indios de la Habana que andaban á montear, los cuales le dieron mucha carne, pan de cazave, y palmitos, y le dijeron que su sobrino Pedro Menendez Márquez estaba en la Habana con parte de la armada de Vizcaya y Asturias, que se habia apartado con tormenta del general Esteban de las Alas, y estaban todos muy tristes por creer que el adelantado se habia perdido, persuadiéndose á que con tan poca gente no podia haberse atrevido á ir á la Florida.

El adelantado desembarcó con su gente; y habiendo dado gracias á Dios, llamó á los franceses, y les dijo que él siempre los habia de tratar como hasta allí, hasta que hubiese ocasion de enviarlos á España para que pasasen á Francia; pero que le penetraba el corazon ver hombres de tan buen entendimiendo, tan ciegos en un error introducido por hombres viciosos, libres y escandalosos, como habia sido el malvado Lutero y el infame Calvino contra lo que habia enseñado Cristo nuestro Señor en el Evangelio, y habian seguido tantos, tan doctos y grandes santos por tantos siglos en el mundo, y querria que si eran sectarios se volviesen católicos solo por desearles su salvacion, pues no habia otro ca-

mino para ella, y que se confesasen y comulgasen y oyesen misa, y creyesen y guardasen lo que la santa Iglesia Católica, Romana mandaba; y dijo tales razones que algunos empezaron á llorar y darse golpes en los pechos pidiendo públicamente misericordia á Dios, confesando habian sido malos cristianos, y que abjuraban su secta teniendo solo por verdad lo que la iglesia mandaba creer; y esto con tantos sollozos, que el adelantado los confortó y esforzó, asegurándoles los tendria en lugar de hermanos, y no les faltaria nada. Aquella noche tomó el rumbo para volver de la Habana; mas por ser el viento contrario, y muy recio, no pudo llegar hasta la siguiente ya mediada, cuando Diego de Maya (que habia llegado dos dias antes) y todos creyeron se habia perdido por haber sido horrible la tempestad y faltarle la aguja.

Entró por el puerto, y la centinela preguntó quién era: y habiéndole respondido, dijo en alta voz: *bendito sea Dios nuestro Señor*, *que es vivo el señor Pedro Menendez.* Previno que se aguardasen, lo diria al gobernador porque no tirasen de la fortaleza. Y habiendo esperado un rato, se esparció en el puerto la voz de que habia llegado; y sin poder contener los de las naves surtas empezaron á disparar, tocar pífaros y tambores, y hacer grandes aclamaciones; y su sobrino Pedro Menendez fue al barco, y le trajo en su bajel á desembarcar en el muelle, donde ya estaban el gobernador García Osorio, que cuando le vió llegar se fue con la mayor parte de la gente sin mostrar gusto de que hubiese llegado; pero Juan de Inestrosa, tesorero real en aquella isla, que habia quedado con algunos regidores, le llevó á su casa, y hospedó á todos los que le acompañaban muy bien: envióle á visitar luego, y todos estrañaron el

disgusto que habia tenido, que no ignoraba el adelantado aunque no sabia la causa de él; y así cuando veía hambrientos á sus soldados, y descontentos, los decia: *esforzdos, hermanos, que García Osorio nos enviará bastante comida desde Cuba; porque en Sevilla me lo ofreció, y el rey se lo encargó.* Descansó aquella noche, y al dia siguiente fue á misa; encontró en la iglesia al gobernador, y se hablaron, y despues de comer fue á verle. Pasadas las cortesanías, que fueron las de García bien ariscas, le dijo el adelantado que dispusiese darle algun socorro para quinientos hombres que por cuenta del rey estaban en la Florida; que si luego no eran socorridos pereceriaa de hambre: ofrecióle el gobernador una nave desarmada, algunos soldados y veinte caballos, á que el adelantado replicó que con menos se contentaba, pues con tres ó cuatro mil ducados podia socorrer la gente del rey hasta la primavera; y lo que le ofrecia valia mas de veinte mil. Respondió García Osorio no se los queria dar. Pidiólos prestados, y negóselos tambien: díjole se los diese de una presa portuguesa que habia echo Juan de la Parra, capitan de una nave de flota, que valia mas de doce mil, pues á él le pertenecia toda, y le daria fianza de volverlos cuando su magestad lo mandase: respondióle que ni le pertenecia ni se los queria dar. Entonces el adelantado, muy blandamente, le dijo: *pues deme vd. á Juan de la Parra, mi capitan, que tiene preso, con los autos de su causa; pues no podrá negarme que como general de la flota me toca castigarle.* Pero tampoco quiso entregársele con el pretesto de que él debia castigar los crímenes que los capitanes de armada cometiesen en su distrito; y ya enfadado de él el adelantado, esclamó diciendo: *Sea por amor de Dios el buen acogimiento que vd. me hace, pero*

yo determino armarme de paciencia para pasar por todas estas cosas que vd. usa conmigo, pues en ello me dá Dios mas victoria que la que me dió contra los luteranos de la Florida, y hago gran servicio á su magestad: quitóse la gorra y se fue sin esperar respuesta.

Al instante mandó echar bando para que toda le gente de mar y guerra que allí estaba se recogiese á los navíos, y al dia siguiente hizo alarde y halló quinientos cincuenta hombres de la armada de Asturias y Vizcaya, y de la nave del capitan Juan de la Parra. Llamó despues á los capitanes y pilotos, á los cuales dijo que bien sabian cruzaban aquellos mares muchos corsarios franceses é ingleses, habiendo paces con sus reyes, y que segun habia oido á la misma gente de la armada se hallaban invernando en la isla de Santo Domingo á la parte del Norte dos navíos ingleses y tres franceses que traían mas de medio millon, esperando la primavera para irse á sus tierras, y que no era razon dejarlos ir con tanto sosiego teniendo allí cuatro navíos muy ligeros y la nave de flota, bien proveidos de bastimento, artillados y guarnecidos con quinientos cincuenta hombres, todos muy buena gente, que en diez dias podian hacer agua y leña, quedando prontos para hacerse á la vela al primer buen tiempo, é ir á buscar aquellos piratas en que harian el servicio de Dios y del rey, y conseguirian el beneficio comun y su utilidad; pues tomándolos, como esperaba, podian enviar dos ó tres navíos cargados de bastimentos á la Florida, y á la primavera ir todos con los navíos cargados de bastimentos y ganados para hacer la entrada y descubrimiento de la Florida, lo cual tenia por menor riesgo que tratar con aquel gobernador; pues aunque era tan peligroso navegar en diciembre la canal de Bahama, era mucho mas arriesgado

estar cada dia á punto de perderse con él. Pidióles consejo sobre todo, y ellos con mucho gusto aprobaron lo que habia dicho, y que no debia omitir instante alguno en disponer el viaje.

Mandó luego á los capitanes y pilotos que dentro de doce dias estuviesen prontos á hacerse á la vela: llamó á los maestres, contra-maestres, despenseros, y oficiales de todos los navíos, y los mandó lo mismo; ellos con gran regocijo ofrecieron ejecutar la orden: no fue menor el contento que manifestaron todos los marineros, pages y grumetes: de suerte que á los doce dias estaban ya prontos los navíos para hacerse á la vela. Nombró el adelantado por almirante de aquella armada á Pedro Menendez Márquez; y habiéndose embarcado, envió á pedir al gobernador García Osorio su capitan Juan de la Parra; mas él no quiso entregarle, y el adelantado se contentó con tomar testimonio para dar cuenta á su magestad. Con esto se hizo á la vela á principio de diciembre, y luego descubrió un navío que le pareció ser corsario, y le dió caza hasta dentro del puerto de Matanzas; pero habiendo abordado, no hallaron persona alguna dentro, que todas habian huido al monte. Mandó al almirante entrase en él, y trajo en un batel algunos portugueses, muy alegres de saber era la armada del adelantado; al cual dijeron (habiendo llegado á su capitana, que ya estaba surta con las demas naves) que le traían pliegos del rey, los cuales le entregaron, y se reducia su contenido á que habia salido de Francia una armada contra él, que iba á la Florida; y para que pudiese defenderse, y socorrer las islas de Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba, por mar y por tierra en la forma que le pareciese, le enviaba diez y siete navíos con muchos bastimentos y municiones, y mil seiscientos infantes.

Esta novedad le hizo mudar de dictámen: llamó á consejo á los capitanes, á los cuales dió cuenta de todo, diciendo que le parecia volverse á la Habana á esperar aquel socorro, que llegaria en todo marzo siguiente, y que enviaria á san Francisco de Campeche á cargar de maíz uno ó dos navíos, y otros al puerto de la Plata á cargar de carne y cazave; para lo cual empeñaria alguna artillería y municiones, y venderia las cadenas y joyas que entre ellos hubiese; pero que les prevenia estuviesen con todo cuidado para no romper con García Osorio aunque él quisiese, y que no se atrevia á hacer otra cosa; porque si iba contra los piratas, y por otra parte venia el socorro á la Habana, y los franceses á la Florida por otra, de cualquier mal suceso tendrian la culpa y podrian ser cartigados. Ninguno replicó al adelantado; antes aprobaron todo lo que decia; con lo cual se hicieron á la vela, y entraron felizmente en la Habana: desde allí envió una carabela á Campeche escribiendo al obispo don fray Francisco de Toral, natural de Ubeda, que era el primero que habia ido á residir á aquel obispado, y al gobernador don Luis, Céspedes de Oviedo, natural de Ciudad Real, que pocos dias antes habia entrado en aquel gobierno, para que le enviasen maíz y otras cosas necesarias.

Año de 1566.

Esteban de las Alas, general de la armada de Asturias y Vizcaya, que con tormenta se habia apartado de su almirante Pedro Menendez Márquez, y aportado á la Xaguana, llegó á principio de enero á la Habana con dos navíos y doscientos hombres. Fue grande el regocijo del adelantado y de los suyos por verle libre y tambien reparado, cuando le creyeron muerto y destruido.

Luego mandó el adelantado que en todo aquel mes se previniesen los dos navíos que traía, y los dos en que habia venido de la Florida, y un bergantin nuevo que habia traido de ella Diego de Maya (que fue por fin de diciembre antecedente á llevar bastimento, y perdido su bajel á la entrada del puerto de san Mateo con el que llevaba para el presidio, dejó socorrido el de san Agustin) y á 1.º de febrero envió el adelantado una fragata de sesenta toneladas cargada de lienzos, paños, maíz, vino, aceite, jarcia, estopa, y otras cosas que valia mas de seis mil ducados: tambien mandó prevenir un patache frances que habia comprado en la Habana, y una chalupa nueva.

Con estos siete navíos, y en ellos ciento cincuenta hombres de mar y guerra, y doscientos cincuenta marineros, partió á 10 de febrero á descubrir si habia parage fondable y buena navegacion entre las Tortugas y los Mártires: lo cual era muy necesario saber para alivio de las flotas de Nueva España, Tierra-Firme, y los demas navíos que navegaban aquellos mares. Hallóle muy bueno, y pasó á la costa de la Florida á buscar noticias de su hijo don Juan, y de los que se perdieron con él (que no los halló), solo tuvo algunas de la gente de una armada que decian naufragó veinte años antes, que estaba cautiva, y hecha ya á las costumbres bárbaras, en poder de un cacique llamado Cárlos, que era el mismo nombre que su padre tenia, que se le puso gustoso por haber oido á los que tenia españoles cautivos ser Cárlos V su rey el mayor que habia en el mundo, creyendo que usurpándole el nombre le igualaba en la magestad y poder. Este cacique sacrificaba un cristiano cada año al demonio.

Tenia ánimo de pasar despues á la provincia de Orista ó Santa Elena, que está á cincuenta leguas

de san Mateo, el adelantado, porque los indios decian habia allí franceses nuevamente venidos. Hizo decir á san Antonio muchas misas para que por su intercesion le encaminase Dios al pueblo donde estaban aquellos cristianos: á 18 de febrero encontró con él, y dejando á Esteban de las Alas por general de la armada, se metió en un bergantin con treinta hombres; y mandó á Diego de Maya se metiese en otro con otros treinta, que ambos necesitaban de poca agua para navegar, para que juntos fuesen á lo largo de la costa, y los navíos si pudiesen á la vista porque tiene muchos bagíos; pero al tercero dia con una cerrazon que hubo dejaron de verse. El dia siguiente salió una canoa al bergantin del capitan Maya, en que llevaba una persona; y cuando estuvo á distancia los habló, diciendo: *españoles, hermanos cristianos, seais bien venidos, que muchos dias ha que os aguardamos; que Dios y Santa María nos han dicho que veniais; y los cristianos y cristianas que estan aquí esclavos me han dicho venga á aguardaros aquí para daros una carta que traigo.* Fue sumo el gusto que el capitan Maya y su gente recibieron cuando oyeron hablar español, y entró en su bajel al hombre que venia desnudo y pintado como indio, y le abrazó y pidió la carta; y el hombre de entre una piel de venado, que por honestidad traía, sacó una cruz, diciendo: *la carta que os envian los cristianos esclavos es esta: por la la muerte que en ella padeció Cristo nuestro Señor por salvarnos, que no paseis sin entrar en el puerto y sacarlos á tierra de cristianos.* Estando en esto, llegó el adelantado, que se habia quedado media legua detras; pasó á su bergantin el hombre, el cual le informó mas particularmente de todo, y de la calidad de la tierra, de Cárlos su cacique é indios. Puestos todos de rodillas adoraron la cruz, dando

gracias á Dios de que habian hallado lo que buscaban; y el adelantado pensó luego cómo sacar los cristianos esclavos: mas no quiso revelárselo al que habia venido, porque no llegase á saberlo el cacique. Entró en el puerto, y surgió á lo largo de la tierra que saltaban en ella sin mojarse los zapatos á media lugua del pueblo donde habia cuatro cristianos y algunas mugeres, que solo habian quedado de mas de doscientos que naufrágaron en las naves de Indias en aquellas costas; que los otros en sus bailes y danzas habian sido sacrificados por Cárlos y su padre.

Pocos dias despues de haber partido el adelantado, llegó á la Habana la caravela que envió á Campeche, cargada de maíz, gallinas, alpargates y otras cosas que enviaba el gobernador de Yucatan; y sabiendo Juan de Hinestrosa, teniente del adelantado para las cosas de la Florida, la necesidad que tenia Juan Velez de Medrano en el puerto de Is ó santa Lucía, mandó al patron pasase por allí ó dejarle algun bastimento, y pasase con lo demas á san Agustin porque no sabia dónde paraba el adelantado.

Envió el adelantado á decir al cacique con el cristiano que le viniese á ver, que traía para él y sus mugeres muchas alhajas. El dia siguiente por la mañana sabiendo los pocos españoles que habian llegado, vino el cacique con trescientos indios con arcos y flechas: mandó el adelantado poner al largo de la tierra los bergantines, de suerte que la proa del uno estuviese en la popa del otro, y los tiros de la parte de tierra cargados con muchos perdigones, y poner un estrado enfrente: y salió de los bergantines con treinta arcabuceros, las mechas encendidas: el cacique se sentó, y alrededor sus indios

principales, que todos mostraron gran respeto al adelantado; el cual tomó asiento junto al cacique, y le puso una camisa, una ropa encima, unos calzones de tafetan, y un sombrero, y quedó muy galan, porque era muy bien dispuesto, mozo de hasta veinte y cinco años. Dióle para las mugeres algunos rescates, y lo mismo hizo con los indios principales, y luego comieron bizcocho y miel con apetito bastante; el cacique regaló al adelantado con una barra de plata de doscientos ducados de peso. Pidiéndele mas cosas y de comer, respondió el adelantado no tenia comida para tanta gente; que si queria entrar en los bergantines con algunos principales los daria muchas cosas de comer y otras para sus mugeres; y sin reparar en el riesgo entró en ellos con veinte indios. Entonces mandó el adelantado con gran secreto que se pusiese junto á cada indio un soldado, y se sentase con él, y si se quisiese echar al mar lo impidiese; y mandó largar los cables, de lo cual se alborotaron los indios, y el adelantado los sosogó, diciendo se apartaba de la costa, porque no entrasen mas indios y sumergiesen los bajeles con el peso, que eran pequeños. Diéronles de comer, y otras cosas de lo que apetecian; y queriéndose despedir el cacique le dijo el adelantado que el rey de España, su señor, le enviaba por los cristianos que tenia cautivos, con pena de muerte si no los llevaba: rogóle se los entregase, y que por este favor le daria muchas cosas, y sería su amigo y hermano. El cacique se los concedió, diciéndole que iria por ellos; á que el adelantado replicó: que si él se iba, le matarian los suyos entre tanto, porque le dejaba ir; que enviase algunos indios á traerlos. Temió el cacique, é hizo lo que le decia. Pasada una hora volvieron los indios con cuatro mugeres y

tres hombres cristianos, á los cuales mandó dar camisas el adelantado, y á los sastres que llevaba que los hicieseen de vestir; lloraban de contento los cristianos, aunque dos ó tres mugeres sentian dejar sus hijos en la tierra. El adelantado los consolaba y regalaba mucho: dió al cacique y á su gente otras cosas como las antecedentes, y los envió muy contentos: ofreció el cacique que dentro de tres meses le tendria allí otros dos cristianos y una cristiana que estaban la tierra adentro, y le pidió fuese á ver sus mugeres el dia siguiente, y el adelantado prometiólo así.

Por la mañana envió el cacique muchas canoas á llevar al adelantado; y sospechando mal de tanta prevencion, llegó aquel primer cristiano que vieron (que habia ido con el cacique á llevar un regalo á su muger) avisándole no fuese al pueblo porque tenian trazado matarle. Conociéndose los indios de las canoas descubiertos, huyeron, y para que no pensase el cacique que el adelantado sabia la traicion, levó las anclas, y fue á surgir junto al pueblo tocando dos clarines, y tremolando las banderas, haciendo señas de que en las canoas viniesen por él, pero no vino ninguna; por lo cual se salió del puerto á buscar los otros cinco navíos, y no los halló: diéronle noticia de que cincuenta leguas mas adelante habia un buen puerto y tres cristianos cautivos; y pareciéndole habrian corrido sus navíos hácia allá, fue á reconocerle, y tampoco halló nada; y volviéndose encontró surtos sobre el puerto de Cárlos los cinco bajeles, y supo que Esteban de las Alas habia ido al puerto con cien soldados, porque como los indios vieron tantos navíos y gente, salieron de paz, y á trueque de bujerías rescataron mas de dosmil ducados. Entonces el adelantado envió al cristiano

que le habia dado cuenta de la traicion á Cárlos, para que le impusiese en que no sabia nada: hizólo tan bien, que el cacique creyó lo que le decia: y con la codicia de adquirir otras cosas, vino á verle con solo seis indios; y habiéndole recibido con mucha benevolencia, quedó el cacique muy pagado de que ignoraba su malicia, y le dijo queria tomarle por su hermano mayor para estar á su obediencia, y darle por muger una hermana mayor, á quien amaba mucho, para que la llevase á tierra de cristianos, y volviese á traérsela; que entonces él y todos sus vasallos se harian cristianos, porque le parecia era lo mejor: rogóle fuese por ella, y á ver sus mugeres y pueblo. Quedó el adelantado en ir á otro dia, y le regaló mucho; y estándose despidiendo, algunos capitanes y soldados le aconsejaban que le detuviese porque era muy rico y daría por su libertad cuanto oro, plata y piedras tenia: mas el adelantado les respondió que era una bellaquería faltar á la confianza que el cacique habia hecho de él, y que nunca serían cristianos si los causaban estas molestias: con lo cual le dejó ir, quedando admirados todos de que estando tan empeñado, y pudiendo sacar cien mil ducados de aquel cacique, y mucha mayor cantidad que él y sus amigos habian recogido de las flotas perdidas en aquellas costas, no quisiese desempeñarse; pero á todo interes escedia el ánimo de plantar sinceramente el Santo Evangelio; tuviéronle algunos por hombre mal aconsejado, porque los indios no estimaban el oro y la plata, pues en los rescates que hicieron los soldados hubo indio que por un as de oros dió un pedazo de oro que valia setenta ducados; y otro por unas tijeras media barra de plata que valia mas de cien.

Aunque el adelantado sabia que sus soldados habian rescatado cerca de cuatro mil pesos, y que andaban muy contentos empezando ya á despreciar el dinero jugándole, ni á estos ni á los que antes habian venido con Esteban de las Alas los tomó cosa alguna, ni por sí quiso rescatarla, porque no juzgasen los indios iba á buscar plata y oro.

Al dia siguiente fue el adelantado con doscientos arcabuceros á comer con el cacique, llevando una bandera, dos pífaros y atambores, tres trompetas, una harpa, vihuela de arco, un salterio, y un enano muy pequeño qne traía consigo, y cantaba y danzaba muy bien. Fue su gente en ordenanza hasta la casa del cacique, que estaría como dos tiros de arcabuz del lugar del desembarco. Previno á su gente no entrase en ella, y estuviese á punto con las mechas encendidas, aunque cabian mas de dosmil hombres. Entró el adelantado con veinte gentiles hombres al aposento del cacique, que tenia unas ventanas desde donde veía su gente. Halló al cacique sentado con autoridad y una india algo apartada de él, y al lado del cacique estaban cincuenta indios principales, y al de la india cincuenta indias á modo de cortesanos y damas. Luego que subió el adelantado dejó su lugar el cacique; y viendo que se apartaba mucho, le hizo sentar junto á sí. Levantóse el cacique despues, y fué á tomar las manos al adelantado haciendo en ellas cierta ceremonia que es la mayor cortesía y la que hacen los vasallos á sus caciques, correspondiente á besar la mano al rey; lo mismo hizo la india y los demas que estaban allí, y á fuera se pusieron mas de quinientas indias, muchachas desde diez á quince años, á cantar, y otro gran número de indios á saltar y boltear; cantaron tambien los indios é indias

que estaban junto á los caciques, y danzaron despues, y entre ellos los hermanos, tios y tias del cacique, que algunos tenian noventa ó cien años; que es el mayor acto de respeto, obediencia y regocijo que pudo hacer aquel cacique segun el uso de su tierra.

En todo este tiempo las indias muchachas que estaban fuera, no dejaban de cantar sentadas en corrillos de ciento en ciento. Las cincuenta cantaban un poco y callaban, y luego cantaban las otras cincuenta con mucha orden. Dijo el cacique al adelantado si queria comer, y respondióle que despues; porque llevaba escritos muchos vocablos para hablar á la muger principal, y á la hermana de Cárlos; y creyendo que la india que estaba sentada era su muger, empezó á leer en el papel palabras muy corteses y comedidas, de que se quedaron espantados el cacique y sus indios, imaginando que el papel se lo decia; y entendiendo el cacique se habia equivocado, le dijo por el intérprete, que era uno de los cautivos cristianos, que era su hermana. Oyéndolo el adelantado, se levantó y la sentó junto á sí entre él y el cacique; y luego fue leyendo lo que traía escrito en el papel; lo cual celebraron mucho los indios, y se alegraron escesivamente. Tendría esta india hasta treinta y cinco años, y no era hermosa, aunque tenia mucha gravedad. El adelantado dijo al cacique llámase á su muger, la cual vino luego, y era de veinte años, muy bien dispuesta, de buenas facciones, manos y ojos, muy hermosa, y honesta y grave; las cejas traía bien hechas, y una gargantilla de perlas y piedras, y otra de cuentas de oro: era la mas hermosa de todas las indias, pero desnuda como la hermana del cacique. Cogióla el adelantado por la mano, y la sentó entre los dos hermanos, y

empezó á leer en su papel lo que traía escrito, que eran alabanzas suyas y de su hermosura, de suerte que se corrió, aunque se holgaba de oirlo, y miró á su marido, el cual estaba con gran pesadumbre de lo que habia oido al adelantado, creyendo se la queria llevar, y procuró sacarla de allí cuanto antes; pero el adelantado le rogó la dejase porque traía muchas cosas que darla, é hizo que llevasen allí el presente dispuesto, del cual tomó dos camisas, y se las hizo vestir á las dos indias, y dos ropas verdes; diólas cuentas de vidrio, tijeras, cascabeles, espejos y cuchillos, con que se holgaron mucho los indios, y con los espejos se reían de verse y ver á los otros en ellos. Tambien dió al cacique otro vestido, dos hachas, dos machetes, y á los indios é indias principales algunos rescates; pero ni los pidió, ni le dieron cosa alguna.

Estando todos muy contentos con sus regalos, y la muger del cacique muy hermosa con su ropa verde, que la caía muy bien, trajeron la comida que los indios tenian prevenida, que se redujo á muchos géneros de hostiones y pescados asados, cocidos y crudos; pero el adelantado habia hecho desembarcar un quintal de bizcocho, una botija de vino y otra de miel, y mandó á los indios principales trajesen tazas en que echarles; despues les dió confitura y mermelada, é hizo poner la mesa con manteles y pañuelos, y se sentaron á comer. El cacique y su muger comieron en un plato, y la hermana y el adelantado en otro; y al empezar tocaron las trompetas, despues los instrumentos, y bailó el enano: luego cantaron seis gentiles-hombres muy bien, que como el adelantado era tan aficionado á música, gustaba mucho de traer cantores aventajados. Oyendo el cacique la apacibilidad de la música, mandó

á las muchachas indias, que aun proseguian en su alterno canto, callasen, conociendo era disonante respecto de la armonía de los músicos; y porque querian dejar de tocar, rogó al adelantado los mandase proseguir hasta que se fuese, y así lo mandó. Acabada la comida, quiso volver á sus bajeles, pero el cacique le rogó que no se fuese solo, que allí tenia dispuesto donde reposase con su hermana, porque si se iba sin ella se alborotarian sus indios, diciendo que se burlaba de él y de ellos, pues habiéndosela dado por muger la despreciaba de aquella forma, y no podria remediar lo que sucediese; y habiéndole dicho el adelantado que los cristianos no podian dormir con muger que no lo fuese, satisfizo el cacique con que ya lo eran todos, pues le habia tomado por su hermano mayor: á lo cual replicó el adelantado que aquello no era ser cristianos, porque para serlo habian de saber y creer que habia Dios uno y trino de inmenso poder, saber y bondad, al cual debian adorar las criaturas, y obrar lo que manda; y que los cristianos que lo hacian así, cuando morian se iban al cielo, donde eternamente vivian con gustos y contentos, viendo á su muger, hijos, hermanos y amigos en perpétuas alegrías alabando á aquel Dios que los salvó; y que ellos, porque no conocian ni adoraban á Dios, y servian á un cacique muy bellaco y mentiroso que se llamaba el diablo, se los llevaba cuando morian á que eternamente padeciesen perpetuos desconsuelos, abrasándolos unas veces con llamas, helándolos otras con nieves, y haciéndolos cuantos daños y disgustos cabian en la imaginacion, sin que jamas pudiesen lograr alivio, sino aumento de males y dolores. Dijo otras razones muy eficaces; y Carlos respondió que porque habia conocido en el modo de los españoles, en su música y en

sus manjares ser mejor su ley, la queria abrazar, y le habia dado á su hermana, y se la volvia á dar para que se la llevase; por lo cual el adelantado, siendo ya tarde, hubo de llevarla al puerto con algunos indios é indias que la acompañasen; y como era muger discreta, entendió muy bien todo lo que el adelantado habia dicho, y preguntaba por las cosas de la religion con mucho entendimiento.

Llegado al puerto que llamó el adelantado de san Antonio de Padua por la gran devocion que tenia al santo, de cuya intercesion se valió para hallar los cristianos cautivos, mandó vestir á la española á la india, lo cual hicieron las cristianas, ayudando las indias que la acompañaban. Aquella noche fue bautizada, y se la puso por nombre doña Antonia, y las músicas y bailes duraron hasta las dos de la noche. Todos estaban muy contentos, y mas doña Antonia, que el dia siguiente envió dos indios y dos indias de las que habian venido con ella á su hermano Cárlos dando cuenta de todo lo que habia pasado. El vino luego á verla, y el adelantado le regaló mucho, y le dijo tuviese una cruz grande puesta á la puerta de su casa, y que todas las mañanas fuesen los indios á besarla y á adorarla, y que la tuviesen por su ídolo, y quitase los demas que eran figuras del diablo. Consintió en poner la cruz, y que la adorasen los indios; pero respondió que sus ídolos no podia quitarlos hasta que su hermana y los indios que con ella iban volviesen y dijesen lo que habian de hacer. La cruz se levantó luego, y el adelantado con los españoles la adoró primero de rodillas con mucha devocion; despues doña Antonia y las mugeres que tenia consigo, y el cacique y sus indios imitando á los demas. Hizo lo mismo entonces un indio (que tenia mayor autoridad entre

los demas que el cacique) hermano de la mugerde Carlos, y marido de su hermana, el cual ofreció ser capitan de la cruz, para que todos hiciesen la adoracion como el adelantado mandaba, y éste se la entregó, que con gran devocion la llevó acuestas á sus canoas.

Contuvo algunos dias en disciplina á los alborotados de los fuertes el temor de su capitan; pero creciendo el número con la necesidad, fué aumentándose el atrevimiento hasta el último desacato contra el maese de campo y Gonzalo de Villaroel, que temiendo no les diesen muerte, disimulaban lo que no podian remediar; y aunque el capitan Diego de Maya llegó con socorro á san Agustin, del cual se envió provision á san Mateo, estuvieron mas quietos dos ó tres dias; pero luego volvieron con mas eficacia á sus motines, sin que hubiese vergüenza ni honra que los detuviese. Eran los principales movedores de todo el capitan Juan de san Vicente y su alferez, el capitan Francisco de Recalde y su compañía, y un clérigo que se llamaba el licenciado Rueda, y otros. Instaban en san Mateo á Gonzalo de Villarroel hiciese acabar el navío que los franceses habian empezado, cuya madera habia destinado para fabricar Iglesia el adelantado; y los de san Agustin persuadian al maese de campo aderezase un patache que se hallaba maltratado en aquel puerto; y viendo que no lo hacia, se pusieron algunos á ejecutarlo, y no se atrevió á impedirlo. Antes le precisaron á escribir á Gonzalo de Villaroel los amotinados, diese priesa á que se acabase el navío, y escribieron como quisieron la carta: mas por otra que cosió el maese de campo en las espaldas al mensajero que fue á llevarla, le avisó el motivo de haberla escrito: que dilatase la fábrica del navío cuan-

to pudiese, y que en todo caso procurase no esponer á la furia de los rebeldes su vida, portándose como le pareciese mejor por conservarla, pues él hacia lo mismo, hasta que Dios volviese por su causa: daban esta priesa á tener navíos para dejar la tierra en ellos segun lo que habian tratado los amotinados, que era (para disimular la traicion) alzarse con el primer navío de bastimentos que llegase á cualquiera de los dos puertos, y llevar en los naviós aderezados á los capitanes y soldados que no querian abiertamente seguir su parcialidad, como presos, para que los tuviesen por forzados en cualquiera parte donde aportasen; y que si no cupiesen todos en los navíos, se quedase el resto en los fuertes, esperando llegase otro navío para tomarle, y embarcarse en él con la demas gente, pretestando eran tan pocos los españoles de guarnicion que no podian defenderse de los indios ni de los luteranos si volviesen. Colejian que con estas trazas maliciosas tendrian mayores merecimientos delante del rey; uno quedarse en los fuertes no queriendo seguir los amotinados, y otro haber salvado por su industria aquella gente que llevaban, que sin utilidad del real servicio habia de perecer.

Era tanta su disolucion, que al mismo Bartolome Menendez, gobernador de san Agustin, y á Gonzalo de Villaroel, manifestaron estos discursos generalmente como que se podria hacer, pero rechazábanlos fuertemente, y especialmente el capitan Martin de Ochoa, hombre de gran fidelidad y valor que no se contentaba con afearlos y reprenderlos; pero se adelantaba á decirles eran unos ruines y malos vasallos del rey, porque les pasaban por el pensamiento semejantes infamias con tanto ardimiento y vigor, que algunas veces trataron de darle muerte.

Llegó á san Agustin nuevo socorro en una fragata de sesenta toneladas, y luego que surgió, antes de desembarcar nada, se apoderaron de ella los amotinados, y prendieron al maese de campo, al tenedor de bastimentos y á la justicia y regimiento, escepto Bartolomé Menendez que en aquella ocasion habia ido á buscar maiz entre los indios; y fue providencia no se hallase allí; porque segun la ferocidad de su ánimo, hubiera sido muerto antes que preso. En tanto que disponian unos irse embarcando, clavaron otros la artillería, saquearon la casa de la municion, la del maese de campo con las de todos los que dejaban presos, que serían hasta veinte y cinco. Nombraron electo que aunque no queria aceptar, le precisaron, y sargento mayor, el cual traía doce alabarderos y arcabuceros de guarda, y andaba embarcando en el batel de la fragata la gente amotinada; y como no cabia toda, señalaba los mas culpados: metió hasta 130 hombres en ella: gastaron en esto seis dias, al fin de los cuales tuvo maña el maese de campo para romper la prision en que le tenian, y dió libertad á otros ocho, y todos se armaron lo mejor que pudieron; y sin ser sentidos del sargento mayor, y los que andaban con él muy seguros de semejante novedad, dieron sobre ellos con tanto valor y resolucion, que de miedo de morir se rindió la mayor parte y huyeron los demas. Hizo causa contra todos, y tomó el batel para que no pudiesen saltar á tierra los de la fragata.

Mandó al dia siguiente ahorcar al sargento mayor á vista de ellos, y perdonó al electo, sabiendo era un simple, y que habia aceptado por fuerza, y á los demas soldados dió una severa reprension: desclavó la artillería, la puso corriente, y empezó á dispararla para echar á fondo á los de la fragata,

en la cual hubo gran confusion; porque no podian salir al mar por ser el viento contrario, ni solos se atrevian sin que viniese el navío de san Mateo, de donde les habian avisado estaba pronto. Retirose á parage donde la artillería no pudiese ofender la gente que en ella estaba: el maese de campo hizo armar á toda priesa con la gente de mayor confianza el patache que los amotinados habian compuesto, y puso en él la artillería, y se acercó á batir la fragata. Duró poco, é hizo en ella menos daño, porque la corriente era tan recia que no pudo mantenerla el ancla, y estuvo cerca de dar en los bajos de la barra: de modo que dejó el intento contra los amotinados, é hizo grandes diligencias para no perderse; y temiendo los de la fragata que templadas las corrientes y el viento, proseguiria su intento el maese de campo, cortaron las amarras, y salieron al mar huyendo; con lo cual se volvió el maese de campo al fuerte, desarmó el patache, y procuró poner su gente en disciplina.

Apenas desparеció la fragata, cuando Juan de San Vicente llegó del fuerte de san Mateo al de san Agustin: vinieron luego á verle su camarada el capitan Alvarado, y su alferez Francisco Perez, y otros soldados sus amigos; que como el maese de campo se soltó, no pudieron embarcarse. Estándole proponiendo el modo de portarse, y contándole la novedad referida, reparó en sus cofres, y públicamente preguntó delante de todos: ¿qué cómo no estaban encorados y embreados, y metidos en la fragata como dejó mandado? Respondióle un criado que la fragata era tan pequeña que aun la gente que llevaba no cabia en ella; y que como sucedieron las novedades de tomar el batel el maese de campo, no hubo lugar ni en que llevar

los cofres; entonces dijo á grandes voces: *voto á Dios si aquí estubieran, que aunque pesára al maese de campo y á los que gobiernan que yo los embarcára, y si cupieran en la fragata perro ni gato quedára por embarcar hasta que se hundiera.* Y aunque llegó esto á oidos del maese de campo disimuló hasta mejor ocasion.

En san Mateo no era menor el alboroto que traían; pues para dar color á la falta de bastimento despues de quemado el fuerte, no quisieron acortar las raciones con que mediado febrero vino á faltar la comida; y aunque fueron socorridos con una fragata de setenta toneladas cargada de todo lo necesario, se apoderaron de ella los soldados, y alzados se hicieron al mar dejando solos en el fuerte á Gonzalo de Villaroel, su alferez Rodrigo Troche, don Hernando de Gamboa, Rodrigo de Montes, primo hermano del maese de campo, y cuatro deudos suyos, Martin de Ochoa, su alferez y sargento con otros amigos, y el capitan Francisco de Recalde, y un criado suyo, que en todos eran veinte y una personas.

Sin embargo de estas revoluciones procuraban los españoles que seguian á sus capitanes hacer buen tratamiento á los indios comarcanos, solicitándolos cuando no tenian que dar con agasajos, promesas y buenas palabras; pero como para ellos no servia nada de esto, pues eran amigos porque les diesen vestidos, hachas y rescates en no volviendo de los fuertes muy bien regalados, se enojaban y rompian la guerra; porque demas de ser muy bien interesados son muy traidores, especialmente los de las cercanias de los fuertes, los cuales á traicion debajo de capa de amistad dieron muerte á mas de ciento veinte españoles, retirándose de traer á

los fuertes maíz y los demas frutos de la tierra.

Es verdad que su malicia no bastára si no la esforzáran los franceses huidos que hicieron á Saturiba y otros caciques irreconciliables enemigos de los españoles; porque como cuando el adelantado llegó á aquella tierra habian estado tres años apoderados de cuarenta leguas de costa, y diez la tierra adentro, tuvieron tiempo de tomar amistad con los caciques, en cuyas hijas y parientas tenian hijos, y como cuando huyeron á sus pueblos del fuerte de san Mateo hallaron espantados á los indios de que unos cristianos diesen muerte á otros con tanta facilidad, diciendo muchas mentiras de los españoles, les persuadieron á que tambien iban á matarlos á ellos ó á hacerlos esclavos, quitarles sus mugeres, casas y frutos; lo cual creido por los caciques y principales de aquellas provincias, tuvieron una gran junta en que resolvieron todos no ser amigos de los españoles jamas; aunque despues algunos por los beneficios del adelantado, su buen tratamiento y el de los soldados, conocieron haberles engañado los franceses y los indios; pero aun estos, escandalizados de la muerte que injustamente dieron los amotinados de san Mateo á tres indios principales, tomaron las armas para vengarse y defenderse, é hirieron y mataron muchos españoles cerrando la comunicacion de los presidios por tierra: de suerte que ni aun se atrevian los soldados españoles á salir de los fuertes, porque poco antes junto al de san Mateo habian muerto á traicion al capitan Martin de Ochoa, hombre de gran valor, y que se habia señalado mucho en la toma de san Mateo, y en cuanto se le habia encargado; lo mismo hicieron en san Agustin con el capitan Diego de Hevia, pariente del adelantado, y con otros solda-

dos señalados, y entre ellos don Fernando de Gamboa, hijo natural de don Prudencio de Vendaña, Juan de Valdés, primo hermano del maese de campo Juan Menendez, sobrino del adelantado, hijo de un primo suyo, y otros dos muy esforzados y un intérprete que queria mucho el adelantado; porque como no tenian que comer les era preciso salir de los fuertes precisados á buscar hostiones, cangrejos y palmitos; y si no salian muchos juntos y bien prevenidos, ninguno volvia.

Ya descubierta la guerra, forzaron los indios dos veces en san Agustin á las centinelas, hasta que una noche se acercaron muchos á la fortaleza sin podérselo impedir los de adentro, que ya eran pocos y sin municiones; y dispararon un diluvio de flechas compuestas con fuegos artificiales hácia la casa de la municion; encendieron por muchas partes las hojas de palmitos con que estaba cubierta; y aunque los españoles procuraron atajar el fuego, no pudieron por haberse levantado un aire tan recio que aumentó el fuego, de suerte que fue imposible apagarle, y se quemaron todas las municiones, paños, lienzos y lo demas que habia en la casa, sin poder salvar las banderas y estandartes del adelantado, y muchas casas de la poblacion, de suerte que el maese de campo quedó padeciendo grandísima necesidad con la gente de la guarnicion y el pueblo.

De esto quedaron los indios tan soberbios, que á cuantos españoles cogian daban muerte; y no fue facil entonces ni aun despues castigarlos, porque andaban emboscados y en cuadrillas acechando al que salia de los fuertes, que en alejándose de ellos, sin que le aprovechase su valor, era muerto; porque como los indios eran tan ligeros estaban ciertos de que no los habian de alcanzar, y fiados en su

agilidad salian á flecharlos ó los esperaban cuando volvian, disparando con tanta fuerza las flechas que pasaban las cotas: y tan prontamente, que apenas disparaba el español la escopeta cuando el indio corria á tiro; y en tanto que cargaba, le disparaba media docena de flechas, y cuando iba á cebar el fogon volvia á esconderse entre la yerba, que es muy alta en aquel pais, observando cuando se encendia la pólvora, y entonces se echaba en el suelo é iba caminando por entre la yerba: en oyendo el tiro salia en otra parte, y volvia á flechar al español, y de esta suerte un indio solo le cubria de flechas, y solia matarle; cuando algunos daban con los españoles siempre peleaban escaramuzando, saltando por encima de las matas como venados; si los llevaban de vencida, se iban retirando velozmente á donde habia riscos ó cienagas, que hay muchas en aquella costa, y pasaban á nado llevando en las manos, levantadas en el alto, el arco y las flechas; y en poniéndose de la otra parte hacian burla de los españoles; si los españoles se volvian cansados de seguirlos, volvian á repasar el agua en que parecen peces, y no dejaban de seguirlos hasta entrarlos en los fuertes saliendo y entrando por las matas sin perder ocasion de hacer daño; y por esto, y por no haber allí caballos, se les hacía mal la guerra; la cual era dañosa, y lo mejor era envestir los pueblos, talar las sementeras, quemar las casas, tomarles las canoas, derribar las pesquerias: pues de este modo suelen de miedo estar firmes en lo que ofrecen; que de otro todo es beleidad y ligereza.

A la contínua inquietud de los indios se añadian las grandes y desconocidas enfermedades, de que hubieran muerto muchos si los franceses no

les comunicáran las virtudes del sasafrás què los indios les revelaron; y viendo que todos los remedios servian solo de empeorar empezaron á usar el agua de aquel árbol, en que reconocieron efectos tales, que apenas pudieron creer si despues no los hubieran confirmado las esperiencias. Tenian los estómagos estragados con los malos mantenimientos y las aguas crudas, y no siempre limpias, de que les resultaba calentura continua que á pocos dias les opilaba; y cuando estaban ya muy secos, se empezaban á hinchar quitándoseles la gana de comer.

El modo como usaban el agua era sacar la raiz del sasafrás: hacíanla rajas y la echaban en el agua el tiempo que les parecia, cociéndola hasta que quedase de buen color; así la bebian en ayunas á comer y cenar, sin otra orden, peso ni medida que su arbitrio, con que sanaron de tan peligrosas enfermedades que causaban admiracion; los sanos la bebian en lugar de vino, y se reservaban de ellas.

Fuese á embarcar el adelantado, llevándose á doña Antonia, con tres indios, cuatro indias, y siete cristianos y cristianas, rescatados (porque dos mugeres se huyeron á los indios arrastradas del amor de los hijos que tenian en el pais) y luego dió orden á Esteban de las Alas el adelantado para que llevase á doña Antonia á la Habana en casa de Juan de Hinestrosa, su teniente en Cuba para las cosas de la Florida, advirtiendo que les enseñasen la doctrina cristiana; y estando instruidos los bautizasen solemnemente, tratándolos muy bien hasta que fuese él á la Habana, que sería dentro de tres ó cuatro meses, para volverlos á su tierra; y que Esteban pasase á san Agustin con los cinco navíos que llevaba cargados de la mayor cantidad de bastimen-

to y ganado que pudiese, que allí le aguardaria para ir sobre los franceses que decian estaban en la provincia de Orista ó santa Elena: y en tanto iria él con los bergantines descubriendo la costa de los Mártires por si hallaba algun buen puerto en la canal de Bahama, procurando hacer amistades con los caciques de las tierras adonde aportase.

Con esta instruccion navegó á la Habana con los cinco navíos Esteban de las Alas, y el adelantado solo á lo largo de la costa del puerto de san Anton; y entró en otro de donde saliendo el dia siguiente vió un navío que reconoció ser la carabela portuguesa que habia fletado á Alvaro Gomez su maestre, para enviar á Campeche á cargar de maiz, y que Juan de Hinestrosa encaminó á santa Lucía y á los fuertes de la Florida; y supo que habiendo llegado y pedido Juan Velez de Medrano un poco de maiz, gallinas y carne, (porque pocos dias antes le habia socorrido el adelantado con su patache Buenaventura, de que era maestre Gonzalo Gallego, cargado de bastimento) al tiempo de descargar los soldados prendieron al maestre, y se alzaron con la carabela: y porque Juan Velez y su alferez quisieron impedirlos, hirieron á éste, y se embarcaron para la Habana, y habian ya navegado mas de quince leguas. El adelantado se entró luego en ella con algunos de los suyos, y se hizo á la vela á san Agustin, donde llegó á 20 de marzo, y halló muy enfermo y flaco de las pesadumbres al maese de campo, y sin bastimento, que le dió gran lástima, y mas cuando vió á su hermano de la misma suerte, y á todos los soldados tristes y afligidos, aunque con su venida se alegraron y cobraron salud, y con los regalos de la carabela. El mismo dia llegó Esteban de las Alas con buena por-

cion de bastimentos que traía de la Habana, donde habia dejado á doña Antonia y á los indios encargados á Juan de Hinestrosa como se le habia encomendado.

Informado el adelantado de los motines, y sabiendo que los de san Mateo aun no se habian hecho á la vela, les envió con persona de confianza aviso de los bastimentos y municiones que traía, y de los que habian llegado; y que tenia noticia de que los franceses volvian sobre ellos, que conociendo la razon que tenian para estar disgustados él les perdonaba cualquier esceso que hubiesen cometido, aunque no le consideraba; porque intentar salirse de la tierra por no morir de hambre no era culpable: pero faltando este motivo, sería traicion desamparar al rey sus fortalezas, y mayor porque los indios andaban acechando á saber el número de las guarniciones, para en habiendo pocos, dar sobre ellos, á lo cual los instigaban algunos franceses que andaban adiestrándoles en la guerra, y que de parte del rey les notificaba se volviesen á san Mateo pena de traidores: los amotinados respondieron que ellos no sabian arar ni cabar, que aquella tierra no era buena para otra cosa, por lo cual tenian resuelto ir al Perú ó Nueva-España á vivir como cristianos, y no estar hechos allí bestias: con lo cual el mensagero sin pasar á san Mateo se volvió á san Agustin.

De los ciento veinte y tantos soldados que habia en aquel navío dijeron treinta y cinco que no eran de su parecer sino de ir al fuerte y obedecer lo que el rey y su general mandaban; pero los demas dijeron que no querian desembarcarlos, y que quisiesen ó no, habian de ir con ellos. Replicaron los treinta y cinco que se hechaban á perder si

los llevaban, porque á cualquier parte que llegasen dirian á la justicia que habian desamparado el fuerte de san Mateo.

El alferez y sargento de Francisco Recalde, que eran los mas principales cabezas del motin, habian hecho muchos males y dado muerte á algunos indios, especialmente á tres principales, haciendo á los demás poner de guerra aunque hasta allí habian sido tan amigos de Saturiba y sus vasallos, que estaban muchos en venirse á poblar junto al fuerte: conocieron los rebeldes que si dejaban á los treinta y cinco en tierra como pretendian habian de darles muerte los indios, y para que esto fuese mas presto, los desnudaron los amotinados, y robándolos cuanto tenian los llevaron en un batel á la costa; y empezando á caminar hácia el fuerte salieron á ellos muy feroces los indios y los flecharon á todos.

Gonzalo de Villaroel ignoraba todo lo referido, y como estaba sin gente, envió á Rodrigo Troche, su alferez, con un soldado á pedir socorro á san Agustin, teniendo por muy seguro como hasta entonces el camino; pero apenas se alargaron del fuerte, cuando los salieron al encuentro los indios diciéndolos: *cristianos*, *hermanos y amigos*; no se recataron los dos de ellos, y los cojieron descuidados, llevándolos presos á Saturiba que conocia bien á Rodrigo, al cual mandó luego abrir el pecho y sacarle el corazon, y lo mismo mandó hacer con el otro para aterrorizar á los demas con estas crueldades á que dejasen la tierra como los amotinados.

Estaba el adelantado entonces en san Agustin disponiendo su viaje para ir á Guale ó á la provincia de santa Elena, teniendo señalados ya trescientos

soldados con sus capitanes, y entre ellos Juan de San Vicente; y antes despachó á la Habana los dos pataches de Juan de Llerena y Diego de Miranda, y aprestó una carabela para traer de Santo Domingo bastimentos y municiones: pero sabiendo el atrevimiento de los amotinados, y que su piedad y disimulo los habia hecho peores, mandó aprestar un navío para ir á combatirlos: al tiempo de embarcarse, salió Juan de San Vicente pidiendo licencia de irse en la carabela con su alferez. Negósela el adelantado por evitar el mal ejemplo, diciéndole que lo que convenia era acabar de echar los franceses de Guale, y fortificarse por ser buena tierra, lo cual no podia hacer con menos de trescientos hombres, y ciento habia menester enviárselos á Gonzalo de Villarroel, y dejar otros ciento en san Agustin con el maese de campo, que luego que viniese la gente que esperaba de España le daria licencia. Replicó el capitan que él y su alferez tenian poca salud, é insistió en que se la otorgase. El adelantado mandó diesen peticion, y sin detenerse la presentaron, y otras mas de cien soldados, firmando cada una doce ó quince: viendo el adelantado el alboroto, decretó á todas que no habia lugar; pero temiendo mayor motin en aquel fuerte, si se ausentaba á santa Elena, y que corrian riesgo las vidas del maese de campo y los demas oficiales, requirió al capitan San Vicente y á otros sobre que no convenia al servicio real salir de la tierra, y que durante su ausencia á santa Elena no moviesen alborotos ni motines; antes cada uno acudiese á su obligacion, que en viniendo gente de España daria licencia á cuantos la pidiesen, y si quisiesen nombrar personas que fuesen á Santo Domingo en la carabela para que de allí pasasen á España á sus

diligencias, que las nombrasen luego; pero que si despues de haberse ido se habian de amotinar dejando los fuertes desamparados, que se lo dijesen que menos mal era dejar los fuertes solos que con tan ruin gente; y que tuviesen entendido habian de ir presos á Sevilla á la orden de los oficiales reales de la casa de la contratacion; y si no querian pasar por esta verguenza sino quedarse en el fuerte como buenos soldados, se lo agradecería mucho: mas si se alborotaban tendrian pena de muerte y confiscacion de bienes, y serian declarados por traidores.

Respondieron que como se les diese licencia, fuese como su señoría quisiese; y viendo que de nada podia servir sino de echar á perder á los demas, en confianza de que en la carabela solo cabrian cincuenta ó sesenta hombres, les dió licencia de que se embarcasen, y ellos se acomodaron de suerte que cupieron mas de ciento. Dióse orden al piloto los llevase á Puerto Rico, y volviese á san Agustin con bastimentos; á los que estaban embarcados les intimaron las penas antecedentes, en que consintieron; pero apenas se alargaron de tierra, cuando se alzaron con la carabela, y mandaron al piloto lo navegase á la Habana, donde creían lograr mejores ocasiones de ir á Nueva-España, Perú, Honduras ó Campeche. Fueles el viento contrario, y no queriendo aportar á Puerto Rico, se encaminaron á Santo Domingo y á Puerto de Plata, habiendo hecho antes informaciones de que venian con licencia, jurando falso unos por otros. Avisó el piloto á Francisco de Ceballos, que gobernaba allí, la verdad del suceso, mas no hizo caso; antes él y los demas vecinos y regimiento recibieron muy bien á los amotinados, constándoles haber cédulas reales

en aquella villa y las demas partes de las Indias, para prender á todos los soldados que se viniesen á la Florida, y volver á enviarlos á ella; mas no las querian cumplir los jueces y gobernadores pareciéndoles era mucho rigor, y si prendian á alguno le soltaban luego, dejándole pasar al Perú ó Nueva-España, como hicieron algunos de estos conjurados; pero los mas murieron sin pasar adelante; porque como la carabela traía mas gente de la que podia llevar, y la calor era grande, y tardaron mas de treinta dias en la navegacion que habia de ser de diez, les faltó agua y bastimento, lo cual junto al gran calor que padecieron, llegaron tan flacos al puerto que fue milagro que escapase alguno con la vida.

Supo el adelantado la buena acojida que habian hallado estos amotinados, y los otros que se habian alzado en san Mateo con el navío cargado de bastimentos, y dió cuenta á la real audiencia de Santo Domingo para que ya que no le remitia esta gente, á lo menos la enviase á España á orden de su magestad; pero no guardó sus reales órdenes, antes dió por libres al capitan Juan de San Vicente y su alferez, que se presentaron en ella, lo cual fue muy perjudicial ejemplo para los demas, y echó á perder mucho la empresa, porque de quinientos hombres que se le huyeron de la Florida al adelantado, y mas de quinientos que se escaparon en los puertos, que todos los habia llevado á su costa, no le restituyeron diez, precisándole á que diese cuenta al rey de este desorden y de ser muy dañoso que en las indias se repartiesen tantos vagabundos y alborotadores.

Los que se volvieron á España procuraron hacer al adelantado y á su empresa el daño que pudieron, y exageraban las cartas de Juan de San Vi-

cente, su alferez y otros que se habian quedado en Indias, y para dar á su rebeldía algun color, decian mucho mal de la tierra sin haberla visto; porque aunque la mayor parte de la costa era ruin, procedia de que como hay tantos puertos y rios, y la mar hinche y vácia, en tierra llana sube la marea á quience ó veinte leguas por los rios adentro, y estos arrojan brazos de unos en otros, formando islas de la misma costa, y se navega en bateles y canoas, y toda la tierra que alcanza la marea, é inundan los rios cuando vácia el mar queda hecha ciénagas sin que puedan andar en ella caballos ni hombres porque se hunden; pero las islas que quedan á la marina y tienen cinco ó seis leguas de travesía son muy buenas, pues todas ellas estan pobladas de arboledas de mucha hermosura y bondad, cedros, sabinas, robles, pinos, morales, encinas y liquidambar; hay muchas aguas dulces, prados y llanuras para ganados, venados, liebres, conejos y otra caza; grande abundancia de marisco, ostras y pescado. Son muy á propósito para trigo, cebada, vino, cañas de azúcar y ganado, por lo cual tenia el adelantado en ellas ocho poblaciones.

Los mas de los amotinados no habian penetrado media legua, y decian del adelantado y los que se habian quedado allá mil mentiras; lo cual bastó para que se retirasen muchos que deseaban ir á poblar y ayudar á la conquista; y aun algunos ministros no conociendo la importancia de la empresa del adelantado, y la conveniencia que de ella se seguia al rey y al reino, tenian por tema su empeño. El adelantado luego que Juan de San Vicente se fue con la gente, repartió los trescientos hombres que habia de llevar

á Guale y santa Elena, y puso la mitad en san Agustin y san Mateo; y con la otra mitad en dos bergantines y un navío de cien toneladas determinó ir á Guale: antes visitó el fuerte de san Mateo, dejando en él la gente y bastimento. Alegróse mucho Gonzalo de Villarroel y los suyos con la venida del adelantado; y informándose de los motines que habia habido, resultó mas culpa contra el capitan Francisco de Recalde que contra otro, y le cogió cartas del licenciado Rueda que residia en san Agustin, de muy mala calidad; mas no quiso castigarle, y le envió preso á la casa de la contratacion de Sevilla con el proceso; y dejando reparado aquel fuerte como habia hecho en el de san Agustin, al principio de abril se hizo á la vela á Guale. A los tres dias descubrió un puerto, y entró en él con dos bergantines y cincuenta personas, dejando á Esteban de las Alas con los ciento en el otro navío.

Reconoció el puerto, y vió á un cuarto de legua un pueblo de indios que le salieron cuarenta desnudos con arcos y flechas, y entre ellos un cristiano de la misma forma; el cual les habló y dijo en español: *¿Qué gente sois, hermanos? Amigos, somos españoles*, respondió el adelantado: *¿Y quien sois vos?* Dió cuenta de sí el cristano, diciendo: *Aunque nací en Córdoba soy francés; mi nombre es Guillermo; habrá* 15 *años que escapé del castillo de Tijana, donde estaba preso; huí á Francia, y me casé en Havre de Gracia: despues siempre he andado en la mar; estuve seis años en el Brasil á aprender la lengua en un puerto donde estuvo Villagagnon, general del rey de Francia, en aquella tierra, que se volvió á Francia por socorro, dejándole fortalecido; y yo y otros de guarnicion: mas una armada portuguesa que llegó poco despues tomó el fuerte con muerte de muchos franceses; otros quedaron vivos, y yo fui*

uno que escape entre los indios, cuya lengua aprendí muy bien. Habiendo llegado allí un navío francés volví en él á Francia, donde me destinó á esta tierra por lengua el almirante Coligni en una armada que envió con Juan Ribao, el cual me dejó por intérprete en esta tierra.

Preguntóle el adelantado ¿qué tierra era aquella, y quién la dominaba? Y respondió era la Florida, y que aquella provincia y su cacique, que se llamaba Guale, el cual era amigo de los franceses, y enviaba á saber y á impedir que desembarcasen si eran españoles. El adelantado dijo al francés: *Nosotros no hacemos mal, sino bien á los indios, y contra su voluntad no queremos ir á sus tierras. Llegaos aca, hermano, que me pesa de veros andar de ese modo;* y dióle una camisa, calzones, sombrero y de comer; mandándole convidase á los indios. Así lo hizo, y se sentaron en la arena, y los dió bizcocho y higos pasados que comian muy bien, luego regaló á todos con algunas cosillas de rescate, de que quedaron muy contentos. Decíanle por señas fuese á su tierra á ver á su cacique: lo cual entendió bien por el intérprete francés. Desembarcó con treinta arcabuceros y cuatro ballesteros, dejando diez y seis soldados en guarda de los bergantines: iba hablando con el adelantado el francés, el cual decia que Juan Ribao se habia perdido con parte de su armada seis meses antes en una gran tormenta, salvándose la gente que iba contra el general Pedro Menendez, el cual intentaba introducir la religion católica en los indios, y Ribao la secta luterana; porque él y toda la gente que traía, y el almirante de Francia que los enviaba eran luteranos, y querian sujetar aquella tierra para que la corona de Francia tuviese en sus puertos navíos y galeras para apresar las flotas de Indias que por allí pasasen; pero habiéndose perdido, le

envió con su yerno y otros en un esquife á traer navíos de Charlefort; y habiendo sabido de los indios el destrozo hecho por los españoles, no quisieron volver á dar cuenta á Ribao, y navegaron á santa Elena, porque aquellos indios eran amigos, y que habria seis años que los franceses tuvièron allí un fuerte; y habiendo muerto al capitan, se fueron en un navío á Inglaterra, menos un criado que se huyó á los indios porque no le matáran, donde se casó con la hija del cacique. Tambien le dijo el estado de Guale, y que su cacique tenia guerra con Orista, y dos indios principales presos, á los cuales brevemente daria muerte como á los demas enemigos que prendia; y que en la tierra habia poco bastimento porque habia ocho meses que no llovía. Otras muchas cosas dijo el frances hasta que llegaron al pueblo: salió á recibirlos el cacique, que era hombre ya viejo, y dos hijos suyos y algunos indios principales de paz. Hizo el adelantado con él las mismas ceremonias que con los demas, y el cacique se alegró mucho de verle, porque el francés le persuadió fácilmente á que eran gente buena, y que no hacian mal sino mucho bien á los indios. Hablaron algunas cosas en que sirvió bien el francés intérprete; y entre otras preguntó el cacique al adelantado que cómo tenia guerra con los otros cristianos, y los daba muerte siendo todos de una tierra. Respondióle que eran cristianos de mentira los enemigos suyos por ser rebeldes á Dios, á la iglesia y á su rey, el cual era cristiano de verdad, y otros tan malos como ellos querian que fuese cristiano de mentira por fuerza de armas; y que si el rey de España, su señor, no le hubiera ayudado para castigarlos, le hubiera quitado el reino por dársele á uno de su falsa secta; y que aquellos á quien él daba muerte

la merecian mas cruel, porque venian huyendo de su tierra á engañar á los caciques y sus indios como engañaban á los otros buenos cristianos, para que el diablo se los llevase; y eran tan malvados y perjudiciales que ninguno podia averiguarse con ellos hasta que los sosegaban ajusticiándolos; y que este era el motivo de hacerles guerra, hasta acabar con tan mala y pestilente casta; pero que él no le tenia para la cruel guerra que hacia á Orista, pues todos eran de un mismo pais, y las ofensas que se habian hecho apenas eran dignas de azotar un vasallo. Guillermo el intérprete esplicó al cacique muy bien todo lo referido, y el cacique dijo al adelantado queria ser cristiano de verdad, con lo cual el adelantado le habló de Dios y de su santa ley como á los otros caciques, y le encargó mandase á su gente fuesen á oir cantar á dos niños que llevaba la doctrina cristiana, y á besar la Cruz, que despues le diria lo que significaban aquellas canciones; luego mandó levantar una gran Cruz, y se juntaron todos los españoles, é hincados de rodillas cantaron junto á ella la letania, y fueron á adorarla y besarla, y lo mismo hicieron el cacique y sus indios, imitando á los españoles.

En tanto persuadia el adelantado á Guillermo, que pues era español, volviese á abrazar la religion católica, y si se quedase con él, le haria las ventajas que quisiese, ó queriendo dejarle le enviaria á Sevilla para que desde allí se fuese libremente á Córdoba ó á Francia. Dióle tales razones, que abjuró la heregía, y le dijo se quedaria entre aquellos indios para todo lo que se le ofreciese, y procuraria fuesen católicos; lo cual agradeció el adelantado, y le comunicó queria tratar el dia siguiente de que el cacique hiciese

paz con Orista, previniéndole para que se lograse el deseo de que tuviesen paz los indios, y que no permitiese diesen muerte á los dos indios de Orista, avisándole si lo querian ejecutar. Habiendo acabado de hacer su adoracion el cacique y sus indios á la Cruz, se despidió de ellos el adelantado, y se fue á la casa que estaba prevenida para su alojamiento, donde aquella noche lo pasaron los españoles con mucha quietud y abundancia de mantenimientos de la tierra que el cacique hizo traerles en recompensa de algunas cosillas de rescate que habia recibido.

El dia siguiente mandó el adelantado se volviese á cantar la doctrina y las letanias, y apenas la oyeron el cacique, sus hijos y todos los indios é indias del pueblo, hasta los muchachos, cuando vinieron se hincaron de rodillas, besaron y adoraron la Cruz como el dia antes. Luego cogió el adelantado por la mano al cacique y le llevó á su casa, previniéndole llamase á sus principales porque tenia que hablar, y entraron con él hasta diez ó doce: habló el adelantado sobre la guerra de Orista, diciéndole que sin causa se mataban unos á otros, y que habiéndole dicho queria ser cristiano de verdad, era necesario tuviese mucha paz y fuese amigo de todos sin que moviese guerra á ninguno sino para defenderse y defender sus vasallos y estado, ó que porque viese cuanto deseaba cesasen las guerras, muertes y robos, iria él á tratar las paces, dándole los dos indios prisioneros, los cuales le volveria si Orista no queria ajustarlas. Comunicó el cacique con sus principales esta proposicion, y todos la negaron, y mas el entrego de los dos indios, porque se los quitaria Orista. Dió esta respuesta al adelantado, concluyendo que no queria ser amigo de quien

tantos males le habia hecho. Replicóle el adelantado que por que tenia aquel odio tan grande á Orista y á otros caciques, estaba Dios tan enojado con él, que habia ocho meses que no llovia en su tierra, y podria ser que pasasen ocho años sino templaba su mala voluntad; y que no tuviese miedo de que Orista le matase los prisioneros, por los cuales le dejaria dos cristianos para que en caso de no volvérselos, no haciéndose las paces, pudiese matarlos.

Volvió Guale á consultar con sus indios la nueva proposicion y amenaza; y como tenian perdidas las sementeras por la falta de agua, y ofrecian los dos cristianos en prendas de los dos indios, los pareció bien: así respondió el cacique al adelantado, el cual dijo que al dia siguiente habia de partir. Luego que entre los indios se esparció la voz de que se trataba la paz, hubo grandes alegrías, porque Orista los tenia muy molestados con los grandes daños que los hacia por ser cacique mas poderoso, y daban muchas aclamaciones al adelantado, el cual con el cacique, sus hijos y otros indios principales, fue á ver la isla y disposicion de la tierra, aunque el cacique se volvió á la media legua porque era viejo. Parecióle la tierra muy buena y apacible para pan y vino; con lo cual se volvió al pueblo donde le esperaba el cacique, que pidió le mostrase los cristianos que habian de quedarse con él. Señaló dos el adelantado, los cuales se pusieron muy tristes; y viéndolos así, dijo no queria aquellos sino los que él eligiese. El adelantado se lo permitió, y escogió á Alonso Menendez Marquez, su sobrino, y á Vasco Cabal, alferez de estandarte real, á los cuales tuvo por mas principales, porque habia visto comian con el adelantado, aunque se presumió

se lo habia aconsejado Guillermo. El adelantado advirtió al cacique ser de los mas principales de sú ejército los que habia escogido, y que era preciso dejarles dos criados que los sirviesen y asistiesen, y los dos niños para que cantasen la doctrina. Quedó el cacique muy contento de que se los hubiese otorgado, y hizo muchas acciones de veneracion y cariño; pero los elegidos tuvieron gran pesadumbre, y replicaron al adelantado no era razon quedasen espuestos por gusto de aquellos bárbaros á sus sinrazones y tiranías. Animóles el adelantado, diciéndoles que si fuera posible se quedaría de muy buena gana con ellos: que lo que necesitaban era estar muy alegres, y procurar dar á entender á los indios cuán bestialmente vivian, y las felicidades que lograrian con ser cristianos; y al cacique que le encargó los tratase muy bien, porque si los hacia algun mal, le degollaria á él y á todos sus vasallos; pues no tenia que dudar que trataria las paces, y volveria con los indios de santa Elena á efectuarlas en Guale: el cacique con gran temor ofreció agasajarlos cuanto pudiese, asegurándole harian lo mismo sus indios, y que si el cacique del cielo no los mataba, ellos los defenderian contra todo el mundo.

La mañana siguiente se metió el adelantado en los bergantines, llevando consigo los dos indios de Orista, y otro principal de Guale y algunos guias; y habiendo salido al mar, descubrió un navío á las doce del dia, que á poco tiempo conoció era el suyo: llegóse á él, y fue tanta la alegría que de verle tuvieron los que en él estaban, que hicieron muchas salvas, tocaron pífaros y tambores, dándole grandes aplausos porque toda la gente con gran desconsuelo le imaginaba perdido; pues bastando tres ó

cuatro horas para el reconocimiento que habia ido á hacer, eran ya pasados cuatro dias sin que hubiesen tenido noticia alguna del adelantado.

Entró en el navío, y los indios que llevaba se asustaron tanto de oir los tiros, que le rogaron por medio de Guillermo mandase cesar aquellos estruendos que les causaban dolor de cabeza, y que tocasen las trompetas solo: mandólo así el adelantado, y encargó á Guillermo cuidase y alegrase á los tres indios, y á todos que los tratasen muy bien. Contó á Esteban de las Alas lo que le habia sucedido, el cual sintió mucho se quedasen con los indios Alonso Menendez, porque era muy bien quisto entre todos, y hacian de él grande estimacion.

Hiciéronse á la vela á santa Elena adonde llegaron el dia siguiente por la tarde, habiendo los indios conocido el puerto porque solian pescar allí con sus canoas: entró el navío por la ria una legua, hasta que dijeron los indios no podia subir mas, con lo cual surgió y pasó el adelantado á los bergantines con Esteban de las Alas y cien soldados, y despues de haber navegado dos leguas, dieron con el pueblo de Orista, que estaba quemado, y algunos indios volvian á fabricar algunas casas; pero andaban tan alterados y furiosos, que si fuera mayor el número diera gran cuidado al adelantado; al cual dijeron los dos indios de Orista que llevaba que la inquietud de sus paisanos procedia de pensar eran cristianos de mentira, á los cuales tenian gran odio porque los habian cautivado y hecho grandes destrozos en sus sementeras y casas viniendo en favor de Guale: que si les daba licencia ellos irian á sosegarlos: dejólos ir, y despues de media hora desembarcó poniendo diez hombres de guarda en cada bergantin. Luego que los indios prisio-

neros hablaron á los demas, dejaron los arcos y las flechas, y vinieron muy humildes á recibir al adelantado, haciendo grandes demostraciones de veneracion y respeto: despacharon muchos indios por varios caminos, á los caciques, capitanes y pueblos, avisando la llegada del adelantado, persuadiéndoles viniesen á verle: encendieron grandes lumbres, trajeron mucho marisco, y vino gran multitud de indios aquella noche y tres caciques vasallos de Orista, los cuales le aconsejaron fuese á otro pueblo distante una legua de Orista, donde vendrian á verle otros muchos caciques y capitanes: el adelantado lo ejecutó así pareciéndole que los indios estaban de buena fe. Siendo ya de dia vino el cacique Orista con otros dos y muchos indios: causóles gran regocijo ver á Guillermo, porque cuando allí estuvo le habia casado Orista con una hija suya.

De orden del adelantado, estando presentes los tres indios que con él venian, dijo Guillermo al cacique juntase sus principales, porque tenian que tratar con él y ellos cosas de gran importancia. Juntólos, y volvió Guillermo á hablar por el adelantado, refiriéndole lo que habia sucedido en Guale; y proponiéndole la paz, pidió tiempo Orista para resolverse, y consultado el negocio con sus principales, no queriendo que asistiese en la junta Guillermo porque no entendiese lo que decian, despues de media hora respondió se holgaba mucho de hacer paces con Guale, y mas de ser cristiano él y su gente, como querian serlo los de Guale, que no habian de ser mejores que ellos: que ya sabian era bueno ser cristianos, porque los dos vasallos suyos que venian con él le habian hablado de Dios, y él queria mucho al adelantado y á todos los suyos, y

tendria gran gozo de que viniesen á vivir á su tierra, donde les darian de todo lo que tuviesen. El adelantado le agradeció la paz y el deseo de ser cristiano, diciéndole que tambien él le queria mucho, pero que no pensaba vivir en aquella tierra porque era mala, y la suya tenia muchas conveniencias que faltaban allí; demas, que recelaba que sus indios diesen muerte á sus cristianos, que no hacian mal á ninguno, y solo viviria en ella porque fuesen cristianos los indios, para que cuando muriesen se fuesen al cielo; y repitió lo mismo que decia á los otros caciques, de lo cual mostraron gran contento, diciendo querian ser cristianos, rogándole dejase alguno que los doctrinase; pedian esto con tanto ahinco, que el adelantado ofreció dejarle; pero que si él ó su gente le mataban, volveria de guerra y á todos los cortaria la cabeza.

Llegaron luego muchas indias cargadas de máiz, pescado cocido y asado, ostras y muchas bellotas; y el adelantado mandó traer bizcocho, vino y miel, y repartió con los indios que bebieron el vino bien y comieron el bizcocho mojado en agua-miel mejor, porque son muy amigos de dulce. Acabada la comida, en que hubo gran regocijo y alegría, sentaron al adelantado en el asiento del cacique, y con varias ceremonias se llegó á él Orista y le tomó las manos; despues los demas caciques é indios hicieron lo mismo: la madre y parientes de los dos esclavos que habian traido de Guale le acariciaron mucho y lloraban de placer: despues empezaron á cantar y bailar, quedándose los caciques y algunos indios principales con el adelantado, y duró la fiesta y regocijo hasta la media noche que se fueron á recoger. Al otro dia echaron los indios muchos pregones en el pueblo para que ninguno hiciese mal á los

cristianos, y el adelantado dijo al cacique iba á buscar un buen sitio donde fabricar un pueblo á sus españoles, porque no era bien habitasen entre los indios, y que riñesen despues. El cacique le dió noticia de uno cerca de donde la nave estaba surta, y se embarcó sin recelo alguno con su muger y doce indios en los bergantines del adelantado, y fueron todos muy alegres hasta el parage donde habian de desembarcar: allí dió de merendar á los indios, y saltaron en tierra para ir al pueblo de Orista, donde los hospedaron muy bien aquella noche. Por la mañana llevó el cacique al adelantado á una casa muy grande, y le sentó en su asiento, haciendo con él la misma ceremonia que en el pueblo antecedente: y mandando echar los mismos pregones pasaron al dia siguiente á reconocer el sitio para edificar el pueblo, y les pareció á todos muy bueno y apacible, y sin perder tiempo el adelantado, Esteban de las Alas y otros capitanes trazaron el fuerte y se encomendó su fábrica á Antonio Gomez, al cual, con cincuenta soldados y otros marineros, habia sacado de la nave de flota que estaba en la Habana, para que hasta fin de mayo anduviesen con él en la Florida, y sirvieron muy bien.

Hízose un fuerte de estacas, tierra y fagina, y en él se pusieron seis piezas de bronce, y le llamó el adelantado san Felipe. Nombró por gobernador de él y de aquella tierra á Esteban de las Alas, y le dejó ciento diez hombres: luego envió el navío con veinte á santo Domingo á cargar de bastimentos para proveerle, porque le dejaba pocos. Tambien despachó un bergantin á san Agustin y san Manteo á dar aviso de todo: envió algunos indios la tierra adentro á decir á los caciques que habia allí cristianos muy buenos, que no hacian ma-

les ni daños á los naturales, sino mucho bien regalándolos, y que á él habian tomado por hermano mayor Orista y otros, para que los defendiese de sus enemigos, de que estaban muy contentos todos los indios y deseaban ser cristianos: que si querian hacer ellos lo mismo y verle, estaba esperándolos para darles algunas cosas de las que traía. Dentro de quince dias, que fueron los que allí se detuvo, vinieron muchos caciques á visitarle, y los hizo muchos agasajos, por lo cual le tomaron por hermano mayor para que los mandase á su voluntad: dijéronle querian ser cristianos, y que les diese una Cruz y algunos de los suyos para que los enseñasen en su tierra. El adelantado lo hizo así, dando á cada cacique uno ó dos cristianos, y herramientas para hacer una Cruz en cada lugar, amonestándoles que todos los dias por mañana y tarde dijesen la doctrina cristiana y adorasen la Santa Cruz, para que los indios fuesen aprendiéndola y imitándolos: á todos los caciques dió rescates, y una hacha á cada uno, con que fueron muy contentos, y le regalaron con gamuzas bien curtidas, y algunas perlas, de que hay muchas en aquella tierra, aunque de poco valor por estar quemadas.

Despedido del cacique Orista, que quedó muy gozoso de tener españoles, partió el adelantado á Guale, llevando veinte soldados, dos indios principales de Orista para ajustar la paz, y á Guillermo el intérprete. Esteban de las Alas se quedó en santa Elena acabando el fuerte, y toda su gente muy contenta por creer la facilidad con que en aquellas dilatadas provincias se introduciria el Santo Evangelio, aunque con algun recelo de que volviesen los luteranos, y temor de que se les acabasen los bastimentos por los pocos que les habian dejado, cuya

falta no podian suplir los indios; pues por no haber llovido en muchos dias andaban muy escasos de maíz y frutos de la tierra.

Llegó el adelantado á Guale á 8 de mayo, y desembarcó Guillermo á decir al cacique lo que habia pasado: despues saltó en tierra el adelantado, y fue bien recibido de Guale y todos sus indios: dieron los de Orista su embajada al cacique, estando con sus principales, de la cual se holgó mucho y todos sus indios, aunque sintió la amistad que el adelantado habia hecho en santa Elena, recibiéndole los caciques por hermano mayor y por la lengua que tenia, que era un luterano de perversas constumbres: dijo al adelantado que él queria tomarle por su hermano mayor y ser cristiano de verdad, que le dejase gente en su tierra como habia hecho en Orista.

El adelantado respondió no la tenia allí, que se la enviaria; de lo cual quedó muy triste el cacique, y le pidió dejase siquiera los seis cristianos que estaban con él para que le enseñasen: ofreció el adelantado responderle el dia siguiente. Apenas habia amanecido, cuando el cacique vino al alojamiento del adelantado, reconviniéndole con que siendo ya cristiano, y habiendo hecho paces con Orista solo por desenojar á Dios, era razon le pidiese agua para sus maizales y sementeras, pues habia nueve meses que no llovia. El adelantado le dijo que aun no estaba desenojado Dios, porque no habia hecho muchas cosas que le dejó mandadas: y así, aunque le pidiese el agua no la enviaria sino cuando fuese su santa voluntad. Entristecióse mucho el cacique, y se volvió á su casa á tiempo que iban á verle los dos muchachos que cantaban la doctrina; y sabiendo la causa de su tris-

teza, le persuadieron á que se alegrase ofreciéndole que ellos suplicarian á Dios que lloviese, de lo cual muy contento el cacique les mandó dar maiz, pescado, y cueros de venado curtidos. Sintió el adelantado esta travesura, y mandó quitarlos todo lo que habian tomado, y azotarlos; el cacique supo esta resolucion, y vino corriendo al adelantado quejándose del engaño en que le traía; pues ni habia querido pedir agua al cacique del cielo, ni queria que los niños se la pidiesen, antes los condenaba á que les azotasen. El adelantado le dijo, eran unos bellacos que le habian engañado por quitarle lo que les habia dado, que Dios estaba enojado con ellos: rogó el cacique no los castigase con tanta instancia, que lo consiguió del adelantado, el cual dijo al cacique despues que mejor le daria Dios el agua á él que á los niños que le habian engañado. Entristecióse mucho el cacique, diciendo que él era cristiano de verdad desde el primer dia. Fuése derecho á la Cruz, y puesto de rodillas la adoró, besó, y volvió al adelantado diciendo que viese cómo era cristiano de verdad. Sería esto como á las dos de la tarde, y antes de media hora empezó una tempestad de truenos y rayos, con una agua tan grande y recia, que regó toda la isla (que será de cuatro ó cinco leguas) y duró veinte y cuatro horas: cayó un rayo en un árbol cerca de la Cruz, y corrieron á él todos los indios é indias á coger las astillas para guardarlas en sus casas como reliquias: despues fueron con el cacique en casa del adelantado; unos aplaudiéndole, besándole las manos; otros llorando, echándose á sus pies á darle gracias por el agua, pidiéndole todos dejase allí por lo menos los seis cristianos que antes estaban hasta que enviase otros; pero Vasco Zabal le suplicó no le mandase

quedar, que ántes queria le cortasen la cabeza que residir entre aquellos bárbaros. Alonso Menendez advirtió que si le mandaba quedarse obedeceria; pero que le advertia que la lengua que estaba con aquel cacique, demas de ser luterano, era sodomita: con el hijo mayor del cacique y otros escupia la Cruz, decia muchas blasfemias contra la religion, y incitaba á los indios á que los matasen, y así lo haria luego que el adelantado volviese la espalda; y como tenia de su parte al hijo del cacique, que mandaba mas que su padre, aunque este los asegurase, siempre quedaban en riesgo. Despidió el adelantado á los indios, y procuró informarse bien de lo que le decian de la lengua: llamó á Guillermo, y á los demas cristianos que allí estaban, y todos concordaron en que era verdad lo que Alonso Menendez habia dicho; y no atreviéndose á hacerle matar allí porque no alborotase los indios, mandó á Guillermo tratase de ir á santa Elena con aquel luterano, persuadiéndole á que Esteban de las Alas era liberal, y le daria muchas cosas, y traeria un regalo del cacique de Orista para el de Guale. El luterano vino luego á pedir al adelantado una carta para que Esteban de las Alas le conociese, y diese una hacha que habia menester, y que volveria con los que trajesen el presente á su cacique: despachóle luego con la carta y dos indios en una canoa, porque sin salir al mar se llega en dos ó tres dias por un rio que allí hay á santa Elena. El hijo mayor del cacique sintió mucho esta partida, aunque la toleró con la esperanza de las cosas que le habia de traer el malvado. Por otra parte despachó el adelantado un soldado á Esteban de las Alas para que con gran secreto hiciese dar muerte á aquel luterano, y en público manifestase gran sentimiento

de que no pareceria: así se ejecutó, y los indios que fueron con él se volvieron á Guale persuadidos á que el luterano se habia huido á buscar sus compañeros; mas cuando llegaron ya se habia partido el adelantado, dejando en Guale á Alonso Menendez con los cuatro cristianos que antes, navegando en el bergantin por la parte de adentro sin salir al mar.

Los indios que habitaban á las riberas salian á él muy alegres en sus canoas, diciéndole España: *amigos, hermanos, queremos ser cristianos*, que ya sabian lo que habia pasado en Guale y en santa Elena. Saltaba en tierra el adelantado, y dábales algunos rescates, y una Cruz pequeña de muchas que habia mandado hacer, besándola primero y haciendo sus soldados lo mismo: y de este modo anduvo hasta el dia 15 de mayo, que llegó á san Mateo, y halló la gente buena aunque hambrienta, que los indios por estar de guerra no traían bastimento. Tuvo gran pesar de lo que habia pasado en san Agustin: conoció estaría con mayor necesidad su guarnicion por la quema de la casa de las municiones y el fuerte; y luego fue allá llevando algun poco de bastimento del que halló en san Mateo, y á Gonzalo de Villarroel, su gobernador, que estaba muy enfermo, para enviarle á curar á la Habana, como lo ejecutó, y nombró en su lugar á Vasco Cabal hasta que viniese el maese de campo, á quien los soldados habian pedido por gobernador. Llegó á san Agustin á 18 de mayo, y fue tanta la alegría que tuvieron con su venida los de la ciudad, que lloraban de gozo dando á Dios gracias por el socorro que los enviaba, que aunque tan corto, era mayor que el que podian esperar por la ocasion en que llegaba. Celebraron mucho los buenos sucesos del adelantado, el cual

hizo sacar á tierra todos los bastimentos y dar raciones.

Convocó á consejo á todos los capitanes, que acordaron unánimes mudar el fuerte á la entrada de la barra donde ahora está, retirándole así del daño que los indios le podian causar, y poniéndole en mejor defensa contra ellos y los demas enemigos que quisiesen entrar en el puerto: pues la artillería espantaria los naturales, y haria temer á los estrangeros; y tambien se acordó que si dentro de quince dias no viniese bastimento, fuese el adelantado por él en los tres bergantines que allí habia, porque ninguno de los que salian con este encargo volvia con ellos, ó mal y tarde.

Esta resolucion tuvo gran aplauso entre todos, aunque sintieron que el adelantado y el maese de campo hubiesen de ausentarse: empezaron á trazar el fuerte y á trabajar en él con gran diligencia, repartida en cuatro escuadras la gente y el trabajo, echando suertes en él para que ninguno se quejase. Trabajaban desde las tres de la mañana hasta las nueve, y desde las dos de la tarde hasta las seis, con tanto ahinco, que á los diez dias se hallaba el fuerte en estado de defensa, y plantada la artillería, no habiendo mas de ciento setenta soldados.

Tampoco á Esteban de las Alas le faltó tumulto; porque aun gobernándose con los indios que siempre los tuvo tambien amigos, padeciendo ya necesidad de bastimentos, llegó un navío cargado de ellos, y al dia siguiente, antes de descargar nada se amotinaron los soldados, y se alzaron con él: prendieron á Esteban de las Alas y á sus oficiales, y se embarcaron para la Habana.

Esteban de las Alas se soltó, pero fue cuando ya los amotinados eran idos, los cuales padecieron una tormenta en el canal de Bahama, que les forzó

á tomar un puerto de la Florida, que está en la Cabeza de los Mártires. Hallaron allí un pueblo del cacique Tequesta, pariente de Carlos; y los cristianos cautivos (habia muchos años estaban) que habian llegado á ellos en una canoa, se lo dijeron, y que antiguamente mataba todos los cristianos aquel cacique; pero despues que el adelantado era su pariente por haberse casado con la hermana de Carlos, los queria mucho, y por eso los enviaba á saber si eran de los cristianos de verdad: los amotinados respondieron que sí, y que eran soldados del adelantado, con lo cual los dieron noticia de que en un pueblo allí cerca habia muchos cristianos de ellos mismos: estos eran de los amotinados en san Mateo, de que se alegraron mucho los de santa Elena.

En san Agustin se hallaban ya cerca de perecer: fue el adelantado á la Habana con cien soldados, que los mas eran de la nave de flota, y no estaban obligados á servir en la Florida mas de hasta fin de mayo (como se ha dicho). Con esta gente se hizo á la vela en tres bergantines: el primer dia encontró á Francisco Cepero que venía en un navío cargado de bastimento, y traía muy enfermo al capitan Diego de Maya; y creyendo el piloto que entraba por la barra, navegaba orilla de un bagío en dos brazas de agua con tanto peligro, que si la mar bajára entonces quedára en seco. El adelantado fue á socorrele; y aunque tocó con gran trabajo y diligencia, le sacó á salvamento, que á no ser por este auxilio que Dios le deparó, hubiera perecido toda la gente y cuanto en el navío iba. Escribió al maese de campo el adelantado que de aquel bastimento dejase en san Agustin lo que le pareciese, y con lo demas se entrase en el fuerte de san Mateo, de donde no saliese hasta que el adelantado volviese de su viage,

y que enviase á santa Elena un bergantin que quedaba en el puerto cargado de maíz, dándole orden de que descargado el bajel le echase á fondo para quitar á los soldados de la guarnicion el recurso de escaparse si se amotinasen, y precisar á veinte hombres que iban en él á quedarse allí: todo lo ejecutó el maese de campo como se lo mandaba.

Prosiguió el adelantado su viaje, y llegó con los dos bergantines á la Habana en ocho dias, y el otro por ser grande el viento y la mar, y no haber podido proejar, arribó á la isla de Santo Domingo, donde echaron voces de haberse perdido el adelantado, que aunque se desvanecieron despues, quedaron impresas en algunos, de suerte que causaron bastante daño en las cosas de la Florida.

Dos dias antes que el adelantado llegase á la Habana habia tomado puerto la flota de Nueva-España, en la cual veníael lic. Valderrama que habia ido por visitador de los ministros reales á Méjico. Súpolo el adelantado al salir de la Iglesia, adonde fue con su gente así como desembarcó; y sin entrar en su casa, fue á verle á la del gobernador, donde posaba, imaginando habia de hallar en él pronto socorro para las necesidades de la Florida. Saludáronse en pie, y se abrazaron; el adelantado le pidió hora para hablarle despacio, porque queria volverse dentro de cuatro dias, pues no permitia mas dilacion el estado en que dejaba las poblaciones de la Florida, las cuales habian de guarnecer quinientos hombres á costa del rey. Respondióle el lic. podria verle cuando quisiese, que se holgaria mucho de oirle. Al dia siguiente le buscó en la Iglesia el adelantado; y acabada la misa volvió á decirle el estado de los fuertes de la Florida: que él se hallaba muy empeñado con quien habia man-

tenido su gente ocho meses, incluyendo los soldados que el rey habia de sustentar; y que aunque habia pedido socorro para ellos por su cuenta ó por la del rey al gobernador, se habia escusado de dársele con bien mal modo, teniendo órdenes precisas de darle cuanto pidiese; que entonces estaba su gente en evidente riesgo de morir de hambre ó á manos de los indios. Refirióle los casos, lástimas y trabajos padecidos, y que en aquella isla habia mas de quinientos soldados huidos de su armada y de la Florida; y aunque habia pedido al gobernador los recogiese y entregase segun las órdenes del rey, tampoco habia querido hacerlo, como lo justificaria; y que pues se hallaba allí, habia de servirse de socorrerle con dos ó tres mil ducados, con obligacion de volverlos si el rey no lo aprobase, y que dijese al gobernador le recogiese hasta doscientos soldados de los que andaban en aquella isla huidos. Contóle lo que habia pasado en Carlos, Guale y Orista, y que estaba determinado á partir el dia siguiente á Carlos á llevar al cacique á su hermana, porque ya no le habian quedado vivos mas de dos indios de los que habia traido; y si perecian todos imaginaria el cacique que él los habia muerto. Exageróle cuánto convenía la amistad de Carlos, que era muy poderoso y dueño de gran parte de la costa de la canal de Bahama, junto á la cual navegaban las naos de Indias; que volveria allí dentro de diez dias, en los cuales podria el gobernador haber juntado la gente, y se prevendrian los bastimentos necesarios para volver á la Florida. Dijo otras muchas razones bien ponderadas, que Valderrama estaba oyendo como si estuviese ocupado en negocios mayores; y reparando en que ya habia acabado de hablar, respondió ásperamente negando

el dinero, y que hablaria al gobernador sobre los soldados, mas que no podia hacer informacion contra él por falta de comision.

El adelantado se demudó y le dijo: *En tanto que yo vuelvo de Carlos, verá vmd. lo que puede hacer para que no se pierda la Florida y las almas de sus naturales, llevando adelante el real y católico designio de impedir pongan el pie en ella los luteranos, y disponer se plante el Santo Evangelio, que en mano de vmd. está hacer lo que le suplico, y á mí me hará gran merced.* Valderrama no respondió. Despidióse el adelantado, y se fue á su casa con gran pesadumbre, donde halló á Juan de Hinestrosa, á quien contó lo que le habia pasado; el cual le ánimó diciéndole no se desconsolase, que si hasta allí habia gastado su hacienda para hacer lo que habia podido en su desempeño, aun le faltaba gastar la de su muger, que era bien grande, para que quedase bien en todo. Aconsejóle se fuese luego á Carlos, y que en tanto él compraria maíz, carne y cazabe, y hablaria á Valderrama por si podia reducirle á que le socorriese. El adelantado agradeció mucho su liberalidad, é Hinestrosa le aseguró procuraria no le faltase nada. Despues le habló en la India doña Antonia, que estaba en casa de Alonso de Rojas, regidor, ya bautizada, siendo madrina su muger. Dijóle la queria mucho porque era india muy discreta, y tenia admirada á la ciudad su gravedad y mas su discrecion, porque en pocos dias habia aprendido con una criada suya las oraciones y doctrina cristiana; pero que habia estado muy triste por la ausencia del adelantado, y habérsele muerto los indios que consigo trajo: que su venida la habia alegrado mucho, y necesitaba de tratarla muy bien, porque todos la habian tenido gran respeto. El adelantado le dijo que la habia avisado

su venida, y á la tarde iria á verla, que comprase algo con que regalarla para tenerla contenta.

Despues de comer salió el adelantado con un acompañamiento muy lucido, y sus músicos, que siempre le acompañaban, y fue á visitar la india; la cual le recibió muy triste, sin que hubiese forma de alegrarla por mas que el adelantado la acarició. Preguntóla la causa de su tristeza muchas veces, y no quiso responder, hasta que enojada dijo: queria que Dios la matase porque no hacia caso de ella; pues cuando saltaron en tierra no la envió á llamar para estar con él. El adelantado procuró satisfacer su queja, diciéndola que los cristianos que traían aquella Cruz (enseñándola la venera de Santiago) cuando desembarcaban de hacer guerra á sus enemigos, no estaban con sus mugeres hasta pasar ocho dias, y que ya quisiera hubiesen pasado porque la estimaba mucho. Dudó la india la verdad de lo que oía, pero se lo aseguraron todos tanto, que pasó por ello, aunque no lo creyó; y empezó á contar por los dedos los dias que faltaban, que eran seis; el adelantado la dijo que en pasando aquellos dias la llevaria á su casa. Levántose la india entonces, y le abrazó y empezaron los músicos á cantar y tocar, de que gustaba ella mucho. Preguntóla el adelantado si tenia gana de ir á su tierra. Y respondió que sí, y muy grande. Y habiéndola dicho que al dia siguiente se irian, volvió á responder que sí, rogándole no hubiese falta en ello; con lo cual se despidió el adelantado despues de media hora de visita.

El resto de la tarde empleó en disponer el viaje, y se acostó muy cansado; pero como la india no habia creido lo de los ocho dias, llamó á una de las mugeres que habian estado cautivas en Carlos,

y la dijo fuese con ella en casa del adelantado porque él la habia mandado ir: la cristiana la creyó, y con ella y una criada india fue en casa del adelantado; llamó á la puerta, y al criado que salió á abrir le dijo lo mismo que á la cristiana, con lo cual las dejó entrar. El adelantado estaba durmiendo, y habia en la cuadra una vela encendida, la cual tomó doña Antonia luego que entró con las otras, y miró la cama; despues alrededor y debajo de ella. Despertó el adelantado, turbóse, y dijo á la cristiana: ¿*Qué es esto, hermana*? Doña Antonia se sentó en la cama con la vela en la mano, en tanto que la cristiana le contaba lo que habia pasado, de que el adelantado rió mucho, y la dijo se holgára se hubiesen pasado los ocho dias. Doña Antonia le respondió por la intérprete que la dejára acostar en un canto de la cama que no llegaría á él, solo para que su hermano Carlos supiese que habian dormido juntos; porque si no se hacia así, juzgaria que el adelantado hacía burla de él y de ella, y no querria ser cristiano y amigo verdadero de ellos. El adelantado la dijo tenia mucha razon, pues Carlos se la habia dado por muger; pero que sin duda Dios lo mataria: y pues ella gustaba de que muriese, que se desnudase y acostase. Doña Antonia le abrazó entonces, diciendo que porque viviese mucho no queria acostarse; con que salió el adelantado del aprieto en que se vió: llamó á los criados para que la regalasen, y la dieron tres camisas, espejos, cuentas de vidrio y otros rescates de los que habia hecho juntar aquel dia para llevar á Carlos, con lo cual se fue la india muy contenta.

El dia siguiente se embarcó el adelantado en el patache San Cristobal, de que era piloto Alonso

Candamo, acompañado de la chalupa Sevilla, piloto Alvaro Perez, con treinta soldados y marineros, llevándose á doña Antonia, á su criada india y dos de las cristianas cautivas; y al tercer dia surgió á la entrada del puerto de Carlos, que por llevar poca gente no quiso llegar al pueblo. Pidióle doña Antonia desembarcase con ella y fuesen á él. El adelantado la respondió que no podia, porque le era preciso ir luego á buscar cristianos y traerlos á vivir en la tierra de su hermano para que enseñasen la doctrina, que de vuelta estaria allí algunos dias, y mandaria fabricasen una casa en el pueblo de los cristianos para que viviese en ella; y que aunque no hubiese esta ocupacion, bien conocia ella que no pódia llegar al pueblo, porque los parientes de los indios que habian muerto en la Habana le tratarian mal pensando que los habia muerto él; y siéndole preciso defenderse y matarlos, romperia guerra con su hermano, á quien por amor de ella queria mucho; y que para evitar este inconveniente era mejor que ella fuese antes y los desengañase de todo para cuando volviera. La india le dijo que harta pesadumbre tenia de que no desembarcase hasta que pasasen los ocho dias; pero que tambien temia el mal que los indios le podian hacer, que eran bellacos. Rogóle muy encarecidamente volviese presto con los cristianos para que enseñasen á su hermano y demas indios; y él lo ofreció así.

Vinieron luego muchos indios en canoas, y doña Antonia envió á decir á su hermano viniese por ella. Era muy grande la alegría de los indios: solo lloraban desconsoladamente los parientes de los muertos. Dos horas despues llegó el cacique Carlos con doce canoas; las dos entoldadas con esteras de palma y sus arcos, muy bien dispuestas. Entró en el

patache con el indio su cuñado y otros seis principales: fue notable el recibimiento que hizo á doña Antonia y con raras ceremonias.

Luego mandó el adelantado traer la comida y tocar los instrumentos, y dar maíz, cazabe, cuchillos, tijeras y cascabeles á los indios de las canoas; en acabando de comer dió á Carlos y á su cuñado regalos del mismo género para sí y sus mugeres, y á los principales y á doña Antonia; y luego preguntó á Carlos el adelantado si queria ser cristiano, y trasquilarse é ir á tierra de cristianos como se lo habia ofrecido, ó que le trajese cristianos para que le enseñasen. Carlos le pidió licencia para apartarse con su cuñado y otros indios á comunicar la respuesta; desvióse con ellos mas de un cuarto de legua, y despues de media hora volvió, respondiendo que por aquellos nueve meses no podia volverse cristiano ni ir á tierra de cristianos; porque si lo hacía se alzarian sus vasallos contra él, y le darian muerte: que en pasando aquel tiempo volviese el adelantado, que sería lo que quisiese. Encargóle á doña Antonia el adelantado, y se volvió á la Habana, donde halló comprado algun cazabe y carne por diligencia de Juan de Hinestrosa; pero no halló gente ni otras cosas que necesitaba; con que le fue forzoso valerse de don Cristobal de Eraso y de don Bernardino de Córdoba, que venian de Tierra-Firme y Nueva-España, para que hablasen á Valderrama ó al gobernador que diesen algun socorro, ó á lo menos arbitrasen que de treinta naves que habia en aquel puerto le diese cada una un quintal de bizcocho y una botija de vino, aunque fuese de limosna; que con esto, y lo que tenia prevenido, volveria á la Florida á socorrer los fuertes; pero nada tuvo efecto: solo el gobernador

entregó cinco hombres, sin duda para enviar testimonio á España.

Viendo el riesgo de sus soldados, y que todos los de la isla se conjuraban á dejar perder la Florida, previno una fragata, una chalupa y un bergantin, y empeñó una venera, sus vestidos y otros ajuares en quinientos ducados, con los cuales compró maíz, cazabe y carne, y con lo que estaba ya comprado cargó los tres bageles y se hizo á la vela con menos de sesenta y cinco hombres.

Ya habia Dios acudido á socorrer la estrema necesidad de los presidios, porque á fin de junio dió fondo en el puerto de san Agustin Sancho de Arciniega con diez y siete navíos, de que venía por general y por almirante el capitan Juan de Avila. Traía mil quinientos hombres, muchas armas, bastimentos y municiones de socorro. Así como el maese de campo supo la venida de la armada, partió de san Mateo, dejando en su lugar á Vasco Zabal, y llegó dos dias despues cuando ya Sancho de Arciniega tenia desembarcada la gente y repartida en cuarteles alrededor del pueblo. Luego que llegó el maese de campo, como teniente general del adelantado, dió el nombre y puso centinelas, y todos los de la armada convinieron en ello; pero despues supieron que los títulos y papeles que daban al maese de campo esta jurisdiccion se habian quemado en el incendio de la poblacion de san Agustin; por lo cual se retiraron de reconocerle superior, y acordaron de poner centinelas y dar el nombre, y aun llegaron á tratar de nombrar maese de campo y sargento mayor; pero lo suspendieron porque Sancho de Arciniega y otros fueron de dictamen contrario.

Admiró esta novedad al maese de campo, por-

que nunca le habian pedido título ni poderes; y pareciéndole tenia grandes inconvenientes romper con ellos; envió á decir á Sancho de Arciniega juntase á todos los cabos, que tenia que hablarlos, y oir la razon que tenian para impedirle usar de su empleo. Así lo hicieron, y estando juntos dijo el maese de campo: *Que el adelantado le habia dejado por su lugarteniente en aquellas provincias en virtud de comision del rey, y que los títulos y recaudos se habian quemado con el fuerte; pero que allí estaba el escribano ante quien habian pasado, que lo testificaria si no bastaba la notoriedad y la obediencia que todos los soldados y moradores de aquellas provincias le daban, y ellos mismos lo habian conocido y confesado dejándole usar las funciones de su oficio; y para que se satisfaciesen bastaba Bartolomé Menendez, capitan ordinario de su magestad, gobernador de aquel fuerte y tierra; Gonzalo de Villarroel, gobernador de san Mateo y sus provincias, y Esteban de las Alas, gobernador de san Felipe, personas todas de gran nobleza y valor, de quien podian informarse: que siendo cierto, era servicio del rey que le obedeciesen todos, y que se diese orden de que se proveyesen las cosas que convenian á él; porque si venian sobre ellos los enemigos con el poder que se decia no podrian fortificarse luego ni enviar bastimentos á Esteban de las Álas, que estaba en gran necesidad.* Respondióle Sancho de Arciniega, á quien todos tenian por cabeza: *Que si el adelantado no venía no podian entregarle á él la gente, porque así lo habian acordado él y sus capitanes, sabiendo que era muerto, por lo que en la isla Española habian dicho los que iban en un bergantin que salió con otros dos de aquel puerto en su compañía, de que era argumento claro la tempestad que padecieron dos dias; por lo cual estaban determinados á nombrar los oficiales convenientes, y estarse en aquella tierra hasta que su magestad resolviese lo que*

fuese servido. Replicóle el maese de campo *sentia oirle, porque ejecutar lo que decia era faltar al servicio del rey en aquellas provincias; y que habiendo aventurado por él tantas veces su vida y hacienda, no sería razon que ahora le desamparase por una inútil competencia de jurisdiccion suscitada voluntariamente; y pues los veia determinados á hacer lo que decian, que él y los gobernadores tendrian los fuertes en nombre de su magestad, y los defenderian hasta perder las vidas, de amigos y de enemigos; y ellos se quedarian á lo raso, alojados en la campaña, sin hacer unos ni otros mas que consumir la hacienda real, y que así cesaba toda discordia.* Convinieron Sancho de Arciniega y los suyos en esto, y que corriesen con buena amistad; lo cual hizo el maese de campo porque tenian mayor poder los del socorro, y era forzoso disimular: de esta forma se estuvieron doce dias sin que en ellos hubiesen tratado de fortificarse y de que tuviese efecto el cuidado del rey.

El dia que llegó á san Agustin, envió Sancho de Arciniega socorro á san Mateo con Aguirre, á quien nombró por capitan de la compañía de Juan de Oruña (que habia de venir por coronel de la gente, y se quedó en san Lucar de orden del rey por no parecerle ser necesario en la Florida, donde tenia tan buenos capitanes el adelantado), que se componia de doscientos cincuenta hombres; pero cuando llegó Aguirre ya se habia venido el maese de campo. Vasco Zabal le recibió con mucho regocijo, y le pidió entrase en el fuerte; á que respondió lo haría si él habia de poner centinelas y dar el nombre. Vasco Zabal le replicó que no podia ser, porque estaba á su cargo la defensa de aquella plaza; y despues de varias disputas, se convinieron en la misma forma que se habia hecho en san Agustin entre el maese de campo y Sancho de Arciniega.

Luego que Sancho de Arciniega oyó al maese de campo la necesidad de Esteban de las Alas, envió á santa Elena á socorrer el fuerte de san Felipe á Juan Pardo con dos navíos, en que iban trescientos soldados, muchos bastimentos y municiones, de que tenia Esteban de las Alas gran necesidad, aunque no le habian quedado mas de veinte y cinco hombres: llevaba orden Juan Pardo para que una noche diese el nombre, y pusiese las centinelas, y otra Esteban de las Alas; y habiéndola mostrado, le dijo éste que el adelantado le habia puesto allí para defender aquel fuerte en nombre del rey; y que sin dar el nombre, y poner las centinelas, no podia hacerlo; no porque no estuviese muy seguro estando Juan Pardo dentro, sino porque en permitirlo faltaba á su obligacion, y se esponia al castigo: que si con esta condicion queria entrar en el fuerte, entrase con toda la gente, ó la parte que quisiese. Juan Pardo, que era uno de los mejores soldados que iban en aquel socorro, y mas celoso del real servicio, conoció la razon que tenia Esteban de las Alas, y que segun las órdenes que traía la armada del socorro solo tenia obligacion de obedecer al adelantado en la Florida; y no obstante, la orden que llevaba, dió la obediencia á Esteban de las Alas, entregándole una escuadra para defensa de las centinelas; advirtiéndole que cuando se lo mandase acudiria con la demas gente que fuese necesaria: en esta conformidad empezaron luego á recorrer el fuerte de san Felipe y fortificarle.

El adelantado salió de la Habana con su fragata, chalupa y bergantin con las flotas de Nueva-España y Tierra-Firme que venian á España el primer dia de julio; y luego se apartó de ella, y á los ocho dias llegó á san Mateo, y halló un navío surto

fuera de la barra. Llegó á reconocerle, y supo de él era de España, que venía con bastimento á aquel fuerte; dijóle el patron que en san Agustin habia otros catorce y dos en santa Elena, refiriéndole todo el socorro que habia venido; y aunque el adelantado traía tan gran pesadumbre del ningun caso que se habia hecho de él, de su conquista, y de las órdenes reales en Cuba, todo se le olvidó luego que oyó la llegada del socorro. Dió muy rendidas gracias á Dios, y á toda priesa fue á san Mateo, donde halló alojado fuera de la fortaleza á Aguirre y á Vasco Zabal con los soldados de la guarnicion bien dentro del fuerte; dió orden á Aguirre para que entrase en él con cincuenta soldados, y mandó á Zabal diese el nombre, y pusiese las centinelas; y dejándolos conformes y gustosos, partió á san Agustin, y encontró en el camino al maese de campo en un bergantin que venia á san Mateo á componer las diferencias ya ajustadas por el adelantado. Refirióle los trabajos, miserias y hambres que habian padecido, los atrevimientos de los indios, antes que llegase el socorro; el mal estado del fuerte por la discordia movida por Sancho de Arciniega; las muertes que habian sucedido en san Mateo y san Agustin, hechas á traicion por los indios, de que el adelantado se condolió mucho, aunque disimuló cuanto pudo el dolor que le habia causado. Aprobó lo que el maese de campo habia ejecutado, alabó su prudencia y tolerancia, y dió priesa á llegar á san Agustin, como lo logró sin contraste. El mismo dia fue recibido con estraordinario regocijo de todos los que estaban en tierra, y por ser tarde no vino á tierra el general Sancho de Arciniega: envióle los pliegos que traía, y entre ellos una carta del rey escrita en 12 de mayo, que entre otras cosas decia lo siguiente:

Del buen suceso que habeis tenido en la jornada hemos tenido gran contentamiento, y ternemos memoria de la lealtad, amor y diligencia con que nos habeis servido, y de los trabajos y peligros en que os pusisteis para haceros merced, y ansí lo llevareis adelante, como de vuestra persona y virtud confiamos. Y en cuanto á la justicia que habeis hecho de los luteranos cosarios que esa tierra habian querido ocupar y fortificarse para sembrar en ella su mala secta, y de allí continuar los robos y daños que habian hecho, y hacian contra todo servicio de Dios y mio, creemos que lo habeis hecho con toda justificacion y prudencia, y nos tenemos de ello por muy servidos.

Llamó el dia siguiente el adelantado á todos los capitanes para hablarlos: vinieron y tambien Sancho de Arciniega, que traía espresas órdenes del rey para obedecerle y entregarle toda la armada; luego que le vió le dió los despachos, y la armada, asistiendo Juan de Avila, almirante de ella; y aunque el adelantado le recibió con muchos agasajos porque era su grande amigo, le dijo habia tenido malos consejeros, pues lo mismo que hacía con él entonces, debia haber hecho el dia que llegó con el maese de campo, que era su teniente, nombrado en virtud de facultad del rey que se la concedió, reconociendo no podia estar en todas partes siendo tan grande la Florida; pero pues ya no se habia hecho, y el servicio del rey se habia atrasado como lo conocian todos los que estaban presentes, era necesario suplir con la diligencia el tiempo perdido: porque sobre lo sucedido nunca hablaria mas palabra. Pidióles por merced le tuviesen por hermano y amigo, y le aconsejasen de allí adelante lo que viesen convenia al servicio; dijo otras razones, con que sin disimular el esceso ni consentirle

los dejó muy contentos. Viendo su cortesanía, y que no iba fuera de razon su queja, ofreciéronse con grande voluntad de servirle á cuanto les mandase, y él les hizo cuanto favor pudo, y les dió licencia.

Fue el adelantado á ver las mugeres que iban en la armada, que eran catorce, y lo estimaron mucho; despues encargó á los clérigos, que eran cuatro, procurasen hacer lo que era de su obligacion con cristiandad y paciencia; y nombró por vicario y superior en san Agustin y san Mateo al licenciado Mendoza, natural de Jerez de la Frontera, al cual dieron los otros la obediencia.

Discurrió con los capitanes el sitio que se habia de fortificar, y les pareció á todos era muy bueno el elegido; pero porque el mar le iba rozando, metieron la fortificacion mas adentro, de manera que quedó frontero al mar el bastion mas distante de él: allí se repartió la gente y los sitios en que habia de trabajar segun les cayó la suerte; asistian á la obra con tanto gusto todos, que viendo el adelantado que al tercero dia estaba en buen estado, llamó á consejo á los capitanes para tratar de hacer los socorros que su magestad mandaba, y la forma de ellos; y habiendo hablado largamente, resolvieron que setecientos cincuenta hombres se repartiesen en aquella plaza, san Mateo y san Felipe; y que los otros setecientos cincuenta los llevase el adelantado en seis navíos y una fragata con la marinería, que en todos serían mil hombres, y fuese á recorrer las islas de Puerto-Rico, Santo Domingo y Cuba, y castigar los corsarios que hallase.

Nombró el capitan Juan de Corita para el socorro de Puerto-Rico; para el de la Española al capitan Rodrigo Troche, y al alferez Baltasar Barrera para el de la Habana. Quedando esto acorda-

do en tanto que se aprestaban los bajeles, fue á visitar el fuerte de san Mateo, y dejar en él á Gonzalo de Villaroel, que habia ya vuelto sano de la Habana, con cargo de toda la gente; y en proveyendo lo que fuese necesario pasar á Guale y á santa Elena á visitar el fuerte de san Felipe y ponerle en buena defensa; porque aunque el capitan Juan Pardo habia llevado socorro con la Capitana y otros dos navíos, se ignoraba su arribo.

Fue á san Mateo, donde dejó á Gonzalo de Villaroel con los soldados antiguos y la compañía del capitan Aguirre, y subió en los tres bergantines con diez hombres por la ribera del rio de san Mateo mas de cincuenta leguas á saber el secreto del rio y si venia de Nueva-Espana, y hacer amistad con los caciques: navegó veinte leguas en un dia, y al siguiente desembarcó, y caminó por tierra cinco leguas por muy buenas y fértiles llanuras, hasta una legua del pueblo de Otina. Envió delante seis soldados al cacique que tenia el mismo nombre, á avisarle su venida, y él marchó despues siguiéndolos. Otina recibió á los mensageros bien, y habiéndolos oido, respondió tenia gran miedo al adelantado; que si iba á su pueblo, llevase solo veinte soldados, y que pidiese á Dios lloviese, como lo habia hecho con el cacique de Guale, porque en seis meses que no llovia sus maizales estaban secos. Hallaron los seis soldados ya al adelantado á un cuarto de legua del pueblo; y sabido lo que el cacique queria, mandó hacer alto allí á los ochenta soldados, y fue con los veinte riéndose de la sencillez con que pedia agua; pero al entrar en el pueblo de Otina empezó á llover; ya el cacique habia huido de él; mandó el adelantado á unos indios que se habian quedado ir á buscarle, y decirle que

ya estaba allí con los veinte hombres y el agua; partió muy ligero uno, y volvió diciendo que estaba Otina escondido en el monte sin atreverse á salir á ver hombre que podia tanto con Dios, porque le tenia gran miedo; que se fuese de su tierra, y creyese que era su amigo.

Como deseaba el adelantado hablar á este cacique porque le habian ponderado su buen entendimiento, sintió su respuesta, y volvió á enviar mensageros que le persuadiesen á venir, quitándole el miedo, pues solo traía veinte hombres, y tenia él mil indios muy valientes con sus arcos y flechas: respondióle no importaba que no trajese mas de veinte hombres; porque si Dios, que era su cacique, le ayudaba, toda la gente del mundo eran pocos contra él: que se fuese, que desde luego le tomaba por su hermano mayor, y era su amigo, pero que cada uno se estuviese en su tierra; y que aunque los indios querian pelear con él y su gente, él lo evitaba. Parecióle al adelantado estar el bárbaro obstinado, y no ser ocasion de detenerse, y así le envió á decir que él se iba por darle gusto, no por temor de él ni de su gente; que mandase á los indios de sus pueblos, que estaban mas edelante, no huyesen de él, porque si huían les quemaria sus pueblos, canoas y pesquerías.

Volvióse al rio con su gente al anochecer; admiró á todos la presteza en caminar; porque por ir á Otina salió de los bergantines una hora de dia, y volvió á ellos antes de anochecer; con que anduvo diez leguas muy largas á pie en este breve tiempo: no se pudo embarcar por haber crecido la lluvia. Alojóse en un llano húmedo, donde todos se mojaron bastantemente. El dia siguiente, porque durase mas el bastimento, y apurar lo que llevaba ideado, mandó

volver el bergantin mayor á san Mateo con cincuenta hombres, y él prosiguió rio arriba con los otros cincuenta repartidos en los dos bergantines: era bien recibido de los indios y pueblos de la ribera, porque Otina se lo habia mandado; procuró que alguno fuese con él por guía, mas nunca pudo ni por dádivas ni artes conseguirlo, ni que le descubriese el secreto del rio.

Subió dos leguas mas adelante de donde los franceses llegaron, y llegó á la tierra del cacique Macoya, gran amigo de Saturiba; el cual luego que supo la venida del adelantado, huyó con sus indios dejando el pueblo desamparado. Saltó en tierra el adelantado, entró en el pueblo, y mandó no se llegase á nada de lo que habia en las casas: envió á los indios la lengua que traía consigo; holgáronse mucho con él porque le conocian: dióles el mensage para que avisasen á Macoya volviese al pueblo con la gente, y no temiese; porque le esperaba el general de los cristianos, los cuales eran hombres de mucha bondad. Algunos indios fueron á llevarle este recado; otros volvieron á sus casas, y regalaron al adelantado con mucho pescado que él satisfizo en algunos rescates, volviéndoles á encargar llamasen al cacique que queria ser su amigo, y darle muchas cosas que traía para él y sus mugeres. Estos, y los que habia enviado el intérprete, volvieron con la respuesta del cacique, que se reducia á no venir á verle por tenerle mucho miedo, que era su amigo y todos sus vasallos, pues no hacía mal á ningun cacique; pero le avisaba no pasase adelante, porque sus indios estaban muy enojados por haber ido á ver su tierra sin su licencia. El adelantado respondió que tenia necesidad de correr todo el rio hasta hallar unos cristianos que

ba á ver; y para que mas presto le dejase su tierra, le enviase dos ó tres indios que supiesen navegar y pescar. El cacique lo negó todo, por lo cual el adelantado mandó echar la boga: navegó una legua, y vió muchos indios con sus arcos y flechas muy alterados; y donde estrechaba mas el rio, halló un cierro hecho con tierra y estacas, el cual rompió y pasó á dentro hasta que el rio se estrechaba como dos picas, pero muy hondo; y la corriente que hasta allí habia sido muy sosegada, daba muy recio en las proas. Acercáronse á la ribera dos ó tres indios á repetirle de parte de Macoya dejase el viaje, porque si le proseguia le haria guerra: el adelantado dijo lo mismo que antes, y que si queria guerra viniese, que él tendria la culpa de los males y daños que sucediesen; pero porque los indios andaban muy feroces, le pareció surgir aquella noche en el sitio donde se hallaba, evitando así no le hiriesen los remeros.

Por este tiempo salieron del fuerte de san Mateo doce arcabuceros sin saberlo el gobernador, á saquear unas casas del cacique Saturiba, distantes dos leguas; mas los indios dieron sobre ellos con tanta fuerza, burlándose de las balas, que aunque se defendieron los cristianos con grande osadía, quedaron muertos ocho, y los cuatro volvieron al fuerte por el monte, muy cansados y heridos, escapando de los indios como de milagro.

La guia y lengua que con el adelantado iba, habia sido esclavo de un cacique de Ays, llamado Perucho, que estaba veinte leguas rio arriba, y conocia á Macoya. Este persuadió al adelantado se volviese, porque aquella tierra era muy poblada de indios valientes y aun temerarios; de los cuales algunos le habian asegurado que el rio proseguía has-

ta una laguna que se llamaba *Maimi,* (y tendria treinta leguas de largo) muy estrecho y hondo, y que la laguna recogia las aguas de muchos rios que bajaban de las montañas de Apalache, y desaguaba por la tierra del cacique Carlos, y en Tequesta dos brazos navegables; con que tenia por mas facil entrar por una de estas dos provincias para lograr sin riesgo saber lo que deseaba el adelantado; el cual considerando que si era cierto lo que decia la lengua, tendria gran ventaja en la poblacion y conquista de la Florida; temiendo que si los indios acudian á la estrechura del rio, y le cogian dentro del cierro ó la estacada, cubririan de flechas los bergantines, resolvió volverse, ayudando mucho su determinacion por haberse mojado la pólvora y cuerda con la contínua lluvia.

Así lo ejecutó saliendo del cierro, y á siete leguas saltó en tierra en un pueblo en que halló algunos indios, á los cuales regaló con rescates, y envió á llamar al cacique, que luego vino sin repugnancia; recibióle el adelantado con muchos agasajos porque era el único que habia logrado ver en aquel viaje. El cacique hizo al adelantado muchas humillaciones y ofertas, y este le regaló; despues le dijo que habiéndole enviado Macoya á decir no pasase adelante por aquel rio, se habian enojado mucho sus soldados, y querian ir á matarle, quemarle sus pueblos y canoas, deshacerle sus pesquerías, y que se volvia porque no queria le hiciesen mal. El Calabay, que así se llamaba este cacique, dijo al adelantado deseaba ser su amigo y tomarle por su hermano mayor; que le diese una cruz como á Guale, y otros seis cristianos para que enseñasen á sus indios, los cuales mostrarian aquel rio hasta la laguna Maimi, que yendo tan pocos no los ten-

drian miedo los de Macoya, ni se lo impedirian, que él trataria bien á los que quedasen en su tierra. Desconfiaba del Calabay el adelantado, porque era gran amigo de Saturiba, y se habia rebelado contra Otina, de quien era vasallo; mas fueron tan eficaces sus instancias, que determinó dejarlos porque desde allí á san Agustin no habia mas de doce leguas. Dióle una cruz, y le amonestó que cuidase de los cristianos, porque si mataba alguno volveria á hacerle cruel guerra quemándole sus pueblos y canoas, y á degollarle á él y á todos los indios, como habia hecho con los luteranos sin reservar como hizo con ellos, mugeres y niños, porque él era amigo de sus amigos, y enemigo de sus enemigos, y querian que fuesen todos así.

El cacique agradeció al adelantado su resolucion, diciéndole era justo lo que decia, mas que perdiese el recelo, que él los guardaria de todo mal: luego se ofrecieron algunos soldados á quedarse, y dejó los que eran mas apropósito para ir enseñando las oraciones á los indios: dió un presente al cacique, y otro que llevase á Macoya con tres cristianos. Tomó el suyo, y fue á llevar el otro: Macoya recibió el regalo, mas no quiso ver los cristianos, volviendo á decir al adelantado con el Calabay que le tenia por su hermano mayor; mas que si iba á su tierra sería su enemigo. Prosiguió su viaje el adelantado, y saltó en tierra en tres ó cuatro pueblos de Otina, y todos los indios le esperaron en ellos con grandes regocijos: regalábales como á los demas, hasta mandar tocar los instrumentos, que los dejaban tan gustosos, que sentian se partiese tan presto.

Llegó al sitio donde desembarcó para ver á Otina; envióle á decir que él habia ido antes á verle á su pueblo, que ahora viniese él, que allí espera-

ba; y que si no lo hacía, le tuviese por su enemigo. Otina, que habia perdido algo el miedo con las grandezas que contaban del adelantado sus vasallos y el amor que le habia cobrado por sus dádivas, por no enojarle vino con trescientos indios de guerra; hizo alto á distancia de un cuarto de legua de los bergantines, y envió recado al adelantado para que llegase allí con veinte cristianos. Partió con ellos, y estando ya cerca el adelantado, le envió á decir llegase con dos solamente, y á tiro de arcabuz hizo alto, dejó los diez y ocho, y llegó con los dos y el intérprete donde Otina estaba sentado con trescientos flecheros alrededor, desnudo, menos las partes inferiores. Tenia muy buena disposicion y facciones: su edad sería como de veinte y cinco años. Hizo el cacique al adelantado las mayores humillaciones que en aquella tierra se usan por obediencia: despues prosiguieron sus indios las mismas ceremonias. Vistió el adelantado una camisa, calzones y ropa verde oscura, y sombrero al cacique, el cual dijo que le recibia por su hermano mayor, que le diese una cruz como á Guale, y cristianos que enseñasen á él y á su gente á serlo, y que pues era su hermano, le dejase un trompeta; ejecutólo así el adelantado; dejóle la cruz, seis cristianos, y entre ellos el trompeta. Dióle algunos rescates para su muger, regaló á los indios principales, y quedaron todos muy amigos; con lo cual se embarcó á san Mateo, donde llegó doce dias despues que habia salido, y halló en buen estado la fortaleza, y contento á Gonzalo de Villarroel.

Dos dias se detuvo en san Mateo el adelantado. Dió aviso al rey de la llegada del socorro, y de lo que hasta allí habia sucedido; despachó un capitan con treinta soldados, y dos religiosos de nues-

tro Padre santo Domingo á la bahía de santa María, que está en treinta y siete grados, con un indio, hermano del cacique de la provincia de Axacan (que habian sacado lós padres dominicos de aquella tierra, y llevándole á Méjico le hizo bautizar el virrey don Luís de Velasco, y le puso su nombre; era muy ladino, de buen entendimiento, y se creía ser muy buen cristiano), para que poblasen aquella tierra y procurasen volver cristianos aquellos gentiles.

Pasados los dos dias se hizo á la vela á Orista ó Santa Elena, donde halló á Esteban de las Alas metido en su fuerte de san Felipe, y á Juan Pardo haciendo casas para alojarse fuera su gente. Con su llegada recibieron todos gran gozo y alegría. Supo el motin y fuga de los sesenta soldados, las injurias que á su capitan habian hecho, y que otros veinte soldados se habian ido la tierra adentro: vió que la gente andaba alborotada creyendo habia discordia entre Esteban de las Alas y Juan Pardo; el cual habia ahorcado dos soldados por amotinadores, y tenia presos tres, y seis se le habian escapado.

Tuvo consejo con los oficiales el adelantado, en que se acordó el modo de fortificar á san Felipe, y en ocho dias que se detuvo allí vinieron á verle muchos caciques amigos, con los cuales confirmó la paz, y le rogaron se detuviese un mes, que le deseaban ver muchos caciques de la tierra adentro, y recibirle por hermano mayor; pero la necesidad que tenia de volver á san Agustin á disponer los socorros que el rey mandaba hacer en las Indias, le impidió detenerse, que solo habia ido á fortificar la marina del Cabo de Santa Elena y de Guale por si volviesen los luteranos. Mandó soltar los tres soldados que Juan Pardo tenia presos, reprendiéndo-

los su alteracion: habló á todos esforzándolos á la constancia en el servicio de Dios y del rey. Dejó á Esteban de las Alas por su teniente general, y dió orden á Juan Pardo para que con ciento cincuenta hombres entrase la tierra adentro á visitar los caciques qne querian venir á verle, asegurando su amistad lo mejor que pudiese, fortificándose donde tuviese por conveniente camino de Nueva España; porque no podia hacerlo por sí solo. Procuraba informarse de los caciques de las provincias que mas adelante de las suyas habia, mas nunca daban noticia de pueblos grandes, de un rio que llamaron el salado, por donde creyó el adelantado hallar paso á Oriente, porque las señas de los indios lo daban á entender, aunque sabian eran mentirosos; y encargando á Esteban de las Alas conservase la paz con los caciques, partió á fin de agosto, y en dos dias se puso en Guale, donde halló muy tristes á los indios por la muerte de Alonso Menendez Marquez, sobrino del adelantado, lo cual le causó gran pesar.

Estuvo allí ocho dias, y todos adoraban con gran devocion á la cruz, llevando los indios los niños y niñas á la doctrina cristiana, que ya sabian algunos de memoria. Vinieron quince caciques á pedirle cruces y cristianos que les enseñasen: dióles esperanzas de otorgar lo que pedian, mas no tenia gente para tantas, y dejó allí un capitan con treinta soldados, los mas gente principal, que ellos mismos pretendian quedarse creyendo que servirian mejor á Dios y al rey: fuese á san Mateo, á donde llegó en otros dos dias, y halló que todo estaba bien. Llevó consigo á Gonzalo de Villarroel, y pasó á san Agustin, cuya poblacion estaba alborotada porque los soldados habian querido amotinarse para irse de la tierra, y el maese de campo habia ahor-

cado tres, y tenia preso el capitan Pedro de Rodraban uno de los que habian venido con el socorro, porque habló con poco respeto de él, y todos decian era el principal movedor de los motines; y aunque el adelantado tuvo causas bastantes para justiciarle, dijo al maese de campo que conservando su causa era menester soltarle y reprenderle por ser necesario sufrir mucho á gente nueva y poco obediente. No obstante estás turbaciones, fue recibido el adelantado de toda la gente de mar y tierra con los aplausos que siempre; y luego despachó á España las naves destinadas á volver.

Llegó el capitan Francisco de Recalde á Sevilla, mediado el año, acompañado con su proceso; pero tuvo forma para arrancar de él la culpa que resultaba, y sin ella pasó á presentarle en la casa de la contratacion, donde fue absuelto; con lo cual vino á la corte clamando ásperamente contra el adelantado, y no contento con haberse librado de sus crímenes engañosamente, pidió mercedes al rey; el cual, no creyendo nada de lo que representaba contra el adelantado, mandó esperase su venida á España.

Deseaba el rey adelantar la conversion de aquellas gentes; y solicitándolo los amigos del adelantado Pedro Menendez, pidió el santo duque de Gandía, don Francisco de Borja (que era grande amigo del adelantado, y habia sido electo prepósito general de la Compañía de Jesus, á dos de julio del año antecedente) veinte y cuatro religiosos con gran encarecimiento; y aunque entonces el santo prepósito no pudo destinar este número, envió tres, dos sacerdotes de muchas letras y virtud que eran el P. Pedro Martinez, natural del lugar de Celda, diócesis de Zaragoza, y el P. Juan Rogel, natural de

Pamplona, y el hermano Francisco de Villarreal, natural de Madrilejos; los cuales se hicieron á la vela en la barra de san Lucar en 28 de julio, en una urca flamenca en conserva de la flota, y llevaron buen viaje hasta cerca de la Florida, donde se apartó la urca de la flota navegando al Norte; pero el dia 14 de setiembre se hallaron á dos leguas de la costa sin saber el sitio en que estaban.

Ninguno de los que iban embarcados quiso esponerse al peligro de saltar á reconocer la tierra, aunque el capitan de la urca lo mandó, hasta que despues de algunos debates, atendiendo al riesgo de perderse todos, se resolvieron nueve flamencos á ejecutarlo, con calidad de que los acompañase el P. Pedro Martinez, que con mucha alegría saltó en el batel, y con él un español que se llamaba Flores: los nueve flamencos tomaron tierra, y reconocieron estar la costa despoblada. A poco rato se levantó una borrasca que despareció en breve tiempo la urca; la cual con viento de travesía llegó el mismo dia á dos leguas del puerto de san Agustin, y descubriéndola desde él Pedro Menendez, pareciéndole no reconocia puerto, envió en su seguimiento un batel esquifado de muchos remos para que la metiesen dentro; pero la mar era tan recia, y la marea tan contraria, que no pudo salir en dos dias; al cabo de los cuales entró una tormenta tan desecha que no pudo seguirla.

El P. Martinez, y los que estaban en la costa con él, tuvieron gran pesar de este accidente y de no hallar quien les informase de la tierra, padeciendo al mismo tiempo hambre escesiva; porque con la seguridad de volver al navío cuando quisiesen no sacaron bastimentos, viéndose precisados para mantenerse á comer yerbas y raices;

con que empezaron todos á descaecer, menos la constancia del P. Martinez que les hizo volver á embarcar; y habiendo navegado cuatro leguas tomaron tierra otra vez; pero tampoco encontraron indios. Volviéronse al mar, y habiendo costeado veinte leguas al Norte, encalló el batel en un banco de arena; y creyéndose perdidos, facilmente los libró de este riesgo el P. Martinez con la ayuda de otros dos: prosiguieron navegando al Norte hasta el dia siguiente que salieron á tierra el P. Martinez, Flores y cuatro flamencos, y hallaron en un pinar muchas chozas, y en una un pez grande, de que tomaron la mitad para remediar la hambre, dejando junto á la otra mitad algunas cuentas de vidrio, y Flores su capa ó casaca, como en compensacion de lo que habian tomado, y se volvieron al batel.

El dia siguiente vinieron cinco indios, y no entendiendo lo que decian, los pidió el P. Martinez por señas, llegando la mano á la boca, trajesen de comer: quiso Dios que le entendiesen, y trajeron prontamente algun pescado. El P. Martinez, que no tenia con que regalarlos, hizo del pergamino de un libro algunas figuras con unas tigeras que llevaba, y se las dió, dejando á los indios muy contentos. Persuadiéronse á que eran indios de paz, amigos de los españoles, y que estaban cerca de sus poblaciones: prosiguieron su viaje costeando, ractificándose el dictamen que habian hecho; porque en los rios que pasaban salia mucha gente á verlos, y los ofrecian bastimentos donde saltaban en tierra; pero no les daban noticia cierta de pueblo de españoles, hasta que encontraron un viejo de cien años, que entendido de lo que preguntaban, les hizo saber que en pasando tres pueblos que estaban á la boca de tres rios, hallarian poblacion de españoles;

y asegurándose en esta noticia muy contentos, pasaron dos: á 28 de setiembre navegando en demanda del tercero, dieron en una isla pequeña que se llama Tacatacuru, donde hallaron pescando cuatro indios. El P. Martinez no queria detenerse sino proseguir el viaje, habiendo recibido alguna parte de la pesca; pero los flamencos á disgusto del padre y de Flores saltaron en la costa. Desapareció al instante uno de los pescadores corriendo velocísimamente: lo cual dió motivo á Flores á presumir alguna malicia. Advirtió su sospecha al P. Pedro Martinez, y se confirmó viendo en su dictamen que á breve rato venian cuarenta indios con arcos y flechas, entonces dijo: *Estas señas no son de amigos, padre, apartemonos de tierra.* Pero aunque conocia el P. Martinez su riesgo, veía que era mayor el de los desembarcados, y por recojerlos dilató el hacerse á la mar; y cuando (estando ya en el batel todos) quiso usar del aviso, no pudo; porque doce indios entraron furiosamente en él, y á tres de los flamencos y al P. Martinez los cojieron por las espaldas y se echaron al agua con ellos, sacándolos á la orilla muy maltratados. A Flores le hubiera sucedido lo mismo, pero tuvo aliento para defenderse; y á un indio que le queria ahogar le sacó un bocado de una mano, y le apartó de sí, y con los seis flamencos se hizo al mar á toda priesa, porque ya se habian juntado muchos indios que con gran furor los empezaron á flechar, metiéndose, para alcanzarlos, en el agua hasta la cintura, y hirieron á dos.

Bien conoció el P. Martinez el fin del suceso, y luego que salió á tierra se puso de rodillas como pudo, levantando las manos al cielo, á cuyo tiempo un indio le dió con una maza en la cabeza tan

gran golpe, que espiró al instante, cumpliendo así el deseo de su martirio que habia manifestado en Sevilla al P. Lobo, predicador insigne del orden de san Francisco, cuando le dijo: *O Padre Lobo, y que ansias llevo de verter mi sangre á manos de los bárbaros en defensa de la fé, y bañar con ella las riberas de la Florida.* La misma muerte dieron los indios á los tres flamencos que habian sacado con el P. Martinez. Sucedió este caso á distancia de un cuarto de legua del puerto de san Mateo, donde antes de media hora hubiera entrado, no deteniéndose contra el acertado dictamen del P. Martinez.

Flores y los seis flamencos, viéndose heridos y hambrientos, echaron como desesperados el ancla, sin saber donde estaban á la boca del rio de san Mateo: luego los descubrieron los españoles, que informados de todo, dieron cuenta á Pedro Menendez, á quien causó gran sentimiento la pérdida del P. Martinez y sus tres compañeros, y la de las bulas y facultades de San Pio v, conque le parecia se frustaban las ideas que tenia de plantar la religion, valido de tan eficaces y prudentes maestros; y persuadiéndose á que no podia haberse perdido la urca, despachó un criado suyo á las islas de Santo Domingo, Cuba y san Juan de Puerto Rico, donde presumia haber arribado, para que diese orden al piloto de ella de que llevase á la Habana los dos padres de la compañía, y allí los sirviese y agasajase cuanto fuese posible, pidiéndoles se ocupasen hasta febrero siguiente en aprender la lengua y hacer vocabulario para predicar á los indios de Carlos: encontró el criado del adelantado Pedro Menendez la urca en la Habana, donde arribó. Hizo alojar al P. Rogel y al hermano Villaroel en casa de Juan de Hinestrosa: envió diferentes carta

al adelantado y algunas del rey, el cual tenia hecho el alto concepto que merecian su nobleza y afecto al real servicio, y de allí adelante fue tratado con la mayor confianza, siguiendo en las cosas de mar su parecer, que tuvo fortuna de que siempre le saliese bien.

Los hugonotes sintieron mucho la derrota que en ellos hizo el adelantado, y dieron un memorial (ó le fingieron despues) á Carlos IX, rey de Francia, en nombre de los parientes, de los que habian sido justiciados en la Florida, con grandes ponderaciones de la crueldad del adelantado, queriendo inducir al rey á que les vengase; pero despreció la queja, porque el castigo habia sido justo en los que igualmente eran enemigos de Espana, Francia, la Iglesia, y de la paz del mundo.

Desde fin de setiembre tuvo pronta la armada el adelantado para ir al socorro y contra los piratas. Componíase de diez y seis naves, una fragata y un bergantin: era general y capitan de su nave capitana el maese de campo, almirante y capitan de la almiranta; de las otras cuatro eran capitanes Juan Velez de Medrano; el alferez Cristobal de Herrera, Pedro de Rodrabán, y Baltasar de Barreda: de la fragata, Garcia Martinez, y del bergantin, Rodrigo Troche, primo del maese de campo.

Envió el adelantado á Francisco Reinoso, hombre de armas de su Magestad, muy buen soldado, con otros treinta al cacique Carlos, y con él á un primo del cacique, que era su heredero: habíase bautizado y llamado don Pedro; parecióle al adelantado tenia buen entendimiento, mostraba ser buen cristiano, y no queria que se le muriera, porque pretendia casar con doña Antonia á don Pedro; y heredando el estado de Carlos (que era señor de

mucha costa de mar, en los Mártires y canal de Bahama, donde tenian mucho riesgo las naves de la carrera; motivos que le precisaban á querer poblar aquella costa) procurarian que los indios fuesen cristianos. Tambien envió un cuñado de don Pedro, y dió instruccion á Reinoso para que hiciese una casa fuerte en el pueblo de Carlos, y que procurase adorar la cruz, y decir la doctrina cristiana con gran devocion por mañana y tarde, para que los indios se instruyesen y procurase doctrinarlos lo mejor que pudiese, dándolos buen ejemplo; y que procurase saber de los indios si un rio que estaba dos leguas de allí iba á desaguar en la laguna de Maimi, y cuántas leguas distaba, que ya sabia el adelantado las que habia desde Macoya, y que se informase de paso, que dentro de tres ó cuatro meses iria él con bajeles suficientes á ver si podia pasar por aquel rio á san Agustin y san Mateo, que era lo que deseaba, por el gran servicio que en esto se hacia á su Magestad, al bien general de los tratantes de Indias, y á los que andaban en la poblacion y conquista de la Florida. Dióle presentes para Carlos, su muger y doña Antonia, la cual mandó embarcar por seguridad de los españoles, para que fuese á la Habana en un bergantin con cinco ó seis marineros y algunos indios.

Estas prevenciones hacia el adelantado por la desconfianza que tenia de Carlos, en quien habia visto muchas señales de traidor. Francisco Reinoso partió, como estaba prevenido, á obedecer lo que se le mandaba, y el adelantado se hizo á la vela en 20 de octubre; pero los vientos contrarios que separaron la armada, impidieron llegase hasta 3 de noviembre con la mitad á la isla de la mona, y el maese de campo con la otra mitad á san Ger-

man, 20 leguas de allí, que eran los parages mas frecuentados de piratas, mas no hallaron ninguno.

Los hugonotes volvian á formar nueva armada para introducirse en la Florida; pero sabiendo que el adelantado Pedro Menendez los esperaba, no se atrevieron á llegar; y habiéndose dividido una parte de su armada por mostrar el odio á los católicos, saqueó y robó la isla de la Madera, que pertenece al reino de Portugal; y haciendo crueles daños y maldades, se volvió á Francia.

Luego que surgió el maese de campo, tuvo aviso de tierra que estaba un patache de paso á la Española en Guadinilla, quince leguas de allí, cuya gente decia que á 25 de setiembre habia partido de Francia la armada referida, compuesta de veinte y siete naves y seis mil hombres, y que se habia dividido en tres escuadras; la una se hizo á la vela contra la isla de la Madera, y de las dos no se sabia el rumbo. El maese de campo envió á Hernando de Miranda, factor por su Magestad en la Florida, á Guadinilla á informarse bien de todo. Estuvo con el piloto y con los demas del patache, que eran sus amigos, y le dieron un traslado de lo que en esto pasaba, firmado de un regidor de la Palma, en Canaria, que se halló en la Madera, cuando los franceses la tomaron; y decia estuvieron en ella diez y siete dias; venian en los navíos algunos portugueses conocidos del regidor, á quien se lo habia oido.

Volvió Hernando de Miranda al tercero dia, dió cuenta de todo al maese de campo, el cual se la envió al adelantado para que pareciéndole se juntase con él.

El capitan que habia ido á la bahía de Santa María con el indio don Luis de Velasco, fue precisa-

do por su gente, inducida de los frailes, hechos á las delicias del Perú y España, que la decian no podria llevar tan mala vida, llena de trabajos, hambres y peligros: los soldados que necesitaban de pocos sermones para volverse, dispusieron testimonios falsos de que las tormentas no les habian dejado llegar á la bahía de Santa María, y navegaron con buen viento hasta Sevilla, diciendo mal del rey y del adelantado porque queria poblar aquella tierra, publicando de ella muchos males sin haberla visto.

Con el aviso del maese de campo envió el adelantado la armada á san German á juntarse con él, con orden de poner á punto todas las naves, y él partió á santo Domingo, que está cincuenta leguas de allí, donde fue bien recibido de audiencia y vecinos, porque ya habia dos dias que sabian el viaje de la armada francesa, y temian no diese sobre aquella isla. El adelantado entró en la audiencia, enseñó las cédulas reales que tenia para hacer los socorros, y dijo que traía mil hombres de mar y guerra, muy buena gente y mejores pilotos y marineros, porque habia sacado para los socorros la gente de mar de la Florida, resuelto á seguir á los corsarios, hasta castigarlos como quebrantadores de la paz; y sabiendo que la armada francesa iba, les pedia consejo en lo que habia de obrar, y estimaria oir su dictamen por gran merced. La audiencia, despues de varias disputas, resolvió fortificase á aquella ciudad, Puerto Rico, la Habana, y los puertos comarcanos como su Magestad mandaba, y hecho esto se volviese á la Florida. Disgustó al adelantado esta determinacion, porque deseaba encontrarse con alguna de las tres escuadras ú otros corsarios que andaban por aque-

llos mares, muy ricos con los robos; pues para este efecto fue su desvelo tan grande, que demas de la armada que se habia hecho á la vela para la conquista y poblacion de la Florida, se hallaba con diez y nueve navíos, pataches y fragatas, y setecientos cincuenta hombres de mar y guerra; pero á empresa tan grande y tan importante al reino, no bastaban las fuerzas de muchos particulares; por lo cual en España, Pedro del Castillo, regidor de Cadiz y otros amigos del adelantado, instaban al mismo tiempo al rey enviase socorros para la mejor defensa y aumento de la poblacion; y reconociendo cuánta seguridad daba á las Indias, que los estrangeros no ocupasen nada en aquel gran continente de la Florida, aunque se hallaba la monarquía con mayores gastos que nunca, mandó el rey disponer socorros con que pudiesen lucir los afanes del adelantado.

El cual viendo que la orden del rey era precisa, y que la audiencia la habia entendido como él, determinó observarla: pidió al presidente y oidores se desocupasen aquella tarde, y el dia siguiente, para reconocer el modo de fortificar la ciudad, fortaleza y sitios donde podian desembarcar los enemigos, y hacer cajas y ruedas para poner la artillería donde fuese necesario. Ejecutólo todo con gran diligencia y cuidado, y dejó al capitan Rodrigo Troche con ciento cincuenta soldados, dos partes arcabuceros, y una piqueros, para defender la fortaleza; y al capitan Antonio Gomez nombró por capitan de la artillería, en que era muy diestro y esperimentado. Pasados seis dias volvió á san German para enviar bastimentos y municiones; cargólos con veinte quintales de pólvora en la urca del capitan Cristobal de Herrera, y con él lo remitió todo; y ha-

biéndolo recibido la audiencia, y puesto en cobro el socorro, nombró al capitan por general de diez navíos, que estaban cargando en aquel puerto cueros y azucar para España, siendo la urca capitana de todos, que llegaron á Sevilla sin contraste alguno.

Surgió en Carlos, Francisco de Reinoso, desembarcó los dos indios que llevaba para que avisasen al cacique y á doña Antonia: ambos dieron á entender recibian gran contento con su llegada: el cacique Carlos vino al bergantin á ofrecer su amistad á Reinoso con muchas ponderaciones; porque siendo su hermano mayor el adelantado, decia y enviándole á mandar, le tratase bien, y á los cristianos que con él venian, era obligacion suya obedecerle: aseguróle que ni él ni otro indio los haria mal alguno, con lo cual desembarcaron Reinoso y sus treinta soldados: dió al cacique un presente y una carta del adelantado, que interpretada al cacique, contenia pedirle lo que él habia prometido antes, y nuevamente volvió á ofrecerlo dando muchas gracias por el presente; pero no obstante, Reinoso mandó tener gran cuidado en la casa donde se alojó, y hizo levantar delante de ella una gran cruz, la cual iban todos los dias á adorar y besar, y rezar las oraciones y letanías segun la instruccion del adelantado; los indios y indias, con gran devocion y sin discrepar en nada de los cristianos, hacian lo mismo. Lo mas presto que pudo envió Reinoso á doña Antonia con seis indios principales á la Habana en el bergantin, encargado á seis marineros que en seis dias llegaron al puerto, donde la trató con el mismo regalo que antes Juan de Hinestrosa, y especialmente su muger que habia sido su madrina en el bautismo, y la estimaba mucho; y que

dando al parecer muy contenta la india, se volvió el bergantin á Carlos con otro que habia en el puerto cargados por Hinestrosa de vino, bastimentos y ganado.

Algunos dias despues el cacique Carlos hizo grande instancia á Francisco de Reinoso para que trajese á su hermana, que queria verla: entreteníale con la venida del adelantado, porque sabia que la instancia del cacique era solo por acabar con los españoles en teniéndola en su poder, pues en tres ocasiones habia intentado con gran secreto darlos muerte; y lográra su traicion, si algunas indias que asistian en la casa y querian mucho á los españoles, no los avisáran de todo, con lo cual siempre estaban prevenidos, y el cacique desesperado de que se descubriesen sus traiciones; pero como el riesgo era continuo, escribió Francisco de Reinoso al adelantado lo que pasaba y lo que temia.

A esta sazon supo Carlos, que el cacique Tequesta, que habia sido su vasallo, tenia muchos cristianos que se habian quedado allí de los amotinados en san Mateo, (como se ha dicho) y envió á pedírselos, mas Tequesta no quiso entregarlos; y no hallándose con poder para ir por ellos, envió algunos indios que los matasen á traicion: Tequesta los defendió muy constante, é hizo matar dos indios de los que habian ido, que andaban muy vivos en la solicitud de dar muerte á los cristianos.

Ignorando Carlos que Reinoso y los suyos tuviesen mas que presunciones de sus deseos, fue á ver á Reinoso, y le pidió ayuda contra el cacique Tocobaga, su enemigo, que queria hacerle guerra, sobre que instó con grande esceso. Reinoso le respondió siempre no podia ayudarle ni salir de la casa á hacer guerra sin orden del adelantado, por-

que sin duda perderia la cabeza si lo hiciese.

El adelantado halló en san German todas sus naves á punto de guerra, y luego tuvo consejo con el maese de campo y capitanes, á los cuales participó su resolucion y la de la audiencia, que no pudieron contradecir; y cumpliendo con la orden que tenia, envió al capitan Juan de Zurita con su nao de armada á Puerto-Rico con cien soldados arcabuceros y cuatro piezas de artillería, pólvora y municiones, y él fue por tierra. Recibióle el gobernador y vecinos de Puerto-Rico con mucho gozo por el temor que tenian de la armada francesa: refirióles el socorro que dejaba ya despachado: visitó el castillo donde hizo fortificar un torreon en mejor forma que estaba, y los demas sitios en que podian desembarcar todos, con parecer del gobernador y del alcaide de la fortaleza Juan Ponce de Leon y algunos regidores.

Con la venida del adelantado volvieron los vecinos que habian huido á los montes de miedo de los franceses, haciendo en la ciudad grandes alegrías y procesiones muy devotas, suplicando á Dios que en caso de venir los enemigos les diese victoria, porque estaban resueltos á morir antes que rendirse: y dejando aquella isla y puerto en buen estado, se volvió el adelantado á san German al cuarto dia de su llegada; al tercero se hizo á la vela á puerto de Plata, donde con parecer de la justicia y regimiento trazó un torreon y pasó á monte Epi, la Xaguana, y Puerto Real, á ofrecer soldados; pero no los quisieron recibir con diferentes pretestos; cuya incertidumbre esperimentaron en los estragos que la armada francesa hizo en ellos. De allí fue á Santiago de Cuba, dejó cincuenta soldados arcabuceros, y al capitan Godoy, que era soldado

muy bizarro é inteligente, con cuatro piezas de bronce, pólvora y municiones, tan bien prevenido, que aunque los franceses fueron contra él, con dos naves, las impidieron la entrada, aunque despues yéndose á cabo de Cruz y á Manzaniela, puerto del Bayan, tomaron cuatro navíos ricamente cargados de cueros y dinero.

Mandó socorrer la Habana, y al maese de campo que fuese á esperarle á aquel fuerte, y él fue al cabo de Ocumayaca, pueblo del Bayán; y dejando cargando una nave de bastimento para la Habana pasó á otras partes, dejando en todas las prevenciones y dando las mejores providencias á la defensa de las indias.

Volviendo de san Agustin, recogió á los veinte soldados (que de los amotinados en san Mateo se habian quedado en Tequesta) un bergantin que el adelantado enviaba con bastimentos á la Florida, el cual llegando sobre el puerto, le entró viento contrario, y se vió precisado á resguardarse en él, donde halló aquellos cristianos, los cuales contaron á los del bergantin que el cacique y los indios, parientes de doña Antonia, los habian tratado con mucho agasajo, y que cinco ó seis de ellos habian ido la tierra adentro; y no pudiendo el bergantin esperarlos, resolvieron embarcarse quince que allí estaban: llegó el cacique al puerto luego que supo la venida del bergantin, regaló mucho á los españoles, permitió se embarcasen los que estaban en su tierra, y envió á su hermano con tres indios y tres indias por embajador para que dijese al adelantado fuese á verle, porque estaba resuelto á tomarle por su hermano mayor y hacer lo que le mandase, y que todos sus indios querian ser cristianos. Embarcáronse todos muy contentos en el ber-

gantin que los llevó á la Habana, donde recibió con gran agasajo el adelantado al embajador de Tequesta.

Año de 1567.

Por enero llegó á la Habana el socorro de doscientos hombres, seis piezas de bronce, pólvora y municiones que el adelantado envió, y por capitan, como antes lo tenia acordado y proveido, á Baltasar de la Barreda: allí estaba ya el maese de campo y otros capitanes esperando al adelantado; y cuando creían que en un mes no pudiese llegar á reconocer aquella plaza, entrándose en una zabra el adelantado por entre los caños, surgió en un puerto al sur de la Habana, y de allí por tierra en ocho dias llegó á la Habana, admirando todos la diligencia y prontitud del viaje.

El maese de campo y sus capitanes le recibieron con mucha alegría, y luego dió orden de fortificar la plaza y el puerto; hizo poner en una nave de las tres que allí estaban todas las municiones y bastimentos de las otras, y los que trajo la que habian dejado cargando en Macoza puerto de Bayán, y se la entregó al maese de campo, para que fuese con ella á la Florida con orden para que despues de haber visitado la ciudad de san Agustin y fuerte de san Mateo, subiese por el rio hasta Macoya, y allí le esperase, porque él iria á Carlos; y si hallase por sus estados comunicacion con la laguna, bajaría por el rio de san Mateo á encontrarle; despidió las otras dos naves para que se volviesen al puerto, y tambien la de Puerto-Rico, la que vino de Bayán, y la urca de Cristóbal de Herrera que habia llegado ya de santo Domingo; ahorrando al rey con estas providencias mas de cuarenta mil

ducados, y con las demas que dió en todas partes en que no gastaba un maravedí.

El dia primero de marzo que el maese de campo se hizo á la vela en la Habana, salió el adelantado Pedro Menendez tercera vez á la provincia de Carlos con siete velas; el águila que era una fragata nueva, capitan y piloto su sobrino Pedro Menendez Márquez; el bergantin san Julian, piloto Vicente Lopez; los pataches san Mateo, piloto Sebastian de Soto; san Cristobal, piloto Alonso de Candamo; la Buena Ventura, piloto Nuño Barbudo; y las chalupas Nueva y Sevilla, de que eran pilotos Diego de la Cerda y Alvaro Perez; porque el adelantado si podia procuraba siempre navegar de modo que si encontraba piratas franceses ó ingleses pudiese desbaratarlos antes que esponerse á riesgo.

Llevaba ciento cincuenta hombres, y á doña Antonia y los indios é indias que habia traido al padre Rogél, muy docto y gran religioso, y el hermano Francisco de Villa-real, ambos de la Compañía de Jesus, y á los indios de Tequesta para tratar las paces con el cacique Carlos; á los dos dias entró en el puerto, y vino á la ribera Francisco de Reinoso (que le descubrió) con mucho regocijo; Carlos con su gente en canoas llegó á los bergantines celebrando su venida: saltó en tierra el adelantado, fue á la casa donde habitaban los españoles, mandó hacer otra para que doña Antonia viviese, y una capilla para que dijese misa el Padre Rogél; el cual al dia siguiente predicó á los soldados que tenian harta necesidad de doctrina; y conociendo ellos así, pidieron al adelantado le dejase con ellos, porque de otra forma poco á poco se irian volviendo mas salvages que los indios; esto era por lo mucho

que los querian las indias, de quien supieron entonces que si el adelantado no llega tan presto, estaba determinado á dar sobre ellos públicamente, aunque perdiera á doña Antonia y los indios; pero que con la venida habia disimulado su maldad.

Al tiempo de partir de la Habana el adelantado se hizo al monte el capitan Pedro de Rodraban con intento de pasar á Nueva-España (que entonces estaba alterada) luego que el adelantado se ausentase, y conociendo el fin revoltoso de este capitan el adelantado, se detuvo algunos dias por si podia recogerle; pero sabiendo que cada dia estaba mas obstinado, le hizo proceso, y á otros soldados alborotados que andaban con él, llamándolos por edictos y pregones; y por no haber comparecido, fueron sentenciados en rebeldía; mas como tenia necesidad de partirse, dió parte de la sentencia á García Osorio, gobernador de Cuba, para que pudiéndole prender le enviase á España al rey con su proceso.

Así que el adelantado se hizo á la vela, salió Rodrabán públicamente por las calles de la Habana acompañando al gobernador, con quien comia; traía consigo muchos soldados de los amotinados y huidos de la Florida. Anduvieron de este modo seis dias, escandalizando el pueblo, no menos Rodrabán que el gobernador; el cual pasado este tiempo envió á llamar al capitan Baltasar de la Barreda que habia quedado para defender el puerto. Fue el capitan en casa del gobernador, y le halló acompañado de los oficiales reales, y regidores de la ciudad. Mandóle sentar en una silla junto á sí el gobernador, y que se saliesen fuera el alferez Caballero, natural de Trujillo y otros que le acompañaban. El gobernador dijo al capitan Barreda queria

ver la instruccion que tenia del rey para defender aquel puerto: respondióle que el adelantado se la habia enviado original con un testimonio, y que allí tenia traslado autorizado de escribano que estaba allí presente. Replicó el gobernador no queria verla sino era la original; y aunque se la daba el capitan, nunca quiso tomarla; y mandó á un escribano hicies eechar bando, pena de la vida, para que todos los soldados del capitan Barreda se recogiesen á sus alojamientos; de donde no saliesen sin su licencia. El capitan quedó admirado de esto: estuvo un poco mirándole, quitóse la gorra, y dijo á los demas que les besaba las manos, y se levantó para irse. Abrazóse de él el gobernador diciendo: *preso por el rey*; y se echaron sobre él dos alguaciles, y siete ú ocho porquerones le agarraron, mas no pudieron quitarle la espada de la mano. Al ruido entró su alferez, que era muy buen soldado, y viendo tan maltrado á su capitan envistió con los que así le traian como un leon, y los hizo huir á un aposento y el gobernanor con ellos, dejando la presa. Salió con su capitan á tiempo que venian muchos soldados suyos alborotados, á los cuales mandó recoger, pena de la vida, al cuerpo de guardia, y así lo hicieron; aunque muchos de ellos estaban persuadidos por el capitan Rodrabán, el cual tenia muchos amotinados de la Florida juntos, y decian que estaba en casa del gobernador para entregarle la bandera preso el capitan Barreda; de que resultó gran alboroto en la ciudad y en la isla.

Francisco de Reinoso informó por estenso al adelantado de las costumbres y condicion de Carlos y sus indios, y de las traiciones que habia intentado; de la devocion que iban tomado algunos indios, de la cual ceremonia se reía Carlos.

Procuró el adelantado alegrar á Carlos y á su gente, y convidóle á comer dos veces á él y á su muger, y á los indios é indias principales. Preguntóle por el paso á la laguna de Maimi. Y respondió que no le habia por su tierra, sino por Tocobaga que era un pueblo distante de allí cincuenta leguas, cuyo cacique era gran enemigo suyo, y por esto habia pedido á Francisco de Reinoso y al adelantado fuesen á ayudarle para vengarse de él. El adelantado le dijo que el rey de España no le enviaba á hacer guerra á los caciques, sino á que fuesen todos amigos, y enseñar la doctrina á los que quisiesen ser cristianos, para que se fuesen al cielo en muriendo; y así no podia dejar de ser amigo de Tocobaga, é iria á tratar con él paces: aunque Carlos sintió estremadamente lo que oía al adelantado, dijo queria ir con él con veinte indios de los principales para que tuviese efecto la paz mas presto.

De esto se holgó mucho el adelantado, y le dijo que primero habia de quedar ajustada con su hermano Tequesta, para lo cual tenia allí á su hermano y otros indios. En fin, se hizo la paz como el adelantado quiso, y dejando muy conformes á los indios y españoles de Cárlos con los indios de Tequesta, y á los PP. de la Compañía, hasta volver de Tocobaga, se partió tres dias despues de haber llegado á Cárlos. Al segundo de navegacion, por la noche, entró por el puerto; y un indio de Carlos, aunque no hacía luna, guió al pueblo de Tocobaga, que estaba á veinte leguas la tierra adentro, sobre un brazo de agua salada: antes de amanecer una hora, llegaron junto á la casa de Tocobaga, y mandó el adelantado surgir con gran secreto, porque no habian sido descubiertos.

El cacique Cárlos, olvidado de que venia á

ajustar paces; avisó al adelantado saltase en tierra, quemase el pueblo, y matase los indios, diciendo muchas maldades de ellos. Escusóse el adelantado con que Tocobaga ni sus indios no le habian hecho mal, que si se le hubieran hecho él los matára; y que el rey le mandaria degollar si hiciese tal barbaridad. Quedó Cárlos muy triste é irritado de esta respuesta, y rogó al adelantado le echase en tierra, que con sus veinte indios pegarian fuego á la casa del cacique y se volverian á nado. *Ese no es modo de tratar paces* (dijo el adelantado), *ni lo habeis de hacer, ni os lo he de consentir.* Lloraba el bárbaro de ira, y hacía bravuras como loco: procuraba templarle el adelantado con que haría la paz muy ventajosa y vendria ufano á su tierra, trayendo los indios cautivos que le tenia Tocobaga; lo cual serenó algo su furia acordándose que entre ellos habia una hermana suya, y respondióle que en aquello estaba contento.

Mandó el adelantado que se llegase á la casa con una chalupa pequeña y ocho remeros, á llevar un cristiano de los que habian estado cautivos en Cárlos, que sabia la lengua de Tocobaga, y que en altas voces dijese al cacique que no tuviese miedo, que toda la gente que habia en aquellos navíos eran todos cristianos de verdad, y sus amigos. Así lo hizo: los indios dispertaron á las voces; y viendo los navíos junto á su casa, todos huyeron con sus mugeres é hijos, escepto el cacique Tocobaga, seis indios y una muger. Siendo ya de dia envió al adelantado el cacique un cristiano, que tenia, á decirle cuánto habia estimado no le hubiese muerto, ni á su gente, ni quemado su pueblo: que aquel cristiano solo tenia, que los demas habian huido, y él se habia quedado en el templo en guarda de sus

dioses, que mas queria morir que desampararlos; que si queria ir á su pueblo á darle la vida ó la muerte, lo podia hacer, que aguardándola estaba. Alegró este mensaje al adelantado, y el mensagero refirió que era del Algarve, natural de la villa de Tabila, que navegando en una barca cargada de maiz, gallinas y mantas desde Campeche á Nueva-España, dió al traves con tormenta en aquellas costas, habria seis años, y á todos los que iban con él en menos de una hora dieron muerte los indios, y él se escondió en el monte, de suerte que no le hallaron, donde estuvo mas de un mes comiendo palmitos, bellotas y algun marisco, hasta que le prendieron unos indios pescadores y le presentaron á Tocobaga, cuyo esclavo era sirviéndole de traer agua y leña y guisar de comer: que desde que se perdió pedia á Dios nuestro Señor le sacase de su poder, todos los dias, y habria ocho que soñaba por las noches que venian cristianos á poblar aquella tierra, de lo cual despertaba muy contento. Informóse el adelantado de la calidad del pais, aunque supo muy poco, porque el portugués nunca se habia alejado del pueblo veinte leguas.

Envió á decir con él á Tocobaga que iria á verle, y previno al portugués le quitase el miedo y esforzase con la seguridad de que no le haria daño, sino mucho bien, que le persuadiese á llamar á los indios é indias huidos para que volviesen al pueblo; mas ocultó viniese Cárlos con él. El cristiano contó lo que sucedió á Tocobaga, quien quedó muy alegre con la respuesta.

A las ocho de la mañana saltó en tierra el adelantado, y llegó á la casa, donde fue recibido del cacique con escesiva sumision y reverencia: sentólo junto á sí en un lugar alto; no tenia consigo mas de

los seis indios y la india, y luego empezó á decir al adelantado por el intérprete que no creyera eran tan buenos los cristianos; pues habiéndoles sido facil acabar con él y con toda su gente, quemarle su pueblo é ídolos, no le habian hecho daño sino favor; lo cual le tenia admirado, porque sabia muchos dias antes que andaban en aquella tierra cristianos, que pedian á los caciques, sus amigos, maiz y otras cosas; y si se escusaban de darlo, los daban muerte; mas supo que despues vinieron otros cristianos que decian los caciques eran muy buenos, y degollaron á los primeros. Preguntó al adelantado de cuáles eran, respondióle que de los postreros; y la causa de venir era libertar á los caciques de la tiranía de los primeros, á los cuales dieron muerte por ser cristianos de mentira, y él y su gente de verdad: que no venian á quitarles su maiz y frutos, ni á hacerlos esclavos, ni matarlos, sino á decirlos si querian ser cristianos; y queriendo enseñarlos cómo, y tenerlos por amigos y hermanos, para partir con ellos sus propios bienes: que á ningun indio hacian mal si antes él no ofendia sin causa á algun cristiano; y que se holgaría mucho que él y su gente fuesen cristianos. Tocobaga se levantó con sus seis indios muy regocijado, y con humildad notable besaron la mano al adelantado; y acabada la ceremonia, segun su costumbre, se volvieron á sentar. Entonces prosiguió el adelantado diciendo: que él era amigo de Cárlos, y no por eso sería su enemigo, que le traía consigo para que ambos tratasen de paz, y le restituyese doce esclavos que tenia en su poder: repitiendo que si se resolvia á ser cristiano con sus indios se holgaría mucho, y dejaría cristianos para que le defendiesen de sus enemigos y los enseñasen á serlo. El cacique respondió

no podia determinar nada sin sus principales y caciques súbditos, que aguardase tres ó cuatro dias enviaria á llamarlos. Convínose el adelantado, y despachó el cacique por ellos, rogándole mandase á sus soldados no ofendiesen el templo de sus dioses, á los cuales tenia en gran veneracion.

Volvió el adelantado á sus navíos, y al dia siguiente fue Tocobaga á verle, habló con Cárlos, tuvieron los dos muchas disputas y al fin quedaron conformes. Queria Cárlos desembarcar con Tocobaga y sus indios, mas el adelantado dudó en consentirlo imaginando diria mal de él y de los españoles, y se conjurarian para dar muerte á los que dejó en Cárlos y habia de dejar en Tocobaga; pero no atreviéndose á enojar á Cárlos, le permitió saltar en tierra con los intérpretes para que no pudiese tratar alguna traicion.

El maese de campo habiendo tenido buen viaje, dispuso lo que el adelantado le mandó. Fue á san Mateo y subió en los tres bergantines por el rio, cincuenta leguas hasta llegar á Macoya, por haber hallado infinidad de indios, y el rio muy estrecho y cerrado, bosques muy espesos á un lado y á otro, y no tener noticia del adelantado, que segun le dijo habia de ir á encontrarle por la provincia de Cárlos, se volvió á san Mateo sin atreverse á esperar mas tiempo, conociendo que pues ya no habia llegado era incierto el paso que le habian dicho.

Juan Pardo entró la tierra adentro ciento cincuenta leguas, viendo tierras muy fértiles y buenas, de que todos los soldados se holgaban mucho. Hizo un fuerte al pie de la sierra en la provincia del cacique Coava, y todos los caciques deseaban ser hermanos del adelantado y cristianos. Y estando para pasar adelante le envió á llamar el ade-

lantado, diciéndole que dejando en aquel fuerte algunos soldados para conservar amigos los caciques y los indios y doctrinarlos, se viniese luego á la marina á meterse en el fuerte de san Felipe, porque temia llegase á aquel puerto la armada francesa, con cuya orden se volvió luego.

En tres dias que el adelantado se detuvo en Tocobaga acudieron mas de mil quinientos indios, y todos de muy buena disposicion, con plumages arcos y flechas; y receländose de tanta gente, persuadió á Tocobaga á que sus soldados estaban muy alegres; porque imaginaban que sus indios querian pelear con ellos y era menester sosegarlos, quitándoselos de delante, mandándolos se fuesen, menos los principales para efectuar las paces: el cacique los despidió al instante. Al cuarto dia se juntaron veinte y nueve caciques y cien indios principales en una gran casa á donde fue el adelantado con Cárlos; y habiéndose sentado en el lugar mas preeminente, dijo Tocobaga, habia dado cuenta á aquellos caciques y principales de lo que el adelantado decia: y que como fuese verdad querian todos recibirle por hermano mayor, ser cristianos y amigos de Carlos, restituyéndole la gente cautiva, con calidad de que si rompiesen guerra, ayudase el adelantado al que fuese envestido, y que dejase otro capitan con treinta cristianos para que les enseñasen la religion; el adelantado convino en todo, y dejó por capitan de los treinta soldados á García Martinez de Cos; porque aunque estaba desabrido con él por cierta inobediencia, era buen cristiano y de buen entendimiento, y él no pudo escusar quedarse, aunque tuvo gran sentimiento de esta eleccion.

Dió noticia Tocobaga al adelantado de las pro-

vincias de Macoya, advirtiéndole no podia ir á ellas con tan poca gente, porque eran muchos los indios y grandes bellacos. Con lo cual se despidió de él, y partió el mismo dia para llevar á Carlos á su pueblo. Iba el cacique ofendido y desesperado de ver la paz concluida; y aunque el adelantado procuraba alegrarle, era en vano. Sucedió que un marinero de los mas principales, componiendo unas cuerdas, dejó caer una delgada sobre la cabeza de Carlos casualmente, él creyó que lo habia hecho adrede, envistióle como una fiera, y despues de darle un gran bofeton le cogió en los brazos para echarle en el mar: quitósele el adelantado y el marinero se ofendió mucho y no menos el adelantado. Todos se persuadieron á que le mandase ahorcar, porque demas de esta desvergüenza sabia por los intérpretes que amenazaba no dejar español á vida en viéndose libre; pero parecióle que habiéndole sacado de su tierra era obligacion volverle, porque no dijesen le habia muerto voluntariamente, aunque trabajó bastante para sosegar al marinero, que era hombre honrado.

A los ocho dias dió fondo en Carlos y luego saltó en tierra, fortificó la casa de los españoles mejor que estaba, poniendo en ella algunos versos, y cumplió hasta cuarenta soldados á la guarnicion. Encargó al P. Rogel el cuidado de los indios y de los cristianos, y partió á Tequesta con los indios embajadores y el P. Francisco á llevar la noticia de las paces hechas. Dejó á Doña Antonia con los cristianos, de la cual venia mal satisfecho, porque la halló muy de parte de su hermano, y le reprendió se hubiese escusado de hacer lo que su hermano pedia contra Tocobaga, diciéndole que tenia dos corazones, uno para sí y otro para Tocobaga, y pa-

ra ella y su hermano ninguno; y otras cosas que sintió el adelantado, aunque procuró satisfacerla.

Estando ya embarcado vió entrar en el puerto un navío de que se admiró; pero llegando cerca conoció ser el patache que habia dejado en san Agustin, que traía cartas de los gobernadores de san Agustin, san Mateo y san Felipe á la Habana para que los socorriese con bastimento, y volvia ya de la Habana despachado por Juan de Hinestrosa, su teniente, al adelantado con cartas de los regidores, dándole cuenta de los alborotos causados por el capitan Pedro de Rodrabán y el gobernador de Cuba, enviándole testimonios de todo. Los Regidores le pedian se volviese luego á la Habana á remediar tantos desórdenes. Parecióle muy necesario mudar de intento: envió los indios á Tequesta y se hizo á la vela para la Habana, donde llegó en tres dias. Así como el capitan Rodrabán lo supo, se huyó al monte con quince ó veinte arcabuceros. Averiguó lo que habia sucedido, y empeñado en prender al capitan Rodrabán, se detuvo allí un mes hasta que logró la prision. Fulminó causa contra él; oyóle en justicia condenándole á Cortar la cabeza; y queriendo ejecutar la sentencia fueron tantos los empeños para que le otorgase la apelacion, que le pareció convenia hacerlo así, mas que por ellos por justificar su modo de proceder; y dejándole preso recogiendo algun bastimento, y enviando á Campeche un navió á cargar de maiz, se hizo á la vela á Tequesta, donde fue recibido con gran aplauso y regocijo, y trabó amistad muy firme con el cacique, el cual le recibió por hermano mayor. Dejóle otros treinta soldados con un capitan, el hermano Francisco, una sierra y carpinteros, para que fabricasen una casa fuerte. Arboló una cruz que adorasen los

indios; y en cuatro dias que estuvo allí, era gusto ver la puntualidad y devocion con que adoraban y besaban, por mañana y tarde la cruz todos los indios grandes y chicos. Dióle el cacique un hermano suyo que era capitan de un pueblo de Cárlos, y dos indios principales para que los tragese á España: y con ellos se hizo á la vela, con buen tiempo, el adelantado; y al tercer dia surgió en san Mateo, donde halló á Gonzalo de Villarroel y su gente buenos.

Supo el adelantado que los franceses que habian escapado se mantenian en las provincias comarcanas; y queriendo evitar que unidos á los indios trazasen vengarse, despachó mensageros á los caciques vecinos ofreciéndoles muchas dádivas si le enviaban luego los cristianos que tenian en su poder. El cacique que tenia un marinero que habiéndose hecho muerto en la derrota de Juan Ribao escapó con algunas heridas, cortándose las ligaduras con un cuchillejo que llevaba, le mandó que al instante fuese al adelantado porque no viniese sobre él, y le destruyese sus sementeras. Dió el frances palabra de hacerlo; pero ejecutó lo contrario pasando de tierra en tierra, y todos los caciques lo echaban de la suya diciéndole lo mismo que el primero, con lo cual determinó ir á san Mateo; y antes de llegar como á media legua se detuvo temiendo la muerte tres ó cuatro dias, hasta que le encontraron tres españoles, que sabiendo su estraordinario suceso le llevaron á san Mateo, y el adelantado se sirvió de él en sus navíos, dándole la misma racion que á los otros marineros: lo mismo ejecutaron los demas caciques enviando los franceses que tenian. Solo Saturiba, enemigo capital de los españoles, no quiso enviar á Pedro Breu que tanto daño le causó despues.

Dieron noticia al adelantado Gonzalo de Villaroel y otros, de que Saturiba juntaba gran ejército para vengar los daños que los españoles habian hecho á algunos caciques é indios, sus vasallos y á sus ganados, que estaban presos en el fuerte el cacique Emoloa, su hijo y otros dos herederos de caciques, dos indios principales de Saturiba, y otros que en todos eran diez y seis, y de acuerdo de Gonzalo de Villarroel, resolvió el adelantado al segundo dia de su llegada á san Mateo, soltar uno de los prisioneros para que fuese á decir á Saturiba que otro dia estuviese á la punta de la barra, distante dos leguas de allí; que el adelantado tenia que ir á san Agustin y queria verle y hablarle, porque decian le queria mucho aunque le tenia gran miedo. Volvió brevemente la respuesta de Saturiba diciendo: estaria á donde le mandaba el adelantado, y que llevase consigo los indios presos, porque los queria hablar.

Animó los soldados del fuerte el adelantado para que permaneciesen constantes en el servicio del rey; pues sabian que él venia á España por su utilidad á procurar bastimentos y pagas para que se vistiesen, porque andaban poco menos que indios; y por la mañana se partió de san Mateo, llevando consigo á Gonzalo de Villarroel, á Emoloa y otros seis indios principales. Saturiba esperaba ya en la barra, pero muy desviado de la marina y con muchos indios. Soltó uno de los que llevaba el adelantado para que le dijese se acercase á la marina debajo de su palabra. El cacique respondió pusiese en tierra los prisioneros que queria hablarlos primero. Hízolo así sin quitarles los grillos, y por si se los quisiesen llevar los indios, puso un vergantin en frente de ellos con diez tiros, veinte arcabuceros, y

dos versos, cargados de perdigones. Envió Saturiba dos principales á hablar á Emoloa, los cuales anduvieron mas de dos horas yendo y viniendo de un cacique á otro. Al fin se supo que solo era tratar de como habian de libertarle, y apurar la paciencia al adelantado para que saltase en tierra con su gente, y acabarlos á flechazos, porque demas de los indios que Saturiba tenia consigo, habia emboscado otra gran multitud. Supo el adelantado esta traicion por un soldado, que cuidaba de dar de comer á Emoloa y á los indios, que con el trato habia aprendido la lengua (aunque lo ignoraban los indios), mandó recoger los presos el adelantado, y envió á decir á Saturiba que siempre habia deseado ser su amigo, y que le pesaba que él no lo quisiese ser, que desde entonces le tuviese por su enemigo, y que por los cristianos que habia muerto á traicion, él le mandaria cortar la cabeza y echar de su tierra. El cacique le respondió, que aunque habia dicho á los capitanes del adelantado era su amigo, no era de buen corazon, porque todos los cristianos eran enemigos suyos, y los que venian con él cobardes y gallinas, que no se atrevian á pelear en tierra con sus indios: echó otros fieros y amenazas; con lo cual, viendo el adelentado frustado su intento, se hizo á la vela á san Agustin, donde halló al maese de campo y sus soldados buenos; pero muy desazonados con el capitan Miguel Enrique, que fue uno de los que vinieron con el socorro, y habia cometido graves y ridículos escesos, desobedeciendo al gobernador, mudando las centinelas, haciendo traer armas á los que estaban privados de ellas por sus delitos, y nombrándoles por centinelas, quitó al gobernador un reo que llevaba preso con mano armada, hizo dar á dos soldados tratos

de cuerda, sin hacerles causa ni dar noticia al gobernador. Dió de palos á un alguacil, y ejecutó otras maldades y disoluciones que tenian escandalizado el pueblo: mandóle prender el adelantado y le fulminó causa; oyóle sus descargos, que fueron de tan mala calidad que si el gobernador ofendido no fuera su hermano le hubiera ajusticiado; pero se contentó con quitarle la compañía que dió á Francisco Nuñez, y enviarle con el proceso al consejo de Indias.

Nombró despues á Estebau de las Alas por su teniente, y llamó á todos los capitanes á consejo para discurir el modo de hacer guerra á Saturiba. Acordaron unánimes se le embistiese por cuatro partes con setenta hombres en cada una. El adelantado partió con los suyos al parage donde decian estaba Saturiba; y por no ser sentido de los indios, marchó aquella noche diez leguas; pero no le bastó su diligencia, porque Saturiba tuvo lugar de esconderse sin que dejase noticia de sí. Algunos reencuentros se ofrecieron de poca importancia con los indios. Sucedió lo mismo á los otros capitanes que fueron por las tres partes restantes de que resultó la muerte de treinta indios, de un marinero y dos soldados españoles y otros heridos, que ninguno fue de los del adelantado; y no hallando con quien pelear, ni á quien reducir, se volvieron á san Agustin los capitanes, á los cuales y á los demas juntos, habló el adelantado animándolos y exortándolos á estar concordes y firmes en el real servicio; y despedido de ellos, se embarcó en un bergantin, y el maese de campo en una fragata en que iban presos los capitanes Pedro de Rodrabán y Miguel Henriquez. Hiciéronse á la vela á santa Elena para visitar el fuerte de san Felipe. Tambien llevaron consigo á los

indios de Tequesta y otros tres indios principales, que uno era hijo del cacique Emoloa á quien habia dado libertad el adelantado, diciéndole antes y á los demas indios que asistieron á su partida que él trataria bien á los que llevaba; pero que si Emoloa y los demas que libertaba, ayudaban en la guerra á Saturiba los mandaria cortar la cabeza.

Con viento próspero llegó al tercero dia al puerto de san Felipe, halló en buen estado la guarnicion y al capitan Juan Pardo que ya se habia vuelto en virtud de la orden del adelantado; y él y todos los soldados estaban muy contentos de la buena tierra que habian descubierto. Dió cuenta al adelantado Juan Pardo de las amistades hechas con los caciques é indios de la tierra adentro, y del deseo que manifestaban de ser cristianos y recibirle por hermano mayor, y de que estaban muy amigos los caciques de la marina y los indios del distrito del fuerte que todos tenian el mismo deseo. Fue tanta la alegría del adelantado, que si se hallára con mas bastimento, se hubiera detenido á confirmar las amistades con todos los caciques para conocerlos y tratarlos; mas era tan poco el que llevaba y el que dejó en san Mateo y san Agustin, que no se atrevió á detenerse porque tambien le daba gran priesa al viage, haber escrito al rey diez meses antes pasaría brevemente á España, que ya sabia que la heregía habia hecho rebelar á Flandes, y que iba á sojuzgarla; y antes que partiese deseaba supiese su magestad las necesidades que padecian sus soldados en los presidios y los de las islas de Puerto-Rico, la Española y Cuba, el poder de los piratas y el modo de mantener y proseguir la conquista y poblacion de la Florida, sin dispendio de la Hacienda real.

Descubrieron los españoles en esta tierra unas raices largas señaladas como sartas de cuentas, que cortada cada porcion queda redonda; fuera son negras y dentro blancas y secas, duras como huesos; tienen tan dura la corteza, que apenas se les puede quitar. El sabor es aromático que parece género de especia; es semejante á la Galanga. La yerba que produce, echa los tallos cortos y esparce las ramas por el suelo; sus hojas son muy anchas y muy verdes: es caliente en el estremo de segundo grado; seca en el principio del primero; nace en sitios húmedos: usaban los indios de la yerba machacada entre dos piedras, para fregarse con ella todo el cuerpo cuando se iban á bañar, porque decian apretaba las carnes, y fortalecia con el buen olor que tiene, y que sentian con ella gran provecho. Tambien la usaban en polvo para los dolores de estómago.

Esto aprendieron los españoles de los indios y la usaron para lo mismo, y despues esperimentaron ser admirable específico para el dolor de hijada y mal de orina, pues hace arrojar las piedras aunque sean muy grandes: fueron esperimentando otras virtudes, creciendo tanto su estimacion entre los soldados, que todos traían rosario de estas cuentas á las cuales llamaron de santa Elena, por la gran abundancia que de ellas hay en los lugares pantanosos en el cabo de santa Elena y provincia de Orista y sus convecinas.

Aprestó una fragata hechiza muy ligera de vela y remo tan pequeña, que aun no tenia veinte toneladas porque el bergantin no tenia buen sustento, y le volvió á enviar á san Agustin con cincuenta quintales de bizcocho que habian ahorrado los soldados, que entraron la tierra adentro con Juan Pardo.

Prevenido el adelantado de todo, se entró en la fragata con don Pedro de Valdés su yerno, maese de campo; Francisco de Castañeda, capitan de su guarda; el capitan Juan Velez de Medrano que volvia á España con licencia por su poca salud: y Ayala su alferez, Francisco de Cepero, Diego de Mirando Álvaro, y Juan de Valdés; Juan de Aguinaga, el capitan Juan de Merlo, un clérigo, Salcedo y otros hidalgos que componian el número de veinte y cinco todos con muy buenas armas y arcabuces, metiendo en ella cinco marineros solos; porque los mas de los que iban embarcados sabian muy bien bogar que con los seis indios y los dos capitanes presos llegaban á treinta y ocho hombres.

Hízose á la vela á España, y en diez y siete dias dió vista á las islas de los azores, saliendo á setenta y dos leguas cada dia de navegacion. Surgió en la isla de la Tercera donde supo que el rey venia á embarcarse á la Coruña; y persuadiéndose á que le podria alcanzar antes que partiese, y librarse de los corsarios de alto bordo si los encontrase huyendo á vela y remo, y que navegando la vuelta del cabo de san Vicente si le encontrase alguna fusta de moros podria alcanzarle al remo, tomó el rumbo diverso; halló dos corsarios, uno ingles y otro frances, mas se libró de ellos y entró felizmente en el puerto de Bivero á veinte leguas de la Coruña: allí supo que el rey aun estaba en la corte, á quien envió con el alferez Ayala los dos presos y las causas al consejo de Indias, escribiendo á su magestad su llegada, y que luego partiria á verle.

En esto se detuvo aquel dia teniendo admirados los moradores de aquel puerto que no habia forma de creer el viaje, y al medio dia del siguiente se hizo á la vela á Avilés que dista veinte y ocho

leguas de Bivero, y navegó veinte y cinco hasta la noche que entró en la bahía de Altedo donde se hallaban cinco carabelas portuguesas cargadas de sal, dos bageles vizcainos cargados de hierro, uno de madera y tres barcos de pescadores, cuyos maestres creyeron ser la fragata de turcos porque su nueva invencion la hacía parecer á las de levante, y como venia tan esquifada, desampararon los navíos y echaron á tierra los bateles espantados de la novedad. Surgió el adelantado entre todos á tiempo que un bagel de los cargados de hierro encalló en la arena, y desfondó para que el pirata que temían no pudiese llevarse la carga. Dábale gran lástima al adelantado que se perdiese, y mandó á un marinero diese voces para que se acercase algun batel á la fragata, y mandó no se tocasen los clarines ni disparasen tres piezas de bronce que llevaba, porque no se asustasen mas los de la bahía; pero aunque el marinero dió muchos gritos, nadie quiso venir hasta la media noche, que á lo lejos vieron una fragata y un batel bien esquifado de remos, desde el cual preguntaron á los de la fragata: *quien eran y á que venian*: respondieron, *que el adelantado Pedro Menendez que venía de la Florida que llegasen á bordo.* Los del batel dijeron, *que los engañaban*, *que los hablase el adelantado que ellos bien le conocian.* Entonces el adelantado les dijo en voz alta: *hermanos*, *socorred aquel navio que se está perdiendo en tierra*, *y avisad á la gente huida que soy yo*, *y volved con los bateles á bordo.* Conociéronle los marineros, y luego fueron á hacer lo que les mandaba, en que se detuvieron hasta el amanecer que vinieron á bordo, menos uno que fue por tierra á Avilés á avisar á doña María de Solís, su muger, y ganar las albricias: despues fueron llegando los demas bateles, y el ade-

lantado mandó desplegar un guion de damasco carmesí á modo de estandarte, y una bandera de campo, tocar los clarines á dos marineros que sabian muy bien, y hacer salva con la artillería; con lo cual huyeron todos los bateles que habian llegado, confirmándose en que era corsario, menos el que le habia hablado, el cual volvió por ellos y los trajo á bordo. Alegráronse mucho de ver al adelantado, y estaban espantados de que en un bagel tan pequeño hubiese navegado tanto mar; y ello es cosa tan maravillosa que hasta hoy no se ha visto. Hizo velas el adelantado, y á las dos horas entró en el puerto de Avilés, cuyo pueblo ya estaba alborotado con la noticia que habia llevado el marinero.

No se puede encarecer el gusto y aclamacion no solo de su muger y deudos, sino de todos los vecinos que se incaban de rodillas levantando al cielo las manos y daban gracias á Dios; y al ver la fragata tan pequeña con bandera, gallardete, y piezas se pasmaban. Salió el adelantado y los soldados muy bizarros disparando la artillería y arcabucería: todos los miraban tan suspensos que parecian encantados. Fue el adelantado á la Iglesia á dar gracias á Dios, y de allí á su casa acompañado de todo el pueblo; recibiéronle su muger, hijas, hermanos y sobrinas, que estaban con ella esperando al adelantado como se podrá considerar, pues no le habian visto en veinte años.

Vino despues el adelantado á 20 de julio á Valladolid, trayendo los seis indios con sus arcos y flechas como andaban en la Florida. El rey le favoreció mucho, y le dijo tenia la jornada de la Florida en gran servicio, y que le haria mercedes, dióle cuenta del estado de la Florida, del modo de mantenerla, y asegurar las flotas y destruir los corsarios.

Refirió por estenso el destrozo de Ribao y los demas hereges, y que en el término de trescientas leguas de costa, descubrió cuatro puertos, el que menos de cuatro brazas de agua en plea mar y otros veinte de dos brazas y media de fondo, los cuales habia andado y entrado en todos á reconocerlos por su persona con cuatro ó cinco bergantines, descubriéndolos, sondeándolos y marcando las entradas y que ajustó paz y amistad con los caciques de estas trescientas leguas, escepto con Saturiba que no la quiso y pobló en siete partes tres fuertes y cuatro pueblos, dando cuenta de las fortificaciones de san Agustin, san Mateo, san Felipe, y de otras cinco casas fuertes que dejaba en Is, Tequesta, Cárlos, Tocobaga y la que en la tierra adentro edificó Juan Pardo con gente y municion.

El rey se alegró mucho de ver los indios y quedó tan satisfecho y los del consejo, que le pidieron al adelantado diese por escrito lo que se le ofrecia en las cosas de las indias, y especialmente en la Florida. El lo hizo muy claramente y sin disimulo advirtiendo que muchos capitanes y soldados de los amotinados de la Florida, habiendo hecho informaciones falsas ante García Osorio, gobernador de la Habana y otros jueces, jurando unos en favor de otros, haber servido muy bien y mas señaladamente que los que andaban en el real servicio, y ganado los fuertes siendo los primeros en las hambres, trabajos y peligros que tuvieron en aquella tierra, y en las guerras de indios; y estaban tan soberbios y lozanos con estas informaciones, como si fueran verdaderas: fundaban en muchas mentiras y falsedades la justificacion de su flaqueza y deslealtad, atreviéndose á pedir mercedes á su Magestad que reservó á la venida del adelantado sus pretensiones,

y como informó de la prision del maese de campo de haber muerto injustamente los indios de la codicia y poco valor de los amotinados, se huyeron muchos; aunque habian sido tales los artes de estos desleales que algunos del consejo de Indias, y otros ministros del rey estaban persuadidos á que el adelantado escedia, y que habia tomado á su cargo aquella empresa por su utilidad é interes, y no por el servicio de Dios y del rey, siendo así que nunca estuvo mas rico que cuando empezó á servir al rey de general, pues se hallaba con dos galeones propios y mas de treinta mil ducados, y habia ganado despues sin herir la estimacion de su oficio, escesivas cantidades que todas las gastó en servicio del rey para salir bien con su empeño, pues los ministros no le daban lo que resolvia su Magestad y mucho menos las ventajas que pagaba á sus capitanes y soldados, á los cuales mantenia cuando no servian ni gozaban sueldo á su costa.

Pero el gran cuidado del rey y la solicitud del adelantado, no bastaron á apresurar las dilaciones de la corte, las cuales causaron el mayor daño en los intereses del rey y del adelantado; y faltó poco para que se siguiese de ellas la pérdida de la Florida, porque la indignacion de los hereges crecía cada dia; y como no se hacía caso de las quejas que daban en Francia del adelantado, antes eran mal recibidas, procuraban á lo menos conmover á los sectarios refiriendo mil invenciones y mentiras contando cada uno un caso raro y odioso. Al fin persuadieron y ayudaron con secreto á Domingo Gurgió (ó Gourgues) de monte Marsano (herege terrible, hermano de otro que era presidente de la generalidad de Guiena) que los españoles habian echado á galeras en la guerra de Florencia en que

estuvo algunos años á que pasase á vengar el agravio hecho á su maldita secta en la justicia de Ribao y sus compañeros, y echando voz de que volvia al Brasil donde habia navegado otras veces.

Armó tres navíos con doscientos soldados y ochenta marineros, y por agosto se hizo á la vela: con próspero viento llegó al cabo de la isla de Cuba ó san Antonio, donde losque iban con él (viendo que la jornada era otra de la que imaginaban) le requirieron que les dijese donde hacian viage. Entonces declaró su intento ponderándolos que pues el rey de Francia movido de su particular conveniencia no habia sido para tomar venganza de los españoles, autores de la gran maldad ejecutada con Ribao en ódio de la nueva religion que seguian. El, encendido en el celo de la honra de su patria, habia determinado gastar su hacienda en aquella empresa de que no esperaba mas fruto que vengarse para eternizar su fama; por lo cual los rogaba le asistiesen por ser de tanta reputacion, y no le desamparasen pues todos participarian igualmente de la gloria de ella. Ninguno le contradijo, y navegando entró Gurgio por la boca del rio Mayo ó de san Mateo muy contento. Los españoles luego que le divisaron desde los fuertes, creyendo eran navíos de España, porque habia dias que no veían ninguno estrangero, hiciéronles salva: Gurgio correspondió á ella, y como que iba á otra parte, pasó quince leguas mas adelante, y llegó la boca del rio Taratacuru, que los franceses llaman Sequana. Los indios concurrieron todos armados á impedir tomase tierra; y él reconociendo que la guerra frustraba el fin de su deseo, les manifestó iba de paz á renovar de parte del rey de Francia la alianza y confederacion antecedente, y que no era su intento ha-

cerlos mal, sino es regalarlos y deshacer los agravios que les hubiesen hecho los españoles dándoles muchas cosas estrañas que el rey de Francia les enviaba; y como son los indios tan codiciosos, dejaron las armas celebrando esta oferta con grandes alegrías.

Esparcióse la noticia de la llegada de estos franceses, vino Saturiba al dia siguiente con sus hijos y otros caciques sus vasallos, y entre ellos Molona Tacadocoru, Almachanor, Athore, Arpaha, Ellicopile, Alcálava y otros; y habiendo dejado las armas, y allanando el suelo de las malezas que tenia se sentaron todos. Saturiba se quejó ásperamente de las molestias que le hacian los españoles, diciendo muchos males de ellos, y callando los que él habia causado para persuadir á los demas; concluyó un largo razonamiento que hizo proponiendo á Gurgio si queria ayudarles á vengar las injurias que sufrian. Gurgio que vió tan buena disposicion para sus intentos, respondió que por saber el rey de Francia sus agravios, y la infame tiranía de sus enemigos, le enviaba á que los vengase de aquellos ladrones: y otras palabras peores que encendieron mas la ira y el deseo de los indios; con lo cual quedaron muy contentos, y mas de muchos cascabeles, cuchillos y tijeras con que los regaló. Saturiba le dió una cadenilla de plata, y los otros caciques, pieles de ciervo bien curtidas, y otras cosas del pais. Pidieron los indios vestidos para los dias de fiesta y para enterrarse: hicieron confederacion con todas las solemnidades que acostumbraban asistiendo á todo Pedro Breu, que desde el año de 1565 estaba con Saturiba infundiéndole odio contra los españoles, industriándole y á los demas caciques por si llegaba en algun tiempo esta ocasion que no esperaba tan presto.

Así tramaban su traicion cuando el adelantado en la corte habia dado memorial en el consejo de Indias pidiendo se le hiciese merced correspondiente á sus servicios (verdaderamente grandes) que estaban sin premio, y que se le diese una ayuda de costa para pagar sus deudas: satisfaciéndole lo que habia gastado demas de la obligacion de su asiento y el flete del galeon san Pelayo hasta que se perdió, sobre lo cual se le hizo seguir pleito, que no se determinó hasta el abril siguiente.

Intentóse hacer novedad en los oficiales reales que habia nombrado el adelantado en la Florida y aprobado el rey, proveyendo estos empleos en los que no habian servido en esta jornada; lo cual le hizo acudir á su Magestad á representar habian cumplido con su obligacion y pasado los mismos trabajos que los demas conquistadores, sin que les estorbase esto llevar puntual cuenta y razon y sus libros en forma sin tener mas sueldo que de lo que producia la renta de la tierra que procuraban adelantar por todos los medios lícitos para tener de que ser pagados: que habian llevado muchos deudos, amigos y criados á la poblacion sirviendo en ello con gran provecho, y estaban nombrados legítimamente; que los empleos eran de tan poca importancia, que podia ser que los dejasen por ser mas de embarazo que de utilidad; pero que quitárselos sin causa seria darla á que pensasen que no tenian subsistencia las mercedes reales, y lo tendrian por deshonra, y la tierra no se poblaria de hombres nobles; representó otras cosas que fueron bastantes á que entonces no se hiciese novedad.

El mismo año trajo un frances á Sevilla el sasafrás, árbol que los indios llaman palame: el mayor será como un pino mediano tan derecho y de

su figura; no echa mas qne un vástago ó tronco, y en lo alto ramas de que forma copa. Las hojas (que siempre tiene) son como las de higuera con tres puntas verdes, oscuras y olorosos, y huelen mas secas; y cuando pequenas se parecen á las del peral; es muy ligera su madera, y la corteza tiene olor arómatico que tira á hinojo; y metida en un aposento aunque sea póca le llena de olor; su raiz es mas pesada que el árbol, y está tan superficial, que se arranca con gran facilidad. Tiene muy pegada en lo interior la corteza, y es mucho mas olorosa que lo demas. Críase junto al mar en sitios no muy secos ni húmedos, y hay montes de estos árboles que despiden tanto olor de sí que parecen de canela y en la calor, y en los efectos se le parece. Nace en muchas partes de la Florida; y si como dice Clusio sobre Monardes, fol. 322 la han traido los ingleses de la provincia de la Virginia (antes llamada Vingandencao) verde, se sabrá si lleva flor y fruto que no supo Monardes ni refieren Clusio ni Hernandez. Es caliente y seco en segundo grado este árbol, aunque su corteza llega al tercero. Es remedio admirable contra muchas enfermedades; cura las opilaciones, conforta al hígado y al estómago; quita las tercianas nothas, y hace huir las fiebres largas; restaura las ganas de comer; cura los males de cabeza, los del pecho, el dolor de hijada; hace echar las piedras; provoca la orina y el menstruo; sana tullidos; quita el dolor de muelas; sirve lo mismo que la zarzaparrilla y la china en las bubas; cura la gota de poco tiempo; agilita las manos entorpecidas por enfermedad; ablanda el vientre y quita el mal de madre; sirve para la fecundidad; engorda, preserva de peste, y en todas las enfermedades frias, largas y flatos, es utilísima.

El mismo marinero que escapó de la muerte al tiempo que se hizo justicia de Ribao, habiendo estado un año entre los españoles con otro frances llamado Pompierre, fue llevado con él á la Habana, y queriendo desde allí pasarlos á Portugal en una nave, encontraron con otra francesa cuyo capitan se llamaba Dumptens, el cual apresó la nave española que los llevaba, y trajo á Francia á los dos prisioneros.

Año de 1568.

Pedro Breu no se apartaba de Gurgio, informándole de cuanto era al propósito, de mantener la cólera y el deseo de vengarse que llevaba; y asegurado de que los indios estaban bien dispuestos á ayudarle, hizo venir los mas principales caciques, con los cuales resolvió que Otocara ú Olotocara, pariente cercano de Saturiba, con muchos indios y grande disimulacion reconociese la fuerza y estado de los españoles, los cuales estaban bien descuidados de la traicion que contra ellos se tramaba.

Despues señalaron dia para que los caciques tragesen cierto número de indios armados á su modo; y porque los franceses se recelaban de Saturiba, le pidió Gurgio Rehenes para asegurar el secreto de lo determinado. Dióle un hijo suyo y una de las mugeres que tenia de diez y ocho años que era la que mas amaba.

Venido el dia señalado, concurrieron todos los caciques cada uno con los indios de guerra que se les habian encomendado con arcos, flechas y grandes plumages; y despues de haber conferido el modo de la empresa, estando ya resueltos á empezarla tomaron una bebida que llaman casina, y la hacen de zumo de hojas de sasafras y algunas yerbas,

con la cual creen se cobra ánimo y robustez de que usán en sus espediciones peligrosas, su efecto es suspender la hambre y la sed por veinte y cuatro horas. Bebieron, en conformidad de la amistad, Gurgio y otros franceses, cuya intencion era acometer á los españoles al amanecer, porque aun el tiempo se pareciese la venganza á la presumida ofensa; pero el mal camino y las lluvias hicieron detener el ímpetu, gastando mas tiempo del que quisieran en vadear el rio Sarrabahía y otro que estaba mas adelante al tiempo de la resaca: haciendo la indignacion tolerar este trabajo á franceses y á indios constantemente.

El Sábado despues de pascua de Resureccion, por el mes de abril, ya salido el sol llegaron á vista de un fuerte de los españoles que estaba á la ribera diestra en la boca del rio; entonces los españoles conocieron el engaño que habian tenido en persuadirse á que las naves francesas eran de amigos.

Mandó Gurgio á los indios que con gente bastante se emboscasen en los sitios por donde podian huir los españoles, y quedándose con otros envistieron el fuerte con gran priesa. Defendiéronle cuanto pudieron los españoles, con muerte de algunos franceses é indios; y habiéndoles informado de que eran dos mil los franceses, salieron al campo formados y empezaron á retirarse, dejando el fuerte en manos de los franceses que ocupados en arruinarle no siguieron á los que salian; pero aunque mudaron el riesgo no mejoraron de fortuna, porque dando en los indios que tenian tomadas las avenidas, mataron la mayor parte, y entre ellos y los franceses hicieron treinta prisioneros, heridos y descuidados que sirvieron al ódio de los hereges.

Luego pasaron al fuerte, que estaba en la otra ribera, en un barco con ochenta escopeteros y muchos indios á nado y en canoas: entráronle con mas facilidad dando muerte á algunos españoles, y otros pudieron escapar, aunque muy ariesgadamente, de las manos de los indios.

Supo Gurgio luego el engaño en que estaban los españoles del poder que traia; y viendo la resistencia que se le habia hecho en los fuertes, reconoció que si se averiguaba su poca gente malograba su intento; por lo cual, apresuradamente llevando por guia á un prisionero español, prevenido de escalas, marchó sin orden y con gran presteza al fuerte de san Mateo, aquella misma noche, llegó á vista de él al amanecer del dia siguiente; y habiendo mandado á los indios, que le pareció, se escondiesen para dar muerte á los que se quisiesen huir la tierra adentro, reconocida la fortificacion, dió orden para que se acometiese por lo menos profundo del foso. El gobernador de la plaza, Gonzalo de Villarroel, mandó que saliesen sesenta soldados á reconocer los franceses; pero cogiéndolos en medio ayudados de innumerable multitud de indios, mas feroces y crueles cada instante con las victorias que habian logrado, mataron muchos hiriéndolos á todos. El gobernador, viéndose perdido y persuadiéndose á que era imposible resistir á tan gran ejército, cuyo número iba aumentándose á proporcion del asombro, procuró retirarse á los montes vecinos con la gente, abriendo camino con la espada; y aunque los indios que estaban en celada dieron muerte á algunos á costa de muchos bárbaros, él y otros salvaron la vida con grandes trabajos, que pudieran haber escusado si desde que supo que habian pasado las naves solicitára saber su viaje y de-

signio, como tenia obligacion para prevenirse con tiempo, y haber juntado los cien hombres que estaban en los fuertes, y despachado á la Habana por socorros, para los cuales el adelantado habia dejado bastante disposicion.

Gurgio entró en Charlefort, y le saqueó con el mayor rigor; y para solemnizar el infame triunfo, hizo ahorcar de los árboles cercanos á todos los españoles prisioneros, poniendo un letrero que decia: *No por españoles sino por traidores y homicidas*; (porque fingen que Pedro Menendez cuando mandó justiciar los hugonotes, puso otro que decia: *No por franceses sino por luteranos.*) Cuyo impío ejemplo siguieron los hereges poco despues en otros parages, como Jaques de Soria, corsario frances, que habiendo encontrado una nave portuguesa, en que iba al Perú el P. Ignacio de Acebedo, con treinta y ocho de la Compañía de Jesus, la entró por fuerza, y mandó matar á todos los religiosos y hermanos diciendo á grandes voces: *Mueran, mueran los papistas, que van á sembrar falsa doctrina al Brasil*; y al tiempo de abordar á la nave católica ya rendida, decia: *Echad al mar esos perros Jesuitas, papistas y enemigos nuestros*; y embistiendo con ellos los soldados, los cortaron los brazos y los echaron al mar. Y el año siguiente de 1571, habiendo cogido Juan Cadavillo al P. Pedro Diaz, de la misma compañía, y otros despues de tratarlos con grande inhumanidad los hizo echar al mar, llamándolos perros, ladrones, papistas y enemigos de Dios.

Gurgio muy contento de haber conseguido su deseo, persuadió á los indios que si querian tener libertad, demoliesen los fuertes y no dejasen volver allí á los españoles, que era gente tan feroz é inhumana que en ninguna parte del mun-

do cabia, y á toda priesa embarcó en sus naos, que ya habian llegado cinco culebrinas grandes, cuatro medianas, diez y siete barriles de pólvora y lo demas, que valia algo, aunque fue poco; porque el almacen lo habia volado un indio, encendiendo la pólvora que en él estaba con harto sentimiento suyo. Dió á los indios las cosas de rescate que halló, manifestándoles que la presteza de volverse era para traer mayores socorros contra los españoles, si intentasen hacerles algun mal, antes que pasasen doce lunas.

Y temiendo que los españoles volviesen sobre él, se embarcó á 3 de mayo, y llegó á la Rochela el dia seis de junio, sin que pudiesen alcanzarle unos navíos españoles que en el camino le siguieron. Desde allí pasó á Burdeos la artillería robada, habiendo perdido demas de los que murieron en los asaltos, ocho hombres y un navío.

Creyó Gurgio hallar en Francia gran aplauso de esta inconsiderada crueldad (como se le daban los hereges de la Rochela), y en la corte el premio correspondiente á la grande faccion que imaginaba; pero le sucedió tan al reves que fue tratado como perturbador de la paz; pues sin órdenes reales insultaba á los confederados de la corona de Francia, y fue buscado con gran desvelo de los ministros, (para entregarle al embajador de España, que con grande instancia le pedia al rey de Francia) en justificacion de su sinceridad; pero nunca pudo ser habido, porque los hereges le protegian y amparaban; y los que mas se señalaron en esto fueron el Questor Vocquiaux y Marigni, presidente del parlamento, que tuvo muchos dias escondido á Gurgio en su casa. Despues de haber vivido desdichadamente cuando parecia que la fortuna queria mejo-

rarle, pues á instancia del rebelde don Antonio, prior de Ocrato, le habia perdonado el rey de Francia, y elegídole por almirante de la armada que enviaba contra el de España, cuando sucedió en la corona de Portugal, murió en Fours, año de 1582.

El adelantado Pedro Menendez estaba en España haciendo grandes diligencias para que fuesen á la Florida predicadores apostólicos, y siguiendo pleito con el fiscal del consejo de Indias, sobre que se le pagase el galeon san Pelayo y otros gastos que fuera de las obligaciones de su asiento habia hecho; y dejándole concluso á 13 de marzo, partió de san Lucar habiéndole nombrado su magestad por gobernador de Cuba, y socorrido con doscientos mil ducados de ayuda de costas (como dice Illescas), á prevenir su viage á la Florida. Llevó todo lo que necesitaba y diez misioneros, nombrados por el santo duque don Francisco de Borja, que eran el P. Juan Baptista Segura, natural de Toledo, que iba por Vice-provincial; el P. Gonzalo del Alamo, natural de Córdoba; el P. Juan de la Carrera, natural de Ponferrada; y los hermanos Domingo Agustin Baez, natural de Canaria; Juan Baptista Mendez, y Gabriel de Solís, naturales de Sevilla; Pedro Ruiz; Juan Salcedo; Cristoval Redondo y Pedro de Linares; tambien fue el P. Antonio Sedeño, natural de san Clemente.

Con buen tiempo llegaron á la Florida, donde hallaron los estragos hechos por Gurgio, la infantería española hambrienta y desnuda: la pacificacion de los indios en peor estado que nunca; y habiendo prevenido en aquella costa lo que le parecia para que tuviese la mision mejor efecto, se volvió el adelantado á la Habana á esperar mejor ocasion de conducirlos a la Florida.

En la navegacion por la canal de Bahama padecieron tan gran tormenta que estuvieron cerca de perderse; lo cual irritó tanto al piloto, que empezó á blasfemar repitiendo, que si no llevára padres de la Compañía, no hubiera borrasca, que no habia tenido en cuantas veces habia navegado con luteranos y aun con turcos; pero á breve rato por las oraciones de los padres, quiso Dios llegasen en salvamento á la Habana. Poco tiempo despues, volviendo el piloto de la Florida, sin jesuitas se perdió en el mismo sitio donde habia blasfemado, con las mercaderías y lo demas que en su bagel traía.

Con la venida del P. Segura y sus compañeros se alegraron mucho el P. Rogel y el hermano Villarreal, que ya habian aprendido la lengua de aquel pais, y habian hecho gran fruto en los presidios y poblaciones; y reconociendo el adelantado que la conservacion de este fruto pendia de que siempre se mantuviesen en la Habana algunos padres de la Compañía, fundó un seminario en que fuesen enseñados é instruidos los muchachos indios que se enviasen de la Florida: quedó por superior en él el P. Rogel, y en su compañía el hermano Villarreal, muy querido de los isleños; á cuya liberalidad ayudó mucho el haber sabido que en 10 de abril se habia sentenciado el pleito en el consejo de Indias por los dones Luis de Molina, Vazquez, Aguilera, Francisco de Villafañe, y los lic. Salas y don Gomez Zapata, mandando pagar á Pedro Menendez el navío de aviso que se perdió con el capitan Flores, y el sueldo del Galeon san Pelayo, remitiendo las demas pretensiones á consulta.

Dispuestas todas las cosas en la forma que se

tuvo entonces por mas conveniente, volvieron á la Florida el P. Juan Baptista Segura y sus compañeros, é inmediatamente que llegaron trabajaron mucho en la provincia de Cárlos, predicaron en Tocobaga y estuvieron de asiento en la provincia de Tequesta, predicando por intérprete sin hacer fruto alguno. Los que fueron á los presidios de los españoles, pareciéndoles que estar entre los soldados los malquistaba con los indios, dividieron entre sí las provincias: el P. Antonio Sedeño fue á la isla de Güale con el hermano Baez, que se aplicó tanto á la lengua, que en breve tiempo hizo arte para aprenderla, y catecismo para enseñar la doctrina cristiana á los indios.

Con la vaga noticia que se esparció en Francia é Inglaterra de la destruccion de los españoles en la Florida, volvieron los corsarios á infestar las costas de las islas y Tierra Firme; y algunos con tanto poder que como si tuvieran patentes del rey para negociar géneros prohibidos, se entraban en los puertos como lo hizo Juan de Haukins, ingles, que se metió en el puerto de san Juan de Ulua con cinco navíos cargados de mercaderías y negros; pero al dia siguiente llegó la flota que iba de España, y sin que se pudiesen valer los ingleses, los envistió y tomó tres navíos de mercaderías, escapando los dos con gran trabajo; lo cual arguyen de traicion algunos hereges, suponiendo que entre Cárlos V y Enrique VIII habia antigua capitulacion de comercio libre, y que la flota dió palabra de no hacer mal á los ingleses, y la quebrantó tomando sobre seguro aquellos navíos; lo cual pondera tan agria como neciamente el impío Larrey, inventando falsamente para dar nombre tan injusto á esta accion, el tratado y la palabra. Tambien tomaron

otros tres navíos de corsarios los capitanes del adelantado.

Año de 1569.

El cuidado del adelantado y el gran trabajo y gasto de mantener la conquista espiritual y temporal empezada, se vió este año en los efectos que produjo; pues á 25 de abril envió á Esteban de las Alas á la Florida con doscientas setenta y tres personas, de las cuales puso ciento noventa y tres en la ciudad de san Felipe, en el cabo de santa Elena, y las demas en la de san Agustin, que habia reparado antes de la ruina que Gurgio ocasionó en san Mateo, poniendo en él ciento cincuenta soldados de guarnicion, para que poblasen aquellas ciudades; dispuso que el P. Rogel con otros de la compañía de Jesus fuesen á santa Elena ú Orista; el cual habiendo consolado á aquellos pobladores y soldados, con celo insigne de estender la religion católica, entró en la provincia de Orista con otros tres compañeros. Empezó á tratar y alagar á los indios, y reconoció informado de sus costumbres ser mas racionales que los de Cárlos, pues no eran nefandos, incestuosos, crueles ni ladrones; casábanse con una muger sola, tenian mucho cuidado en sus casas, sementeras é hijos; trataban verdad, y entre ellos gustaban paz y llaneza; con lo cual se prometió una copiosa mies, aunque estaba muy desconsolado porque no entendia la lengua: persuadíase á que habia de tardar mas en aprenderla que los indios en saber la doctrina; y con el deseo de emplearse totalmente en la conversion de aquellos infieles, se dió tal priesa y se aplicó con tanta eficacia á penetrar el idioma, que á los seis meses hablaba y predicaba á los indios en él, instruyéndolos con mucho gusto en las cosas

que mas facilmente podian comprender, como en la unidad de Dios, su poder, ser, causa de todo el amor á lo bueno y aborrecimiento á lo malo, el premio y castigo, la inmortalidad del alma y resurreccion universal. Los indios le oian con tanta atencion, que el padre daba muchas gracias á Dios de verlos tan bien inclinados, teniendo por sencillеces las preguntas que le hacian: como ¿si Dios tenia muger? y otras semejantes; pero á poco tiempo conoció que la predicacion no aprovechaba, pues venido el fruto de la bellota, le desampararon todos los indios que tenia reducidos sin que fuese posible detener alguno.

El P. Antonio Sedeño que habia ido con el hermano Domingo Agustin Baez á la provincia de Guale, llevó mucho maiz que les habia dado el obispo de Cuba don Juan del Castillo, para atraer y socorrer á los indios, los cuales acudieron con mucha puntualidad á la predicacion de la doctrina todo el tiempo que duró el maiz; pero luego que se acabó ningun indio queria oirle, ni hubo eficacia para reducirlos; con lo cual el año siguiente se volvió á Santa Elena solo; porque el hermano Baez, murió al año de estar en Guale, donde ni el P. Sedeño que estuvo catorce meses, ni el P. Segura seis, ni el P. Alamo cuatro, ni el hermano Francisco que estuvo diez meses, hiciesen mas que bautizar siete personas, los cuatro niños, y los tres estando á la muerte.

A 18 de Agosto escribió el santísimo Pio V al adelantado, dándole su bendicion apostólica, muchos elogios, advirtiéndole como habia de cumplir las órdenes é instrucciones que para la conquista llevó, por haber sido informado de todo por el rey y otros, de lo que habia ejecutado; pe-

ro mejor se reconocerá por el contesto de la carta que traducida dice el sobre-escrito:

CARTA DE SAN PIO V. Á PEDRO MENENDEZ.

A nuestro amado hijo y noble varon Pedro Menendez Avilés, virrey en la provincia de la Florida en las partes de la India.

Amado hijo y noble varon: salud, gracia y bendicion de nuestro Señor sea con vos. Amen. Grandemente nos alegramos despues que entendimos que nuestro muy amado y caro hijo, en Cristo, Felipe rey católico, os habia proveido y señalado para el gobierno de la Florida, haciéndoos adelantado de ella; porque tenemos de vuestra persona tal relacion, y de los méritos de vuestra virtud y nobleza tan bastante y copioso informe, que sin duda creemos que no solamente cumplireis fielmente y con cuidado y diligencia el orden é instruccion, que por rey tan católico os fuere dada; pero aun confiamos, que vos con vuestra discrecion y hábito, hareis todo lo necesario y que viereis cumple al acrecentamiento de nuestra santa fe católica, y para ganar mas almas para Dios: bien sé yo que entendeis conviene que esos indios sean regidos y gobernados con buen sexo, y prudencia; porque los que estan flacos en la fé por ser nuevamente convertidos se esfuercen y confirmen, y los idólatras se conviertan y reciban la fé de Cristo, para que los primeros alaben á Dios conociendo los beneficios de su divina misericordia; y los segundos que aun son infieles con el ejemplo é imitacion de estos que ya estan fuera de su ceguedad, sean traidos al conocimiento de la verdad; pero no hay cosa que mas importe para la conversion de estos indios é idólatras, que procurar con todas fuerzas que no sean escandalizados con los vicios y

malas costumbres de los que pasan del occidente á aquellas partes: esta es la llave de este santo negocio en que se encierra todo el ser de vuestra pretension. Bien entendeis noble varon sin que yo lo diga, que gran ocasion se os ofrece en el cumplimiento y administracion de esta causa de que redunda, lo uno servir á Dios nuestro señor; lo otro acrecentar el nombre de vuestro rey, el cual de los hombres será estimado como del mismo Dios amado y remunerado. Ansi que dándoos nuestra paternal y apostólica bendicion, os pedimos y encargamos que deis entera fé y crédito á nuestro buen hermano arzobispo de Rosano, el cual en nuestro nombre os significará nuestro deseo con mas dilatadas palabras. Dada en Roma en san Pedro, con el anillo del pescador á 18 de agosto de 1569, el año tercero de nuestro pontificado. = Antonio Floribelo Cacelino.

Justificacion evidente de la fama, prudencia, celo y cristiandad con que se portó el adelantado en esta conquista.

Año de 1570.

La ardiente caridad del P. Rogél, creyó que haberle dejado los indios de Orista procedia de temor de no perder el fruto de la bellota que guardaban todo el año para su mantenimiento; y considerando que ya habrian cogido la que necesitaban resolvió ir á buscarlos á las juntas y rancherías que hacian en diversos lugares; predicábales los misterios de nuestra santa fé; pero ellos que imaginaban haber salido de esclavitud con desamparar la estancia é iglesia de los padres, hallándose bien en su libertad con malicia increible no querian aprender nada ni creer lo que se les predicaba, antes hacian burla empeorando cada dia su conversion.

Viendo el poco fruto que sacaba de la provincia de Orista, trató de esperimentar si podia reducir á los indios á que se estuviesen quietos en un parage donde la continuacion de predicar hiciese algun efecto. Ofrecióles mucho maíz para sus sementeras, y les rogó cuidasen de ellas y no anduviesen vagando. Aceptaron el maíz y prometieron formar un pueblo; pidiéronle azadones para cultivar la tierra. El P. Rogél solo tenia tres: envió á pedir mas á Esteban de las Alas que le envió cinco, los cuales dió á los indios: empezaron á llenar el deseo del P. Rogél; fabricaron mas de veinte casas en el sitio destinado para el pueblo, y dos hicieron sus sementeras con el maíz que el P. Rogél les daba; pero á breve tiempo todos los moradores de las casas (escepto los que habian sembrado) huyeron del lugar sin otro motivo que su natural flaqueza y beleidad; y aunque procuró el P. Rogél detenerlos con alhagos, ofertas y dádivas, que es lo que mas persuade al genio de estos indios, siguiéndolos mas de veinte leguas, no pudo conseguir viniesen con él; y dejándolos, se volvió bien desconsolado á los que habian quedado en las casas para reconocer si podia fijar en su corazon alguna de las verdades cotólicas.

Procuró darles á entender el misterio de la Santísima Trinidad, el motivo de adorar la cruz y otras cosas que le parecia oían con gran devocion; de suerte que sin escarmentar en la instabilidad antecedente creyó el P. Rogél los tenia ganado el corazon; y hallándolos bien informados de lo que predicaba, y al parecer quietos en las simplezas que les proponian ocho meses despues de este trabajo, empezó á declararles que para ser hijos de Dios era necesario ser enemigos del demonio, que

era malo y perverso, y amaba las cosas malas haciendo algunas espresiones de sus malicias y engaños.

Esto causó tan grande enojo en los indios y tanto aborrecimiento al P. Rogél, que se le huyeron los que habia por no oirle ni verle, instados de los otros indios que aconsejaban á los de las casas no creyesen al padre nada de cuanto decia, porque hablaba mal del demonio, que era la cosa mejor del mundo, y el que hacia valientes los hombres. Tan mala disposicion tenian aquellos indios de recibir la religion católica, no habiendo amonestaciones que dominasen su barbaridad, fundada en la libertad agena del yugo de la razon, que era mayor por no estar enseñados á vivir en pueblos, pues de los doce meses del ano andaban los nueve derramados por los campos, de modo que aun para persuadirlos necesitaba cada uno de un misionero.

Conoció el P. Rogél ser los indios de *la* provincia de Orista irreducibles, y que aun el interes de su propia conveniencia no causaba en ellos reflexion alguna sobre lo que se les antojaba, y resolvió pasar á otras provincias ofreciendo á los caciques de ellas que si querian ser cristianos verdaderos, iria á vivir con ellos. Todos le recibian con mucho agrado: pero en llegando á responder á lo que el P. ofrecia, ninguno aceptaba, dando unas disculpas sin fundamento; con lo cual despues de haber padecido muchos trabajos se volvió á Orista, y halló los indios en una gran junta que para celebrar algunas fiestas suyas hacian a las riberas del rio Dulce. Metióse por entre ellos, y les dijo: *el bien de vosotros como projimos mios me ha traido á procurar vuestra salvacion desde donde sale el sol: he procurado enseñaros, regalaros y asistiros, por vuestro bien solo, sin interes mio; pues habeis visto que os he dado cuanto habeis*

pedido, y á mí nada me habeis dado, ni mi alimento y el de mis hermanos he tomado de vosotros; prueba eficaz de lo mucho que os quiero y amo; cuando para ello no bastára venir de tan distantes y tan hermosas tierras, en sufrir voluntáriamente tantos trabajos por vosotros. He solicitado enseñaros; y cuando parece que vais aprendiendo, burlais de mi doctrina sin temer el castigo de Dios que os la manifiesta, pues yo en su nombre os declaro su santa fé: si quereis aprenderla con sinceridad, deponiendo los errores en que vivis, me detendré hasta que esteis instruidos, y si no habré cumplido con avisároslo así y volverme á España. El cacique le replicó: *¿pues si nos quieres tanto, como te vas de entre nosotros? Eso no es verdad.* Alborotáronse los demas indios, y empezaron á maltratar de obra y palabra al P. Rogél, el cual con gravedad y blandura los alhagó calificando su verdad lo mejor que pudo, y convenció á los indios de modo que le dejaron volver libre á su casa é iglesia. Allí recibió aviso del alferez Juan de la Bandera, teniente de Esteban de las Alas, en santa Elena, de haber ido á una fiesta á la provincia de Escamacu, donde mandó á su cacique, y á los de las provincias de Oya y Orista le llevasen cierto número de canoas cargadas de maíz á santa Elena y al fuerte de san Felipe, y que por no tener que comer, estaba resuelto á enviar cuarenta soldados entre los indios con algun pretesto para que los mantuviesen hasta que viniese socorro.

El P. Rogél considerando que sobre las canoas y los soldados habian de molestarle los indios, y que desde que empezó á predicar contra el demonio, habian cobrado aversion á la doctrina, tanto que ya sentian que hubiese aprendido la lengua; pues cuando los preguntaba el significado de alguna

palabra, ó el nombre de alguna casa, le engañaban diciendo otra, se encomendó á Dios fervorosamente, y advirtiendo no habia llegado el tiempo de la conversion de aquellos bárbaros; el ningun fruto que en ellos habia hecho, y que cada dia estaban mas obstinados, resolvió derribar la casa é Iglesia y con sus pobres alhajas y libros se volvió á santa Elena á 13 de julio, protestando à los indios que confusos de aquella impensada novedad le miraban: que siempre que quisiesen recibir con verdadero afecto la fé católica, volveria con ellos y le harian otra casa, pues solo se retiraba á estar algunos dias con sus hermanos.

En santa Elena esplicó el P. Rogél lo que su esperiencia habia aprendido, afirmando muchas veces, y así lo escribió al adelantado y á sus superiores, que para la conversion de aquellas provincias, tenia por preciso que se juntasen primero los indios en poblaciones donde sembrasen para coger fruto con que sustentarse todo el año, porque la tierra es flaca para mantenerlos juntos, que es la causa que dan de andar vagando; y en teniendo algun afecto á la vida civil, empezar á predicarlos, y aun entonces tendria gran dificultad que aprendiesen por haber tantos años que vivian como bestias, y el gran sentimiento que les causaba mudar costumbres; y de otro modo (decia) aunque anden cincuenta años entre ellos los mas hábiles misioneros enseñándolos no aprenderán nada.

Diez dias despues fueron á las provincias de Escamacu y Orista los cuarenta soldados; y aunque observaron la orden que llevaban de no hacer el menor agravio á los indios, estos se levantaron contra ellos, precisándoles á ponerse en defensa y pedir socorro; el cual les dieron con brevedad Pedro Me-

nendez Marquez, y Esteban de las Alas, que trabajaron mucho en reducirlos y lo consiguieron brevemente haciéndolos algunos regalos, y retirando los cuarenta hombres á santa Elena para quitar la causa de su levantamiento.

Estando el P. Rogél en santa Elena con grande estimacion de los españoles, que hallaban todo consuelo en verle y tratarle, tuvo orden el P. Segura, vice-provincial, de pasar á la Habana recogiendo en el camino los muchachos indios que habian ofrecido enviar de las provincias de Saturiba y Tacatacuru, para educarlos en el seminario. Obedeció luego llevando consigo al P. Sedeño, con gran sentimiento de los españoles; y habiendo reconocido que los fuertes estaban en mala disposicion, y los indios con señas de guerra, no tuvieron por conveniente detenerse ni saltar en tierra, ni en las provincias referidas á recoger los niños de los indios, y pasaron á la Habana con felicidad.

Allí los halló el adelantado Pedro Menendez, que tercera vez habia llegado de Espana con socorros para la Florida, y traía cartas del santo duque don Francisco de Borja, para que el P. Sedeño prosiguiese en su mision aunque hiciese poco fruto en ella. Volvióse á embarcar con el adelantado que llevaba socorros á los presidios, ejecutando lo que se le mandaba; y antes de llegar á santa Elena, tuvo bien en que ejercitar su caridad en el mar; porque la mayor parte de la infantería iba tan enferma, que por asistirla no descansó en todo el tiempo de la navegacion.

Llegaron al puerto, y á breves dias se declaró en los soldados nuevamente venidos, una especie de contagio que inficionó (aunque con muerte de

pocos, á muchos de los que estaban en la ciudad, sin librarse de este riesgo el P. Sedeno y el hermano Villarroel, y aunque les aplicaron remedios que habian sido eficaces para los demas, no pudieron convalecer; por lo cual determinó el gobernador volverlos a enviar á la Habana, haciéndoles embarcar no sin resistencia suya. Pero la inadvertencia del piloto y la inquietud del mar, dieron con el navío en que venian al través, en unos bagíos, perdiéndose casi todo lo que llevaba, escepto la gente que con mucho trabajo llegó á tierra. Caminaron muy débiles y asustados, perseguidos de dia y noche de los indios que los daban grande grita, y los tiraban muchos flechazos; y sin duda los acabáran si algunos de los soldados no hubiese (quizá advirtiendo lo que habia de suceder), sacado del naufragio algunas armas de fuego y municiones con que se defendieron de tan molesta y peligrosa persecucion, hasta llegar con grandes hambres y trabajos á la ciudad de san Agustin, donde se repararon de las calamidades padecidas.

Habia llevado de España el adelantado al indio don Luis de Velasco, porque habia ofrecido con muchas veras ayudar á la conversion de la provincia de Axacán, y del cacique su hermano, con el P. Luis Quirós, de la Compañía de Jesus, natural de Jerez de la Fronterá; y los hermanos Gabriel Gomez, natural de Granada; y Sancho de Zevallos, natural de Medina de rio Seco; con los cuales y algunos soldados se embarcó en la Habana. y llegó á santa Elena por noviembre. Allí trató el modo de entrar en la provincia de Axacán, sin armas, mediante el indio don Luis, y previniendo lo que era necesario, partieron á esta empresa el P. vice-provincial Juan Baptista Segura,

cinco padres de la compañía y cuatro mancebos de la doctrina, y don Luis, quien hizo muchos ofrecimientos en cuanto á la segnridad de las personas de los padres, y que no les faltaría nada, antes les ayudaría en todo; y teniendo por cierto lo que aseguraba, porque no podia presumirse en hombre tan beneficiado, y atendido la malicia que se esperimentó despues, llevó el P. Segura ornamentos y libros, y lo demas que se requeria para aquella santa jornada; y embarcándose todos al cabo de pocos dias tomaron tierra, y el bagel que los llevaba se volvió á santa Elena. Caminaron juntos hasta entrar en la provincia de Axacán, pasando los trabajos del camino y la hambre que originaba la esterilidad que habia habido en aquella provincia por espacio de siete años, en la esperanza de reducir al gremio de la iglesia muchas gentes. El indio don Luis disimulaba tan bien la traicion que llevaba imaginada, que borraba cualquier motivo de dudar de su fidelidad, acordando cada instante á los padres las recomendaciones que de España llevaba, y las que el adelantado y los vecinos de santa Elena le habian hecho; de suerte que cada dia los confiaba mas.

Sabiendo la llegada del P. Segura á Axacán, el adelantado volvió á España y los capitanes de los galeones de la armada que guardaban el mar, que eran Juan de Villaviciosa y Domingo Arostegui, tomaron los piratas otros tres navíos (como el año antecedente) de los cuales impedian los oficiales reales de Sevilla se les diese lo que les tocaba; por lo cual en 5 de noviembre dió el rey cédula mandando guardar el capítulo de la instruccion del adelantado, haciendo merced del quinto y de los demas derechos, que le tocaban en las

presas de enemigos y corsarios, y á los capitanes, oficiales y marineros.

En 15 de noviembre despachó otra á los oficiales reales de Panamá (llamada entonces Castilla del Oro) para que pagasen al adelantado Pedro Menendez cinco mil ducados, resto de veinte mil en que se ajustaron ocho fragatas, con que engrosó la armada real; y aunque esta cantidad, y la de quince mil que le habian consignado en las cajas reales de Sevilla, se le mandaron entregar con fianza, le quitó el rey este gravamen con que hiciese obligacion de cumplirlo como lo ejecutó luego, entregando las fragatas á ocho maestres segun se le ordenó.

Año de 1571.

El P. Juan Baptista Segura llegó con sus compañeros á la provincia de Axacán, muy confiado en el indio don Luis, padeciendo grandes trabajos y tanta hambre, que comian raices y yerbas, donde las hallaban, y no pudiendo proseguir el viage, fabricó una choza de ramas donde descansó algun tiempo. Parecióle á don Luis que tardaba en poner su odio en efecto, y de allí á pocos dias dijó al padre Segura, queria ir á disponer con sus amigos que estaban jornada y media de la choza, el modo de recibirlos, y que volvería dentro de ocho dias. Fuese y no volvió, aunque los padres esperaron seis mas de los que señaló.

Viendo que no venia, envió el P. Segura al P. Luis de Quirós, (que á los últimos del año antes habia llegado de España), y dos hermanos, Gabriel de Solis y Juan Baptista Mendez, los cuales dieron con él y le preguntaron la causa de su tardanza: dió el indio mil escusas con las mal compuestas mentiras que suelen estas gentes, ofreciéndoles volver

prontamente á la choza; pero al tiempo de retirarse á ella los padres bien descuidados, á decir lo que habia sucedido, dieron sobre ellos don Luis y muchos indios, y los flecharon traidoramente el dia 14 de febrero.

Esperó cuatro dias el P. Segura el suceso de su embajada, sin saber la maldad de los indios: al cabo de ellos vinieron el cacique y don Luis, su hermano, con la sotana del P. Quirós vestida, pidiéndolos prestadas las hachetas y cuchillos que traían, para cortar leña. Los padres conocieron luego su cruel engaño, y no pudiendo escusarse á la violencia ni replicar, considerando era su muerte agradable á Dios por tan gloriosa causa se las dieron.

Vestida ya de acero su malicia, con inhumana fiereza los martirizaron con las mismas hachas el dia 8 de febrero; y sucedió lo que afirmaba el Inca, *capítulo último de su Florida*, con autoridad del P. Ribadeneyra, aunque el P. Andrés de Rivas refiere de otro modo el milagro del santo Crucifijo; pues dice que codicioso un indio de la riqueza que sospechaba tenia una caja, en que iban los ornamentos y un santo crucifijo para el altar, al abrirla cayó muerto. Lo mismo aconteció á otros dos que sucesivamente intentaron lo mismo; con que los demas no se atrevieron á tocar en la caja y la dejaron allí, y en adelante la tenian mucho respeto los indios. Hay tradicion de que el P. Rogel sacó este santo crucifijo de la Florida; y que es la imagen que hoy está en el colegio de Guayala, de la Compañía de Jesus. Solo para testigo de la constancia de estos santos varones, reservó Dios á uno de los mancebos que se llamaba Alonso, pues aunque don Luis queria matarle, un hermano suyo le escondió y le pasó á la tierra de otro cacique, reconociendo que

jamas estaria seguro con don Luis, á quien solo quedó de humanidad haber enterrado á los difuntos en la capilla que tenian en la enramada para decir misa.

Este suceso no se supo en mucho tiempo en santa Elena, donde se habian quedado los padres Rogél y Sedeño, y el H. Vicente Gonzalez de orden del P. Segura, vice-provincial, para cuidar de los españoles, ni habian podido enviar el socorro que les dejó encargado a la primavera siguiente, el P. Segura por no tener piloto; bien que estaban con grande cuidado de que los padres no les avisasen con algun indio, del progreso de su santa espedicion; y para salir de él habiendo hallado piloto, enviaron al H. Vicente Gonzalez en una embarcacion con pocos Españoles: surgió sin riesgo en el mismo sitio donde habian quedado los padres; no se atrevió á saltar en tierra hasta tener alguna noticia del estado de ella y de sus habitadores; pero luego que los indios los divisaron, vinieron muchos, y con ellos el malvado don Luis á ver si desembarcaban; mas conociendo que se recataban, mandó á los indios se vistiesen de sotanas pardas de los padres que habian muerto, para que viéndolas de lejos, creyesen los españoles que eran ellos y desembarcasen; pero así que los de la nao los vieron tan distantes, y que nó se acercaban, conocieron el engaño y maldad de los indios, y mas cuando cerca de la nave decian algunos á los españoles: *Veis allí los padres que vinieron á nosotros, que los tenemos muy regalados y servidos: venid á verlos que os trataremos como á ellos.* Con lo cual certificados los españoles del mal forjado ardid de los indios, cogieron dos que habian llegado atrevidamente hasta la embarcacion, y se hicieron á la vela á la Habana;

y aunque en el viage procuraron con muchas diligencias que los dos indios dijesen el paradero de los padres, nunca manifestaron la verdad; llevando tanto temor del delito, que estando ya cerca del puerto de la Habana, uno desesperado se echó al mar y se ahogó, sin poder ser socorrido.

A 4 de junio se despachó cédula real para que el adelantado Pedro Menendez, gobernador de la Florida y de Cuba, capitan general de la armada de guarda de la carrera de Indias, no conociese de las causas particulares de flota, y que los oficiales de sus armadas tratasen con respeto á los de las flotas.

DECADA SEPTIMA.

SUMARIO.

El adelantado Pedro Menendez vuelve á Indias con la flota, y se quema un galeon en el golfo de las yeguas sin salvarse nadie. Estado en que halló la Florida. Pasa á la provincia de Axacán á castigar al cacique y á don Luis su hermano: húyense, manda ahorcar á ocho indios despues de bautizados por el P. Rogél. Intenta éste penetrar la tierra, y no lo consiente el adelantado. Deja el gobierno de la Florida á su sobrino Pedro Menendez Márquez, el cual reduce muchos indios á la obediencia del rey, en cuyo nombre toma particularmente posesion de grandes y dilatadas provincias: y vá á reconocer la costa de la Florida. El adelantado vuelve á España y es nombrado capitan general de una gran armada que se formaba en Santander. Usos y virtudes del sasafrás é invencion de su método. El adelantado toma posesion de su empleo con gran solemnidad. Muere pobre: su testamento: epitafio y descendencia. Disminúyese la poblacion de la Florida. Martin Fosbister vá á descubrir paso por el mar del norte á oriente. Sucesos de sus tres viages. Descripcion y descubrimientos de Groenlandia intentados por Magno Heigninser, y Kaster Rickarditser. Instruccion para los navegantes á Indias sobre la costa de la Florida. Fr. Agustin Rodriguez entra con algunos soldados por la provincia de los Tihuas, déjanle los soldados que le acompañaban espantados de la multitud de indios, y estos dan muerte á Fr. Agustin y á sus compañeros.

Año de 1572.

El adelantado Pedro Menendez se hizo á la vela en Sevilla con la flota de Tierra-Firme. En el golfo de las Yeguas se abrasó el galeon san Felipe, sin que pudiese salvarse ninguno de los que en él iban.

Era este galeon el que estaba destinado para el

viage de los padres de la compañía de Jesus, que enviaba á Méjico san Francisco de Borja, con el padre doctor Pedro Sanchez, rector del colegio de Alcalá, que iba por provincial de Nueva-España; pero se ofrecieron tales embarazos, que no pudieron embarcarse: de este modo salvaron sus vidas sin ver el riesgo.

Llegó el adelantado á la Habana; pasó á la Florida y halló en la ciudad de san Agustin ocho vecinos casados, y en santa Elena cuarenta y ocho. Socorrió ambos presidios abundantemente, quedando con buenas esperanzas de que se adelantaria su poblacion.

Informóle el hermano Vicente Gonzalez, de lo sucedido en la provincia de Axacan, y que tenia por cierto haber muerto los indios al P. Segura y sus compañeros. Pasó á castigarlos llevando consigo al P. Rogél, al hermano Villa-Real y algunos soldados en un bagel aunque pequeño, fuerte y ligero. Dió fondo en el mismo sitio que habia estado el hermano Vicente Gonzalez, tomó tierra con gente armada, prendió algunos indios los cuales confesaron la muerte del P. Segura y sus compañeros, echando la culpa al apóstata don Luis, hermano del cacique de aquella provincia.

Los demas indios temieron hiciese en ellos gran destrozo; pero siendo avisados por algunos de los prisioneros que el adelantado no venia á hacer mal á ninguno de los que estuviesen sin culpa, llegaron muchos á disculparse, y el adelantado los mandó buscasen por toda la tierra á don Luis, que pareciendo estaban seguros todos.

Hicieron los indios muchas diligencias para encontrarle, y el adelantado y los espanoles, no se descuidaron; pero todo fue en vano, porque sabien-

do el malvado apóstata la llegada de la gente de guerra huyó con su hermano el cacique donde no se pudo hallar jamás.

El indio que habia salvado la vida al mozo Alonso, vino a traérsele al adelantado que le recibió con mucho gusto, y los PP. con mucha ternura y afecto: refirió Alonso el caso como sucedió; declaró los cómplices en la crueldad, de que se admiraron todos, y no menos de la disimulacion del indio don Luis. El adelantado mandó ahorcar de las entenas del navío ocho indios de los mas culpados; llevándolos al suplicio, pidió el padre Rogél al adelantado le permitiese algun tiempo para convertirlos; y aunque era muy dañosa la detencion en aquella provincia por la falta que en otras partes hacía, suspendió la ejecucion dando lugar al fervoroso celo del P. Rogél, el cual por medio de Alonso que habia aprendido muy bien la lengua de aquella provincia, y sirvió de intérprete, convirtió los ocho indios y pidieron el bautismo ansiosamente: y bautizados, se ejecutó la sentencia. Atribuyóse tan bien logrado trabajo al mérito y ruegos del santo viceprovincial Segura y de sus compañeros; para lo cual dispuso Dios la voluntad del P. Rogél para este viage; y la de los indios creer la verdad católica de que antes se burlaban.

Asombró á los indios esta justicia, y el P. Rogél se persuadió á que el temor que mostraban ponia segura la tierra; por lo cual pidió al adelantado le diese algunos soldados para penetrarla y sacar los cuerpos de sus compañeros de entre aquellos bárbaros; pero el adelantado no pudo con gran sentimiento suyo condescender á los ruegos del padre Rogél, porque llevaba tan poca gente que dividida era fácil que pereciese á la impiedad de los bárba-

ros. Embarcóse y se volvió á santa Elena desde donde envió luego á la Habana al P. Rogél y sus compañeros: lleváronse consigo á Alonso. Poco despues los siguió el adelantado, el cual dejó el gobierno de la Florida á Pedro Menendez Márquez, su sobrino, para poder mas desembarazadamente cuidar de la carrera de indias por tener repetidas órdenes del rey para que anduviese contínuamente en ella guardando las costas, y para que encomendase el gobierno de la Florida á algun deudo de su satisfaccion; lo cual habia vuelto á mandarle en 21 de noviembre.

Sabiendo la muerte del P. Segura y sus compañeros, san Francisco de Borja mandó á los padres de la compañía de la Florida y de la Habana estuviesen sujetos al P. Sanchez; el cual los escribió fuesen algunos á Méjico adonde partieron por el estío el P. Antonio Sedeño y el hermano Juan de Salcedo, que fueron los primeros de la compañía da Jesus que entraron en la ciudad de Méjico, donde llegaron un mes antes que el P. Pedro Sanchez, el cual desembarcó á 9 de setiembre en la Vera-Cruz con ocho sacerdotes de la companía, tres hermanos estudiantes y cuatro coadjutores. En Méjico comunicaron todos lo que se debia ejecutar para el aumento de la santa fé católica, de que dió cuenta el P. provincial á san Francisco de Borja; pero no logró viese sus cartas; porque despues de haber estado en Francia á predicar á sus reyes la constancia en la fé, llegó á Roma donde murió el dia de san Gerónimo.

Año de 1573.

Pedro Menendez Márquez, gobernador de la Florida por su tio el adelantado, redujo muchos indios

á la obediencia y fue tomando posesion particularmente de las provincias en nombre del rey ante Rodrigo de Carrion, escribano de la gobernacion de santa Elena: despues (por ser tan gran marinero que tiempo adelante fue general de las flotas como dice Francisco Cano, *lib. 3 de la histor. de las órdenes militares, fol* 184) pasó á reconocer la costa de orden del adelantado; cuyo reconocimiento empezó desde el cabo de los Mártires y Penisla de Tequesta, donde empieza la costa Norte Sur, para desembocar la canal de Bahama al largo de la costa, y llegó mas adelante del puerto y bahía de santa María, que tiene tres leguas de ancho en que se entra al Nort Norueste; y dentro de ella hay muchos rios y puertos donde se puede surgir de ambas bandas; á la entrada cerca de tierra á la banda del Sur, hay de nueve á trece brazas de fondo; y á la banda del Norte, de cinco á siete; dos leguas fuera de ella al mar hay el mismo fondo al Sur y al Norte y mas arena que dentro: y yendo por la canal desde nueve brazas á trece; y dentro del puerto por quince y diez y seis brazas halló parages donde se hundió la plomada.

Faltóle á Pedro Menendez Márquez cosmógrafo, por lo cual no pudo hacer mapa ó carta de marcar, viéndose precisado á ir escribiendo cuanto podia conducir al individual conocimiento de la costa Oriental de la Florida, hácia el Norte; para enviarlo al consejo; de suerte, que sin gran desvelo pudiese despues marcarse y quintarse: será bien referir lo que llegó á nuestra noticia para que se enmienden algunos errores que se hallan divulgados y no se deje perecer esta memoria; pues aunque se entregó el reconocimiento á don Juan de Ovando, que era presidente de Indias, y éste se le dió con otras noticias á don Juan de Velasco, cos-

mógrafo y coronista del rey, parece que se perdió; porque en el pleito que los herederos del adelantado siguieron opuso el fiscal (aunque inciertamente) la falta de este reconocimiento que le hizo como parece de este pedazo sacado del original.

Salió del cabo ó promontorio de los Mártires la vuelta del cabo del Cañaveral que está en veinte y ocho grados gobernando al Norte; y antes de llegar á él, como veinte leguas, tomó menos de diez brazas de fondo y goberuó la cuarta del Nordeste hasta ponerse de quince á veinte, conforme el viento, porque hay un placel de bagíos que está al mismo cabo (aunque en veinte y ocho grados y un cuarto por estar a Noruestej Sueste casi tres leguas al mar sin mas fondo que cuatro ó cinco brazas, y á una legua de tierra hay tres solamente.

Por esta senda llegó hasta cerca de tierra por unas cabezas de arena en que no hay mas que una braza de agua, aunque como á medio tiro de arcabuz distante de tierra hay paso en dos brazas largas que durarán la distancia de un tiro de arcabuz, y hay surgidero en tres brazas largas porque abriga el banco de la mar.

Haciendo la navegacion dicha, dió en el placel del cabo sin subir del brazage referido; y en pasando por el cabo, halló ocho, diez y doce brazas; metióse la vuelta del Nort Noruestе á tomar la costa que se corre el Nort Noruestе Sueste, hasta llegar al rio de Matanzas, que es en la isla de san Agustin veinte y cinco leguas del cabo, y llevandole doblado halló mas fondo.

Del cabo del Cañaveral hasta san Agustin, hay treinta leguas de costa muy limpia en que se puede surgir; y á un cuarto de legua de tierra, nueve ó diez brazas tan cerca de ella, que pueden navegarse

las veinte y cinco leguas desde el cabo hasta el rio de Matanzas, que es la entrada del Sur de la isla de san Agustin, aunque se vaya media legua ó una á la mar por este mismo brazage, que toda la costa es cortada como con tijeras y ha de navegarse al norte cuarta al Norueste.

Del rio de Matanzas hay cinco leguas á la entrada principal del rio de san Agustin, por lo cual estando en ocho brazas, gobernó al Norte cuarta al Norueste, que así se corre la costa, para doblar el cabo principal de la entrada del rio de san Agustin, el cual dejó á la parte del Sur y banda de babor, y entró á largo de la costa del Oesudueste; y estando dentro llegó al arenal de babor; porque de la banda de estribor nace un bagío que tuvo cuidado de dejarle á estribor.

Toda esta costa desde el cabo de los Mártires hasta san Agustin son arenales y arboledas, y en los mas sitios se ven desde las gabias rios de la parte de adentro, que son brazos de agua salada que salen como media legua á tierra, y puede surgirse en toda esta costa, en la cual no hay mas travesía que el Leste; pero haciéndose á la vela la vuelta del Sueste, cazando bien los escotas y bolinas, va sacando la corriente las naos la vuelta del Nordeste á perder el fondo; y esto es mas desde el cabo del Cañaberal á la cabeza de los Mártires, porque corren mas á él las corrientes.

Para conocer el puerto de san Agustin mejor, estando dos ó tres leguas á la mar Leste Oeste, vió al Norueste un sombrero muy grande, que forman diez pinos juntos que parecen uno; y porque lo parece se llama sombrero. De allí fue á buscar el bajo del Sur que sale mas á la mar, y dejándole á babor se entró dentro: advirtiendo que á la parte

del Norte mas que tierra hay muchos bajos, que todos han de quedar á estribor, como los dejó Pedro Menendez Marquez. El cabo del Cañaveral está en veinte y ocho grados y un cuarto, y á diez leguas está la barra de Mosquitos, que tiene debajo mar vara y media, y de llena mar dos y media largas: son medaños de arena al Norte Surd. Entróse Leste Oeste por entrada muy corta, por lo que se llega al medaño del Norte, y bajo de estribor y estando dentro, se estuvo á babor por ser el rio sondable, por bravo que vá á la vuelta del Sur hasta llegar á un medaño alto á la vanda de babor, con principio de arboleda donde hay unas pesquerías, y allí dió fondo.

Está san Agustin en treinta grados menos cuarto, y de allí al rio de san Mateo hay doce leguas, costa de Norte Sur, arenales y arboledas, y sondable, y los bajos de la barra salen á la mar poco mas de una legua.

Este puerto y barra estan en treinta grados y medio; y como una legua al Norueste hay unos medaños muy altos: y á la vuelta del Oeste, abierto el puerto como á dos leguas, le pareció se descubria una sierra; pero mas cerca vió eran unos medaños altos, llenos de arboleda que lo parecian: es la tierra mas alta que hay desde el cabo del Cañaveral.

Desde la barra de san Mateo á santa Elena, que está en treinta y dos grados y medio, hay cuarenta leguas, corre Nordeste Sudueste; y porque salen los bajos de muchas barras muy buenas que hay en este camino no bajó de nueve á diez brazas (sino con viento terral:) con este fondo navegó por las mas partes, dos ó tres leguas distante de tierra, y en este brazaje vió tierra por la proa al Norte,

la cual es una isla que está al Sur de la entrada de santa Elena, y se hace una punta cortada á la mar muy poblada de árboles; y poniéndola al Norte Norueste, está la tierra de estribor al Nordeste, cuarta del Norte. Fue así adentro á buscar aquella punta, dejándola al Nor Norueste á la banda de babor, atravesando la vuelta del Norte, y en la cuarta de Norueste segun el viento: el puerto es sondable y tiene media legua de ancho sin golpe de mar grueso; porque á la parte del Sur abriga á las embarcaciones un banco, empezando á entrar en tres brazas y media, desde las cuales dió en diez y doce. A estribor van dos bocas que son barras de la vuelta del Norte, y corre á ellas mucho el agua, aunque caminando con bonanza ó yendo amurado de babor con viento escaso, advirtió Pedro Menendez que debe apartarse el que navegare de estas bocas, que es facil por ser ancha la del puerto.

Desde la cabeza de los Mártires á santa Elena en diez brazas de agua, no se ve mas tierra al Norte que la isla del Morro Cortado, á la parte del Sur del puerto; y á la parte de estribor se ven al Nor Norueste y al Nordeste cuarta del Norte arboledas raras, y antes de llegar aquí no se reconoce el puerto, porque de santa Elena adelante es la costa del Nordeste. El rio de Matanzas tiene dos barras en compas de media legua, y en término de dos leguas hay unas playas sobre que sube el agua y entra en el rio; y estando al Este en nueve ó diez brazas, parecen bahías y buenos puertos; pero no valen nada, porque no hay en baja mar mas que una braza de agua en que tiene buen surgidero; y la señal de no haber llegado á san Agustin son estas dos barras, hasta las cuales se corre el Nor Norueste desde el cabo del cañaveral; y desde ella se

va al Norte cuarta de Nordeste para doblar el bagío del Sur, del puerto de san Agustin; y surgiendo en el rio Matanzas, por cualquier barra de estas se vá por el rio adentro al fuerte de san Agustin, que hay cinco leguas. Para no confundirse en acertar al fuerte por los muchos brazos, se debe echar algun hombre en la isla que vaya á lo largo de la marina y encontrará con los ganaderos, que le pondrán en el fuerte; y si no se quiere echar el batel, disparar una pieza para que envien piloto.

En toda esta costa desde el cabo de los Mártires hasta la bahía de santa María, cuando el mar mengua vá al Sur, y cuando crece al Norte, y los navíos que tienen buenos cables y anclas, no tienen que temer, porque de noche abonanza el viento de la mar, y se vá á la tierra del puerto de santa Elena, á la bahía de santa María en treinta y siete grados y medio.

Gobernó al Este cuarta del Nordeste, que es el camino del Este Nordeste; y habiendo navegado ciento doce leguas con diez y seis hasta veinte brazas de agua, pasó por la cabeza de un banco que corre derecho como seis leguas á tierra la vuelta del Norte, y su punta está en treinta y cinco grados menos cuarto, y hay junto á tierra paso por dos brazas, aunque con poca anchura; y á veinte y dos leguas yendo la vuelta del Leste á cuarta del Nordeste dió en otro bajo que tiene buen paso, y por tierra está en treinta y cinco grados por la punta de fuera, y se corre de Norueste Sueste, y sale seis leguas al mar, á treínta leguas de la bahía de santa María. Esta es costa muy limpia y que se puede navegar junto á tierra y surgirse á lo largo de ella, en que hay tres ó cuatro rios, uno muy bueno con tres medaños de arena como conchas de tortuga á

manera de rodelas, que está siete leguas á la bahía de santa María; y todos tres por su compás en el longor de una legua, y llegó (como se ha dicho) mas adelante del puerto y la bahía de santa María.

Desde el cabo del Cañaveral hasta la parte santa Elena, hay cantidad de ambar arrojada del mar en la costa; y aunque allí se pescan ballenas no se halla en ellas, por lo cual se tiene por betun que cria el mar y se cuaja al aire.

Al mismo tiempo que iba haciendo este reconocimiento de la costa, con cuatro navíos y en ellos ciento cincuenta hombres de mar y guerra, solicitaba con los caciques de las costas, le entregasen los cristianos que tuviesen en su poder, y consiguió algunos, con los cuales se volvió á santa Elena á repararse, encontró allí nuevos religiosos que habia enviado á la Florida el adelantado Pedro Menendez, á quien dió orden el rey en san Lorenzo del Escorial, á 3 de setiembre; para que luego se partiese con la armada á perseguir los corsarios franceses, ingleses y negros Cimarrones que infestaban las costas de Tierra-Firme.

El año de 1680 que Arnoldo Rogeeveen en la primera parte del monte de la Tuva Ardiente, fol. 62 y siguiente, quiso describir esta costa, supo menos no atreviéndose á esplicar aun lo poco que pintó en los mapas.

Año de 1574.

Volvió á España el adelantado de orden del rey, que le mandó quedar en ella para cosas de su servicio. Dió cuenta del estado en que dejaba la Florida y la carrera de Indias: pretendió se le pagasen grandes sumas que se le debian, libradas y no libradas, y en diez y seis de febrero se le manda-

ron satisfacer un millon quinientos noventa y un mil doscientos maravedis con que habia socorrido á trescientos doce soldados, que su magestad envió á la Florida el año de 1565 y 1566, de que se despachó sobre-cédula de las cédulas que se habian dado en 13 de octubre y 19 de diciembre de 1569. Tambien logró en 18 de febrero otra sobre-cédula para que se le pagasen los cinco mil ducados en Panamá, de que se habló el año de 1570. Y en 19 de marzo se le libraron en Averías mil ducados, demas del sueldo por el que devengaron las fragatas propias del adelantado que vinieron en guarda de la flota el referido año de 1569.

Los soldados que venian de la Florida en su compañía, llegaron á Sevilla sanos y fuertes por haber usado el agua del palo de sasafrás. Era tan grande la confianza que en la virtud de este árbol tenian, que asegura el doct. Nicolás Monardes (que fue el primero que escribió de los medicamentos simples de las Indias Occidentales, particularmente á quien tradujo en latin Cárlos Clusio, (despues de haber peregrinado á España y añadió notas muy eruditas) que estando con algunos soldados informándose del árbol, la mayor parte de ellos sacaba un buen pedazo de él de la faltriquera, diciéndole: *Veis aqui el palo que todos traemos con nosotros para curarnos si cayéremos malos, como hemos hecho en la Florida*; y cada uno con grande exageracion contaba el prodigio que habia hecho con él.

Confiado Monardes en tantas esperiencias como le referian, y viendo á los soldados que no le habian usado flacos, descoloridos é hinchados á riesgo de perder la vida, redujo á método la porcion de agua que se habia de tomar; porque hasta allí, indios, españoles, y franceses habian usado de ella

sin peso ni medida; de suerte que aun en el modo de hacer el cocimiento no guardaban una orden, antes cada uno le hacia como le parecia, pero siempre con buen efecto: teniendo tanta seguridad de su salud en Indias con este remedio, que si algunos soldados enfermaban donde no habia el árbol, ó le traían ó los enviaban á santa Elena y á san Mateo para que se curasen de todas las enfermedades que padecian, fuesen agudas, calientes, frias, graves ó ligeras, y así no tenian cuidado de estar enfermos, porque creían ser remedio universal este palo. Solo cuando habia hambre en los presidios escusaban los soldados beber el agua, porque la aumentaba hasta hacerla insufrible; y muchas veces querian mas padecer la enfermedad que les afligia, que tolerar el hambre que les causaba.

Encargó el rey al adelantado el avío de la armada que se decia destinarse á Flandes ó Inglaterra, con entera confianza de su celo y providente disposicion, ofreciéndole premio de sus grandes servicios, como otras veces; y nombró por sucesor en el generalato de la armada de la carrera de Indias á Diego Flores de Valdés, deudo del adelantado. mandó despachar cédula real en 18 de febrero, dando comision á Domingo Gamarra, contador de la armada, para que tomase cuenta al adelantado de lo que habia tenido á su cargo en el tiempo que habia sido general de ella. No pudieron acabarse las cuentas antes que la armada partiese, y se mandó á Diego Flores de Valdes que del situado de ella le pagase seis mil ducados, gastados de su hacienda en bastecer el Galeon san Tadeo y cuatro fragatas; y aunque Diego Flores quiso ejecutarlo no tuvo entonces efecto, pero logró el adelantado todo el favor del rey, que por tener delante siempre

varon tan valiente y amante de la gloria real, mandó retratarle como á uno de los mas insignes hombres de su tiempo, y poner su retrato en la galeria de palacio; y le despachó título de general de la armada gruesa que se hacia en Santander.

Con este honor abandonó mas sus intereses; porque se dedicó con tantas veras al nuevo y dificil encargo, que esperimentó el rey desempeñada la confianza: pues por cuantos medios pudo solicitó el lucimiento de la magestad, conservando sus caudales sin derramarlos en inútiles ostentosos empleos. Tuvo correspondencia reservada con el rey y sus consejos de guerra, estado é Indias; que tenian tan alto concepto de su prudente esperiencia y de su religiosa verdad, que sin su parecer resolvian pocas cosas de importancia: á este grado le condujo su bondad y su valor, y la singularidad de ser el mayor hombre de mar que se conocia, pues facilitó la navegacion del Occeano que antes era tan arriesgada y dificil, con mas cincuenta viages que hizo á las Indias.

Habiendo partido de la corte á Vizcaya, propuso luego al consejo de guerra se debia negar la licencia de ir á la pesquería de Terranova á los navíos que habian ido por sal á Portugal, porque la multitud de piratas hacia evidente su riesgo; y negándola serian privados los enemigos de esta ganancia que poco antes habian tenido, apresando tres navíos españoles que iban á Terranova muy bien artillados: reforzando con la artillería sus navíos, y aumentando el número los piratas; y sobre el avío de la armada de que se le habia nombrado general propuso la dificultad en juntar gente, marineros y dinero para contentarlos; para vencerla se le dió orden en 29 de julio de que precisase á pilo-

tos, marineros y cirujanos á que se embarcasen, y nombrase personas que levantasen gente de mar y guerra en los partidos de Castilla, Leon, Vizcaya y otras partes, enviando al conde de Olivares, contador mayor de cuentas, para que le diese el dinero necesario, encargándole tuviese con él buena correspondencia, por lo que importaba la breve espedicion de la armada; cuyas prevenciones dieron tanto cuidado á los ingleses, que con gran presteza empezaron á formar otra para saber el designio de la que juntaba Pedro Menendez; pero nunca le pudieron averiguar: porque solo sabian el secreto el rey, el adelantado y algunos consejeros de gran confianza. Dióle el rey cuantas facultades y poderes pidió, y el dia 8 de setiembre le entregaron, como á capitan general, los ministros reales la armada que se componia de trescientas velas y veinte mil hombres, con grandes alegrias, salvas y ceremonias. Fue una de las mayores fiestas que se pudo ver; pero aquel mismo dia le acometió un tabardillo tan violento que le desauciaron: recibió todos los sacramentos, hizo testamento, y el dia 7 murió, convirtiendo en llanto la alegria de todos: causaban horror los lamentos de tantos parientes, amigos y súbditos; y el asombro de todos fue tan grande, que la armada no pudo conservarse ni el rey tuvo de quien cofiarla.

Y supuesto lo que de su casa y familia se dijo el año de 1565, será digno empleo de la mas ocupada consideracion, tener presente la antigua y venerable familia de tan grande héroe.

Falleció tan pobre que aun no hubo para cumplir su testamento dejando á su fama mas motivos de engrandecerle su pobreza, causada de los gastos en el servicio real, dilatando la monarquía y defendiendo la patria contra los insultos de tantos tiranos como perversamente la embestian; y para mayor honor suyo, no solo apuró su hacienda, que pudiera ser la mas opulenta de aquel siglo, sino la de sus amigos y parientes, esponiendo las vidas de todos por la tutela del reino, y perdiendo un hijo baron que tenia, dos hermanos, muchos deudos y amigos de los mas principales caballeros de España en sus empresas y conquistas.

Declaró en su testamento cerrado que otorgó en Santander en 15 de setiembre haber servido treinta y dos años de capitan general de las armadas reales; y suplicó al rey le hiciese merced como tantas veces se lo habia ofrecido de mandarle pagar lo que se le debia para satisfacer sus deudas por no dejar hacienda para ello. Dejó dos hijas; á doña Catalina, casada con Hernando de Miranda; y á doña María, monja profesa en las huelgas de Avila; y por testamentario á Pedro del Castillo, su íntimo amigo, regidor de Cádiz; mandó á su hija doña Catalina siguiese el pleito que litigaba con el fiscal del Consejo de Indias, sobre que se le diese satisfaccion de lo que habia gastado de mas en la conquista y poblacion de la Florida: dispuso que si quedasen algunos bienes suyos, se fundase mayorazgo de que llamó por primera sucesora á doña Catalina su hija, y de doña María de Solís su muger, y á sus hijos y descendientes; y en falta de todos, llamó á Pedro Menendez de Avilés su sobrino (hijo de Alvar Sanchez su hermano) el cual muer-

to por los indios de la Florida, dejó por hijo á Pedro Menendez de Avilés, que con pocó fruto trabajó mucho en restaurar la memoria del adelantado en la existencia de su mayorazgo que conserva con gran lustre su posteridad, como se vé en el árbol, aunque sus descendientes imitando la bondad y virtud de sus pasados, mas han procurado servir al rey que disminuir nada de su patrimonio con instancias por el premio que los grandes servicios que habia hecho merecian.

Tambien mandó en su testamento el adelantado que le enterrasen en la villa de Avilés; y cumpliendo su voluntad, embarcaron el cadáver acompañándole muchos capitanes principales y sus parientes y amigos; pero fueron tan grandes las tempestades del mar aquellos dias, que no pudieron tomar el puerto de Avilés viéndose precisados á arribar á Llanes, y depositarle en aquella Iglesia con la mayor solemnidad que se ha visto; porque ademas de las ceremonias militares con que le honraron los capitanes y soldados que le acompañaban, concurrieron innumerables gentes de aquellas comarcas á celebrar las exequias.

Despues en cumplimiento de su voluntad, fue trasladado á la parroquia de san Nicolás de la villa de Avilés, en una arca barreteada de hierro con sus aldabas y cerraduras, la cual pusieron sobre el mismo sepulcro que está en la referida Iglesia al lado del Evangelio embutido en la pared y elevado seis pies del pavimento; encima del nicho que ocupa el arca y el sepulcro, estan las armas que el santo rey don Fernando dió á esta familia, que es un navío con una sierra en la proa que va á embestir una cadena asida de dos castillos; en la una parte del escudo que está partido y en la otra cinco flores de

de lís. Debajo del arca está escrito el epitafio siguiente:

AQUÍ YACE SEPULTADO EL MUY ILUSTRE CABALLERO PEDRO MENENDEZ DE AVILÉS, NATURAL DE ESTA VILLA; ADELANTADO DE LAS PROVINCIAS DE LA FLORIDA; COMENDADOR DE SANTA CRUZ DE LA ZARZA; DE LA ORDEN DE SANTIAGO, Y CAPITAN GENERAL DEL MAR OCCEÁNO, Y DE LA ARMADA QUE EL SEÑOR FELIPE II JUNTÓ EN SANTANDER EN EL AÑO DE 1574, DONDE FALLECIÓ A LOS 17 DE SETIEMBRE DEL DICHO, SIENDO DE EDAD DE CINCUENTA Y CINCO AÑOS.

Año de 1575.

Doña Catalina Menendez de Avilés, hija del adelantado Pedro Menendez que estaba casada con Hernando de Miranda, acudió al consejo de Indias representando la muerte de su padre, sus grandes servicios y las urgentes necesidades en que se hallaba, pidiendo que por cuenta de una libranza se le socorriese para cumplir el testamento. Mandáronse librar mil ducados en 21 de junio, despachando cédula real á los jueces oficiales de la casa de la contratacion de Sevilla, Francisco Duarte Ortega de Melgoso y don Francisco Tello.

Pero no bastó esta cantidad á aliviar la estrechez en que el real servicio habia puesto al adelantado, ni aunque fuera mayor bastára porque á 24 de agosto hizo embargar el fiscal por el consejo de Indias todos sus bienes; lo cual movió tan grandes pleitos y disensiones, que si la herencia del adelantado constára de muchos millones, se hubieran consumido.

Doña Catalina, por no poder vivir con la de-

cencia que correspondia á su persona en la corte, se mantuvo en la villa de Grado: aunque en 17 de mayo habia mandado el rey se cumpliese á Hernando de Miranda todo lo ofrecido al adelantado en orden al adelantamiento y gobierno de la Florida y las demas capitulaciones.

Año de 1576.

Como faltó la autoridad, el cuidado y celo del adelantado á la poblacion de la Florida, se iba disminuyendo de suerte que en sus presidios solo habia doscientos diez hombres mantenidos con gran desvelo por Pedro Menendez su sobrino, que habia quedado en aquel gobierno.

El adelantado Pedro Menendez y otros, creyeron habia al Norte de la Florida el estrecho de que se habló en la introduccion que franqueaba paso á las Indias Orientales; é informados de estas noticias trataron los ingleses de descubrirle y donde hallar comunicacion de los mares del Norte y del Sur.

Tuvieron sobre esta materia grandes conferencias en los almirantazgos donde concurrieron los mejores pilotos de la nacion: todos convinieron en la certidumbre del estrecho y ser tan natural que apenas podia contradecirse; fundándose en que navegando debajo del polo, cerca de él se hallaba bajo el mar; argumento que manifestaba próxima la tierra; pues yendo al Nordeste de las costas de Islandia, era mucho mas alto el mar; señalaron visiblemente que el del Norte que las indias Occidentales tienen al Oriente, es el mismo que el mar del Sur que separa el nuevo continente del antiguo por el lado del Occidente.

Con otro discurso calificaban su dictamen, pro-

que decian que el Occeáno nevado con el movimiento del cielo (que hace su revolucion en veinte y cuatro horas) descansa en las costas de las Indias Occidentales y vuelve hácia el Norte hasta cerca de cabo Frio ó del Norte, y que allí debia haber estrecho para que descargase en la mar del Sur ó Pacífico; porque si no fuera así, las aguas volverian á las costas del Norte hácia la Laponia y Finmarchia con la misma violencia que en la playa austral. Otros discursos y demostraciones acreditaban con el esperimentado dictamen de Xenquerson, ingles muy conocido por sus repetidos viages á Moscovia en que adquirió gran conocimiento del mar del Norte, que afirmaba descargar en el mar del Sur. Favorecia á este discurso la relacion de Bernardo de la Torre; famoso piloto español á quien sucedió (segun decia) que volviendo de las Malucas á las Indias Occidentales, fue rechazado debajo de la línea con tan grande ímpetu de las ondas del mar que á su pesar le hicieron volver las mareas del mar del Norte al lugar de donde habia salido. Con estas seguridades una compañía de Mercaderes ingleses, armó tres pinazas ó grandes chalupas y envió en ellas á Martin Forbister proveído de todo lo necesario, el cual salió de Hervich á 11 de junio, y llegó hasta el golfo ó ensenada que está encima de la Canadá á quien dió su nombre, buscando el estrecho para pasar á las Indias Orientales. Saltó en tierra, y vió que los indios son bazos, los cabellos negros, romos, la cara larga, y en ella se hacen cortaduras en que ponen un betun azul adorno perpetuo de su fealdad. Las mugeres traían los cabellos largos en dos trenzas, una rodeada á las sienes, y otra echada á las espaldas; andaban vestidos de pieles de lobos marinos de las

cuales tambien hacian canoas, escepto la quilla que era de un madero. Perdió cinco personas de las que llevaba dejándolas en poder de indios, los cuales le recibieron de guerra; y siendo ya intolerable el frio de aquella region se volvió por setiembre sin haber hallado mas indicio del estrecho que buscaba que lo que discurrió antes en Inglaterra.

Año de 1577.

Encendiéndose tan gran peste causada de la hambre en la Nueva-España contra los indios, que en este año y el antecedente murieron mas de dos millones, y entre ellos muchos chichimecas que la dejaron á algunas naciones de la Florida. Aumentóse el daño con las aguas que desde abril á noviembre cayeron continuamente. Hubiera perecido la mayor parte si el gran desvelo y cuidado de los ministros reales y la caridad ardiente de los religiosos de san Francisco, santo Domingo y otros virtuosos varones no se hubieran empleado en el alivio de necesidad tan nunca vista.

Aficionado al oro que juzgó habia encontrado Martin Fosbiter hizo otro viage por el mar del Norte con el mismo suceso que el antecedente. Hallóse que el metal que pensaba oro era plomo negro; y aunque descubrió una mina de plata, estaba tan honda y tan dura, que le fue inutil sin que de este viage quedase otra cosa que el cuerno de un pez que se guarda en Windsor.

Deja el obispado de Cuba don Juan del Castillo, natural de la orden diócesis de Burgos; y en primero de junio es electo en su lugar Fr. Antonio Diaz de Salcedo, franciscano que habia sido colegial mayor de Bolonia.

Año de 1578.

Volvió Martin Forbister al mar del Norte con ánimo de alargar mas el viage hasta hallar el paso ó estrecho; conoció presto inutil su desvelo, pues apenas llegó donde habia estado antes, cuando se opusieron á su viage montañas de hielo, intolerables frios, y grandes terremotos. Este viage resume La-peyrere dudando de su verdad en la relacion de Groenlandia á Mota Le-Vayer, sacándola de una cronica dinamarquesa; y dice dá mas noticia de este pais que todas las relaciones hasta allí escritas.

Trajo Forbister una india con dos hijos y multitud de piedras que creyó eran plata y oro; mas hecha la esperiencia, se reconoció eran de la misma calidad que las guijas que sirven de empedrar las calles como dice el P. Briet; cuyo engaño, y la poca felicidad de su descubrimiento dió motivo á que se burlasen de él, y de que le habian enviado los hombres de juicio; no obstante haber escrito en ingles sus tres viages diferentes, y los descubrimientos de grandes brazos de mar, baías, islas, cabos y tierras, que formaban el estrecho á que dió su nombre; y aunque dicen algunos fue el primero que pensó hallar este paso por el Nordeste y llegó con dos navíos hasta la altura de sesenta y dos grados, encontrando una gran entrada á la cual dejó su nombre y costeó sesenta leguas sin hallar fin á la tierra; otros afirman que Hugo de Willugbi partió con tres naves bastecidas para año y medio del puerto de Ratelif cerca de Londres, á buscar paso á Oriente por el mar del Norte Nordeste, corrió cerca de ciento sesenta leguas al Nordeste de Seinám, que está en setenta grados de latitud al Norte, el año de 1552 ó 1553, y parece llegó á la nueva Zem-

bla ó Groenlandia, de donde huyendo del frio, bajó mas al mediodia hasta el rio arciña, que está en la Laponia; allí perdida la nave murió de frio con todos sus compañeros la primavera siguiente.

Ricardo canciller, capitan de una de las naves, tuvo mejor suerte; pues separado con una tempestad de Hugon, llegó á un puerto de Noruega donde esperó á las otras muchos dias; y no teniendo noticia de ellas, navegó á la bahía de san Nicolás cerca del puerto de Arcángel. Envió á reconocer la tierra y los moradores de aquella costa, vasallos de Juan Basilio, duque de Moscovia, se espantaron de ver la traza, vestidos, armas y bajel de los ingleses, y mayor asombro los causaba cuanto mas iban al norte para hallar su derrota que no consiguieron aunque llegaron al puerto de Kegot, último pueblo de aquella provincia, y se volvieron á su patria. Y el año de 1556 buscando Esteban Burruus pasó por el Nordeste para ir á las Indias, llegó hasta ochenta grados y siete minutos de latitud; y segun se puede colegir de las calidades, hielos y pájaros del pais que refiere, parece llegó á Groenlandia.

Año de 1579.

Emprendió Magno Heigningsen, el descubrimiento de la Groenlandia de orden de Federico II, rey de Dinamarca, por el mar del Norte y hallar paso á Estotilandia, y de allí á las Indias Occidentales; y aunque vió la tierra que buscaba, nunca pudo tomarla sin que hubiese estorbo visible, porque el navio estaba en mar deshelado, y ancho, de gran fondo, con viento fresco y favorable; pero no pudo pasar adelante con admiracion de todos y asombro de Magno, el cual se vió precisado á vol-

verse á Dinamarca. Informó al rey del suceso; y entre otras cosas dijo, que no podia creer sino que el centro del mar por donde habia de pasar á tierra, fuese de Imán que atraía al bajel. Olvidóse de la remora. Disimulóse por entonces esta ficcion del capitan á quien sin duda atemorizó el hielo como años adelante sucedió á Karster Rickarsitden, natural de Holstein, que enviado á la misma empresa por Cristiano IV con buenos marineros islandeses y noruegos que le sirviesen de guias, descubrió en menos de un mes de navegacion las altas montañas de Groenlandia con dos fuertes bageles que llevaba; pero eran tantos y tan grandes los hielos, que habia entre la tierra y el mar helado líquido, y en él tantas rocas de agua cuajada que no pudo llegar con gran trecho á tierra. Hízosele imposible conseguirlo, y se volvió perdiendo un navio en una furiosa tempestad. El rey de Dinamarca admitió al capitan la escusa de la imposibilidad.

Groenlandia es una tierra al Norte que corre del Mediodia á Levante declinando al Norte despues del cabo de Faruvel (que está en sesenta grados y medio de latitud) en el occeáno Deucaledonio, á lo largo de las costas del mar helado, que mira hácia Spitzberga y nueva Zembla. No se saben sus términos; y lo que se presume queda referido en la introduccion. A Oriente tiene el mar helado: al Mediodia el Occeáno Deucaledonio; á Occidente el estrecho y mar de Hudson (que Munck llamó cristiano) que le separa de las Indias Occidentales. Con mas estension lo refiere La Peyrere que pone el suceso de Magno el año de 1588 ó cerca de él; pero si no es error de la impresion que aumentó diez años al número, mas segura parece

esta cronología; pues Federico, rey de Dinamarca, ya tenia en este tiempo sosegado su reino como dice Gerónimo Bardí en la suya.

Renovóse en España la instruccion de los que navegaban á Indias, previniendo que se encargase á los que iban á la Florida, registrar toda la costa Oriental desde el cabo de los Mártires hasta el cabo romano, notando las alturas, derrotas, distancias, los bagíos de las islas de Bimini, la canal vieja de bahama (que es la que desembocó primero Francisco de Montejo, adelantado despues de Yucatan, el año de 1519, cuando desde Cuba vino á España con cartas de don Hernando Cortés, huyendo Diego Velazquez) los Roques, y otras islas para formar verdadero concepto del estado de todo; aunque para perfeccionar este mandato y otros de gran importancia, hizo falta considerable haber mudado al presidente de la casa de la contratacion, don Juan Suarez de Carbajal, que fue despues obispo de Lugo, y comisario general de la santa Cruzada.

Fue elegido primer obispo de Filipinas Fr. Domingo Salazar, que tanto trabajó en la jornada de don Tristán de Luna á la Florida.

Año de 1580.

Fr. Agustin Rodriguez, lego del orden de san Francisco, varon devotísimo y celoso de la propagacion del Evangelio, pidió á sus superiores varias veces sugetos que llevasen sus deseos adelante, acreditados con largos y trabajosos viages, pero sin efecto. Siendo morador del valle de san Bartolomé, le dieron los indios noticia de innumerables gentes, con grandes poblaciones al Norte y oriente del valle referido; y no fiándose en ellos entró la tierra adentro para informarse de la verdad: averiguola

con sus mismos ojos viendo pueblos y gentes numerosas, y adquiriendo noticia de otras mayores que estaban mas adelante hácia la Florida.

Lleno de fervor volvió á instar en su intencion santa, imaginando conseguirla, con la certidumbre de las noticias habló á sus superiores, y especialmente á Fr. Domingo de Areyzaga, provincial XVIII de la provincia del santo Evangelio, concedióle fuesen con él Fr. Francisco Lopez, natural de Sevilla, por superior, y Fr. Juan de santa María, catalán; ambos, aunque mozos, religiosos de mucha virtud, y buenos teólogos.

Artus Pett y Cárlos Jackmano navegaron casi todo el año los mares del Norte; pasaron al estrecho de Veigaz ó Nasau, tomando la derrota al Oriente de la Nueva Zembla, hasta que no pudiendo pasar adelante por los hielos y frios, se volvieron al fin del año á Inglaterra, de donde habian salido á buscar el paso á Oriente que los antecedentes.

Año de 1581.

Algunos soldados se ofrecieron á acompañar á Fr. Agustin Rodriguez y los demas religiosos de san Francisco. Juntáronse hasta diez ó doce con seis indios cristianos, mejicanos, empezaron todos su viage y llegaron á la provincia de los Tihuas: eran recibidos en los pueblos con tanto afecto que maravillaba, ofreciéndolos cuanto tenian los indios. Caminaron así mas de doscientas cincuenta leguas hácia el Norte, prometiéndose una mies fecundísima de la multitud de indios que encontraban; pero en los soldados que voluntariamente los seguian causó temor, viéndose tan distantes y sin esperanza de socorro; por lo cual trataron de que se volviesen

con ellos los PP. á Méjico; y resistiendo los religiosos esta novedad, asegurándolos ser vano su recelo, dijeron se irian solos sino querian seguirlos. Ya determinados no atendieron á las razones de los PP. aun ofreciéndolos enviarian por socorro que quitase cualquier recelo. Ofreciéronse los soldados á ir por él; con lo cual se despidieron dejando gran desconsuelo en los que quedaban.

Fr. Agustin y sus compañeros viendo el agasajo y docilidad de los indios, con solo cinco de los mejicanos que permanecieron acompañándolos, pasaron mas adelante, siempre caminando al Norte, y en ciento cincuenta leguas de tierra que anduvieron, hallaron á los indios con la misma afabilidad que antes. Supieron de ellos que tenian guerras unas naciones con otras: consultaron si sería bien enviar á Méjico por socorro para pasar adelante, no fiándose de los soldados que se habian vuelto; y teniéndolo por conveniente, se les ofreció la dificultad de las personas que habian de ir á dar la noticía de lo descubierto, y de lo que necesitaban al virrey don Antonio de Mendoza, al P. provincial y al comisario de la Nueva-España (que entonces lo era Fr. Rodrigo de Sequera, insigne predicador de la provincia de Valladolid, que llaman de la concepcion.) De este embarazo salieron presto, porque Fr. Juan de santa María se ofreció al viage, considerando que en nada podia merecer mas que en fomentar aquella santa empresa: despidióse de sus compañeros, los cuales quedaron en un pueblo de indios donde estaban muy estimados y queridos con los indios mejicanos.

Empezó su camino Fr. Juan, y pareciéndole que era muy dilatado el que habia traido, discurrió otro mas breve; porque entendia bien de astrono-

mía y geografía: anduvo por él tres jornadas, y cansado se echó á dormir para proseguirle. Viéronle los indios, y con gran silencio, porque no despertase echaron sóbre él una piedra tan grande, que le hizo pedazos; adelantando Dios el premio de su celo con la crueldad de aquellos bárbaros.

Fr. Francisco y Fr. Agustin procuraban en el pueblo donde habian hecho asiento, enseñar á lós indios algunas de las verdades católicas. Oíanlas bien y al parecer con ansia de aprenderlas; pero habiendo entrado en él indios de guerra enemigos, flecharon á Fr. Francisco, quedando solo Fr. Agustin, el cual procuraba evitar las abominaciones y torpezas de aquellos indios, enseñándolos, advirtiéndolos y reprendiéndolos alguna vez, de que irritados pocos dias despues le dieron muerte; y porque no quedasen testigos de su maldad tambien acabaron con los cinco indios cristianos de Méjico que habian llevado en su compañía.

La hacienda del adelantado Pedro Menendez de Avilés embargada desde su muerte, se mandó desembargar y traerla, que estaba en Sevilla, al depositario del consejo, para entregársela á quien perteneciese.

DECADA OCTAVA.

SUMARIO.

El situado de la Florida se manda llevar desde la Habana. Vuelve don Luis de Velasco por virrey á Nueva-España. Antonio Espejo sale de Méjico con gente armada en busca de Fr. Agustin Rodriguez, y sabida su muerte prosigue el viage: llega á la Nueva Méjico, al Occidente de la Florida, ¿y porque puso este nombre á aquella region? Corre las provincias de Cíbola y Quivira: costumbres é idolatría de sus indios. Los ingleses ambiciosos y vengativos inundan los mares. Hunfredo Gilbert se hace á la vela á Terranova con cinco bajeles á poblar. Forma una poblacion, dá grandes repartimientos á los vecinos con gran contento, pero acabados los bastimentos le precisa la hambre á desamparar la tierra. Piérdense con una borrasca sus naves, y muere. Ricardo Greinvile puebla en la Florida. Deja cien hombres en un fuerte que hizo mas arriba del de san Juan de Pinos. Vuelve á Inglaterra por socorro y dá buena noticia de la tierra. Pelea valerosamente con una escuadra española. Ríndese y muere. Gualtero Raelig puebla en la Virginia: por qué se llamó así y despues Nueva Inglaterra. Provincias que comprende. Su clima y frutos. Idolatría de sus indios, la mas reverente al demonio que llaman Ocke. Sus sacrificios y fiestas. Juan Smith reconoce los rios que desembocan en el golfo de Chesapeack. Corre Tomás Candisch en un bajel las costas de la Florida, y recogido algun rescate se vuelve á Inglaterra; intenta apresar cinco navíos vizcainos y se le escapan. Daños y abominaciones que el conde Cristoval Carleil y Francisco Draque, hacen en las islas de Cuba, la Española y otras partes. Llegan á la costa de la Florida, saquean el fuerte de san Juan de Pinos y queman la ciudad de san Agustin, desamparados por los españoles. Uno dá muerte al sargento mayor inglés: quieren ir á santa Elena y no pueden, y descubren la poblacion de los ingleses, y son recibidos con gran regocijo por Rodulfo Lave. Arranca de la costa los navíos una gran tempestad, menos el de Draque, en el cual se vuelve á Inglaterra Rodulfo y su gente. Las demas naves ván llegan-

do á sus puertos: robos que llevaron y gente que perdieron. Reedifica el gobernador de la Florida la ciudad de san Agustin. Fr. Diego Marquez es preso por los piratas ingleses y presentado á Isabel de Inglaterra: le hace declarar lo que sabia de las Indias, y prepara gran armada para enviar á ellas. Viene á España el P. Marquez, y dá cuenta al rey. Fr Domiugo de la anunciacion muere con gran opinion. Hernando de Miranda, yerno del adelantado Pedro Menendez, logra la satisfaccion de lo que gastó fuera de lo capitulado en la conquista de la Florida. Viages de Juan Davis á descubrir paso á la China ó Japon por el mar del Norte, y de Federico Anschilt, dinamarqués, sin efecto.

Año de 1582.

Hunfredo Gilbert vendió toda su hacienda raiz, en Lóndres, para prevenir armada é ir á poblar á Terranoba con ánimo de hacerse hombre poderoso.

Sabiendo en Méjico el desamparo del P. Fr. Agustin Rodriguez y sus compañeros, por los mismos soldados que le causaron, partió por el mes de noviembre Antonio Espejo con algunos soldados y cien caballos, llevando consigo á Fr. Bernardino Beltrán, del Orden de san Francisco. Fue recibido en muchas provincias de paz, y halló que habian muerto los indios á los tres religiosos que buscaba. Disimuló, admitiendo las disculpas de los indios.

Año de 1583.

Informada Isabel de Inglaterra de algunos franceses hereges (que abrigaba su reino, huidos de su patria por sus execrables delitos) de la calidad de la tierra de la Florida y sus cercanas, envió á poblarla (segun Tuano) á Ricardo Greinvile (que Herrera llama de campo verde), el cual con próspero viage llegó á la Florida, reconoció la tierra y eligió sitio para la poblacion mas arriba del castillo

de san Juan de Pinos (que era de estacas, empezado á fabricar por el gobernador de la Florida, con foso y catorce cañones.) Allí edificó un fuerte semejante al de san Juan; y dejando en él cien hombres volvió á Inglaterra por nuevos socorros y gente para su aumento, dando noticia de que el clima era suave, fértil el territorio de frutos, granos, minas, gomas, árboles raros y cedros, y situado poco mas ó menos en el mismo grado que la tierra de Canaan.

Salió tambien de Inglaterra Hunfredo Gilbert, hombre atrevido y ambicioso (persuadido, segun unos, por el secretario de Estado Uvelsignan; y segun otros por un griego que le aseguró haber pasado un gran estrecho al Norte de la Virginia, siendo piloto) echando su hacienda raiz al mar en cinco bajeles bien prevenidos de gente, bastimentos y municiones. Desembarcó en la isla de Terranova, (otros dicen que en la ribera del rio de san Lorenzo; otros en la tierra del Labrador; y otros en la de Bacalaos.) Tomó posesion de ella publicando falsamente, entraba en la tierra como en legítimo señorío y dominacion de ingleses. Fabricó un pueblo é hizo repartimientos de la tierra á los que llevaba consigo, ofreciéndolos en adelante mas que ellos podian desear: quedando muy ufano de haber logrado tan al principio verse señor de un rico y perpetuo estado.

Gustóle mucho el pais, pues escribió sería muy ventajoso á los ingleses poseerle, por la cantidad de bacallao que habia en sus cercanías; y que aunque no habia visto ningun indio, y el terreno era áspero, montañoso, cubierto de árboles, con muchos pinos, y algunos caidos con la vejez, de suerte que no se podia andar por el embarazo que cau-

saban en los caminos, no dudaba que era propio para granos, ni que cultivado haria fertil la tierra; y aunque ignoraba si habia minerales en los montes, por estar cortados todos los caminos, era natural se hallasen; daba noticia de que habia osos blancos menores que los del mar del Norte, aunque los pedazos de hielo que traia el mar, daban á entender que en el invierno haria gran frio.

Está situada esta isla entre el grado 43 y 53 de latitud al Norte, enfrente del golfo de san Lorenzo y rio de Canadá, distante de Inglaterra mas de seiscientas leguas; de Diepa, puerto de Francia, mas de setecientas. Tendrá como trescientas leguas de circunferencia. Su costa describe Vhite, diciendo que el cabo de Ras es la punta mas meridional que está en 46 grados y 25 minutos, y allí es baja la tierra, y mas en Renoso ó Renez ó los hermanos. A sesenta y una legua de distancia del cabo y tres mas adelante, siempre al Norte, hay un puerto que llamaban Agua Fuerte los portugueses, cerca del grado 47. De allí hácia el Norte á dos leguas y media, está la punta de Fanitán, luego Abra de Brigas, y siguen tres islas pequeñas que llaman de la Esfera, á 19 leguas de cabo de Ras, debajo de un cabo que se llama así, y los franceses cabo de san Fresayo, que es una punta de Terranova al Nordoeste. La bahía y puerto de san Juan está al Norte del cabo de la Esfera, en 47 grados y 40 minutos: es tierra alta. Desde este cabo al de san Francisco, al Norte hay diez y seis millas, y el de san Francisco está en 48 grados poco mas. Entre estos dos cabos está Thornbay ó ensenada grande: al rededor del cabo de san Francisco hay algunas islas pequeñas; y hasta la de bacalaos habrá 15 millas; pero antes se halla la bahía de la Concepcion (que llaman los ingleses

de la Trinidad), que és la mejor y mas notable de toda la isla, y está en 48 grados y 5 minutos. Dista la isla de bacalaos de Terranova al Oueste mas de una legua: despues en 49 grados y 20 minutos de latitud, se sigue el cabo de Buenavista, y junto á él muchas islas que los portugueses llaman de Fr. Luis, hasta las cuales habrá desde el cabo diez leguas. Desde allí á la isla de las aves (que llaman Pinguina los ingleses) en 50 grados y medio poco mas, frente del cabo de san Juan hay veinte y ocho millas.

Aquí vuelve la tierra de la costa al Nort Nordeste, y hay poca pesca. Forilande ó bahía de Frelaie está cerca del cabo de san Juan, y al Norte de él la bahía Blanca: mas arriba Cabo Rojo; y mas superior y al Norte el Cabo de Grat, que es la punta al Norte; y entre estos dos cabos hay muchas islas al Este Nordeste de Terranova.

Pasando del Sur al Oeste de Terranova se halla la bahía de los difuntos á cuatro leguas del cabo de Ras, en 46 grados; y aquí no hay bancos de arena ni golpe de olas al Nordeste. Del cabo de Ras se sigue la bahía de santa María, y despues la de Plasencia, en 46 grados y 42 minutos al Nordeste de santa María. Síguense las islas de san Pedro á doce leguas de Terranova. A la boca del estrecho entre cabo Breton y Terranova, que dá paso al golfo de san Lorenzo, á 39 millas está el cabo de Raya en 48 grados, frente de san Lorenzo; y entre este cabo y el puerto de los vascones, cerca de la isla de san Pedro, hay una bahía al Oeste Nordoeste. Del cabo Breton al cabo de Raya, sigue el de la Anguila sobre el golfo de san Lorenzo, corriendo al Nort Nordeste: de allí se va á la gran bahía de san Jorge, 18 leguas del cabo de la Anguila, al Nordeste cuarta al Este: esta bahía está frontera á

la isla de Natiscotec ó de la Asuncion: despues está el cabo de Pointu; y siguiendo el curso de Norte á Oriente, se entra en el estrecho de isla Bella (ó golfo de Castillos) que divide á Terranova de la Florida.

El aire de la isla es muy sano en todos tiempos, aunque es muy sujeto á nieblas; el terreno muy fértil en los valles y faldas de los montes, pues produce yerbas, flores, frutales, raices y muchas plantas medicinales; unas como las de Europa y otras no conocidas en ella. El trigo y cebada que se ha sembrado por algunos que han invernado allí, se dá bien: hay mucha caza de ciervos, liebres, nutrias, castores, lobos, osos, innumerables pájaros de agua y tierra; muchas fuentes y de agua dulce. Los bosques abundan de buenas sabinas, muy gruesas, pinos, encinas, y otros árboles de que pueden hacerse mastiles de navíos. En los rios hay cantidad de salmones, anguilas, truchas y otros peces, y mucho marisco.

Algunos creen que el gran frio del invierno, es causado (fuera de la situacion al Norte) de las grandes montañas de hielo que girando el mar dan en las costas, las cuales enfrian el aire, como reconocen sensiblemente los que allí habitan; y como el pais está cubierto de árboles, aunque en algunas partes se ha arrasado y quemado para labrar la tierra, no penetra el sol y en muchas no llega á la superficie. Al Oriente y Mediodia de la isla, no se hallan indios sino en la cercanía de Plasencia; y aunque se dejan ver algunos en las montañas y bosques, no se ven chozas ó casas donde puedan vivir; por lo cual se presume que vengan del Oeste y del Norte por el golfo que separa esta isla de los indios Esquimos y de otros de Tierra-Firme.

En general es poco habitada Terranova; y los indios que se encuentran en ella, son muy rudos é intratables sin que se descubra en ellos señal de gobierno, política ni aun de religion; pues solo en las acciones que en algun caso horroroso hacen como cuando hay grandes uracanes ó truenos se puede colegir que tengan alguna idea confusa de causa superior que gobierna el mundo. Son muy conformes á los indios de Canadá, esquimos y otros confinantes los que habitan al Norte y Oueste de la isla; y aunque son tan intratables, no es imposible hacerlos dóciles porque son muy templados; y cuando les mandan algo los forasteros aunque trabajen mucho con cualquier cosilla de rescate que les dan, quedan muy contentos. Las casas son redondas formadas de estacas, las cuales atan por arriba juntas fuertemente quedando á modo de una A: el hueco será de doce ó quince pies; cúbrenlas de pieles de animales. Los indios son pequeños de cuerpo; y el mas alto de mediana estatura. Tienen poca barba; las caras planchadas y los mas son romos. Los ojos grandes; todos feos; parecidos algunos á los bárbaros que habitan las cercanías de Groelandia, aunque al Sudueste de la isla entre el cabo de Rás punta de tierra de ella que mira al Sudeste; y en la isla del cabo Breton dicen que hay indios altos y bien dispuestos que se visten de pieles de perros marinos. Las armas de todos son arcos y flechas, espinas y huesos de pescado. Son diestros en tirar por el mucho ejercicio de la caza de que se mantienen, y de la pesca. Píntanse de rojo, y se cubren de pieles por defenderse del frio. Sus barcos son de cortezas de árboles, en figura de luna creciente y tienen diez y ocho pies de largo, y cuatro de ancho; y con ellos y sus tiendas, se mudan adon-

de les parece porque no tienen morada fija.

Y aunque Humfredo no conoció la tierra ni la isla en ésta forma, le pareció que facilmente podria dominarla; pero en breve tiempo se desengañó su codicia.

Prosiguió su viage (aunque frustrado su principal intento) descubriendo dilatadísimos paises, Antonio Espejo: y pareciéndose algo los edificios de los pueblos que encontraba á los dé Méjico, llamó á aquella region nuevo Méjico, á quien separan de Canadá altísimas montañas. Al oriente tiene el pais conocido de la Florida. A occidente el mar Bermejo que separa la California dejando á Méjico al mediodia. No reconoció el Norte el pais que dicen es el de los Navaltecas que poblaron la Nueva España; pero vió muchas provincias principalmente Cíbola, Amien, Quivira, con grandes pastos, ganados bravos y caza. Halló alguna plata, turquesas, esmeraldas, cristal y perlas. Reconoció los rios del Norte, Auguchi, Civi, Huex, Tecón y otros. Los lagos de Canibes y otros. Los indios del norte tenian multitud de ídolos en pequeños adoratorios donde los ponen de comer: otros adoran al sol: otros no dan culto á nada: y considerando la grandeza del pais, y la poca gente que llevaba por el mes de julio, se volvió á Méjico.

Año de 1584.

Reconocióse que los presidios de la Florida padecian grandes necesidades ocasionadas de enviar los situados desde la Vera Cruz, sobre que el gobernador de la Florida habia hecho varias representaciones al rey y al virrey de Nueva-España, pues no bastaba el gasto que en proveerlos se hacia, y el cuidado que los ministros ponian porque bur-

laban uno y otro los accidentes del mar. Para evitar este perjuicio mandó el rey, por cédula de 28 de setiembre, que el situado de la Florida se enviase desde la Habana y el de otros presidios, y se recopiló en las leyes de Indias, en la *ley* 10 *tit.* 9 *lib.* 3.

Humfredo Gilbert empezó á conocer la facilidad con que se habia movido á poblar á Terranova, pues consumidas las prevenciones y bastimentos que llevó, no halló medios de suplirlos para mantener su señorío. Y viendo evidente el peligro de morir, trató de volverse á Inglaterra pobre con la gente que le habia quedado hambrienta y enferma: pero no llegó donde deseaba, porque sus naves se perdieron con tempestad, y la que le traía se fue á fondo agitada de un uracan, (pereciendo con él el deseo de ser gran señor en tierra agena) cerca de la isla arenosa.

Gualtero (ó Uvalter) Raclig, llegó á ocupar la provincia de la Florida que llaman unos Uvingaudecaova y otros Matosa. Desembarcó y pasó á Viguinia, poblacion de indios cercana á la costa, cuyo cacique tenia el mismo nombre (por lo cual corrompido el vocablo llamaron Virginia á la tierra si no fue por adular á Isabel su reina, que por conservar su libertad no quiso casarse) está situada la provincia segun entendió entre el grado treinta y cuatro y cuarenta y cinco al Norte. Algunos franceses quieren la descubriese Juan Verrazano; y si la vió fue despues de Lucas Vazquez de Ayllon.

Llamaron despues nueva Inglaterra á esta provincia y habiéndose estendido en ella y en otras, los ingleses la dividieron en Meridional y septentrional afirmando que Raclig descubrió solo la meridional que está entre el grado treinta y tres

y el treinta y seis de latitud. Ponen la septentrional entre el treinta y siete al treinta y nueve al norte, comprendiendo en ambas todo el pais que corre al mediodia hasta donde tienen poblada la Florida los españoles, y la que corre al norte hasta la tierra de los yroqueses, indios valientes y feroces; y la costa del mar del Norte ó Canadá á Oriente, estendiéndola hasta el grado cuarenta y cinco de latitud al Norte, incluyendo en ellas la nueva Holanda y otras provincias á quien han puesto nombre. Entra la tierra adentro en la Virginia, el golfo que llaman Chesapeack que empieza en los dos cabos llamados por los ingleses de Enrique, al Sur, y de Cárlos, al Norte, nombres del príncipe de Gales y duque de Yorck, en el cual entran muchos rios y entre ellos cinco muy grandes que son navegables y que reconoció no mucho despues Juan Smith.

Año de 1585.

Tomás Candisch fletó un bajel en que corrió las costas de Tequesta, Cárlos, Chícora, Virginia y otras provincias de la Florida é islas de las Indias Occidentales; y habiendo logrado muchos rescates de los indios y hecho considerables presas á los españoles se volvió á Inglaterra.

Agradó á Gualtero Raclig la tierra, porque se conocia aun en el color ser muy fértil, daba señales de tener oro, lo brillante de las aguas precipitadas de montes altísimos cubiertos de nieve que desembocaban en el golfo de Chesapeack: eran tan espesos de altísimos árboles los bosques y florestas que parecia que jamás habian sido habitados; el aire era muy suave y propio al temperamento de los ingleses, aunque lleno de truenos y tempestades que no impedian la habitacion y conveniencia.

El maíz que los indios llaman pogatou, se daba abundantemente y muchas raices de que hacen pan y llaman tsenaulhoea, penauc ú hosez; hay abundancia grande de tabaco que llaman uppouvo.

Los indios andaban desnudos con los cabellos largos y arbolados puestos en la cabeza á modo de cresta de gallo. Son liberales, y las mugeres apacibles y vivas, sujetos á diferentes caciques que llaman paraocostis.

Tienen muchos dioses á quien veneran mas ó menos segun el concepto que los han enseñado los viruanes ó falsos sacerdotes que cuidan de su culto: tiénenlos por humanos, y los hacen templos que llaman macha-umuc, y en ellos tienen imágenes tan mal hechas como espantables; pero creen estar sujetos todos los ídolos á otro superior que siempre ha habido que llaman keubas. Tambien tienen por dioses todo lo que temen; y así dan veneracion al fuego y al agua; y cuando vieron caballos y oyeron artillería, los adoraron; pero con mas estremo respetan al demonio que llaman ocke á quien consultan sus caciques ó viruanes las cosas futuras. Creen la inmortalidad de las almas, porque dicen que en muriendo se van con los dioses á un lugar de alegría infinita si han sido buenos; y si malos caen en el centro en pozos ardientes en un lugar que llaman popoguso. Sus sacrificios son sangre, manteca, tabaco, y los celebran con gran estruendo y poca pompa cuando vuelven de caza ó de guerra.

Dejó Gualtero una poblacion y se volvió á Inglaterra.

Año de 1586.

Despues de haber hecho grandes daños abominaciones y sacrilegios en las islas de Cuba, santo

Domingo y otras partes, el conde Cristobal Carleil que con Francisco Draque habia salido de Phlemouth en Inglaterra con veinte y cinco navíos, y en ellos dos mil trescientos hombres á 12 de setiembre del año antecedente, procurando ejecutar semejantes maldades en Cartagena y la Habana infructuosamente, padeció su armada tan grandes enfermedades, que tuvo por necesario buscarla alivio. Dobló la punta de la isla de Cuba ó cabo de san Antonio, envió á tierra á hacer aguage, y á 28 de mayo llegó al cabo de la Florida costeando la tierra sin tomar puerto.

Descubrió con los bateles el fuerte de san Juan de Pinos que aun no estaba acabado por los españoles, y á un cuarto de legua quiso combatirle y no pudo. Aquella noche hallaron un pueblo de indios cuyas casas eran de madera. Desde allí atravesó el rio de san Agustin con algunos compañeros en un batel. El general saltó en tierra con seis capitanes para hacer prisioneros á los españoles, los cuales imaginando venia mas número de gente, dispararon algunos tiros desde el fuerte; y antes que pudiesen los ingleses llegar le desampararon, retirándose á san Agustin donde habia ciento cincuenta soldados de guarnicion.

Los tiros detuvieron à los ingleses; y rezelosos empezaron á reforzarse para pasar adelante, no sabiendo que se hubiesen ido los españoles. Parecióles temeridad proseguir el camino ignorando la defensa que habia contra ellos: volvieron á los navíos en el mismo batel; y estando discurriendo el modo de tomar el fuerte y aprisionar los españoles ó proseguir su viage, llegó un trompeta frances que les avisó estar el fuerte desamparado por los españoles, ofreciéndose á guiarlos para seguirlos.

Volvieron á tierra los ingleses con gran priesa y guiados del frances, llegaron con poca órden al fuerte de san Juan y no hallaron nadie. Tomaron las catorce piezas de que estaba guarnecido y algun dinero que se quedó olvidado en la caja destinado á pagar los soldados.

Considerando el sargento mayor que los huidos llevarian cosas muy preciosas, pues se dejaban así el dinero habiendo tenido tiempo de sacarlo, mandó seguirlos, y él se adelantó á los suyos en un caballo que halló aparejado para incitarlos con el ejemplo un gran trecho hasta unos carrizales donde un español de la guarnicion (que por no poder seguir á los demas se habia quedado descansando escondido) al pasar junto á él disparó su arcabuz, y dió al sargento mayor un balazo en la cabeza; y viendo que no le habia muerto, salió de los carrizales y le acabó de matar á puñaladas, sin poder ser socorrido de los suyos que lo miraban afanando por castigar al español; el cual habiendo cargado su arcabuz á vista de ellos se emboscó otra vez en el carrizal, y escapó de los ojos de tantos como le buscaban: los cuales lastimados de este accidente se volvieron al fuerte con los demas compañeros.

Mandaron llevar en los bateles las piezas y lo demas que habia en el fuerte á los navíos, y resolvieron pasar á la ciudad de san Agustin que entonces se iban poblando felizmente, teniendo ya casas de ayuntamiento, iglesia parroquial, y otros edificios y huertos alrededor; pero sobrevinieron tan grandes lluvias que no pudieron los ingleses marchar por tierra; por lo cual fueron á san Agustin en los bateles el rio arriba, llevando Drack á su teniente Martin Forbister, á Mateo Morgan y Juan Sanson, pero llegaron cuando el gobernador se ha-

bia retirado á san Mateo, juntando en él para defenderse la gente que llevaba con la guarnicion que era de ciento cincuenta soldados, porque no cogiese el enemigo divididas las pocas fuerzas que tenia; y hallando los ingleses la ciudad desamparada, vengaron la muerte del sargento mayor quemándola toda, deshaciendo los huertos sin haber encontrado español alguno.

Ejecutado este bárbaro destrozo, determinaron hacer lo mismo en la punta de santa Elena con el fuerte de san Felipe: resistióle la fuerza del mar y el viento contrario que pudiesen tomar tierra; por lo cual despues de algunos dias siguieron su viage á Virginia seis grados distante de santa Elena. A 11 de junio vieron una lumbre en la costa, acercáronse en los bateles y reconocieron ser de ingleses la fortaleza, la cual hallaron en tan mal estado, que á no llegar la armada casualmente se hubieran estinguido de hambre todos los presidiarios.

Celebraron con grandes regocijos Rodulfo Lave (que era gobernador) y sus compañeros la venida del conde. Agasajáronle cuanto permitió la necesidad que padecian, á cuyo remedio decian habia venido la armada del cielo. Reforzáronse los del fuerte con los bastimentos de las naves; y cuando ya queria partirse el conde, ofreció Francisco Drack á Rodulfo Lave víveres y municiones si queria mantenerse en aquel puesto, ó que los volveria á Inglaterra donde se mirase con mayor deliberacion la poblacion de aquel pais.

Rodulfo se resolvió quedarse, si le dejaban socorros bastantes, y si continuaban enviándoselos de Inglaterra; pues Raclig tenia gran empeño en que permaneciesen allí. Redujo á su dictamen la mayor parte de los ingleses que estaban con él, con

lo cual Drack mandó proveerle de todo lo que pidiese y empezaron á cargar los bateles de provisiones y bastimentos para el fuerte; pero antes de acabar de cargarlos, se levantó tan recia y terrible tormenta que esparció los navíos que estaban ancorados á diversas partes, rompiendo furiosamente anclas y amarras sin que se pudiesen valer unos á otros.

Francisco Drack tuvo su navío firme á fuerza de arte y destreza que no pudo moverle el uracan; y viendo Rodulfo Lave que perdidas las provisiones de guerra y boca ofrecidas no podia mantenerse esperando á que viniesen de Inglaterra, desamparó la provincia y se embarcó en el navío de Drack con toda su gente, y á 27 de julio llegó á Porstmut: trajo poco caudal y algun tabaco de que usaban mucho los indios de aquella provincia, el cual se empezó á estender despues en Inglaterra especialmente entre los cortesanos. Los navíos de la armada fueron llegando poco á poco á puertos de Inglaterra, llevando entre otros hurtos doscientas cuarenta piezas de artillería, y sesenta mil libras esterlinas, de que se repartieron veinte mil entre soldados y marineros, y setecientos cincuenta ingleses menos y entre ellos los capitanes Powel, Bigges, Varnoy, Cicel Moone, Haman Fortesme Greeve-Fielt, y Tomás Teucker, Alejandro Saricke, Nicolás Winter; Alejandro Carbeil, Roberto Alejandro, Juan Dier, Pedro Duque, y otros cabos y personas reputadas por nobles entre los ingleses.

Tambien llevó Rodulfo Lave frutas y legumbres de la tierra que habia habitado, y especialmente una que llaman los indios Macocqer, que es casi redonda, mas larga que ancha, á modo de calabaza, aunque de corteza mas dura (no es des-

mejante al higuero que describe Gonzalo Fernandez de Oviedo.) A este quitan los indios la carne y pepitas, y le dejan hueco; despues echan dentro de él piedrecitas y le ponen mango, y tocan con él como si fueran sonajas, al módo que los indios del Brasil su tamer^c.

Tambien llevó una especie de bellotas, cuyos erizos y cáscaras son durísimas, y están llenas de escamas como hojitas, hácia arriba muy duras y fuertes, y hácia abajo parecen seda floja. Se cree sea esta fruta la que los indios llaman Mangummenauck, y es la que secan para guardarla todo el año, supliendo así la falta de maiz, y otra fruta como de seis dedos de largo, cuya corteza tiene dos como nervios que le cojen de arriba á bajo: la pulpa es blanquecina, y en ella hay cinco ó seis huesecillos como avellanas, su cáscara es dura y negra, y la almendra blanca, y es semejante á la Guamaque que trae Ovid *en el lib. 4 de la crónica de Indias*, en la historia de la Virginia, escrita por un natural de ella que refiere Clusio. Hay otras muchas particularidades de las yerbas, árboles, peces y fieras de esta provincia.

Por el mismo tiempo intentó Juan Davis, en dos navíos que á su costa armaron Guillermo Sanderson y otros mercaderes de Londres, hallar el paso que Forbister y otros no habian podido encontrar. Navegó sin decaer hasta Groenlandia (que quiere decir pais verde) debajo del polo, tierra tan fria que no han podido poblarla los dinamarqueses aunque lo han procurado varias veces; bien que van á la pesca de las ballenas muchos. Los moradores de ella viven de la pesca y caza; son obscenos, torpes, descorteses, obstinados y cobardes.

No pudo Davis acercarse á tierra, porque halló

las aguas de las orillas del mar eladas por mas de dos leguas, ni procuró tomar tierra; y viendo el riesgo, se hizo al mar y navegó hácia el Norte: reconoció haber salido de los yelos, y que las corrientes le habian llevado entre unas islas, que llamó las islas Verdes, tierra diversa, á su parecer, de la Groenlandia, cuyos indios eran muy pequeños de cuerpo; tenian los ojos muy chicos, pero eran menos rudos y bárbaros que los de Groenlandia. Hallóse en 64 grados, y de allí navegó al Nordeste, y llegó hasta el grado 66, descubriendo una orilla que se dilataba hácia Occidente, y entró en el estrecho que se llamó de Davis, el cual es muy espacioso y se estiende desde el Norte al Mediodia, entre la costa Occidental de Groenlandia y la isla de Santiago, como dice Hockluyt *en su itinerario*, *part.* 3, que hace comunicar el mar del Norte con el Sur, y no perdiendo la esperanza de hallar el que buscaba, navegó cuarenta leguas mas: y por no esperimentar falta de bastimentos, se volvió á fin de agosto á Inglaterra, muy contento y con ánimo de volver mejor prevenido á adelantar su designio, dejando reconocida, á su parecer, la boca de la bahía de los esquimos. Entre el cabo Chovert y el de Sort, halló imán, cobre negro y colorado: algunos quieren fuese este descubrimiento el año antecedente.

Tomás Candisch armó tres naves á su costa, y cerca del cabo de Finisterra encontró cinco vizcainas que venian de Terranova. Embistiólas, y se defendieron hasta que la noche las dió seguridad para escaparse, dejando burlado al pirata que al fin de este año llegó al Brasil.

En san Mateo se juntaron mas de cuatrocientos españoles: repararon la fortaleza y se previnieron para esperar á los ingleses; pero sabiendo que con-

tentándose con los daños ejecutados en san Juan, san Agustin y otros fuertes de menos importancia habian pasado á la Virginia, determinó el gobernador volver á san Agustin, dejando la guarnicion necesaria en san Mateo. Pasó por tierra con doscientos soldados á la ciudad de san Agustin que halló reducida á cenizas; y teniendo noticia por los indios de haber desamparado la tierra los ingleses, trayéndose la gente que estaba poblada, mandó venir mas gente de san Mateo, y empezó á reedificar ó edificar de nuevo la ciudad de san Agustin.

Año de 1588.

Con mayores prevenciones que antes volvió Juan Davis al mar del Norte á buscar el estrecho imaginado; entró en el que estuvo el año antecedente: navegó mas de cien leguas por él, señalando las islas que dejaba á un lado y otro de su rumbo, pero no adelantó nada al primer reconocimiento, solo haber hallado tanta cantidad de pescados que le estorbaban la navegacion. No pudo pasar adelante por falta de bastimentos, y volvió á Inglaterra; ni aunque tercera vez intentó descubrir el paso á Oriente, y llegó, segun dicen unos exajerándolo, hasta el grado 83 de latitud; y otros hasta el 72 y 12 minutos, donde variaba la aguja 10 grados, no pudo conseguir sino hallar el desengaño. Logró en estos viages dejar su nombre al estrecho que está entre Groenlandia y Estotilandia.

Los ingleses piratas que infestaban el Océano, hicieron prisionero á Fr. Diego Marquez, del orden de san Francisco, que venia de Nueva España, al cual presentaron á su reina Isabel, la cual sabiendo tenia mucho conocimiento de las tierras

del Nnevo Méjico, de las provincias de la Florida y otras, le mandó examinar con alhagos y amenazas, y le fue preciso declarar la abundaucia y estension de aquellas regiones; comunicadas sus noticias con personas inteligentes, considerando la importancia que tendria hacer poblaciones en algunos de aquellos paises, mandó disponer una gran armada para intentar usurparlos.

Año de 1589.

El Gobernador de la Florida ayudado de los socorros de la Habana, acabó de reedificar la ciudad san Agustin.

Apenas consiguió su libertad Fr. Diego Marquez, cuando se vino á España á clamar al rey por la defensa de la provincia de Nuevo Méjico y la Florida, cerrando el paso á las invasiones de los estrangeros. Pudieron tanto sus instancias, que se dió orden para que se hiciese asiento en la conquista del Nuevo Méjico, y se tuviese mucho cuidado con la guarda del seno mejicano y los presidios de la Florida.

Año de 1590.

Fue otra vez á gobernar la Nueva España don Luis de Velasco, reconociendo que para burlar las ideas enemigas, no correspondia menos juicio y esperiencia; el cual dió providencias tan acertadas á todo, que puso presto en seguridad aquel imperio por mar y por tierra.

Año de 1591.

Invernó Federico Anschild en la bahía (que algunos años despues se llamó Hudson), por el buen tratamiento que los indios le hicieron, trayéndole

bastimentos y otras cosas del pais, pieles que eran muy buenas; pero venido el tiempo de poder navegar se volvió á Dinamarca, donde tuvo mucha amistad con Enrique Hudson.

En la armada en que salió á tomar la flota Tomás Howardo (sin escarmentar en el destrozo de la que mandaba el conde de Cumberland), compuesta de seis navíos muy fuertes, venia por capitan de uno, llamado la Venganza, Ricardo Greinvile. Al llegar á las islas de los azores embistió á la armada inglesa don Alonso Bazán, hermano del marques de Santa Cruz con una escuadra Española. Hizo en ella tan grande daño, que amparado del viento huyó Tomás Howardo con las cinco naves. No pudo escapar Greinvile, porque al intentarlo fue envestido cerca de la Florida: defendióse valerosamente, hasta que viéndose perdido se entregó y murió luego de las heridas y el trabajo de su defensa.

Tambien murió yendo al estrecho de Magallanes, arrojado con una tempestad en las costas del Brasil, Cavendisch quejándose de Juan Davis y otros capitanes de su mayor confianza: y culpándolos de ingratos por haberle abandonado pérfidamente.

A Hernando de Miranda, marido de doña Catalina Menendez de Solís, hija del adelantado Pedro Menendez, mandó dar el consejo de Indias quince mil ducados, por lo que habia gastado demas de su obligacion, en la conquista y poblacion de la Florida el adelantado, confirmando la sentencia dada año de 1568, don Pedro Gutierrez, don Rodrigo Zapata, Pedro Diaz de Tudanca, y el licenciado Medina de Arauz, siendo fiscal del consejo Alonso Perez de Salazar.

Murió en Méjico con gran opinion el P. Fr. Domingo de la anunciacion, del Orden de nuestro P. santo Domingo, que ciego y de 80 años, cumplia todas las obligaciones de su estrecha religion, con admiracion de sus compañeros.

DECADA NONA.

SUMARIO.

Fr. Juan de Silva pasa á la Florida con doce religiosos del orden de san Francisco. Sus nombres. Preséntanse ante Fr. Franciseo Marron, custodio de la provincia. Divídelos y empiezan á predicar sosegando el furor de los indios contra los españoles de los presidios. Envia el conde de Monterrey, virrey de Nueva España, á don Juan de Oñate al Nuevo Méjico: llega al rio del Norte y á provincias de los indios pecuries, tanos y otras naciones. Pueblos y fuertes que hizo. Noticias que tuvo de un rio distante, de una legua de ancho: y de los sucesos de Omaña y Bonilla. Hernando de Miranda muere. Su muger doña Catalina se casa segunda vez con Hernando de las Alas: y pretende el gobierno de la Florida. Fr. Diego Perdomo hace vida ejemplar en la Florida. Vuelve á su convento de Méjico de donde sale con Sebastian Vizcaino á la california. Los indios apaches conejeros destruidos por una gente blanca y rubia venida de hácia la Florida. ¿Cuál pudo ser? Muere Cristobal Carleil ingles. El hijo mayor del cacique de Guale entra en el pueblo de Tolemato con indios de guerra y dá muerte á Fr. Pedro de Corpa. Habla á los suyos para hacer lo mismo con los demas misioneros. Dan muerte en Topiqui á Fr. Blas Rodriguez: en Asopo á Fr. Miguel de Auñon y á Fr. Antonio de Badajoz: en Aseo á Fr. Francisco de Velascola. Huye Fr. Francisco Dávila: síguenle los indios: hiérenle, y le llevan por esclavo á otro pueblo de idólatras que le maltrataron notablemente. Quieren quemarle, y se le entregan á una india para que le trueque por un hijo suyo en la ciudad de san Agustin. Van los indios en canoas á dar muerte á los misioneros de la isla de san Pedro y su cacique los vence. El gobernador de la Florida tala las sementeras á los delincuentes. Castigos que Dios hizo en ellos y hambre terrible que padecieron. El marques de la Roca vá con licencia del rey de Francia á reconocer á Canadá: lleva los condenados á galeras y á muerte. Llega á la isla

Arenosa: deja en ella cincuenta hombres y vá á Acadia á buscar sitio donde poblar, y le precisan los vientos contrarios á volver á Francia. Viage de Chavin frances á Canadá. Muere.

Año de 1592.

Habia en la Florida tan pocos sacerdotes y religiosos, que aun en gente mas dócil que aquellos indios hicieran poco fruto; por lo cual se solicitó por el comisario general de Indias Fr. Bernardino de San Cebrian (á quién tocaba el gobierno de los religiosos de la Florida, y les nombraba prelado, que regularmente era el guardian del convento de la ciudad de san Cristobal de la Habana) que se enviasen mas religiosos á aquellos dilatados paises; y el consejo de Indias concedió el paso á doce, llevando por superior á Fr. Juan de Silva de la provincia de Castilla que habia hecho mucho fruto con su predicacion en la Nueva-España. Visitó gran parte de la Florida Fr. Diego Perdomo, y dejando en ella mucha fama de su virtud se volvió á Méjico.

Año de 1593.

Murió Hernando de Miranda dejando fenecidos los pleitos que el convento de las Huelgas de Avila por la persona de doña María, hija del adelantado, habia puesto contra la hacienda de su padre; y viéndose sola doña Catalina, y tan distante dejó de proseguir las depedencias de su casa.

Tambien murió Cristobal Carleil, natural de Cornualla, que entre los hereges era reputado por hombre prudente, y le habian fiado los ingleses la armada que fue á los mares de Moscovia el año de

1582. Los españoles siempre le tuvieron por pirata, sin embargo de las patentes de Isabel de Inglaterra: que las injustas obras que hizo en el saco de las ciudades de Cartagena, Santiago, y san Agustin de la Florida no daban á entender otra cosa.

Llegó á la Habana Fr. Juan de Silva con los doce religiosos de san Francisco, que se llamaban Fr. Miguel de Auñon, Fr. Pedro de Auñon, Fr. Pedro Fernandez de Chozas, predicadores; Fr. Blas de Montes, Fr. Francisco Pareja, Fr. Pedro de San Gregorio, Fr. Francisco Velascola, Fr. Francisco de Avila, Fr. Francisco Bonilla, Fr. Pedro Ruiz, sacerdotes y confesores; y Fr. Pedro Viniegra, lego que despues adelante se ordenó de misa. El guardian los hospedó con mucho regocijo algunos dias, en los cuales se informaron de los religiosos que habian estado en la Florida de todo lo necesario para el mayor fruto de su predicacion.

Año de 1594.

A 4 de diciembre murió el primer Obispo de Filipinas don Fr. Domingo de Salazar, que habia estado en la Florida con don Tristán de Luna, y fue enterrado en el colegio de santo Tomás de Madrid.

Pasaron á la Florida los frailes franciscos referidos, y se presentaron ante el custodio P. Francisco Marron, el cual envió á la provincia de Guale á Fr. Pedro de Corpa, Fr. Miguel de Auñon, Fr. Francisco de Velascola, y Fr. Blas Rodriguez, sacerdotes descalzos de san Francisco, con Fr. Antonio de Badajoz, lego, procurando el custodio con los demas sosegar á los indios que estaban alborotados, y los soldados de los presidios tan recelosos que no se atrevian á salir de ellos ni aun á cazar

ni pescar, porque los indios atrevidos é insolentes les daban muerte.

Guillermo Barentz, natural de Eschelinga en Holanda, capitan del navío llamado Amsterdam, habia de salir á buscar paso al Catayo y á la China, acompañando á Cornelio Cornelisz Nay, capitan del navío llamado Cisne, y á Pedro Dercksz, del Mercurio; pero habiéndose detenido, salieron estos antes á 5 de junio de Texel. Guillermo los siguió llevando consigo un barco de pescadores de su tierra, é incorporado con ellos navegó hasta 29 de julio que se apartó, conviniendo antes con Cornelisz esperarse unos á otros en Kilduin (isla en setenta y nueve grados y cuarenta minutos poco mas ó menos de altura, que tendrá dos leguas de ancho y una de largo, y se estiende al Este Sudueste y Oeste Nordeste) hasta fin de setiembre para volver juntos á Holanda, segun la instruccion que llevaban; y no habiendo llegado aquel dia cada uno diese la vuelta como pudiese á su patria.

Tomó Guillermo su derrota á la nueva Zembla el miércoles 29 de junio; y buscando el paso por otro rumbo llegó al grado setenta y ocho al norte, observó que era dulce el agua del mar; pero los hielos le impidieron navegar adelante, y con probalidad de no haber por allí el paso que buscaba se volvió con intento de hallarle el Sur del estrecho de Veygatz.

Pedro y Cornelio que entraron en el estrecho de Veygatz, se volvieron con la credulidad de que podia haber paso por el parage que habia presumido Guillermo; porque llegando á los rios que pensaron ser el Oby y el Gillisi ó Genisi, (á los cuales llamaron Cisne y Mercurio, poniéndoles el nombre de los bajeles que decian eran los primeros que

habian llegado á sus bocas) les pareció á los dos capitanes no haber mas que descubrir, no dudando se hallaria paso libre para conseguir lo que intentaban, pues la costa de tierra se estendia al Nordeste hasta el cabo de Tabin, cerca del cual se encorvaba y hacia una esquina ó ángulo que miraba á la China; y aunque intentaron hacer algun reconocimiento para mas seguridad de lo que juzgaban, reinaron tanto los vientos Nordeste y Norte contrarios á su derrota, que pasándose el tiempo de la navegacion de aquellos mares para ellos no conocidos, se volvieron al cabo de Tabin donde encontraron á Guillermo que les contó lo que va referido, y otras cosas que refiere en la relacion que de este viage hizo para Mauricio de Nasau, príncipe de Orange, de cuya orden iba á descubrir el paso de que no halló mas señales que sus presunciones.

Y aunque concordaron en los dictámenes los tres capitanes, determinaron volverse todos, y á 16 de setiembre entraron en Texel, escepto Cornelisz que se apartó el dia 14 para surgir en Zelanda: tardaron en este viage tres meses y diez dias.

Año de 1595.

Los religiosos de san Francisco empleados en su santo ministerio con ruegos, dones, palabras suaves y grande ejemplo en sus obras, empezaron á templar la indignacion de los bárbaros de la Florida, y los fueron apaciguando de modo que los soldados lo pasaban con mas quietud y menos afan.

Don Fr. Antonio Diaz de Salcedo, obispo de Cuba, visita la Florida (segun dicen algunos) como parte de su diócesi.

Mas animosos que antes volvieron á descubrir

el paso imaginado, Guillermo Barentz y Cornelio Cornelisz almirante de la escuadra que se componia de siete bajeles, zarparon á 2 de julio en Texel: en el viage estuvo para perderse el dia 6 de agosto el navío Amsterdam, en que iba Guillermo, que chocó con otro, violentado de un uracan; quebrándose en ambos algunos palos y cuerdas; pero acudieron al remedio lo mejor que supieron, aunque con gran trabajo.

A 19 de agosto dieron vista al estrecho de Veygatz que habian nombrado de Nasau, mas vieron tanto hielo en él, que creyeron estuviese impenetrable á las naves; y no sabiendo qué hacerse, determinaron navegar entre los hielos evitando los golpes de los que se desprendian en montañas vagantes al Oeste del estrecho, y se pusieron sobre la isla ó cabo que llamaron de los ídolos; pero se hallaron con los hielos delante al Oueste en el mar, los cuales hacian continente de una tierra y otra, formando un círculo firme sin verse gota de agua ni el menor resquicio que diese esperanza de paso.

Estando discurriendo desde una barra donde estaban lo que harian, se desprendieron grandes pedazos de hielo que iban cercando los navíos, y á toda priesa, porque los bajeles no quedasen sepultados, se pasaron á la costa del Norte donde se pusieron al abrigo de una punta que los aseguraba de las corrientes en tanto que el viento Norte durase.

Saltaron algunos en tierra hácia Veygatz, y no hallaron nada memorable; despues enviaron un barco á reconocer la tierra, y hallaron algunos barcos rusianos que les dieron noticia de aquellos mares, mas no del modo de salir del peligro en que estaban, ni hasta el dia 30 pensaron que podian librarse del

estrago que temian. Enviaron algunos barcos que trataron con los samossedes habitadores de la tierra del mediodia del estrecho: hicieron varias diligencias para pasar adelante con grandes peligros, pero sin fruto, porque aquel invierno habia sido muy crüel.

El dia 8 de setiembre tuvieron consejo á bordo de la almiranta sobre volverse á Holanda: los mas convinieron en que no podia navegarse mas adelante; Guillermo y los de su navío fueron de parecer contrario y pidieron dos bageles ó barcos para invernar allí, y probar á la primavera á dónde podian llegar; ó sino ir á descubrir el paso á Oriente, desde Veygatz al Norte de la Nueva Zembla. Hubo grandes disputas, y el mayor número hizo que Guillermo se conformase, aunque no quiso firmar la certificacion que se dió á bordo de la almiranta en 15 de setiembre, sobre que no se podia continuar el viage para penetrar por el Norte á la China ó Japon.

Costearon para salir de los hielos la isla de los Estados, y la almiranta y su chalupa tocaron en un banco de arena oculto; pero con los botes de los demas bajeles, alijando los encallados salieron del peligro, y atrevesando los hielos se hicieron á la vela al Oeste de la isla de los Estados, hasta hallar el mar deshelado.

Despues de muchos trabajos y tempestades, llegaron á 26 de octubre á la barra de Tejel con la mayor parte de la gente enferma de escorbuto y otras enfermedades; y no obstante el mal suceso de este viaje, protesta *Juan Huguez de Linschooten*, que le escribió que no habia salido con el descubrimiento por causa del largo invierno y hielos escesivos, y que le parecia no debia dejarse de pro-

seguir este descubrimiento, por lo menos hasta que se lograse perfecto conocimiento de estos mares, pues solo faltaba saber el tiempo en que se pueden navegar: *porque yo no dudo* (dice) *que llegando á la otra parte del rio Oby, donde el año antecedente llegué, haya navegacion libre. Y en caso de necesidad se puede invernar en el rio Gillesi ó Genisy, cuyos habitadores ayudarán á lo que se ofreciere.* Tardaron en este viaje cuatro meses y seis dias, y les hubiera sido mejor no haberle hecho saliendo tan tarde; pues el año antecedente aun les faltó tiempo, habiendo salido un mes antes.

Año de 1596.

Destruye los apaches (que los españoles llaman conejeros) en el Nuevo Méjico, una gente blanca y rubia, segun ellos la pintan, que habian venido de hácia la Florida; pero nunca pudieron los españoles averiguar qué nacion fuese, ni hallaron señas de su viage, sino que pueda conjeturarse haber sido ingleses, compañeros de Francisco Drack, (que murió cerca de Portobelo á 18 de enero, segun Francisco Bretie, en el viaje de Tomás Candisch, que está *en el tomo* 8 *de la América* de Teodoro Bry, aunque Francisco caro de Torres dice que en el rio Chagre), los cuales con Tomás Baskerfielde, que le sucedió en el gobierno de la armada que traia á su cargo compuesta de 21 navíos, resolvieron ir á santa Marta, no habiendo dificultad en el camino, ó volverse á Inglaterra. Para esto echaron á fondo dos naves, llamadas la Isabel y Delig, y una fragata: dieron vista á la isla de Baru y no pudieron tomar el puerto, porque lo embarazó una tempestad en que perdieron cinco naves; con lo cual posieron las proas al cabo de san Antonio en Cuba, y llega-

ron á 19 de febrero á la isla de Pinos; el dia siguiente pelearon con la armada de España (de que era general don Bernardino de Avellaneda, y almirante Juan Gutierrez de Garibay), y escapando de ella con el favor de los vientos, llegaron al cabo que buscaban; y reparándose en él, aunque poco, volvieron á hacerse á la vela, y dieron vista al de la Florida, cerca del cual observaron algunas islas medio anegadas: navegaron hácia Oriente hasta media noche; despues los echó el viento hácia el Norte, subiendo hasta 31 grados; y torciendo hácia el Mediodia sobrevino tan gran borrasca que desaparecieron dos naves, y hallándose en 29 grados volvieron las velas á la isla de las Flores, donde hicieron aguaje, y echaron en tierra dos marineros y se hicieron á la vela. Tuvieron grandes tempestades, lluvias y vientos, y llegaron á Inglaterra muy maltratados y casi perdidos, aunque Bretie lo disimuló; pero Francisco Caro, *fol.* 76 *de los hechos de don Alonso de Sotomayor*, dice fue el mayor estrago que padecieron los ingleses en aquel tiempo; con que puede ser que la gente de las dos naves penetrase la tierra por algunos de los rios de la ensenada de Méjico, é hiciesen á los apaches los daños de que se quejaban, sino era alguna de las ficciones que suelen hacer los indios; porque este año no hubo por allí cerca otros blancos y rubios.

El conde de Monterrey, virrey de Nueva-España, envió á las provincias que habia reconocido Francisco Vazquez Coronado (por tenerle nombrado el año antecedente para este efecto don Luis de Velasco, su antecesor), á don Juan de Oñate, hijo de Cristoval de Oñate. El conde le entregó el estandarte real de su mano, y don Vicente de Zaldivar, maestre de campo, pregonó la jornada; para

la cual dió á don Juan de Oñate ocho religiosos franciscanos el comisario general Fr. Pedro Pila, de los cuales iba por superior Fr. Rodrigo Durán: este se volvió habiendo caminado doscientas leguas, y en su lugar envió el comisario general á Fr. Alonso Martinez.

Fr. Diego Perdomo, franciscano, que de la predicacion de la Florida habia vuelto á su convento de Méjico, donde profesó año de 1584, acompañó á Sebastian Vizcaino en la jornada que hizo á la California, porque el deseo de estender la religion católica, no dejaba sosegar su fervor.

Volvió Guillermo Barent tercera vez á descubrir paso á Oriente, y llegó en las costas de la Nueva Zembla hasta 73 grados de latitud; y aunque el hielo se opuso á su viage, evitando su industria este peligro llegó al grado 76, donde no pudo vencer los hielos que despues de muchos afanes hicieron pedazos el navío; salvándose Guillermo y su gente en los botes salieron á la costa, donde con miseria imponderable y frios increibles, toleraron el invierno.

Determinaron la primavera pasar en los esquifes á Cola, en Laponia; pero antes murió Guillermo con gran pesar de su gente; y creyendo, no obstante el escarmiento de tres viages, que el paso á Oriente era cierto, porque no habiendo mas de doscientas leguas entre la Nueva Zembla y Groenlandia, era preciso que tomando la derrota del Nordeste del cabo del Norté, se hallase mar libre del hielo, y consiguientemente el paso. Daba otras razones que apunta el capitan Vood en el discurso que hizo sobre la posibilidad de este paso por el Nordeste á las Indias antes que emprendiese descubrirle.

Año de 1597.

Habiendo don Juan de Oñate reconocido el rio del Norte, que los indios llaman Alcahuaga, y tomado posesion de él en 2 de abril, le pasó por un vado. El dia siguiente corrió la tierra con cincuenta caballos; viendo muchos pueblos de indios llegó al Puaray, donde halló las pinturas de los frailes franciscos, que habian muerto en la entrada de Castaño aquellos indios que para disimular su crueldad sabiendo venian españoles, los habian cubierto blanqueando las paredes. Fuele preciso disimular y pasó á los Teguas, donde pobló á san Juan de los Caballeros, que está en 37 grados de altura.

Aquí vino á él un indio cristiano de los que habian entrado en el Nuevo Méjico con Bonilla, el cual le dijo que Omaña le habia muerto, y se habia entrado la tierra adentro hasta llegar á un rio que llevaba mas de una legua de ancho, y distaría ciento cincuenta leguas de san Juan de los Caballeros; pero no dándole mas señas, prosiguió don Juan de Oñate su entrada, reconociendo en el Nuevo Méjico las naciones de los tanos, pecuries, con ánimo de pasar á los zunis y moquis.

Dos años se emplearon los frailes de san Francisco en la predicacion de los indios de la Florida, divididos en varias provincias: en el pueblo de Tolemaro ó Tolemato, residia Fr. Pedro de Corpa, predicador insigne y vicario de aquella doctrina, contra el cual se levantó el hijo mayor y heredero del cacique de la isla de Guale, que disgustándole escesivamente las reprensiones que el P. Corpa le daba, sobre que siendo cristiano vivia peor que gentil, huyó del pueblo por no poder tolerarlas. Volvió á él dentro de pocos dias á fin de setiem-

bre, trayendo muchos indios de Guerra con arcos y flechas, adornados de grandes plumages en las cabezas, y entrando de noche, con gran silencio, fueron á la casa donde el padre residia: rompieron las débiles puertas, halláronle puesto de rodillas, y le dieron muerte con una hacha. Publicóse en el pueblo esta impensada atrocidad, y aunque algunos dieron muestras de sentimiento, los mas que estaban poco menos oprimidos, á su parecer, que el hijo del cacique, se juntaron con él, quien el dia siguiente les dijo: *ya el fraile es muerto, no lo hubiera sido si nos dejara vivir como antes que fueramos cristianos: volvamos á nuestras antiguas costumbres, y prevengámonos á la defensa contra el castigo que intentará en nosotros el gobernador de la Florida, que si le logra será rigoroso por este fraile solo como si hubieramos acabado con todos; porque de la misma suerte nos ha de perseguir por el fraile que hemos muerto que por todos.*

Aprobaron nuevamente lo ejecutado por los que le seguian; y dijeron que no se podia dudar que querria tomar la venganza por uno que tomaria por todos. Entonces prosiguió el bárbaro: *pues si no ha de ser mayor el castigo por uno que por todos, restauremos la libertad que estos frailes nos roban con promesas de bienes que no han visto, en cuya esperanza quieren que desde luego esperimentemos los daños y los disgustos los que nos llamamos cristianos; nos quitan las mugeres dejándonos una y perpetua, prohibiendo que podamos trocarla, impiden nuestros bailes, banquetes, comidas, celebridades, juegos y guerras, para que no usándolos perdamos el antiguo valor y destreza, heredada de nuestros mayores; persiguen nuestros ancianos llamándolos hechiceros; aun el trabajo nuestro les pesa, pues quieren mandarnos que le evitemos algunos*

dios; y dispuestos á ejecutar todo lo que dicen, aun no estan contentos; todo es reprendernos, injuriarnos, oprimirnos, predicarnos, llamarnos malos cristianos, y quitarnos toda la felicidad que nuestros mayores lograron, con la esperanza de que nos darán el cielo; estos son engaños para sujetarnos en teniéndonos dispuestos á su modo; ¿ya qué esperamos sino ser esclavos? Si ahora los damos muerte á todos, sacudimos tan pesado yugo desde luego, y al gobernador hará nuestro valor que nos trate bien, si puede llegar el caso de que él no salga mal. Convino en su dictamen la multitud; y para señal de su victoria cortaron la cabeza al P. Corpa, y la pusieron en el puerto en una pica como trofeo de su victoria, y el cuerpo arrojaron en un monte donde jamás se halló.

Pasaron al pueblo de Topiqui, donde residia Fr. Blas Rodriguez (Torquemada le dá el apellido de Montes), entraron de repente avisándole venian á matarle. Rogóles Fr. Blas le dejasen decir misa antes, y suspendieron su ferocidad aquel breve tiempo; pero luego que acabó de decirla le dieron tantos golpes, que le acabaron, y su cadáver echáron al campo para que se le comiesen las aves y las fieras, mas ninguna llegó á él sino un perro que se atrevió á tocarle, y cayó muerto. Un indio viejo cristiano le recogió y dió sepultura en el monte.

De allí fueron al pueblo de Asopo en la isla de Guale, donde estaban Fr. Miguel de Auñon, y Fr. Antonio Badajoz; supieron antes su venida, y viendo imposible la fuga, se puso á decir misa Fr. Miguel y comulgó Fr. Antonio, y ambos se pusieron en oracion. Cuatro horas despues entraron los indios, á Fr. Antonio dieron muerte luego con una macana, y despues dieron dos golpes á Fr. Miguel con ella;

y dejando los cuerpos en el mismo sitio, algunos indios cristianos los enterraron al pie de una cruz muy alta, que el mismo Fr. Miguel habia erigido en el campo.

Prosiguiendo los indios su crueldad, se encaminaron á gran priesa al pueblo de Asao, donde residia Fr. Francisco de Velascola: natural de Castro-Urdiales, religioso muy pobre y humilde, pero de tan grandes fuerzas, que causaba gran miedo á los indios: hallábase entonces en la ciudad de San Agustin. Fue grande el desconsuelo de los indios, porque les parecia no haber hecho nada, si dejaban vivo á Fr. Francisco: averiguaron en el pueblo el dia que volveria á él, fueron al lugar donde habia de desembarcar, y le esperaron algunos escondidos entre una espesura de juncos cercanos á la orilla; llegó Fr. Francisco en una canoa, y disimuladamente se acercaron á él y le cogieron por las espaldas, dándole muchos golpes con macanas y hachas, hasta que entregó su espíritu á Dios.

Pasaron al pueblo de Ospo, donde residia Fr. Francisco Dávila, que luego que oyó el ruido en las puertas, pudo con la noche salir al campo: los indios le siguieron, y aunque se habia escondido en unos juncares al esplendor de la luna, le atravesaron los hombros con tres flechas; y queriendo proseguir hasta acabarle, se interpuso un indio por quedarse con el pobre vestido que tenia, para que le dejasen, el cual le entregó desnudo y bien atado, y fue llevado á un pueblo de indios infieles para que sirviese de esclavo. No faltó á estos crueles el castigo de Dios; porque muchos de los que intervinieron en estos martirios, se ahorcaron á sí mismos con las cuerdas de sus arcos, y otros murieron desastradamente; y sobre aquella provincia envió Dios

una gran hambre, de que perecieron muchos como se dirá.

Los buenos sucesos de estos indios, causaron que otros se les juntasen y emprendiesen embestir á la isla de San Pedro con mas de cuarenta canoas para acabar á los religiosos que en ella habia, y destruir al cacique que era su enemigo. Embarcáronse prevenidos de arcos, flechas y mazas; y llevando la victoria por suya, reconocieron cerca de la isla un bergantin que estaba en el puerto donde habian de tomar tierra, y presumieron tenia mucha gente, y empezaron á dudar en volverse. El bergantin habia llegado á vista de la isla treinta dias antes con socorro de pan, y otras cosas que necesitaban los religiosos; pero no habia podido tomar el puerto aunque lo procuraron los que iban en él muchas veces, ni pasar adelante por un caño que se formaba con la Tierra-Firme, cosa que jamas habia sucedido en aquel mar. Solo traía un soldado, que la demas gente eran marineros y aun menos de los precisos para la navegacion.

Hallándose los indios rebelados en esta confusion, el cacique de la isla salió á defenderse con mayor número de canoas: acometiólos con gran resolucion, y aunque procuraron defenderse, fue en vano su intento, echaron á huir, y los que no pudieron saltaron en tierra; y recogiendo el cacique algunas canoas de sus enemigos, volvió á su isla triunfante, y le hicieron los frailes grandes agasajos, de que quedó tan contento como de su victoria.

De los contrarios que habian salido á tierra, ninguno se salvó, porque les faltaban canoas para volverse; unos se ahorcaron con las cuerdas de los arcos, y otros murieron de hambre en los montes.

Ni fueron mejor librados los que escaparon, por-

que el gobernador de la Florida, sabiendo las atrocidades de los indios, salió á castigar los malhechores; pero solo pudo quemar los maizales, porque los agresores se retiraron á los cenagales, y las montañas impidieron castigarlos, sino con la hambre inmediata que se siguió de la quema de las sementeras, de que murieron muchos indios.

Año de 1598.

El marqués de la Roca, Troilo Mesquoeto, instaba á Enrique IV, rey de Francia, para que mandase hacer el reconocimiento y poblacion de Canadá, y buscar desde allí paso á la China. Consiguió la licencia y no pudo hallar persona á propósito que quisiese encargarse de este negocio, acordándose de las desventuras antecedentes que aumentaban el miedo concebido en tanto tiempo; por lo cual se resolvió por sí mismo á la empresa: y no hallando gente que quisiese acompañarle, pidió al rey de Francia le diese los condenados á galeras y á muerte, y fletó un navío de buena calidad en que con ellos se hizo á la vela, y tuvo muy feliz viage hasta llegar á la isla arenosa: allí dejó cincuenta personas con víveres y mercaderías para que se pudiesen mantener hasta que él volviese de buscar en la costa de Acadia lugar á propósito para poblar; pero fueron tantas las tempestades que padeció despues que se apartó de la isla, que ni pudo volver á ella, ni reconocer en la costa el sitio que deseaba; y temiendo perderse, se volvió á Francia, donde sabiendo habia dejado en la isla los cincuenta condenados, fue preso por el duque de Marcout; y habiendo justificado haberse vuelto precisado, se le puso en libertad; aunque corrido del mal suceso de su empresa, murió poco despues de pena. Cavinio

Mariano quiso seguir la misma derrota despues, pero no lo acabó.

Tuvieron á Fr. Francisco de Avila los indios en estrecha prision, maltratándole mucho; despues le dejaron mas libertad para que trajese agua y leña, y guardase las milpas: entregábansele á los muchachos para que le flechasen; y aunque las heridas eran pequeñas, desangrábanle porque no podia detener la sangre, sufriendo este varon apostólico con gran paciencia y serenidad estos ultrajes.

Año de 1599.

Chavin entró por el rio de Canadá ó San Lorenzo, con Patague y otros franceses; y no hallando disposicion para ejecutar ningun designio de los que llevaba premeditados, se volvió á Francia.

Cansados los indios del sufrimiento del Padre Avila, resolvieron quemarle vivo: atáronle á un palo y pusieron debajo mucha leña. Estando para encenderla, llegó al cacique una india principal, cuyo hijo tenian los españoles en la ciudad de san Agustin, sin que hallase modo de rescatarle, aunque lo habia procurado. Esto la movió á pedir al cacique encarecidamente le entregase á Fr. Francisco para trocarle por su hijo. Otros indios que deseaban verle libre, procuraron lo mismo; y aunque les costó grandes instancias sosegar el odio del cacique contra el padre, concedió lo que pedia la india, entregándole tan maltratado, que llegó á san Agustin de modo que no le conocian: tantos y tan continuos trabajos habia padecido. Ejecutó el cange, y quedaron muy condolidos con Fr. Francisco los de la ciudad.

Año de 1600.

Quiso Dios dar mayor castigo á los indios de la Florida, que tan injustamente dieron muerte á los misioneros; y negando el agua á la tierra sobre la quema de las sementeras, empezó tan grande hambre en la Florida, que murieron desdichadamente los conjurados, confesando ellos mismos ser la causa de su desventura, la barbaridad que ejecutaron con los religiosos franciscanos; y aunque el P. Fr. Francisco de Ayeta en el libro contra don Juan de Ferro, n. 119 dice, parece que estos cinco religiosos fueron los primeros que entraron con los españoles cuando hicieron asiento en la Florida, y lo repite en otras partes, padece equivocacion; porque los españoles, desde el año de 1565 no dejaron la tierra, y en san Agustin se conservó desde entonces el vicario con superioridad como se habia establecido por el adelantado Pedro Menendez, con acuerdo del obispo de Cuba; y de mas autoridad era el P. Fr. Luis Gerónimo de Oré, que escribió de los mártires de la Florida, y omite la reflexion del P. Ayeta: bien que no hay duda en que pasó Fr. Juan Suarez, comisario, con otros cuatro frailes ano de 1527, en compania de Pamfilo de Narvaez, mas perecieron todos sin que por esto se falte á la revelacion, que (segun el obispo Cornejo en la *coronica de san Francisco, lib.* 1, *cap.* 39) tuvo este santo patriarca de que sus hijos habian de plantar la fé en el Nuevo Mundo.

Viendo perdida la memoria de los grandes servicios de su padre, dona Catalina Menendez vino á la corte á solicitar el aumento de su casa, y la satisfaccion de los créditos que tenia contra la hacienda real; y habiéndose casado con Hernando de las Alas,

apenas empezó á mover las dependencias, cuando salió pidiendo embargo de todos los bienes del adelantado Pedro Menendez de Avilés (hijo de Pedro Menendez Marquez, gobernador que fue de la Florida) que estaba casado con nieta de doña Catalina, biznieta del adelantado, y era entonces inmediato sucesor de su mayorazgo, que aun no habia tenido efecto con los grandes litigios movidos, ni el cumplimiento de lo capitulado con el adelantado; por lo cual doña Catalina pidió en el consejo de Indias á 19 de agosto se cumpliese y nombrase á su marido gobernador de la Florida.

Chawin repitió su viage á Canadá, con la misma desgracia que el año antecedente.

Año de 1601.

Hernando de las Alas, yerno del adelantado Pedro Menendez, intentó ser confirmado en el gobierno de la Florida, en que doña Catalina su muger le habia nombrado segun el asiento hecho con su padre: para tener pronto algun caudal al tiempo del buen éxito que esperaba, instó en 28 de marzo á la casa de la contratacion de Sevilla le pagase una libranza del sueldo que satisfizo el adelantado á algunos soldados de los que el año de 1565 se embarcaron de cuenta del rei á la Florida, y le mandó la casa acudir al consejo de hacienda, dándole un pleito en lugar del pago.

Porfió Chawin en su viage á Canadá, prevenido de todo cuanto habia echado menos en los viages antecedentes, creyendo lograria el intento de poblar; pero su muerte desbarató sus ideas y prevenciones. Y estos malos sucesos, juntos al horror que tiempos antes tenian los franceses á esta empresa, causaron grandes dificultades en proseguirla.

DECADA DECIMA.

SUMARIO.

Contradicen Pedro Menendez y el fiscal del consejo de Indias, á Hernando de las Alas el gobierno de la Florida. Merced real á la casa del adelantado. Entran los misioneros de san Francisco en los pueblos alzados, y llevan á san Agustin los cuerpos de Fr. Miguel de Auñon, y Fr. Antonio de Badajoz. Erígese en custodia la Florida. Permiso concedido á los vecinos de la Florida para comprar bastimentos. Jorge Vinvot va á descubrir paso por el Norte á Oriente. Golske Lindano llega al estrecho de Davis. Sucesos de los cincuenta franceses que dejó en la isla arenosa el marques de la Roca. Apodérase Enrique Hudson de los papeles de Federico Auschilt, y viages que hizo por el mar del Norte: y el de Tomás Buton. Samuel Champlain va á reconocer á Canadá. Descríbese y dase noticia del orígen del rio de san Lorenzo. Vuelve Champlain á Francia. Pedro Gua de Montes se ofrece á poblar á Canadá. Descontentos contra su poblacion. Capitula con el rey de Francia. Envia á Champlain, y puebla la villa de Quebec. Confedérase con los indios hurones y algonquines, y hace guerra á los iroqueses. Da cuenta al príncipe de Condé gobernador de Canadá, de sus buenos sucesos: nómbrale por su teniente, y vuelve á Canadá con socorro y gente. Los PP. Masa y Biard van á predicar á Acadia. Confirma el rey de Inglaterra la compañía de Bartolomé Gosnoldo, Juan Smith y otros mercaderes, y gracias que la concede. Cristobal Neuport puebla de orden de esta compañía en Virginia, cerca del cabo Enrique. Entra en el rio de Pouhatan, y funda la villa de Jamestowne. Isla de Smith reconocida. Prohíbese á los estrangeros comerciar en Indias, pena de confiscacion.

Año de 1602.

Pedro Menendez de Avilés contradijo el gobierno de la Florida, que solicitaba Hernando de las

Alas, y mas el fiscal del consejo alegando que la eleccion hecha por doña Catalina Menendez en Hernando de Miranda su primer marido, habia consumido el derecho de nombrar que le competia por el asiento del adelantado. Así lo declaro el consejo de Indias en 15 de noviembre en cuanto al gobierno de la Florida y sus salarios; y en cuanto al adelantamiento y otras cosas que se litigaban, se recibió á prueba el pleito.

Las calamidades de los indios sosegaron el orgullo y obstinacion de sus genios, mereciendo alguna reflexion los grandes danos que padecian, con que pudo el gobernador de la Florida ir pacificando la tierra, haciéndolos cuanto bien podia, y volviendo á introducir misioneros Franciscanos en los pueblos donde los habian muerto, y en otros haciendo continuas instancias á Méjico y á la corte para que le enviasen mas misioneros y socorros para defender y asegurar lo poco que estaba poblado.

Jorge Winvot navega á descubrir paso á Oriente por el estrecho de Juan Davis, y por el de Lumle Julet, con el mismo suceso que los demas.

Don Fr. Juan Cabezas Altamirano, que el año antecedente fue electo obispo de Cuba, visitó algunas provincias de la Florida, cuyos naturales le dejaron tan lastimado, que promovido al obispado de Guatemala ano de 1612 hablando con el P. Remefal el de 1613 sobre si Dios era conocido por lumbre natural, alegando el padre á Ciceron para probar que sí, respondió el obispo: *no vió Ciceron la mayor parte de gente de la Florida, que es tan bárbara, que aun eso general y comun no alcanza*, particularmente la de la costa, que ni adora sol, ni luna, ni cosa ninguna, sino que como bestias se andan desnudos por los montes comiendo frutas silvestres

y marisco crudo, que aun no tienen el uso de la lumbre, y dice Remesal, hablaba de esperiencia; porque siendo obispo de Cuba, visitó aquella tierra con grandísimas incomodidades y peligros de su vida.

Año de 1603.

Los cincuenta franceses, que en la isla Arenosa echó en tierra el marqués de la Roca, se mantuvieron algun tiempo con los bastimentos que los dejó hasta su vuelta. Despues los socorrió un frances, que se llamaba Leri, que casualmente saltó en tierra en la isla; pero no se atrevió á llevar ninguno á Francia sin órden. Cuando ya padecian gran necesidad, intentaron poblar aquella isla los portugueses; y no pareciéndoles conveniente, viendo aquellos desventurados en tan mal estado, los dejaron algunas vacas y puercos. Distribuian este bastimento con gran cuidado y escasez los franceses, pero llegaron á no tener vestidos, ni comida, manteniéndose desde el principio de este año con pescado solamente, de que se les originaron tantas y tan grandes enfermedades, que murieron los cuarenta; y los diez, hambrientos, desnudos y enfermos, no dudaban seguir á sus compañeros. Impidió su muerte haber mandado el rey Enrique de Francia, á un piloto, llamado Chidotel, volviese aquella gente á su patria; el cual, aunque fue á buena diligencia, halló los diez medio muertos; y reparados de su debilidad, los volvió á Francia, y se los presentó en la villa de Roan al rey, que compadecido de las miserias y trabajos que referian, los perdonó, y mandó dar cincuenta escudos á cada uno.

En la congregacion general que celebró en To-

ledo la órden de San Francisco, se adjudicaron á la custodia de la Florida los conventos de la Habana y Bayano, erigiéndola en custodia con once conventos; y fue nombrado por custodio Fr. Pedro Ruiz, que habia pasado con los doce misioneros los años antecedentes.

Año de 1604.

El gobernador de Diepa solicitó, que Samuel Champlain fuese á reconocer á Canadá; y convenido con él, dispuso cuanto tuvo por necesario, y partió de Diepa muy bien prevenido; y sin contraste considerable en el viage, llegó á Canadá.

Describió el pais, como geógrafo que era del rey; notó, lo mas individualmente que pudo, sus gentes, costumbres y religion: observó las ventajas que Francia podia conseguir de poblar aquella tierra con mayor fundamento, que los que antecedentemente habian hecho este viage; y pareciéndole llevaba bastantes noticias para tomar mayores medidas á la ocupacion de aquel dilatado pais, faltándole los bastimentos, volvió á Diepa; dió cuenta de todo al gobernador; y habiéndole oido, tuvo por fingimiento todos los males que decia de la tierra el vulgo. Agasajó mucho á Champlain, y esparció en la corte las buenas noticias que traía; y no falta quien diga, envió Enrique, rey de Francia, una colonia, pero fue el tiempo adelante.

La descripcion de Champlain fue limitada á una parte de la Rivera del rio de San Lorenzo, como se entra en él á mano derecha, en que se incluye toda Canadá; pero ya los franceses, no solo entienden estas provincias en el nombre de Canadá, sino las que muchos años despues vieron y supieron, porque comprenden en él toda la rivera,

subiendo rio arriba, desde la isla, que está á su salida el mar: tan dilatada la ponen, que no la dan límite, porque el orígen del rio de San Lorenzo, aun no se sabe de cierto; habiendo navegado por él ochocientas leguas, atravesando grandes lagunas, salvando caidas portentosas de agua, sin llegar á su nacimiento.

Bien, que si ha de creerse á los indios, aseguran nace de una laguna (que es la mayor que hay en aquella region) en la provincia de los indios asinipovales, distante mas de cincuenta leguas de la laguna, llamada Lenemopignon, en la cual entra con veinte leguas de boca, pasa á la laguna superior; y dejando la de los illineses, hácia Misisipí, entra en la laguna de los hurones, para salir á la de Errie, que los franceses llaman Conti, y pasa á la laguna Ontanac ó de Fronterio, sigue su curso al mar, formando la isla Autiscostia á la entrada.

Estienden á Canadá desde el grado treinta y nueve de latitud, al Sur de la laguna Errie, hasta la bahía de Hudson, en sesenta y cinco grados, y en longitud, segun se puede conjeturar, desde el grado doscientos ochenta y cuatro hasta el trescientos treinta y ocho; esto es, desde el rio Misisipí ó de la Palicada, que los franceses llaman San Luis, y Colbet hasta el cabo de Rás, en la isla de Terranova, en que incluyen los franceses todas las tierras, situadas al Norte del rio de San Lorenzo.

El baron de la Honthan, en sus *memorias de la América Septentrional ó prosecucion de sus Viages*, describe esta region con la viveza y claridad que pudo; numera las naciones de indios, que habitan la provincia Acadia, las riberas de los rios de San Lorenzo, Outaova, Misisipí, y las cercanías de la la-

guna superior y bahía de Hudson; sus trages, casas, complexion y temperamento; costumbres y modos; lo que creen en su religion y estorbos á su conversion; casamientos, enfermedades y medicinas; como se regalan y guisan de comer; sus bailes, juegos y cazas; su modo de guerra, armas é insignias que usan algunos; sus figuras para entenderse. Nombra los animales, aves, insectos, pescados, marisco, árboles, frutas de los paises meridionales y septentrionales de Canadá; su gobierno, comercio é interés que tienen en ella franceses é ingleses, que con lo que dijimos en la introduccion, escusa que nos dilatemos.

Año de 1605.

Muchos franceses tenian por inútil el tiempo y caudal que se gastaba en la poblacion del Norte de la Florida; porque no habiendo oro ni plata en aquellas provincias, y consistiendo la mayor riqueza que Champlain ponderaba, en que se hallarian minas de plata, en la abundancia de pieles y su comercio, decian, que las minas se manifestáran en los adornos de los indios, si las hubiera; y que para las pieles que necesitaban Asia y Europa, daban provision bastante Moscovia y Sarmacia.

Pero las esperanzas concebidas de los que se creian interesados en la utilidad de este comercio, prevaleció, y de órden del rey se ofreció Pedro Gua Montes, natural de la provincia de Santoigne, á poblar en Canadá determinadamente, llevando oficiales mecánicos, labradores, y lo demas necesario para este efecto, habiéndole prometido grandes ventajas, consiguiendo el buen éxito de la jornada. Cuyos sucesos refiere dilatadamente Thua-

no, *lib.* 132 *de las historias de su tiempo, y fol.* 1140, dice, que despues de haber Montes Poblado, en Puerto-Real, y nombrado á Pontgrave por su teniente, encomendó á Champlain corriese la costa de la Florida.

Ponen en lugar decente los venerables cuerpos de Fr. Miguel de Auñon y Fr. Antonio de Badajoz, sacándolos de la sepultura que les habian dado los indios al pie de la cruz, erigido por Fr. Miguel, los padres de San Francisco, que habian vuelto á doctrinar los indios de Guale.

Cristerno IV, rey de Dinamarca, envió á Golske Lindano, su almirante, con tres bajeles, á buscar paso al Oriente por el mar del Norte. Partió del Sund, y una tempestad desvió dos navíos, de que era un inglés capitan; los cuales entraron (segun dicen) en el golfo de Davis, y navegado á lo largo de la costa Oriental y Occidental de las tierras que le forman. Volvió muy contento, sin el paso que buscaba, presumiendo hallarle despues; pero aunque repitió el viage los dos años siguientes, hicieron poco fruto los descubridores.

Año de 1606.

Reconociendo que los socorros y situados de la Florida, no llegaban á tiempo, concedió el rey, á 20 de noviembre, permiso á sus vecinos para que pudiesen venir á Canarias ó Sevilla en dos fragatas, y traer en ellas hasta dos mil ducados registrados, para comprar con ellos bastimentos, y lo que fuese necesario á las fragatas; previniendo, que cargadas, se volviesen á la Florida, sin tomar voluntariamente otro puerto; cuya resolucion está recopilada en la *ley* 8, *tit.* 9, *del lib.* 3, *de las Leyes de Indias.* Y á 2 de diciembre mandó á los gobernado-

res de Cuba, que con ningun pretesto impidiesen á los de la Florida sacar de aquella isla los bastimentos que enviasen á buscar, para mantener aquellas poblaciones y presidios (que mas estensamente contiene la *ley* 9, del mismo *título*), de cuya conservacion pendia la seguridad de la religion católica, que aunque con gran dificultad se iba plantando en aquellas provincias, á pesar del vago y torpe entendimiento de sus moradores, que tantos tiempos, gozando la mas bárbara libertad, habian vivido sin regla moral.

Bartolomé Gosnoldo hizo compañía con Juan Smith y otros mercaderes de Lóndres para poblar la Virginia: dispusieron que Cristóbal Neuport partiese á esta empresa, llevando todo lo necesario para su intento; el cual, despues de varias tormentas, que le causaron increibles trabajos y calamidades, llegó al cabo Enrique y tomó tierra, aunque intentaron estorbarle los indios, contra los cuales, y las inclemencias de los tiempos, hizo un fuerte, en que asegurarse, para descansar y defenderse de ellos.

Año de 1607.

Cristóbal Neuport, habiendo descansado de los recios temporales que le afligieron en su viage, entró por la boca del rio Pouhatán, reconociéndole; y hallando sitio á propósito, en honor de Jacobo I, rey de Inglaterra, fundó la ciudad de Jamestouune, poco mas adelante de la boca del rio, y al Norte de él, en cuyas cercanías habia quinientos mil indios, á los cuales agasajó y procuró atraer; pero ellos no quisieron sosegarse.

No se descuidaban en Lóndres Bartolomé Gosnoldo y sus compañeros, que desde que formaron

la compañía, instaron al rey de Inglaterra para que la confirmase; y reconociendo el rey, que de esto no se seguia daño alguno al reino, pues si daba, era lo que no le pertenecia, consiguieron su aprobacion, concediendo á la compañía todas las minas de oro y plata que se descubriesen, reservando para sí una porcion considerable: dióla tambien la quincena parte de los demas metales que descubriesen; y permitió pudiese labrar moneda del metal que tuviese por conveniente para que corriese en Virginia, dando licencia de que los compañeros pudiesen pasar á ella libremente con sus familias y haciendas; y que los ingleses que no fuesen de la compañía, pudiesen comerciar en aquel pais sin embarazo alguno, pagando uno y medio por ciento de sus mercaderías, y cinco los estrangeros; declarando por naturales de Inglaterra á los hijos de ingleses que naciesen en la Virginia.

Tambien cedió á la compañía, como si fuera suyo, el continente é islas, situadas entre los grados treinta y cuatro y cuarenta y uno al Norte, reservando para sí la demas tierra, que consideraba pertenecer á la Virginia, de lo cual se despachó cédula real.

Año de 1608.

Á 10 de agosto mandó el rey, que los sueldos del gobernador de la Florida, y demas oficiales de guerra y artillería, se llevasen á la Habana, en las flotas que partiesen de Nueva-España, para que se condujesen desde allí con mayor facilidad, á los presidios; cuya determinacion está en la *ley* 7, *tit.* 9, *lib.* 3, de la *Recop. de Indias.*

Dió el rey de Francia á Montes todos los despachos que pidió, segun habia capitulado, y él

envió en dos bajeles bien prevenidos, por capitan general, á Samuel Champlain, el cual salió de Diepa con próspero viento, y llegó al rio Canadá, ó de San Lorenzo; y en un cabo que está sobre él fabricó la villa de Quebec, en catorce grados y cincuenta y cinco minutos de latitud septentrional, y en trescientos ocho grados y diez y siete minutos de longitud, aunque no se puede averiguar esta fijamente, hasta que descubierto el globo, manifieste la verdad la esperiencia; y de este modo han de entenderse las medidas de longitud que se espresaren en otras plazas y provincias.

Fortificóla en bastante forma para defenderse de los indios, si intentasen darle algun asalto. Hizo amistad con los hurones y algonquines, naciones cercanas al presidio; pero habiendo muerto la mayor parte de la gente que llevaba de Escorbuto, envió á Pontgrave por socorro, que le trajo, con increible presteza, y sirvió de bastecer á Quebec.

Los indios iroqueses rehusaron la amistad de los franceses, porque los veian confederados con sus enemigos; y como eran los mas valientes y feroces de la tierra, hacian á los demas indios muchos daños, de que se quejaban á Champlain; el cual, para que los amigos viesen que no los temía, resolvió hacerlos guerra, la cual les dió mucho contento. Luego se juntaron algunos escuadrones de indios de guerra, y previnieron lo necesario para ella con gran diligencia y regocijo; y aunque eran diferentes naciones, se entendian bien; porque todas las que habitan alrededor de Quebec, en espacio de mil leguas, hablan una misma lengua, cuyos dialectos no se distinguen tanto, como el gallego del castellano. Solo los iroqueses y hurones hablan lengua distinta, y los france-

ses pusieron gran cuidado en aprenderlas ambas.

Dejando proveida á Quebec, se embarcó en Canoas, Champlain, con algunos de los suyos, y gran multitud de indios. Navegó el rio hasta un lago, que dista ochenta leguas de Quebec (por el cual se pasa hoy á la provincia que llaman Nueva Jorck, y antes Nueva Holanda). Luego que los iroqueses descubrieron las canoas, las cubrieron de flechas, que hiecieron poco efecto por la distancia. Champlain mandó disparar los arcabuces y pistolas que dieron muerte á algunos enemigos.

Los iroqueses creyeron que los espíritus del otro mundo venian á hacerles guerra; y asombrados de los truenos y del estrago, huyeron despavoridos. Los indios amigos saltaron en tierra para seguirlos; pero corrieron de tal forma los vencidos, que no pudieron hacer prisioneros mas que á doce iroqueses: lleváronlos á sus pueblos como en muestra del triunfo, dando á Champlain muchas alabanzas, porque los habia vengado de sus mas crueles enemigos; y Champlain se volvió con su poca gente á Quebec.

Esta victoria causó gran admiracion en los indios, pareciéndoles estaban seguros con el auxilio de los franceses y sus armas de fuego de todos sus contrarios; por lo cual vinieron á la poblacion, y pidieron á Champlain, á quien atribuian mayor poder, que á todos, su proteccion, en la cual los admitió, haciendo confederacion entre todos, contra los iroqueses, enemigos comunes, y grandes fiestas y bailes: regaló á los principales indios Champlain, y ellos le dieron muchas pieles y bastimentos.

Juan Smith fué á la Virginia con gente para hacer una poblacion, que ayudase á las primeras en una isla, cerca de la barra de la Madre de Dios, que los indios llaman Chesapeak, que es muy grande, ancha y dilatada mucho, subiendo hácia el Norte; y por ha-

ber ido por comandante de la gente el capitan Smith, dió su apellido á la isla.

Al mismo paso que los estrangeros andaban procurando tomar en las Indias tierras en que sentar sus comercios, se esparcieron muchos en las ciudades de españoles, de suerte, que dió cuidado á los ministros reales. Informado el rey de los daños que causaban, mandó despachar cédula real á 2 de octubre, para que dentro de dos años presentasen en el consejo de Indias, los que habitasen en ellas, despachos y licencias reales para poder contratar; y si pasado este término, no obedeciesen, se les confiscasen todos los bienes, aplicándolos por tercias partes.

Sirvióle á Enrique Hudson, inglés, la amistad de Federico Anschitl, para apoderarse de todos los papeles que de sus viages tenia; y fiado en ellos y en sus esperiencias se embarcó en un navío holandés, (otros dicen, que de órden de una compañía de mercaderes ingleses) á proseguir el descubrimiento que habia malogrado su amigo; pero aun no pudo llegar donde Federico: dicen, que estando en la Nueva Zembla por julio, helaba tanto, que no se podia tolerar, y que llegó hasta el grado setenta y dos al Norte, intentando descubrir los paises que habia alrededor del Polo Septentrional.

Año de 1609.

Venció la porfía y paciencia de los sucesores del adelantado Pedro Menendez, haciendo al cabo de tantos años entender al rey sus grandes servicios, para cuyo premio destinó cuarenta mil ducados, situados en indios vacos por cédula real, despachada en el Pardo á primero de diciembre.

Año de 1610.

Puso Champlain en buen estado la poblacion de Quebec; y recogiendo cantidad de pieles, volvió á Francia á dar cuenta á Montes de lo que habia hecho. Oyóle Montes y le envió á que informase de todo al príncipe de Bondé, que habia sido nombrado por gobernador de Canadá. Tuvo el príncipe tanto gusto en lo que le referia, que le nombró por su teniente en Canadá, dándole facultad de prohibir á los navíos de Francia el comercio en el rio de san Lorenzo, tomando debajo de su proteccion á Champlain.

Enrique Hudson, despues de larga navegacion quedó convencido á su costa de no haber paso á las Indias orientales por el mar del Norte al Nordeste, navegó cien leguas mas adelante que los demas. Dió nombres á algunas islas, y á tres cabos llamó cabos del príncipe Enrique, del rey Jacobo, y de la reina Ana; pero los grandes hielos y la rebelion de la gente que llevaba, le precisó á volverse á Inglaterra, de donde habia salido, sin conseguir su intento.

Los holandeses dicen que este año tomaron posesion de la isla de Terranova, isla en la bahía de la Concepcion, que está en el Oeste en 49 grados de latitud, aunque siempre ha sido libre la navegacion á la isla, porque es comun para los que vienen á pescar en el gran banco bacallao, como Spitberga para la ballena.

Año de 1611.

Volvió á la Florida Champlain con un gran socorro, muchos labradores y oficiales que ya informados de la bondad del pais, le siguieron. Entró en Quebec con aplauso de los indios de paz, que viendo aumentados

los franceses, imaginaban acabar presto á los iroqueses. Repartió entre ellos muchos cuchillos y espejos, y se aplicó todo á la conservacion de la poblacion y la tierra.

El P. Enemondo Masa, compañero del P. Pedro Cotón, confesor de Enrique IV, encendido en el fervoroso celo de las almas llegó á Acadia (que está á la ribera del mar, confinante con la Nueva Inglaterra en 45 grados de altura) con el P. Pedro Biard. Padecieron grandes hambres, injurias y calumnias de los que debian ampararlos: siéndoles forzoso desamparar su santa empresa, cayeron en manos de corsarios ingleses que estuvieron para matarlos, pero salvos de su impiedad, llegaron en hábito de mendigos á Francia.

Continuó los descubrimientos por el Nordeste de Inglaterra Tomás Búton: atravesó el estrecho de Hudson, y dejando al Sur la bahía de este nombre, navegó hácia el Sudueste mas de doscientas leguas en mar que tenia ochenta brazas de profundidad. Descubrió el nuevo pais de Gales, y habiendo padecido muchos trabajos, perdió la mayor parte de la gente aunque hallaron mucha caza de que mantenerse en el puerto de Hudson, en setenta y cinco grados de latitud y diez minutos al Norte. Corrió toda la bahía bajando hasta Diggs Islandia á la boca de la de Hudson. Descubrió otra tierra que llamó Carys Suuans Nest, no.

FIN DEL TOMO OCTAVO.

CASA A FLORIDA,

JAS.

casó con Do
Manuel de
sejo de Gue
y de Doña C
Llerena, do
lera en 4 de
en Valladoli

Villavicencio, sin sucesion: 2.º con Don Diego Osorio Rubin de Celis señor de Mestages y casa de Rubin de Celis.

ja en la Encarnacion de Madrid.

Doña Mar ría
adelantamien a.
Avilés, y de Ju-
de la Orden hu-
lera y de los ni-
de la Villa de

Don Casimiro Osorio, señor de Mestages, y casa de Rubin de Celis.

Doña Ana ñave-
ral, villa de ro de
Lujan y Silv denes
de Indias, hi Silva,
quien de su or de
Galisteo, á D

Doña María Josefa.

Doña María Manuela.
Doña Isidra.
Don Joaquin, murieron niños.

Don Juan
de junio de

Doña Mariana Leonor, N. en Madrid a 28 de junio de 1722.

